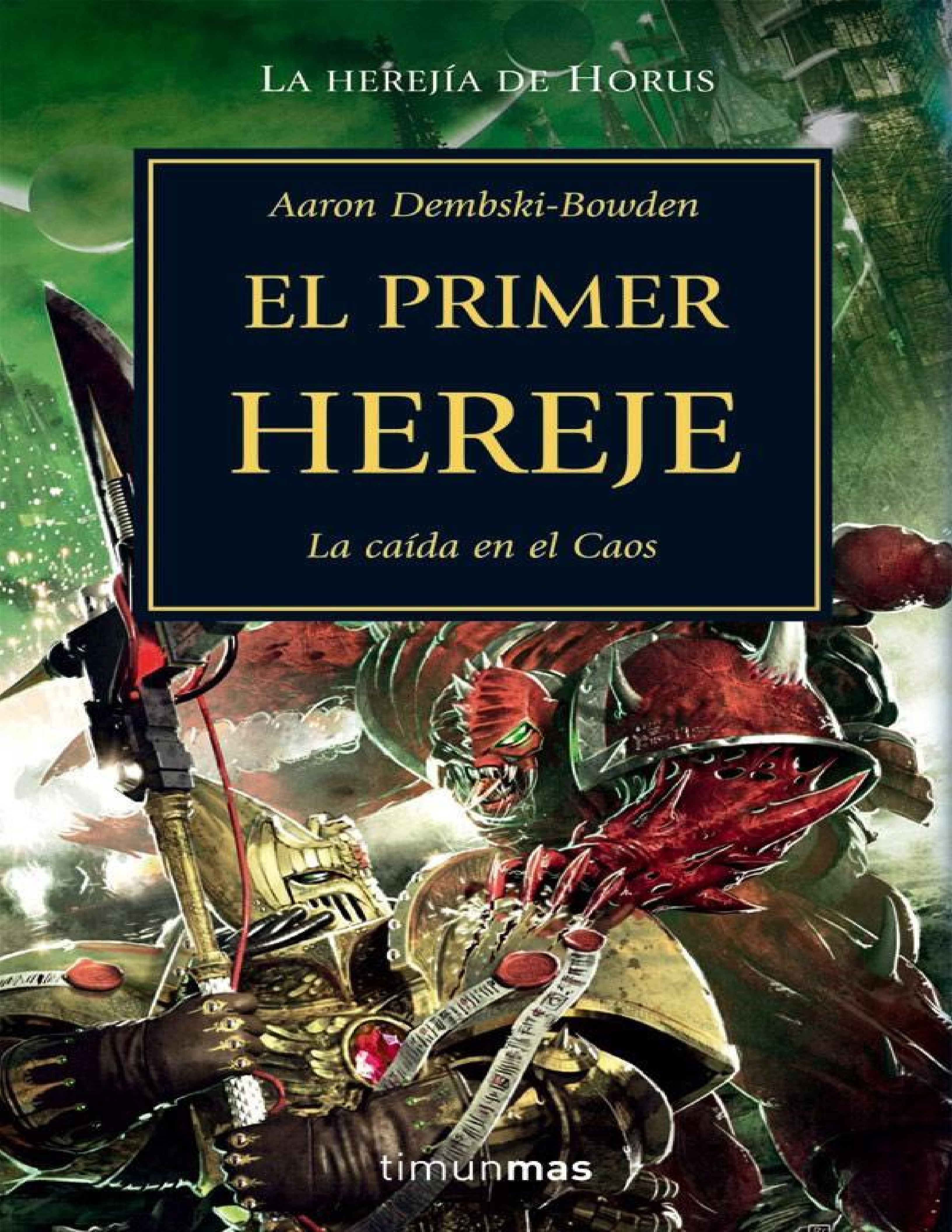


La herejía de Horus
Aaron Dembski-Bowden
EL PRIMER HEREJE
La caída en el Caos
timunmas

En medio de la guerra galáctica que supone la Gran Cruzada, el Emperador desaprueba el culto que le rinden los Portadores de la Palabra. Angustiados por semejante reproche, Lorgar y su legión emprenden un nuevo camino y arrasan un planeta tras otro.

Aunque lo que realmente buscan es iluminar el Imperio, la corrupción del Caos se apodera de ellos y comienza su camino hacia la maldición. Sin que los Portadores de la Palabra lo sepan, su búsqueda de la verdad alberga las mismísimas raíces de la herejía…

Aaron Dembski-Bowden

El primer hereje
La caída en el Caos

Warhammer 40000. Herejía de Horus 14

ePUB r1.3
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *The First Heretic*
Aaron Dembski-Bowden, 2010
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0





HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

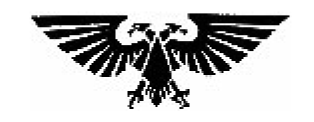
Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado «el Glorioso», la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador e igual que un hijo es para él. Es el señor de la guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se verán enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

Los Primarcas

LORGAR	Primarca de los Portadores de la Palabra.
ROBOUTE GUILLIMAN	Primarca de los Ultramarines.
MAGNUS EL ROJO	Primarca de los Mil Hijos.
CORAX	Primarca de la Guardia del Cuervo.
KONRAD CURZE	Primarca de los Amos de la Noche.
FERRUS MANUS	Primarca de los Manos de Hierro.
PERTURABO	Primarca de los Guerreros de Hierro.

La Legión de los Portadores de la Palabra

KOR PHAERON	Primer capitán
EREBUS	Primer capellán
DEUMOS	Señor del capítulo del Sol Serrado
ARGEL TAT	Capitán, 7.ª Compañía de Asalto
XAPHEN	Capellán, 7.ª Compañía de Asalto
TORGAL	Sargento, escuadra de asalto Torgal

MALNOR	Sargento, escuadra de asalto Malnor
DAGOTAL	Sargento, escuadra de exploración Dagotal
EL SEÑOR CARMESÍ	Comandante de los Gal Vorbak

La legión de los Amos de la Noche

SEVATAR	Primer capitán

Legio Custodes

AQUILLON OCCULI IMPERATOR	«Ojos del Emperador», custodio
VENDATHA	Custodio
KALHIN	Custodio
NIRLLUS	Custodio
SYTHRAN	Custodio

La 301.ª Flota Expedicionaria

BALOC TORVUS	Señor de la Flota
ARRIC JSMETINE	54.ª de Infantería de Euchar

Personajes imperiales

CYRENE VALANTION	Confesora de la Palabra
ISHAQ KADEEN	Rememorador oficial, imaginista
ABSOLOM CARTIK	Astrópata personal del Occuli Imperator

Legio Cibernética

PÚRPURA CONQUISTADOR	Primus del 9.0 Manípulo, Cohorte Carthage
XI-NU 73	Tecnoadepto del 9.0 Manípulo, Cohorte Carthage

Personajes no imperiales

INGETHEL	Emisario de la Verdad Primordial



I
GRIS

Cuarenta y tres años antes de los sucesos de Isstvan V

Pues entonces mátame «Emperador». Es mejor morir en el anochecer de la libertad que estar vivo en el amanecer de la tiranía. Ojalá los dioses me concedan mi última voluntad: que mi espíritu permanezca lo suficiente en este lugar para reírme cuando tu reino sin fe se desmorone por fin.

DAIVAL SHAN,
señor de la guerra separatista de Terra,
momentos antes de ser ejecutado.

Si un individuo reúne diez mil soles en sus manos…

Si un individuo siembra cien mil mundos con sus hijos y sus hijas y les concede el dominio de la propia galaxia…

Si un individuo guía a un millón de naves entre las estrellas infinitas con un solo pensamiento…

Por favor, explicadme, si sois capaces, si ese individuo no es ni más ni menos que un dios.

LORGAR AURELIANO,
Primarca de los Portadores de la Palabra

No existe señal más clara de deterioro en un país que ver cómo se desprecian los ritos religiosos.

NIKOLLO MAKIAVELLI, antiguo filósofo euroasiático



PRÓLOGO
EL GUERRERO GRIS

Sus hermanas lloraron cuando la legión vino a buscarlo. Él no fue capaz de comprenderlo en ese momento. No existía mayor honor que ser elegido, así que su angustia no tenía sentido.

La voz del guerrero gris resonó como el chirrido áspero de una máquina, un sonido profundo y cargado de estática. El individuo le habló desde detrás de una máscara mortuoria, y preguntó el nombre del chico.

Sin embargo, antes de contestarle, la madre le hizo una pregunta a su vez. Ella siempre actuaba así, y se mostraba firme y decidida. Jamás se acobardaba ante nada. Poseía una fortaleza que le había transmitido a su hijo, y que se mantendría en su sangre a pesar de todos los cambios que el chico sufriría.

—Os diré su nombre, guerrero, pero antes, ¿me diréis vos el vuestro? —preguntó con una sonrisa en los labios.

El guerrero gris miró a la familia, y se detuvo sólo una vez en los ojos de los padres antes de llevarse a su hijo.

—Erebus. Me llamo Erebus —contestó.

—Gracias, lord Erebus. Os presento a mi hijo, Argel Tal —le respondió ella al mismo tiempo que señalaba con un gesto al muchacho.



PARTE I
FALSOS ÁNGELES

Recuerdo el Día del Juicio Final

¿Te puedes imaginar cómo sería alzar la mirada y ver caer las estrellas del cielo? ¿Te puedes imaginar al propio cielo lanzar una lluvia de fuego contra el mundo que se extiende bajo él?

Dices que puedes imaginártelo. No te creo. No hablo de la guerra. No hablo del penetrante olor a promethium o el hedor químico procedente de las llamas producidas por la explosión de un misil. Olvídate del simple dolor producido por el combate en batalla y el asalto sensorial que supone un bombardeo orbital, de las aflicciones que los humanos infligen a otros humanos.

Hablo del juicio. Del juicio divino.

La ira de un dios que contempla los actos de todo un planeta y al que aquella visión enfurece el alma. Invadido por el desagrado, envía a ángeles para que lleven la condenación. Invadido por la rabia, siembra el cielo de fuego y hace llover la destrucción absoluta sobre los rostros vueltos hacia arriba de seis mil millones de adoradores.

Y ahora dime que puedes imaginar ver caer las estrellas del cielo. Dime que puedes imaginar al propio cielo lanzar fuego contra el mundo que se extiende bajo él, y que puedes ver una ciudad arder con tanta intensidad que su luz te arrebata la vista de los ojos mientras contemplas cómo muere.

El Día del Juicio Final me quitó la vista, pero todavía soy capaz de

iluminarte. Lo recuerdo todo con claridad. ¿Por qué no habría de hacerlo? Fue lo último que vi.

Vinieron a nosotros en buitres de acero azul y de fuego blanco.

Se llamaban a sí mismos la XIII Legión. Los reyes guerreros de Ultramar.

Nosotros no los llamamos así. Mientras nos echaban de nuestros hogares, mientras aniquilaban a todos aquellos que se atrevían a enfrentarse a ellos, y mientras lanzaban la aniquilación divina contra todo aquello que habíamos construido…

Los llamamos falsos ángeles.

Has venido a preguntarme cómo es posible que mi fe sobreviviera al Día del Juicio Final. Te contaré un secreto. Cuando las estrellas cayeron, cuando los mares hirvieron y la tierra ardió, mi fe no murió. Fue entonces cuando comencé a creer.

Dios era real, y nos odiaba.

Extracto de *El Peregrinaje*,
de Cyrene Valantion.



UNO
LA CIUDAD PERFECTA
FALSOS ÁNGELES
EL DÍA DEL JUICIO FINAL

La primera estrella fugaz cayó en el corazón de la ciudad perfecta.

Los mercados nocturnos de la plaza siempre estaban abarrotados de gente y llenos de ruido, pero todo quedó en silencio cuando en el cielo aparecieron aquellas estelas llameantes y las estrellas cayeron al suelo en una deriva majestuosa.

Las multitudes se apartaron para formar un anillo alrededor del punto donde se esperaba que llegara aquello. Sólo cuando estuvo más cerca, la gente fue capaz de ver la verdad. No era una estrella en absoluto. No era de fuego, sino que lo exhalaba por las toberas de unos motores aullantes.

Una vez posado, del aparato surgió una nube de humo que apestaba a aceite quemado y a productos químicos ajenos al planeta. El casco de la nave tenía la forma de un ave rapaz, un cuerpo de depredador aéreo de color azul cobalto y oro mate. La panza todavía relucía con un brillo anaranjado debido al calor lacerante provocado por el descenso orbital.

Cyrene Valantion formaba parte de la multitud que se había reunido allí. Le faltaban sólo tres semanas para cumplir dieciocho años. Comenzó a oír susurros a su alrededor, y esos susurros no tardaron en transformarse en cánticos, y los cánticos en plegarias.

Un trueno retumbó en las calles y plazas cercanas, el rugido de unos motores poderosos y de unas toberas aullantes. Más de aquellas estrellas que no eran estrellas

cayeron como lluvia del cielo. Hasta el propio aire vibraba con el zumbido de tantos motores. Cada bocanada de aire sabía a gas de escape.

El emisario de fuselaje oscuro llegado del cielo mostraba el símbolo del Águila Sagrada, ennegrecido por el paso a través de la atmósfera. Cyrene notó por un momento que la visión se le desdoblaba y que entremezclaba lo que estaba viendo en ese momento y lo que había visto en cientos de formas artísticas durante su niñez. No formaba parte de los fieles, pero reconocía aquella nave, que había sido representada en imágenes con tintas de colores brillantes en rollos de pergamino. Aquella imagen se repartía en todas las escrituras.

Supo de inmediato por qué los ancianos de la multitud estaban sollozando y cantando. Ellos también habían reconocido la nave, pero no gracias a las imágenes de los códices sagrados, sino porque, decenios atrás, ellos habían presenciado la llegada desde los cielos de los mismos vehículos.

Cyrene contempló cómo la gente caía de rodillas y alzaba las manos hacia el cielo estrellado mientras rezaba sollozante.

—Han vuelto —murmuró una anciana. Dejó durante un momento sus plegarias arrobadas y tiró de la vaporosa túnica *shuhl* de Cyrene—. ¡De rodillas, perra ignorante!

En esos momentos, toda la multitud estaba ya entonando cánticos. Cuando la anciana intentó agarrarla de nuevo de la pierna, Cyrene dio un tirón para librarse de la garra arrugada de la vieja.

—Por favor, no me toque —le advirtió Cyrene.

La tradición indicaba que no se debía tocar a aquellas que llevaban puesta la túnica roja *shuhl* sin que la doncella diera su permiso. Debido al fervor que la invadía, la anciana había hecho caso omiso de esa antigua costumbre. Arañó con las uñas la piel de la joven a través de la suave seda de la túnica.

—¡De rodillas! ¡Han vuelto!

Cyrene acercó una mano a la daga *qattari* que llevaba ceñida al muslo desnudo. La delgada hoja de acero decorado relució con un brillo ambarino bajo la luz de las llamas reflejadas en la nave espacial.

—No… me… toque.

La anciana soltó una maldición en voz baja antes de retomar sus plegarias.

Cyrene inspiró profundamente en un intento de ralentizar su frenético ritmo cardíaco. El aire le abrasaba en la garganta y le provocaba picores en la lengua debido

al regusto del humo expulsado por las toberas. Así que habían vuelto. Los ángeles del Dios Emperador habían regresado a la ciudad perfecta.

No se sintió sobrecogida por una sensación de reverencia, ni tampoco cayó de rodillas para agradecerle al Dios Emperador la segunda venida de sus ángeles. Cyrene Valantion se quedó mirando la forma de buitre de la nave metálica mientras en la mente le ardía una pregunta.

—Han vuelto —musitó de nuevo la mujer—. Han vuelto con nosotros.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó Cyrene.

Algo se movió en la nave sin previo aviso. Una gruesa puerta se abrió y una gran rampa se deslizó temblorosa sobre unos mecanismos hidráulicos chirriantes. El cántico de los adoradores resonó con más fuerza, acompañado de jadeos de sorpresa y de sollozos nerviosos. La gente entonó los cánticos de la Palabra, y los últimos que todavía estaban de pie cayeron por fin de rodillas. Cyrene fue la única que se mantuvo erguida.

El primero de los ángeles surgió de la nube de humo cada vez menos espesa. Cyrene se quedó mirando a la figura, con los ojos entrecerrados a pesar de la exaltación reverencial del momento. Un escalofrío helado le recorrió las venas.

Pronunció una sola palabra, como si la protesta susurrada de una única joven fuese capaz de detener de algún modo lo que estaba ocurriendo.

—Esperad.

La pesada armadura que el recién llegado llevaba puesta contrastaba con las imágenes de las escrituras. Carecía de cualquier clase de adorno formado por los pergaminos sagrados que deberían precisamente declarar en una serie de líneas de escritura elegante esa condición de sacralidad, y tampoco mostraba el color gris invernal de los verdaderos ángeles del Dios Emperador.

La armadura del individuo que había bajado era de un hermoso color azul cobalto, con unos rebordes de bronce tan pulidos que casi relucían como el oro. Sus ojos eran unas rendijas rojas en una máscara facial impenetrable.

—Esperad —repitió Cyrene, con más fuerza esta vez—. No son los Portadores de la Palabra.

Una anciana le chistó al oír aquella blasfemia, y luego le escupió en los pies descalzos. Cyrene no le hizo caso. No apartó la mirada del guerrero de armadura de color cobalto, que era distinto, de un modo muy sutil pero innegable, a las imágenes de las escrituras que se había visto obligada a estudiar cuando era una niña.

Los hermanos del ángel surgieron del interior de la nave y bajaron hasta la plaza. Todos llevaban puestas armaduras del mismo color azul y empuñaban unas armas demasiado grandes como para que las pudieran sostener sin ayuda las manos de un ser humano normal.

—No son los Portadores de la Palabra —insistió, elevando la voz por encima de los cánticos.

Muchas de las personas arrodillas que la rodeaban le chistaron con vehemencia para que se callara o la maldijeron con fiereza. Cyrene tomó aire una tercera vez para pronunciar en voz bien alta aquella acusación, pero en ese mismo instante los ángeles se movieron al unísono de un modo inhumano y apuntaron con sus armas hacia la multitud de adoradores. Ver aquello la dejó de repente sin respiración.

El primer ángel les habló, y lo hizo con una voz ronca y profunda, filtrada a través de unos altavoces ocultos en la placa facial del casco.

—Gentes de Monarchia, capital de Cuarenta y siete Diez, oídme bien. Nosotros, los guerreros de la XIII Legión, hemos jurado llevar a cabo esta tarea, y estamos obligados por el honor a cumplir con nuestro deber. Venimos a traer el decreto del Emperador al décimo planeta sometido a la voluntad del Imperio por la acción de la 47.ª Flota Expedicionaria de la Gran Cruzada de la humanidad.

Mientras el guerrero decía todo aquello, la docena de ángeles que lo acompañaban no dejó de apuntar a los ciudadanos arrodillados.

Cyrene se fijó en que las bocachas de las armas presentaban un aspecto similar al del fuselaje de la nave con forma de buitre, ya que habían quedado ennegrecidas por los disparos de unos proyectiles de enorme tamaño.

—Vuestro acatamiento al Imperio de la Humanidad se ha mantenido durante sesenta y un años, y es con terrible pesar que el Emperador exige que todos los ciudadanos abandonen Monarchia de un modo inmediato. Vuestros líderes planetarios recibieron la misma orden hace tan sólo unos momentos. Esta ciudad debe quedar evacuada dentro del plazo de seis días. Vuestros líderes planetarios podrán enviar una única señal de auxilio el último día de ese plazo.

La multitud se mantuvo en silencio, y sus miradas mostraron una confusión y una incredulidad que sustituyeron a la reverencia que se había apoderado de sus rostros. El líder de los ángeles pareció captar la pérdida de atención de la multitud, por lo que apuntó el arma hacia el cielo y abrió fuego una vez. El disparo resonó con el rugido retumbante de un trueno en el centro de un valle. El estruendo fue ensordecedor en

mitad de aquel silencio.

—No debe quedar nadie en Monarchia en el amanecer del séptimo día. Id a vuestras casas. Reunid vuestras pertenencias. Evacuad la ciudad. Cualquier resistencia será eliminada sin contemplaciones.

—¿Adónde iremos? —gritó una voz de mujer en mitad de la anonadada multitud —. ¡Éste es nuestro hogar!

El primer ángel se volvió y apuntó su arma directamente hacia Cyrene. La joven tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que había sido ella quien había hablado. Los que la rodeaban tardaron mucho menos tiempo en echar a correr y salir huyendo, lo que la dejó en un aislamiento repentino.

El ángel repitió las mismas palabras, con un tono de voz neutro que no se diferenció en absoluto del que había utilizado momentos antes.

—No debe quedar nadie en Monarchia en el amanecer del séptimo día. Id a vuestras casas. Reunid vuestras pertenencias. Evacuad la ciudad. Cualquier resistencia será eliminada sin contemplaciones.

Cyrene tragó saliva y no dijo nada más. La muchedumbre estalló en una serie de gritos e imprecaciones. Una botella se estrelló contra el casco de uno de los ángeles y se convirtió en una lluvia de trozos de cristal. Un numeroso grupo de personas comenzó a gritar exigiendo respuestas, y Cyrene se dio media vuelta de inmediato y echó a correr. Allá donde la muchedumbre no estaba huyendo se abrió paso a empujones a través del gentío.

El tableteo rugiente de las armas de los ángeles comenzó unos cuantos segundos más tarde, cuando los mensajeros del Dios Emperador abrieron fuego contra la muchedumbre enfurecida.

Tres días más tarde, Cyrene todavía seguía en la ciudad.

Al igual que muchos de los habitantes que consideraban a Monarchia su hogar, la piel morena de Cyrene era un legado de la vida que sus ancestros habían pasado en los desiertos ecuatoriales, y sus atractivos ojos eran de un marrón claro parecido al de la madera de caoba. El cabello castaño iluminado por el sol le caía como una cascada de rizos sobre los hombros.

Al menos, así era como sus amantes más devotos la describían.

Ésa era la imagen que tenía en la mente, aunque no era eso lo que veía en el espejo cada vez que se miraba. Tenía los ojos rodeados por un cerco oscuro producto de

pasar dos noches sin dormir, y los labios estaban agrietados por la deshidratación.

No llegaba a comprender cómo era posible que la situación hubiera llegado a aquel punto. La resistencia a los invasores había sido feroz a lo largo de la hora aproximada que había durado. La mayor matanza se había producido en la puerta Tophet, cuando las protestas se convirtieron en una revuelta, y la revuelta se transformó en un campo de batalla. Cyrene lo contempló todo desde la seguridad que ofrecía una iglesia cercana, aunque lo que vio no tenía explicación: ciudadanos abatidos y masacrados, y todo por un crimen como era atreverse a defender sus hogares.

Un tanque de color cobalto y bronce disparó contra la puerta Tophet, y aunque la matanza era una tragedia, aquel acto era una pura profanación. El tanque avanzó aplastando a los muertos bajo las cadenas y lanzó una andanada contra la gigantesca estructura. Los destellos de los disparos de los cañones dejaron una marca dolorosa en la vista de Cyrene, pero ella siguió mirando a pesar de todo, incapaz de apartar los ojos.

La puerta Tophet cayó, y su masa marmórea se despedazó en fragmentos al estrellarse contra el suelo de la plaza. Toda una fortuna en piedra blanca y pan de oro, todo un monumento a los verdaderos ángeles del Dios Emperador, quedó destrozado por unos invasores que proclamaban ser leales al Imperio.

Cyrene distinguió entre los escombros los cuerpos inmóviles de las estatuas que habían sido derribadas de la fachada de la puerta destruida. Las conocía muy bien, porque había acudido muchas veces al mercado de medianoche en la plaza Tophet. En todas y cada una de aquellas ocasiones, los ángeles de mármol la habían observado desde sus elevados puestos tallados en la superficie de la puerta. Sus ojos rasgados sin expresión alguna la habían contemplado sin parpadear. Las armaduras sin alas estaban talladas en la piedra pulida con una habilidad artística maravillosa. Aquellas imágenes no representaban a los falsos ángeles emplumados del antiguo mito de Terra, sino a la encarnación de la virtud, a los ángeles de la muerte formados a partir del temible aspecto del propio Dios Emperador. Sus sombras, sus hijos, los Portadores de la Palabra.

Las siluetas de los herejes flotaban difusas en el polvo mientras se acercaban al tanque.

—Los reyes guerreros de Ultramar —musitó Cyrene en ese momento—. La XIII Legión.

Todos eran unos blasfemos. El hecho de que se parecieran a los Portadores de la Palabra no hacía más que reforzar su impureza.

Las comunicaciones planetarias estaban completamente desconectadas. Un vendedor callejero le había contado que los invasores habían destruido todos los satélites de Khur antes de bajar atravesando las nubes. Fuese o no cierto, la comunicación con las demás ciudades, incluso entre los distintos barrios de Monarchia, sólo era posible mediante el boca a boca.

—Se rebelaron en el distrito Quami —le había insistido el vendedor—. No ha sido sólo en Tophet. También en Gulshia. Han muerto cientos, quizás miles de personas. —Se encogió de hombros como si todo aquello no fuera más que una curiosidad—. Me voy esta misma noche. No tenemos ninguna esperanza si nos enfrentamos a esos demonios, *shuhl-asha*.

Cyrene no le contestó, aunque sonrió ante el uso educado del título arcaico de su profesión, pero ¿qué podía decirle? Los invasores habían rodeado y bloqueado por completo la ciudad. Era imposible que las semillas de la rebelión echaran raíces en semejante terreno baldío.

El éxodo de los habitantes de Monarchia comenzó distrito por distrito después de aquellas primeras purgas. Una vez se abrieron las puertas, el flujo incesante de ciudadanos surgió en tromba de la urbe.

Para cuando llegó la noche, la evacuación estaba completamente en marcha. Los ciudadanos más acaudalados de Monarchia, la mayoría de ellos pertenecientes a los funcionarios de mayor rango que actuaban como portavoces de la Palabra, disponían de sus propios medios de transporte, y abandonaron la ciudad en dirección a las propiedades residenciales que tenían en otras ciudades. El amanecer de Monarchia estaba repleto de aeronaves que se alejaban en dirección a lugares más seguros transportando a los ricos, a los poderosos, a los que eran económicamente vitales y a los iluminados espiritualmente a refugios situados en otras partes del planeta.

Cyrene todavía no se había marchado. Lo cierto era que todavía no estaba segura de si lo haría. En esos momentos se encontraba en el balcón de su cápsula habitable de la segunda planta, una estancia a mitad de camino entre un dormitorio y una celda monástica en el bloque de apartamentos Jiro, en una de las zonas más baratas de la ciudad.

Las torres de megafonía bramaban una y otra vez su mensaje:

—«Existen unos límites estrictos de peso en los objetos personales que se pueden

llevar a bordo de la nave de evacuación. Todos los residentes del distrito Inaga deben dirigirse de inmediato al espaciopuerto de Yael-Shah o a la puerta de Comercio Duodécima. Existen unas límites estrictos de peso en…».

Cyrene hizo caso omiso de los avisos y se quedó contemplando a la gente que avanzaba en manada por las calles y que prácticamente cortaba el tráfico debido a su lento ritmo de marcha. Allí, al final de esa misma calle, uno de los guerreros de la XIII Legión dirigía a la masa de gente como si no fuera más que ganado. El falso ángel empuñaba la misma arma que sus hermanos, un gigantesco rifle capaz de disparar munición explosiva.

Cyrene se asomó por la barandilla del balcón y contempló con detenimiento la eterna imagen del opresor y del oprimido, de los conquistadores y los conquistados. Su distrito debía quedar evacuado como muy tarde la mañana del día siguiente. El proceso era forzado y laborioso, y sobre los silenciosos ángeles falsos recaía un gran número de maldiciones y de lamentos.

—«Existen unos límites estrictos de peso…» —repetían retumbantes una y otra vez los altavoces de las torres.

Aquellas torres de comunicación se utilizaban antaño para llamar a la oración tres veces al día a lo largo y ancho de toda la ciudad. Emitían palabras de tolerancia y sabiduría a todos aquellos que cobijaba la urbe. El carácter sagrado de esos artefactos había quedado pervertido, ya que en esos momentos servían como transmisores de las órdenes de los invasores.

Cyrene se percató demasiado tarde de que la habían descubierto.

El aire se espesó y se volvió más caliente debido al chorro de unos motores cuando un aerodeslizador pequeño flotó sobre la calle a la altura de su balcón. Se trataba de un vehículo para dos ocupantes, con los costados formados por placas de blindaje inclinadas de color azul. Se mantenía en el aire sostenido por el empuje de unas turbinas que emitían un fuerte zumbido. Los falsos ángeles sentados en su interior revisaron con la mirada las ventanas del segundo piso de los diferentes edificios a medida que pasaban a su lado.

El estremecimiento que recorrió a Cyrene amenazó con convenirse en un temblor incontrolable, pero ella se mantuvo firme donde se encontraba.

La aeronave se acercó flotando. Las palas de los rotores expulsaban chorros de aire caliente de los motores antigravitatorios del vehículo. El falso ángel que iba sentado en la posición de artillero se inclinó hacia adelante y accionó un mando que

llevaba en la gorguera de la armadura.

—Ciudadana. —La voz del comunicador del guerrero sonó como un ladrido por encima del zumbido de los motores del aerodeslizador—. Este sector está siendo evacuado. Baje inmediatamente a la calle.

Cyrene inspiró con fuerza, y no se movió.

El guerrero miró a su compañero, el piloto sentado a su lado, y luego se volvió de nuevo hacia Cyrene, que mantenía su actitud de tranquilo desafío.

—Ciudadana, este sector está siendo evacu…

—Ya lo he oído —lo interrumpió Cyrene con la fuerza suficiente como para hacerse oír a su vez por encima del zumbido de los motores.

—Baje de forma inmediata a la calle —le ordenó el guerrero.

—¿Por qué lo hacen? —les preguntó sin dejar de alzar la voz.

El artillero movió la cabeza en un gesto negativo, aferró las empuñaduras del arma de calibre gigantesco acoplada a la montura del vehículo y la apuntó directamente al pecho de Cyrene. La joven tragó saliva. La boca del cañón del arma tenía el diámetro de su propia cabeza. Hasta la última fibra muscular de su cuerpo se estremeció por el pánico y le suplicó que echara a correr.

—¿Por qué lo hacen? —exigió saber, y ahogó el miedo bajo la furia que también sentía—. ¿Qué pecado hemos cometido que nos ha mancillado tanto como para obligarnos a abandonar nuestros hogares? ¡Somos fieles al Imperio! ¡Somos leales al Dios Emperador!

Los falsos ángeles se mantuvieron inmóviles durante unos largos segundos. Cyrene cerró los ojos a la espera del inmenso martillazo que señalaría el fin de su vida. A pesar de la situación, notó que estaba a punto de sonreír. Era un modo insensato de morir. No quedaría nada que enterrar.

—Ciudadana.

Abrió los ojos. El guerrero había bajado el cañón del arma y la apuntaba hacia el suelo.

—El Emperador, amado por todos, ordenó a la XIII Legión que viniera aquí y es quien ha decretado todos nuestros actos. Míranos. Mira nuestra armadura, y las armas que empuñamos. Somos sus guerreros, y cumplimos su voluntad. Baje de forma inmediata a la calle y abandone el distrito.

—¿El Dios Emperador nos exige que abandonemos nuestros hogares?

El guerrero soltó un gruñido. Fue un sonido chasqueante y mecánico, que tan sólo

sonó parecido a algo humano por la rabia que se adivinaba en él. Fue la primera emoción que notó en los invasores desde que llegaron.

—Baje inmediatamente a la calle. —El guerrero la apuntó de nuevo con el arma—. Ahora. La mataré ahí mismo si vuelve a pronunciar palabras tan necias como ésas sobre el Emperador, amado por todos.

Cyrene escupió hacia la calle.

—Me marcharé sólo porque busco la iluminación que proporciona la sabiduría. Descubriré la verdad que se oculta detrás de todo esto, y rezaré para que haya alguien que pague por ello.

—La verdad será revelada —le dijo el guerrero mientras el aerodeslizador se preparaba para alejarse—. Al amanecer del séptimo día, dé media vuelta y mire a su ciudad. Ahí encontrará la iluminación que busca.

Y llegó el amanecer del séptimo día.

El cielo cada vez más claro encontró a Cyrene Valantion de pie sobre una de las cimas de las colinas Galahe. Llevaba el vestido tradicional oculto bajo una chaqueta larga en la que se arrebujaba para protegerse del viento otoñal que soplaba con más fuerza a cada minuto que pasaba. El cabello le flotaba suelto bajo la fuerza del aire mientras contemplaba la ciudad sumida en un silencio absoluto, en una quietud absoluta. A lo largo de las últimas horas, varios borrones luminosos habían ascendido hacia el cielo nocturno. Cada una de aquellas manchas brillantes era una nave de desembarco de la XIII Legión, y todas regresaban a la órbita una vez se había acabado la misión de los guerreros que transportaban.

El sol llegó al horizonte con su lenta y eterna inevitabilidad. Una luz dorada y fría, a pesar de todo su suave brillo, se derramó sobre los minaretes y las cúpulas de Monarchia. Era una ciudad de una belleza sin parangón. Las puntas de sus diez mil torres se convirtieron en oro bajo el amanecer.

—Por la Sangre Sagrada —musitó la joven, incapaz de hablar en voz más alta, y notó la humedad tibia de las lágrimas en las mejillas. Pensar que la humanidad era capaz de crear semejantes maravillas…—. Por la Sangre Sagrada del Dios Emperador.

La luz del cielo brilló con más intensidad, con demasiada intensidad y demasiado pronto. Apenas había comenzado el amanecer y la luz brillaba ya con la misma intensidad que al mediodía.

Cyrene alzó la mirada y vio con ojos llorosos cómo las luces del cielo se

iluminaban con un segundo amanecer.

Vio caer el fuego del cielo. Unos rayos de una luz intensísima se clavaron en la ciudad perfecta procedentes de un punto situado por encima de las nubes. No pudo mirar aquello durante mucho tiempo. La potencia lumínica incomparable de aquellos rayos solares le arrebató la vista a los pocos instantes y la dejó sumida en la oscuridad mientras oía los sonidos provocados por la destrucción de la ciudad moribunda. El mundo se estremeció bajo los pies de Cyrene, y la joven cayó al suelo. Lo peor fue que la vista le falló de forma intermitente antes de perderla del todo, y su última visión clara fue la de Monarchia destrozada, con sus torres desplomándose sobre las llamas.

Cegada y traicionada por el destino, Cyrene Valantion gritó a los cielos y rezó para que alguien pagara por aquello mientras la ciudad adonde había nacido ardía hasta los cimientos.



II
LA ÚLTIMA PLEGARIA

Portadores de la Palabra, escuchad nuestras súplicas.

Unos ángeles falsos caminan entre nosotros, a vuestra imagen y semejanza, pero carentes de vuestra misericordia. Se hacen llamar la XIII Legión, los reyes guerreros de Ultramar, y sólo han pronunciado amenazas de masacres y pesadumbre desde que oscurecieron el cielo hace una semana. Sus guerreros han recorrido las calles de Monarchia obligando a sus habitantes a abandonar la ciudad. Aquellos que se resistieron fueron asesinados. Si el destino lo permite, serán recordados como mártires.

Monarchia no ha sido la única. Otras dieciséis ciudades de todo el planeta han quedado vacías, completamente desprovistas de toda vida.

Nos vimos forzados al silencio durante muchos días y no pudimos llamaros. La XIII Legión nos lo ha permitido en este momento, en las horas previas al amanecer. Han jurado destruir la ciudad perfecta con una tormenta de fuego en el mismo instante que hoy amanezca. Volved con nosotros, os lo suplicamos. Volved con nosotros y hacedles pagar esta injusticia. Vengad a los muertos y restaurad lo que desaparecerá cuando el horizonte se ilumine.

Portadores de la Palabra, escuchad nuestras súplicas.

Volved a nosotros, hijos del Dios Emperador, bendito sea su nombre. Volv…

Primera y única llamada de socorro

enviada desde Monarchia, capital de Khur.



DOS
SOL SERRADO
DEVASTACIÓN
AURELIANO

La venganza de Cyrene tardó dos meses en llegar. Fueron casi nueve semanas de atravesar de forma imprudente las mareas del antiespacio, de cruzar el Immaterium sin tener apenas en cuenta la seguridad o el control. Perdieron naves, perdieron vidas, pero no perdieron el tiempo. La realidad retembló a su paso.

La primera nave salió de forma explosiva del Immaterium impulsada por unos motores forzados al máximo. Al salir acelerada de la herida de la reentrada, pareció surgir de la disformidad como una lanza gris que dejara a su paso un rastro de plasma del color de la locura. Los motores rugieron con furia al rojo vivo en el silencio del espacio.

A lo largo de la columna dorsal del fuselaje se alzaban estatuas de mármol y oro que contemplaban el vacío estrellado. Los edificios de adoración blindados surgían de la superficie de la nave como carbunclos superpuestos. Los muros de esas catedrales estaban rematados por almenas, mientras que las docenas de templos menores estaban decorados con hileras de torretas de armas en sus puntos más altos. La nave, de aspecto y tamaño inimaginables, era más una ciudadela fortificada para la oración y el combate que una nave espacial.

La peligrosa aceleración que la impulsaba envió una oleada de temblores a lo largo de sus huesos metálicos, pero siguió sin frenar su avance. A su paso dejaba una estela blanco azulada procedente de las inmensas toberas de propulsión que habían tardado

decenios en ser construidas y en las que habían trabajado miles de operarios durante millones de horas. La proa de la nave tenía forma de ariete colosal, y estaba rematada por una figura de águila forjada con metales pesados que luego habían sido pulidos hasta mostrar un brillo plateado. El águila sostenía en sus garras la imagen forjada en acero de un libro abierto. El pico del ave también estaba abierto en un chillido silencioso. En sus ojos helados se reflejaba la luz de las estrellas.

Llegaron otras naves que desgarraron la realidad tras surgir de la disformidad como manchas grisáceas de menor tamaño. Fue una andanada de flechas que eclipsó a las estrellas que las rodeaban. Al principio fueron muy pocas, pero luego pasaron a ser una docena, luego una flota, y finalmente, una armada… Ciento dieciséis naves, una de las mayores concentraciones de fuerza que jamás se hubieran reunido bajo la mano de la humanidad. Y siguieron llegando más, que arrasaron la membrana que separaba ambas realidades al surgir del Immaterium en un intento por mantener el paso de la gloriosa nave insignia.

La armada gris avanzó en formación dispersa. Las naves más lentas se colocaron en retaguardia mientras se acercaban hacia un planeta concreto de color verde y azul.

Un planeta que ya estaba rodeado por otra flota.

Una de las naves de la armada era una embarcación poderosa por derecho propio, pero quedaba empequeñecida por la nave insignia que marchaba en vanguardia. La nave era una barcaza de batalla llamada *De Profundis*. El nombre se traducía en gótico bajo como «Surgido del abismo». En el dialecto de Colchis, el planeta natal de la nave, se traducía a partir de las raíces protogóticas como «Surgido de la desesperación».

El estremecimiento que sacudía la estructura de la nave disminuyó a medida que se asentaba en el espacio real, y los motores espaciales relevaron a los impulsores de disformidad sobrecalentados. El capitán de la *De Profundis* se levantó de su recargado trono de mando mientras la nave se liberaba de las últimas ataduras del empíreo. El trono se alzaba sobre el centro de un estrado. Estaba fabricado de acero negro y marfil tallado, y tenía la superficie cubierta de rollos de pergamino con plegarias. En los peldaños que llevaban hasta el propio estrado se encontraban otras tres figuras, todas ellas con una armadura de combate de color gris granito. Ninguno de los guerreros apartaba la mirada del occulus visualizador que ocupaba toda la pared frontal.

La escena que se desarrollaba en aquella pantalla era propia de un caos sin

parangón. La flota estaba perdiendo el orden y la cohesión antes incluso de entrar en combate con el enemigo, como si la ira que embargaba a todos y cada uno de los capitanes se estuviera transmitiendo de forma directa a la trayectoria de sus respectivas naves de un modo absolutamente irracional, en un momento en el que era necesaria la mayor concentración posible.

La servoarmadura del señor del capítulo zumbaba cargada de energía, con todos los cables exteriores a la vista a lo largo de su recorrido hacia la mochila de energía que llevaba acoplada a la espalda. Aquella pieza estaba decorada de un modo mucho más profuso que la armadura de cualquier otro astartes, y en ella, el señor del capítulo Deumos mostraba sin pudor ni contención una declaración de todas sus hazañas. Los grabados minuciosos que mostraba en las hombreras eran, en realidad, escritura cuneiforme de Colchis, y en ellos se narraba en verso su lista de victorias y el número de enemigos muertos a sus manos. Sobre la hombrera izquierda, encima de la poesía de escritura cuneiforme, había un libro abierto esculpido en bronce con las páginas en llamas. Cada lengua de fuego era, en realidad, una pieza de hierro rojo tallado a mano que luego se había soldado artesanalmente al propio libro. Bajo la luz adecuada, las páginas de metal daban la impresión de arder con las llamas de hierro.

Un último detalle era el símbolo que rodeaba uno de los visores ópticos de color rojo del casco, cuya placa facial estaba forjada para que mostrara una expresión semejante a un gruñido. El símbolo era una estilizada estrella de bronce con el reborde exterior cubierto de pequeños pinchos. Este símbolo se repetía a lo largo de todo el casco y de los edificios situados a lo largo de la columna dorsal de la barcaza, lo que identificaba a la *De Profundis* como una nave perteneciente al capítulo del Sol Serrado. Cada una de las naves de la flota mostraba sus propios símbolos: el *Trono Óseo*, la *Luna Creciente*, el *Látigo Enrollado*… Un emblema tras otro que formaban un flujo continuo de imágenes. Allí, en la negrura del vacío, parecían los glifos de las piedras rúnicas esparcidas de un chamán cósmico.

Los ojos de todos los guerreros, los oficiales, los siervos y los esclavos estaban clavados en el planeta llamado Khur, y en la capital de aquel mundo, que antaño había sido visible desde órbita. En cierto modo, todavía lo era, aunque había quedado convertida en una mancha negruzca que oscurecía la cuarta parte de un continente.

Los rasgos del rostro de Deumos parecían tallados en un trozo de piedra metamórfica de la antigua cadena montañosa de Terra, el Himalayia, que no se encontraba muy lejos de donde él mismo había nacido doscientos años antes. Algunos

individuos reían, y otros lo hacían a menudo. Deumos no pertenecía a ninguna de esas dos clases de persona. Su sentido del humor era mucho más funesto.

Uno de sus lugartenientes, el capitán de la 7.ª, le dijo en una ocasión que su rostro cubierto de cicatrices era «la crónica de unas guerras que nadie quería librar». Deumos sonrió al recordarlo. Le gustaba que Argel Tal intentara hacer comentarios ingeniosos.

Deumos salió de su momentáneo ensimismamiento en el pasado y se concentró de nuevo en el occulus, pero siguió sin saber exactamente qué era lo que estaba viendo. El resto de las naves se habían desplegado en una formación de ataque diseminada, y muchas de ellas seguían acelerando. Las de escolta y de exploración estaban aminorando la velocidad de un modo evidente a medida que perdían el empuje que les habían proporcionado toda la potencia de los motores antes de desactivarse.

—¿Qué es lo que estoy viendo? —preguntó. A través del casco las palabras sonaron como un gruñido chasqueante—. Auspex, informa.

—Están llegando los primeros informes confirmados de los sensores.

Los oficiales que rodeaban la mesa de auspex de tres lados eran todos humanos, y sus uniformes eran del mismo color gris que la armadura del señor del capítulo. El de mayor rango, el maestre de auspex, se había quedado pálido.

—Veréis… señor…

El señor del capítulo volvió la mirada hacia ellos.

—Habla, y hazlo deprisa —le ordenó.

—Los datos que nos llegan sobre la flota enemiga que se encuentra en órbita geoestacionaria sobre Monarchia indican que son naves imperiales, señor.

—Así que es verdad. —Deumos miró con dureza al maestre del auspex, un oficial ya mayor con una voz potente que en esos momentos estaba ajustando con movimientos frenéticos los diferentes controles de la pantalla de tres metros cuadrados de tamaño—. Habla ya.

—Confirmado. Son naves imperiales. No son el enemigo. Una oleada de códigos de transpondedor emitidos de un modo activo ha inundado los sensores. Se están anunciando a toda la flota.

La tensión no abandonó a Deumos. En vez de eso, aumentó en su interior y le hizo recordar una vez más aquel mensaje enloquecedor: «Volved con nosotros. Se hacen llamar la XIII Legión. Volved con nosotros, os lo suplicamos».

Deumos dejó que esa inquietud se hundiera en la región más tranquila de su mente. Tenía que concentrarse.

Siguió observando mientras más naves de casco gris disminuían de velocidad y en sus enormes toberas las llamaradas impulsoras reducían la potencia. Vio también que algunas naves viraban para apartarse del resto de la flota, lo que rompió la elegancia de la formación de ataque. Era evidente que aquellas maniobras las había provocado la duda. Ningún capitán sabía qué hacer con exactitud.

La letalidad perfecta y compartimentada de la formación de ataque se desvaneció por el hecho de que tantas naves estuviesen aminorando o virando para alejarse. La flota colosal que rodeaba la barcaza y que momentos antes estaba preparada para el combate se desorganizó y abandonó la formación de ataque. Realizó las últimas maniobras en conjunto como si aquello fuera un ballet espacial, pero aquellos movimientos finales se hicieron con una clara reticencia. Una vez más tuvo la sensación de que los capitanes de las naves estaban contagiándolas con sus emociones.

El planeta en sí estaba cerca, lo bastante cerca como para que la flota enemiga se encontrara dentro del alcance visual. A aquella distancia, las naves eran poco más que manchas oscuras que flotaban en órbita baja enmarcadas dentro de una espesa capa de nubes. Deumos se volvió hacia sus hermanos, sus lugartenientes, que se encontraban de pie en los peldaños que llevaban hasta el trono.

—Vamos a descubrir toda la verdad sobre este asunto.

—Este día acabará de un modo oscuro —vaticinó el capitán de la 7.ª, que tenía el ojo izquierdo rodeado por un sol serrado—. Todos sabemos la verdad, sabemos lo que han hecho nuestros hermanos. No hay explicación posible que aplaque la angustia que sufre el primarca. No hay aclaración alguna que apague su furia. Lo sabéis muy bien, señor.

Deumos asintió. Durante un momento se preocupó ante la posibilidad de que el *Lex* no disminuyera de velocidad, de que se lanzara como una flecha gris contra el corazón de la flota oponente abriendo fuego con todas las baterías de armas en una armonía de melodías mortíferas. Hermano contra hermano, astartes contra astartes.

Antaño habría sonreído ante la curiosa blasfemia que supondría semejante idea. Ni la sombra de una sonrisa se asomó a sus labios en esos momentos.

—Una transmisión —informó uno de los oficiales de comunicación desde su consola.

Por fin. Un mensaje dirigido a toda la flota con la única voz que importaba de verdad. La transmisión resonó por todo el puente de mando, y la estática de los

altavoces le hizo perder calidad, pero a pesar de todo la voz fue claramente reconocible.

—Hijos míos. —Ninguna distorsión podría ocultar el dolor y el afecto que emanaban de aquellas palabras—. Hijos míos, hemos llegado a Khur. Debemos responder a la última plegaria de Monarchia. Hoy contemplamos con nuestros propios ojos la ruina en la que nuestros hermanos han convertido a la ciudad perfecta.

Los cuatro astartes que se encontraban alrededor del trono de mando intercambiaron una mirada, aunque sus rostros permanecieron ocultos tras los cascos de la clase Mark III. Todos habían notado el temblor en la voz de su padre.

—Hijos míos —continuó el mensaje—. La sangre exige sangre. Tendréis las respuestas que buscáis antes de que acabe el día. Os prometo que…

El mensaje fue interrumpido. Una señal extremadamente poderosa se apoderó de todo el sistema de comunicaciones, e incluso tuvo la potencia suficiente como para ahogar las palabras del propio primarca de la legión.

La voz que habló a continuación era más profunda, más fría, e igual de sincera.

—Guerreros de los Portadores de la Palabra, soy Guilliman de la Decimotercera Legión, señor de Macragge. Se os ordena que descendáis de inmediato a la superficie del planeta y os reunáis en el centro de la zona devastada que antes se llamaba Monarchia. Las coordenadas serán enviadas de inmediato. Esta orden debe ser inexcusablemente obedecida. Vuestra legión al completo debe reunirse tal y como se ha ordenado. Eso es todo.

La voz calló y reinó el silencio.

Había casi cien individuos entre humanos, servidores y astartes en el puente de mando de la *De Profundis*. Ninguno de ellos pronunció palabra alguna durante casi un minuto.

El capitán de la Séptima dio media vuelta sin decir nada a los demás y cruzó la cámara. Las botas de la armadura resonaron con fuerza contra el suelo de plastiacero.

—Argel Tal.

Deumos habló por el comunicador del interior del casco. El visualizador le mostró el estado del capitán haciendo pasar los datos de biorritmos por el visor. Parpadeó en dirección a una runa periférica para desbloquear el visualizador táctico automático.

El capitán de la 7.ª se volvió e hizo el signo del aquila sagrada sobre el pecho. Los guanteletes formaron el símbolo del Dios Emperador sobre la placa pectoral pulida.

—Voy a disponer a la 7.ª Compañía para que esté preparada para desembarcar en

el planeta —le respondió el capitán—. Las respuestas que buscamos están en la superficie de Khur, en las ruinas de la ciudad perfecta. Quiero esas respuestas, Deumos.

El aire era espeso, cargado con el polvo y el humo que aún no se había disipado. El suelo era un desierto de ceniza negra, con franjas vitrificadas por el calor y grandes trozos de mármol fundido que reflejaban la luz del sol antes de quedar aplastados bajo las pisadas.

Argel Tal inspiró profundamente y captó el olor del aire filtrado por el sistema de reciclaje de la armadura. El sudor, el regusto químico de su propia sangre alterada genéticamente…, pero fue incapaz de sellar por completo la armadura. Cada inspiración llevaba consigo la traza penitente del hedor a azufre y a piedra quemada de la devastación que lo rodeaba.

No había quedado absolutamente nada en pie. El aire estaba cargado con las partículas de piedra, el resultado de la pulverización de un millón de edificios de mármol, y una capa de esas partículas ya estaba cubriendo la armadura de los Portadores de la Palabra que se encontraban en el centro de Monarchia. Los pergaminos de juramento y los papiros de oraciones unidos a las placas pectorales de cada astartes se volvieron de un color gris blanquecino por el polvo que se asentó sobre ellos. Argel Tal observó a sus guerreros, de pie en mitad de aquella devastación. Algunos rebuscaban entre los escombros sin un propósito definido, mientras que otros se limitaban a esperar, inmóviles. El capitán buscó en su mente las palabras adecuadas para un momento como aquél.

Fueran cuales fuesen aquellas palabras, no lograba dar con ellas.

El comunicador soltó un chasquido, y la runa que identificaba a Xaphen parpadeó en el borde de la pequeña pantalla de color rojo del interior del casco.

—Estuvimos aquí mismo hace seis decenios —afirmó Xaphen mientras se acercaba a su capitán. Su peculiar armadura de rebordes dorados había quedado convertida en una pieza de un único color gris por el polvillo que flotaba en el aire. El capellán de la 7.ª Compañía tenía por una vez el mismo aspecto que sus hermanos, y todos los guerreros parecían iguales entre los restos de Monarchia—. Ahora la ciudad se ha convertido en nubes de polvo, pero hubo un momento en que nos encontrábamos exactamente aquí. ¿Lo recuerdas? —le preguntó Xaphen.

Argel Tal se quedó mirando el terreno devastado que antes ocupaba la ciudad y

vio unos fantasmas alzarse entre la nube de polvo: las sombras de unos minaretes y unas cúpulas que habían dejado de existir.

—Lo recuerdo. Estamos la plaza pública del sector Inaga —le contestó el capitán. Luego señaló hacia el sur, aunque se mirara donde se mirase, sólo se veía el mismo paisaje desolado y arrasado—. Allí se encontraba la puerta Tophet, donde se reunían los predicadores y los comerciantes.

Xaphen asintió. Sobre el ojo izquierdo llevaba el mismo símbolo que Argel Tal: el sol serrado, la marca de un hermanamiento compartido. Llevaba un arma pegada a la espalda mediante un cierre magnético, un crozius arcanum, el arma ritual de su rango, la maza de guerra de todos los capellanes de los Portadores de la Palabra. La cabeza del arma había sido forjada con la misma forma que el símbolo: una esfera de hierro negro cubierta de pinchos e incrustaciones de plata.

La conversación, por llamarla de algún modo, se apagó por completo, hasta que aquel silencio incómodo quedó interrumpido por la llegada al planeta de otra compañía de astartes. Las cañoneras efectuaron el tramo final del descenso sobre las toberas rugientes antes de que los trenes de aterrizaje se anclaran en el suelo arrasado por el fuego. Lo normal hubiera sido que el hedor a llamas y a combustible quemado asaltara el sentido del olfato, pero en aquel lugar resultaba imperceptible debido al olor que desprendían las propias ruinas.

Se abrieron las rampas y las compuertas de las naves de desembarco, y otro centenar de guerreros con la armadura de la XIII Legión dieron sus primeros pasos por la ciudad muerta. La precaria formación de combate que guardaban se rompió casi de inmediato cuando los astartes se dispersaron mientras intentaban dar crédito a lo que estaban viendo. Argel Tal parpadeó sobre una runa de la pantalla interna del visor y se conectó de nuevo al canal general de comunicación. Los recién llegados, que mostraban el símbolo heráldico de la 15.ª Compañía, se transmitieron entre ellos la incredulidad y la rabia impotente que todos sentían. En sus placas pectorales se veía la imagen del montículo de cráneos humanos, el emblema del capítulo del Trono Óseo.

Argel Tal les dio la bienvenida en voz baja. Los guerreros que se encontraban más cerca de él lo saludaron en una muestra de respeto por su rango, a pesar de pertenecer a otro capítulo. Todos y cada uno de ellos eran en cuerpo y alma Portadores de la Palabra. Eso era más importante que nada.

Las Thunderhawk siguieron pasando por encima de ellos. Las cañoneras no

dejaban de buscar un trozo de terreno despejado en el que posarse. Cada vez era más difícil desplegar a la legión debido al gran número de guerreros que ya habían desembarcado y a las cañoneras que se habían quedado en el punto de aterrizaje. De este a oeste, de norte a sur, el cielo era una barahúnda de cañoneras rugientes y de chorros propulsores que hacían rielar el propio aire, sometido al empuje de los motores de las Thunderhawk, que rugían para mantenerse en el aire.

El cielo se ennegrecía cada pocos minutos anunciando el paso de un Stormbird. Aquellos enormes transportes eran capaces de trasladar compañías enteras, y su vuelo rugiente ocultaba momentáneamente la luz del sol.

Argel Tal caminó sin rumbo aplastando las piedras rotas con sus botas. Selló el sistema de ventilación de la armadura cuando se cansó de oler el hedor sulfuroso de la tumba en la que se había convertido Monarchia. La peste a roca fundida y a tierra quemada era penetrante, y el sentido del olfato del capitán, más sensible a causa de las modificaciones genéticas, estaba irritado ante la intensidad del hedor. Pasó a respirar el aire reciclado de los filtros internos de la armadura y siguió caminando.

El suelo era irregular, ya que estaba lleno de cráteres ennegrecidos provocados por el bombardeo orbital de los Ultramarines. Argel Tal notó cómo los pistones estabilizadores de la armadura y los giróscopos de gravedad se esforzaban por compensar esa irregularidad. Oyó los breves zumbidos de energía de los mecanismos de las rodillas y las espinilleras de la armadura cada vez que se adaptaban a las zonas desiguales del terreno.

Sabía que Xaphen lo estaba siguiendo sin ni siquiera consultar el rastreador digital de distancia incorporado a la pantalla interna. Por eso no se sorprendió cuando el capellán le habló de nuevo.

—Me siento igual que si hubiera perdido una guerra sin haber hecho un solo disparo —le dijo Xaphen por el comunicador—. Mira el cielo, hermano. Llega nuestro padre.

El cielo se ensombreció de nuevo, y Argel Tal alzó la mirada cuando el último Stormbird pasó por encima de ellos. El casco era dorado y reflejaba el sol del mediodía en un brillo cegador. La superficie del visor del capitán se oscureció para compensar el exceso de luz.

Bajo aquella claridad quedó revelada la vergüenza. Varias naves de menor tamaño, unas cañoneras Thunderhawk con el casco azul volaban en formación alrededor del gran Stormbird dorado. Era una escuadra de escolta, de naves de vigilancia, no una

guardia de honor. Los Ultramarines acompañaban al primarca de los Portadores de la Palabra hasta la superficie del planeta con la misma falta de delicadeza que llevarían a un prisionero a su ejecución.

Argel Tal entrecerró los ojos, y el sistema óptico del visor acercó la imagen en respuesta a su solicitud. La imagen se llenó de estática durante medio segundo, pero se ajustó con rapidez en cuanto las lentes ópticas enfocaron la nueva distancia de visión.

Todas y cada una de las torretas de armas de las cañoneras de los Ultramarines apuntaban hacia el casco dorado del Stormbird de los Portadores de la Palabra.

—¿Ves eso? —le preguntó a Xaphen por el comunicador.

—Es difícil no ver un insulto como ése —le contestó el capellán—. Si me lo contaran, diría que es mentira, pero lo estoy viendo con mis propios ojos.

Argel Tal observó que la trayectoria de aterrizaje de la nave la llevaba hacia el centro de la ciudad, y sin recibir orden o señal alguna, todos los portadores de la palabra que estaban cerca se dieron la vuelta y se encaminaron en la misma dirección que la gran nave artillada.

—Esto tiene todo el aspecto de ser un momento histórico —murmuró Xaphen—. Prepara tu alma, hermano. Controla tus humores.

El capitán jamás había oído aquella intranquilidad en la voz de Xaphen. Aquello no ayudaba precisamente a su frágil estado de calma.

—Respuestas —le contestó Argel Tal mientras consultaba en la pantalla retinal la munición de la que disponía y la temperatura de la mochila de energía de la armadura —. Respuestas, Xaphen. Eso es lo único que quiero.

Argel Tal y Xaphen encabezaron a la 7.ª Compañía en dirección al corazón de la ciudad y marcharon hasta el punto donde se reunía la legión.

Cien mil guerreros se mantenían en silencio bajo el sol del atardecer.

Cien mil guerreros en formación perfecta, con los bólters empuñados en los guanteletes grises y los cascos con la barbilla erguida en un gesto de orgullo. Cien mil pares de lentes oculares rojas miraban hacia adelante. Escuadra tras escuadra, dirigidas por sargentos. Compañía tras compañía, dirigidas por capitanes. Capítulo tras capítulo, dirigidos por sus señores.

Delante de cada compañía había un portaestandarte, con las banderas sostenidas bien en alto a pesar de que el polvo cubría casi todos los emblemas. El sargento Malnor era el portaestandarte del capítulo del Sol Serrado, y la bandera se alzaba junto

a los pendones de combate de las tres compañías que lo componían, a los que eclipsaba en tamaño e importancia. Un círculo de bronce bruñido cubierto de pinchos era el reflejo del símbolo que rodeaba el ojo izquierdo de todos los guerreros, y del estandarte colgaban sesenta y ocho cráneos blanqueados del extremo de cadenas de hierro negro. Los cráneos eran tanto humanos como alienígenas, y cada uno de ellos había pertenecido a un gran paladín enemigo al que merecía la pena recordar de ese modo. La cuenca ocular izquierda de todos ellos también estaba rodeada por el símbolo del sol serrado pintado con sangre astartes y bendecido por los capellanes de las compañías.

Por encima de la legión allí reunida ondeaban estandartes similares. Chasqueaban bajo el viento, y los elementos decorativos que colgaban de ellos repiqueteaban componiendo una melodía siniestra cada vez que los estandartes ondeaban.

Argel Tal avanzó con los demás comandantes del Sol Serrado y dejaron atrás las ordenadas filas de sus guerreros. Su capítulo no se encontraba entre los más favorecidos por el primarca, ya que ese honor pertenecía a los capítulos de mayor tamaño y prestigio, con veinte compañías o más, pero a pesar de ello, sus rangos les otorgaban el derecho a colocarse en la fila de vanguardia de la legión allí reunida.

Mientras caminaba entre las filas de guerreros inmóviles, Argel Tal se conectó al canal de comunicación que le habían asignado a la 7.ª Compañía antes de descender al planeta.

—Manteneos firmes con orgullo, hermanos. Pronto nos llegará la iluminación del saber.

Una serie de diez chasquidos le confirmó que todos los sargentos de escuadra que tenía bajo su mando habían recibido el mensaje.

Varios capitanes los saludaron en voz baja por el comunicador. Los cascos y las hombreras mostraban con claridad a qué capítulos pertenecían.

Delante de ellos se encontraba el Stormbird dorado, rodeado por las seis cañoneras Thunderhawk de los Ultramarines. Los bordes de los fuselajes de ceramita se mostraban chamuscados en los puntos donde la temperatura se había elevado más durante el roce con la atmósfera a lo largo del descenso hacia la superficie del planeta.

Uno de los capitanes se salió de la fila. Dio un solo paso adelante, y Argel Tal notó el leve temblor del suelo cuando el guerrero golpeó el suelo con el pie.

El primer capitán Kor Phaeron se destacó entre sus hermanos, tal y como era su derecho. Iba equipado con una enorme armadura de exterminador, cuyas placas de

blindaje con filigrana de plata relucían recién salidas de las forjas de Marte. Sólo la élite de la legión estaba equipada con ese tipo de armaduras, y eso le hacía superar en un metro de estatura a los capitanes de menor rango. Las capas de ceramita esculpidas reverentemente eran tan gruesas como el blindaje de un carro de combate. No llevaba más armas de las que tenía incorporadas la propia armadura: unos guanteletes de enorme tamaño rematados por unas garras que surgían de cada uno de los dedos. Las cuchillas eran tan largas y curvadas como las guadañas que se utilizaban para segar las cosechas en los mundos más primitivos del Imperio. Las hojas de las garras tenían integrados una serie de circuitos a lo largo de todo el filo. Eran los conductos de energía que trasmitirían toda su increíble potencia destructiva al guantelete en cuanto el primer capitán lo deseara.

A diferencia de los demás capitanes allí reunidos, Kor Phaeron no llevaba puesto el casco, y lo justo era decir que ningún poeta o pintor podría retratar al primer capitán como un ser hermoso sin tomarse una gran licencia artística. Argel Tal se fijó en que las hojas de las garras resplandecían con una descarga de energía, una señal evidente de impaciencia. La expresión del rostro del primer capitán siempre era la misma: la mueca burlona de un individuo que no es capaz de ver nada que no sea amargura y cenizas por doquier. Era la única expresión que Argel Tal había visto siempre en su cara. A pesar de la impresionante armadura, el rostro de Kor Phaeron era delgado como el de un cadáver y pálido como el hueso, igual que en las distintas y escasas ocasiones en que los caminos de los dos capitanes se habían cruzado.

—Lo odio —le susurró Xaphen por el comunicador—. Lleva puesta esa armadura como un escudo para sus mil debilidades. Lo odio, hermano.

Argel Tal se mantuvo inmóvil, con el bólter cruzado sobre el pecho. Ya le había oído decir eso muchas veces al capellán, y no era capaz de ofrecer respuesta alguna que aplacara la cólera que sentía su amigo.

—Lo sé —le contestó con la esperanza de que Xaphen se quedara callado. No eran ni el lugar ni el momento adecuados para un comentario como aquél.

—No es uno de los nuestros, no es un hermano de batalla. Es un falso astartes. —Xaphen comenzó a quejarse como solía hacer, con un fervor que le hacía apretar los dientes de rabia—. Es impuro.

—No es el momento de sacar viejos rencores.

—Ésa es la clase de permisividad por la que jamás llegarás a empuñar un crozius —le contestó el capellán.

No era ningún secreto el nepotismo que había llevado a Kor Phaeron al rango de primer capitán. Había sido el consejero espiritual y el padre adoptivo del primarca durante los años de juventud que Lorgar había pasado fuera del Imperio, y había sido él quien había ayudado a moldear el carácter de aquel semidiós de un modo que su verdadero padre no había conseguido hacer. Se mantuvieron juntos durante los años de sacrificio y de revolución, a lo largo de las guerras sagradas que amenazaron con destruir Colchis antes de que ese mundo quedara unido por completo bajo el gobierno benevolente de Lorgar.

Cuando el Dios Emperador llegó un siglo antes a Colchis, le ofreció el mando de la XIII Legión a Lorgar, pero Kor Phaeron ya era demasiado mayor para recibir los implantes de órganos y las modificaciones genéticas que se realizaban en la pubertad y que eran necesarias para convertirse en un astartes. En vez de eso, mediante la cirugía rejuvenecedora, unos costosos implantes biónicos y un empleo limitado de la terapia genética, Kor Phaeron fue elevado por encima del común de los mortales como un gesto del enorme aprecio que el primarca sentía por él.

A pesar de trascender a su condición de simple humano, Kor Phaeron no había pasado a formar parte de las filas de verdaderos astartes. Argel Tal lo observó en ese momento: el ejemplo perfecto de un compromiso genético. Era el respeto lo que le hacía morderse la lengua, no la admiración.

Kor Phaeron escupió al suelo cubierto de cascotes. La saliva ácida siseó al corroer la piedra. Al ver aquel gesto, Argel Tal reabrió el canal de comunicación con Xaphen al dirigir un parpadeo a la runa del nombre de su hermano.

—¿Lo único que te molesta es la impureza del primer capitán? ¿No será también su absoluta carencia de la disciplina propia de nuestra legión, o que su lista de victorias deje pequeñas a la tuya y a la mía sumadas?

Xaphen soltó una breve risa, pero fue un sonido bajo y sin alegría alguna. Tenía el crozius en la mano y la cabeza del arma reposaba en el suelo.

—Está al lado del primarca en cada campaña, está al mando de la 1.ª Compañía, los mejores guerreros de la legión, eso sin contar que lleva una armadura de exterminador. Habría que ser muy estúpido para fracasar con todo eso a favor.

—Hermano, lo he oído predicar. Y tú también. No me gusta, pero lo respeto. Habla de la Palabra con un conocimiento que nadie más posee, y esa sabiduría me llena de fuego la sangre. Organizó una victoria a escala planetaria cuando no era más que un simple sacerdote humano. No lo subestimes ahora.

La voz de Xaphen sonó más severa.

—La impureza no se puede perdonar.

—El primarca en persona lo escogió —le respondió el capitán a su vez con un tono de voz más duro—. ¿Eso no significa nada para ti?

—Nunca he dudado del buen juicio de nuestro padre —admitió a regañadientes el capellán.

Argel Tal notó que iba a decir algo más, pero Xaphen se calló de repente, como si hubiera captado una reconvención implícita en la desaprobación de su hermano.

—Preparaos —gruñó Kor Phaeron, y su voz profunda y rasposa contrastó con su aspecto cadavérico—. Llega el primarca.

Las palabras todavía estaban flotando en el aire cuando la rampa de proa, situada bajo la cabina del Stormbird dorado, comenzó a bajar accionada por los mecanismos hidráulicos ajustados a la perfección.

Argel Tal soltó una larga exhalación, lenta y tensa, y notó que el corazón primario le latía con más rapidez. Aunque no estaba en combate, el corazón secundario comenzó un lento contrapalpitar en respuesta al martilleo del primario.

La figura descendió a solas por la rampa, y el capitán de la 7.ª notó que le picaban los ojos por las lágrimas de adoración que amenazaban con saltársele, a pesar incluso de que mantuvo la mirada fija en el suelo destrozado. No había visto a su primarca desde hacía casi tres años, y verse alejado de su luz, aunque fuera en nombre del más sagrado deber, era caminar en las sombras, carente de toda inspiración.

El comunicador resonó con el susurro de un número incontable de voces cuando los portadores de la palabra murmuraron el nombre de su padre. Muchos también dieron las gracias por la oportunidad de encontrarse una vez más ante su presencia. Por todos los canales de comunicación se oyeron una serie de cánticos susurrados que jamás pasaban del murmullo. Argel Tal fue uno de los pocos que se mantuvieron en silencio al principio y que agradecieron al destino su buena fortuna con una plegaria silenciosa.

Tres años. Tres largos años de luchar en la oscuridad mientras rezaba para que llegara ese momento. Todas las dudas, las preocupaciones y las sospechas provocadas por la orden de los Ultramarines quedaron borradas bajo el redoble de sus corazones.

La figura se detuvo. Argel Tal lo notó porque dejó de sentirse el golpeteo de sus pasos sobre la tierra negra.

Sólo entonces habló. No dijo más que una palabra, un nombre utilizado muy

pocas veces fuera del círculo que formaban los hijos guerreros que llevaban la sangre de Lorgar en sus venas y cuya misión era conquistar mediante el crozius y el bólter una galaxia ignorante.

—Aureliano —fue lo que dijo el capitán, y la palabra se perdió entre una multitud de susurros semejantes.

Argel Tal alzó por fin la mirada, y vio al hijo de un dios vivo de pie en mitad de aquella necrópolis.



TRES
LA SANGRE EXIGE SANGRE
SIGILITA
EL SEÑOR DE LA HUMANIDAD

El decimoséptimo primarca era conocido por muchos nombres a lo largo y ancho de la galaxia. Los mundos que su legión dejaba liberados a su paso lo llamaban el Ungido, el Decimoséptimo Hijo o, con más elegancia, el Portador de la Palabra.

Para sus hermanos primarcas era simplemente Lorgar, el nombre que le pusieron en su planeta natal, Colchis, durante los años de conflicto que precedieron a la llegada del Emperador.

Sin embargo, al igual que muchos primarcas, tenía un título informal, un término respetuoso utilizado a menudo por las dieciocho legiones. A Fulgrim, de la III Legión, se le llamaba de forma cortés el Fénix, y Ferrus Magnus, de la X Legión, era el Gorgon, mientras que el señor de la XVII era el Urizen, un nombre sacado de unos textos casi olvidados de un mito antiguo de Terra.

Ni uno solo de los cien mil guerreros allí reunidos pronunció ninguno de aquellos nombres. La legión de los Portadores de la Palabra se encontraba allí al completo, y aquella increíble fuerza de combate se mantenía ordenada en filas perfectas mientras todos y cada uno de sus hijos pronunciaban su nombre con murmullos sibilantes, como si recitaran una invocación.

«Aureliano», musitaron todos al mismo tiempo. Lorgar Aureliano, Lorgar el Dorado. Así era como llamaban sus hijos elegidos a su padre.

El decimoséptimo primarca volvió la mirada hacia el mar de guerreros de

armadura gris que habían sido creados para cumplir sus órdenes. Dio la impresión de que se detenía unos momentos ante la inmensidad de lo que estaba contemplando. Los que se encontraban más cerca de él vieron el fuego que le iluminó la mirada.

—Hijos míos —les dijo, acompañando las palabras con una sonrisa impregnada de pena—. Me llena de ánimo veros a todos juntos.

Contemplar a uno de los hijos del Dios Emperador era sumergirse en la visión de la perfección. Los sentidos humanos, incluso las capacidades sensoriales creadas en laboratorio que poseían los guerreros astartes, tuvieron que esforzarse por procesar completamente lo que veían en ese instante. Cuando Argel Tal vio por primera vez a Lorgar era un chico que todavía no había cumplido los once años, y sufrió pesadillas llenas de confusión y dolor durante un mes.

Los apotecarios de la legión encargados de los reclutas infantiles estaban preparados para aquello. Turyon, el apotecario que supervisó las diversas cirugías de implantes de Argel Tal durante su pubertad, le explicó ese fenómeno en una de las diminutas celdas de aislamiento que ocupaban los acólitos de la legión durante su etapa de formación.

—Las pesadillas son algo natural y desaparecerán con el tiempo. Tu mente tiene que aceptar lo que ha visto.

—No estoy muy seguro de lo que he visto —admitió el muchacho.

—Lo que has visto es al hijo de un dios. Es algo que no deberían ver las mentes y los ojos de los seres humanos normales. Tardarás algún tiempo en acostumbrarte.

—Me duelen los ojos cuando los cierro. Me duele cuando lo recuerdo.

—Ese dolor no durará eternamente.

—Quiero estar a su servicio —declaró el muchacho de once años, todavía tembloroso a causa de las pesadillas nocturnas—. Le serviré fielmente, lo juro.

Turyon se había limitado a asentir, y luego le había contado las numerosas pruebas letales que tendría que superar antes de convertirse por completo en un astartes. Argel Tal no le había prestado atención, al menos no aquel día, mientras la débil luz del amanecer de Colchis se filtraba a través de la única ventana de la celda.

Todavía pensaba a menudo en Turyon. El apotecario había muerto cuarenta años antes, y Argel Tal conservaba un recuerdo de aquella batalla. Seguía sin ser capaz de sostener la hoja afilada y rota del arma alienígena sin que lo asaltara el recuerdo de la garganta cortada de Turyon.

La verdad era que ése era el motivo por el que la había guardado. Para recordar. Quizás era una costumbre algo morbosa, algo por lo que los capellanes a menudo lo reprendían. Conservar las armas que habían matado a sus hermanos era una señal clara de una mente perturbada. Argel Tal alzó la vista.

—La sangre exige sangre —dijo Lorgar a los guerreros reunidos en la tumba llena de cráteres en la que se había convertido Monarchia—. La sangre exige sangre.

Como siempre hacía cuando se encontraba en presencia de su padre, Argel Tal se esforzó por fijarse en los pequeños detalles individuales para evitar ver por completo la presencia de su padre genético.

Lorgar tenía los ojos del mismo color gris que el cielo invernal de Colchis, y los llevaba rodeados de kohl, lo que hacía que destacaran más contra la piel del primarca, una piel que parecía completamente dorada a todos aquellos que no llevaran puesto un visor.

Las lentes ópticas del casco de Argel Tal filtraron la luz exterior hasta convertirlo todo en un esquema táctico de color apagado, pero sin perder ningún detalle del entorno. Distinguió con claridad los miles de glifos individuales de Colchis grabados con tinta dorada en la piel blanca del primarca. Se decía que aquellos tatuajes de escritura cuneiforme cubrían la mayor parte del cuerpo de Lorgar. Lo que sin duda le cubrían era todo el rostro formando unas líneas perfectas y muy pegadas entre sí que iban desde el cráneo rapado hasta la mandíbula, y cada frase era una plegaria llena de devoción, una esperanza profética respecto al futuro o la invocación de fuerza a un poder mayor que el suyo.

Esa escritura continuaba sobre las placas doradas de su armadura, grabadas con ácido en su superficie reluciente. A pesar de toda su majestuosidad, el decimoséptimo primarca no mostraba su grandeza mediante un equipo de combate ceremonial. Su armadura era dorada, pero no tenía más adornos de los que mostraban las que llevaban puestas sus capitanes, del tipo Mark III. Los papeles de juramento y los pergaminos votivos que llevaba fijados a la placa pectoral y a las hombreras no narraban las hazañas gloriosas del primarca, sino que mostraban los votos que le había hecho a su padre y la devoción que sentía en su servicio a los ciudadanos del Imperio.

—Y a esto hemos llegado —dijo el primarca sin alzar en ningún momento la voz más allá de un susurro, ya que no le hacía falta. Sus palabras llegaban hasta los oídos de sus hijos más cercanos, quienes se encargaban de retransmitirlas de inmediato por

el comunicador a las filas posteriores de guerreros.

—Y a esto hemos llegado —repitió Lorgar—, y a pesar de eso, nos hacen esperar las respuestas que nos merecemos.

Ningún lingüista humano sería capaz de transmitir la confianza feroz y apasionada que exudaban las palabras de Lorgar. Sus labios finos estaban curvados en la sonrisa a medias propia de un poeta vehemente y apasionado a pesar de encontrarse en la tumba de su mayor logro. Tenía los guanteletes de la armadura cerrados, en puños, y aquellos puños dorados parecían reticentes a alzar el arma que aferraban, un crozius del tamaño de un astartes.

Illuminarum era el único detalle de grandiosidad que se permitía el primarca. El mango del arma era del marfil de mayor calidad, que a su vez estaba reforzado por una empuñadura de hierro negro. La cabeza del crozius era un orbe de adamantio de superficie oscura debido al trabajo del maestro forjador y decorada con runas de plata. La superficie estaba cubierta de pinchos del tamaño de un brazo humano colocados de forma espaciada y regular entre sí, lo que confería a la maza un aspecto brutal que contrastaba con el individuo filosófico que la empuñaba a través de las estrellas.

A pesar del trabajo soberbio que había supuesto su forja, el crozius de Lorgar era ostentoso y carente de toda belleza. Su portador había hecho arder mundos enteros, y cada uno de los capellanes de la Legión de los Portadores de la Palabra empuñaba un arma equivalente, aunque de menor valía.

Todos los hijos de Lorgar, incluso aquellos que habían pasado años lejos de él, captaron de inmediato la inquietud que embargaba a su padre. El primarca miró una y otra vez hacia las Thunderhawk de los Ultramarines, posadas en tierra, a la espera de alguna señal que indicara que alguien iba a salir de ellas. Alrededor de su sonrisa de poeta se adivinaba una leve sombra de barba sin afeitar, algo que Argel Tal nunca había visto en el primarca, siempre tan pulcro.

Lorgar acabó dando la espalda a sus hijos y miró fijamente a las cañoneras imperturbables. Su susurro se extendió por toda la legión.

—Guilliman, hermano de sangre pero no de corazón, sal de una vez para responder por esta locura.

Las rampas de todas las cañoneras comenzaron a bajar al unísono en un gesto teatral. La legión oyó el último susurro de su padre cuando los Ultramarines aparecieron por fin.

—Portadores de la Palabra, estad preparados y atentos a cualquier signo de

traición —dijo, y murmuró aquel aviso con la misma suavidad que una serpiente se deslizaría sobre una tela de seda.

Eran tan sólo cien guerreros los que se encontraban frente a los cien mil portadores de la palabra. Una única compañía de ultramarines había aterrizado en el planeta junto a su primarca y se enfrentaba a aquel océano de armaduras grises. A pesar de la gravedad del momento, Argel Tal no tuvo muy claro si debía sentirse perplejo ante aquel gesto o simplemente insultado. Decidió dejarse llevar por ambos sentimientos, que se vieron acompañados por una creciente irritación.

—La 19.ª Compañía —le informó Xaphen por el comunicador mientras observaba el estandarte ultramarine que ondeaba bajo la débil brisa. En la tela se veía un caballo blanco alzado sobre las patas traseras con una crin llameante y una serie de números debajo—. Es curioso.

Argel Tal contempló el caballo blanco ondeando al viento e intentó adivinar el motivo por el que era esa compañía la que acompañaba al primarca. La compañía Aethon, la 19.ª de Ultramarines, era muy conocida por muchos que no pertenecían a la legión de Guilliman. El propio Aethon en persona había dirigido una flota expedicionaria lejos de su primarca, y se rumoreaba que era un embajador severo y un diplomático astuto. Fuera cual fuese la verdad, al capitán se le habían encomendado una responsabilidad y una capacidad de actuación independiente mucho mayores de las que la mayoría de astartes podían vanagloriarse.

—Reciben ese nombre de un caballo que echaba llamas por la boca en la antigua mitología de Macragge —le apuntó Xaphen—. Aethon era el nombre de uno de los caballos que tiraban del carro del dios solar para hacerle cruzar el cielo.

Argel Tal contuvo el impulso de negar con la cabeza.

—Con todo el respeto, hermano, me trae sin cuidado todo eso.

—El conocimiento es poder —le replicó el capellán.

—¡Concéntrate! —le espetó a su vez el capitán—. Ya has oído al primarca.

Xaphen le envió una señal de recibido por el comunicador: un único pitido de estática.

La rampa de la última cañonera terminó de bajar sostenida por los pistones rodeados de vapor. Argel Tal se mantuvo inmóvil, con los músculos casi agarrotados por la tensión, mientras el decimotercer primarca descendía rodeado de una guardia de honor y acompañado de…

—No —musitó el capitán, y el asombro lo dejó sin respiración.

—Por la sangre del Dios Emperador —murmuró Xaphen.

Lorgar, que se encontraba delante de ellos, sonrió con un gesto agrio.

—Malcador el Sigilita.

Junto al primarca, protegido por su armadura azul y perla, caminaba un individuo vestido con una sencilla túnica. El Primer Señor de Terra, con un aspecto humano y tremendamente frágil al lado de la enorme sombra de Guilliman, empuñaba un cayado de metal negro rematado por un águila bicéfala del que colgaban unas cadenas que tintineaban.

Ambos mostraban un contraste absoluto: mientras que Guilliman era muy corpulento, el cuerpo del Sigilita era extremadamente delgado. Las placas de la armadura del primarca tenían el color azul de los antiguos océanos de Terra, desecados muchos siglos atrás. Eran el eco de una época legendaria, y sus rebordes de oro y madreperla centelleaban bajo la luz de la luna que salía por el horizonte.

—¿Qué clase de locura es ésta? —gruñó Kor Phaeron con una voz demasiado cargada de emoción como para disimular.

—Tranquilo, amigo mío —murmuró Lorgar, aunque el primarca no apartó la mirada de la fila de guerreros que tenía delante—. No tardaremos en tener las respuestas que buscamos. Capitanes, un paso adelante.

Al oír la orden, cien capitanes avanzaron con los bólters y las espadas en las manos, y un centenar de capellanes, con los rebordes dorados y los crozius que indicaban su rango, se mantuvieron un paso por detrás de ellos. A la espalda de los capellanes se alineaban cien mil portadores de la palabra que formaban en posición de firmes a pesar de lo desigual que era el terreno bombardeado que pisaban.

Argel Tal apartó la mirada de Guilliman. Era tan difícil contemplar impasible el rostro del señor de Macragge como el de su propio padre. Lo más duro era mirar sus ojos. En ellos no había duda, cálculo o curiosidad, nada que indicase una emoción humana. Aquella cara parecía esculpida directamente en una piedra oscurecida por el sol. Era la dignidad encarnada.

El capitán de la 7.ª contuvo un estremecimiento y se volvió hacia el Sigilita. Era demasiado humano como para tenerle miedo, pero también demasiado influyente como para hacer caso omiso de su presencia. Era la mano derecha del Emperador, y su confidente más próximo.

Y estaba allí.

Allí, y al parecer, en una actitud que apoyaba la destrucción llevada a cabo por los

Ultramarines en la ciudad perfecta. Argel Tal aferró con más fuerza la empuñadura del bólter.

—Hermano —lo saludó Lorgar, y lo hizo con una voz aparentemente tranquila que casi ocultaba por completo el temblor provocado por la angustia que sus hijos sabían que recorría todo su ser—. Malcador. Bienvenidos a Monarchia.

Nada más decir aquellas últimas palabras, señaló con un barrido del brazo la devastación que los rodeaba, y en su hermoso rostro apareció una expresión mezcla de burla y asco.

—Lorgar.

La voz de Guilliman retumbó como un trueno lejano, pero no dijo nada más aparte del nombre de su hermano.

Argel Tal entrecerró los ojos al notar la absoluta neutralidad del tono de voz del primarca, carente de todo atisbo de emoción. Había visto autómatas de la Legio Cibernética que mostraban más rasgos de humanidad que el primarca de los Ultramarines.

—Primarca Lorgar —dijo Malcador al mismo tiempo que le hacía una leve reverencia a modo de saludo—. A todos nos apena reunirnos en estas circunstancias.

El guerrero dorado dio un paso adelante con el crozius apoyado en el hombro.

—¿De verdad? ¿Nos apena a todos? No pareces apenado, hermano.

Guilliman no dijo nada. Lorgar dejó de mirarlo tras unos largos segundos y se volvió hacia el Sigilita.

—Respuestas, Malcador. —Dio otro paso hacia adelante. Ya se encontraba a mitad de camino entre su legión y los cien ultramarines—. Quiero respuestas. ¿Qué es lo que pasó aquí? ¿Qué clase de locura se ha permitido que ocurra sin oposición alguna?

El Sigilita se bajó la capucha y dejó al descubierto un rostro tan pálido que rozaba una blancura enfermiza.

—¿No eres capaz de adivinarlo, Lorgar? —El humano movió la cabeza en un gesto que parecía de pesar—. ¿De verdad que todo esto te sorprende?

—¡Contéstame! —rugió el primarca.

Los ultramarines parecieron encogerse, y varios alzaron las armas que empuñaban por el sobresalto.

Lorgar extendió los brazos a los lados para abarcar una segunda vez toda la devastación que los rodeaba, y de su boca salieron disparadas gotas de saliva cuando rugió de nuevo.

—¡Quiero que me contestes por todo lo que ha ocurrido aquí! ¡Te lo exijo!

—¿Qué hacemos? —preguntó Xaphen por el comunicador—. ¿Qué… qué está pasando?

Argel Tal no le contestó. De repente, el bólter y la espada le pesaban mucho en las manos. Miró a los ultramarines, que mostraban a las claras la sorpresa que los embargaba. Aunque no habían roto filas, era evidente que se sentían inquietos. Y no era de extrañar.

—¿Qué le habéis hecho a mi ciudad? —Esta vez Lorgar habló con un susurro sibilante que acompañó con una falsa sonrisa.

—No estaba sometido. —Malcador habló con lentitud, pacientemente—. Ni esta cultura ni el planeta estaban…

—¡¡Mentiroso!! ¡¡Blasfemo!! ¡Era un modelo de obediencia!

En ese momento, varios ultramarines se apartaron un poco, y Argel Tal se fijó en que se miraron entre sí llenos de confusión. Un revuelo de voces cruzó los canales de comunicación cuando los portadores de la palabra captaron los mensajes que intercambiaron los ultramarines, embargados por el nerviosismo. Tan sólo Guilliman pareció no sentirse afectado. Hasta el propio Malcador tenía los ojos abiertos de par en par al mismo tiempo que se aferraba a su báculo de mando mientras hacía frente a la ira del primarca.

—Lorgar…

—¡Proclamaban el nombre de mi padre por las calles!

—Lorgar, lo que hacían era…

—¡Lo honraban a cada amanecer! —Lorgar se acercó un poco más y fijó la mirada de sus ojos enloquecidos en el consejero de su padre igual que si fueran retículas de puntería—. ¡Contéstame, humano! ¡Cómo justificas esto, si había estatuas del Emperador que adornaban cada esquina y plaza de esta urbe!

—Lo adoraban. —Malcador alzó la cabeza, ya que medía la mitad que cualquiera de los dos primarcas—. Lo veneraban. —Miró atentamente a Lorgar en busca de alguna muestra de comprensión en el rostro dorado de aquel gigante. Al no ver ninguna, inspiró profundamente y se limpió de la mejilla una gran gota de saliva del primarca—. Lo idolatraban como si fuera un dios.

—¿Así es como justificas lo ocurrido? —Lorgar dejó caer el crozius al suelo destrozado con un fuerte ruido sordo. Bajó la mirada a las manos, y cerró los dedos formando unas garras con las que parecía dispuesto a sacarse los ojos—. ¿Te… te

atreves a mostrarte en mitad de las ruinas de la perfección y proclamar que esta ciudad fue destruida sin motivo alguno? ¿Has recorrido toda la galaxia para demostrarme que has perdido esa frágil cabeza mortal?

—Lorgar… —empezó a decir de nuevo el Sigilita, pero el resto de la frase no llegó a salir de sus labios.

Malcador se desplomó silenciado por el golpe que Lorgar le propinó con el revés de la mano y que lo lanzó hacia un lado. Todos los guerreros cercanos oyeron el crujido seco de los huesos al romperse, y Malcador se estrelló contra el suelo rocoso a veinte metros de distancia, donde se detuvo en mitad del polvo tras rodar un trecho sobre sí mismo.

Lorgar quedó frente a frente con su hermano y dejó los dientes al descubierto en una mueca de amenaza ante el rostro impasible de Guilliman.

—¿Por… qué… lo… hiciste?

—Me lo ordenaron.

—¿Este gusano te lo ordenó? —Lorgar se echó a reír al mismo tiempo que señalaba con una mano el cuerpo caído de Malcador—. ¿Esa lombriz? —El primarca de los Portadores de la Palabra negó con la cabeza y se volvió hacia sus guerreros para reunirse con ellos—. Pienso llevarme la legión a Terra e informar en persona a nuestro padre de la… locura que se ha producido aquí.

—Ya lo sabe.

Era la voz de Malcador. Se puso en pie sobre unas piernas temblorosas y se esforzó por pronunciar las palabras a través de sus labios sangrantes. Guilliman inclinó la cabeza una fracción, y aquel leve gesto fue suficiente para que dos de los ultramarines acudieran en ayuda del consejero del Emperador. Malcador acabó de ponerse en pie, aunque encorvado por el dolor, y ordenó con un gesto que se alejaran a los dos ultramarines que se aprestaban a ayudarlo. Luego extendió un brazo, y el báculo salió disparado del suelo, a una docena de metros de su propietario, y acabó en la palma de su mano.

—¿Cómo? —le preguntó Lorgar, confuso, sin estar seguro de si había oído bien —. ¿Qué es lo que has dicho?

El Primer Señor de Terra, herido, cerró los ojos y se apoyó en el báculo que indicaba su rango para utilizarlo como una muleta.

—He dicho que lo sabe. Tu padre lo sabe.

—Mientes. —Lorgar apretó de nuevo los dientes y comenzó a respirar con jadeos

cortos y superficiales—. Mientes, y tienes suerte de que todavía no te haya matado por tu blasfemia.

Malcador no discutió. En vez de eso, cerró los ojos otra vez, alzó la cabeza hacia el cielo y habló sin emitir sonido alguno. Todos los portadores de la palabra, todos los ultramarines, todos los seres vivos presentes en un radio de diez kilómetros oyeron la voz psíquica del consejero palpitando en su mente, tal era el poder de aquel psíquico.

No quiere hacer caso, mi señor. A mí, no…

Lorgar se quedó inmóvil de inmediato, con las manos a un milímetro del crozius que había dejado en el suelo. Guilliman realizó el movimiento de cabeza más amplio desde que había bajado y apartó la mirada del primarca dorado, pero no por asco o desprecio hacia su hermano, como Argel Tal pensó en un principio, ya que su rostro siguió sin mostrar expresión alguna. Era un gesto simplemente para protegerse los ojos.

Malcador mantuvo cerrados los suyos mientras seguía encarado hacia el cielo, hacia las naves que se encontraban en órbita.

Lorgar comenzó a retroceder.

—No, no, no… —casi sin voz, como si las palabras apenas susurradas fueran capaces de detener el destino de alguna manera.

El mundo que los rodeaba estalló en una llamarada de luz.

El desplazamiento de aire provocó un estampido muy cercano a la rotura de la barrera del sonido, pero no fue eso lo que hizo trastabillar a Argel Tal. Ya había visto en otras ocasiones el uso de la tecnología de teletransportación, y había viajado mediante ese sistema tan exclusivo algunas veces, y el sonido quedó filtrado hasta quedar rebajado a unos niveles tolerables por los sistemas de percepción de su casco.

Tampoco fue la luz del destello provocado por la teletransportación lo que le hizo apartar la mirada. Aquello también hubiera quedado amortiguado por los sensores internos de la armadura, que habrían oscurecido de inmediato las lentes oculares del casco.

Pero había quedado cegado, cegado por un brillo dorado, semejante al resplandor ardiente del metal fundido.

El canal de comunicación aulló con las voces de miles de sus hermanos que padecían el mismo sufrimiento. Sin embargo, aquellas voces resonaban apagadas y casi se perdían en una tormenta de sonidos que no debían existir. No se trataba de un

fallo del comunicador. Todo estaba en su cabeza. Era un rugido de olas que resonaban con la fuerza suficiente como para hacer que se tambaleara.

Ciego y casi sordo, Argel Tal sintió que el bólter se le escapaba entre los dedos. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para mantenerse en pie.

Lorgar Aureliano no vio nada de aquello.

No vio la cegadora luz dorada, ni tampoco sintió el ensordecedor rugido psíquico.

Lo que vio fueron seis figuras agrupadas. No reconoció a cinco de ellas, pero a la sexta sí. Detrás de ellas, los ultramarines, que no se habían visto tan afectados como los portadores de la palabra, se habían puesto de rodillas en una serie de filas ordenadas. Tan sólo Guilliman y el Sigilita permanecían de pie.

Lorgar se volvió de nuevo hacia los seis. Cinco de ellos rodeaban a la figura que había reconocido, y aunque no conocía sus nombres, sabía quiénes eran. Llevaban armaduras doradas de decoración muy recargada, y unas largas capas de regio color escarlata les colgaban de los hombros. Aquellas manos que jamás temblaban empuñaban unas grandes alabardas rematadas por pesadas hojas plateadas.

Custodios. Los guardianes del Emperador.

Lorgar miró a la sexta figura, que no era más que un hombre. A pesar del vigor que mostraba, las arrugas de la edad indicaban el paso del tiempo por unos rasgos que eran al mismo tiempo severos y amables. El aspecto del individuo dependía por completo de la faceta de su rostro en la que uno se fijara. Parecía un hombre envejecido y cansado y a la vez la estatua de un héroe inmortalizado en la flor de la vida. Era un señor de la guerra joven y resuelto con unos ojos de expresión helada y un anciano confuso que se encontraba al borde de las lágrimas.

Lorgar se concentró en aquellos ojos, y vio el calor del amor en su interior. El hombre parpadeó con lentitud, y cuando abrió los ojos de nuevo, su mirada era fría, cargada por el hielo de la decepción que se entremezclaba con la escarcha del disgusto.

—Lorgar —dijo el hombre con una voz suave pero poderosa que se perdía entre en el paisaje indescifrable que se extendía entre el odio y la bondad.

—Padre —le respondió Lorgar al Emperador de la Humanidad.



CUATRO
UNA LEGIÓN SE ARRODILLA
SI ULTRAMAR ARDE
GRIS

Recuperó la vista, y gracias a ello desapareció la grotesca sensación de impotencia. Semejante emoción representaba un anatema para Argel Tal, y sintió un cosquilleo en la piel como el producido por las patas de un millar de insectos.

Miró a través del visor casi oscurecido y vio una gigantesca figura rodeada por un amplio halo de una luz blanca dolorosamente cegadora. Los guerreros con armaduras doradas y capas rojas que rodeaban a la figura empuñaban unas lanzas de diseño extraño que manejaban con una facilidad fruto de la práctica. Tenían la misma corpulencia que un astartes, y ningún astartes podía dejar de reconocerlos.

—Custodios —logró decir a través de los dientes, que mantenía apretados a causa de la intensidad de la luz.

—Es… Es el… —tartamudeó Xaphen.

—Sé muy bien quién es —lo cortó Argel Tal sin dejar de apretar los dientes, y fue en ese preciso instante cuando la voz lo golpeó, los golpeó a todos como una ola de fuerza invisible.

De rodillas.

El susurro llegó con toda la fuerza de un martillazo en la frente. No había forma alguna de resistirse. Los músculos obedecieron de inmediato, sin importar que muchos corazones se esforzaran por no hacerlo. Argel Tal fue uno de ellos. Aquello no era lealtad, ni adoración, ni obediencia. Aquello era esclavitud, y todo su fuero

interno se rebeló ante aquella devoción obligada a pesar de que obedeció al instante.

Cien mil portadores de la palabra se arrodillaron sobre el polvo de la ciudad perfecta, dominados por una orden imperial.

Toda una legión estaba de rodillas.

Lorgar miró por encima del hombro y vio el paisaje de guerreros arrodillados. En sus ojos brilló un leve destello cuando se volvió a mirar al Emperador.

—Padre… —empezó a decir el primarca, pero el Emperador hizo un gesto negativo con la cabeza.

—De rodillas.

Aquel rostro eterno estaba enmarcado por un cabello oscuro del mismo color que el vello facial de Lorgar, herencia de un padre a un hijo.

—¿Qué? —exclamó sorprendido el primarca.

Lorgar miró a la espalda del Emperador, a Guilliman, que se mantenía en pie con gesto orgulloso. Cuando volvió a mirar a su padre, se pasó las yemas de los dedos por los ojos, como si quisiera borrar una imagen fantasmal.

—¿Padre? —insistió.

—De rodillas, Lorgar.

Argel Tal contempló con los dientes apretados como Lorgar se arrodillaba sobre una pierna.

Su primer impulso se había desvanecido, reemplazado por la razón y la tranquilidad que proporcionaba la fe. Sin duda, lo correcto era arrodillarse ante el Dios Emperador. Obligó a sus corazones a bajar el ritmo de los latidos a pesar del insulto implícito que representaba que su deidad lo obligara a humillarse.

La rabia resurgió con una descarga impactante de adrenalina cuando, tan sólo un instante después, vio que los ultramarines se ponían en pie obedeciendo una orden de Guilliman. Vio con claridad cómo los miraban, cómo lo atravesaban con la mirada mientras él seguía de rodillas ante ellos. Los guerreros de una legión se mantenían en pie ante el Emperador con el permiso explícito de su primarca, mientras que otra se encontraba de rodillas entre los restos de una ciudad muerta.

Fue un momento que produjo decenas de recuerdos y reflexiones, ya que los portadores de la palabra habían llevado a cabo ese mismo acto en muchas ocasiones

anteriores, bajo otros cielos. Otras legiones, con menos disciplina o elegancia, se golpeaban el pecho con los puños o aullaban a la luna para celebrar el sometimiento de un nuevo planeta, pero los hijos de Lorgar valoraban la victoria con una actitud reverente y digna. Los guerreros triunfantes se arrodillaban en el corazón de la ciudad conquistada y escuchaban con atención los sermones de los capellanes.

El Rito de la Remembranza, el momento de conmemorar el sacrificio de los hermanos que habían muerto y reflexionar sobre el lugar que uno ocupaba en la Palabra.

Argel Tal sintió que un sudor frío le bajaba formando regueros por las sienes y las mejillas. Un temblor generalizado amenazó con apoderarse de su cuerpo cuando sus músculos rebeldes se tensaron y se agarrotaron hasta provocarle unos dolorosos calambres. Las junturas de la armadura emitieron un zumbido causado por la energía no liberada mientras se veía obligado a soportar aquella imitación pervertida del ritual más sagrado de la legión.

La voz resonó de nuevo, y esta vez le dio a la XIII Legión las respuestas que ésta tanto ansiaba.

Lorgar miró al rostro inescrutable de su padre mientras el Emperador le hablaba.

—Hijo mío, eres un general, no un alto sacerdote. Te creé para librar guerras, para realizar conquistas, para reunir a la raza humana bajo la égida de la verdad.

—Yo he…

—No. —El Emperador cerró los ojos, y una imagen de Monarchia, tal y como había sido en el pasado, bella y gloriosa, llenó por completo la mente de Lorgar—. Esto es adoración —le indicó el Emperador—. Esto es el veneno que acaba con la verdad. Hablas de mí como si fuera un dios, y forjas mundos que sufren bajo una mentira que ha llevado a la humanidad una y otra vez al borde de la extinción,

—La gente está inmensamente feliz…

—La gente está engañada. La gente arderá cuando se demuestre que esa fe que sienten es falsa.

—Mis mundos son absolutamente leales. —Lorgar ya no estaba de rodillas. Se había puesto de pie, y su voz también se había elevado al mismo tiempo—. Mi legión forma los mundos más apasionadamente leales a tu Imperio.

No es mi Imperio.

Las palabras repiquetearon con fuerza en la mente de Argel Tal como si fueran una

ráfaga de proyectiles de bólter. Echó un vistazo durante un breve instante a los paneles retinales de control para comprobar cuáles eran sus signos vitales. Tuvo la certeza de que se estaba muriendo, y si no hubiera estado ya de rodillas, se habría dejado caer en esa postura de inmediato.

Es el Imperio del Hombre, el Imperio de la Humanidad, iluminado y salvado por la verdad.

Argel Tal oyó esta vez la respuesta de Lorgar.

—No he dicho ninguna mentira. Eres un dios.

Lorgar.

—No pienso quedarme en silencio porque no te guste cómo suena una palabra. ¡Un millar de planetas giran bajo tu control! Un millón de naves cruzan el vacío obedeciendo tu voluntad. Eres inmortal, eterno. Lo ves todo y sabes todo lo que ocurre a lo largo y ancho de la creación. Padre, eres un dios en todos los sentidos menos en el nombre. Lo único que queda por hacer es que lo confieses.

¡Lorgar!

La voz resonó de nuevo y chocó contra Argel Tal como el chorro propulsor de un cohete. Su armadura se calentó al mismo tiempo que lo arrojó al suelo. Vio que los hermanos que lo rodeaban también caían y resbalaban sobre el suelo cubierto de polvo.

Lorgar se mantuvo con actitud desafiante ante el ciclón de energía invisible mientras los rollos de pergamino salían arrancados de su armadura. El primarca alzó una mano para señalar a su padre.

—Eres un dios. Admítelo y acabemos con esta farsa.

El Emperador negó con la cabeza, pero no con un gesto de derrota, sino con una tranquila expresión de desafío.

Estás ciego, hijo mío. Te aferras a unos conceptos antiguos y caducos, y nos pones a todos en peligro con ellos. Lorgar, acaba con esto. Escucha lo que te digo y acaba con esto.

El viento psíquico se desvaneció con el rugido de un trueno.

Lorgar se mantuvo en pie sin moverse del sitio, pero temblando por razones que sus guerreros no fueron capaces de adivinar. De uno de los oídos le salía un reguero de sangre que bajaba lentamente por el cuello cubierto de tatuajes.

—Te escucho, padre.

El capitán de la 7.ª se puso en pie con un tremendo esfuerzo. Se tambaleó un momento, pero se irguió antes de que los estabilizadores de la armadura tuvieran que compensar el desequilibrio. Fue uno de los primeros portadores de la palabra en ponerse de pie. Los demás siguieron esforzándose por recuperarse, todavía apoyados en manos y rodillas, mientras que otros siguieron revolcándose en el suelo víctimas de unos espasmos musculares que les hacían retorcerse en el polvo.

Argel Tal ayudó a Xaphen a ponerse en pie, y recibió un gruñido por toda señal de agradecimiento.

Portadores de la Palabra, escuchadme. Vosotros, de entre todas mis demás legiones, sois culpables de fracasar. Disponéis de más guerreros que ninguna otra legión, excepto la XIII, pero a pesar de eso sois los que más tardáis en llevar a cabo vuestras conquistas, y vuestras victorias carecen de importancia.

Dolía demasiado mirar directamente a la figura de luz dorada, rodeada por un ardiente halo de fuego psíquico que les decía con palabras atronadoras que sus vidas no habían servido para nada.

Os pasáis años en los mundos sometidos después de conseguir la victoria final y obligáis a la población a adorar una fe falsa. Implantas cultos en los pueblos ignorantes y engañados para luego erigir monumentos a esas mentiras. Todo lo que has hecho en la Gran Cruzada no va a servir para nada. Mientras todos los demás han cosechado éxitos y han traído prosperidad al Imperio, tú eres el único que me ha fallado.

Lorgar se apartó de la figura y sólo entonces alzó los brazos para protegerse de su brillo.

Libra las guerras tal y como fuiste creado para librarlas. Sirve al Imperio, pues para eso naciste. Recuerda la lección que has aprendido hoy. Estás de rodillas en las ruinas que se encuentran al final de un camino de falsedades. Que esto sea el renacimiento de tu legión.

—Padre… —logró decir el primarca con voz débil, pero lo dijo al vacío: otro estampido sónico producido por el desplazamiento del aire le indicó que el Emperador había regresado a la órbita del planeta.

Los ultramarines se quedaron en sus puestos contemplando en absoluto silencio a los portadores de la palabra, todavía temblorosos y de rodillas. Los custodios se mantuvieron al lado de Guilliman, quien estaba conversando con el que parecía ser el

jefe del grupo y cuyo casco llevaba incorporada una crin roja a juego con la capa.

Argel Tal vio que Kor Phaeron se ponía en pie con una lentitud dolorosa, a pesar de que su armadura de exterminador hacía fácil esa tarea gracias a la multitud de servomotores que se ocupaban de las articulaciones de las extremidades. Ni Argel Tal ni Xaphen hicieron intento alguno de acudir en su ayuda. Ambos se dirigieron directamente hacia el primarca.

Mientras los portadores de la palabra se esforzaban en ponerse en pie, Lorgar se dejó caer finalmente de rodillas.

El hijo dorado del Emperador se quedó mirando los restos de la ciudad que lo rodeaban como si no reconociera el lugar, como si no tuviera ni idea de cómo había llegado a aquel sitio. Unos ojos muertos, con una expresión demasiado fría como para que fueran capaces de llorar, contemplaron a la legión avergonzada y a los escombros de la lección que debían aprender.

Argel Tal fue el primero en llegar a su lado. El instinto lo impulsó a quitarse el casco, así que abrió los sellos de la gorguera de la armadura y quedó con el rostro descubierto ante su primarca.

—Aureliano —lo llamó.

El capitán respiró por primera vez el aire quemado de Monarchia sin que los filtros de la armadura lo alterasen para suavizarlo. Apestaba a combustible quemado durante un millar de años de industria. El comentario que Xaphen había hecho minutos antes fue sobrecogedor por la verdad que albergaba: olía igual que si hubieran perdido una guerra.

No se atrevió a tocar a Lorgar. Dejó el brazo tendido, pero sin llegar a posar la mano en el hombro del primarca mientras susurraba el nombre de su padre.

Lorgar se volvió para mirarlo, pero sus ojos carecían de la más mínima sombra de reconocimiento.

—Aureliano —dijo Argel Tal de nuevo. Miró a Guilliman y a los custodios, que a su vez los estaban mirando—. Mi señor primarca, en pie. Debemos volver a nuestras naves.

Puso por primera vez la mano en el hombro de Lorgar, en el punto donde momentos antes había colgado un pergamino. El primarca hizo caso omiso de su gesto y echó la cabeza hacia atrás para lanzar un rugido. El capitán agarró la hombrera dorada del primarca y se esforzó todo lo que pudo para mantener erguido al semidiós.

Lorgar gritó con un sonido bajo, largo y profundo al cielo inmisericorde. El

aullido resonó mucho más tiempo de lo que lo habría hecho si hubiera salido de una garganta humana.

Cuando aquel grito lleno de angustia cesó por fin, pasó los dedos desnudos por el suelo destrozado. Luego, el primarca levantó una mano temblorosa y se manchó la cara con aquella ceniza negruzca para cubrirse el rostro atormentado con los huesos convertidos en polvo de la ciudad perfecta.

Xaphen habló en voz baja y preocupada.

—Los ultramarines están presenciando todo esto. Debemos llevarlo a un lugar seguro.

La máscara de ceniza de Lorgar ya estaba cruzada por regueros de lágrimas que abrieron surcos en el polvo. Los dos guerreros agarraron con mayor firmeza al primarca e intentaron poner en pie al gigante dorado. Se sorprendieron cuando el primarca escupió al suelo y se puso en pie con la ayuda de ambos. Los dos notaron el temblor en sus extremidades, pero ninguno de ellos dijo nada al respecto.

—Guilliman.

El primarca pronunció el nombre de su hermano con un tono de voz cargado de veneno. Un leve movimiento de hombros bastó para echar a un lado tanto a Argel Tal como a Xaphen, a quienes olvidó de inmediato.

Los ojos de Lorgar volvieron a llenarse de emociones. Fijó la mirada en Guilliman, quien se la devolvió, pero la del primarca de los Ultramarines mostraba una carencia de sentimientos que era el polo opuesto de la pasión que henchía la mirada de Lorgar.

—¿Es que te divierte contemplar mi humillación? —le preguntó el señor de los Portadores de la Palabra.

Guilliman no le contestó, pero Lorgar no se dio por satisfecho.

—¿Es que te divierte? —insistió—. ¿Disfrutas viendo cómo todo lo que he logrado con mi esfuerzo queda convertido en cenizas mientras nuestro padre te convierte en su favorito?

Guilliman respiró con lentitud, sin mostrar ninguna clase de respuesta emocional. Le habló como si no le hubiera hecho ninguna pregunta.

—Nuestro padre me encargó que te informara sobre un último asunto.

—Pues habla y márchate de una vez —le replicó Lorgar antes de agacharse para recoger el crozius del suelo cubierto de ceniza. De los pinchos de la cabeza del arma cayó una lluvia de hilillos de polvo.

—Estos cinco guerreros de la Legio Custodes —y al decirlo, el primarca los señaló con un gesto de la cabeza—, no son los únicos que nos acompañan. Hay otros quince en mi nave insignia. Nuestro padre les ha ordenado que te acompañen, hermano.

Argel Tal cerró los ojos al oír aquel último insulto. Después de tener que arrodillarse sobre las cenizas de su fracaso, después de que el Emperador les dijera que ninguno de sus logros tenía valor alguno, aquello…

Lorgar se echó a reír, aunque su risa estaba cargada de desprecio. Todavía tenía el rostro cubierto de ceniza.

—Me niego. No los necesito.

—Nuestro padre cree precisamente lo contrario —le replicó Guilliman—. Estos guerreros serán sus ojos cuando tu legión se reincorpore a la Gran Cruzada.

—¿Y nuestro padre también ha enviado a unos cuantos sabuesos a vigilarte a ti? ¿Es que residen en tu precioso imperio de Ultramar, desde donde le cuentan todo lo que haces? Capto la sombra de una sonrisa en tus labios. Ninguno de los presentes te conoce como yo, hermano. Puede que nuestros hijos no sean capaces de ver la expresión divertida que asoma a tus ojos, pero yo no estoy ciego ante semejante emoción.

—Siempre has poseído una tremenda imaginación. Lo que ha ocurrido hoy es buena prueba de ello.

—Mi devoción es mi fuerza —escupió Lorgar entre sus apretados dientes perfectos—. No tienes corazón ni alma. —Su rostro angelical se vio deformado por un gesto de asco que remató con un bufido—. Rezaré para que algún día te sientas como yo. ¿Sonreirías del mismo modo si uno de tus mundos de Ultramar pereciera bajo las llamas? ¿Tarentus? ¿Espandor? ¿Calth?

—Deberías volver con tu flota, hermano. —Guilliman descruzó los brazos, lo que dejó a la vista el aquila dorada que llevaba incorporada a la placa pectoral. Las alas extendidas del águila centellearon bajo la ya escasa luz del sol—. Tienes mucho trabajo que hacer.

El golpe llegó de la nada. El propio aire reverberó un instante después con el eco del choque del metal contra el metal, con el estruendo de la gran campana de una catedral. Fue un sonido casi hermoso.

Un primarca yacía en el polvo rodeado de sus guerreros. Ninguno de los presentes había presenciado jamás nada semejante. Argel Tal tenía el bólter alzado y lo apuntaba hacia las filas de los ultramarines, quienes imitaron su gesto. Cien cañones de bólter

contra cien mil. El capitán de la 7.ª tuvo que intentarlo tres veces antes de conseguir hablar.

—No disparéis —susurró por el canal general de comunicación—. Que nadie abra fuego si no le disparan.

Lorgar apoyó en un hombro dorado el inmenso crozius con forma de maza. En sus ojos grises brilló una emoción incierta al mismo tiempo que le gruñía al señor de Macragge, que se encontraba caído en el suelo.

—No vuelvas a burlarte de mí, hermano. ¿Lo has entendido?

Guilliman se puso en pie con lentitud, casi tambaleándose. El águila dorada de su placa pectoral estaba partida por la mitad, y la grieta formaba un amplio valle que le recorría todo el torso.

—Has ido demasiado lejos —dijo una voz suave. Era Malcador, el Primer Señor de Terra, que seguía aferrado a su báculo. Era lo único que lo mantenía en pie—. Has ido demasiado lejos.

—Cállate, gusano. La próxima vez que agotes mi paciencia, haré algo más que apartarte de una bofetada.

Guilliman ya se había puesto en pie. Volvió a mirar a su hermano con un rostro carente de toda expresión.

—¿Has acabado ya con tu rabieta, Lorgar? Debo volver a la Gran Cruzada.

—Vámonos, hijo mío. —Kor Phaeron no apartó la mirada cadavérica cargada de desprecio que tenía fijada en Guilliman a pesar de estar dirigiéndose a su primarca—. Vámonos. Tenemos mucho de qué hablar.

Lorgar dejó escapar una larga exhalación y luego hizo un gesto de asentimiento. La rabia ya casi había desaparecido, y no ofrecía protección alguna contra la vergüenza que lo embargaba.

—Sí. Volvamos a las naves.

—A todas las compañías —ordenó Kor Phaeron por el comunicador—. Regresamos a la órbita.

—Sí, primer capitán —contestó Argel Tal junto a los demás—. Como ordenéis.

La Thunderhawk de Argel Tal se encontraba posada bajo la sombra de una pared casi derruida. Aquel resto de construcción quemada se alzaba prácticamente en solitario en el desierto de ceniza, la última parte superviviente de un edificio que jamás volvería a elevarse hacia el cielo. El capitán iba acompañado de Xaphen y de sus lugartenientes,

los hermanos sargento Malnor y Torgal. Las diferentes escuadras embarcaban en las cañoneras correspondientes formando grupos abatidos de guerreros que caminaban prácticamente en silencio.

—No se va a producir un reasentamiento —comentó Torgal—. La ciudad ha quedado convertida en una tumba. No queda nada que se pueda reconstruir.

—En muchos archivos históricos se destaca que incluso las culturas primitivas más iluminadas de la Terra previa al Imperio sembraban de sal el suelo después de arrasar una ciudad —comentó Xaphen—. No crecía nada hasta varias generaciones después. A los habitantes de la ciudad no les quedaba más remedio que marcharse y retomar sus vidas en otro lugar en vez de reconstruirla.

—Qué interesante —se mofó Malnor.

—Cállate —lo increpó Torgal—. Por favor, capellán, continúe.

—Estoy seguro de que todos somos conscientes del eco que esos antiguos hechos tienen en lo que ha ocurrido aquí. ¿Cuántos bombardeos orbitales hemos efectuado nosotros? ¿Cuántas veces hemos luchado entre las ruinas de una ciudad devastada desde el cielo? Esto ha sido más que un simple acto destructivo. Esto ha sido una erradicación. Los Ultramarines hicieron exactamente lo que pretendían hacer, y borraron de la superficie del planeta cualquier rasgo importante de la cultura Khur. Ha sido una lección para nosotros, y para la gente.

Argel Tal encabezaba el grupo mientras subían por la rampa abierta del compartimento de carga de la cañonera. Las botas resonaron contra las planchas metálicas.

—Estaba apuntando con el bólter a uno de los guerreros de la XIII —dijo por fin —. Le apuntaba directamente a la garganta. —Se dio unos golpecitos con el dedo en los rollos de cables blandos que había bajo las capas flexibles de la gorguera de la armadura—. Si hubiera apretado el gatillo, lo habría matado.

—Pero no apretó el gatillo —dijo Torgal—. Ninguno de nosotros lo hizo. Eso es lo que de verdad importa.

Argel Tal saludó con un gesto de asentimiento a una de las escuadras de la 7.ª Compañía que pasó por delante de la cañonera y luego apretó la placa de sellado, lo que activó los pistones de la rampa. Los mecanismos hidráulicos empezaron a elevarla hasta que se cerró con una serie de chasquidos mecánicos.

—No lo hice, pero no me habría costado después de lo que le hicieron a nuestra ciudad —admitió el capitán—. Después de que nos vieran arrodillados cubiertos de

oprobio. Quería hacerlo, y casi lo hice. Di la orden de que nadie disparara, pero deseé en mi fuero interno que alguien la incumpliera.

Malnor no se movió. Xaphen no dijo nada. Tras unos largos segundos, Torgal le habló con voz dubitativa.

—¿Señor?

Argel Tal se quedó mirando a través de la rendija de luz cada vez más estrecha que dejaba la rampa en ascensión. Sin decir nada, golpeó con el puño la placa de control y detuvo el proceso. El capitán se acercó a la rampa mientras ésta descendía de nuevo.

—¿Señor? —repitió Torgal.

—He visto algo, movimiento, a lo lejos. En el límite de los cráteres del norte.

El ajuste visual de la lente óptica se acercó a la zona y luego se reenfocó para recorrer todo aquel horizonte irregular. Nada. Menos que nada.

—Polvo y piedras destrozadas —declaró Malnor.

—Volveré en seguida —declaró Argel mientras comenzaba a bajar de nuevo por la rampa. Ni siquiera hizo el gesto de empuñar el bólter o las dos espadas que llevaba envainadas a la espalda.

—Capitán, nos han dado la orden de regresar a la órbita planetaria —le dijo Xaphen—. ¿De verdad es necesario que salga?

—Sí. Ahí fuera hay alguien, y está vivo.

La desconocida avanzó trastabillando por el suelo desigual. Cuando uno de los pies tropezaba con un saliente rocoso, se desplomaba hacia adelante sin gritar o hacer ruido alguno y se daba de bruces contra el suelo. Luego se quedaba tumbada, boca abajo sobre la ceniza, jadeando de forma arrítmica mientras se esforzaba por recuperar la fuerza necesaria para levantarse una vez más.

A juzgar por las heridas sangrantes que mostraba en las rodillas y en las palmas de las manos, aquello era algo que se había repetido muchas veces a lo largo de los días anteriores.

La túnica de color escarlata que vestía estaba desgarrada y cubierta de suciedad, aunque era evidente que se había confeccionado con un tejido barato antes de que sufriera los estragos que la habían convertido en un harapo. Argel Tal observó desde lejos mientras la figura avanzaba con paso tambaleante por el terreno destrozado. No parecía seguir una dirección concreta, ya que a menudo volvía sobre sus pasos. Después de cada tropezón se detenía para sentarse y recuperar el aliento.

El astartes se acercó a ella y la desconocida alzó la cabeza con un sobresalto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta.

El casco de Argel Tal convirtió su voz en un gruñido mecánico con un tono incisivo.

—Exacto, ¿quién?

El capitán mantuvo bien a la vista las palmas de sus guanteletes, en dirección a la desconocida, en el clásico gesto de la cultura Khur que indicaba un saludo sin hostilidad alguna. La joven miró en su dirección, pero no a los ojos, sino que se limitó a mirar vagamente alrededor de Argel Tal.

—Eres uno de ellos —exclamó la humana al mismo tiempo que retrocedía.

Sus pies tropezaron de nuevo debido a lo desigual del terreno y cayó una vez más sobre el suelo polvoriento. Era más joven de lo que Argel Tal había supuesto en un principio, pero el guerrero no estaba acostumbrado a calcular con exactitud la edad de los humanos. Tendría unos dieciocho años. Quizás menos. Sin duda, no era mayor de esa edad.

—Soy el capitán Argel Tal, de la 7.ª Compañía de Asalto, del capítulo del Sol Serrado, de la XIII Legión Astartes.

—La XIII… No eres… No eres un falso ángel.

—Vine a este planeta hace seis décadas —le respondió el capitán—. Ni entonces ni ahora he mostrado falsedad alguna.

—No eres un falso ángel —repitió la muchacha.

Era evidente que dudaba, y siguió sin mirar directamente al astartes mientras se ponía en pie sobre unas piernas temblorosas. Argel Tal dio otro paso hacia ella y le ofreció una mano para ayudarla. La chica no la tomó. Ni siquiera pareció que la viera.

El dispositivo de lentes oculares del casco le mostró el frío análisis biológico de la muchacha, pero a Argel Tal no le hubiera hecho falta. La condición física de la joven era más que evidente debido al modo en que le sobresalían los huesos del rostro, a las manchas de piel descolorida y casi en carne viva que le cubrían el cuerpo y al temblor que le sacudía las extremidades, y que no era en absoluto debido al miedo.

—Te encuentras al borde de la desnutrición, y las heridas que tienes en las manos y en las rodillas muestran una grave infección —declaró Argel Tal.

Decir aquello era quedarse corto. Dado el grado y la extensión de las lesiones de las piernas por debajo de las rodillas, era un milagro que la muchacha todavía fuese capaz de caminar. Era muy posible que tuviera que sufrir una amputación.

—¿De qué color es tu armadura, ángel? —le preguntó la joven—. Por favor, te suplico que me contestes.

El portador de la palabra apartó la mano que le había ofrecido.

—Y estás ciega —añadió el guerrero—. Perdóname por no haberme dado cuenta antes.

—Vi morir la ciudad. Vi como ardía bajo las llamas que cayeron del cielo. El fuego de las estrellas me arrebató la vista el Día del Juicio final.

—Se llama ceguera de resplandor. Tus retinas quedaron afectadas por una sobresaturación de luz. Es posible que recuperes la vista con el paso del tiempo.

La muchacha dejó escapar una exclamación de pánico cuando Argel Tal le puso un guantelete sobre uno de sus hombros esqueléticos, y estuvo a punto de caerse, pero el astartes lo impidió y la mantuvo en pie.

—Por favor, no me mates.

—No voy a matarte. Voy a llevarte a lugar seguro. Salvamos a tu planeta hace sesenta años, muchacha de Khur. Jamás quisimos que esto ocurriera. ¿Cómo te llamas?

—Cyrene, pero ¿de qué color es tu armadura, ángel? No me has contestado todavía.

Argel Tal la miró fijamente a los ojos cegados.

—Por favor, dímelo —insistió ella.

—Gris.

La chica comenzó a sollozar, y dejó que casi la llevara en brazos hasta el refugio que ofrecía la cañonera de los Portadores de la Palabra.



CINCO
LOS VIEJOS MÉTODOS
EL ALIMENTO DEL ALMA
NUEVOS OJOS

Se la llamó la Última Guerra con aquella tremenda arrogancia que tan sólo se encontraba en los corazones de los auténticos ignorantes.

La Última Guerra, el conflicto que acabaría con todos los conflictos.

—Lo recuerdo —murmuró Kor Phaeron—. Recuerdo todos y cada uno de los días y de las noches que luchamos mientras Colchis ardía a nuestro alrededor.

—Seis años. —La sonrisa de Lorgar estaba cargada de tristeza, y no apartó la mirada del suelo de mármol de su cámara de meditación—. Seis largos años de guerra civil. Todo un mundo destrozado en nombre de la fe.

Kor Phaeron se pasó la lengua por los afilados incisivos superiores. La única iluminación de la cámara la proporcionaban las velas, y el olor asfixiante del incienso quemado cargaba el ambiente de la estancia.

—Pero vencimos —dijo el primer capitán.

Kor Phaeron se encontraba sentado frente al primarca y llevaba puesta la túnica gris propia de la casta sacerdotal de Colchis. Sin su armadura de exterminador tenía el mismo aspecto con el que Lorgar siempre lo había conocido: un individuo mayor a pesar de todas las modificaciones quirúrgicas para aumentar su fuerza y longevidad. Su cuerpo era casi esquelético, pero mantenía una mirada feroz en los ojos.

Lorgar no llevaba nada puesto aparte de un taparrabos de tejido basto, lo que dejaba a la vista su torso enorme que parecía andrógino por su esbeltez. Varias marcas

rituales con la forma de runas de Colchis le cubrían la espalda, y de ellas brotaba con fuerza la sangre, mientras que otras cicatrices provocadas por quemaduras habían quedado cubiertas de costras. Los verdugones provocados por los latigazos le cubrían los hombros, y las marcas, al sobreponerse unas sobre otras, formaban un entramado de autoflagelación.

Erebus estaba sentado con su primarca y su comandante en el suelo. Iba vestido con la túnica negra propia de los capellanes de la legión. Le costaba respirar debido a la sangre de Lorgar, que saturaba el aire. Aquel olor salado y poderoso casi lo aturdía. Los primarcas no sufrían heridas en la guerra. Era una blasfemia genética que alguno de ellos llegara a sangrar.

—Sí —respondió Lorgar mientras se rascaba la barba incipiente que le cubría la mandíbula—. Vencimos. Vencimos y, al hacerlo, extendimos la fe verdadera por todo nuestro planeta natal. —Se pasó la lengua por los labios dorados—. Y mira dónde nos encontramos después de aquel triunfo. Un siglo después, no somos señores de nada. Somos los reyes de la única legión que le ha fallado a mi padre.

—Mi señor, siempre nos enseñaste a…

—Habla, Erebus.

—Siempre nos enseñaste a decir la verdad aunque nos temblara la voz.

Lorgar alzó la mirada y la sombra de una sonrisa asomó a las comisuras de sus labios agrietados cuando se fijó en la expresión solemne del capellán.

—¿Y eso es lo que hemos hecho?

Erebus le respondió de inmediato y sin dudarlo.

—El Emperador es un dios —declaró Erebus—. Hemos llevado esa verdad a las estrellas y la hemos sembrado a todo lo largo y ancho del Imperio. No deberíamos sentirnos avergonzados de cómo actuamos en el pasado. No deberíais sentir vergüenza, mi señor.

El primarca se pasó el dorso de una mano por la frente. El gesto limpió parte de la ceniza que la cubría y dejó a la vista su piel dorada. Habían salido de Khur hacía menos de una semana, y Lorgar se había cubierto de ceniza procedente de Monarchia cada día desde ese momento. Sus ojos, habitualmente pintados con kohl, mostraban un aspecto todavía más oscuro de lo corriente debido al agotamiento, y los mantenía entrecerrados por la carga que le suponía el oprobio que había sufrido. Aquel sencillo gesto de la mano era lo más parecido que ninguno de los dos guerreros le había visto hacer al primarca para limpiarse desde la humillación que había recibido a manos del

Emperador.

—Todo comenzó en Colchis, y hemos vivido en el error desde entonces —dijo Lorgar—. Las visiones que tuve sobre la llegada del Emperador. Las batallas de la Última Guerra. Todo comenzó con la creencia de que la divinidad se merecía un culto, una veneración, simplemente porque era una divinidad. —Se rió sin humor—. Incluso ahora me duele pensar en la fe que destruimos para hacer sitio a nuestras creencias.

—Mi señor —le respondió Erebus con la mirada arrobada fija en los ojos de su primarca—. Nos encontramos al borde de la destrucción. La legión… ha visto destruida su fe. Los capellanes se mantienen firmes y estoicos, pero se ven asediados por guerreros que acuden a ellos llenos de dudas. Y al haberos perdido, sin vuestra luz guiadora, los que empuñan el crozius no tienen respuestas para los de armadura gris.

Lorgar parpadeó, y de las pestañas se desprendió una diminuta lluvia de partículas de polvo que se posaron en su regazo.

—No tengo respuestas para los capellanes —replicó.

—Quizás sea así —aceptó Erebus—. Sin embargo, seguís sumido en el arrepentimiento. Sacad inspiración del pasado y utilizadla para darle forma al futuro. No dejéis que os someta la vergüenza.

Lorgar soltó un bufido, aunque no había maldad ni desprecio alguno en su expresión.

—¿Ahora citas mis propios escritos, Erebus?

—Siguen siendo ciertos —le contestó el capellán.

—Piensas demasiado en lo ocurrido en Colchis. —Los ojos de Kor Phaeron refulgieron bajo la luz de las velas. A Erebus le dio la impresión de que el primer capitán se encontraba desesperado de un modo sutil, secreto. En la mirada del anciano se veía el fulgor de una necesidad insaciable, inagotable, de algo que lo carcomía por dentro. «Qué poco digno»—. Si hay algo de lo que quieras hablar, hijo mío… —Kor Phaeron puso una mano esquelética en el hombro dorado y cubierto de marcas de latigazos—… hazlo.

El primarca miró a su aliado más antiguo, a la expresión cadavérica que siempre albergaba el rostro del primer capitán. Sin embargo, Lorgar miró más allá de un modo que pocos podrían conseguir, y vio la bondad y la preocupación.

El amor paternal hacia un hijo herido y apenado.

Lorgar sonrió con verdadero afecto por primera vez en tres días, y posó una mano tatuada sobre los frágiles dedos humanos de su padre adoptivo.

—¿Recuerdas la llegada del Emperador? ¿La alegría exultante que nos invadió los corazones al demostrarse que estábamos en lo cierto? ¿Recuerdas el estremecimiento por la reivindicación que sentimos después de seis años de guerra salvaje?

El anciano asintió.

—Lo recuerdo.

El joven con la piel dorada se arrodilla sobre una pierna mientras las lágrimas de plata caen centelleantes por sus rasgos inmaculados como si fueran gotas de un aceite sagrado.

—Sabía que vendrías. Sabía que vendrías —dice sollozante.

El dios revestido de oro ofrece la mano cubierta por un guantelete al joven arrodillado.

—Soy el Emperador —le responde con una sonrisa.

Es la benevolencia encarnada, de él emana una gloria que forma un aura palpable que hiere los ojos de todos aquellos que lo miran. Miles de personas se apiñan a lo largo de las calles. Cientos de sacerdotes, vestidos con las túnicas de color gris perla de los eclesiarcas de la Alianza, permanecen de rodillas junto a Lorgar ante la llegada del Dios Emperador.

—Sé quién eres —le responde el primarca dorado con el rostro cubierto de lágrimas llenas de dignidad—. He soñado contigo durante años prediciendo este momento. Mi padre, mi Emperador, mi señor… Somos la Alianza de Colchis, y hemos conquistado este mundo gracias a la adoración que sentimos por ti, para mayor gloria de tu nombre.

Lorgar se volvió para mirar a Kor Phaeron a los ojos.

—Esta mañana, cuando estaba de rodillas delante del Emperador, con toda la casta sagrada de nuestro planeta natal entonando himnos… Con las cúpulas de roca roja de Vharadesh convertidas en piezas de ámbar bajo la luz del amanecer. ¿Viste lo mismo que yo?

Kor Phaeron apartó la mirada.

—No te gustará mi respuesta, Lorgar.

—Últimamente no encuentro nada que sea de mi gusto, pero sigo queriendo saberlo todo. —De repente se echó a reír en voz baja—. Dime la verdad aunque te

tiemble la voz.

—Vi a un dios con una armadura dorada —le respondió Kor Phaeron—. A tu imagen y semejanza, pero avejentado de un modo que me fue imposible comprender. Jamás lo vi como una figura benevolente. Su presencia psíquica me hirió los ojos, y de él emanaba un aura de derramamiento de sangre, de dominación, de multitud de mundos arrasados hasta quedar convertidos en ceniza que había dejado a su paso. En ese momento temí que hubiéramos librado seis años de guerra sumidos en la equivocación, que hubiéramos acabado con una fe verdadera para reemplazarla con una falsedad. En sus ojos, tan parecidos a los tuyos, vi la sombra de la avaricia, el ansia de la codicia. Nadie más aparte de mí vio aquello, tan sólo esperanza. Incluso tú… Así que asumí que, quizás, lo había visto mal. Confié en tu corazón, Lorgar, no en el mío.

Lorgar asintió antes de apartar de nuevo la mirada pensativa. Erebus escuchó todo aquello en silencio, ya que había muy pocas ocasiones en que los Portadores de la Palabra tenían la oportunidad de enterarse de detalles sobre la vida del primarca antes de que se incorporara a la legión.

—De todos los hijos del Emperador, tú eres el que más se parece a él, tanto en el rostro como en el cuerpo —añadió Kor Phaeron—. Sin embargo, jamás serías capaz de cometer actos crueles y destructivos con una sonrisa en los labios. Los demás, tus hermanos, sí que pueden hacerlo. Se comportan igual que el Emperador en ese sentido, pero tú no.

Lorgar bajó la mirada.

—¿Incluso Magnus? —preguntó el primarca.

Al lado del Emperador se encuentra un gigante. Es una figura vestida con una túnica del color azul de unos océanos lejanos. Uno de los ojos mira la figura arrodillada. El otro ha desaparecido, y su ausencia es un cráter de piel cubierto de cicatrices.

—Saludos, Lorgar —le dice el gigante musculoso. Es más alto todavía que el dios de oro, y su larga cabellera forma una melena escarlata, semejante a la de un león de la sabana—. Soy Magnus, tu hermano.

—Incluso Magnus —respondió Kor Phaeron, aunque a Lorgar le dio la impresión de que se mostraba reticente a admitirlo. El rostro del primer capitán se mantuvo tenso—. Aunque lo respeto enormemente, existe una profunda crueldad, nacida de la impaciencia, en lo más profundo de su ser. Lo vi en su

rostro aquel día, y todas las veces en las que nos hemos encontrado desde entonces.

Lorgar se miró las manos, cubiertas de ceniza y con sangre seca debajo de las uñas.

—Todos somos hijos de nuestro padre —declaró.

—Todos sois diferentes facetas del Emperador —lo corrigió Kor Phaeron —. Sois aspectos distintos obtenidos de una base genética. El León es la racionalidad de tu padre, su capacidad analítica, sin carga de conciencia alguna. Magnus es su potencial psíquico y su mente entusiasta, sin atadura alguna por la paciencia. Russ es su ferocidad, sin control alguno de la razón. Incluso Horus…

Lorgar alzó la mirada.

—Sigue hablando. ¿Qué ocurre con Horus?

—Es la ambición del Emperador, pero carente de toda humildad. Piensa en todos los planetas en los que nuestra legión luchó junto a los Lobos Lunares. Lo has visto tan bien como yo. Horus oculta su arrogancia, pero está ahí. Justo debajo de la piel, como un sudario que le envolviera el alma. El orgullo le recorre el cuerpo al mismo tiempo que la sangre.

—¿Qué hay de Guilliman? —preguntó Lorgar, al mismo tiempo que apoyaba las manos en las rodillas y una sonrisa comenzaba a aparecerle en los labios.

—Guilliman. —Kor Phaeron repitió el nombre, pero con una mueca de disgusto que contrastó con la sonrisa de su primarca—. Guilliman es el eco de tu padre, tanto de corazón como de alma. Si algo fuese mal, él sería el heredero del Imperio. Horus es la estrella más brillante, y tú tienes el rostro de tu padre, pero el corazón y el alma de Guilliman están hechos a imagen y semejanza de los del Emperador.

Lorgar asintió sin dejar de sonreír al ver la amargura de su consejero.

—Mi hermano de Macragge es tan fácil de leer como un libro abierto —comentó—. Pero ¿qué hay de mí, Kor Phaeron? Seguro que me parezco a mi padre en algo más que mis rasgos. ¿Qué aspecto del avatar imperial he heredado?

—¿Mi señor? ¿Me permitís? —lo interrumpió Erebus.

Lorgar le concedió permiso con una leve inclinación de cabeza. Erebus, tan

estadista y diplomático como siempre, estuvo de inmediato preparado para contestar, y con la respuesta más que pensada.

—Representáis la esperanza del Emperador. Vos sois su creencia en un modo de vida superior y su deseo de elevar a la humanidad hasta que alcance su máximo potencial. Vos os entregáis por completo a esos fines, siempre de una manera desinteresada, de un modo absolutamente leal, en una lucha constante por lograr lo mejor de todos y para todos.

En los ojos del primarca brilló una chispa de diversión, una mirada tremendamente parecida a las del Emperador.

—Es una idea poética pero indulgente, Erebus. ¿Qué hay de mis defectos? Si no soy orgulloso como Horus Lupercal, si no soy impaciente como Magnus el Rojo… ¿qué dirá la historia de Lorgar Aureliano?

El gesto solemne del rostro de Erebus se descompuso durante un momento. En su cara apareció una sombra de duda y miró un instante a Kor Phaeron. Aquel gesto provocó una breve risa en el primarca.

—Sois un par de conspiradores —les dijo en voz baja sin dejar de reírse suavemente—. No temáis mi ira. Estoy disfrutando de esto. Esto es algo que me proporciona sabiduría e iluminación, así que iluminadme una vez más.

—Mi señor… —empezó a decir Kor Phaeron, pero Lorgar lo acalló poniendo una mano sobre la mano que su padre adoptivo tenía apoyada en su propio hombro.

—No, sabes que no es así, Kor. Para ti nunca soy «señor».

—La historia dirá que el decimoséptimo primarca tenía una debilidad, y era su fe en los demás. Su devoción generosa y su lealtad inquebrantable le provocaron un sufrimiento muy superior al que podría soportar cualquier corazón mortal. Confiaba con demasiada facilidad, y con demasiada intensidad.

Lorgar no dijo nada durante unos largos instantes, sin mostrar su acuerdo o su desacuerdo. Sus hombros se alzaron y bajaron siguiendo el ritmo de una respiración tranquila, con los verdugones provocados por los latigazos inflamados y relucientes por la leve capa de sudor que le cubría el cuerpo. Las marcas de quemaduras más recientes de la espalda ya se estaban encostrando.

Por fin habló, con los ojos entrecerrados.

—Mi padre se equivoca conmigo. No soy un general como mis hermanos,

y me niego a aceptar ese destino. No pienso recorrer sin pensar los mismos caminos que ya han recorrido ellos. Jamás seré capaz de comprender las tácticas y la logística con la facilidad con que lo hacen Guilliman o el León. Jamás poseeré la habilidad con la espada que demuestran tener Fulgrim o el Khân. ¿Valgo menos porque reconozco mis defectos? No lo creo.

Bajó de nuevo la mirada a sus manos. Observó sus dedos finos, apenas cubiertos de callos. Eran las manos de un artista, de un poeta. Su maza, el crozius arcanum de hierro negro, era tanto un arma como un cetro que simbolizaba su rango.

—¿Es una equivocación tan grande? —le preguntó a sus consejeros más cercanos—. ¿Tan equivocado estoy al comportarme como un visionario, un buscador de la verdad, más que como un simple soldado? ¿Qué es lo que alberga mi padre en su corazón para que esté tan sediento de sangre? ¿Por qué responde con la destrucción a todas las preguntas que se le hacen?

Kor Phaeron apretó con más fuerza el hombro de Lorgar.

—Hijo mío, eso se debe a que tiene un grave defecto. Es un dios imperfecto.

El primarca miró a los ojos de su padre adoptivo en la penumbra de la estancia, y en su mirada había dureza y frialdad.

—No digas lo que estás a punto de decir.

—Lorgar… —empezó a hablar Kor Phaeron, pero la expresión de los ojos del primarca lo silenció. Estaban cargados de súplica, no de furia.

—No lo digas —insistió Lorgar con un susurro—. No me digas que desgarramos nuestro planeta natal durante todos esos años en nombre de una falsa fe. No podría soportar vivir con algo así. Una cosa es que el Emperador desprecie todo lo que hemos logrado como legión, pero esto es muy distinto. ¿Vas a burlarte y desdeñar toda la idea de la Alianza y la Colchis pacífica que creamos después de seis años de guerra civil? ¿Vas a decir que mi padre es un falso dios?

—Di la verdad, aunque te tiemble la voz —lo apremió Erebus.

Lorgar inclinó la cabeza cubierta de ceniza sobre las manos todavía manchadas. Erebus y Kor Phaeron intercambiaron en ese momento una mirada, y el primer capitán hizo un gesto de asentimiento antes de hablar de nuevo.

—Sabes que es verdad, Lorgar. Jamás te mentiría. Esto es algo a lo que debemos enfrentarnos todos nosotros. Debemos expiar este pecado.

—Los capellanes están de vuestra parte, mi señor —añadió Erebus para reforzar las palabras de Kor Phaeron—. El corazón de todos y cada uno de los sacerdotes guerreros de la legión late al mismo compás que el vuestro. Estamos preparados para obedecer todas y cada una de vuestras palabras.

Lorgar hizo un movimiento de hombros como para sacudirse aquellas alabanzas, que eran de esperar, y también la mano reconfortante de su padre adoptivo. El movimiento hizo que se abrieran algunas de las costras que se habían formado sobre los omóplatos, lo que provocó la aparición de varios regueros de sangre oscura que bajaron por su espalda dorada.

—Lo que estás diciendo es que toda mi vida no ha sido más que una mentira.

—Lo que estoy diciendo, hijo mío, es que estábamos equivocados. Eso es todo. —Kor Phaeron hundió una mano arrugada en el cuenco de cenizas que había al lado de Lorgar. El polvo de Monarchia se deslizó entre sus dedos nudosos dejando en el aire el hedor a roca quemada y a fracaso—. Le rezamos al dios equivocado por las razones correctas, y fue Monarchia quien pagó el precio por nuestros errores. Pero nunca es demasiado tarde para la expiación. Purgamos a nuestro planeta natal de la Vieja Fe, y ahora temes pensar lo mismo que todos tememos pensar: que Colchis prosperó bajo las costumbres antiguas y sus leyendas hasta que nosotros lo destrozamos todo en nombre de una mentira.

—Eso es una herejía —replicó Lorgar con voz temblorosa, apenas capaz de contener la emoción que lo invadía.

—Es una expiación, hijo mío. —Kor Phaeron movió la cabeza en un gesto negativo—. Hemos estado equivocados durante mucho tiempo. Debemos purgar la raíz de nuestros pecados. La fuente se encuentra en Colchis.

—¡Ya basta! —exclamó Lorgar, y la ceniza de las mejillas del primarca quedó surcada por las lágrimas—. Dejadme… Los dos.

Erebus se puso en pie para obedecerlo, pero Kor Phaeron apoyó de nuevo una mano sobre el hombro del primarca.

—Me decepcionas, hijo. No puedes ser tan orgulloso como para no enfrentarte al fracaso y corregir los errores.

Lorgar apretó los dientes perfectos y la saliva le brilló en los labios.

—¿Qué quieres? ¿Qué volvamos a Colchis, la cuna de nuestra legión, y que nos disculpemos por dos millones de muertos, por seis años de guerra y por dedicar todo un planeta a adorar durante casi un siglo a un dios que no se lo merecía?

—Sí, ya que es una señal de grandeza enmendar los errores cometidos —replicó Kor Phaeron—. Forjaremos Colchis de nuevo, y haremos lo mismo con todos los planetas que conquistamos desde que partimos desde nuestro mundo natal para unirnos a la Gran Cruzada.

—Y en todos los planetas que conquistemos a partir de ahora debemos seguir una nueva fe en vez de adorar al Emperador —añadió Erebus.

—¡No hay una nueva fe! Lo que los dos predicáis es una locura. ¿Creéis que lo que me avergüenza es haber visto a mi legión arrodillada sobre la ceniza? ¡Monarchia no es nada comparado con la violación de mi planeta natal por una mentira!

—A la verdad no le importa nada lo que queremos, mi señor —le contestó Erebus—. La verdad simplemente es.

—Estudiaste la Vieja Fe —le recordó Kor Phaeron—. Tú mismo fuiste un creyente y te convertiste en un joven buscador de la verdad antes de que tuvieras las visiones sobre la llegada del Emperador. Conocías el modo de descubrir si se trataba de una falsa fe o de una verdadera.

Lorgar se limpió las lágrimas de plata que comenzaban a secarse sobre sus mejillas.

—Queréis que persigamos un mito entre las estrellas. —Paseó la mirada de uno a otro con una expresión concentrada y penetrante—. Hablemos con claridad, ahora más que nunca. Queréis que nos embarquemos en una búsqueda sin sentido por toda la galaxia en pos de los mismos dioses a los que durante décadas hemos negado toda existencia. —Lorgar se echó a reír, pero su risa estaba cargada de pesar—. Tengo razón, ¿verdad? Queréis que llevemos a cabo el Peregrinaje.

—Mi señor, sin fe no somos nada —le contestó Erebus.

Kor Phaeron unió las palmas de las manos en un gesto de plegaria.

—La humanidad debe tener fe —declaró el primer capitán—. Nada une a la humanidad del modo en que la religión inspira unidad. No hay conflicto

más feroz que una guerra santa. No hay guerrero que mate con la convicción de un cruzado. Nada hay en la vida que cree lazos y ambiciones mayores que las uniones y los sueños forjados por la fe. La religión conlleva esperanza, unificación, leyes y un propósito común. Los cimientos de la propia civilización. La fe es nada menos que el pilar de las especies con conciencia propia, que se alzan por encima de las bestias, los autómatas y los alienígenas.

Erebus desenvainó su gladio con un movimiento ágil y le dio la vuelta en la mano para ofrecerle la empuñadura a Lorgar.

—Mi señor, si realmente habéis abandonado vuestras creencias, tomad esta espada y acabad con mi vida. Si estáis convencido de que las antiguas creencias no albergan verdad alguna, si estáis convencido de que la humanidad prosperará sin fe alguna, arrancadme los dos corazones del pecho. No deseo seguir con vida si todos los principios que han guiado a nuestra legión yacen rotos a nuestros pies.

Lorgar empuñó la espada con mano temblorosa. Le dio la vuelta de un lado a otro delante de él y se quedó contemplando su reflejo bajo la luz de las velas: un rostro dorado sobre el acero plateado.

—Erebus, mi hijo más noble y más sabio —le contestó—. Puede que mi fe esté herida, pero mis creencias se mantienen firmes. Ponte en pie. Todo va bien.

El capellán obedeció con gesto estoico, como siempre, y se colocó de nuevo delante de Lorgar.

—La humanidad necesita una fe —siguió diciendo el primarca—. Pero esa fe debe ser verdadera, porque si no es así, conduce a la devastación, como nuestros hermanos de la XIII Legión han demostrado con tanta ferocidad, y… y como nosotros aprendimos durante seis años de guerra inconsciente antes de que el Emperador llegara a Colchis. Ha llegado el momento de que aprendamos de nuestros errores. Ha llegado el momento de que yo aprenda de mis errores.

—Hay alguien a quien puedes acudir —le insistió Kor Phaeron, colocando de nuevo una mano en el hombro del primarca para apoyar la determinación que crecía a cada instante en su interior—. Se trata de un hermano con el que has discutido la naturaleza del universo. Nos has hablado en numerosas ocasiones de esas noches, en las que debatías sobre filosofía y fe en el propio

palacio del Emperador. Ya sabes de quién te hablo.

Erebus asintió al oír las palabras del primer capitán.

—Es posible que él tenga la clave para encontrar la prueba, mi señor. Si la Vieja Fe alberga un grano de verdad en su médula, puede que él sepa dónde comenzar el viaje.

—Magnus.

Lorgar pronunció el nombre en voz baja. Tenía sentido. Su hermano, cuya fuerza psíquica e inteligencia brillante hacían que todas las demás mentes palidecieran en comparación. Habían conversado a menudo en el salón de Leng, aquella cámara regia y helada de la lejana Terra, y habían discutido entre sonrisas y pergaminos sobre la naturaleza del universo.

—Así se hará. Me reuniré con Magnus.

Kor Phaeron sonrió por fin. Erebus inclinó la cabeza mientras Lorgar seguía hablando.

—Y si se demuestra que vuestras sospechas son ciertas, emprenderemos el Peregrinaje. Debemos saber si nuestros antepasados de Colchis decían la verdad cuando fundaron su fe. Sin embargo, también debemos actuar con precaución. Los sabuesos del Emperador husmean alrededor de nuestra manada, y por muy sabio que sea mi padre, ha demostrado tener una gran ceguera a las verdades ocultas del universo.

Kor Phaeron también inclinó la cabeza imitando el gesto de Erebus.

—Lorgar, hijo mío, ésta será nuestra expiación. Podremos iluminar a la humanidad con esta verdad y borrar las manchas del pasado. Lo cierto es que… llevo temiendo este momento desde hace ya algún tiempo.

Lorgar se pasó la lengua por los labios agrietados. Notó el sabor a ceniza.

—Si es así, ¿por qué has esperado tanto a compartir esa preocupación? Ver las cosas con retrospectiva es una argumentación muy poderosa, amigo mío, pero ninguno de nosotros vio venir esto. Ni tú, ni yo.

En los ojos de Kor Phaeron apareció un leve destello. El anciano se inclinó hacia adelante, como si sus fosas nasales se hubieran llenado de repente con el olor de una pieza cobrada con éxito.

—Debo confesarte algo, mi gran señor —le dijo—. Una verdad que debe alcanzar tus oídos en este momento, que ya ha llegado la hora.

Lorgar se volvió hacia su padre adoptivo con una lentitud amenazadora.

—No me gusta tu tono de voz —le advirtió.

—Mi señor, mi primarca, no mentía cuando dije que llevo temiendo este momento desde hace ya algún tiempo. Tomé una serie de medidas, las más fieles y humildes posibles, para hacer frente a este día…

Las palabras quedaron ahogadas en su garganta, atrapadas allí por la mano del primarca. Lorgar apretó el cuello delgado y frágil del anciano y le cortó el habla y la respiración sin apenas utilizar la fuerza. Erebus se puso tenso y paseó la mirada de uno a otro.

Lorgar acercó a Kor Phaeron mientras respiraba profundamente, como si se estuviese burlando de los jadeos estrangulados del primer capitán.

—Se acabaron las revelaciones, Kor Phaeron. ¿Es que no hemos confesado suficientes debilidades esta noche?

Abrió un poco la mano, lo suficiente como para que Kor Phaeron jadeara unas palabras.

—Davin, hace diecisiete años —susurró el anciano—. Corossa, hace veintinueve. Uvander, hace ocho…

—Mundos sometidos —replicó Lorgar con voz sibilante a su padre adoptivo—. Unos mundos en los que tú personalmente te quedaste durante un tiempo para comenzar su educación en la Verdad Imperial.

—Sometidos… a la Verdad Imperial, pero permitimos… que quedaran… rescoldos de las… culturas primitivas.

—¿Qué… rescoldos? —gruñó Lorgar.

—Creencias que… equivalían a la Vieja Fe… de Colchis… No fui capaz… de permitir que… murieran esas… verdades potenciales.

—¿Es que ni siquiera soy capaz de controlar a mis propios guerreros? —Lorgar inspiró profundamente y se estremeció. Algo chasqueó dentro de la garganta de Kor Phaeron—. ¿Es que soy igual que mi hermano Curze, que se tiene que esforzar para controlar a una legión de mentirosos e impostores?

—Mi señor, yo, yo… —Los ojos de Kor Phaeron empezaron a ponerse en blanco. Ya tenía la lengua ennegrecida, y no dejaba de moverla contra sus finos labios.

—Mi señor… Mi señor, vais a matarlo —le dijo Erebus.

Lorgar se quedó mirando al capellán durante unos largos segundos, y Erebus tuvo la sensación de que su señor ni siquiera lo reconocía en esos

momentos.

—Sí —dijo al cabo Lorgar—. Sí, podría hacerlo. —Abrió la mano y dejó que Kor Phaeron se desplomara en el suelo convertido en un bulto cubierto por una túnica—. Pero no lo haré.

—Mi señor… —empezó a decir el anciano entre jadeos y con los labios todavía azules—. Podemos aprender… muchas cosas de esas… culturas. Todas son el eco… de una fe humana ancestral… Al igual que vos…, no soy un carnicero… Quería salvar… el conocimiento de nuestra especie.

—Es una noche de múltiples revelaciones —respondió el primarca con un suspiro—. Y sé muy bien por qué lo hiciste, Kor Phaeron. Ojalá yo hubiera mostrado la misma misericordia y prudencia.

Fue Erebus quien le contestó.

—Vos mismo os habéis hecho la pregunta, mi señor. ¿Qué ocurre si las culturas que destruimos albergan una parte de la verdad? Kor Phaeron salvó a un puñado de ellas, pero la Gran Cruzada ha aniquilado a miles. ¿Qué ocurre si lo que estamos haciendo es repetir el pecado de Colchis una y otra y otra vez?

Kor Phaeron logró sonreír débilmente mientras se tocaba la garganta enrojecida.

—¿Y por qué tantas culturas comparten las mismas creencias que nuestro planeta natal? Sin duda, eso indica la existencia de una verdad subyacente…

El decimoséptimo primarca hizo un gesto de asentimiento con un movimiento lento y sincero. Su mente ya se había preguntado qué albergaba el futuro antes de haber efectuado aquella última confesión a sus consejeros, y se había dedicado a explorar las múltiples oportunidades que ofrecía. Así actuaba su don genético: era un pensador, un soñador, mientras que sus hermanos no eran más que guerreros y asesinos.

—Nos hemos postrado en adoración ante el altar equivocado durante más de un siglo —declaró Kor Phaeron tras recuperar por completo la voz.

Lorgar removió con los dedos la ceniza del cuenco, y sacó otro puñado para cubrirse de polvo el rostro.

—Sí, lo hemos hecho —admitió, y su voz recuperó la fuerza—. Erebus.

—A vuestras órdenes, mi señor.

—Lleva mis palabras a los capellanes. Les contarás todo lo que ocurre a lo

largo de los días que permaneceré encerrado aquí. Se merecen saber lo que alberga el corazón de su primarca. Y cuando vuelvas mañana a recibir nuevas órdenes, tráeme pergamino y pluma. Tengo mucho que escribir. Me llevará días, semanas, pero debo escribirlo, y no abandonaré mi aislamiento hasta que lo acabe. Vosotros dos me ayudaréis a crear esta gran obra.

—¿Qué obra, mi señor?

Lorgar sonrió, y jamás se pareció tanto a su padre como en ese momento.

—La nueva Palabra.



SEIS
KALE EL SERVIDOR
DESCONCENTRADO
SACERDOTE GUERRERO

A la muchacha le costó dormir, ya que no sabía cuándo comenzaban y acababan el día y la noche. El ruido no dejaba de sonar en ningún momento, y las paredes de la estancia siempre estaban retemblando, aunque sólo fuera levemente, debido a la trepidación de los lejanos motores. La oscuridad y el ruido eran constantes a su alrededor, por lo que se pasó las horas sentada en la cama, sin hacer nada, mirando a la nada, sin oír nada más aparte de alguna voz ocasional que pasaba por delante de su puerta.

La ceguera había sido la causa de un centenar de dificultades en la percepción de su entorno, pero lo peor era el aburrimiento. Cyrene había sido una lectora insaciable, y debido a su trabajo debía moverse constantemente, por lo que había tenido ocasión de contemplar todos los paisajes urbanos públicos de su ciudad. Al haber perdido la vista, ambos entretenimientos le habían quedado vedados por completo.

En los momentos de más depresión se preguntaba a qué se debía aquel cruel sentido del humor del destino. Había sido escogida por los propios astartes para vivir entre los ángeles del Emperador, y recorría los pasillos de su gran nave de combate metálica, olía el sudor y el aceite de máquina… pero no veía nada en absoluto.

Sin duda, era para echarse a reír.

Las primeras horas que pasó a bordo de la nave fueron las más duras, pero al menos habían sido entretenidas. Le realizaron un examen médico en una estancia fría

hasta lo doloroso, durante el cual le clavaron agujas por todos los músculos de los brazos y de las piernas. Mientras lo hacían, Cyrene oyó como uno de los ángeles le explicaba en qué consistía el blanqueamiento de los pigmentos de la retina, que era lo que la había dejado ciega, y en cómo la desnutrición afectaba a los órganos y los músculos. Se esforzó por concentrarse en las palabras del ángel, pero su mente no dejó de divagar mientras intentaba aceptar lo que había ocurrido y el hecho de que se encontrara allí en aquel momento.

Los dos últimos meses que había pasado en la superficie del planeta habían sido muy duros para ella. A los grupos de bandidos merodeadores que infestaban las colinas que rodeaban la ciudad no les importó en absoluto la sagrada túnica *shuhl* ni las tradiciones sobre el respeto debido a su persona.

—Nuestro mundo se ha acabado. Las costumbres antiguas ya no tienen ningún sentido —le dijo uno de ellos entre risotadas.

Cyrene jamás le llegó a ver la cara, pero cuando dormía, su mente se imaginaba los rostros que podría haber tenido, todos con expresiones burlonas y crueles.

No fue capaz de dejar de temblar durante el examen médico a pesar de todos sus esfuerzos. La nave de velas solares de los ángeles estaba tan fría que le castañeteaban los dientes cuando intentaba hablar, y se preguntó si el aliento se le estaría condensando al salir de entre los labios.

—¿Me has entendido? —le preguntó el ángel.

—Sí. Sí lo entiendo —le mintió, y añadió—: Gracias, ángel.

No tardaron en llegar otros humanos para ayudarla. Emitían un fuerte olor a incienso especiado, y le hablaron con voces serias pero tranquilas.

Caminaron durante un rato. Pudieron haber sido cinco minutos o treinta. Sin poder ver, todo parecía alargarse y ralentizarse. Por el sonido, los pasillos parecían bastante transitados. De vez en cuando oía los chirridos mecánicos de las articulaciones de la armadura de un guerrero cuando pasaba a su lado, pero en mayor medida fueron los susurros de la tela de las túnicas.

—¿Quiénes sois? —les preguntó mientras caminaban.

—Servidores —le contestó uno de los individuos.

—Servimos a los Portadores de la Palabra —añadió el otro.

Siguieron caminando. Pasó el tiempo, con los segundos marcados por el eco de las pisadas y los minutos por las voces con las que se cruzaban.

—Vuestra estancia —dijo uno de los guías.

La ayudaron a entrar y la condujeron alrededor de la estancia. Le colocaron los dedos temblorosos en la cama, las paredes y en los controles de apertura de la puerta. Fue un recorrido paciente por su nuevo hogar, su nueva celda.

—Gracias —les dijo al acabar.

La estancia no era muy grande y no disponía de mucho mobiliario. Cyrene no se encontraba cómoda, pero no le preocupaba quedarse sola. Sería una bendición hasta cierto punto.

—Recuperaos —le desearon los dos hombres al unísono.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó.

La respuesta fue un siseo seguido de un leve chasquido cuando la puerta automática se cerró.

Cyrene se sentó en la cama, que tenía un colchón delgado y duro, no muy diferente al camastro de un prisionero, y comenzó su larga existencia privada de experiencias sensoriales en la que no tenía absolutamente nada que hacer.

La única interrupción en la monotonía diaria la provocaba la aparición de un servidor, que se mostraba tremendamente reacio a conversar, o que era incapaz de hacerlo. Era quien le traía tres veces al día una pasta de composición química con una consistencia semejante a las gachas.

—Esto es repugnante —dijo por un fin un día, aunque con una leve sonrisa en los labios—. ¿Debo suponer que se compone de numerosos nutrientes y otros elementos beneficiosos?

—Sí —le contestó el servidor con voz átona.

—¿También es lo que tú comes?

—Sí.

—Lamento oírlo.

Silencio.

—No hablas mucho.

—No.

—¿Cómo te llamas? —intentó Cyrene como último recurso.

Silencio.

—¿Quién eras? —inquirió.

Cyrene conocía el método de creación de los servidores. El Imperio había revelado los secretos de su construcción sesenta años atrás, y eran bastante comunes en Monarchia. El término que se solía utilizar para describir el destino que sufrían los

herejes y los criminales era «penitencia». Fuera cual fuese el término utilizado, el proceso siempre era el mismo. Se dejaba sin vitalidad alguna la mente del pecador, y se le instalaban implantes biónicos por todo el cuerpo para aumentar su fuerza o para incrementar su capacidad de trabajo.

Un nuevo silencio fue la respuesta a su pregunta.

—Antes de que te convirtieran en esto, ¿quién eras? —insistió al mismo tiempo que se esforzaba en que su sonrisa fuera más amistosa.

—No.

—¿No, no te acuerdas, o no, no me lo vas a decir?

—No.

Cyrene soltó un suspiro.

—Vale, pues entonces, puedes marcharte. Nos veremos mañana.

—Sí —contestó el servidor.

Oyó el sonido de unos pasos y el chasquido de la puerta al cerrarse de nuevo.

—Te llamaré Kale —dijo a la estancia vacía.

Xaphen la había visitado en dos ocasiones desde el primer día, y Argel Tal, tres veces. Todos y cada uno de los encuentros con el capitán habían sido más o menos iguales al primero: una conversación forzada y unos silencios incómodos. Por lo que Cyrene había deducido de lo que habían hablado, la flota de la legión se dirigía hacia un mundo que en teoría debían conquistar, pero todavía no les habían dado permiso para atacar.

—Pero ¿por qué? —preguntó, agradecida de tener incluso aquella compañía tan poco cómoda.

—Aureliano todavía sigue recluido —le contestó Argel Tal.

—¿Aureliano?

—Es uno de los nombres de nuestro primarca, y pocos lo pronuncian fuera de nuestra legión. Es una palabra colchisiana, del lenguaje de nuestro planeta natal.

—Es extraño que un dios tenga un sobrenombre —comentó Cyrene.

Argel Tal se quedó en silencio durante un rato.

—Un primarca no es un dios. A veces, los hijos de los dioses, a pesar del poder que heredan, tan sólo son semidioses. Y no es un sobrenombre. Es un término que sólo utilizamos en familia. Se puede traducir aproximadamente como «el dorado».

—Dices que se mantiene recluido.

—Sí. Se encuentra en sus estancias de la nave insignia, la *Fidelitas Lex*.

—¿Es que se esconde de vosotros?

Oyó como el astartes tragaba saliva.

—Cyrene, no me encuentro cómodo con el rumbo que está tomando esta conversación. Digamos que tiene mucho sobre lo que pensar. El juicio que el Dios Emperador ha realizado sobre nuestros actos es una carga que sufren muchas almas. El primarca sufre lo mismo que sufrimos nosotros.

Cyrene pensó con cuidado y durante bastante rato antes de hablar de nuevo.

—Argel Tal.

—Dime, Cyrene.

—No pareces ofendido. No suenas como alguien que esté sufriendo.

—¿No?

—No. Hablas como alguien que estuviera furioso.

—Ya.

—¿Estás furioso con el Emperador por lo que os hizo?

—Tengo que irme. Me llaman —dijo de repente Argel Tal, y se puso en pie.

—No he oído ninguna llamada —le respondió la joven—. Te pido disculpas si te he ofendido.

Argel Tal salió de la estancia sin decir nada más. Pasaron otros cuatro días antes de que volviera a reunirse con ella.

El capitán contempló el cuerpo decapitado con una consternación momentánea. No había pretendido descabezarlo.

El servidor sin cabeza se desplomó hacia un lado y se quedó en el suelo de la jaula de hierro presa de una serie de espasmos. El capitán hizo caso omiso de aquel cuerpo ya sin vida y se concentró en la cabeza de boca lacia que había rodado a través de los barrotes de la jaula de hierro, estrellándose con un ruido sordo contra la pared de la cámara de entrenamiento. La cabeza lo observaba desde el suelo con los ojos muertos temblorosos y la boca modificada abierta de par en par, haciendo evidente que carecía de lengua y que la mandíbula era una placa de bronce.

—¿De verdad era necesario? —le preguntó Torgal.

El sargento estaba desnudo de cintura para arriba, y su torso era un mapa de músculos grandes y fibrosos formados por la tectónica biológica de su código genético alterado. La caja torácica tenía unidas completamente todas las costillas, lo

que le arrebataba parte de su aspecto humano, lo mismo que la hinchazón de su musculatura. Si existía algo que se pudiera considerar hermoso en el físico creado mediante laboratorio de los astartes, no aparecía en el cuerpo de Torgal. Buena parte de su piel oscura estaba cubierta de cicatrices, desde marcas rituales hasta textos colchisianos tatuados, pasando por desfiladeros abiertos en la carne por los tajos de las armas de filo que le habían atravesado la armadura a lo largo de los numerosos años de combates.

Argel Tal bajó el gladio de entrenamiento. La mancha roja que cubría la hoja del arma reflejaba la luz del techo con unos destellos húmedos.

—Estoy desconcentrado.

—Me he dado cuenta, capitán. También el servidor.

—Ya han pasado dos semanas. Dos semanas que llevamos esperando en órbita, sin hacer nada. Dos semanas en las que Aureliano sigue aislado del mundo. No me hicieron lo bastante paciente como para soportar algo así, hermano.

Argel Tal apretó el botón de apertura, y los hemisferios que formaban la jaula se separaron permitiéndole salir. Dejó caer con un gruñido la espada ensangrentada al suelo. El arma se deslizó por la superficie con un tintineo hasta que se detuvo al lado del esclavo muerto.

—Ahora me tocaba a mí —murmuró Torgal.

El sargento bajó la mirada hacia el esclavo mecanizado, que poseía seis brazos biónicos. Cada uno de ellos estaba rematado por una hoja afilada, y ninguna de ellas tenía el más mínimo rastro de sangre.

Argel Tal se limpió el sudor de la nuca y luego tiró la toalla a un banco cercano. Apenas prestó atención a los servidores de mantenimiento que se llevaron a rastras al esclavo muerto para incinerarlo.

—Hablé con Cyrene hace varios días —dijo al cabo de un momento.

—Eso me han dicho. Yo mismo he pensado en reunirme con ella en algún momento. ¿No te parece que es una influencia tranquilizante?

—Ve demasiado —le respondió Argel Tal.

—Eso suena irónico.

—Lo digo en serio —insistió el capitán—. Me preguntó si estaba furioso con el Emperador. ¿Qué se supone que tengo que contestar a algo así?

Torgal paseó la mirada entre el resto de los guerreros de la 7.ª Compañía que se encontraban en la sala de entrenamiento. Los hermanos de batalla que estaban

realizando prácticas de combate en otros puntos de la estancia sabían muy bien cuándo debían mantener las distancias con su comandante si éste no se encontraba del humor adecuado. Las espadas de madera restallaban con fuerza al chocar entre sí, los golpes de los puños resonaban con un chasquido sordo al encontrar la carne del oponente, y las jaulas cargadas de energía ahogaban el repicar de las hojas metálicas que entrechocaban en su interior. Se volvió de nuevo hacia el capitán.

—Podrías decirle la verdad.

Argel Tal movió la cabeza en un gesto negativo.

—La verdad me deja un regusto amargo en la boca. No pienso decirla.

—Habrá otros que la digan, hermano.

—¿Otros? ¿Como tú?

Torgal encogió los hombros desnudos.

—Argel Tal, no me avergüenzo de estar furioso. Nos ofendieron, y tomamos el camino equivocado en el pasado.

Argel Tal extendió los brazos para recuperarse del agarrotamiento que comenzaba a asentársele en los músculos de los hombros. Se tomó un momento para responderle al sargento. Torgal era un individuo incapaz de callarse, y sabía que cualquier cosa que le dijera se la repetiría al resto de la compañía, y que incluso llegaría al resto del capítulo del Sol Serrado.

—En este asunto se debate algo más que si el Emperador nos ofendió o no. Somos una legión fundamentada en la fe, y de repente nos hemos encontrado sin fe alguna. Es natural que sintamos rabia, pero eso no es una respuesta. Esperaré a que el primarca regrese a nosotros, y escucharé sus palabras antes de decidir qué camino seguir.

Torgal no pudo evitar una sonrisa.

—Escúchate bien. ¿Estás seguro de que no quieres empuñar un crozius? Estoy seguro de que a Erebus no le importaría entrenarte de nuevo. Lo he oído lamentar en más de una ocasión la oportunidad perdida contigo.

—Hermano, eres una presencia insidiosa en mi vida. —El capitán frunció el entrecejo, lo que ensombreció sus hermosos rasgos. Tenía los ojos del color azul del cielo veraniego de Colchis, y su rostro, sin marca alguna, como muchos de sus hermanos, todavía mostraba el rastro del humano que hubiera sido—. Esa ocasión ya pasó. Tomé una decisión, y el primer capellán tomó la suya.

—Pero…

—Basta, Torgal. Las viejas heridas todavía pueden doler. ¿Se sabe algo del regreso del primarca?

Torgal miró atentamente al capitán, como si buscara algo oculto en sus ojos.

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Ya sabes por qué. ¿No te has enterado de nada de las reuniones de los capellanes?

Torgal negó con la cabeza.

—Están sometidos por juramentos de secreto que unas cuantas preguntas inocentes no romperán. ¿Has hablado con Xaphen?

—Muchas veces, pero es bastante hermético. El primarca hace caso de todo lo que le dice Erebus, y éste transmite las palabras de Aureliano a los cónclaves de sacerdotes guerreros. Xaphen me ha prometido que dentro de poco seremos iluminados sobre lo que va a ocurrir. La reclusión del primarca durará semanas, no meses.

—¿Y tú te lo crees? —preguntó Torgal.

Argel Tal se echó a reír, pero fue una risa breve y amarga.

—Saber en qué creer es la mayor amenaza a la que nos enfrentamos.

Cyrene estaba dormida en la siguiente ocasión en que recibió una visita de interés. El sonido de la puerta al deslizarse hizo que se despertara apenas lo justo para salir de la inconsciencia.

—Vete, Kale. No tengo hambre —dijo en voz alta.

Luego se dio la vuelta hacia el otro lado de la cama y se tapó la cabeza con la diminuta almohada. Era evidente que la escasez de comodidades, algo casi monacal, que adoptaban los guerreros de la legión también se extendía a sus sirvientes.

—¿Kale? —respondió con extrañeza una voz profunda y resonante.

Cyrene se quitó la almohada de la cabeza. La saliva de sabor cobrizo le cosquilleó debajo de la lengua, y notó que el corazón se le aceleraba un poco.

—¿Quién es?

—¿Quién es Kale? —le preguntó la misma voz.

Cyrene se incorporó hasta quedar sentada en el borde de la cama y paseó a un lado y a otro los ojos ciegos en un gesto instintivo e inútil.

—Kale es el servidor que me trae la comida.

—¿Le has puesto nombre a un servidor?

—Así se llamaba el vendedor ambulante de la plaza Tophet. Casi lo lincharon por

vender carne de perro en vez de cordero, y lo sentenciaron a la penitencia habitual por su engaño.

—Ya veo. Entonces es un nombre apropiado.

El desconocido se movió por la estancia acompañado por el leve susurro de la túnica que llevaba puesta. Cyrene captó el cambio en el movimiento del aire. El recién llegado debía de ser alguien muy corpulento, imponente, decidió a pesar de la ceguera que la afectaba.

—¿Quién eres? —quiso saber.

—Creí que reconocerías mi voz. Soy Xaphen.

—Ah. Es que todos los ángeles me suenan muy parecido. Todas vuestras voces son muy profundas. Hola, capellán.

—Hola otra vez, *shuhl-asha*.

La joven se esforzó por contener una mueca de disgusto. Incluso el término respetuoso utilizado para denominar a su profesión la avergonzaba cuando lo pronunciaba un ángel.

—¿Dónde está Argel Tal?

Xaphen gruñó, y el sonido le recordó a un chacal del desierto al que estuvieran acosando. Cyrene tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que el astartes se había reído entre dientes.

—El capitán se encuentra en estos momentos asistiendo a una reunión de comandantes de la legión.

—¿Por qué no estás con él?

—Porque yo no tengo el rango de comandante, y porque tengo mis propias responsabilidades que atender. Un cónclave de la hermandad de capellanes que se va a celebrar a bordo de la *Santidad Inviolable*.

—Argel Tal me dijo algo sobre eso.

La sonrisa de Xaphen se transmitió a su voz, y sus palabras casi sonaron amables.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que te contó?

—Que el primarca habla con alguien llamado Erebus, y que éste lleva las palabras de vuestro señor a los sacerdotes guerreros.

—Pues es cierto, *shuhl-asha*. Me han comentado que tus ojos no dan muestras de recuperar la visión. Los adeptos se están planteando la posibilidad de sustituirlos por unos implantes.

—¿Sustituirme los ojos? —Cyrene notó que el vello de la piel se le erizaba—.

Prefiero… prefiero esperar un poco más para saber si recuperaré la vista.

—Tú eliges. Los implantes para los órganos más delicados son escasos y altamente especializados. Si los quieres, tendrás que esperar varias semanas antes de que estén listos para la implantación.

El tono académico e informativo del ángel le resultó curiosamente desconcertante. El capellán pronunciaba las frases, amables y secas, con el mismo cuidado que un martillazo en la cabeza.

—¿Y por qué se lo están planteando? —le preguntó.

—Porque Argel Tal se lo pidió. El apothecarion que hay a bordo del *De Profundis* posee los recursos necesarios para efectuar implantes en los humanos normales cuando se trata de personal valioso.

—Pero yo no soy valiosa. —No lo dijo por autocompasión, sino que se limitó a expresar la confusión que sentía—. No sé cómo podría serle de utilidad a la legión.

—¿No? —Xaphen se quedó callado durante unos largos segundos. Miró a su alrededor en la estancia sin decoración alguna. Cuando habló de nuevo, su voz sonó más amable que antes—. Tienes que disculparme por mis escasas visitas, *shuhl-asha*. Estos últimos días han sido bastante difíciles. Déjame que arroje alguna luz sobre tu situación actual.

—¿Soy una esclava?

—¿Qué? ¡No!

—Entonces, ¿una sirviente?

El ángel se rió de nuevo.

—Déjame terminar.

—Perdóname, capellán.

—Hay otros capítulos que también han encontrado supervivientes perdidos en el cementerio en que se ha convertido Monarchia. No fuiste la única persona nativa de Khur que se unió a la legión cuando nos marchamos, pero sí la única que se llevó el capítulo del Sol Serrado. Quieres saber cómo puedes sernos de ayuda, y yo te diría que ya lo haces. Argel Tal es mi hermano, y conozco muy bien por dónde irán sus pensamientos. Él te trajo con nosotros como un recordatorio, como un símbolo del pasado. Eres la memoria viva del mayor fracaso de nuestra legión.

—La ciudad perfecta no era una guarida de pecadores —replicó, aunque procuró no mostrarse ofendida al hablar—. ¿Por qué siempre habláis de ella de ese modo?

Se produjo una pausa en la conversación, y Cyrene oyó que el capellán dejaba

escapar un largo suspiro.

—La ciudad en sí no era el pecado. Lo era lo que representaba. Ya te he contado lo que el Emperador decretó ese mismo día. Tienes una mente muy aguda, muchacha. No pidas respuestas que tú misma puedes encontrar. Y ahora, vamos a hablar de ese deseo de servir a la legión. Dime por qué te importa tanto.

Cyrene no había pensado en ello realmente hasta ese momento. Le pareció que era lo más correcto, dada su presencia en la nave. Sin embargo, también existía una razón más profunda, un deseo que tiraba de ella a lo largo de las incontables horas que pasaba sentada en silencio.

—Le debo la vida a la legión —dijo al cabo—. Deseo servirla porque me parece que es lo que debería hacer. Es lo correcto.

—¿Eso es todo?

Cyrene negó con la cabeza, aunque ni siquiera sabía si Xaphen la estaba mirando en ese momento.

—No. He de confesar que me siento sola, y muy aburrida.

Xaphen volvió a reírse.

—Tendremos que ocuparnos de eso. ¿Eras uno de los fieles de Khur?

La muchacha titubeó y se pasó la lengua por los labios secos con un gesto nervioso.

—Escuchaba a los portavoces de la Palabra que predicaban en las plazas, y las plegarias que se rezaban a diario por toda la ciudad. Nada de aquello me conmovía el corazón. Creía, y conocía de memoria las escrituras, pero no…

—No te importaba nada de aquello.

Cyrene hizo un gesto de asentimiento. Su garganta emitió un chasquido húmedo cuando inspiró.

—Así es —admitió.

No pudo evitar sobresaltarse cuando Xaphen le puso una pesada mano en el hombro.

—Lo siento. Siento mi falta de fe —le dijo al capellán.

—No te disculpes. Tenías razón, Cyrene.

—Yo… ¿Qué?

—Mostraste una gran perspicacia, y la fuerza necesaria para dudar de las creencias convencionales. La humanidad ha conseguidos grandes logros en nombre de la fe a lo largo de incontables siglos. Es lo que podemos aprender de la historia. La fe es el

combustible del viaje del alma. Sin una creencia en ideales superiores estamos incompletos. La unión del espíritu con el cuerpo es lo que nos hace superiores a las bestias y a los alienígenas. Pero ¿una fe equivocada? ¿Adorar a un ídolo que no merece devoción alguna? Ése sí que es un pecado de la máxima gravedad, y precisamente es un pecado que tú jamás has cometido. Puedes sentirte orgullosa de eso, joven.

Cyrene notó que la invadía una sensación de calidez. Ganarse el respeto de un ángel como aquél… La voz se le llenó de fervor por primera vez desde la muerte de la ciudad.

—¿Cómo podría nadie adorar a un ídolo semejante?

Se produjo otro silencio. Un momento de duda antes de que las siguientes palabras fueran pronunciadas casi como un susurro.

—Quizás esas personas fueron engañadas. Quizás vieron el destello de la divinidad y creyeron que debía ser adorada simplemente por ser una divinidad.

—No lo entiendo. —Cyrene frunció el entrecejo por encima de sus ojos ciegos—. No hay nada más que adorar que lo divino. No hay más dioses que el Emperador.

Oyó cómo Xaphen inspiraba profundamente. Cuando el capellán habló de nuevo, lo hizo en voz más baja todavía.

—¿Estás segura de eso, Cyrene?



SIETE
SOMETIMIENTO
ESPADAS DE HIERRO ROJO
CARTHAGE

El planeta tenía dos nombres, pero sólo uno de ellos importaba. El primero lo utilizaba la población autóctona, y era un nombre que no tardaría en desaparecer de las páginas de los libros de historia. El segundo era el nombre impuesto por los conquistadores de aquel mundo, que se mantendría durante siglos y determinaría la identidad imperial sobre el planeta muerto.

El globo giraba en el vacío siguiendo una lenta órbita comparable a la de la lejana Terra. Su superficie verde y azul lo señalaba como un hermano menor del planeta más venerado. Los mares de Terra habían desaparecido tras siglos de guerras y de movimientos tectónicos enormes, pero los océanos de Cuarenta y Siete Dieciséis estaban repletos de vida capaz de sobrevivir a su salinidad, y eran profundos más allá de cualquier imaginación poética. Quizás el futuro acabaría convirtiendo por necesidad aquel mundo en una metrópolis extensa semejante a Terra, donde la superficie estaba cubierta casi por completo de palacios, castillos e inmensas torres colmena, pero, de momento, las masas continentales terrestres mostraban los colores verdes y pardos de la naturaleza virgen y el blanco y gris de las cadenas montañosas. Las ciudades de cristal y de plata, las torres que se alzaban hacia el cielo sobre unos cimientos frágiles hasta casi lo imposible, salpicaban los distintos continentes. Cada una de las ciudades estaba comunicada con las demás mediante carreteras bien conservadas que constituían las arterias de transporte recorridas por la sangre que

representaba el tráfico de vehículos.

Así era Cuarenta y Siete Dieciséis, el decimosexto planeta listo para ser sometido por la 47.ª Flota Expedicionaria.

La flota de los Portadores de la Palabra llegó a aquel sistema planetario cuatro semanas después de partir de las ruinas de Khur. Una vez allí, las naves comenzaron a rodear Cuarenta y Siete Dieciséis con la amenaza depredadora propia de unos incursores espaciales veteranos.

Las naves de combate de color gris se mantuvieron en órbita durante ocho horas, con los motores apagados y sin hacer ningún movimiento.

Cuando llegó la novena hora, por todas las naves de la flota se oyeron los vítores de los guerreros cuando el primarca apareció en el puente de mando del *Fidelitas Lex* acompañado de Erebus y de Kor Phaeron. Los dos lugartenientes llevaban puestas las armaduras de combate: el primero con la de color gris común en la legión, y el segundo con la de exterminador propia de los guerreros de élite.

Una retransmisión en directo llevó la imagen de la escena que estaba teniendo lugar en el puente de mando a todas las naves de combate de la legión, y miles y miles de guerreros contemplaron el regreso de su primarca.

Llevaba puesta una armadura sencilla de color gris granito, que de algún modo tenía un aspecto más regio precisamente por su falta de ornamentación. La sonrisa torcida que mostraba Lorgar indicaba alguna clase de diversión oculta que ansiaba compartir con sus hijos.

—Espero que me perdonéis la ausencia —empezó diciendo, y soltó una breve risa —. Confío en que habréis disfrutado de este periodo de descanso y contemplación.

Los guerreros que lo rodeaban también se echaron a reír. Kor Phaeron bajó los ojos hundidos en sus profundas cuencas oculares y sonrió levemente. Incluso Erebus sonrió.

—Hijos míos, el pasado es el pasado, y ahora debemos mirar al futuro. —Lorgar empuñaba el crozius en uno de sus guanteletes grises. Lo llevaba apoyado en el hombro con el aspecto tranquilo habitual—. Aquellos de vosotros que estáis asignados a otras flotas expedicionarias tendréis permiso para regresar a ellas dentro de poco, pero antes quiero que renovemos nuestros lazos de hermandad como una legión unida.

Se oyó otro rugido de vítores por los puentes de más de un centenar de naves.

—Esto es Cuarenta y Siete Dieciséis. —La sonrisa contemplativa de Lorgar se

mantuvo en sus labios, aunque una leve melancolía le robó parte de su convicción—. Un mundo de una gran belleza. —Se pasó la punta de los dedos por la corta barba castaña, apenas una capa de pelo de pocos días que le cubría la mandíbula—. No creo que los habitantes de ese planeta estén corrompidos de un modo irremediable, pero, como ya hemos visto, hay quien critica mis puntos de vista.

Se oyeron más risas. Kor Phaeron y Erebus intercambiaron una mirada sin dejar de reírse con los demás. Aquel tono jocoso no era más que un exorcismo, una manera de librarse del hedor que todavía flotaba en el aire y que había provocado la humillación sufrida. Ambos guerreros se dieron cuenta de inmediato.

—Ya habéis visto los resúmenes de los informes —siguió diciendo el primarca—. El primer capitán y el primer capellán me han informado que los comandantes de los capítulos se han reunido esta mañana para discutir los objetivos y las zonas de desembarco, así que no desperdiciaré vuestro valioso tiempo. —En la sonrisa de su rostro ya no quedaba casi rastro de humor, pero él la mantuvo—. El Emperador desea que la XVII Legión realice sus conquistas con mayor rapidez. Si no se puede someter a un mundo con rapidez, debemos purgarlo hasta sus raíces. Así es como hemos llegado a esta situación.

Erebus empuñó su crozius y las garras relámpago surgieron centelleantes de los guanteletes de Kor Phaeron, todo al unísono.

—Hijos míos… —la sonrisa del primarca se desvaneció con tanta rapidez que muchos dudaron de que hubiera estado sonriendo de verdad—, perdonadme por las palabras que el deber me obliga a pronunciar.

Lorgar alzó la maza de hierro negro y apuntó con ella hacia el planeta que giraba lentamente en la pantalla del occulus. Habían comenzado a formarse varias tormentas que bailaron en una compleja danza meteorológica bajo los ojos de la legión. Era evidente que la órbita baja de las naves había causado estragos en la atmósfera del planeta.

—Portadores de la Palabra: matad a todo hombre, mujer y niño que habite en ese planeta hereje —declaró el primarca.

Cyrene esperó hasta que se dio cuenta de que Argel Tal no iba a seguir hablando.

—¿Y lo hicisteis? ¿Lo hicisteis? —le preguntó.

—¿No sentiste cómo temblaba la nave cuando disparaba? —El capitán se movió por la estancia, y Cyrene se preguntó si estaría paseando o simplemente observaba los

pocos objetos personales que ella poseía—. Me cuesta creer que estuvieras dormida durante las doce horas que duró el bombardeo orbital.

Cyrene no había dormido en absoluto. Cuando dos días antes las sirenas comenzaron a aullar y la estancia a estremecerse, supo lo que había comenzado. Las naves de combate de los Portadores de la Palabra habían iniciado la invasión con un bombardeo que, en realidad, había durado casi todo un día. En ciertas ocasiones, cuando la miríada de procesos mecánicos coincidía del modo adecuado, las baterías principales disparaban al unísono las andanadas incendiarias contra el planeta. El estruendo que producían le resonaba en los oídos durante más de medio minuto, ésos eran los peores momentos. Se quedaba ciega y ensordecida, completamente aislada sensorialmente. Cualquier podría haber entrado en su habitación y no se hubiera enterado. Cyrene había permanecido sobre su incómodo camastro presa de la imaginación y rezando para no sentir unos dedos anónimos sobre el rostro.

—No me refería a eso —le respondió a Argel Tal—. ¿Bajasteis a la superficie cuando terminó la lluvia de fuego celestial?

—Sí. Desembarcamos a plena vista de la única ciudad que quedaba en pie. Ésa había que destruirla con un ataque terrestre. Nuestras armas orbitales fueron incapaces de atravesar su escudo defensivo.

—¿Acabasteis con… todo un planeta en un solo día?

—Cyrene, somos una legión astartes. Cumplimos con nuestro deber.

—¿Cuántos murieron?

Argel Tal había revisado las estimaciones de los aparatos augures. Sus cálculos decían que ese día habían muerto casi doscientos millones de personas.

—Todos. Todo un mundo lleno de vida humana —le contestó el capitán.

—No lo entiendo —dijo ella mientras cerraba sus ojos inútiles—. Toda esa gente… ¿Por qué tenían que morir?

—Cyrene, hay algunas culturas a las que resulta imposible reeducar. Cuando una civilización se basa en unos principios corruptos, la redención es una esperanza imposible. Es mejor que ardan a que vivan en la blasfemia.

—Pero ¿por qué tenían que morir? ¿Qué pecados habían cometido?

—Porque el Emperador así lo quiso. No importa nada más. Esa gente despreció nuestras ofertas de paz, se burló de nuestro deseo de integrarlos en el Imperio y mostró abiertamente el terrible pecado de la ignorancia forjando poblaciones enteras de formas de vida artificiales. La creación de vida falsa que imite a la humana es una

abominación para nuestra especie, y es algo que no se puede dejar pasar por alto.

—Pero ¿por qué? —insistió. Aquellas palabras casi se habían convertido en un mantra para ella a lo largo de los últimos días.

Argel Tal dejó escapar un suspiro.

—¿Conoces un proverbio muy antiguo que dice «Juzga a una persona por sus preguntas, no por sus respuestas»?

—Lo conozco. Tenemos uno muy parecido en Khur.

—Está extendido por toda la galaxia con diversas variantes. Es un refrán de Terra, pero en Colchis tenemos nuestra propia versión: «Bendita es la mente demasiado pequeña como para dudar».

—Pero ¿por qué? —repitió la joven una vez más.

Argel Tal contuvo un nuevo suspiro. Aquello le resultaba difícil. La muchacha era tremendamente ingenua, y Argel Tal sabía que no era precisamente un buen profesor, pero el conocimiento tenía que llegarle de algún lado. No había honor alguno en mantener en secreto la verdad.

—Cyrene, la respuesta se encuentra en las propias estrellas. Somos una especie joven, y nos hemos extendido a lo largo y ancho de millares de mundos. El espacio entre las estrellas alberga muchas amenazas, incluidas criaturas alienígenas de innumerables especies que han evolucionado para ser depredadoras. Aquellas que no se lanzan directamente contra la humanidad para devorarla tienden a ser peligrosas por otras razones. Todas estas civilizaciones antiguas se encuentran sumidas en un proceso de declive, ya sea porque se han vuelto demasiado débiles para estabilizarse después de su crecimiento inicial o porque las tecnologías pérfidas e insensatas que han utilizado las han llevado a la degradación. No hay nada que podamos aprender de esas civilizaciones. La historia no tardará en olvidarlas. Así pues, ¿qué debemos hacer? ¿Dejamos esas colonias humanas para que los alienígenas las destruyan, o recuperamos sus valiosos mundos para aumentar la fuerza de nuestro Imperio recién nacido? ¿Permitimos que esa gente siga viviendo cómodamente en la ignorancia y nos arriesgamos a que sufran daños o a que su inacción nos provoque perjuicios, o los aplastamos antes de que se conviertan en una amenaza hereje?

—Pero…

—No —la interrumpió Argel Tal con una voz fría y dura como una piedra helada —. Esta vez no hay «peros» que valgan. «El Imperio tiene la razón, y eso lo hace poderoso». Así lo dicen nuestros iteradores, así está escrito en la Palabra, y así debe

ser. Hemos tenido éxito donde todas las demás culturas humanas han fracasado. Prosperamos mientras que las razas alienígenas desaparecen. Hemos derrotado a todo sistema solar o planeta aislado que se ha negado a formar parte de nuestra unidad benevolente. ¿Qué más pruebas necesitas para que se demuestre que marchamos por el camino correcto, y que sólo nosotros lo hacemos?

Cyrene se quedó callada mientras se mordisqueaba el labio inferior.

—Tiene… tiene sentido.

—Por supuesto que lo tiene. Es la verdad.

—Por eso están todos muertos. Todo un planeta. ¿Me contarás qué aspecto tenía su última ciudad?

—Si es lo que quieres…

El capitán se quedó mirando a la joven durante un largo instante. Se había recuperado bien a lo largo de las cuatro semanas que habían transcurrido. Llevaba puesta una túnica gris sin forma propia de los sirvientes de la legión. Cuando la vio por primera vez con aquella ropa, Cyrene le había preguntado de qué color era la túnica.

—Gris —le había contestado él.

—Bien —fue la respuesta de la joven con una sonrisa, pero no dijo nada más.

Argel Tal la observó. Ella lo estaba mirando sin verlo, y los rasgos de su rostro juvenil no mostraban timidez o duda alguna.

—¿Por qué te interesa tanto su ciudad? —quiso saber.

—Recuerdo bien Monarchia. Lo justo es que alguien también recuerde su ciudad.

—Es muy poco probable que la olvide, Cyrene. Había torres de cristal, y guerreros creados a partir de cristales móviles. No tardamos mucho en someterla, pero no fue fácil.

—¿Xaphen estaba contigo? Es muy amable conmigo. Me gusta.

—Sí —le confirmó Argel Tal—. Xaphen estaba conmigo. Fue el primero de la 7.ª Compañía en ver la blasfemia del enemigo cuando el escudo de energía de la ciudad se vino abajo.

—¿Me contarás lo que ocurrió?

—Capitán —lo llamó Xaphen por el comunicador—. No se va a creer lo que estoy viendo.

Argel Tal avanzó a través de las ruinas exteriores, flanqueado por la escuadra de

asalto de Torgal. Sus hermanos de armadura gris atravesaron las calles aplastando fragmentos de cristal bajo las botas. Las espadas sierra activadas ronroneaban en los guanteletes de los guerreros. Los filos serrados de las armas mostraban manchas de sangre.

—Aquí Argel Tal —respondió el capitán por el comunicador—. Estamos al oeste. Todavía no hemos encontrado resistencia de importancia. Informe de situación.

—Hay artificiales. —La voz de Xaphen llegaba distorsionada a través del comunicador, pero el asco que sentía era más que evidente—. Están desplegando seres artificiales.

Argel Tal se volvió hacia el este, donde la ciudad de piedra negra veteada y cristal ya se estaba agrietando y resquebrajando. Los incendios ardían descontrolados a lo largo de las calles que se adentraban serpenteando hacia el corazón de la ciudad. Era la señal más evidente del avance de la legión.

—La escuadra de asalto Torgal se dirige hacia vosotros —le avisó—. Portadores de la palabra, conmigo.

Los grandes retrorreactores que llevaba a la espalda se activaron y lo impulsaron hacia el cielo con un rugido retumbante.

El indicador de altitud que apareció en el visor parpadeó a medida que se actualizaba con dígitos azules que se superponían sobre la imagen que le llegaba de las lentes oculares. Bajo él vio pasar varias torres bajas de cristal retorcido y calles serpenteantes. Se enfrentaban a una cultura que daba rienda suelta a sus arquitectos. El capitán no tuvo claro si se debía a alguna clase de licencia artística o si todo aquello seguía una pauta lógica que él era incapaz de captar. A pesar de todo, una ciudad de cristal alienígena endurecido… Unas calles de piedra negra…

En cierto modo, era hermoso. A menudo, la locura poseía cierto encanto.

—Os veo —le comunicó a Xaphen.

Las escuadras de portadores de la palabra avanzaban por debajo de él a través de las ruinas de un bloque de habitáculos arrasado, donde varios grupos de armaduras grises se enfrentaban a una abominación plateada que chasqueaba cargada de energía impura. Los sistemas sensores de la armadura del capitán captaron aquella confusión y se centraron en los guerreros enemigos.

Argel Tal se sintió confuso, ya que no sabía qué era lo que estaba viendo.

—Abajo —ordenó a la escuadra Torgal.

Las respuestas de confirmación de la orden resonaron por el canal de

comunicación. Argel Tal desactivó los retrorreactores principales con un pensamiento instintivo, y una runa colchisiana parpadeante que brillaba en el panel del visor cambió del color rojo al blanco. Los motores principales de la mochila impulsora se apagaron con un estremecimiento. Las amplias toberas de los retrorreactores desactivados dejaron una estela de humo negro mientras los impulsores secundarios se encendían y aminoraban la velocidad de descenso para impedir que el impacto final fuera mortífero.

Aterrizó pesadamente sobre el suelo, y las botas de la armadura abrieron una telaraña de grietas en el suelo de piedra negra debido a la fuerza del impacto. El resto de los guerreros de la escuadra se posaron a su alrededor en formación dispersa acompañados por una oleada de rugidos de cohetes y de crujidos de piedra rota.

—Por las estrellas… —musitó Torgal, y luego señaló por encima de la devastación con la espada sierra, que rugía suavemente, hacia un punto concreto—. Ya veo a lo que se refería el capellán.

Una de las criaturas artificiales apareció al otro lado del paisaje de paredes de cristal derribadas. Caminaba sobre tres patas semejantes a las de los insectos, con varias articulaciones, y cada una de ellas estaba rematada por una cuchilla que se clavaba en el suelo con cada paso que daba. Su torso casi se habría podido considerar humanoide si no hubiera sido por el hecho de que estaba compuesto exclusivamente por cristal en movimiento. Bajo la superficie transparente se veían los circuitos, que serpenteaban por su interior como venas, y las barras de metal que hacían las veces de huesos.

—Tiene que tratarse de algo ornamental —dijo Torgal por el comunicador mientras la criatura artificial se acercaba sobre las extremidades rematadas por cuchillas—. Bueno, quiero decir… Mirad que aspecto tiene.

—Te has tomado tu tiempo en llegar —le replicó Xaphen—. Poneos a cubierto antes de que dispare de nuevo.

Argel Tal echó a correr hacia la pared de cristal más cercana, donde un puñado de guerreros de Xaphen se habían agazapado. No los ocultaba, pero seguía siendo una cobertura. El resto de la escuadra de asalto se desplegó por la zona.

—¿Es que esa cosa dispara? —preguntó Argel Tal—. ¿Estás seguro de que no se trata de una estatua autómata y que os habéis enfrentado en un combate heroico a una pieza de arte local?

—Dispara —le confirmó Xaphen con un gruñido—. Y no cae con facilidad. Mira.

Escuadra Malnor, abrid fuego —ordenó.

Varios portadores de la palabra ocultos en el interior de un cráter situado por delante de ellos aparecieron al unísono, algo fruto del entrenamiento, y abrieron fuego a la vez con las pistolas bólter. Los proyectiles acribillaron el cuerpo cristalino de la criatura y le hicieron perder el equilibrio, pero no provocaron ningún daño visible. En los puntos donde impactaban los proyectiles saltaban descargas eléctricas que provocaban el estallido de los mismos antes de que pudieran causar nada más que una simple molestia cinética.

—Alto el fuego y a cubierto —ordenó Xaphen.

—Ya me estoy empezando a cansar de esa orden, señor —replicó la voz del sargento Malnor, pero el fuego de bólter cesó de inmediato.

La criatura se enderezó y se volvió hacia el cráter donde los guerreros de Malnor se mantenían a cubierto. Los circuitos que hacían las veces de entrañas centellearon con un tremendo brillo fosforescente, y una descarga de electricidad cegadora surgió de su boca abierta para recorrer abrasadora el borde del cráter, donde fundió toda la superficie de piedra negra que tocó.

—Está fabricado con cristal irrompible y, además, vomita rayos —le informó Xaphen—. El primarca estaba en lo cierto al ordenar que aniquilásemos a esta gente. Son más que herejes, forjan la locura hasta darle forma humana.

Argel Tal soltó una maldición en voz baja al oír los informes de situación de las otras escuadras de la legión que se estaban encontrando con aquellas criaturas por toda la ciudad. Había creído que sería fácil tomar la ciudad una vez cayó el escudo protector que rodeaba la capital. Se suponía que los dirigentes planetarios ya habrían muerto. ¿Por qué no se había desmoronado todavía la resistencia enemiga?

—Escuadra Torgal, a terreno elevado.

—A sus órdenes, capitán —le respondió un coro obediente.

El aire se onduló alrededor de cada uno de los guerreros cuando los grandes retrorreactores se activaron de nuevo y se saturó con el olor a combustible quemado.

El capitán se elevó en línea recta, como una lanza, hasta que acabó posándose en una balconada que daba a la calle destrozada. Los guerreros de la escuadra Torgal lo siguieron, y cada uno aterrizó en el mejor punto que pudo encontrar en los aleros de los tejados cercanos. Las gárgolas de color gris se quedaron observando el combate que se libraba bajo ellas.

—¿Cuántos habéis destruido hasta el momento? —le preguntó a Xaphen.

—A tres, pero dos de ellos cayeron bajo los disparos de un Vindicator de la Tormenta de Fuego —respondió el capellán, refiriéndose al batallón blindado del Sol Serrado.

—No me digas que el tanque fue destruido.

Fue Malnor quien le contestó.

—Pues entonces no se lo diré, capitán, pero desde luego, ya no está aquí.

Argel Tal observó cómo se acercaba la criatura artificial, que mantenía un equilibrio inhumano sobre el terreno de superficie tan desigual gracias a las patas de múltiples articulaciones. Acercó el visor, que se despejó tras una momentánea distorsión. Las venas plateadas le recorrían el torso y destellaban cargadas de energía. La superficie se movía como si fuera cristal líquido, pero los proyectiles de bólter salían repelidos o estallaban sin provocar daño alguno, tan inofensivos como las gotas de lluvia.

—Dices que habéis acabado con tres, pero el tanque sólo destruyó a dos.

—Yo destruí al tercero con mi crozius. Esas criaturas parecen ser vulnerables a las armas de energía —le explicó Xaphen.

—Entendido. Dejadnos éste a nosotros. —Argel Tal reenfocó el visor—. Escuadra Torgal, preparados. Vamos a combatir el fuego con el fuego.

—A sus órdenes —respondió de nuevo el coro de voces.

El capitán desenvainó sus dos espadas. Cada una de las armas de hierro rojo albergaba un generador en las crucetas de marfil. Deslizó los dedos hasta los botones de activación colocados en las empuñaduras envueltas en cuero y dos zumbidos idénticos comenzaron a sonar cuando las hojas afiladas se cargaron de energía y quedaron cubiertas por diminutas descargas eléctricas.

—¡Por el primarca! —aulló.

El grito de combate resonó por toda la calle y atrajo la atención del ser artificial. Alzó un rostro sin rasgos, y en el punto donde debería encontrarse la boca humana, la faz cristalina comenzó a brillar con un calor que iba en aumento.

Argel Tal dio dos pasos a la carrera. El primero hizo retemblar el suelo del balcón, y el segundo destrozó la balaustrada cuando se apoyó en ella para saltar al vacío. Los retrorreactores lanzaron un rugido y escupieron fuego y humo mientras el capitán descendía hacia la máquina. Las dos espadas se convirtieron en unos borrones de luz.

—¡Aureliano! —gritaron a su vez los guerreros de la escuadra Torgal al mismo tiempo que saltaban de sus posiciones elevadas en pos de su capitán impulsados por

los motores aullantes—. ¡Aureliano!

Argel Tal encabezó el ataque en picado, y se desvió hacia un lado cuando el rayo de electricidad ardiente surgió del ser artificial que los esperaba en el suelo. Un segundo después ya se había echado encima de la criatura, y pivotó para propinarle una patada en la cabeza de cristal con la bota de la armadura. Una lluvia de fragmentos salió disparada cuando el cráneo se inclinó con fuerza hacia atrás. Las dos espadas de energía cayeron un instante después contra la cara artificial, lo que también provocó una nueva lluvia de fragmentos relucientes que repiquetearon como pedrisco.

El sargento Torgal aterrizó sobre los hombros del autómata, y los golpes de su espada sierra resbalaron y chirriaron contra el cristal. Disparó una vez, pero el proyectil salió desviado de forma inofensiva antes de estallar en el aire.

De los altavoces de los cascos salían sus gruñidos de esfuerzo, que sonaban como graznidos de aves depredadoras. El resto de la escuadra de Torgal descendió y se sumó al ataque con las hojas chirriantes de sus espadas. Atacaron en oleadas, con una parte alzándose en el aire mientras los que se encontraban debajo golpeaban alternándose en sus posiciones. La criatura artificial trastabilló, acosada por los golpes de la hueste enemiga, e incapaz de apuntar sus armas contra una amenaza en concreto.

Argel Tal se lanzó al ataque una vez más y frotó las hojas de las espadas entre sí, lo que hizo que los campos de energía sisearan y chasquearan. En esta ocasión, las espadas consiguieron atravesar la superficie y se clavaron en la garganta de cristal. Un chorro de fragmentos cristalinos repiqueteó contra su placa facial.

La criatura artificial murió de inmediato. Las venas plateadas se volvieron negras y se desplomó en el polvo sobre unas piernas igualmente muertas.

Los cinco guerreros de la escuadra Torgal descendieron hasta posarse en el suelo con grácil lentitud alrededor de su capitán. Las espadas sierra permanecieron ronroneando cuando los dedos que las mantenían activadas se relajaron. Las toberas de los motores emitieron un último chorro de humo mientras se enfriaban.

Xaphen y Malnor salieron de las ruinas a la cabeza de sus guerreros, que llevaban los bólters pegados al pecho.

—Bien hecho —dijo el capellán—. Avanzad en vanguardia si queréis, hermanos. Purgaremos la carretera en el camino hacia el centro de la ciudad. No nos esperéis.

Argel Tal asintió. Todavía no estaba acostumbrado al nuevo color de la armadura del capellán. Todas las placas eran negras, ya que los capellanes las habían oscurecido en recuerdo de las cenizas que habían cubierto las armaduras de todos los guerreros

que habían estado en Monarchia. El capitán no dijo nada cuando vio por primera vez aquella nueva tradición, pero le seguía incomodando. Algunas vergüenzas era mejor olvidarlas.

Un chorro chasqueante de estática distorsionada precedió a otra voz algo inconexa.

—Capitán, aquí Dagotal.

Argel Tal observó las torres que formaban el núcleo de la ciudad. Allí había algo, alguna clase de maquinaria oculta que estaba interfiriendo de forma grave en los canales de comunicación.

—Adelante, Dagotal.

—Solicito permiso para llamar a Carthage.

Xaphen y Malnor intercambiaron una mirada, aunque las placas faciales de los cascos mantuvieron oculta la expresión de sus rostros. Torgal aceleró los dientes de sierra de su espada, y el filo serrado mordió el aire durante unos segundos.

—Se más específico, Dagotal —le ordenó el capitán.

—Se trata de los artificiales, señor. Tienen un rey.

La escuadra Dagotal siguió moviéndose por las calles sin detenerse, siempre vigilante. Eran los exploradores de la 7.ª Compañía, por lo que adentrarse en la ciudad enemiga muy por delante de la fuerza principal del capitán no era ninguna novedad.

Sin embargo, aquel enemigo había conseguido darles unas cuantas sorpresas desagradables. El ejército de artificiales que acechaba en las esquinas de la ciudad ya condenada estaba ofreciendo una resistencia feroz, y eso ya antes de que las fuerzas de vanguardia de los Portadores de la Palabra se encontraran con los obsidianas.

Dagotal fue uno de los primeros en encontrarse con aquellos oponentes. Se inclinó hacia adelante sobre el sillín y reenfocó la distancia de visión de las lentes ópticas del casco para observar con mayor detalle el artefacto negro que avanzaba con pasos pesados a lo largo de la calle que se abría frente a él.

—¡Sangre del Urizen! —exclamó.

La criatura medía dos pisos de altura. Era un artificial con seis patas, pero el torso no era de cristal transparente, sino que tenía un color negro opaco.

Se lo comunicó de inmediato a su capitán mientras su escuadra abría fuego. Los bólters montados en las motocicletas tabletearon rugientes al disparar. La criatura de cristal negro ni siquiera pareció darse cuenta del ataque. A pesar del aparente peso que debía de tener aquella construcción artificial, sus extremidades rematadas por cuchillas

no se clavaban en el suelo.

—Retroceded —ordenó Dagotal a sus hermanos, y éstos le obedecieron… a toda velocidad.

Las motocicletas grises rugieron al doblar una esquina cerrada mientras los neumáticos se esforzaban por mantener la adherencia sobre la superficie de piedra negra pulida de la calle. Korus, que marchaba en cabeza, fue el primero en girar, y el frenazo hizo que las ruedas chirriaran al resbalar sobre aquel pavimento.

—Con cuidado —le advirtió Dagotal.

—Para usted es fácil decirlo, sargento —le replicó Korus.

Dagotal serpenteó entre las motocicletas de sus hermanos y los adelantó sin esfuerzo. La motocicleta a reacción que montaba flotaba a unos dos metros por encima del suelo, y se lanzaba hacia adelante con los motores aullando en un aumento de velocidad repentino con una simple presión de la mano en el acelerador del manillar. El vehículo de Dagotal dejaba una estela mucho menor que sus equivalentes terrestres, ya que su generador de energía emitía menos gases que las motocicletas de su escuadra.

El portador de la palabra se inclinó hacia la derecha y se deslizó por el aire doblando otra de las demenciales esquinas en espiral de la ciudad de cristal. Disminuyó de velocidad, aunque muy poco, para permitir que sus hermanos se mantuvieran a su altura. En ese momento vio aparecer entre dos torres que se alzaban por delante de él a otra inmensa criatura artificial de seis patas. Un relámpago rodeaba su cráneo negro sin rostro formando un halo radiante.

—Otro artificial —comunicó Dagotal. Utilizó el nombre que otros jefes de escuadra ya habían extendido por los canales de comunicación—. Es otro de los obsidianos.

—Nos están acorralando —dijo Korus, poniéndose a la altura de Dagotal—. ¿Nos enfrentamos a éste?

—¿Para qué? ¿Para desperdiciar munición? —Dagotal aceleró, y sintió el tirón en los brazos mientras el generador de la motocicleta a reacción aullaba con más fuerza —. Seguidme.

Giró hacia la izquierda y dobló otra esquina para salir a una calle secundaria.

—No podemos continuar huyendo —gruñó Korus—. Nos vamos a quedar sin combustible si seguimos a este ritmo.

Dagotal oyó el gemido de los motores sedientos cuando sus guerreros doblaron la

esquina a su espalda. Korus tenía razón. El sonido de los motores empezaba incluir carraspeos por la falta de combustible. La escuadra llevaba horas jugando al gato y al ratón a través de aquellas calles mientras se dedicaba a explorar por delante de las fuerzas principales del Sol Serrado.

—No estamos huyendo —le contestó al cabo de unos momentos.

Una sombra oscureció la calle. Eclipsó al sol y vino acompañada del rugido de unos motores poderosos. La esbelta nave que los sobrevolaba mostraba en las alas el símbolo del cráneo biónico del sacerdocio marciano.

Dagotal sonrió dentro del casco.

—Estamos buscando un sitio donde pueda aterrizar Carthage.

Tres lentes ópticas de color verde semiocultas bajo una capucha roja contemplaron la ciudad en llamas. Aquella triada de receptores visuales giraba sin cesar para reenfocar, y cada una de las lentes lograba una agudeza visual muy superior a la vista humana.

—En proceso —dijo la criatura de los tres ojos. Volvió a hablar tras una pausa de unos cuantos segundos, durante los cuales las lentes no dejaron de enfocar y reenfocar—. Recibido —añadió con el mismo tono de voz.

Los exploradores de Dagotal aprovecharon la oportunidad para repostar combustible, y cada uno de los astartes se dedicó a llenar el depósito de su motocicleta con los bidones de promethium que sacaron del compartimento de carga de la nave del Mechanicum.

Dagotal permaneció sentado en su motocicleta a reacción, cuyos suspensores gravitatorios apenas emitían sonido alguno al no verse sometidos a ningún tipo de presión.

—Dos obsidianos —le dijo al individuo de tres ojos—. Se dirigen hacia aquí. —En el comunicador no dejaban de resonar los mensajes de las escuadras que se retiraban y solicitaban apoyo de la Cohorte Carthage o de los batallones blindados—. Los artificiales son enormes, Xi-Nu.

—Conozco todos los detalles de la situación, sargento Dagotal.

Xi-Nu 73 era una criatura delgada como un palo, y se la podía denominar humana sólo considerando un sentido muy amplio de la palabra. Su túnica roja ondeaba bajo el viento provocado por el calor de los incendios, lo que dejaba al descubierto un cuerpo biónico de hierro de superficie mate rodeado de cableado industrial. Los brazos, que en ese momento alzó para bajarse la capucha, eran unas extremidades

esqueléticas fabricadas con material de blindaje moldeado, y estaban rematadas por unas manos de bronce que tenían algunos dedos de más. Su rostro, por llamarlo así, apareció al bajarse la capucha, y no era más que una masa de cables y una máscara respiratoria bastante ruidosa, sin ningún otro rasgo discernible aparte de las lentes oculares de color verde que formaban los vértices de un triángulo.

Xi-Nu 73 había sido completamente humano antaño. Durante dos décadas, frágiles y cortas, desde su nacimiento, casi un siglo antes. Al igual que todos los adeptos del Mechanicum de Marte, tuvo que soportar esos primeros años viviendo en una envoltura de carne cálida y sangre líquida hasta que consiguió la habilidad necesaria para demostrar que podía purificarse.

Había mejorado mucho desde entonces.

El tecnosacerdote se encontraba al lado de la rampa de descarga de la nave de transporte, y desde allí supervisaba el desembarco de varias figuras de gran tamaño y paso torpe. Cada una de ellas estaba protegida por gruesas placas de blindaje pintadas de color carmesí, aunque la pintura estaba desconchada en algunos puntos. Medían casi cinco metros de alto, y sus articulaciones mecánicas no se esforzaban por imitar el movimiento de un humano normal. Las dos primeras unidades en bajar con paso repiqueteante por la rampa eran Cruzados, de aspecto desgarbado. Sus largos brazos de cuchilla se balanceaban hacia adelante y hacia atrás cada vez que los hombros se movían torpemente de un lado a otro. Varios cables gruesos y de aspecto rudimentario recorrían los bordes de sus brazos en forma de espada y conectaban las hojas afiladas a los generadores de energía que albergaban los cuerpos de los robots.

—*Sanguíneo* —dijo el primero, vocalizando la palabra con una fina voz mecánica —. Preparado y a la espera.

—*Alizarino* —declaró el segundo—. Preparado y a la espera.

La tercera figura que bajó por la rampa tenía el doble de anchura que las dos primeras, y se la podía considerar voluminosa en comparación a los Cruzados, más espigados. Sus brazos estaban rematados por unos grandes puños de metal remachado que tenían forma de martillos de asedio. Apestaba todavía más que sus dos compañeros a piezas de maquinaria engrasadas y al olor más común de los aceites lubricantes. El robot de la clase Catafracto tenía un perfil encorvado, y mostraba un aspecto voluminoso debido a las gruesas placas de blindaje. Se movía con menos agilidad todavía que las dos primeras figuras.

—*Bermellón* —dijo con voz metálica mientras se colocaba al lado de los Cruzados

—. Preparado y a la espera.

Xi-Nu 73 giró las lentes ópticas para mirar a la última máquina que salió del compartimento de carga de la nave. Esta última parecía algo más humana, tanto en el aspecto como en la forma de caminar, a pesar de las grandes placas de blindaje y de tener armas en vez de brazos. Por encima de uno de los hombros, las cintas de munición colgaban a su espalda. Aquellas trenzas de proyectiles de bronce repiqueteaban a cada paso que daba. Dagotal conocía cada uno de los elementos de la unidad de Xi-Nu. Estaba familiarizado con ellos después de haber compartido juntos campos de batalla durante doce años. La última máquina era un Conquistador, la unidad primus del grupo. Llevaba encima de un hombro el estandarte de la legión, y las placas de blindaje estaban cubiertas de runas colchisianas.

—*Púrpura* —declaró el Conquistador con voz carente de toda personalidad—. Preparado y a la espera.

Xi-Nu 73 se volvió hacia los portadores de la palabra, que se mantenían a la espera, y reajustó de nuevo las lentes ópticas.

—Saludos, sargento. El Noveno Manípulo de la Cohorte Carthage espera vuestras órdenes.

Argel Tal echó a correr en cuanto se posó en el suelo, y los retrorreactores de la mochila impulsora se fueron apagando mientras todavía corría. Llevaba envainadas las dos espadas, y el bólter lleno de inscripciones que empuñaba tronaba con cada disparo. Se puso a cubierto con varios de sus guerreros en el piso inferior de una torre de cristal y disparó de nuevo a través del hueco de una vidriera. El dibujo que habían formado los cristales de colores había desaparecido, ya que resultó destrozado en cuanto los portadores de la palabra necesitaron líneas de disparo despejadas.

El obsidiano que había en la calle los empequeñecía a todos, y no dejaba de disparar a diestro y siniestro los rayos de energía eléctrica que surgían de su rostro sin rasgos. Argel Tal se detuvo un momento a recargar el bólter, y mientras metía el nuevo cargador, se fijó durante un momento en el trozo de cristal de color que había en el suelo junto a su bota. Era un fragmento de la vidriera que mostraba una figura con una armadura dorada.

La escuadra Dagotal estaba estorbando todo lo posible el avance del enorme artificial. Las motocicletas se dedicaban a cruzarse entre las patas insectoides del obsidiano al mismo tiempo que zigzagueaban para esquivar los mortíferos rayos de

energía. Los guerreros de la escuadra Torgal acribillaban las articulaciones del artificial con los proyectiles de bólter desde las posiciones en las que se habían puesto a cubierto, pero aquello no era más que una simple molestia para el artificial.

—Xi-Nu 73. Estamos en posición. Hazlo ya —avisó Argel Tal por el comunicador.

—Recibido, séptimo capitán.

Aparecieron a la espalda del artificial surgiendo de una calle secundaria. *Sanguíneo* y *Alizarino* llegaron los primeros con la elegancia de unos mendigos tambaleantes. Sus movimientos eran todo un contraste respecto a la elegante agilidad que mostraba la máquina enemiga. Varios rayos láser surgieron abrasadores de los cañones que los Cruzados llevaban en las monturas de los hombros. Los disparos abrieron surcos candentes en la superficie del obsidiano, y el cristal fundido relució goteante contra el fondo negro. Luego alzaron los brazos con forma de espada sobre las junturas motorizadas para descargar una serie de tajos verticales contra las patas de su oponente.

Al darse cuenta del peligro que representaba aquella nueva amenaza, el obsidiano se volvió para enfrentarse a las máquinas de guerra del Mechanicum, y lo que hizo fue encontrarse con una tormenta de disparos. Los proyectiles de los bólters pesados montados en los hombros de *Púrpura* acribillaron el rostro y el torso del obsidiano arrancándole trozos cristalinos. El Conquistador tenía un aspecto regio comparado con sus hermanos, y siguió con las armas todos los movimientos de su oponente. No dejó de disparar en ningún momento y ni un solo proyectil falló su objetivo.

El obsidiano desperdició su rayo relampagueante, ya que salió disparado hacia el cielo cuando la fuerza de los impactos de los artefactos del Mechanicum le hizo perder el equilibrio.

La máquina de la clase Catafracto, *Bermellón*, tan voluminosa como un dreadnought astartes, era un aparato mucho más lento. Bajo y fornido, cruzó el espacio que lo separaba del obsidiano mientras éste se esforzaba por recuperar el equilibrio sobre las cuatro patas que le quedaban. El Catafracto blandió los dos martillos de asedio, que impactaron contra el cristal alienígena con un trueno retumbante. Su oponente pasó de tener cuatro patas a tres, y la máquina cristalina se desplomó sobre las articulaciones de las que le quedaban.

—Acabemos con eso —ordenó Argel Tal, y activó de nuevo los retrorreactores. Los motores rugieron al tomar aire de nuevo para convertirlo en un chorro de fuego.

—A la orden —le replicó un coro de voces por el comunicador.

El capitán desenvainó las espadas con rapidez y facilidad y dejó que un corto impulso de los retrorreactores lo elevara en el aire. A pesar de encontrarse casi tumbado, el obsidiano no ofrecía ningún punto donde posarse. Cuando los portadores de la palabra cayeron sobre su espalda, la mayoría prefirieron mantenerse en el aire con las mochilas impulsoras en vez de ponerse de pie sobre la máquina enemiga. Las espadas sierra se abatieron una y otra vez contra ella, pero tan sólo las armas cargadas de energía de Argel Tal infligieron un daño palpable y provocaron una cascada de trozos de cristal oscuro con cada tajo.

El obsidiano se arrastró por el suelo a pesar de estar ya casi aniquilando e intentó alcanzar con una de las manos la amenaza real más cercana. *Púrpura* dio un paso atrás y los cañones automáticos acribillaron la mano extendida hasta arrancarle los dedos. Xi-Nu, que se encontraba detrás de la máquina de guerra imperial, lo observó todo con una atención imperturbable. De vez en cuando ajustaba algunos controles que llevaba en la placa pectoral por motivos que ninguno de los portadores de la palabra era capaz de adivinar, a pesar de que llevaban más de un decenio combatiendo a su lado.

Cuando el obsidiano por fin quedó completamente inmóvil, Argel Tal y Dagotal se acercaron al tecnosacerdote. El aparato enemigo abatido mostraba una cierta similitud con una estatua de hielo en proceso de derretimiento, con el cuerpo destrozado por un millar de impactos de proyectil, de tajos de espada y de rayos láser. Los dos portadores de la palabra aplastaron bajo las botas los trozos de cristal que sembraban la calle.

—Saludos, capitán —le dijo Xi-Nu 73—. El Noveno Manípulo de la Cohorte Carthage espera sus órdenes.

Cyrene le puso una mano en el brazo a Argel Tal para interrumpirlo.

—¿Vosotros también utilizáis artificiales?

El capitán se había esperado aquella pregunta.

—La Legio Cibernética es una parte muy valiosa del Adeptus Mechanicum. La Gran Cruzada depende más de las máquinas de guerra de la Legio Titanicus, pero la Cibernética también tiene su función entre las legiones astartes más nobles. Sus construcciones artificiales son envolturas robóticas que albergan espíritus máquina. Los tecnosacerdotes de esa legión crean mentes sintetico-orgánicas a partir de componentes biológicos.

Cyrene alargó una mano hacia el vaso de agua que tenía sobre la mesita de noche. Recorrió con los dedos la superficie metálica y lo empujó levemente antes de conseguir cogerlo. Bebió a pequeños sorbos y no pareció tener prisa en hablar de nuevo.

—No ves la diferencia —dijo Argel Tal al cabo de unos momentos, y no era una pregunta.

Ella bajó el vaso y lo miró sin verlo.

—¿Es que hay una diferencia?

—No le hagas esa pregunta a Xi-Nu 73 si alguna vez te cruzas con él. Se sentiría tan insultado que te mataría, y yo me sentiría muy mal por tener que matarlo por hacerlo. Baste decir que la diferencia se encuentra en la mente. La inteligencia orgánica, aunque sea sintética por naturaleza, sigue estando ligada a la perfección humana. La inteligencia artificial no lo está. Hay muchas culturas que esa lección sólo la aprenden cuando los esclavos mecanizados se alzan contra ellas, igual que hubieran hecho los obsidianos algún día contra los habitantes de Cuarenta y Siete Dieciséis.

—Siempre dices que somos perfectos. Me refiero a los humanos.

—Así está escrito en la Palabra.

—Pero la Palabra cambia con el tiempo. Xaphen me ha contado que en estos mismos momentos está cambiando. ¿Realmente son perfectos los humanos?

—Ahora mismo estamos conquistando la galaxia, ¿no es así? La prueba de nuestra pureza y nuestro destino manifiesto están muy claros.

—Otras razas conquistaron la galaxia antes de que nosotros lo hiciéramos. —Tomó otro sorbo de agua, que estaba a temperatura ambiente—. Quizás otras la vuelvan a conquistar después de que nos equivoquemos en algo. —Sonrió y se apartó un mechón de cabello de delante de la cara—. Estás tan seguro de todo lo que haces… Te envidio por eso.

—¿Es que no estabas segura de tu propia senda en la vida allá en Monarchia?

Cyrene inclinó la cabeza hacia un lado, y Argel Tal captó una leve tensión en su lenguaje corporal: el modo en que dobló los dedos de los pies, la manera en que aferró con suavidad la tela de la túnica gris.

—No quiero hablar de eso —le respondió—. Es que me parece curioso que no sientas arrepentimiento, ni tengas dudas.

El astartes no supo cómo contestarle exactamente.

—No se trata de autoconfianza. Es… mi deber. Vivo según la Palabra. Lo que está

escrito debe cumplirse, si no, todo habrá sido en vano.

—A mí eso me suena como un gran sacrificio. El destino convertido en un arma… —La sonrisa de Cyrene quedó teñida por una expresión que estaba a medias entre la diversión y la melancolía—. Los portavoces de la Palabra decían cosas como ésa en las plegarias matutinas que tenían lugar por toda la ciudad perfecta. «Camina por la senda verdadera, porque todas las demás conducen a la destrucción».

—Es una cita de la Palabra —le confirmó Argel Tal—. Parte de la sabiduría del primarca que dejamos para guiar a tu gente.

Cyrene movió una mano en el aire para quitar importancia a la devoción que el capitán mostraba por la precisión de cada detalle.

—Lo sé, lo sé. ¿Me contarás el resto de lo que pasó? Quiero saber más sobre esa ciudad. ¿Luchó el primarca a vuestro lado?

Argel Tal inspiró profundamente. La mente de la muchacha pasaba de un tema a otro con una tremenda facilidad.

—No, pero lo vi al amanecer. Antes de que llegáramos hasta él nos cruzamos con Aquillon.

—Cuéntame qué pasó —le pidió mientras se tumbaba en la cama con las manos en la nuca. Mantuvo los ojos abiertos, a pesar de que no le servían de nada—. No voy a dormir. Por favor, sigue. ¿Quién es Aquillon?

—Su rango es Occuli Imperator —le contestó Argel Tal—. Los ojos del Emperador. Nos cruzamos con él cuando el sol ya se ponía y la mayor parte de la ciudad estaba en llamas.



OCHO
COMO EN CASA
ORO, NO GRIS
EN EL CORAZÓN DE LA CIUDAD CAÍDA

Argel Tal se quedó contemplando con la armadura mellada por el combate cómo el disco ámbar se hundía bajo el horizonte a medida que moría la tarde. Era un anochecer hermoso, y le recordó a Colchis, a su hogar, el planeta que no había vuelto a ver desde hacía al menos siete décadas. Que él recordara, con una memoria que era casi eidética, Argel Tal había visto ponerse el sol en veintinueve mundos distintos. Aquél era el trigésimo, y era tan hermoso como en el primero.

El cielo se oscureció con unos tonos azules y violetas precediendo a la llegada total de la noche.

—Capellán, venga aquí —ordenó por el comunicador.

Xaphen dejó al puñado de portadores de la palabra que se estaban reagrupando y se dirigió hacia el capitán, que se encontraba en el extremo de la calle.

—Hermano —lo saludó Xaphen. El capellán contempló la puesta de sol con sus propios ojos, ya que se había quitado el casco—. ¿Qué necesitas?

Argel Tal señaló con un gesto de la barbilla el horizonte cada vez más oscuro.

—Me recuerda nuestro hogar.

Oyó un leve chirrido de las juntas de la armadura de Xaphen cuando éste hizo un movimiento. Quizás se había encogido de hombros.

—¿Dónde están Torgal y la escuadra de asalto? —quiso saber el capellán.

—Están revisando las cimas de las torres —le contestó el capitán—. Me alegraré

mucho cuando llegue el momento en que este planeta esté completamente sometido, Xaphen. A pesar de la necesidad de combatir, ha sido una guerra sin sentido.

—Como tú digas, hermano. ¿Qué necesitas? —inquirió el capellán.

Argel Tal siguió sin mirarlo a los ojos.

—Respuestas antes de que volvamos a la nave —le respondió—. El primarca se ha mantenido lejos de nosotros desde hace un mes, y los sacerdotes guerreros de la legión se reúnen y callan. ¿Qué ocurre en esas reuniones a las que asistís los de armadura negra?

Xaphen soltó un bufido y se volvió para marcharse.

—No es el mejor momento. Todavía tenemos un mundo al que someter.

—No me des la espalda, capellán.

Ambos cruzaron la mirada, y las lentes ópticas del casco del capitán quedaron fijas en los ojos entrecerrados del capellán.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué es lo que te tiene tan desconcentrado? —inquirió Xaphen.

Su tono de voz era apacible y conciliador a pesar de su severidad. Argel Tal conocía muy bien esa voz. Era el modo de hablar de Xaphen cuando los guerreros acudían a él con alguna duda espiritual. El capitán no supo por qué, pero tuvo la sensación de que aquello lo irritaba.

Argel Tal apuntó con la espada hacia el otro extremo de la calle, donde dos escuadras estaban atendiendo a los heridos. Buena parte del pavimento estaba ocupado por los restos de otro obsidiano. Las motocicletas de Dagotal eran objeto de reparaciones de combate bajo la dirección de Xi-Nu 73.

—Todos estamos ciegos menos tú —añadió el capitán—. Luchamos, tal y como nos han ordenado, y exterminamos una cultura hereje. Además, Aureliano tenía razón. Es una purga del pasado, y eso es bueno para nuestra sangre. La legión necesitaba una victoria después de reunirse para conmemorar el fracaso. Pero un mes de silencio más tarde desde que partimos de la tumba de la ciudad perfecta, seguimos ciegos.

—¿Qué quieres que te diga? —le respondió Xaphen mientras se le acercaba otra vez.

Levantó el guantelete, pero un gesto de indecisión apareció en su rostro y apartó la mano. Tuvo la sensación de que si se la ponía en el hombro a Argel Tal, aquello exasperaría al capitán en vez de recordarle la hermandad existente entre ambos.

—Quiero que me respondas a lo que te pregunto e ilumines a tus hermanos, tal y

como te exige tu deber.

Xaphen soltó un suspiro, y con él se le escapó la paciencia.

—Las reuniones de los capellanes son sacrosantas e inviolables. Ninguno de nosotros puede hablar de lo que ocurre en ellas. Lo sabes muy bien, y a pesar de eso ¿me lo preguntas? ¿Qué hay de la tradición, hermano?

Argel Tal bajó la espada.

—¿Qué tradición? —replicó el capitán con una risotada carente de alegría—. ¿Qué hay de una legión arrodillada en el polvo, y de que nuestro primarca no nos haya dado más que su silencio durante todo un mes? El resto de nosotros necesitamos respuestas, Xaphen. Yo necesito respuestas.

—Lo que ordenes, capitán, pero lo único que diré serán palabras que ya he pronunciado antes. Recurrimos a la Palabra y buscamos un nuevo camino. La legión está perdida, y buscamos las respuestas que la guíen de nuevo. ¿Nos guardas rencor por eso? ¿Deberíamos quedarnos a la deriva, perdidos en el vacío, expulsados de la luz del Emperador?

Argel Tal notó la saliva ácida que comenzaba a acumulársele y a picarle bajo la lengua.

—Mientras tanto, la legión espera y libra una guerra, igualmente ciega en ambos casos. ¿Los capellanes tienen las respuestas que buscaban?

—Sí, hermano. Creo que sí.

—¿Y cuándo pensáis compartir esas verdades con nosotros?

Xaphen sacó el crozius y lo empuñó con las dos manos mientras se volvía hacia las escuadras reagrupadas.

—¿Por qué crees que vinimos aquí? ¿Simplemente para acabar con estos blasfemos? ¿Para borrar este patético imperio formado por un solo planeta de la faz de la historia?

—Si crees que carezco de la perspicacia necesaria, por favor, ilumíname —le replicó el capitán con los dientes apretados.

—Paz, hermano. Lorgar conoce muy bien el valor de los símbolos, y de la pureza de la intención. Seguimos un camino falso que nos llevó hasta una ciudad de cenizas. En otra ciudad de cenizas comenzaremos a dar los primeros pasos del verdadero camino. Él nos mostrará la senda y realizaremos el Rito de la Remembranza tal y como debe cumplirse, con honor y sinceridad. No sometidos por el Emperador y maltratados como perros desleales.

Aquello era y no era una sorpresa para Argel Tal. No hacía falta ser un profeta para saber que el primarca les hablaría después de que aquel mundo quedara sometido, pero que aquel gesto quedase convertido en el primer paso de una nueva odisea era a la vez emocionante y turbador.

—Lamento que la hermandad de capellanes no nos haya contado nada de esto, pero gracias por decírmelo por fin.

—Había muy poco que decir antes de que el primarca regresara hoy a nosotros. Lo cierto es que no se trata de ningún secreto. —El rostro curtido de Xaphen se iluminó de nuevo con una sonrisa—. Ahora mismo ya debe de estar enterándose toda la legión. Aureliano se reunirá con nosotros en el centro de la ciudad una vez hayamos exterminado la última vida impía que queda en este planeta. Y esta vez, cuando la legión se arrodille en el polvo de una ciudad muerta, será porque esa ciudad ha muerto bajo el fuego de una justicia verdadera.

En ese momento, el comunicador lo interrumpió.

—¿Capitán? ¿Capitán?

—Aquí Argel Tal. Habla, Torgal.

—Capitán, le pido disculpas por otra sorpresa desagradable, pero no se va a creer lo que estoy viendo.

Argel Tal soltó una maldición entre dientes, pero las palabras colchisianas no llegaron a resonar por el comunicador. Ya estaba empezando a cansarse de oír esa expresión en ese planeta.

Los cinco guerreros mataban en silencio, y los astiles de sus armas giraban con la velocidad y la fuerza de los rotores de una turbina. Las cuchillas de los extremos cortaban extremidades y torsos con la misma facilidad que un cuchillo atravesaría la niebla. La legión había conseguido penetrar por fin hasta lo más profundo de la ciudad, y las fuerzas imperiales se enfrentaban a una resistencia humana. El ejército de artificiales parecía haber quedado derrotado por fin hasta quedar reducido a unas cuantas bolsas de resistencia dispersas. Le había llegado el momento a la milicia y a los ciudadanos de morir luchando. Se echaron a las calles empuñando armas que demostraron ser inútiles, ya que prefirieron sacrificar en vano sus vidas antes que rendirse sin más.

Los disparos de las armas de pequeño calibre repiqueteaban contra las armaduras de oro forjado de los guerreros mientras éstos se abrían paso luchando por la calle

abarrotada. Las escuadras de la milicia que se enfrentaban a ellos iban armadas con rifles que disparaban proyectiles sólidos que no se diferenciaban mucho de la munición de los bólters de menor calibre. Aquello demostraba más allá de toda duda que esa cultura estaba relacionada de un modo ancestral con la humanidad previa al Imperio, pero eso no impedía que fueran condenados por su comportamiento herético y perverso.

A pesar de lo inútil de su armamento, se mantenían firmes en sus posiciones a cubierto o en sus formaciones de disparo hasta que sus oponentes se les echaban encima y acababan con ellos. Su planeta estaba muerto, y la última ciudad que albergaba se encontraba envuelta en llamas. No tenían adónde huir, así que la mayoría ni siquiera lo intentaba. Morían con los uniformes puestos, que eran del mismo color gris que la arquitectura de la ciudad. Las placas faciales de cristal transparente quedaban destrozadas por las hojas de las lanzas de los guerreros imperiales cuando éstos se abalanzaron contra otra falange de milicia humana.

Era obvio quién era el jefe custodio, ya que encabezaba el ataque y su yelmo cónico estaba rematado por una larga cresta de crin de caballo teñida de rojo. Empuñaba una enorme espada a dos manos que movía a una velocidad cegadora. El arma no dejaba de subir y de bajar, de clavarse y de dar tajos. Sus enemigos retrocedían tambaleándose ante sus ataques. Algunos de ellos llegaban a gritar, y todos caían en pedazos a su paso. Mataba y mataba y mataba, sin fallar jamás un golpe mortífero, sin disminuir jamás su ritmo de avance. La calle estaba teñida de rojo a sus pies, formando el comienzo de un riachuelo repugnante alimentado por la sangre derramada.

—Aquillon —dijo Argel Tal desde la posición ventajosa que ocupaba por encima de aquella matanza. Asintió con la cabeza al pronunciar el nombre. Un sincero asombro le hizo hablar en voz baja—: Jamás había visto luchar a un custodio.

Había varios portadores de la palabra en cuclillas sobre el borde de un tejado que daba a esa calle. Eran Argel Tal, Torgal y la escuadra de asalto del sargento. Los guerreros dorados seguían avanzando con una gracia consumada, y la danza que llevaban a cabo sus armas eclipsaba cualquier logro que pudiera realizar un humano mortal.

—Nunca había visto algo semejante —admitió Torgal—. ¿Nos unimos a la lucha?

Les llegó un grito procedente de la carnicería: «¡Por el Emperador!». Era un grito de combate que ninguno de los guerreros de los Portadores de la Palabra había

pronunciado desde que partieron de Monarchia. A Argel Tal le resultó curioso lo extraño que le sonó.

—No. Todavía no —le contestó el capitán.

Torgal siguió contemplando la escena durante unos largos segundos sin dejar de acariciar con un dedo el botón de activación de la espada sierra.

—Hay algo extraño en el modo que combaten —comentó al cabo de unos momentos—. Es un defecto que todavía no logro captar.

Argel Tal observó a Aquillon. El filo del arma del custodio seguía cosechando vidas sin cesar, y él no vio defecto alguno y así lo expresó.

Torgal movió la cabeza en un gesto negativo sin dejar de estudiar atentamente la escena.

—No soy capaz de concretarlo… Les falta… algo. Luchan… raro.

La siguiente vez que Argel Tal miró hacia la batalla que se libraba en la calle lo captó de inmediato. El modo en que los custodios luchaban parecía casi idéntico al de los astartes. Hizo falta el ojo experto de alguien como él para darse cuenta de cuál era la sutil diferencia. El capitán no lo había visto porque al principio sólo se había fijado en un único guerrero.

—Sí. También lo veo —le respondió al sargento.

¿Se trataba de un defecto? Quizás lo era según el modelo seguido por los astartes, quienes vivían y libraban las guerras como una hermandad, algo que llevaban grabado en su código genético. Sin embargo, los custodios eran el producto de un proceso más selectivo y para el que era necesario más tiempo de realización. La manipulación biológica que daba lugar a los guardianes del Emperador creaba unos guerreros que no reconocían otra lealtad que la que le debían al Emperador.

—No son hermanos —declaró Argel Tal—. Observad cómo se mueven. Ved cómo cada uno de ellos libra su propia guerra, solo, sin ayuda de los demás. No son como nosotros. Son guerreros, no soldados.

La idea le provocó un escalofrío. Debió de causarle la misma reacción a Torgal, ya que dijo en voz alta lo que se le había ocurrido al capitán.

—Leones —dijo el sargento—. Son leones, no lobos. Cazan a solas en vez de en manada. Dorado, y no gris —añadió al mismo tiempo que se daba tinas palmadas en la placa pectoral de la armadura.

—Bien visto, hermano.

Argel Tal siguió observando con atención la escena. Al ser consciente de la

desunión, fue lo único que era capaz de ver a partir de aquel momento. Eso era una debilidad, una tremenda debilidad, oculta tan sólo por la valía heroica de cada uno de los guerreros y la ineptitud de los enemigos a los que se enfrentaban.

Un estremecimiento provocado por la inquietud le recorrió todo el cuerpo mientras observaba el combate. Le vinieron a la cabeza aquellas antiguas palabras del Emperador, el primer credo de las Legiones Astartes: «Y no conocerán el miedo».

Argel Tal era uno de aquellos que se tomaba al pie de la letra ese credo. Estaba convencido de que le habían borrado a nivel genético la capacidad de sentir miedo. Sin embargo, a pesar de ello, ver cómo luchaban aquellos guerreros sin hermanos le provocó una sensación helada que llegó hasta lo más profundo de su alma. Carecían de tanto, a pesar de la perfección individual que mostraban…

—Al no pertenecer a una hermandad, también pierden la fuerza que eso proporciona. La táctica de una manada. La confianza que pones en aquellos que luchan a tu lado. Sospecho que los secretos entretejidos en los genes de su cuerpo y de su sangre los obligan seguir una lealtad de mayor rango. Quizás su único hermano es el propio Emperador.

Torgal demostró que seguía tan perceptivo como siempre.

—Ya no os parecen objeto de admiración —comentó—. Os lo noto en la voz.

Argel Tal sonrió, y prefirió dejar que su silencio contestara por él.

Los custodios siguieron combatiendo bajo ellos.

—A mí me parece que eso puede representar un pequeño problema para ellos —apuntó uno de los guerreros de la escuadra de asalto

Los demás vieron cómo uno de los artefactos de cristal salía a la avenida procedente de una calle lateral y comenzaba a cruzarla en dirección a los guerreros de armadura dorada. Argel Tal se puso en pie.

—Vamos, hermanos. Veamos cómo luchan los lobos junto a los leones.

—A la orden —respondieron todos al unísono en un coro perfecto, y los retrorreactores de diez mochilas impulsoras rugieron a la vez.

El saludo de Aquillon fue cauteloso. Hizo el signo del aquila sobre la placa pectoral de la armadura, donde el águila de dos cabezas símbolo del Emperador ya aparecía en una recargada ornamentación.

—Saludos, capitán.

Argel Tal le respondió golpeando su propia placa pectoral a la altura del corazón,

el símbolo de la lealtad al Imperio durante las guerras de Unificación de Terra.

—Custodio. Ha sido un placer ayudarlos —le contestó Argel Tal al mismo tiempo que señalaba con una de sus espadas al artificial destruido. Yacía roto en mitad de la avenida, cubierto de tajos y de agujeros, y rodeado de cadáveres de la milicia.

—Me resulta curioso que me responda con un saludo que cayó en desuso antes incluso de que comenzara la Gran Cruzada.

Los portadores de la palabra se colocaron alrededor de Argel Tal, y los custodios de Aquillon hicieron lo mismo respecto a su jefe. No se trató de una demostración de fuerza, pero a ninguno de los guerreros presentes se le escapó el ambiente de tensión que existía entre ambos grupos. Argel Tal no respondió a la provocación.

—Nos dio la impresión de que necesitaban nuestra ayuda. Me alegro de haber estado cerca para echarles una mano.

Aquillon soltó una breve risa y se alejó sin decir nada más. Los custodios se agruparon desordenadamente a su espalda y lo siguieron. Era evidente que su jefe tampoco quería responder a ninguna clase de provocación.

—Señor, ¿deberíamos ir con ellos? —le preguntó Torgal.

Argel Tal no pudo evitar sonreír.

—Sí. Por poco que quede por hacer, lucharemos a su lado.

Los estertores agónicos de la ciudad de cristal ya habían acabado cuando llegó el amanecer.

El lugar elegido para que la legión se reuniera tuvo que ser vasto por pura necesidad, pero se encontraba cerca del núcleo de la ciudad. Las torres de cristal, donde los exterminadores habían eliminado todo rastro de vida, se alzaban intactas alrededor de un parque inmenso. La superficie de tierra firme no tardó en convertirse en un barrizal bajo las cadenas de los tanques y las pisadas de cien mil astartes. El parque se extendía varios kilómetros en todas las direcciones. En otros tiempos, mejores tiempos, había sido utilizado como un lugar de paz y celebraciones para los habitantes de la ciudad. Los astartes lo iban a utilizar para celebrar la aniquilación de esa misma gente, y al capitán le resultó un tanto divertida aquella monstruosa ironía.

La 7.ª Compañía se adentró en el parque. No fue la primera, pero desde luego no fue de las últimas, y se colocó en el lugar que le habían asignado. Xi-Nu 73 y sus cuatro guerreros robóticos sabían muy bien cuál era el lugar que les correspondía, y no intentaron colocarse entre las filas de los Portadores de la Palabra. El capitán y los

jefes de escuadra de la compañía se despidieron del tecnosacerdote en los límites de la formación de astartes, y la última imagen que Argel Tal tuvo de Xi-Nu 73 fue al lado de *Púrpura*, el Conquistador primus. El robot estaba un poco encorvado cerca de su señor, pero seguía sobresaliendo muy por encima del humano modificado. Sus lentes ópticas artificiales giraban a derecha y a izquierda con la paciencia de una cámara. Xi-Nu 73 le palmeó con gesto ausente una placa de blindaje, igual que si fuera una mascota a la que estuviera acariciándole el lomo.

Aunque algo apartados de la hueste de astartes, no estaban solos. La Cohorte Carthage estaba formada por docenas de manípulos, y los cuatro guerreros de Xi-Nu 73 no eran más que otro de ellos. Por lo que parecía, muchas de las escuadras que habían participado en el ataque habían tenido que solicitar la ayuda de las fuerzas de la Legio Cibernética aliadas de la XVII Legión, ya que se veían más de un centenar de robots, todos con un porte orgulloso y los colores negro y escarlata de su unidad.

Unas cuantas unidades también mostraban pergaminos de juramento y papiros pegados a las placas de blindaje, lo que los señalaba como robots especialmente eficaces en batalla. Esas unidades, de distintos tipos y clases, estaban incluidas en los archivos del *Fidelitas Lex* como miembros honorarios de la Legión de los Portadores de la Palabra.

Púrpura era uno de ellos. El robot mostraba el símbolo del sol serrado, que habían grabado en oro en su frente.

Aquillon y los custodios se apartaron cuando Argel Tal y sus hermanos comenzaron a formar filas.

—Cuídese, capitán —le deseó el jefe custodio, y lo saludó de nuevo.

Argel Tal respondió al saludo con un gesto de asentimiento.

—Y vos, Occuli Imperator.

Los custodios se abrieron camino entre los guerreros de la legión que se reunían allí y se mantuvieron apartados formando un pequeño grupo. Cientos de cascos grises siguieron sus movimientos. Los observaron, los juzgaron, los odiaron.

Argel Tal y Xaphen se dirigieron a las primeras filas junto al señor de capítulo Deumos y los demás comandantes del Sol Serrado. Los saludos le parecieron curiosamente apagados si se tenía en cuenta la victoria que habían conseguido. Argel Tal tardó unos segundos en darse cuenta del motivo.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ellos? —le preguntó Deumos en un tono de voz que casi parecía un interrogatorio.

Argel Tal consultó el cronómetro que aparecía en el borde del panel de visión del casco.

—Ocho horas y cuarenta y un minutos.

Demos no llevaba puesto el casco, y su rostro un poco arrugado por la edad mostraba una expresión expectante.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? ¿He cometido un error? —quiso saber Argel Tal.

—Por supuesto que no. ¿No tienes nada de lo que informar?

—Así es, señor. —Argel Tal se volvió hacia adelante—. Pero puede esperar.

—Míralos bien, hermano. —Deumos fue extremadamente cuidadoso con el gesto, pero el significado quedó muy claro a pesar de ello—. Fíjate en cómo se mantienen apartados de nosotros, pero cómo se quedan esperando para escuchar las palabras del primarca.

Los custodios formaban dos filas de diez guerreros, todos erguidos como lanzas. Las crestas de crin de caballo ondeaban bajo el viento. Sostenían las alabardas en posición de firmes, lo mismo que hubieran hecho en presencia del Emperador. Los custodios eran el resultado de un proceso individualizado, mientras que los astartes, en cierto modo, eran producidos en cadena. Era fácil imaginarse a aquellos guerreros de armadura dorada como los mejores de toda la humanidad, tan sólo por debajo de los primarcas en lo que se refería a grandeza. El instinto natural de los inexpertos y carentes de entrenamiento era suponer algo así. Para aquellos que habían captado sus defectos, el asunto no estaba tan claro.

Argel Tal todavía no sabía muy bien qué sentir respecto a ellos. Eran asombrosos en combate, pero tenían una terrible debilidad. Aquillon había recibido órdenes de vigilar a la legión y de informar sobre sus actos al propio Emperador, pero también había demostrado ser un buen camarada, a pesar de los prejuicios del capitán, a lo largo de las horas que habían combatido juntos, y también que era un guerrero concentrado en su misión.

Los Portadores de la Palabra se mantuvieron bajo el estandarte de la 7.ª Compañía y del símbolo del sol serrado mientras esperaban a que sus hermanos se colocaran en sus respectivas posiciones.

—Carthage se mantiene apartada de nosotros, y también oirán las palabras del primarca.

—Eso es completamente distinto —gruñó Deumos—. El pacto con la Primacía

Carthage se firmó y se juró hace más de un siglo. Casi una docena de sus máquinas de guerra están incluidas en la lista de legionarios de honor de los Portadores de la Palabra. Fíjate bien en lo que te digo: es posible que Aureliano les ordene marcharse, pero al menos se han ganado el derecho a quedarse a nuestro lado.

—Es posible que, con el tiempo, Aquillon se gane ese mismo derecho.

Deumos se echó a reír, y aquel sonido repentino hizo que las cabezas más cercanas se volvieran hacia él.

—¿De verdad te crees eso, capitán?

Argel Tal apartó la mirada de los custodios.

—No, señor. Ni por un momento.

Incluso después del destello cegador provocado por la teletransportación, todo el mundo se dio cuenta de lo mismo. Lorgar había bajado al planeta no con la armadura propia del primarca de los Portadores, sino con la túnica de un archisacerdote de su planeta natal.

Kor Phaeron y Erebus se encontraban al lado de su primarca, tal y como esperaban todos y como dictaba la tradición. Ellos también llevaban puestas las vestiduras del sacerdocio de Colchis. Sus cuerpos modificados genéticamente estaban envueltos en las capas de tejido del color de la tierra cenicienta.

Los pergaminos de juramento unidos a las armaduras de los capitanes se agitaron y ondearon bajo el viento provocado por el desplazamiento de aire. Una fila tras otra, desde la primera hasta la última, cien mil guerreros se postraron sobre una rodilla. Cada una de las filas provocó un impacto sordo cuando miles de piezas de ceramita chocaron contra el suelo al mismo tiempo. Tan sólo los estandartes permanecieron bien en alto por encima de un océano de color gris granito.

Lorgar llevaba al hombro el crozius, en la misma posición que todos los capellanes de la legión que estaban delante de él. A pesar de su aspecto salvaje, el arma ritual no desentonaba con la apariencia más pacífica del primarca.

No podía hablar por el comunicador al no llevar puesta la armadura. Para suplir esa carencia, los siervos de la legión desplegaron servocráneos. Aquellos aparatos eran los cráneos de los sirvientes de la legión muertos que se habían despellejado, blanqueado y modificado con múltiples implantes. Se había elegido las cabezas de esos individuos para que siguieran sirviendo a los Portadores de la Palabra incluso después de muertos. Los cráneos flotaban en el aire impulsados por suspensores

antigravitatorios. En sus cuencas oculares albergaban pictograbadoras de imágenes, y sus mandíbulas sonrientes habían sido sustituidas por altavoces.

Uno de ellos pasó flotando por delante de Argel Tal en su recorrido hacia el punto que le habían asignado, y el capitán tuvo una idea inquietante cuando el cráneo cruzó ante su mirada. Quizás aquél sería el destino de Cyrene algún día si lograba que le concedieran su deseo de servir a la legión a lo largo de los años venideros… Argel Tal se volvió para mirar al servocráneo, y sintió curiosidad ante la repentina inquietud que lo había invadido. La mayoría de los siervos ansiaba la posibilidad de que algún día le concedieran esa clase de inmortalidad, aunque fuera de ese modo parcial. Pero Cyrene…

—¿Qué estás haciendo? ¡Concéntrate! —le dijo Xaphen con un siseo.

Argel Tal se puso de nuevo en posición de firmes y miró hacia el primarca. Lorgar había escogido su punto de llegada con mucho cuidado: se encontraba de pie sobre una elevación natural del terreno, delante de las filas ordenadas de guerreros que le habían jurado fidelidad.

Se quitó la capucha antes de empezar a hablar. Lo hizo con una paciencia sublime que finalmente dejó a la vista su rostro fuerte y hermoso. Tenía los mismos rasgos que su padre pero teñidos de dorado, con los ojos pintados con kohl, como siempre. Era la mismísima imagen de un predicador hierofante del Antiguo Gypto, el alto sacerdote de uno de los faraones que se disponía a dirigirse a sus fieles.

—Mis leales hijos. En el pasado os habéis arrodillado en todos y cada uno de los ritos de remembranza, como ahora mismo. Pero eso se acabó. Portadores de la palabra… poneos en pie.

Sin importarles la disciplina, los astartes comenzaron a mirarse los unos a los otros, sorprendidos por lo que les había dicho su primarca. Aquello no tenía precedente alguno, y no había hecho más que empezar. La sorpresa y la confusión ya habían provocado que la mayoría de los astartes desobedecieran la orden de su señor.

—En pie —insistió Lorgar con un leve tono de diversión en la voz—. Poneos todos en pie. No es el momento de homenajes ni de reverencias.

Xaphen se puso en pie de inmediato. Todos los capellanes lo hicieron. Argel Tal se inclinó un poco y miró a su amigo.

—¿Qué está pasando? —le preguntó.

Lorgar no dirigió sus siguientes palabras a sus hijos. Utilizó la mano libre, cuya piel dorada resplandeció bajo el amanecer, y señaló con un gesto a la pequeña falange

de guerreros que se concentraba en uno de los lados del enorme cónclave de astartes.

—¿Y qué es lo que tenernos aquí? —preguntó. Los servocráneos proyectaron sus palabras a los miles de guerreros allí reunidos, y preservaron la suavidad de su voz a través de la estática—. Los vigilantes que nos han asignado. Os doy las gracias en nombre de la XVII Legión por ayudarnos a someter este planeta lleno de herejes.

Los veintes custodios le hicieron una reverencia, aunque no al unísono.

Argel Tal se encontraba demasiado lejos como para oír la respuesta de Aquillon, pero el jefe de los custodios hizo una reverencia más acusada que la de sus camaradas y señaló a su vez a los astartes de la legión allí reunida.

La respuesta de Lorgar tuvo la misma sutileza diplomática que su demostración de gratitud.

—Tienes razón, custodio Aquillon. Vuestra adscripción a la XVII Legión comenzó de un modo infausto. Sin embargo, debo pediros un favor. Lo que quiero hablar con mis hijos no debe oírlo nadie más.

Argel Tal fue incapaz de nuevo de oír la respuesta de Aquillon. Lorgar le contestó al custodio con una sonrisa e hizo la señal del aquila. Cuando el primarca formó el símbolo sobre su túnica gris, las manos doradas crearon un aquila semejante a la que cubría las placas pectorales de las armaduras de los propios guardianes del Emperador. Argel Tal tuvo la certeza de que todos los presentes fueron capaces de captar la naturaleza simbólica del gesto.

—Mis hijos han sufrido una terrible vergüenza y han soportado la destrucción de sus creencias. Los traje hasta este mundo no sólo para reforjarlos en combate, sino para hablarles del futuro. Y eso lo haré con mis hijos, y sólo con mis hijos. Mirad al sur, donde incluso nuestros aliados del Mechanicum se retiran como muestra de respeto.

Argel Tal miró hacia atrás por encima de la hombrera y vio que las palabras del primarca eran ciertas: los manípulos del Mechanicum se marchaban. Tan sólo los pocos robots que habían recibido el rango honorífico de pertenencia a la legión se quedaron. Púrpura se encontraba entre ellos, inmóvil, y el estandarte de los Portadores de la Palabra le colgaba de los hombros como un manto de la realeza.

Lorgar sonrió con la misma expresión que su padre e interrumpió la respuesta de Aquillon.

—Todas y cada una de las legiones posee sus propios ritos y ceremonias, Aquillon. El Rito de la Remembranza es uno de los nuestros. ¿Impondrías tu

presencia entre los Lobos de Russ mientras aúllan entre los montículos de piedra bajo los que entierran a sus muertos? ¿Te entrometerías en las meditaciones de los Hijos de Próspero mientras especulan sobre la perfección del potencial humano?

Aquillon dio unos pasos hacia adelante. Uno de los servocráneos flotantes captó su respuesta y la retransmitió a toda la legión allí reunida.

—Si el Emperador, amado por todos, me ordenó que observara a aquellas legiones que…

Lorgar unió las manos, y su sonrisa llena de bondad fue tan sincera que rozó la burla.

—Yo estaba delante cuando mi hermano Guilliman te dio esa orden, Aquillon. Debes asegurarte de que los Portadores de la Palabra se entregan por completo a cumplir los objetivos de la Gran Cruzada, y agradecemos, tanto yo como mis guerreros, vuestra presencia entre nosotros. Sin embargo, ahora mismo ya estás incumpliendo las normas básicas de educación. Nos estás mostrando una gran falta de respeto, además de profanar nuestras tradiciones.

—No pretendo ofender a nadie, pero mi deber está claro —insistió Aquillon.

Lorgar asintió y fingió mostrar comprensión por su problema. Fue una falsedad tan evidente que Argel Tal no supo si echarse a reír o sentirse avergonzado por ello.

—De acuerdo, pero no dejemos que te excedas en el cumplimiento de tus órdenes —le contestó el primarca—. No tenéis permiso para vigilarme como si fuerais un puñado de guardias de prisión. Soy uno de los hijos del Emperador, formado gracias a su maestría y con la misión de cumplir su voluntad. Vosotros no sois más que un puñado de juguetes genéticos creados en un laboratorio a partir de viales de restos biológicos. Os encontráis tan por debajo de mí que ni siquiera mearía sobre vuestros cuerpos aunque estuvieseis ardiendo. Así pues, permitidme que os lo deje bien claro para evitar cualquier posible futuro malentendido.

Aquillon dio otro paso adelante, pero Lorgar lo detuvo en seco al pronunciar un solo nombre.

—Kor Phaeron.

En cuanto dijo el nombre, la voz del primer capitán resonó ronca por el comunicador.

—A todos los portadores de la palabra: apuntad contra los custodios.

A diferencia de lo ocurrido con la orden de ponerse en pie, ésta la obedecieron sin dudar. Las filas de portadores de la palabra alzaron los bólters o activaron con un

rugido las espadas sierra.

—Adiós —se despidió Lorgar, todavía con la sonrisa de su padre—. Nos veremos dentro de poco en órbita.

Dos servidores llevaron entre ambos una pesada y voluminosa baliza de teletransportación del tamaño y la forma de un barril de combustible reforzado. Los esclavos biónicos aparecieron entre las filas delanteras de los astartes y dejaron caer sin ceremonia alguna aquella maravilla tecnológica de hierro y bronce. Aquillon se mantuvo inmóvil, sin dejar de mirar a Lorgar, mientras la baliza se balanceaba hasta caer al suelo con un chasquido metálico.

—Podéis utilizarla para regresar al *Fidelitas Lex* —les dijo el primarca—. Marchad en paz.

—Muy bien —respondió Aquillon, y dudó un momento antes de agacharse para poner en pie la baliza—. Como ordenéis.

—¿Y se marchó así, sin más? —le preguntó Cyrene, quien arrugó la nariz en un gesto de confusión o de disgusto. Argel Tal no tuvo claro a cuál de las dos emociones correspondía.

—No tenía elección —le contestó el capitán.

—¿Qué ocurrió después?

—Después… el primarca se quedó mirando a la legión. Nos contempló durante lo que nos pareció una eternidad. Y por fin, justo antes de hablar, nos sonrió.

—¿De qué os habló?

—De dos cosas —le respondió Argel Tal. El capitán apartó la mirada de la joven —. En primer lugar, de una antigua creencia llamada el Peregrinaje, durante el cual se busca un lugar donde se reúnen los dioses y los mortales. Después nos habló de Colchis.

—¿De vuestro planeta natal? —inquirió Cyrene con la voz llena de emoción. «Colchis, la cuna de los ángeles».

—Sí. —Argel Tal vio la expresión de reverencia que apareció en el rostro de la joven—. Volvemos a casa.



NUEVE
EL REY CARMESÍ
LA CIUDAD DE LAS FLORES GRISES
DAMA BENDITA

«Colchis es un planeta sediento».

Según quien la pronunciara, aquella frase se decía con una sonrisa o con una maldición. En cualquiera de los dos casos era cierto. Los continentes reventaban de sed, y el propio mundo estaba marcado por los recuerdos.

Tenía tres veces el tamaño de Terra, con apenas una fracción de su número de habitantes. Tardaba casi cinco años en orbitar alrededor de un sol inclemente. Además, rotaba sobre sí mismo con una gran paciencia: un día duraba una semana de Terra, y una semana, un mes.

Su superficie vista desde la órbita era un mosaico de cadenas montañosas y de extensiones desérticas de color caoba cruzado por algunos ríos serpenteantes. Fue en unas tierras resecas como aquéllas en las que los antepasados de la humanidad, los primeros hombres y mujeres de un planeta que ya no se llamaba Tierra, se alzaron en los territorios conocidos como la cuna de la civilización.

Colchis también era un lugar aborigen por derecho propio. La humanidad había nacido en unas tierras semejantes a las que cubrían su superficie, lo que convertía a Colchis en la Tierra que podría haber sido más que en la Terra que era realmente.

A lo largo de las generaciones, la civilización se había extendido lentamente a través de los continentes áridos, y la mayoría de las ciudades se alzaron a lo largo de las costas. Cada una de las ciudades-estado se mantenía en contacto con las demás a

través de las vías aéreas y las rutas oceánicas, ya que era un planeta en el que construir carreteras que cruzaran las llanuras desérticas habría sido una locura.

A diferencia de buena parte de los mundos que componían el Imperio, Colchis no estaba defendido por enormes plataformas orbitales armadas. Lo que más curioso era que había pocas de las normalmente ajetreadas estaciones espaciales que se encargaban de reabastecer y repostar a las flotas expedicionarias que se dedicaban a realizar las misiones de la Gran Cruzada por toda la galaxia.

Colchis todavía mostraba las cicatrices de una grandeza olvidada mucho tiempo atrás, de una era de maravillas que acabó en fuego. En ese sentido, era un eco de aquello en lo que Khur se había convertido hacía poco. La superficie del planeta tenía manchas oscuras que eran en realidad los restos de ciudades muertas que habían caído en épocas de las que no había quedado registro alguno y que jamás habían sido habitadas de nuevo. Otras ciudades crecieron en otros lugares con la génesis de una cultura mucho más sencilla y tranquila. Las ruinas más antiguas sugerían la posibilidad de que un imperio dominado por las máquinas hubiera gobernado el planeta, aunque apenas existían restos que indicaran a qué se había debido su destrucción. El legado de aquel imperio perdido era evidente incluso en la órbita, donde los pecios espaciales a la deriva que todavía estaban sometidos a unas órbitas de las que tardarían miles de años en caer marcaban las tumbas de unos astilleros interestelares.

Pocas flotas imperiales se aventuraban a acercarse a Colchis, y no se debía tan sólo a su escasa capacidad de reabastecimiento. Corrían muchos rumores en los que se mencionaban rutas de navegación poco fiables, y la desaparición de la 2188.ª Flota Expedicionaria en una región cercana daba pábulo a aquellas habladurías. Colchis parecía un mundo completamente concentrado en sí mismo, incluso hacia su propio pasado, ya que sus habitantes se negaban a limpiar las órbitas del planeta de los restos de la Era Siniestra de la Tecnología y se resistían a cumplir todos los edictos imperiales que ordenaban establecer nuevas bases orbitales. La única concesión que habían efectuado sus habitantes era permitir que el Mechanicum de Marte tuviera acceso a aquellos pecios inservibles, y habían dejado que los tecnosacerdotes se llevaran todo lo que quisieran.

Y eso era lo que habían hecho con gran entusiasmo y obteniendo unos enormes beneficios con ello.

La región no estaba maldita. Ningún comandante imperial se habría atrevido a

comentar en voz alta semejante superstición ridícula, ya que ese tipo de ideas se consideraban una reliquia de una época más primitiva. A pesar de ello, había poco tráfico de naves en Colchis, y su resistencia a proporcionar suministros a la Gran Cruzada seguía sin verse sometida por autoridad alguna.

Se decía que semejante actitud desafiante sólo podía proceder de Lorgar, el decimoséptimo hijo del Emperador, ya que ninguna otra autoridad podría permitir que un planeta se mantuviera tan curiosamente atrasado. En la capital, Vharadesh, habían fijado una placa dorada en las inmensas puertas que llevaban al templo de la Torre de la Alianza. La inscripción de la placa reproducía las palabras que el primarca le había dicho a su padre, unas palabras que él nunca había admitido haber pronunciado, aunque tampoco las había negado.

«Sácame de mi hogar y recorreré las estrellas de tu imperio. Te serviré como un hijo debe servir a su padre, pero deja que Colchis se mantenga tal y como yo lo he formado: un planeta de paz y de prosperidad».

También decían los pocos que habían presenciado aquellos momentos tan escasos que el primarca sonreía cada vez que pasaba delante de la placa, y que siempre repasaba con sus dedos dorados aquellas palabras grabadas.

Colchis poseía toda la tecnología que se encontraba a disposición de cualquier planeta imperial. Disfrutaba de todos los beneficios de la cultura y del estilo de vida del Imperio a pesar de la reticencia de su señor a proporcionar suministros a la guerra del Emperador. Los augures de las torres de control aéreo de Vharadesh supervisaban toda la actividad en la órbita del planeta, y todas las consolas de rastreo se activaron al unísono ante la repentina aparición de un gran número de señales.

Habían pasado muchos años desde la última vez que el Urizen había regresado a su hogar.

Pero esta vez, alguien lo esperaba.

La nave tenía un nombre orgulloso. La habían bautizado así en honor a una ciudad legendaria que aparecía en la complicada y oscura mitología de Prospero. El *Sekhemra* era la única nave en servicio activo que flotaba sobre el cielo de Colchis. Se encontraba en una órbita geocéntrica, con las armas descargadas y sin energía y los escudos desconectados. El humilde crucero de ataque parecía satisfecho simplemente con esperar en silencio mientras su casco rojizo quedaba bañado por la ardiente luz que emitía el sol de aquel sistema planetario.

La realidad se abrió, dejó paso a un desgarro desigual y la flota de los Portadores de la Palabra cruzó el vacío, con los poderosos motores dejan do una estela brillante a su paso mientras impulsaban las naves hacia su planeta natal.

El señor de la legión, que se encontraba en el strategium del *Fidelitas Lex*, contempló en el occulus la imagen de la nave roja. Sonrió, y luego cerró los ojos cuando la emoción que sentía amenazó con apoderarse de él.

—Llega un mensaje, mi señor —le notificó un oficial del puente de mando.

—Abrid el canal de comunicación —contestó el primarca.

La sonrisa no desapareció de los labios de Lorgar cuando abrió los ojos. El occulus proyectó una imagen granulosa procedente del puente de mando de la otra nave.

Lo que la imagen reveló fue un gigante que llevaba puesta una sencilla cota de malla manchada de negro nada ostentosa y que estaba rodeado por la tripulación de su propio puente de mando. Su piel tenía un tono cobrizo y oscuro, como si hubiera pasado muchos días bajo un sol alienígena, y su yelmo estaba rematado por una cresta de pelo rojo. Uno de sus ojos estaba completamente cerrado, cubierto por una capa de piel, como si fuera la cicatriz de una vieja herida. El otro brillaba con un color que no se podía precisar debido a la distorsión de la imagen.

—Eres un poco melodramático, hermano —le dijo el gigante con un tono de diversión en su voz de barítono—. Tantas naves, cuando yo sólo he venido con una.

—Has venido —le respondió Lorgar sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que he venido, pero me debes unas cuantas respuestas por hacerme recorrer la mitad del Imperio para llegar hasta aquí.

—Te daré todas las respuestas que quieras, te lo prometo. Me levanta mucho el ánimo verte.

—Y a mí verte a ti. Ha pasado demasiado tiempo. Pero hermano… —El gigante titubeó—. Hay rumores sobre algo que ha ocurrido en Monarchia. ¿Son ciertos?

La sonrisa desapareció.

—Ahora no. Aquí no —le contestó Lorgar.

—Muy bien —aceptó Magnus el Rojo—. Me reuniré contigo en la Ciudad de las Flores Grises.

La vida siempre tiene que abrirse paso luchando en el desierto.

En Colchis, al igual que ocurría en muchos de los planetas más áridos del Imperio,

la flora y la fauna indígenas sobrevivían al clima lo mejor que podían. Para la población humana, era cuestión de habitar en las ciudades costeras, de utilizar inmensas instalaciones para el filtrado del agua, el cultivo por irrigación y de hacer frente a las inundaciones estacionales provocadas por los ríos que constituían las arterías de las llanuras resecas.

Vharadesh, la Ciudad Santa, era el nexo de todos aquellos esfuerzos laboriosos. Desde las murallas de la ciudad se extendían grandes zonas de cultivo irrigado que representaban un triunfo del ingenio sobre la naturaleza. Colchis era un mundo sediento, pero la perfección de la humanidad se veía por todos lados.

Para las demás formas de vida del planeta, carecer de la capacidad de modificar su medio ambiente implicaba que la adaptación y la evolución iban de la mano. Muchas de las plantas de aquel entorno azotado por las sequías poseían hojas cubiertas por una fina capa de pelusa que les permitía captar y conservar una mayor proporción de la humedad que dejaban las escasas lluvias, además de servir como protección frente al contacto reseco del viento. Colchis exigía mucho a sus formas de vida nativas.

Todas aquellas especies de vegetales habían sido catalogadas por los eruditos imperiales a lo largo de los años para luego ser descartadas con rapidez. Todas excepto una planta que florecía en los desiertos aluviales. Se trataba de una flor a la que no se podía despreciar con facilidad cuando representaba tanto para los habitantes de Colchis.

El lirio lunar tenía hojas plateadas, blancas y grises, todas evolucionadas para reflejar el máximo de la fuerte luz solar, y de ese modo disminuía su capacidad de fotosíntesis para lograr una mayor supervivencia. Aquella flor hermosa y frágil era un regalo común entre enamorados, una decoración muy habitual en las bodas y en las fiestas, y aquellos que se ocupaban de su cuidado eran tan respetados por la población como los sacerdotes o los maestros.

En los balcones de toda la ciudad, sobre todo en las torres de aguja pertenecientes a la Alianza, colgaban grandes jardines de aquellas flores blancas y plateadas que contrastaban con el color oscuro de las paredes de piedra. Vharadesh era el nombre oficial del Imperio para la ciudad, pero en los sermones religiosos de la casta gobernante se la llamaba con pasión y fervor la Ciudad Santa.

Sin embargo, para los habitantes de Colchis, Vharadesh siempre sería la Ciudad de las Flores Grises.

Sus anchas calles estaban abarrotadas por un gentío que vitoreaba a la legión que

volvía a su hogar cuando el primer Stormbird, un buitre dorado, rugió mientras se disponía a aterrizar en el templo de la Torre. La gente se apiñaba para ver el regreso del mesías y los peregrinos que lo acompañaban.

Argel Tal procuró tratar el asunto con cuidado. No estaba muy seguro de cómo reaccionaría la joven.

—Tendrás que ser precavida en la superficie —le advirtió.

Habían tardado cuatro meses en llegar a Colchis desde que partieron de las ruinas de Cuarenta y Siete Dieciséis. Habían sido cuatro meses de vuelo a través de una disformidad en condiciones estables, cuatro meses de entrenamientos y de plegarias, cuatro meses escuchando los debates de Xaphen sobre la Vieja Fe y las verdades ocultas que quizás escondiera la leyenda del Peregrinaje. Argel Tal ya no sabía en lo que creía, y la presencia desconocida y perturbadora de la duda le helaba el corazón. Había pasado buena parte de esos meses en compañía de Cyrene, aparte de entrenarse con la 7.ª Compañía para estar preparados para el combate en cualquier momento. También se había dedicado a librar duelos con Aquillon en las jaulas de práctica. El custodio era un oponente formidable, y ambos guerreros disfrutaban del desafío que ofrecía su contrario. No se trataba de que estuvieran forjando una amistad, pero la admiración a regañadientes que sentían el uno por el otro era un buen motivo para enfrentarse en la zona de prácticas.

Si los cuatro meses del viaje hasta Colchis se sumaban al resto del tiempo, Argel Tal y el capítulo del Sol Serrado llevaban ausentes de su propia flota expedicionaria más de medio año. Al parecer, por lo poco que le llegaba de los mensajes que recibían, la 1301.ª Expedición enviaba constantemente comunicados suplicando el regreso del Sol Serrado, ya que se encontraban estancados en una feroz guerra de sometimiento en la que necesitaban la ayuda de los astartes si querían derrotar a sus enemigos. Esa flota era una de las más pequeñas ya de por sí, y por lo que se veía, había quedado detenida en aquel planeta al carecer del contingente que les proporcionaba la legión.

Uno de los mensajes se lo habían dirigido directamente a él en su cargo de subcomandante del capítulo. Se lo había enviado en persona Baloc Torvus, el señor de la flota. Era un veterano en lo que se refería a combates en el espacio, pero admitía su falta de preparación para planificar las batallas en tierra.

«Estamos lanzando a los soldados en oleadas contra sus fortalezas montañosas,

pero el enemigo tiene todas las ventajas gracias a sus posiciones elevadas, y nuestras divisiones blindadas resultan entorpecidas por las emboscadas que sufren a los pies de las colinas. Ojalá estuvieseis aquí, subcomandante. Las armas de la 7.ª acabarían con esta batalla en muy poco tiempo gracias a su ferocidad».

Argel Tal había conservado el archivo de memoria en la placa de datos como una forma de penitencia. De vez en cuando releía el mensaje en un impulso masoquista por la frustración que lo invadía.

«Pronto», pensó. Volverían a la Gran Cruzada en cuanto partieran de Colchis. El primarca tenía ciertos asuntos que resolver allí, y lo cierto era que también suponía una bendición poder volver a su planeta natal. Argel Tal no había estado allí desde hacía treinta años.

—He dicho que tendrás que ser precavida en la superficie —le insistió.

Cyrene había cambiado. Ya no era el espectro cadavérico que se había echado a llorar mientras abandonaba las ruinas cubiertas de ceniza de la ciudad perfecta.

—No lo entiendo —respondió la joven.

Tenía los ojos cerrados. Era un hábito que había adquirido de forma inconsciente a lo largo de los meses anteriores. En esos momentos se estaba peinando el cabello de un modo que a Argel Tal le parecía innecesariamente complicado. Movía las manos con lentitud, con cuidado, captando mediante el tacto lo que sus ojos no eran capaces de ver. El capitán disfrutaba mirándola. Era algo parecido a un placer culpable. Aunque no existía ninguna clase de atracción física entre ambos, a menudo se descubría fascinado por sus movimientos suaves y frágiles, como si siempre tuviera cuidado de no perturbar el mundo que la rodeaba. Parecía no querer dejar marca ni impronta alguna en nada de lo que tocara. No había miedo en su elegancia, ni tampoco titubeo. Simplemente respeto. Cuidado.

El capitán llevaba puesta toda la armadura menos el casco. Lo hacía para que la voz que Cyrene oyera fuese la suya, no la modificada por los sistemas del casco. La joven estaba aprendiendo poco a poco a diferenciar las voces del capitán y la de Xaphen, sobre todo gracias a sus acentos. Argel Tal hablaba con un tono áspero, casi maleducado, con su voz gutural, mientras que Xaphen, que había nacido en los Urales de Terra, tenía cierta tendencia a convertir las eses en zetas. El capellán hablaba de un modo parecido a un diplomático extranjero, y el capitán, como un pandillero o un chaval que viviera en la calle.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le preguntó a Cyrene.

La joven jugueteó con un mechón de cabello que colgaba sobre su mejilla.

—No entiendo por qué debo ser precavida en la superficie.

Era un asunto difícil. A Colchis llegaban de forma constante las noticias relativas a la flota de los Portadores de la Palabra, ya que los habitantes del mundo natal de la legión sentían un enorme interés, y un enorme orgullo, por las conquistas que realizaban los guerreros elegidos por el primarca de su planeta. Las madres y los padres escuchaban con atención con la esperanza de que algunas de las crónicas enviadas detallara las hazañas de un hijo que se llevaron cuando no era más que un niño y que había sido transformado en un astartes. Los clérigos de la Alianza las escuchaban en busca de inspiración con la que predicar la justicia de los actos del primarca.

Todo aquel entramado de comunicaciones lo mantenían activo una serie de astrópatas, que enviaban cortos impulsos psíquicos cargados de información a sus homólogos con base en el planeta natal. Las actualizaciones sobre los avances de la legión se transmitían varias veces a la semana desde torres de comunicación situadas por toda la Ciudad Santa, y esos momentos atraían a multitud de oyentes. La Alianza declaraba festivos y se celebraban grandes ceremonias los días en los que la flota de la legión conseguía someter finalmente a otro planeta.

Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, había oído los informes sobre lo que había ocurrido en Monarchia: la afrenta ignominiosa que había sufrido la legión, la humillación de todos los portadores de la palabra, la destrucción para siempre del Credo Imperial por parte del Emperador.

El regreso de la flota había provocado una desazón incómoda en razón de aquellos acontecimientos, y a pesar de la tremenda alegría que mostraba la población, era evidente que todo el asunto consistía en algo más que un simple regreso al hogar.

Además, había otra cuestión: los supervivientes de Monarchia. La legión había encontrado unos cuantos entre las ruinas de la ciudad. Cyrene era una de las siete personas que habían sacado de aquella devastación. La noticia de la existencia de aquellos siete refugiados santos se extendió por todo Colchis. Eran mártires vivientes, sacados de las cenizas de la vergüenza de la legión. La Alianza envió varios mensajes de ruego a la flota en los que le pedía al primarca que permitiera a los refugiados bajar a Colchis, o incluso que los dejara unirse a la propia orden sagrada.

Los nombres de las siete personas ya se pronunciaban con el mismo fervor que los nombres de unos santos, y se habían añadido a las plegarias diarias. A Argel Tal le

resultaba difícil explicar todo aquello, ya que se había enterado de la fama de los refugiados tan sólo una hora antes. El capítulo del Trono Óseo había aterrizado en el planeta poco después que el propio primarca, y los cuatro refugiados que los acompañaban se habían visto acosados por unas multitudes que los idolatraban. Anotaban todas y cada una de las palabras que decían, cantaban sus nombres por las calles, y todos los que se encontraban cerca se esforzaban por tocarlos con la esperanza de conseguir un poco de aquella suerte celestial.

De inmediato, las naves en órbita de los demás capítulos que habían rescatado a los otros refugiados recibieron mensajes desde la superficie del planeta en los que se les avisaba de que la Ciudad de las Flores Grises estaba tan ansiosa por recibir a los habitantes de Monarchia como al propio primarca en su regreso al hogar.

—Debes ser precavida porque es posible que haya gente en el planeta que quiera recibir tu bendición y que se te acerquen sin avisarte. Puede ser muy desorientador.

La túnica de sirviente que la joven llevaba puesta era muy sencilla, pero ella se la alisó con cuidado contra el cuerpo, cuya figura había recuperado.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué quieren vernos?

—Eres un símbolo —le aclaró Argel Tal—. Un símbolo viviente, una mártir en la vida más que en la muerte. Pagaste un precio por la ignorancia de Colchis, y al hacerlo te has ganado un tremendo respeto entre todos nosotros. Me han dicho que vosotros siete estáis unidos al destino de la legión. Una reflexión sobre el fracaso, una esperanza para el futuro. Tu vida es una lección que todos debemos aprender.

Ella volvió su rostro hacia Argel Tal, sin verlo.

—Eso es algo muy poético, capitán.

—Es el mejor modo que se me ocurre para describirlo.

—Entonces, ¿para ellos soy un símbolo?

Argel Tal se puso el casco. Su visión quedó teñida de azul, y una serie de líneas de información de adquisición de objetivos se sobreimpuso a ella. Su voz resonó como un gruñido mecánico:

—No sólo para ellos.

El descenso hasta la superficie de Colchis duró veinte minutos.

Argel Tal se encontraba en la cabina de mando de la Thunderhawk, detrás de Malnor, el piloto. Sobrevolaron a baja altura la tierra reseca y cuarteada en la aproximación final a la ciudad de murallas de ladrillo. El desierto pasó a toda

velocidad por debajo de ellos. La silueta del horizonte de la ciudad mostraba un perfil impresionante formado por edificios de color marrón oscuro y de torres de aguja, todos ellos construidos con ladrillos, y que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Al sur de la ciudad fluía el río Phranes, una gran curso de agua de color azul zafiro que centelleaba bajo la luz del sol. Las barcazas fluviales y los transportes pesados cruzaban sus aguas.

—Cañonera *Sol Naciente* de la legión, aquí el centro de control del distrito occidental. Responda, por favor.

Argel Tal torció el gesto tras la placa facial del casco. Aquello no auguraba nada bueno.

—Se esfuerzan por ser competentes —comentó Malnor, y alargó una mano para activar el comunicador de la consola de mando—. Aquí el *Sol Naciente* preparándose para aterrizar.

—*Sol Naciente*, por favor, confirme que lleva a la Dama Bendita a bordo.

—¿La qué? —Desactivó el comunicador y miró por encima del hombro—. ¿Capitán?

Argel Tal soltó una maldición en voz baja en colchisiano.

—Tiene que ser una broma —murmuró Malnor.

—Se me ha helado la sangre —le replicó Argel Tal—. No es una broma.

—Aquí el *Sol Naciente* —dijo Malnor, abriendo de nuevo la comunicación—. Por favor, repita.

—*Sol Naciente*, aquí el centro de control del distrito occidental. Por favor, confirme que lleva a la Dama Bendita a bordo.

—Pues no lo sé. Eso depende de qué esté hablando —le respondió el sargento con voz irritada.

El operador al otro lado del canal de comunicación se lo explicó, y luego le asignó las coordenadas de aterrizaje que debía seguir.

—Esto se está escapando a todo control —le dijo Malnor a Argel Tal.

El capitán asintió.

—Prepárate. Acabas de ofrecerte voluntario para formar parte del destacamento de escolta.

—A sus órdenes.

La Thunderhawk se estremeció tras posarse con suavidad en la plataforma de

aterrizaje.

—Oigo algo —dijo Cyrene, quien se encontraba en el compartimento de carga, entre Xaphen y Torgal.

—Son los motores, que se están apagando poco a poco —le explicó Torgal, que sabía muy bien que no se trataba de eso.

El sargento había visto a través de la ventana del compartimento de mando, mientras se acercaban, lo que les esperaba. Además, al igual que otros astartes, su capacidad auditiva aumentada era más que capaz de diferenciar entre el aullido de los motores al apagarse y los sonidos que llegaban del exterior del casco.

—No. Son voces. Oigo voces —le replicó la joven.

Argel Tal se encontraba delante de ellos, preparado para pulsar el activador del mecanismo de apertura de la rampa de desembarco para que comenzara a bajar. Malnor llegó procedente de la cabina de mando y bajó por las escalerillas de la tripulación con el repiqueteo pesado de las botas. Saludó a Argel Tal mientras se colocaba en posición detrás de la joven de Monarchia.

—Cyrene, es posible que te sientas desorientada. —La voz que salía del casco hacía que la frase casi sonara amenazadora—. No temas, porque estarás entre nosotros cuatro en todo momento. Malnor está detrás, Torgal a tu izquierda, Xaphen a la derecha. Yo encabezaré la marcha. El trayecto es muy corto hasta la torre monástica donde te alojarás.

—¿Qué es lo que ocurre? —Los cuatro guerreros oyeron con claridad cómo los latidos de su corazón se aceleraban como un tamborileo húmedo detrás de las costillas —. ¿Qué pasa?

—No tienes nada de qué preocuparte —le contestó Xaphen. Fueron las últimas palabras que dijo con la cabeza al descubierto, antes de ponerse el casco—. «Estaremos a tu lado».

—Pero…

—No te pasará nada —la interrumpió Argel Tal, y apretó el activador de la rampa.

La luz del sol inundó el compartimento de carga al mismo tiempo que el rugir de un millar de voces que los vitoreaban.

—Va a ser un día muy largo —afirmó Torgal.

Su predicción demostró ser cierta.

Cyrene se sintió aturdida por los acontecimientos que ocurrieron a lo largo del día,

de eso no cabía duda, pero los astartes estaban convencidos de que se había mantenido firme. Colchis era un mundo de ley y orden, y la Ciudad de las Flores Grises respetaba por encima de todo a sus sagrados líderes. En otros planetas más bárbaros, los refugiados de Monarchia probablemente habrían sido acosados por las multitudes enfervorizadas en unas celebraciones que habrían rozado el tumulto, pero allí se limitaban a vitorearlos desde ambos lados de la calle mientras les lanzaban pétalos de lirios lunares a los pies.

Nada más salir de la cañonera, Cyrene se llevó la mano a la boca y se tambaleó ante la muralla de sonido que se alzó frente ella para recibirla. Xaphen le posó con suavidad un guantelete en el hombro para tranquilizarla y darle confianza. La joven oyó a Argel Tal, que iba unos pocos pasos por delante, soltar una sarta de maldiciones en una lengua que no fue capaz de entender.

Entonces comenzaron a caminar.

Perdió el segundo de sus sentidos en aquella batahola de devoción ardiente. Ya se había acostumbrado a percibir el mundo a su alrededor mediante el sonido, y que todo desapareciera bajo el rugido de la muchedumbre era una pérdida atemorizadora. Alargó varias veces el brazo por delante de ella y rozó con la punta de los dedos el metal frío de la mochila de energía que Argel Tal llevaba a la espalda.

—¿Están cerca? —quiso saber. La multitud sonaba cercana, terriblemente cercana.

—No te tocarán. —Le pareció que era la voz de Torgal, pero no podía estar segura debido al efecto de los filtros del casco—. Nosotros estamos entre ellos y tú, pequeña dama.

Era Torgal sin duda. Sólo él la llamaba así.

—¿No tocarán vuestra armadura para que les dé suerte? —insistió Cyrene.

—No, va contra la tradición.

Tuvo la certeza de que quien le había contestado era Xaphen, pero el capellán no dijo nada más.

La gente siguió entonando cánticos. Unas veces decían su nombre, y otras el título que le habían dado.

—¿Cuántos son? —les preguntó la joven en voz baja.

—Miles —le contestó uno de los portadores de la palabra.

Era difícil saber con certeza de dónde procedían las voces en aquella tormenta de ruidos.

—Ya casi hemos llegado.

Ése sin duda era Argel Tal. Reconoció su acento a pesar del casco.

El capitán era incapaz de reprimir la inquietud que sentía. La notaba debajo de la lengua, como una sensación punzante y desagradable. Los puntos de mira del sistema de marcación de objetivos pasaban de un campesino a otro a medida que paseaba la mirada por la multitud. Había una fila tras otra de celebrantes que se alineaban a lo largo de la calle. No era precisamente un regreso reposado y tranquilo.

—Señor, ¿pergaminos de juramento? —le preguntó Malnor por el comunicador.

—Permiso concedido.

—Gracias, señor.

Malnor se apartó del grupo y se dirigió hacia la muchedumbre. Los ciudadanos que se encontraban más cerca se arrodillaron y apartaron la mirada al ver que se les aproximaba. El sargento, sin ceremonia alguna pero con un cuidado evidente, se quitó un pergamino que llevaba pegado a la hombrera derecha. Luego lo enrolló y se lo ofreció a uno de los campesinos que se encontraban de rodillas. El anciano lo tomó con unas manos temblorosas. No estaba claro si le temblaban por la emoción o por alguna clase de afección nerviosa, pero la humedad brillante que le empañó los ojos fue una prueba más que evidente de la devoción que sentía.

—Gracias, gran señor —dijo el anciano antes de llevarse el rollo a la frente como muestra de agradecimiento.

Malnor tenía otro pergamino de juramento pegado a la espinillera de la armadura. Se lo quitó también y se lo ofreció a una mujer que lloraba en voz baja.

—Bendito seáis —le dijo, y se llevó el rollo a la frente, como había hecho el anciano.

—De los fuegos de la justicia hasta la sangre de la pureza —recitó Malnor—. Traemos la Palabra de Lorgar.

—Seguimos vuestra palabra —respondieron a coro los campesinos más cercanos.

Malnor hizo un gesto de asentimiento sin quitarse el casco y regresó junto a sus hermanos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué nos hemos parado? —quiso saber Cyrene.

—Se considera una bendición que te ofrezcan uno de los pergaminos de juramento que llevamos en la armadura —le explicó Argel Tal.

Pocos minutos más tarde, el propio Argel Tal detuvo la marcha para ofrecerle uno de los pergaminos a una madre joven que tenía a su bebé en brazos. Ella apretó el rollo en la frente de su hijo y luego en la suya propia.

—¿Cómo os llamáis, guerrero? —le preguntó la mujer, que tuvo que levantar mucho la barbilla para poder mirarlo.

—Argel Tal.

—Argel Tal —repitió ella—. Mi hijo llevará ese nombre a partir de hoy.

Era imposible que una armadura de combate pareciera tomar una actitud humilde, pero el capitán lo consiguió.

—Me siento honrado —le contestó—. Seguid bien —añadió antes de reunirse con el grupo y reanudar la marcha.

Torgal bajó la mirada hacia la frágil figura de Cyrene.

—¿Quieres que te dé uno de mis pergaminos de juramento, pequeña dama? —le ofreció.

—Ya no leo mucho ahora —le contestó ella con una sonrisa hermosa y sincera—. Pero te lo agradezco, Torgal.

Tras aquel breve paseo por unas calles que no podía ver, Cyrene pasó el resto del día en uno de los templos de la Alianza. Argel Tal y sus subordinados permanecieron a su lado mientras la entrevistaban y la interrogaban unos sacerdotes tremendamente ansiosos e impacientes. En vez de ofrecerle una silla en la que sentarse, la condujeron hasta un largo diván casi principesco por el número de cojines, donde la hicieron reclinarse. Sin embargo, tuvo el efecto opuesto al deseado, ya que la joven no dejó de removerse para ponerse cómoda, aunque no lo consiguió por mucho que lo intentó. Al final, decidió sentarse con la espalda erguida, como si fuera una simple silla.

—¿Qué fue lo último que visteis? —le preguntó uno de los sacerdotes.

—Describid el fuego que llovió del cielo —insistió otro.

—Describid la caída de las torres de la ciudad.

A medida que las preguntas seguían atosigándola de forma incesante, se preguntó cuántos inquisidores tendría sentados delante de ella. La estancia era fría, y el débil eco que se oía cuando hablaba alguien sugería que era una cámara bastante amplia. De fondo se oía un zumbido que lo invadía todo, una vibración sorda que le ponía los nervios de punta. Una cosa era reconocer el sonido de las armaduras astartes en funcionamiento, y otra muy distinta acostumbrarse a ello.

—¿Odiáis al Emperador? —quiso saber uno de los sacerdotes.

—¿Qué ocurrió a lo largo de los meses posteriores a la destrucción de la ciudad? —inquirió otro.

—¿Matasteis a algunos de vuestros atacantes?

—¿Cómo lograsteis escapar?

—¿Estaríais dispuesta a servir a la Alianza como gran sacerdotisa?

—¿Por qué rechazasteis el ofrecimiento de la legión de implantaron unos ojos biónicos?

La respuesta a aquella última pregunta intrigó mucho a sus interrogadores. Cyrene se tocó los ojos cerrados mientras les contestaba.

—En mi mundo existe la creencia de que los ojos son las ventanas que dan al alma.

Respondieron a sus palabras con un murmullo que no pretendieron que le llegara a los oídos.

—Qué pintoresco —contestó uno de ellos por fin—. ¿Teméis que vuestra alma abandonaría el cuerpo a través de los huecos de las cuencas oculares vacías? ¿Se trata de eso?

—No. No es eso —le aclaró ella.

—Por favor, iluminadnos, Dama Bendita.

Se removió, incómoda una vez más. Se seguía sonrojando cada vez que utilizaban ese título con ella.

—Se dice que aquellos que llevan ojos falsos jamás pasarán de esta vida al paraíso que existe al otro lado. Nuestros sacerdotes mortuarios siempre predicaron que eran capaces de ver las almas atrapadas de los perdidos y de los condenados en los ojos falsos de los servidores.

Todos se quedaron en silencio durante unos largos momentos.

—¿Y vos creéis que vuestro espíritu se quedaría encerrado en vuestro cadáver si os deshacéis de vuestros ojos naturales?

Ella se estremeció al oír decirlo de ese modo.

—Ya no sé en lo que creo, pero prefiero esperar a que se curen. Todavía existe una pequeña posibilidad de eso que ocurra.

—Ya basta —exclamó una voz retumbante con un cierto tono mecánico—. Estáis haciendo que se sienta incómoda, y le he dado mi palabra al Urizen de que la llevaré al templo de la Torre a medianoche.

—Pero todavía queda tiempo para…

—Con el debido respeto, sacerdote, callaos. —Argel Tal se le acercó, y Cyrene sintió que le chirriaban un poco los dientes debido al zumbido de su armadura—. Vamos, Cyrene, el primarca nos espera.

—¿Volverá mañana la Dama Bendita? —les preguntó uno de los sacerdotes con voz chillona.

Ninguno de los astartes le respondió.

Una vez fuera, otra multitud los estaba esperando en el exterior. Sonrió en dirección al sonido y saludó unas cuantas veces mientras sentía que la cara le ardía a causa de las dudas que la asaltaban. Lo que más le preocupó en ese momento fue esforzarse para que nadie notara la incomodidad que la invadía por la situación. Nunca se acostumbraría a aquello. Sabía que lo odiaría hasta que la gente dejara de hacerlo por su propia voluntad o hasta que se marcharan de Colchis.

—No teníamos por qué haberlo interrumpido. Podría haber seguido contestando más preguntas. ¿Se supone que tendría que haberlo hecho?

Oyó la respuesta por encima del estruendo del gentío.

—Te pido disculpas por utilizarte como excusa para marcharnos, pero no tenía sentido seguir soportándolo —le respondió el capitán—. Eran preguntas que no servían para nada o que ya tenían su respuesta en los informes de la legión. No era más que una burocracia tediosa prolongada por unos individuos que se consideran muy importantes.

—¿Eso no es una blasfemia? Me refiero a desafiar la voluntad de la Alianza.

—No. Eso ha sido una retirada táctica ante un aburrimiento abrumador.

Cyrene sonrió al oír la respuesta mientras los portadores de la palabra la conducían hacia el templo.

Menos de tres minutos más tarde, justo cuando se disponía a comentar la calidez del viento nocturno del desierto, se oyó un sonido estruendoso procedente de algún punto por encima de ella, el estampido de un centenar de ventanas al estallar todas al mismo tiempo.

Lo que no logró ver fue cómo los cuatro guerreros que la acompañaban se quedaban completamente inmóviles y miraban fijamente hacia el templo de la Torre, a esa torre de piedra oscura que se alzaba retorciéndose sobre sí misma en el centro de la ciudad, más alta que cualquier otro edificio.

Los vítores de la multitud que la rodeaba se convirtieron en susurros y sollozos. Dos de los astartes, aunque no supo cuáles de ellos, comenzaron a recitar plegarias con sus monótonas voces mecánicas, unas súplicas de bendiciones para el primarca.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó la joven.

—Vámonos —dijo Xaphen.

Uno de ellos la aferró por el brazo y la obligó a correr. Las junturas de las armaduras gruñeron por el cambio de paso.

—¿Qué es lo que está pasando? —insistió Cyrene—. ¿Qué ha sido ese ruido? ¿Una explosión?

—Ha sido en el observatorio del primarca, en la torre central. Ha ocurrido algo malo —le contestó el capellán.



DIEZ
EL DERECHO A DIRIGIR UNA LEGIÓN
EL EMPÍREO
SUFRIMIENTO

Una hora antes de eso, Lorgar se encontraba apoyado en el pasamanos del balcón y contemplaba la ciudad. El templo de la Torre de la Alianza ofrecía una vista impresionante de Vharadesh, y el primarca inspiró profundamente los olores a especias, a flores y a arena mientras observaba cómo el sol se ponía detrás del horizonte…

Magnus estaba a su lado, todavía con la cota de malla negra puesta. Su piel de tono cobrizo mostraba algunas trazas brillantes allá donde se deslizaban unas cuantas gotas de sudor ocasionales. El primarca de los Mil Hijos era el más alto de los dos hermanos, e incluso en los años anteriores a la pérdida del ojo apenas se parecía físicamente a su padre imperial. Lorgar era la imagen del Emperador en una época más joven y absolutamente desconocida de su progenitor, un ser inmortal estancado en los rasgos propios de la treintena.

—Has conseguido grandes logros aquí —le comentó Magnus mientras también contemplaba Vharadesh, sus torres espirales cubiertas de sendas inclinadas parecidas a cuernos retorcidos, el mar de hogares de paredes rojizas, los grandes parques de lirios lunares que crecían en un suelo inmisericorde y que estaban preparados para ser extendidos sobre las calles y los balcones de toda la ciudad…

—He visto Tizca, y siempre me he sentido honrado de que seas capaz de salir de la Ciudad de la Luz para alabar la obra de mi gente en este lugar —le contestó Lorgar

con una sonrisa sincera.

Magnus soltó una breve risa que resonó como el retumbar de una avalancha.

—Es increíble pensar que semejante belleza haya podido surgir de la arena de la orilla de un río y de ladrillos de barro prensado. Lorgar, para mí, la Ciudad de las Flores Grises es un santuario. Has unido tecnología y antigüedad con una habilidad consumada. Me recuerda a aquellas primeras ciudades que la humanidad construyó, en aquellos desiertos que se vieron obligados a llamar su hogar.

Lorgar se echó a reír al mismo tiempo que movía la cabeza en un gesto negativo.

—No he visto esas imágenes en ningún pergamino, hermano.

—Yo tampoco —le respondió con una sonrisa el rey tuerto—. Pero sí en sueños, en meditaciones. Mientras atravesaba las corrientes y las profundidades del Gran Océano.

La sonrisa de Lorgar se enfrió un poco. Por lo que se refería a sus hermanos, a quien más afecto guardaba era a Magnus, no sólo porque había sido el primero de ellos al que había conocido, sino porque era uno de los pocos con los que el señor de los Portadores de la Palabra era capaz de relacionarse. Los demás eran, en mayor o menor grado, unos bárbaros feroces, unas herramientas frías e implacables pensadas para la guerra o unos caudillos guerreros vanidosos.

Todos excepto Horus, por supuesto. Era imposible odiar a Horus.

Amaba a Magnus porque era uno de los pocos con los que podía hablar, pero jamás se creyó igual a su hermano. La capacidad psíquica del primarca de los Mil Hijos no tenía parangón. Habían hablado a menudo de las cosas que Magnus había presenciado en sus viajes espirituales a través del infinito, del pasado, del futuro, de los corazones y de las mentes de las personas.

—Cairus —dijo Magnus, aunque con voz más baja—. Alixandron. Babalun, sobre todo, ya que poseía un gran jardín de flores colgantes muy parecido al que tu ciudad muestra como una corona de brotes plateados.

Lorgar se sintió reconfortado por aquella imagen. La belleza del pasado alzándose de nuevo gracias a la inspiración humana.

—Como ya te he dicho otras veces, no es mi ciudad. Tengo algo que ver en su construcción, pero no soy el único responsable de todas las maravillas que se ven en ella.

—Como siempre, esa modestia —le replicó Magnus con un tono de voz en el que se notaba una leve desaprobación, quizás el primer indicio de un sermón que no

tardaría en llegar—. Dedicas tu vida a los demás, hermano. Existe un límite, una línea, en el que eso se convierte en algo poco saludable. Si te dedicas todo el tiempo a sacar a los demás de su ignorancia, ¿cuándo tendrás tú tiempo de aprender más? Si lo único que buscas es un sentido más elevado a la existencia, ¿dónde está el gozo de tu propia vida? Mira el futuro, pero disfruta del presente.

Lorgar asintió al escuchar las palabras de su hermano sin dejar de contemplar la puesta de sol. A pesar de que el cielo ya se oscurecía en el horizonte, la luz seguía teniendo la fuerza suficiente como para cegar los ojos de los mortales. A Lorgar no lo afectaban esas debilidades humanas.

—Otro desfile —comentó al ver una calle lejana llena de personas bailando.

—Pareces melancólico —le comentó Magnus—. Tu gente se siente feliz de que hayas vuelto a casa, Lorgar. ¿No te anima eso?

—La verdad es que sí, pero ese desfile no es en mi honor. Lo celebran en honor a los refugiados de Monarchia. Ordené que me trajeran a los siete después del anochecer. A juzgar por la muchedumbre, supongo que es el desfile en honor de la Dama Bendita.

Magnus apoyó sus enormes manos en la barandilla del balcón, como si el gesto de inclinarse hacia adelante pudiera hacer más precisa la visión de la lejana calle.

—¿Por qué uno de los refugiados es más apreciado que los demás?

—Así son las cosas —le contestó Lorgar al mismo tiempo que señalaba hacia el desfile con un gesto de la cabeza—. Es la única mujer, y me han dicho que es muy hermosa. Además está el hecho de que es la única que llegó a ver realmente la destrucción de Monarchia. El bombardeo orbital la dejó ciega. Un sacrificio semejante atrae a las masas.

Los rasgos del noble rostro de Magnus se endurecieron.

—Capto las maquinaciones de Kor Phaeron en tu voz, hermano. Ya te he advertido en otras ocasiones acerca del hecho de prestar demasiada atención a sus palabras. En su interior arde una tremenda amargura.

Lorgar negó con la cabeza.

—Lo que le preocupa es no ser digno de su puesto. Eso es todo. Pero te equivocas. Lo de esos refugiados no tiene nada que ver con Kor Phaeron, aunque confieso que la Alianza ansía enormemente sacar partido a su tremenda popularidad. He ordenado que me los traigan esta noche porque quiero conocerlos. Eso es todo.

Magnus pareció quedar más tranquilo. El silencio se instaló entre los dos. Al igual

que ocurría entre todos los hermanos bien avenidos, era un silencio cómodo, tan lleno de significado e importancia como las palabras que habían intercambiado.

Tan sólo quedaba un asunto muy doloroso.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —le preguntó Magnus por fin—. Sé que hubo guerras de religión en Colchis. Recuerdo el día en que llegué con nuestro padre a tu planeta y le ofreciste todo un mundo volcado en su adoración. Pero nos hemos separado mucho, y con mucha rapidez. ¿Cómo hemos llegado a esto?

Lorgar no miró a su hermano, sino que siguió contemplando la ciudad.

—Todo este planeta ardió en una cruzada que yo mismo dirigí hace ya casi doscientos años. Soñé sobre la llegada de un dios. Sufrí alucinaciones, visiones, pesadillas y trances. Una noche tras otra. A veces me despertaba al amanecer y veía que me salía sangre por la nariz y por los oídos, y que tenía el rostro de nuestro padre grabado a fuego en la mente. Por supuesto, era demasiado joven, demasiado ingenuo, como para darme cuenta de lo que yo era en realidad. ¿Cómo podía saber nada del poder psíquico que ardía en mi interior, que buscaba una manera de salir? No era como tú, que desde tu nacimiento supiste cómo dominar ese sexto sentido. No soy Russ, que es capaz de aullar y lograr que todos los lobos de su planeta aúllen con él. Mis poderes siempre han aparecido de un modo errático y esporádico, en los buenos y en los malos momentos. Tenía sólo ocho años cuando me enteré de que había gente que tenía sueños agradables en vez de pesadillas interminables. Nada llegó a sorprenderme más que eso.

Magnus siguió callado. A pesar de todas las veces que habían hablado, de la cercanía que existía entre ambos, aquello era algo que su hermano jamás le había contado.

Lorgar cerró los ojos y siguió hablando.

—Libré una guerra santa en nombre de un padre que finalmente descendió de los cielos y vio los océanos de sangre y de lágrimas que se habían derramado por él, pero no le importó en absoluto nada de eso. Desperdicié mi juventud enfrascado en el estudio de las escrituras y de los códices religiosos para planificar la llegada del mesías con la creencia de que daría sentido a toda la vida humana, un sentido que miles de culturas humanas siempre están buscando… Y estaba equivocado.

—El Emperador trajo un sentido a la existencia humana, pero quizás no se trataba del sentido que tú te esperabas.

—Trajo tantas preguntas como respuestas. Nuestro padre está hueco, y está lleno

de secretos. Es algo de él que odio. Es una criatura incapaz de confiar en nadie.

Se produjo otro largo silencio entre ambos.

Lorgar acabó por sonreír con un gesto desolado y carente de toda alegría.

—Quizás trajo un sentido, pero no fue el que la humanidad necesita. Eso es lo único que importa.

—Adelante. Termina de decir lo que piensas —lo animó Magnus.

—Desde el día que llegó me he dedicado a recorrer el Imperio en una cruzada que ha durado más de un siglo, y he alzado iconos y monumentos a la fe con su imagen… ¿Y es ahora cuando se opone? Después de más de cien años, ¿ahora es cuando me dice que todo lo que he hecho está mal?

Magnus siguió callado. La duda que lo embargaba brilló en su único ojo, que estaba entrecerrado.

Lorgar sonrió al ver la emoción en el rostro de su hermano.

—Magnus, sólo los verdaderos dioses niegan su divinidad. Así está escrito en incontables culturas humanas. Él no negó en ningún momento su condición de dios cuando llegó a Colchis por primera vez para llevarme a las estrellas. Tú mismo estabas allí. Fue testigo de semanas de ceremonias que se celebraron en su honor, y nunca me reprendió por alabarlo como a un dios. ¿Y después de aquello? Sabe el tipo de cruzada que he librado por él, y jamás me dijo nada en absoluto sobre lo que hacía. Sólo ahora, en Monarchia, descargó toda su furia sobre mí… ¡después de más de un siglo!

—La palabra «fe» es bastante desagradable —comentó Magnus mientras acariciaba con gesto ausente el lomo encuadernado del gran libro que siempre llevaba consigo encadenado al cinto.

—¿Por qué nacimos para ser guerreros? —le preguntó Lorgar de repente, cambiando de tema.

—¡Por fin! —exclamó Magnus con una carcajada—. Por fin llegamos al motivo por el que me has hecho venir a Colchis. ¿Por qué somos guerreros? Una buena pregunta, con una respuesta muy sencilla: somos guerreros porque eso es lo que el Emperador, amado por todos, necesita para recuperar la galaxia.

—Por supuesto, pero nos encontramos en la época más importante en la historia de la humanidad, y en vez filósofos y visionarios… la dirigen guerreros. Hay algo intrínsecamente malo en eso, Magnus. Algo podrido. No puede ser bueno.

Magnus se encogió de hombros, lo que provocó un tintineo en los anillos de su

cota de malla.

—Nuestro padre es el visionario. Necesitaba generales a su lado.

Lorgar apretó los dientes en un gesto de rabia.

—Por el Trono, estoy más que harto de oír esas palabras. ¡No soy un soldado! Y no siento ningún deseo de convertirme en uno. No soy una fuerza destructora, Magnus. No soy como los demás. ¿Por qué crees que paso tanto tiempo para lograr un sometimiento absoluto y me esfuerzo en crear mundos perfectos? Me siento yo mismo con esas creaciones, mientras que, cuando destruyo…

—¿No eres un soldado?

—No soy un soldado —le confirmó Lorgar con un gesto de asentimiento—. Hay cosas más importantes en la vida que destacar por la habilidad de derramar sangre.

—Pues entonces, si no eres un soldado, no tienes derecho a dirigir una legión —le replicó Magnus—. Hermano, los astartes son armas. No son artesanos o arquitectos. Son el fuego que arrasa ciudades, no las manos que las construyen.

—¿Hoy vamos a hablar de hipocresías? —dijo Lorgar con una leve sonrisa irónica —. Tus Mil Hijos son responsables de buena parte de la belleza de Tizca, eso por no hablar de la iluminación cultural de Prospero.

—Es cierto. —Magnus le devolvió la sonrisa, que pareció más sincera que la de Lorgar—. También son responsables de un gran número de sometimientos planetarios impecables. En cambio, en comparación, los Portadores de la Palabra no han logrado tantos.

Lorgar se quedó callado.

—¿Todo esto tiene que ver con Monarchia? —quiso saber Magnus.

—Todo tiene que ver con Monarchia —admitió Lorgar—. Hermano, todo cambió a partir de ese momento. El modo en que vemos los planetas que conquistamos, mis esperanzas para el futuro… Todo.

—Me lo imagino.

—No seas condescendiente —le replicó Lorgar—. Con todo el respeto, Magnus, no puedes imaginarte algo así. ¿Es que el señor de toda la vida humana descendió sobre vosotros, quemó tus mayores logros hasta convertirlos en polvo y cenizas y te dijo luego que tú, y que sólo tú, eras un fracaso? ¿Hizo que tus maravillosos Mil Hijos casi se humillaran en el suelo y le dijo a tu legión que todos y cada uno de los que llevaban esa armadura eran una vida desperdiciada?

—Lorgar…

—¿Qué? ¡¿Qué?! Pasé decenios enteros soñando con el día en el que el propio dios aparecería y dirigiría a la humanidad hacia el empíreo. Organicé una religión en su honor. He predicado y extendido esa fe en su nombre durante más de cien años, en la creencia de que él representaba cada sueño, cada profecía, cada poema mítico que narraba la ascensión de la raza humana. Y ahora, ¡ahora!, me dice que mi vida es una farsa, que he echado a perder incontables civilizaciones por culpa de mi falsa fe, que todos y cada uno de los hermanos que se han reído de mí por buscar un propósito más elevado tenían razón al burlarse del único idiota que ha dado nuestra saga familiar.

—Hermano, cálmate…

—¡No! —Lorgar se llevó la mano de forma instintiva a un crozius que no estaba donde solía. Cerró los dedos en un gesto de rabia, de una furia que no podía desahogar—. No me vengas con ésas. No me llames «hermano» con esa expresión de indulgencia en los ojos. Tú eres el más sabio de todos nosotros, y no ves la verdad de todo en esto.

—Pues entonces, explícamelo. Y contén tu temperamento, no tengo ganas de oír gañidos. ¿O vas a golpearme, como hiciste con Guilliman?

Lorgar titubeó. Tras unos instantes, apartó con suavidad un pétalo blanco de la barandilla con la palma de una de sus manos doradas. La rabia que lo embargaba se apaciguó, sin desaparecer del todo, mientras el pétalo flotaba en el aire. Se volvió para mirar a la cara a Magnus.

—Perdóname. Mi cólera ha prendido y casi pierdo el control. Tienes razón.

—Siempre la tengo. Ya es una costumbre —le respondió Magnus con una sonrisa.

Lorgar volvió a contemplar la ciudad.

—Por lo que se refiere a Guilliman… No tienes ni idea de lo bien que me sentí cuando lo derribé. Su arrogancia me sacó de quicio.

—Gozamos de la suerte de tener muchos hermanos a los que no les vendría nada mal sufrir una cura de humildad de vez en cuando. —La sonrisa de Magnus se ensanchó—. Pero ya hablaremos de eso en otro momento. Di lo que debes decir. Tienes miedo.

—Lo tengo —confesó Lorgar—. Temo que el Emperador disgregue a los Portadores de la Palabra y acabe con ellos… y que acabe conmigo. Desapareceríamos como lo han hecho los hermanos de los que ya nunca hablamos.

El siguiente silencio no fue nada tranquilizador.

—¿Y bien? —insistió Lorgar.

—Quizás lo hubiera hecho —le respondió el gigante tuerto—. Se habló sobre ello antes de lo ocurrido en Monarchia.

—¿Te preguntó lo que opinabas al respecto?

—Lo hizo —admitió Magnus.

—¿También habló con nuestros hermanos?

—Eso creo. No me preguntes qué dijo quién, ya no sé qué opinión tenían la mayoría de ellos sobre el asunto. Russ estaba de tu parte, lo mismo que Horus. De hecho, fue la primera vez que el rey Lobo y yo hemos estado de acuerdo en algo realmente importante.

—¿Leman Russ habló en mi favor? —Lorgar se echó a reír—. Verdaderamente vivimos en una época de maravillas.

Magnus no compartió su risa. Su único ojo, de un intenso color azul ártico, miró fijamente a Lorgar.

—Lo hizo. Los Lobos Espaciales son una legión muy espiritual, a su modo ciego y atrofiado. Fenris es una cuna inmisericorde y hace nacer en su interior ese tipo de sentimientos. Russ lo sabe, aunque carece de la inteligencia necesaria para expresarlo en voz alta. En vez de eso, exclamó que ya había perdido a dos hermanos y que no estaba dispuesto a perder un tercero.

—Dos hermanos perdidos. —Lorgar se volvió una vez más hacia la ciudad—. Todavía recuerdo como ambos…

—Basta —le advirtió Magnus—. Cumple el juramento que hiciste aquel día.

—A todos os resulta fácil olvidar el pasado. Ninguno de vosotros queréis hablar jamás de lo que se ha perdido. Pero ¿podríais hacerlo de nuevo? —Lorgar miró fijamente de nuevo a su hermano—. ¿Podrías reunirte con Horus o con Fulgrim y no volver a pronunciar jamás mi nombre simplemente por un juramento que hiciste?

Magnus no se dejó arrastrar a la trampa.

—Los Portadores de la Palabra no recorrerán el mismo camino que los olvidados y los purgados. Confío en ti, Lorgar. Ya se está comentando el sometimiento que se ha logrado en Cuarenta y Siete Dieciséis con una rapidez digna de alabanza. Ya habrá flotas de colonos en camino, ¿verdad?

Lorgar hizo caso omiso de la pregunta retórica.

—Necesito tu consejo y tu guía, Magnus. Necesito ver las mismas cosas que tú ves.

El primarca de piel dorada contempló cómo la procesión serpenteaba por las calles y se acercaba a cada minuto que pasaba.

—Ya conoces la mitología de Colchis, y el Peregrinaje hacia el lugar donde los mortales y los dioses se encuentran. Ya sabes cómo coincide con las creencias de tantos otros mundos. El empíreo. La Verdad Primordial. El cielo. Diez mil nombres distintos en otras tantas culturas diferentes. No puede tratarse de una simple superstición que los chamanes y los brujos de tantos mundos compartan las mismas creencias. Quizás nuestro padre se equivoca. Quizás las estrellas ocultan más secretos. Quizás incluso entre ellas se esconden de verdad los propios dioses.

—Lorgar… —le advirtió Magnus de nuevo con un tono admonitorio.

El primarca de los Mil Hijos se volvió y abandonó el balcón para entrar de nuevo en la extensa cámara que formaba la parte superior del templo de la Torre. El techo abovedado era de cristal, lo que permitía contemplar una vista incomparable del cielo al anochecer. Las estrellas comenzaban a brillar como diminutos puntos luminosos en el cielo de color zafiro.

—No busques algo que adorar sólo porque se ha demostrado que creías en una fe falsa —le dijo Magnus.

Lorgar siguió a su hermano. Sus dedos elegantes juguetearon con el reborde de las mangas de su túnica mientras caminaba. El primarca de los Portadores de la Palabra pasaba buena parte del tiempo que permanecía en Colchis en aquel observatorio, situado en lo más alto de la torre, desde donde contemplaba las estrellas. Fue allí donde observó y esperó la llegada del Emperador tantas décadas atrás, completamente equivocado en su convencimiento de que sería un dios merecedor de adoración.

—¿Así es cómo me ves? —le preguntó a Magnus, pero con voz más calmada que unos momentos antes. En sus ojos brilló una expresión dolida, teñida de una rabia profunda—. ¿Así es cómo juzgas mis actos? ¿Piensas que estoy dispuesto a buscar desesperado, lleno de ignorancia, algo, cualquier cosa, que esté dispuesto a atender mis plegarias?

Magnus contempló como salían las estrellas a medida que avanzaba la noche. Ya se veían varias de las constelaciones cuyas formas habían tomado como referencia los capítulos de la legión de los Portadores de la Palabra: la débil imagen de un crozius rematado por un cráneo, el sillón de respaldo alto, adoptado como símbolo por el capítulo del Trono Óseo. Un poco más apartado se encontraba el círculo llameante del sol serrado.

—Así es como te verá la historia si sigues empeñado en seguir ese camino —le contestó Magnus—. Nadie verá tu deseo de elevar la humanidad hasta alcanzar un nivel desconocido de iluminación. Te verán como un individuo humillado y débil, que estaba desesperado por encontrar algo en lo que creer.

—La humanidad no es nada sin fe —susurró Lorgar.

—Pero no necesitamos la religión para explicar el universo. El Emperador nos ilumina a todos.

—Eso es lo que sois incapaces de ver. —Lorgar se acercó a una mesa con varias copas para vino de cristal—. Estáis convencidos de que la fe está ligada al miedo, que consiste en explicarle todo a las mentes ignorantes. La fe es el mayor elemento unificador de la historia de la humanidad. La fe fue lo que mantuvo ardiendo la llama de la esperanza a lo largo de los milenios en los miles de planetas que estamos recuperando gracias a la cruzada.

—Eso dices tú, hermano. —Magnus se encogió de hombros—. Nadie te juzgará con benevolencia por esa convicción que tienes.

Lorgar se sirvió una copa de un vino de color oscuro. El olor del líquido estaba reforzado por las especias que se le habían añadido durante la fermentación. Colchis carecía del clima adecuado para el cultivo de viñas, por lo que el vino del planeta se producía casi exclusivamente con dátiles. La amarga bebida le enrojeció los labios cuando tomó un sorbo.

—Somos inmortales —le recordó Lorgar—. ¿Por qué iba a preocuparme el futuro cuando todavía estaremos aquí para darle forma?

Magnus no le contestó.

—Has visto algo —insistió Lorgar—. Algo en el Gran Océano. Algo en esa disformidad que tantas veces observas. Alguna clase de… insinuación sobre lo que ocurrirá. ¿Una visión del futuro?

—No funciona de ese modo, hermano.

—Mientes. Me estás mintiendo.

Magnus dejó de mirar las estrellas y se volvió hacia él.

—A veces ves y oyes sólo aquello que quieres ver y oír. Te equivocas, Lorgar. Nuestro padre no es un dios. No existen los dioses.

Por fin, Lorgar sonrió como si llevara horas esperando a que alguien pronunciara esas palabras.

—¿Acaso es un espíritu celestial mágico que vive en un paraíso mítico? No, no

soy estúpido. No es un dios tal y como las culturas primitivas entendían ese concepto, pero el Emperador es un dios en todos los sentidos menos en el nombre. Es un poder psíquico encarnado en el interior de una envoltura carnal. Cuando habla, sus labios jamás se mueven, y de su garganta no surge sonido alguno. Su rostro es un millar de semblantes al mismo tiempo. El único aspecto humano que posee es la fachada que lleva puesta para interactuar con los humanos.

—Eso es una percepción muy melodramática de nuestro padre.

—Pero es cierta. La única diferencia entre tú y yo es que tú lo llamas padre y yo lo llamo dios.

Magnus suspiró, y su respiración retumbó cuando contuvo un gruñido.

—Ya veo hacia dónde me quieres llevar con esto. Ahora veo por qué me hiciste venir. Lorgar… me voy.

Lorgar tendió una mano dorada, que alargó implorante hacia su hermano.

—Por favor, Magnus. Si el Emperador es lo que es, es posible que existan otros seres que posean el mismo poder. ¿Cómo es posible si no que tantas leyendas sobre deidades, que tantas culturas tan distintas, coincidan en la existencia de unos poderes que existen más allá del velo del plano físico? Tiene que haber dioses en el universo. Uno de los instintos más naturales de nuestra especie no puede estar equivocado.

—Esto me huele a desesperación —le contestó Magnus con otro suspiro—. ¿No has pensado que nuestro padre te advirtió por una buena razón?

—Magnus, no es ninguna vergüenza buscar la verdad. De entre todos nosotros, tú eres el que debería saberlo mejor. ¿Es que no has visto nada de esto en los viajes que has realizado por el Gran Océano? ¿Ningún ser que una civilización humana pudiera considerar un dios o un demonio?

Magnus no le respondió, y sintió que su mirada ardiente lo atravesaba.

—En mi mente no dejan de bullir ideas —le confesó el señor de los Portadores de la Palabra—. ¿En qué punto de la galaxia se cruzan los dioses y los mortales?

El gigante frunció los labios en una expresión de disgusto.

—El Gran Océano oculta muchas cosas bajo sus mareas, Lorgar. Los dos hemos caminado por mundos donde la disformidad se filtra en nuestra realidad, donde los taumaturgos ritualistas paganos la manipulan y la consideran, equivocadamente, «magia». ¿Estás dispuesto a autoengañarte como ellos?

—Por favor, quédate. ¡Ayúdame! —le suplicó Lorgar.

Magnus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Ayudarte a contemplar el abismo? ¿Quieres que te guíe por los caminos que recorrieron los primitivos y los bárbaros?

Lorgar inspiró temblorosamente antes de contestar.

—Ayúdame a buscar la verdad que se oculta tras las estrellas. ¿Y si estamos librando una falsa cruzada? Ésta puede ser una guerra impía… Hemos purgado o sometido un planeta tras otro… Es posible que estemos ahogando la verdad, una verdad en la que han creído de un modo u otro incontables culturas. Hemos… hemos… He oído algo que me llamaba, día tras día y noche tras noche. Algo en el vacío. ¿Es el destino? ¿Así es cómo percibimos el futuro? ¿Cuando oímos la voz del destino susurrar nuestros nombres?

Lorgar se quedó callado al ver que Magnus se le acercaba. Su fornido hermano lo agarró por los hombros cubiertos sólo por una túnica. Los labios le temblaban. Los dedos le temblaban y no dejaba de sufrir estremecimientos nerviosos.

—Hermano, estás desvariando. Mírame. Paz, Lorgar. Paz. Mírame.

Lorgar hizo lo que le pedía. Magnus el Rojo, el rey Carmesí, mantuvo fijo su único ojo en la mirada de su hermano.

—El ojo te ha cambiado de color —murmuró Largar—. Los oigo llamarme, Magnus. El sino. El destino. Oigo el millar de voces del destino…

—Concéntrate en mí —le ordenó Magnus con voz baja y suave—. Escucha con atención lo que voy a decirte. Dices todo eso por miedo. Por miedo a fracasar de nuevo. Por miedo a condenar a otro planeta a la destrucción. Por miedo a que nuestro padre ordene que una tercera legión, y un tercer hijo, sean purgados de la historia.

—Ese miedo ya se ha desvanecido. Ya no siento temor. Me siento inspirado.

—No puedes ocultármelo con unas simples palabras. Y tienes razón al temer lo que pueda ocurrir. Te encuentras al borde del precipicio de la destrucción, y sigues pensando en recorrer la senda que te hará caer al vacío. Comprendo muy bien tu dolor. Todo lo que conseguiste en Colchis fue producto de una fe equivocada. Tu legión debe visitar todos y cada uno de los mundos que habéis sometido y debéis reformarlos, pero lo que no puedes hacer es vivir con miedo a cometer otro error.

Lorgar no dijo nada durante unos largos momentos, y por fin, hizo un gesto de resignación con los hombros.

—Podrías haberme ayudado, Magnus. —El primarca de los Portadores de la Palabra apartó las manos de su hermano y regresó a la mesa con las copas de vino—. Podríamos haber realizado el Peregrinaje los dos juntos y habríamos buscado el lugar

donde las estrellas se ven impregnadas por la presencia divina. Eres capaz de discernir en el Gran Océano mejor que nadie. Podrías haber sido mi navegante.

Magnus entrecerró el ojo que le quedaba. La piel arrugada que le cubría la otra cuenca ocular se frunció de forma involuntaria.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Lorgar? No tienes idea de lo que buscas.

—Continuaré con la Gran Cruzada —respondió Lorgar antes de tomar otro gran sorbo del vino oscuro—. Lanzaré mi flota por toda la galaxia y someteremos a todos los planetas que nos encontremos, y mientras recorremos el cielo, seremos peregrinos en busca de una tierra santa. Si existe una verdad detrás de esas leyendas que tantas culturas comparten, la encontraré, y con ella iluminaré a la humanidad.

Magnus no le dijo nada. La incredulidad lo había dejado sin habla.

Lorgar se bebió de un trago el vino que quedaba.

—Concentraré toda la fuerza de mi legión en la Gran Cruzada, y jamás alzaré otro monumento a imagen y semejanza del Emperador. Lo haré todo bajo la mirada vigilante de esos perros de guerra custodios. Pero seguro que no hago daño alguno si anoto las viejas historias de fe de las culturas con las que nos encontremos, ¿verdad? Tú mismo me has asegurado que no son más que falsedades, y lo mismo ha hecho nuestro padre.

—Me voy —dijo de nuevo Magnus, y se dirigió al centro de la estancia.

El primarca de los Mil Hijos posó una de sus manos enguantadas sobre el gran libro de tapas de cuero que llevaba encadenado al cinto, y luego miró a su hermano. No volverían a verse otra vez hasta pasados casi cuarenta años, y la galaxia sería un lugar muy distinto cuando se reunieran de nuevo.

Ambos lo presintieron. La sensación se quedó en el aire entre ellos, flotando en esa mirada, mitad desafío, mitad súplica.

—¿Qué es lo que alberga el Gran Océano, qué es lo que nunca has querido contarnos? —quiso saber Lorgar—. ¿Qué secretos se esconden en la disformidad? ¿Por qué te pasas la vida mirando en su interior si no hay nada? ¿Qué pasaría si le preguntara a nuestro padre sobre esos viajes secretos en el éter?

—Adiós, Lorgar.

El señor de los Portadores de la Palabra se quitó la capucha y sus hermosos rasgos brillaron como oro pulido bajo la luz de las velas.

—¿Existe un lugar donde la realidad y la irrealidad convergen? ¿Un empíreo, un cielo que la humanidad jamás ha sido capaz de comprender? ¿Un plano en el que se

crucen los dioses y los mortales? ¡Contéstame, Magnus!

Magnus negó con la cabeza mientras a su alrededor comenzaba a formarse una neblina compuesta por motas de luz. El mecanismo de centrado de teletransportación procedente de la nave que tenía en órbita. Empezó a soplar un viento salido de la nada.

—¿Qué son esas voces? —gritó Lorgar por encima del viento aullante—. ¿Quién me llama?

—Si no cambias de rumbo, sólo encontrarás una cosa entre las estrellas —le respondió Magnus.

Lorgar lo miró fijamente en un silencio fascinado, a la espera ansiosa de una respuesta, pero Magnus sólo dijo una palabra antes de desaparecer en una explosión de luz brillante y estática:

—Sufrimiento.



ONCE
AL SERVICIO DE UN DIOS
CONFESIÓN
EL PEREGRINAJE

Los ciudadanos que festejaban en las calles a varios kilómetros a la redonda del templo de la Torre alzaron el rostro horrorizados cuando el pináculo de la torre explotó en una bola de luz brillante. Una lluvia de polvo reluciente cayó desde el observatorio, cuya cúpula de cristal había quedado pulverizada, convertida en unas diminutas partículas centelleantes.

El estampido sónico de la teletransportación se desvaneció, lo mismo que el chorro de aire desplazado.

Lorgar se mantuvo imperturbable ante la rugiente salida de Magnus. Su túnica se onduló bajo el impulso del viento nocturno, y apenas prestó un momento de atención a los pergaminos y rollos de papiro que habían salido flotando sobre la ciudad. Las copas de vino habían quedado tan destrozadas como la cúpula de cristal reforzado, y la mesa de escritorio estaba cubierta por un charco oscuro que cada vez se extendía más.

Pasó un tiempo indeterminado contemplando Vharadesh antes de darse cuenta de los golpes que resonaban en la puerta de hierro de la única pared que quedaba en pie. Distraído como estaba, tampoco prestó mucha atención a aquel sonido.

—Adelante —dijo.

Subir por el templo de la Torre fue una prueba frustrante, ya que los sacerdotes de la Alianza mostraban un comportamiento frenético tanto por la presencia de la Dama Bendita como por la explosión que se había producido casi diez minutos antes en el observatorio del primarca. Los astartes tuvieron que amenazar en varias ocasiones a los clérigos aterrorizados, e incluso tuvieron que apartar a algunos para poder pasar.

—¡No nos abre las puertas! —gimió uno de ellos con la desesperación propia de un flagelante.

—Nosotros hablaremos con el primarca —dijo Xaphen para tranquilizar a los clérigos de la Alianza—. Él en persona ha pedido que venga la Dama Bendita, y nuestro señor nos abrirá la puerta a nosotros.

—¿Y si está herido? —sollozó otro de los sacerdotes, un individuo obeso de mejillas temblorosas que llevaba puesta la túnica blanca y gris de varias capas propia de un diácono—. ¡Debemos prestar ayuda al Urizen!

—Controla tus emociones y échate a un lado —le gruñó Argel Tal—. O te mato.

—¡No podéis decirlo en serio, mi señor!

Las espadas de hierro rojo salieron de las vainas con un siseo y con mayor rapidez de la que podía seguir un ojo humano normal. Las puntas de las dos armas quedaron apoyadas en la papada triple del obeso sacerdote antes de que ni siquiera le diera tiempo a parpadear. Por lo que parecía, el astartes estaba más que dispuesto a hacerlo.

—Sí. Sí, yo… —tartamudeó el diácono.

—Quítate de mi camino —le sugirió Argel Tal.

El sacerdote aceptó la sugerencia mientras se esforzaba por no echarse a llorar. Nada más moverse, un olor animal invadió el aire, un hedor más fuerte que la fetidez del sudor provocado por el miedo y el tufo agrio del aliento de los sacerdotes que los rodeaban.

—Señor, el sacerdote se ha meado encima —le avisó Torgal por el comunicador en vez de decirlo en voz alta.

Argel Tal soltó un gruñido y alzó en brazos a Cyrene para hacerla pasar por encima del charco de líquido tibio que cubría los peldaños de madera.

Los últimos miembros del clero se apresuraron a apartase, y los guerreros subieron por la ancha escalera espiral con Cyrene protegida entre ellos.

—Adelante —dijo la voz.

Argel Tal no había envainado las espadas. Encabezó al grupo cuando éste entró en el observatorio del primarca, que en esos momentos era poco más que una plataforma de piedra expuesta a la brisa nocturna. Todo el suelo estaba cubierto de pergaminos y libros. Los primeros oscilaban levemente bajo la brisa, y las páginas de los segundos pasaban solas con su empuje.

El primarca se encontraba en el borde de la plataforma, desde donde contemplaba la ciudad que se extendía a sus pies. Llevaba descubierta la cabeza rapada y tatuada, y en ella no parecía haber herida alguna. La túnica gris y blanca de los jerarcas de la Alianza tampoco mostraba ninguna mancha de sangre.

—¿Mi señor? ¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Argel Tal.

Lorgar se dio la vuelta con lentitud. En su rostro se veía una leve confusión, como si en realidad estuviera esperando a otra persona.

—Argel Tal —dijo con voz retumbante—. Capitán de la 7.ª Compañía de Asalto, subcomandante del capítulo del Sol Serrado.

—Sí, señor. Así es.

—Te saludo, hijo mío.

El capitán se esforzó para que no se le notara al hablar la inquietud que sentía.

—Mi señor, la red de comunicaciones no da abasto por la preocupación. ¿Puedo informar a la legión de que todo está bien?

—¿Y por qué no iba a estar bien? —le preguntó el primarca, de cuyo rostro todavía no había desaparecido aquella expresión de confusión.

—Por la explosión, mi señor —le explicó Argel Tal—. La de hace nueve minutos. —Luego señaló a su alrededor—. La cúpula —añadió con poca convicción.

—Ah —dijo Lorgar, sonriendo. Fue una sonrisa amplia y sincera, algo cómplice, como si compartiera un chiste con él—. Tendré que discutir con mi hermano Magnus el asunto de la teletransportación desde el interior de estructuras frágiles. Capitán, ¿vas a intentar asesinarme?

Argel Tal bajó las espadas, y sólo entonces se dio cuenta de que las había mantenido en posición de guardia.

—Perdonadme, mi señor.

Lorgar se echó a reír, y la expresión de ensimismamiento desapareció por completo.

—Por favor, informa a la legión de que estoy perfectamente y pide disculpas en mi nombre por la falta de comunicación. Estaba profundamente ensimismado en mis pensamientos.

Dos cañoneras aparecieron impulsadas por unos motores aullantes en mitad de la noche y se quedaron flotando en el aire cerca del extremo superior de la torre. El chorro de los motores desperdigó los pergaminos que todavía quedaban en el suelo de la plataforma al mismo tiempo que varios rayos de luz iluminaban al primarca y al séquito que acompañaba a Argel Tal.

Argel Tal hizo un guiño en dirección a un símbolo parpadeante del panel visual del casco.

—Aquí el capitán de la 7.ª. Retiraos, retiraos, falsa alarma.

El extremo superior de la torre volvió a quedar sumido en la oscuridad cuando las cañoneras apagaron los focos.

—A vuestras órdenes —respondió uno de los pilotos—. Nos retiramos.

Lorgar contempló cómo se alejaban las cañoneras de regreso a las plataformas de aterrizaje de las afueras de la ciudad. Todas las plataformas de transporte aéreo, sobre todo las posiciones de avanzada de la propia legión, se encontraban situadas en el desierto, al otro lado de las murallas de la ciudad. Vharadesh no sería profanada de nuevo por la guerra. Nunca más. No después de la guerra civil que aplastó las viejas costumbres y sometió al planeta al dominio de Lorgar tanto tiempo atrás.

—Mi señor, pedisteis que trajeran a vuestra presencia a Cyrene, la superviviente de Monarchia.

Lorgar pareció darse cuenta por primera vez de la presencia de los demás. Su rostro se iluminó con una sonrisa cálida y se acercó a ellos.

—Capitán, me preguntaba si ya te había dado las gracias.

Argel Tal envainó las espadas y se quitó el casco. Agradeció el aire tibio sobre el rostro y el cuello sudoroso.

—¿Agradecerme algo, mi señor?

—Claro. ¿No fuisteis tú y tu capellán quienes me levantasteis del polvo de la ciudad perfecta y me pusisteis en pie de nuevo?

—Sí, mi señor. Fuimos nosotros. Con el debido respeto, no esperábamos que lo recordarais.

—Kor Phaeron me insistió en que no recordaba vuestros nombres. El anciano tiene un sentido del humor muy negro, pero yo recuerdo muy bien ese momento y

quería daros las gracias por ello. No tardaré en prepararlo todo para que mi gratitud se muestre de un modo más significativo.

—No, mi señor… —musitó Xaphen.

—No es en absoluto necesario, mi señor… —empezó a decir Argel Tal. Lorgar alzó una mano para acallar sus protestas.

—Bien, bien, ya basta de esa estúpida modestia. Ahora debo atender a la Dama Bendita. Acércate, muchacha.

Torgal y Malnor, que se habían mantenido de rodillas en presencia de su señor, se pusieron en pie y guiaron a Cyrene para que se le acercara.

En presencia de un primarca, la mayoría de los mortales se sentían sobrecogidos por la inmensidad de lo que estaban viendo. Delante de ellos, en una forma física, se alzaba la majestuosidad encarnada. La manipulación biológica, la transformación de la carne y la reordenación genética que implicaba la creación de uno de los hijos del Emperador era algo único e irrepetible, que tenía las raíces ocultas bajo capas de un secretismo inconcebible, ya que incluso si otro ser consciente fuese capaz de ver por un instante los laboratorios de gestación del Imperio, jamás llegaría a comprender lo que ocurría allí dentro. Cada una de las moléculas de materia biológica de sus cuerpos estaba formada con un cuidado excepcional, forjada a un nivel cuántico para contribuir al todo. Era algo que se encontraba más allá de la ciencia, más allá de la alquimia, más allá de la hechicería psíquica, pero que se basaba en todos esos elementos y en muchos más.

Algunos humanos habían sufridos ataques al corazón y otros tipos de shock al ver por primera vez a uno de los primarcas. Casi todos, sin excepción, se postraban en el mismo instante en que posaban sus ojos sobre ellos, y muchos se echaban a llorar sin pretenderlo y sin motivo real alguno.

Cyrene se quedó de pie en el lugar hasta el que la condujeron y sonrió al primarca, directamente hacia él, directamente hacia su rostro.

—Hola, Dama Bendita.

El hijo del dios soltó una breve risa. Ella le llegaba exactamente hasta la cintura.

—Puedo… puedo veros —dijo Cyrene casi riéndose—. Puedo ver vuestra sonrisa.

Lorgar se dio cuenta de que sus guerreros se acercaban un poco, dispuestos a examinarla para comprobar si había recuperado la vista, pero el primarca les indicó con un gesto de la mano que retrocedieran al mismo tiempo que hacía un gesto

negativo con la cabeza.

Argel Tal.

La voz del primarca resonó sibilante en la cabeza del capitán. A pesar del vínculo genético que compartían, fue un acto desagradablemente invasivo, un pinchazo frío que le atravesó por completo el cerebro. El capitán sintió que los dos corazones le comenzaban a latir con mayor rapidez.

El portador de la palabra hizo un gesto de asentimiento. Albergaba la esperanza de que su señor no captara la inquietud que lo invadía, a sabiendas de que era prácticamente seguro que la notaría.

Se dice que abusaron de ella en Khur, le dijo la voz del primarca. El portador de la palabra volvió a asentir.

Qué clase de criatura son las personas. Le dio la impresión de que la voz silenciosa suspiraba. *Pasan buena parte de sus vidas buscando dominarlo todo a nuestro alrededor*.

Argel Tal se sintió envalentonado por la familiaridad con la que su padre los estaba tratando esa noche y se dio unos golpecitos con dos dedos debajo de los ojos, uno detrás de otro.

No, le respondió la voz de Lorgar cargada de emoción. *No puede verme. Me siente, capta mi aura, y su mente lo malinterpreta y lo considera el sentido de la vista, pero sus ojos siguen muertos. Se quedarán así para siempre. La rabia incendiaria de Guilliman la cegó para siempre*.

Toda aquella conversación transcurrió en el intervalo de tres latidos de los corazones sincronizados de Argel Tal. Lorgar ni siquiera miró en su dirección.

—Sí —le dijo el primarca a Cyrene antes de arrodillarse sobre una pierna. Aquello hizo que su rostro quedara casi al mismo nivel que el de la joven. La mirada ciega de Cyrene siguió todos y cada uno de sus movimientos, y él sonrió al ver el efecto que tenía sobre ella—. Sí. Puedes verme.

—Tan brillante como el sol —susurró Cyrene, que se echó a llorar—. Veo oro, oro y oro.

Una mano del tamaño de su cabeza la acarició con la suavidad de un fantasma. Las gruesas puntas de los dedos le tocaron levemente las mejillas y le secaron las lágrimas. A Cyrene se le escapó un suspiro, un sonido a mitad entre el sollozo y la risa.

—Cyrene. —La voz de Lorgar resonó profunda y retumbante en los oídos de la joven—. Me han dicho que para mis guerreros eres algo parecido a un talismán. Un amuleto de la suerte, por así decirlo.

—No sabría qué deciros, mi señor.

—No soy tu señor. —Lorgar acarició con suavidad el rostro de la joven. Le pasó la punta de los dedos por la nariz, por las mejillas, por la mandíbula, y pareció que el ciego fuera él y necesitara tocarla para imaginarse sus rasgos—. Tu vida te pertenece a ti, ni a mí ni a nadie más.

Ella se limitó a asentir, ya que era incapaz de hablar a través de la máscara de brillantes lágrimas que le cubrían la cara.

—¿Sabes por qué quería verte, Cyrene?

—No —le respondió ella sin fuerzas y casi sin aliento. Apenas tuvo fuerzas para pronunciar la palabra.

—Porque hay algo que quiero pedirte. Es algo que sólo tú puedes darme.

—Lo que sea. Lo que sea —musitó Cyrene.

—¿Me concederás tu perdón? —le pidió el primarca. Tomó las diminutas manos de la muchacha entre las suyas, y los dedos dorados rodearon por completo los de ella —. ¿Me perdonarás por lo que le hice a tu mundo, a tu ciudad perfecta, a tus maravillosos ojos?

Cyrene logró hacer un gesto de asentimiento antes de apartar el rostro de la luz dorada que ella creía ver.

Lorgar la besó en los nudillos. Sus labios apenas le rozaron la piel.

—Gracias, Dama Bendita. Mi alma se siente mejor tras esas palabras.

El primarca le soltó las manos y se puso en pie para marcharse.

—Esperad —lo llamó ella—. Dejadme serviros. Dejadme servir a vuestra legión, por favor.

Argel Tal contuvo un estremecimiento. Las palabras de Cyrene eran dolorosamente parecidas al juramento que él mismo había hecho la primera vez que vio al primarca. Qué curioso era el modo en que el pasado alcanzaba al presente con tanta claridad.

—¿Sabes lo que es un confesor? —le preguntó Lorgar—. ¿Teníais algo semejante allí en Khur?

—Así es, mi señor —afirmó Cyrene, quien todavía no había recuperado del todo la voz—. Se hacían llamar a sí mismos «los oyentes». Ellos escuchaban nuestros pecados y nos perdonaban por ellos.

—Exacto —asintió Lorgar con una leve risa—. Tu vida te pertenece, Cyrene Valantion de Monarchia, pero si deseas caminar al lado de mis guerreros y viajar a

través de las estrellas, ahí tienes una tarea perfecta para que la cumplas. Has escuchado mis pecados y me has perdonado. ¿Harás lo mismo por mis hijos?

La respuesta de Cyrene fue ponerse de rodillas y comenzar a rezar una plegaria de agradecimiento con gesto humilde. En vez de contestarle directamente, su voz susurrante pronunció invocaciones piadosas sacadas directamente de las escrituras que había estudiado cuando no era más que una niña.

El primarca miró una última vez a Cyrene con una expresión de cariño en la cara antes de volverse hacia Argel Tal.

—Capitán.

—Mi señor —le respondió Argel Tal a la vez que se golpeaba el pecho con un puño.

—Erebus me habló mucho sobre ti en el mes que pasé recluido. Cuando recordé que alguien me había ayudado a ponerme en pie cuando estaba de rodillas delante de Guilliman, me contó cosas sobre ti.

—Me… sorprende oír eso, mi señor.

Lorgar captó de inmediato el tono dubitativo de la voz de Argel Tal.

—Supuse que la incomodidad que sentías respecto a Erebus habría desaparecido con el tiempo. ¿Me he equivocado al pensar eso?

Argel Tal se apresuró a negar con la cabeza.

—En absoluto, mi señor. Perdonad mi momentánea distracción. Nuestras diferencias forman parte del pasado. Las pruebas se realizaron hace ya mucho tiempo.

—Me alegro de oír eso —le contestó Lorgar con una sonrisa—. Ser entrenado por el propio Erebus en persona, y preferir la espada al crozius… El hecho de que escogieras otro camino fue un golpe muy duro para su orgullo, y una decepción que le llegó hasta lo más profundo del alma. Sin embargo, te ha perdonado. Me pregunto si se puede decir lo mismo de ti. ¿Lo has perdonado?

«Escoger otro camino». Argel Tal pensó que era un modo muy delicado de explicar lo que había ocurrido.

—No hay nada que perdonar. La rabia que sintió por mi decisión es comprensible.

Lorgar lo miró atentamente. Los ojos grises del primarca no dejaron de juzgarlo en todo momento, a pesar del afecto que albergaban en su interior.

—Tu compasión siempre ha hecho justicia con tus actos, Argel Tal.

—Eso me gusta pensar, mi señor.

—Así que ahora llegamos al quid del motivo por el que estás aquí.

—Estoy preparado.

—Se producirán algunos cambios en el Sol Serrado cuando volváis a la Gran Cruzada. He escogido cuatro capítulos para que sean los huéspedes de nuestros centinelas custodios. Cada capítulo se ocupará de cinco de los veinte que forman el grupo. Lamento tener que informarte de que el Sol Serrado es uno de ellos. Tengo entendido que ya conociste a Aquillon en la ciudad de cristal. Le he concedido su petición de que uno de los grupos de custodios viajara con el Sol Serrado. No vi daño alguno en lanzar ese hueso a los perros guardianes del Emperador.

—A vuestras órdenes —le contestó Argel Tal.

—Me temo que hay más. —Lorgar sonrió de nuevo y volvió a ser el jerarca dorado y carismático que encabezó una revolución en ese mismo mundo—. Confío en ti, en tu capacidad de cumplir con lo que se te ordena más allá del límite del simple deber. Me alzaste para sacarme de la vergüenza, me levantaste del polvo, y estoy en deuda contigo. Por eso quiero pedirte, con toda humildad, que me concedas un favor, Argel Tal, capitán de la 7.ª Compañía.

Aquellas palabras, y el tono en que las pronunció el primarca, hicieron que Argel Tal se dejara caer sobre una rodilla en actitud suplicante. ¿Qué otro primarca, que otro ser tan semejante a un dios, sería tan humilde como para pedirle a uno de sus propios hijos que le concediera un favor? Argel Tal se sintió increíblemente honrado de pertenecer a la rama sanguínea de aquel ser.

Lorgar se echó a reír, y aquel sonido resonó melodioso en la suave brisa nocturna. Cyrene, que se encontraba a una docena de metros, sintió que las lágrimas amenazaban con saltarle de nuevo de los ojos.

—En pie. ¿No te has arrodillado ya bastante, Argel Tal? —le dijo Lorgar sin dejar de sonreír.

El capitán se puso en pie, pero mantuvo la mirada fija en los pies del primarca.

—Pedidme lo que sea, mi señor, cualquier cosa, y se hará.

—He viajado con miles y miles de mis guerreros, un decenio tras otro, haciendo de general o de almirante. Me he cansado de esos juegos. Mi legión se dispersará entre las estrellas, pero yo no siento ningún deseo de cruzarme con mis hermanos ahora mismo. Su ira justiciera acabará con la poca paciencia que me queda. Se podría decir que me quiero esconder, pero sería mentira. Lo único que quiero es que no me encuentren. Existe una diferencia hermosamente sutil entre estos dos conceptos.

—Lo entiendo, mi señor.

—Dime, ¿cuál era tu flota expedicionaria?

—La 1301.ª, bajo el mando del señor de la flota Baloc Torvus. Actualmente se encuentra operando en el subsector Atlas. —«Y a la espera de refuerzos», añadió, aunque no en voz alta.

—Sí —asintió Lorgar—. La 1301.ª. He viajado junto a dieciocho de mis capítulos desde el comienzo de la Gran Cruzada. En esta ocasión, cuando nos enfrentamos a un futuro tan incierto, quiero pedirte permiso para viajar con los trescientos guerreros del Sol Serrado.

Argel Tal miró por encima del hombro a Cyrene, y luego a Xaphen, antes de volverse de nuevo hacia Lorgar. El capellán asintió una vez, y la confesora se llevó las manos a la boca mientras las lágrimas le caían a raudales por las mejillas.

—Os pido disculpas, mi señor. No estoy seguro de haberos entendido bien —le contestó Argel Tal.

—Te estoy pidiendo un favor, hijo mío. Kor Phaeron estará al mando de la 47.ª Expedición durante mi ausencia. Es posible que no sea capaz de dejar atrás al Occuli Imperator, porque me seguirá allá donde vaya, pero puedo buscar el empíreo lejos de los ojos de mis hermanos, y con eso me basta de momento.

—¿Viajaréis… con nosotros?

—Me sentiré honrado de hacerlo. Sé que podría pedírselo a cualquiera de mis flotas, pero fuiste tú quien me puso de nuevo en pie después de que mi ignorancia asesinara a un planeta. Por eso te lo pido a ti.

—Yo… Mi señor… yo…

Lorgar se echó a reír de nuevo y alargó las dos manos hacia Argel Tal para impedirle que se arrodillara de nuevo.

—¿Puedo considerar eso como un sí?

—A vuestras órdenes, Aureliano.

—Gracias. Estamos en una nueva era, Argel Tal. Una nueva era de visiones y de descubrimientos. Todas y cada una de las flotas de los Portadores de la Palabra se dirigirán hacia donde las impulsen los vientos del destino. Llegaremos más allá, más lejos de Terra, que ninguna de las otras legiones. Extenderemos las fronteras del Imperio con cada planeta que tomemos.

Argel Tal supo hacia dónde los llevaría aquello. Sólo podría llevar en una dirección. Notó que Xaphen se les acercaba, pero el capellán decidió no intervenir en la conversación.

—Somos buscadores —le explicó Lorgar sin dejar de sonreír y disfrutando de un modo evidente del sonido de aquella palabra—. Buscamos el lugar donde los dioses y los humanos se encuentran. Buscamos la divinidad en una galaxia que mi padre cree carente de todo dios.

Lorgar unió las manos y bajó la cabeza preparado para rezar.

—La legión comenzará el Peregrinaje.



III
EL TAROT SIN ROSTRO

Las cartas no tienen rostro, carecen de toda ilustración. Es algo a propósito. Es lo que hace que sean tan valiosas, ya que responden al contacto de un sentido invisible y no dependen de las imágenes de cualquier artista inferior que limite la conciencia humana.

Las láminas cristalinas tienen un núcleo de líquido psicorreactivo, y las imágenes adquieren forma en la resina de celadón cuando el lector de tarot sostiene las cartas en la mano.

Había albergado la esperanza de que cada alma con dones psíquicos que perteneciera al imperio de su padre acabaría aprendiendo a utilizar aquel tarot. En vez de eso, la creación de aquellas cartas había sido recibida con burlas. Se burlaron incluso su hermano Magnus, quien no necesitaba esas ayudas para utilizar sus poderes, y Leman Russ, quien despreció las cartas a pesar de que él mismo lanzaba piedras rúnicas y huesos de dedos para intentar ver el futuro.

No tardaría en llegar el momento de abandonar Colchis.

Le da la vuelta a la primera carta, y en su superficie lechosa ve una tea ardiente sostenida por una mano fuerte: «La Verdad».

Algo me llama. Es una verdad que sólo ahora estoy comenzando a aceptar. Hay algo ahí fuera que me está llamando.

»No soy Magnus, quien es capaz de mirar al espacio y de captar el latir de la creación. Mis poderes no se pueden comparar a los de mi querido

hermano, ni a los de mi impresionante padre. Sin embargo, siempre ha habido algo que me ha llamado. En mi juventud entró en mi mente en forma de visiones, de pesadillas, de alucinaciones, y ahora…

»Erebus y Kor Phaeron, con su paciencia y su ayuda, me ayudaron a ser capaz de captar cada vez mejor la llamada.

»Fueron mis tutores en la Alianza, y ahora son el núcleo de mi familia. Hemos meditado, hemos estudiado todos los textos de la Alianza, y hemos decidido el destino de la legión.

»Algo me llama, de un modo leve pero infinito, y me aguijonea el sexto sentido como un eco entre las estrellas».

Le da la vuelta a la segunda carta y se ve a sí mismo: con una túnica y con la capucha echada sobre la cabeza, y apartando la vista para evitar su propia mirada. Se trata de una carta muy común: «La Fe».

La humanidad no es nada sin fe.

»La fe nos eleva por encima de aquellos carentes de toda alma y de los condenados. Es el combustible que alimenta al alma y la fuerza impulsora que se encuentra tras los milenios de supervivencia de la humanidad. Sin fe, estamos vacíos. La existencia es fría y aleatoria en una galaxia sin dioses. La fe nos da forma, nos eleva más allá de las demás formas de vida, nos define como perfectos en nuestra capacidad de conciencia.

»En las épocas en que la fe estuvo ahogada, la debilidad y el declive infestaron a la raza humana y debilitaron sus entrañas. Eso es algo que el Emperador, amado por todos, siempre ha sabido pero nunca ha admitido.

»Pero lo sabe, y está forjando su imperio en consecuencia. Un dios no necesita ser nombrado dios para actuar de un modo supremo. Los nombres no tienen importancia. Lo único que importa es la supremacía, y mi padre es superior a cualquier otra forma de vida mortal de la galaxia. Es un dios por el poder, es un dios por la ira, es un dios por sus visiones.

»Un dios menos por el nombre.

»La Vieja Fe de Colchis es una de las que comparte raíces con millares de culturas humanas que se extienden también por millares de planetas. Únicamente eso ya es prueba más que suficiente de que en el interior de sus parábolas retorcidas, y en la mezcla carente de toda sutileza de mito dentro

de la historia y de la historia dentro del mito, existe un núcleo de verdad absoluta.

»La leyenda más hermosa es la del empíreo, la de la Verdad Primordial.

»Por supuesto, se la conoce con una serie incontable de nombres. El empíreo es el nombre que se le daba en Colchis. Otros lo llamaron cielo, un modo de existir para toda la eternidad mucho después de la muerte del cuerpo físico. Es un reino de posibilidades infinitas, un paraíso cargado de potencial donde las almas de todos los mortales que han existido a lo largo de la historia pueden trabarse entre sí.

»Hasta yo sé que esas ideas son mitos, narraciones contadas y transmitidas de forma imperfecta a lo largo de incontables generaciones.

»Pero... imagínatelo. Imagínate una realidad más allá de los mitos. Imagínate un lugar del universo donde los dioses y los mortales se encuentran. Imagínate los milagros que seríamos capaces de realizar.

»Imagínate un estado de caos absoluto, de pureza absoluta, donde todo fuera posible. La vida acaba en la muerte, pero la existencia no.

»Si existe algo de verdad en la Vieja Fe, la encontraré».

Le da la vuelta a la tercera carta. El aire del cielo tiembla por el calor encima de un horizonte de cúpulas y de torres. Colchis. La Ciudad de las Flores Grises. «El hogar».

Las gentes de Colchis siempre se han vuelto hacia las estrellas en busca de respuestas. La legión nació en ese planeta, por lo que los Portadores de la Palabra no son una excepción a esa regla. Muchos de los capítulos de la legión reciben el nombre de las constelaciones que iluminan el cielo nocturno. Hasta el nombre que me otorgaron, el nombre que nadie pronuncia fuera de la legión, tiene sus raíces en la antigüedad». «Aureliano —gritan cuando marchan al combate—. El dorado».

»Sin embargo, sus raíces lingüísticas se hunden con mayor profundidad todavía en el pasado y llegan a su significado verdadero, creado por aquellos ancestros que siempre miraban al cielo en busca de inspiración.

»Aureliano. El sol.

»Es normal que busquemos respuestas en las estrellas. La vida procede de ellas. El Emperador descendió de ellas. La legión se elevó hacia ellas. El destino nos espera más allá de ellas.

»Las leyendas de Colchis hablan de naves espaciales primitivas que abandonaban el planeta en busca de los dioses, de un modo muy parecido al que los pueblos afrikaharanos y los greciánicos de la Antigua Tierra partían para dar con sus deidades. He leído los fragmentos que quedan de sus culturas y he recorrido las sendas del pasado con mi hermano Magnus. Los viajes de Osyrus y de Odisseon en los mitos terráqueos son los viajes de Khaane, Tezen, Slanat y Narag, profetas que nacieron en Colchis, grandes buscadores que ahora están perdidos en el abrazo del tiempo.

»Al viaje que realizaron para encontrar el hogar de los dioses es conocido como el Peregrinaje».

Le da la vuelta a la cuarta carta. El líquido psicorreactivo forma una serie de maravillas arquitectónicas en la punta de sus dedos: un puente de arcos, un camino serpenteante de piedra a través de un gran jardín… «Un viaje. Un peregrinaje».

El Peregrinaje es la leyenda más antigua de la Alianza de Colchis, y la que se encuentra a menudo en las diferentes culturas humanas desperdigadas por toda la galaxia. La humanidad tiene una necesidad fundamental de creer en ella. La Verdad Primordial: el cielo, el paraíso… Existe en algún sitio, de alguna forma: como casa de los dioses, como submundo de los demonios. La capa que se extiende más allá de la realidad natural. Cualquier cosa es posible dentro de los límites de ese lugar.

»El Peregrinaje es nada más y nada menos que el viaje que hay que realizar para verlo con tus propios ojos. Para confirmar dónde acaba la mitología y dónde comienza la fe.

»Cielo. Infierno. Dioses. Demonios.

»Tendré las respuestas que busco».

Le da la vuelta a la quinta y última carta. El Emperador, cubierto de ornamentos lujosos, con todos los detalles definidos con una claridad puntillosa… excepto uno, el más importante: el rostro. «Un señor dorado».

Me crié con los viejos pergaminos, esos mismos pergaminos que desdeñamos en favor de la adoración hacia el Emperador. Ahora no puedo evitar echar la mirada hacia atrás, a las enseñanzas que recibí en mi

juventud, y pensar sobre esas leyendas y en su núcleo de verdad.

»Las viejas obras mostraban con unas imágenes primitivas una mancha en las estrellas, una cicatriz en la realidad, donde la Verdad Primordial alcanzaba el universo de carne, hueso, sangre y aliento. Cada una de ellas predecía la llegada de un gran señor dorado, un ser con poderes divinos que llevaría a la humanidad hasta la perfección celestial. Tenía que ser mi padre. Tenía que ser el Emperador, y creí que lo era, hasta que llegó el momento en que dejé de creerlo.

»Él no era el señor dorado. El Emperador nos llevará hasta las estrellas, pero nunca más allá de ellas. Mis sueños se convertirán en mentiras si no aparece ese señor dorado.

»Ahora miro las estrellas, con los antiguos pergaminos grabando a fuego las runas en mi memoria, y veo mis propias manos mientras escribo esto.

»Erebus y Kor Phaeron dicen la verdad.

»Mis manos.

»También son doradas».



SEGUNDA PARTE
PEREGRINAJE

Tres años después de la salida de la legión de Colchis IV

LOS SUEÑOS DE UN NIÑO

Apenas puedo imaginarme cómo quedó de destrozado el corazón del primarca cuando acabó el Peregrinaje.

Tres años durante los que la XVII Legión se dispersó entre las estrellas. Tres años durante los que los Portadores de la Palabra viajaron más lejos y con mayor rapidez que cualquiera de sus hermanos guerreros, durante los que llegaron hasta los límites del espacio y extendieron con ellos las fronteras del Imperio.

Se debe mucho del dominio de la humanidad sobre las estrellas a los hijos de Lorgar, y fue una amarga realidad que los años de avances meticulosos y laboriosos no les valieran más que desprecio.

Sin embargo, yo conozco el temperamento de esta legión. Por cada planeta sometido de un modo pacífico, por cada cultura llevada al seno del Imperio y animada de un modo sutil a que siguiera la nueva Palabra, habrá un mundo que ahora mismo gira en el espacio convertido en un cascarón muerto, que ha caído víctima de la necesidad que sentían los Portadores de la Palabra de desahogar la ira que los invadía.

El Peregrinaje reveló numerosas verdades: las imperfecciones escritas en el valioso código genético de la legión; la gestación arcana del propio

Lorgar Aureliano; la existencia de los nunca nacidos, llamados demonios, espíritus y ángeles por un millón de generaciones ignorantes de la humanidad. Pero la mayor verdad revelada también fue la más difícil de aceptar, y le rompió el corazón al primarca.

Por supuesto, todo aquello cambió a sus hijos. Los Portadores de la Palabra ya no podrían volver nunca a la época anterior a la verdad.

Argel Tal y Xaphen eran mis vínculos más cercanos a un mundo que no era capaz de ver, y el destino final del Peregrinaje los cambió de un modo mucho más profundo que unas simples diferencias físicas. El conocimiento fue una carga pesada para ellos, lo mismo que saber que tanto ellos como sus hermanos de la Legión de los Portadores de la Palabra deberían ser quienes regresaran al Imperio con aquella terrible verdad.

No soy capaz de imaginarme cómo soportaron ser los heraldos de semejante noticia. Ser los elegidos para iluminar a toda la humanidad, de decirle que tendría que luchar por la supervivencia desde ese mismo momento hasta el final de toda creación. No habría un Era Dorada, una época de paz y de prosperidad. En la oscuridad del futuro sólo habría guerra.

Quizás todos nosotros no hacemos más que cumplir la función que nos han marcado los dioses. La gente destinada a la grandeza a menudo tiene grandes sueños cuando son niños. El destino los forma durante el transcurso de los años siguientes y ofrece a las jóvenes mentes un atisbo inquietante de lo que ocurrirá.

El bendito Lorgar, el heraldo de la Verdad Primordial, tuvo esa clase de sueños. En su niñez se vio atormentado por visiones de la llegada de su padre, un dios dorado que descendía de los cielos, además de por las pesadillas sobre alguien desconocido, algo invisible, que siempre lo llamaba por su nombre.

Y quizás eso sea la mayor tragedia de la Legión de los Portadores de la Palabra. Su padre sabía que él sería uno de los que llevaría el conocimiento a la humanidad, pero jamás fue capaz de predecir cómo ocurriría aquello.

El primarca ha hablado de sus hermanos, y de cómo ellos tuvieron sueños similares. Curze, que nació en un mundo sumido en una noche perpetua, soñó con su propia muerte. Magnus, el más cercano de los

hermanos de Lorgar, soñó las respuestas a los misterios del universo. Uno de ellos quedó maldito con la presciencia, mientras que para el otro supuso un don. Ambos estaban destinados a conseguir grandes logros cuando llegaran a la madurez. Sus actos han dado forma a la galaxia, igual que los de Lorgar Aureliano.

Por lo que se refiere a mí, sólo recuerdo una pesadilla de mi niñez.

En mi sueño estaba sentada en una habitación totalmente negra, tan ciega entonces en la oscuridad como lo estoy ahora. Y en esa oscuridad permanecía sentada en silencio mientras oía respirar a un monstruo.

¿Dónde se encuentra la línea entre la presciencia y la fantasía? ¿Entre la profecía y la imaginación de un niño?

La respuesta es muy sencilla: La profecía se cumple.

Sólo tenemos que esperar.

El Peregrinaje,
de Cyrene Valantion



DOCE
MUERTE
EL VUELO FINAL DEL LAMENTO DE ORFEO
DOS ALMAS

Xaphen yacía muerto a los pies de la criatura.

Tenía la espina dorsal retorcida y la armadura rota. Había sido una muerte cuyo final no le había traído la paz. A un metro de los dedos extendidos, sobre el suelo, se encontraba el crozius de acero negro, en silencio tras quedar desactivado. El cadáver estaba boca abajo, lo que impedía ver el rostro que le había dejado la muerte, pero el grito del capellán todavía resonaba en la red de comunicación.

El sonido había sido húmedo, angustioso, medio ahogado por la sangre que inundaba los pulmones perforados de Xaphen.

La criatura giró la cabeza con la agilidad y la elegancia propias de un depredador. La saliva pegajosa le caía en apestosos chorros entre los numerosos dientes. No quedaba iluminación artificial en ese puente, pero la luz de las estrellas, el titilar de los soles lejanos, provocaba centelleos plateados en los ojos desiguales de la criatura. Uno de ellos era abultado, de color ámbar, sin pestañas alrededor. El otro era completamente negro, un trozo de obsidiana hundido en la profunda cuenca ocular.

Ahora tú, le dijo sin mover la boca. Aquellas fauces jamás serían capaces de formar ningún tipo de habla. *Tú serás el siguiente*.

El primer intento de Argel Tal de contestarle sólo hizo que un chorro de sangre caliente le cayera de entre los labios. La notó gotear en la barbilla antes de seguir deslizándose por la cara. El fuerte olor químico del líquido, de la sangre cargada de

genes de Lorgar que corría por las venas de todos sus hijos, fue suficiente para ahogar el hedor que surgía de la carne temblorosa de color gris de la criatura. Durante un momento, el capitán olió su propia muerte en vez de la corrupción que emanaba de la criatura.

Fue un alivio temporal bastante singular.

Argel Tal alzó el bólter con una mano que temblaba, pero no de miedo. Aquel desafío era la negativa a rendirse que no era capaz de expresar de otro modo.

Sí. La criatura se le acercó un poco más. La parte inferior de su cuerpo era una mezcla abominable, entre una serpiente y un gusano, cubierta de venas gruesas y que dejaba un rastro viscoso semejante al de una babosa, que además hedía como una tumba recién abierta. *Sí*.

—No —logró responder por fin Argel Tal con los dientes apretados—. Así no.

Sí, así. Como tus hermanos. Así es como debe ser.

El bólter rugió con un tableteo estruendoso. Un chorro de proyectiles acribilló la pared, y los impactos explosivos profanaron la quietud del lugar. Cada sacudida del arma en su mano temblorosa hacía que el siguiente proyectil saliera más desviado todavía de su objetivo.

Dejó que el arma cayera al suelo con un repiqueteo metálico. Los músculos de los brazos le ardían. La criatura no se rió, no se burló de él por su fracaso. En vez de eso, alargó los cuatro brazos y lo levantó del suelo con cuidado. Las garras negras chirriaron al resbalar en la ceramita gris de su armadura mientras lo levantaban.

Prepárate. Esto no será indoloro.

Argel Tal se quedó colgando sin fuerzas de los brazos de la criatura. Durante un breve momento intentó alcanzar las espadas de hierro rojo que llevaba en las caderas, y se olvidó de que estaban rotas. Las dos armas estaban destrozadas en la pasarela de la cubierta inferior.

—Oigo… otra voz —dijo con voz ahogada entre los dientes apretados.

Sí. Es uno de los míos. Viene a por ti.

—Esto… esto no es lo que… quería mi primarca.

¿Esto?

La criatura se acercó un poco más al cuerpo del astartes indefenso y reventó el corazón secundario de Argel Tal con un simple pensamiento. El capitán sufrió una serie de convulsiones violentas mientras notaba la masa de carne convertida en pulpa que albergaba detrás de las costillas. Sin embargo, el demonio siguió sosteniéndolo

con una suavidad repugnante.

Esto es exactamente lo que quería Lorgar. Ésta es la verdad.

Argel Tal se esforzó por inspirar un aire que no llegó a entrar e intentó obligar a unos músculos moribundos a que empuñaran unas armas que ya no estaban allí.

Lo último que sintió antes de morir fue algo que se derramaba entre sus pensamientos, algo húmedo y frío, como una capa de aceite que se le esparciera justo detrás de los ojos.

Lo último que oyó fue a uno de sus hermanos muertos inspirar de forma entrecortada por el comunicador. Y lo último que vio fue el cuerpo de Xaphen levantarse del suelo sobre unas extremidades temblorosas.

Abrió los ojos, y se dio cuenta de que era el último en despertarse.

Xaphen parecía más fuerte y recuperado que los demás y ya tenía el crozius en las manos. Argel Tal oyó a través de la bruma de la conciencia recién recuperada cómo el capellán impartía órdenes, daba ánimos y exigía a los demás hermanos que se pusieran en pie y se recuperaran del todo.

Dagotal siguió de rodillas mientras vomitaba a través de la rejilla de la placa facial del casco. Lo que le salió del estómago era algo muy negro. Malnor estaba pegado a una pared, con la frente apoyada en el frío metal. Los demás se encontraban en estados similares de confusión. Se ponían en pie y vaciaban las entrañas de aquel extraño icor apestoso mientras susurraban letanías de la Palabra.

Argel Tal no vio al demonio por ningún lado. Miró a izquierda y a derecha, y la retícula de puntería no captó ningún objetivo.

«¿Dónde está Ingethel?», quiso preguntar, pero el único sonido que consiguió emitir fue un desagradable gruñido ronco sin palabras.

Xaphen se le acercó y le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse. El capellán se había quitado el casco, y el rostro del sacerdote guerrero mostraba una tez anormalmente pálida bajo la escasa luz de la estancia, pero aparte de eso, era el de siempre.

—¿Dónde está Ingethel? —repitió Argel Tal.

Esta vez consiguió que las palabras salieran. Era casi su voz, aunque no del todo.

—Ya no está —le contestó Xaphen—. Hemos recuperado las comunicaciones y las escuadras están informando desde todas las cubiertas, pero el demonio ha desaparecido.

«Demonio». Le seguía sonando muy extraño oír esa palabra en voz alta. Una palabra sacada de la mitología y pronunciada como si fuera un hecho probado.

Argel Tal alzó la mirada hacia el techo de cúpula de cristal y vio el vacío que se extendía al otro lado. No había espacio. Al menos, no un espacio entendido como tal. El vacío era una masa burbujeante y psicótica de energía retorcida y de mareas que entrechocaban entre sí. Había un millar de tonos de violeta, un millar de tonos de rojo. Había colores que la humanidad jamás había catalogado, y que ningún ser vivo había visto antes. Las estrellas, manchadas por aquel torbellino de energías en colisión, parpadeaban a través de la tormenta igual que ojos inyectados en sangre.

Finalmente, en el reflejo del ventanal, se vio a sí mismo. Tenía el rostro cubierto de grandes gotas de sudor. Hasta el mismo sudor apestaba a demonio. Era un olor bestial, crudo, putrefacto, el hedor de unos órganos víctimas de un cáncer.

—Tenemos que salir de aquí —declaró Argel Tal, y notó que algo se le movía en el estómago, algo frío que se desenroscó en su interior, y se tragó la bocanada de bilis ácida que le subió a la garganta en un esfuerzo por no vomitar.

—¿Cómo ha ocurrido todo esto? —gruñó Malnor.

Ninguno de los presentes en el lugar había oído jamás al estoico guerrero hablar con tanta desazón.

Torgal se les acercó tambaleándose al mismo tiempo que se frotaba los ojos enrojecidos y hundidos en las cuencas oculares. Tenía la placa pectoral cubierta por una marca negruzca de ceramita quemada y fundida a causa de la acidez del vómito negro que había expulsado.

—Tenemos que volver a la flota. Hay que regresar con el primarca —les dijo.

Argel Tal divisó sus dos espadas rotas. Los trozos desiguales de las hojas afiladas estaban dispersos por todo el suelo. Reprimió la punzada de dolor que le provocó esa pérdida y alargó una mano hacia el bólter, que también estaba en el suelo. En cuanto los dedos del guantelete tocaron la empuñadura, apareció un contador de munición en una esquina del visor que le indicó que el cargador estaba vacío.

—Antes tenemos que llegar hasta el puente de mando.

Todos los humanos que iban a bordo estaban muertos.

Aquello era algo que el capitán se había temido desde el principio en cuanto comenzó a recorrer tambaleante un pasillo tras otro. Aquel miedo se confirmó a medida que más y más escuadras de la 7.ª Compañía informaron de la misma

situación por el comunicador.

Estaban solos en la nave. Todos y cada uno de los servidores, de los siervos, de los esclavos, de los predicadores y de los tripulantes estaban muertos.

Los portadores de la palabra revisaron una cubierta tras otra, una cámara tras otra, en busca de alguna señal de vida aparte de las suyas.

El destructor *Lamento de Orfeo* era una nave de ataque de menor tamaño que el *De Profundis*, un cazador esbelto y ágil, no una nave de asalto preparada para romper las líneas de combate enemigas como muchos de los cruceros astartes. La tripulación total la componían menos de mil humanos y servidores modificados, además de los cien astartes que llevaba embarcados; toda una compañía.

Quedaban noventa y siete portadores de la palabra con vida. Ninguno de los humanos había sobrevivido.

Tres de los astartes no se habían despertado, como había hecho el resto. Argel Tal ordenó que quemaran sus cuerpos y que los restos se lanzaran por una de las esclusas en cuanto la nave consiguiera salir de la tormenta de disformidad.

Cuando lo hiciera, si lo hacía.

Había señales por todas partes de cómo había sido el final de la tripulación. Argel Tal, que había crecido desprovisto de la capacidad de sentir miedo, no era inmune a la sensación de asco, ni sus genes impedían que fuera capaz de sentir remordimientos. Cada cadáver con el que se encontraba mostraba una mirada fija y sin vida y unas mandíbulas abiertas de par en par. Gritaban en silencio. Unos ojos hundidos y amarillentos lo miraban de forma acusadora a cada paso que daba.

—Deberíamos haberlos defendido de esto —murmuró en voz alta sin darse cuenta.

—No —le replicó Xaphen en un tono de voz que impedía cualquier discusión—. No eran más que recursos materiales de la legión. Cumplimos la tarea encomendada por la legión, y ellos fueron el precio que debimos pagar.

«No ha sido el único precio que hemos pagado», pensó Argel Tal

—Esta podredumbre… No lo entiendo —comentó el capitán.

Argel Tal aceleró el ritmo de sus zancadas a medida que avanzaba. Descubrió que cuanto más se acercaba al puente de mando, más a punto de echar a correr estaba. Una sensación de vigor lo inundó, un cambio muy bienvenido respecto a la debilidad que lo había embargado pocos minutos antes.

El ancho pasillo principal era una arteria vital que recorría toda la parte superior

del casco almenado de la nave como si fuera su espina dorsal. Estaba abarrotado a todas las horas del día y de la noche de miembros de la tripulación que se dirigían a sus tareas respectivas.

Ya no era así. En esos momentos, el pasillo se encontraba envuelto en el silencio, roto tan sólo por las pisadas de Argel Tal y los hermanos que estaban más cerca de él. Los cuerpos en descomposición yacían enflaquecidos y marchitos a lo largo de aquella cubierta. El aire rancio y seco procedente de los filtros de oxígeno de la nave los había convertido en cascarones ajados.

—Estos cuerpos llevan semanas pudriéndose —comentó Xaphen.

—No es posible —lo contradijo Malnor—. Sólo hemos permanecido inconscientes durante unos pocos minutos.

Xaphen se encontraba arrodillado junto al cadáver reseco de un servidor. Los implantes biónicos se habían separado de las extremidades orgánica, ya marchitas, y estaban en perfecto estado en el suelo. El capellán levantó la mirada.

—¿Inconscientes? —Negó con la cabeza—. No nos quedamos inconscientes. Sentí como mis dos corazones estallaban cuando las garras de esa bestia los estrujaron. Yo morí, Malnor. Todos morimos, que es lo que el demonio dijo que pasaría.

—Pues mis dos corazones laten ahora mismo —le replicó el sargento—. Lo mismo que los de todos nosotros.

Argel Tal vio lo mismo que ellos. Los signos vitales que aparecían en su visor no mentían.

—Ahora no es el momento —les dijo—. Tenemos que llegar al puente de mando.

Los guerreros se pusieron en marcha de nuevo y pasaron por encima de los cadáveres resecos, que eran cada vez más numerosos a medida que se acercaban al puente de mando.

Ochenta y un cuerpos los esperaban allí.

Yacían tirados en el suelo o encorvados en los asientos. Muchos de ellos se encontraban hechos un ovillo, en posición fetal, en diversos puntos de la cubierta. Otros estaban encogidos sobre sí mismos en sus puestos.

—Sabían lo que estaba ocurriendo —dijo Xaphen—. No sucedió con rapidez. Sintieron algo mientras morían.

Argel Tal titubeó delante del cuerpo retorcido de la capitana Janus Sylamor. Estaba encogida en su trono, como si en sus últimos momentos de vida hubiese intentado

escapar de algo que la acechaba. Sus rasgos hundidos, casi momificados, le dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Dolor. Lo que sintieron fue dolor —declaró.

Dagotal ya se había acercado a una de las consolas de control, de donde había apartado el cadáver de un oficial. El cuerpo se desplomó sobre el suelo, pero ni siquiera allí encontró descanso, ya que Xaphen empezó a estudiarlo con su cuchillo de combate y le abrió varios tajos para examinar sus entrañas.

Dagotal soltó un juramento en colchisiano barriobajero.

—Señor, yo piloto una motocicleta a reacción. No soy capaz de dirigir una nave de combate imperial. Ni siquiera podría hacerlo aunque dispusiera de los esclavos necesarios para proveer de combustible a las cámaras de combustión de los motores.

Argel Tal le dio la espalda a la momia de la capitana.

—Hazme un resumen general.

Su voz seguía sin sonarle bien. No sentía que fuera suya. No sonaba como siempre. Tuvo la misma sensación que si alguien dijera lo mismo al mismo tiempo que él en un coro burlón.

—Estamos a la deriva en mitad del espacio. —Dagotal ajustó unos cuantos mandos más, pero aquello no tuvo efecto alguno—. La mayoría de los sistemas siguen sin tener energía. El campo Geller sigue en funcionamiento, pero no disponemos de escudos de vacío ni de propulsión de plasma ni de armas de energía o de proyectiles. En la mitad de las cubiertas carecemos de soporte vital.

—¿Tenemos los propulsores de maniobra?

—Sí —le confirmó Dagotal, aunque con voz insegura—. Nos hemos desviado mucho empujados por las corrientes de la tormenta desde que paramos máquinas. Si tenemos en cuenta eso y la falta de propulsión de disformidad… Con los propulsores de disformidad tardaremos por lo menos tres meses en salir de la… nebulosa.

—No es una nebulosa —lo corrigió Xaphen con un murmullo—. Ya habéis visto lo que hay ahí fuera. No es una nebulosa.

—Lo que infiernos sea que es —le espetó Dagotal.

—«Infierno» es una buena palabra para describirlo —respondió a su vez Xaphen con otro murmullo, y siguió distraído con su tarea.

Argel Tal levantó el cuerpo de la capitana Sylamor del enorme trono de mando, ya que estaba pensado para un astartes, y lo depositó con cuidado en un extremo del puente. Luego regresó y se sentó. La armadura resonó al chocar contra la superficie

metálica del trono.

—Enciende los propulsores —le ordenó a Dagotal—. Cuanto antes empecemos, antes estaremos de vuelta con la flota.

—Desangrados —anunció Xaphen.

El capellán se puso en pie con el cuchillo todavía en la mano y dejó el cuerpo completamente desmembrado en el suelo. La autopsia del oficial de comunicaciones Amal Vrey no quedaría anotada en ningún registro oficial, pero no cabía discusión alguna en que había sido exhaustiva.

—Los cuerpos no albergan resto alguno de sangre —les informó Xaphen—. Algo les sacó la sangre de las venas y los mató a todos.

—¿Fue Ingethel?

—No, Ingethel estaba con nosotros. Fue uno de los suyos.

Uno de los suyos. En la mente dolorida de Argel Tal volvieron a sonar las palabras del demonio. «Sí. Es uno de los míos. Viene a por ti».

Sintió que algo se retorcía reptando en su interior. Algo se agitó y se enroscó alrededor de los huesos de sus brazos y de sus piernas para luego retorcerse a lo largo de su columna vertebral.

—Que todos los guerreros vengan al puente de mando —ordenó, y oyó el eco de su propia voz en la mente, un coro silencioso que se entremezcló con sus palabras—. Dagotal, sácanos de aquí —añadió.

La nave que salió cojeando de la tormenta de disformidad era muy distinta al noble navío imperial que había entrado en ella. Del campo Geller que la rodeaba, fino como una membrana, emanaba una niebla psíquica, y el lento giro que efectuó indicó a las claras que sufría daños en los sistemas de pilotaje y que tenía los estabilizadores dañados.

De sus torres de comunicación retorcidas surgía un mensaje repetido. Las palabras en idioma colchisiano eran prácticamente un zumbido a través del comunicador desajustado.

—Aquí el *Lamento de Orfeo*. Hemos sufrido bajas críticas y graves daños. Solicito extracción. Aquí el *Lamento de Orfeo*…

—Contacto restablecido con el *Lamento de Orfeo* —comunicó uno de los miembros

de la tripulación del puente de mando.

El lugar mostraba una actividad incesante. Era una colmena de oficiales, servidores, analistas y tripulantes de todo rango. Todos se afanaban alrededor de una plataforma central que se alzaba por encima de las consolas. Un gigante dorado vestido con una túnica de seda gris se encontraba de pie sobre el extremo superior de la plataforma, y desde allí observaba la pantalla del occulus. Su rostro, de rasgos tan parecidos a los de su padre, mostraba una expresión más suavizada de lo que jamás tendría el Emperador: Lorgar estaba a la vez intrigado e inquieto.

—¿Ya? —preguntó a la vez que miraba a los oficiales de la consola de comunicaciones.

—Mi señor… —lo llamó el comandante de augurios desde su puesto de mando entre monitores parpadeantes—. La nave ha sufrido daños… horribles.

El bullicio del puente de mando comenzó a acallarse a medida que más y más tripulantes veían la imagen que aparecía en el occulus: el *Lamento de Orfeo*, que flotaba impotente a la deriva.

—¿Cómo es posible? —Lorgar se inclinó sobre el pasamanos que rodeaba la plataforma elevada y sus dedos aferraron con fuerza el acero—. No puede ser.

—Recibo una señal de auxilio —dijo uno de los oficiales de comunicación—. Mi señor… Mi primarca… El *Lamento de Orfeo* ha sufrido bajas críticas. Lo que estamos recibiendo es un mensaje automático.

Lorgar se tapó la boca abierta con una mano, y fue incapaz de ocultar su inquietud en la misma situación que otro primarca habría mantenido una actitud estoica. Sus rasgos mostraban a las claras la intranquilidad que sentía y que había sustituido a la confusión que lo había invadido en los primeros instantes.

—Pon el mensaje por el altavoz, por favor —le pidió en voz baja.

La voz resonó cargada de estática y chirriando en todos los altavoces del puente de mando.

—… el *Lamento de Orfeo*. Hemos sufrido bajas críticas y graves daños. Solicito extracción. Aquí el *Lamento de Orfeo*…

—¿Cómo es posible? —preguntó de nuevo el primarca—. Comandante de comunicaciones, quiero enviar un mensaje a esa nave.

—A la orden, mi señor.

—Argel Tal. —El primarca susurró el nombre de su hijo—. Conozco esa voz. Era

Argel Tal.

El señor de la flota Baloc Torvus, que se encontraba a su lado, hizo un gesto de asentimiento, pero mantuvo una expresión neutra en el rostro, en contraste con el semblante del primarca.

—Así es, mi señor. Era él.

Tardaron tres minutos y medio en restablecer el contacto. Durante ese periodo de tiempo, el resto de las naves de la 1301.ª Expedición alzaron los escudos y activaron todas las baterías. Varias naves de remolque partieron de los hangares de la nave insignia dispuestas a traer al averiado *Lamento de Orfeo* de regreso con la demás naves.

Por fin, en el occulus apareció una imagen. En ella se veía el puente de mando de la otra nave. El contacto de audio llegó unos segundos después, precedido de una descarga de estática.

—¡Sangre del Emperador! —murmuró Lorgar al ver la imagen.

Argel Tal no llevaba puesto el casco. Su rostro estaba demacrado, y no era más que un espectro patético de su vitalidad habitual. Los ojos del capitán mostraban unos cercos oscuros producto de incontables noches sin sueño. El lado izquierdo de la cara lo tenía cubierto de manchas de sangre seca, y la armadura, o lo que quedaba de ella, estaba llena de marcas y de grietas, sin que se viera ni un solo pergamino sagrado.

El capitán, de pie sobre unas piernas inseguras, saludó al primarca. El golpe de su puño contra la placa pectoral apenas se oyó.

—Seguís… aquí —dijo con una voz que había perdido toda la fuerza.

Lorgar fue el que rompió el silencio.

—Hijo mío, ¿qué te ha ocurrido? ¿Qué locura es ésta?

Otras siluetas se movieron detrás de Argel Tal y se mostraron. Todos eran portadores de la palabra, y todos mostraban el mismo aspecto desastrado y debilitado que su comandante. Uno de ellos se dejó caer de rodillas mientras musitaba una serie de palabras inconexas para formar una plegaria sin sentido. El primarca tardó unos instantes en darse cuenta que era Xaphen, y sólo lo reconoció por la armadura negra hecha pedazos.

Argel Tal cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Mi señor, hemos regresado, tal y como nos ordenasteis.

Lorgar miró un momento a Torvus antes de volverse de nuevo hacia Argel Tal.

—Capitán, no hace ni sesenta segundos que os habéis marchado. Acabamos de

ver cómo el *Lamento* entraba en el límite de la tormenta. Habéis regresado menos de un minuto después de marcharos.

Argel Tal se rascó el rostro demacrado mientras negaba con la cabeza.

—No. No, no puede ser.

—Puede ser. —Lorgar lo miró fijamente—. Y lo es. Hijo, ¿qué te ha pasado?

—Siete meses —respondió el capitán mientras apoyaba un brazo en el trono de mando para mantenerse en pie—. Siete. Meses. Apenas quedamos cuarenta. No teníamos comida. Nos comimos a la tripulación… Tan sólo quedaban unos cuantos puñados de carne correosa y de huesos secos. No teníamos agua. Los tanques de agua potable se rompieron debido a los daños sufridos en la tormenta. Nos bebimos el promethium… el aceite de las armas… el refrigerante de motores… Mi señor, nos hemos matado los unos a los otros. Nos hemos bebido la sangre de los otros para mantenernos con vida.

Lorgar apartó la mirada lo suficiente para dirigirse a uno de los oficiales de comunicación.

—Traedlos. Sacad a mis hijos de esa nave —le ordenó en voz baja.

—¿Mi señor? ¿Mi señor?

—Estoy aquí, Argel Tal.

—El *Lamento* ha realizado su último vuelo. Sólo nos impulsamos con los propulsores de guiado.

—Ya estamos lanzando las Thunderhawk. Regresaremos todos juntos a espacio más seguro.

—Gracias, mi señor.

—Argel Tal… —Lorgar dudó un instante—. ¿Matasteis a la tripulación del *Lamento de Orfeo*?

—No. No, mi señor. Jamás lo hubiéramos hecho. Nos comimos sus cadáveres. Nos alimentamos como carroñeros, como los chacales del desierto de Colchis. Cualquier cosa con tal de sobrevivir. Teníamos que traeros las respuestas que queríais. Mi señor, por favor… Hay algo que debéis saber. Tenemos las respuestas a todas vuestras preguntas, incluida la más importante.

—Cuéntame —susurró el gigante dorado. No mostró vergüenza alguna por las lágrimas que le asomaban a los ojos al ver a sus hijos reducidos a… aquello—. Cuéntame, Argel Tal.

—Este lugar. Este sitio. Las generaciones futuras lo llamarán el Gran Ojo, el Ojo

del Terror, el *Occularis Terribus*. Le darán con voces atemorizadas un millar de nombres estúpidos a algo que serán incapaces de entender, pero teníais razón, mi señor. Aquí. —Argel Tal se calló un momento para señalar con una mano carente de fuerza la rugiente tormenta de disformidad que se veía a través de la ventana del puente de mando—. Aquí es donde los dioses y los mortales se encuentran.

No tardó en ser aislado, separado de sus hermanos.

Aquello no era de extrañar, pero también le habían quitado las armas «para efectuar las tareas de mantenimiento que tanto necesitan, hermano», y eso sí que era algo que no se había esperado. Todos se comportaban de un modo cauteloso con él. Los escoltas que lo habían acompañado a la cámara de meditación se habían mostrado tensos, reticentes a hablarle, dubitativos incluso a la hora de responderle a las preguntas más sencillas.

Jamás en la vida había sentido aquella desconfianza tan patente entre sus hermanos. Por supuesto, sabía cuál era el origen de todo aquello. La verdad nunca se podría esconder, y él no tenía ningún deseo de esconderla. Sí, era cierto, los supervivientes se habían comido a los humanos muertos. Sí, habían matado a sus propios hermanos, pero no por diversión. No por un ansia de gloria. Por pura supervivencia.

Para apagar una sed letal con el vino de sabor cobrizo que salía de las venas cortadas.

¿Qué otra elección tenían? ¿Morir? ¿Morir lejos de la flota, con las respuestas a todas las preguntas que se había hecho su primarca enterradas bajo sus labios muertos?

«Pero moriste. —Aquel pensamiento traicionero le surgió del fondo de la mente —. Moriste sin duda alguna».

Sí, así era. Había muerto antes de tener que comerse la piel correosa como el cuero de los cuerpos desangrados, antes de utilizar su daga para abrir el cuello a sus propios hermanos y beberse su vida para mantener la suya.

Así pues, algunos de ellos habían muerto dos veces. Una última muerte para alimentar las vidas de aquellos que sobrevivirían.

Del pecio en que se había convertido el *Lamento de Orfeo* salieron treinta y ocho portadores de la palabra. Treinta y ocho de cien. Mucho menos de la mitad de los efectivos de combate. La 7.ª Compañía había quedado destrozada.

Argel Tal inspiró tembloroso. Cada vez que cerraba los ojos veía la tormenta que rugía en el exterior. Diez millones de rostros aullaban su nombre en mitad del torbellino de mareas que chocaban entre sí en la disformidad. Vio cómo movían los labios, cómo le enseñaban los dientes, unos rostros formados por energías psíquicas en conflicto que se estrellaban contra la barrera que generaba el campo Geller de la nave. La sangre y la carne de los demonios sin forma física. La materia prima de las almas.

Exhaló y abrió los ojos.

Las paredes de su estancia personal, su pequeño santuario a bordo del *De Profundis* a lo largo de tantos años durante la Gran Cruzada, le parecían en esos momentos un lugar extraño. Era curioso darse cuenta de cómo siete meses eran capaces de cambiar tanto un alma. Bueno, siete meses y una mente llena de revelaciones desenfrenadas.

El cronómetro de la pared se burlaba de él mostrando una fecha más de medio año atrás, en el pasado. Las palabras del primarca habían sido una verdad no deseada: en el borde de la anomalía de la disformidad habían pasado tan sólo unos escasos segundos. En el interior, habían transcurrido meses.

Desprovisto de su armadura, el capitán examinó su cuerpo en el reflejo de la hoja de la daga, la única arma que le quedaba. Un espectro le devolvió la mirada, una criatura esquelética de ojos hundidos que estaba en el lado equivocado de la tumba.

Bajó el arma y permaneció a la espera de la visita que sabía no tardaría en llegar.

Con aquella actitud humilde, Lorgar jamás había tenido un aspecto más grandioso.

Se presentó ante Argel Tal sólo con la túnica de varias capas cubiertas de glifos bordados propia de un sencillo sacerdote de la Alianza. Llevaba puesta la capucha, lo que ocultaba en parte sus facciones. En las manos sostenía una pequeña caja de madera. La tapa de la caja estaba levantada, y en el interior se veían unas cuantas plumas de buitre preparadas como utensilio de escritura y varios frascos de tinta. También llevaba bajo el brazo unos rollos de papiro, donde pensaba anotar todas las palabras de su hijo. Cuando el primarca entró, Argel Tal vio las grandes siluetas de dos portadores de la palabra, hermanos del Sol Serrado pero no de la 7.ª Compañía. Ambos se quedaron montando guardia en la parte exterior de la puerta.

«Montando guardia en la parte exterior de la puerta».

—Padre, ¿estoy prisionero? —le preguntó al primarca.

Lorgar se bajó la capucha, lo que dejó a la vista su rostro eternamente juvenil y la sonrisa insegura que mostraban sus labios. En sus ojos grises se veía una mirada cargada de emoción, y no era agradable en modo alguno. Lamentaba lo que le había ocurrido a sus hijos. Lamentaba lo que estaba viendo en ese momento.

—No, Argel Tal. Por supuesto que no eres un prisionero.

Sus miradas se cruzaron en ese instante, y la sonrisa de Lorgar se quedó petrificada en sus labios perfectos.

—Los guardias que están en mi puerta sugieren lo contrario —le contestó Argel Tal.

Lorgar no le contestó. La hermosa caja de madera tallada se estrelló contra el suelo de metal. El sonido llamó la atención en el exterior, y la compuerta de la estancia se abrió de golpe. Dos guerreros de la 37.ª Compañía entraron y le apuntaron a la cabeza con sus bólters.

—¿Mi señor? —preguntaron ambos al unísono.

El primarca tampoco les contestó. Se mantuvo en un silencio fascinado y alargó una mano hasta casi tocar el rostro demacrado del capitán. Sin embargo, en el último momento, apartó la mano antes de que sus dedos tocaran la piel reseca de Argel Tal.

Ninguno de los dos había apartado la mirada: primarca y capitán, padre e hijo.

—Tienes dos almas —susurró Lorgar.

Argel Tal cerró los ojos para interrumpir el contacto visual. Algo, un centenar de «algos», le serpentearon por la sangre, culebrearon por sus venas, impulsados por los latidos de su corazón.

Por fin se puso en pie.

—Lo sé, padre.

—Cuéntamelo todo —le dijo el primarca—. Háblame de ese demonio y del mundo de las revelaciones. Cuéntame por qué mi hijo está ante mí con el alma partida en dos.



TRECE
PÚRPURA
PERDIDO EN LA TORMENTA
VOCES EN EL VACÍO

—Mil trescientos uno doce.

Argel Tal pronunció el código y sintió que la saliva ácida le escocía debajo de la lengua.

Mil trescientos uno doce, el duodécimo planeta en ser sometido por la 1301.ª Flota Expedicionaria.

—De los siete planetas que conquistamos en tres años, éste fue el más doloroso —declaró.

El primarca no se mostró en desacuerdo.

—Y sin embargo, no se derramó sangre alguna —le contestó Lorgar al cabo de unos momentos—. No efectuamos ni un solo disparo para destruir ni empuñamos la espada para atacar. El dolor surgió de la revelación.

—Tres años, mi señor —dijo Argel Tal, y apartó la mirada de los ojos de su padre—. Tres años y siete planetas. La historia hablará de esos mundos, de los cascarones vacíos que hemos dejado, y describirá cómo la XVII Legión desahogó la ira que la embargaba tras nuestro fracaso. Quemamos un mundo tras otro, y masacramos a sus poblaciones para saciar nuestra furia.

La sonrisa de Lorgar era falsa como el engañoso brillo de la pirita.

—¿Así es como tú ves nuestro Peregrinaje?

—No. Nunca. Pero siete planetas murieron bajo el fuego, y casi estábamos

destrozados después de partir del octavo.

La mirada gris de Lorgar se mantuvo imperturbable durante un instante. En esos momentos, lo que veía con su sexto sentido era el corazón de su hijo, y con ese sentido captó la segunda alma que se estaba gestando allí dentro.

—Dejemos ya este recuerdo sentimental. —El tono de voz de Lorgar evidenció la impaciencia que sentía—. Háblame del mundo que encontramos.

—¿Recordáis el momento en que llegamos por primera vez a su órbita? —le preguntó Argel Tal.

El suelo retemblaba de un modo muy concreto.

Xi-Nu 73 procesó aquel hecho. El ruido sordo de la cubierta de la nave bajo sus pies metálicos tenía un ritmo particular. No era el flujo arrítmico del viaje por la disformidad, ni el temblor constante de los propulsores de maniobra. En vez de eso, los murmullos que le recorrían los huesos artificiales eran débiles y sonaban como un maravilloso metrónomo.

En órbita.

En órbita, por fin.

El último viaje había sido muy largo. Xi-Nu 73 no era un ser dado a entregarse a especulaciones que fueran más allá del presente, pero las proyecciones que había calculado eran sombrías. Las tormentas de la disformidad que habían azotado a la flota sin duda habrían destruido más naves, aparte de las tres de las que ya tenía constancia, si hubieran seguido más allá de aquel planeta.

Xi-Nu 73 había oído a uno de los sirvientes comentarle a otro que «la tormenta se estaba lanzando de cabeza contra los escudos de la nave», y había reprendido al operario por conferir unos atributos humanos a un sujeto inapropiado. Esa antropomorfización disminuiría las oportunidades de un futuro ascenso del sirviente dentro del Mechanicum.

Era sin duda una tormenta muy violenta, pero no existía pasión, ni furia, ni intención alguna en las mareas de la disformidad.

Las demás cubiertas del *De Profundis* estaban repletas de actividad con los tripulantes humanos y los astartes preparándose para desembarcar en el planeta.

Xi-Nu 73 era prácticamente inmune a la química cerebral necesaria para sentir ese entusiasmo, ya que se había reconfigurado para no experimentar esa sensación. En vez de eso, se concentró por completo en sus tareas, que estimulaban los centros de placer

de su cerebro, una cantidad diminuta por cada subrutina realizada con precisión absoluta y eficiencia ergonómica.

Sus dedos, los quince que tenía repartidos entre las tres manos mecánicas, estaban atareados en el cuenco blindado del cráneo de Alizarino. Estaba llevando a cabo el proceso de reestructuración de los glóbulos de bioplástico, cada uno goteante con los fluidos ricos en nutrientes, que albergaba la cabeza del robot. Cada tracto de glóbulos transmisores tenía que quedar fijado y sellado en su lugar, para luego conectarlo a los sistemas secundarios que controlaban, además de los dispositivos de seguridad en los que confiaban para hacer frente a los incidentes provocados por los daños sufridos en combate. Ésos eran los componentes de la mente robótica: una inteligencia que imitaba la vida, desarrollada en un laboratorio genético para ser utilizada en un cuerpo mecánico.

El olor que salía del cuenco de fluido cerebroespinal artificial era un hedor repugnantemente especiado que recordaba a las cebollas podridas, aunque, por supuesto, Xi-Nu 73 se había modificado a sí mismo para ser inmune también a aquello. Sólo sabía de la existencia de aquel olor porque sus sensores perceptivos no dejaban de suministrar datos a sus retinas, donde describían el hedor mediante una serie de cadenas anodinas de códigos binarios.

A pesar de lo intrincado de la tarea, Xi-Nu 73 siempre reservaba un cinco por ciento de media de su concentración en supervisar el entorno que lo rodeaba. Lo primero que captaron sus sistemas sensores internos, que percibían el mundo a su alrededor mediante ecolocalización, fue la puerta del taller al abrirse, y luego el movimiento de alguien que atravesaba la estancia. La figura emitía una señal de energía inconfundible: la armadura Mark III de un astartes.

Varias señales se unieron a la primera. Eran cinco astartes en total.

Todos aquellos detalles aparecieron como símbolos rúnicos parpadeantes en el monitor visual de Xi-Nu 73. Les prestó poca atención, ya que tenía los dedos inmersos en aquel pegajoso fluido orgánico mientras conectaba diminutos cables de interconexión en las esferas segmentadas de bioplástico. Cada esfera formaba parte del programa del córtex, y cada uno de los enlaces de fibra óptica simulaba una serie de sinapsis.

Los astartes tuvieron la educación de no interrumpirlo. Esperaron los tres punto treinta y dos minutos que tardó en terminar aquella fase de mantenimiento. Un pulso de satisfacción recorrió el núcleo de datos de Xi-Nu 73. Los receptores de placer

apagados se activaron. Había terminado la tarea.

El adepto del Mechanicum se dio por fin la vuelta y quedó de espalda a la mesa de trabajo. De cada uno de sus quince dedos metálicos caía un hilo de líquido pegajoso.

—Subcomandante —lo saludó, haciendo caso omiso de los sargentos veteranos que acompañaban a Argel Tal y sin hacer la leve reverencia formal que solían realizar los tripulantes humanos de la nave—. Os encontráis aquí presente para comenzar los preparativos de Púrpura.

Argel Tal llevaba puesta la armadura, listo para desembarcar en el planeta, lo mismo que los astartes que lo acompañaban. Dagotal, Malnor y Torgal llevaban la armadura de color gris granito propia de la legión, mientras que la de Xaphen era de color negro.

—Ha llegado el momento —le contestó Argel Tal.

Las tres lentes de Xi-Nu 73 tardaron unos cuantos segundos en enfocarse correctamente.

—Por aquí —le contestó el adepto.

Los guerreros siguieron al sacerdote máquina hacia la cámara de luces rojas que se encontraba al otro lado.

Xi-Nu 73 no sentía ninguna clase de vergüenza por la aceptación y la inclusión de *Púrpura* en las filas de la Legión de los Portadores de la Palabra. Un honor semejante era equivalente a los mayores elogios y galardones de la Legio Cibernética, y una prueba evidente de la maestría del adepto al mando. Aquella máquina poseía un espíritu de intensidad feroz y era merecedora de un reconocimiento.

Lo que ocurría era que desde que había entrado a formar parte del Sol Serrado, desde que habían grabado el símbolo del capítulo en su frente, el Conquistador Primus del Noveno Manípulo era un tanto más… errático. El espíritu de la máquina tenía la propensión errónea de actuar de un modo impredecible, y eso era inaceptable.

Aquello no tenía sentido ni siquiera para un veterano como Xi-Nu 73 si no atendía a las sospechas más profundas y sombrías que lo acosaban. Había efectuado varios cientos de diagnósticos, tal y como le exigía la meticulosidad de su de deber, pero las discrepancias… ¿los fallos?, ¿las aberraciones?, del córtex de *Púrpura* reaparecían después de cada sesión de mantenimiento.

En una ocasión, que no estaba dispuesto a repetir nunca, Xi-Nu 73 había corrido el riesgo mayor y más grave, y había purgado el cerebro bioplástico de *Púrpura*.

Después de vaciar todo rastro de materia del cuenco del cráneo del robot, había reconstruido el córtex a lo largo de cuatro meses utilizando piezas de repuesto que había limpiado ritualmente después de sacarlas de los almacenes de suministros.

El robot tenía un cerebro nuevo, y a pesar de ello, a pesar de ello estaba…

Bueno, aquello era otro problema. El lenguaje de códigos de Marte carecía de la descripción adecuada para resumir el problema. Xi-Nu 73 se había atrevido a conjeturar que el término humano más adecuado para describir la situación era que el Conquistador Primus estaba gafado. Lo consideró un síntoma más de su asignación, no sólo a la 1301.ª Expedición, sino a la propia Legión de los Portadores de la Palabra.

Las máquinas de guerra y las tripulaciones de técnicos expertos de la cohorte Carthage estaban repartidos por las numerosas flotas de los Portadores de la Palabra en vez de viajar a bordo de sus propias naves del Mechanicum, tal y como ocurría con las legiones de titanes. Se había hecho así debido a la insistencia de Lorgar. Varios decenios antes, cuando la Legio Cibernética contactó por primera vez con el señor de los Portadores de la Palabra, el primarca había hecho la generosa oferta de modificar las naves astartes para que fueran capaces de albergar las necesidades especiales de sus nuevos aliados del Mechanicum.

«Todos somos hermanos bajo la mirada del mismo dios», le había dicho al Fabricador General durante su primera visita a la superficie de Marte. Al parecer, no pasó mucho tiempo antes de que lograran un acuerdo. La Cohorte Carthage, uno de los ejércitos más orgullosos de la Legio Cibernética, marcharía al combate al lado de la XVII Legión y habitaría en las entrañas de sus naves.

Xi-Nu 73 no estaba presente el día en el que se juró aquel antiguo pacto, ni siquiera había nacido en aquella época, y eso contribuía a las dudas que sentía sobre la veracidad de aquellos acontecimientos. La razón por la que Xi-Nu 73 no la cogitó como una verdad pura bajo su percepción era muy simple: a pesar de lo útil que era la Cohorte Carthage para los Portadores de la Palabra, lo cierto era que a los astartes no les gustaba el elemento del Mechanicum que albergaban en su seno. Así de sencillo. Las relaciones eran más frías que cordiales, incluso si se tenía en cuenta la inhumanidad del Mechanicum respecto a ese concepto.

Se decía que existían otras legiones que actuaban de un modo más armonioso con el culto cibernético de Marte, sobre todo los benditos Manos de Hierro y los indestructibles Guerreros de Hierro. Ambas legiones disfrutaban del respeto enormemente valioso del Mechanicum desde los primeros días que unieron sus

fuerzas bajo la cruzada del Emperador de Terra.

Sin embargo, con el paso del tiempo, Xi-Nu 73, quien humildemente había conseguido ascender hasta supervisar un manípulo de cuatro robots, se había dado cuenta de que los Portadores de la Palabra no eran iguales que sus hermanos astartes. Otros que poseían el mismo rango que él compartían esa opinión en las escasas ocasiones en las que establecía contacto con ellos.

A medida que las flotas se separaban tras la partida de Colchis, después la última gran reunión celebrada tres años atrás, el contacto se hacía más difícil entre los distintos manípulos de la cohorte. Las señales de los comunicadores no lograban cruzar unas distancias tan vastas, y se rumoreaba que hasta las transmisiones astropáticas eran cada vez menos fiables, aunque Xi-Nu 73 no podía confirmarlo, ya que carecía de esa capacidad.

El problema principal que Xi-Nu 73 tenía respecto a los Portadores de la Palabra era su naturaleza fundamentalmente orgánica. Para resumirlo: eran «demasiado» humanos. Valoraban mucho los aspectos débiles de cualquier ser, como la fe, y se centraban en la carne y el alma en vez de alcanzar la trascendencia mediante la unión con el Dios Máquina. Los impulsaban las emociones más que la lógica, lo que afectaba a sus decisiones tácticas y a los propios objetivos de la Gran Cruzada.

Lo más revelador era que muchos guerreros del Sol Serrado se mostraban incómodos cuando los adeptos del Mechanicum estaban cerca de ellos, como si siempre estuvieran a punto de lanzarles una acusación o de formular una queja de extrema gravedad.

Demasiado humanos. Ése era el problema. Eran demasiado emocionales, demasiado impulsados por una fe instintiva y una dicción elocuente. Demasiado humanos, lo que provocaba un alejamiento entre los dos elementos de la flota.

La excepción a ese alejamiento era un motivo de inquietud para Xi-Nu 73, ya que esa excepción era el propio Conquistador Primus.

Púrpura, bendito fuera su espíritu valiente, gozaba de un sincero respeto entre los Portadores de la Palabra.

De hecho, incluso lo llamaban hermano.

Condujo a los astartes hacia la cámara de preparación, donde sus robots estaban recibiendo los últimos rituales antes de ser despertados una vez más. Las tres máquinas blindadas permanecían de pie en un silencio imperturbable, atendidas por

los sirvientes del Mechanicum, todos ellos bajo la supervisión de Xi-Nu 73. Dos de los técnicos cubiertos con túnicas estaban izando el cañón láser que Bermellón llevaba montado a la espalda. Hacían que subiera por los raíles que lo llevaban hasta su montura final en el hombro del Catafracto para determinar la fluidez del movimiento en el recorrido que lo llevaba hasta esa posición final de disparo.

Sanguíneo, el Cruzado gemelo del desgarbado *Alizarino*, ya casi estaba preparado. El retumbante chasquido metálico de los cargadores automáticos en funcionamiento reverberó por toda la cámara cuando el cañón que llevaba acoplado en el hombro almacenó nuevas tandas de munición. Los servidores engrasaron las diferentes articulaciones. Se les había permitido acercarse a la máquina de guerra sólo después de que las tareas más vitales habían finalizado.

Púrpura los estaba esperando.

Aquel detalle provocó una inquietud irritantemente humana en los procesos lógicos de Xi-Nu 73. Todavía faltaban por instalar los tejidos con la programación de combate del robot, y entonces *Púrpura* ya estaría preparado para el despliegue. Sin embargo, allí estaba: la lectura anómala de las pautas cerebrales. Un pico de atención en lo que, por lo demás, era un registro plano en su cognición. Aquel destello de percepción, unido a un leve ajuste de sus receptores visuales, sólo ocurría en presencia de los Portadores de la Palabra.

Al igual que un animal reconocía de forma instintiva a los suyos, *Púrpura* sabía cuándo se encontraban cerca los guerreros de la XVII Legión.

Ése era el motivo por el que Xi-Nu 73 sentía dañado su orgullo. El córtex del robot no debería ser capaz de realizar ese nivel de reconocimiento sin tener instalados los tejidos de programación de combate. No debería ser capaz de distinguir entre aquello que era un objetivo y aquello que no lo era, sin ver diferencia alguna entre astartes, soldados humanos, alienígenas o cualquier otra cosa.

De hecho, no debería poder percibir nada más aparte de la presencia de las paredes y el suelo, con la comprensión operativa mínima para no chocar contra nada. Sin embargo, el robot había estado esperando aquel momento. Xi-Nu 73 captó la anomalía en los sensores de *Púrpura* cuando el Conquistador Primus reconoció a los portadores de la palabra que tenía delante.

—*Púrpura* —dijo Argel Tal.

La voz del capitán interfirió en la línea de razonamiento codificada del adepto. El subcomandante no llevaba puesto el casco de combate, y Xi-Nu 73 vio que alzaba la

mirada hacia la gran máquina de guerra. El guerrero desenrolló un pergamino con gran reverencia y comenzó a leer.

—Como guerrero de la XVII Legión Astartes, los Portadores de la Palabra, una hermandad nacida en Colchis y nacida en Terra, ¿juras combatir en nombre de Lorgar con el corazón y con el alma, con el cuerpo y con la sangre, hasta que el mundo que se encuentra bajo nosotros, denominado Uno Tres Cero Uno Nueve, quede sometido legalmente al Imperio de la Humanidad?

Púrpura se mantuvo en silencio. Argel Tal sonrió y no apartó la mirada.

—*Púrpura* cumplirá el juramento tal y como está escrito —dijo Xi-Nu 73, que se encontraba a su lado.

El astartes continuó hablando como si el adepto ni siquiera estuviera allí.

—*Púrpura*, tu juramento del momento será presenciado por…

—Dagotal.

—Torgal.

—Malnor.

—Xaphen.

—… y confirmado por mí, Argel Tal, subcomandante del Sol Serrado.

El capitán fijó el pergamino en una de las placas de blindaje colocándolo sobre unos ganchos diseñados especialmente para ello. Los cinco astartes llevaban unos pergaminos similares unidos a las hombreras.

El orgullo de Xi-Nu 73 tenía que hacer frente a una irritación que no lo abandonaba. Alabado fuera el Omnissiah por la bendición que suponía la aceptación de su Conquistador Primus en las filas de una legión astartes, pero maldita fuera la influencia que semejante lealtad provocaba en su córtex.

Una vez finalizado el ritual, los astartes saludaron dándose un golpe sobre la zona del corazón primario y luego salieron de la cámara. Tiempo atrás, los guerreros hubieran hecho el signo del aquila a modo de saludo, pero Xi-Nu 73 no los había visto hacer el saludo imperial desde la humillación que la legión había sufrido tres años antes.

El adepto enfocó la mirada de sus tres lentes en la enorme forma de su máquina de guerra preferida, de pie en mitad de la cámara iluminada de rojo.

—Me pregunto a quién serías más leal.

Púrpura no le contestó. Se mantuvo igual que estaba desde hacía horas: en silencio, a la espera de que llegara la siguiente batalla.

La nave se estremeció de nuevo. Incluso estando en órbita, el vacío que rodeaba aquel nuevo planeta estaba cargado de energía de la disformidad, y en ocasiones, algunos de esos pulsos energéticos rozaban el fuselaje de la nave. Xi-Nu 73 también había bloqueado parte de sus funciones cerebrales para reducir el enorme potencial de su imaginación humana, pero a pesar de ello, no pudo dejar de pensar que el chirrido de la tormenta al chocar contra el caso sonaba igual que… unas garras.

Almacenó aquel sonido en los archivos lobulares y prosiguió con sus tareas, tan sólo interrumpido de vez en cuando por el sonido de unas zarpas que arañaban el casco metálico.

Sin duda alguna, la Dama Bendita necesitaba ponerse alguna ropa.

Alargó una mano a ciegas por encima del borde de la cama y comenzó a palpar el suelo. Siguió buscando hasta que encontró su túnica. Cyrene ya se la estaba poniendo por la cabeza cuando notó que los brazos de Arric la rodeaban por la espalda.

—Todavía es temprano —le dijo, susurrándole las palabras en el cuello.

—En realidad, creo que ya llegas tarde. Eso no era el toque de llamada del amanecer. Era la señal del mediodía.

—No me gastes esas bromas —le contestó él, abrazándola con más fuerza.

—No es broma —insistió Cyrene mientras se pasaba los dedos por el cabello sin hacer caso de los de Arric, que ya le recorrían el cuerpo—. De verdad que no.

Arric se bajó rodando de la cama.

—Mieeeerda… —exclamó en voz baja, y luego repitió el mismo concepto una serie de veces, pero en distintos idiomas.

Estar enamorada de un oficial a veces resultaba muy educativo, sobre todo de uno que podía soltar maldiciones en dieciocho dialectos del gótico.

—Mierda —dijo por último, acabando así la retahíla con la misma palabra con la que la había empezado—. Tengo que irme. Joder, ¿dónde está mi sable?

Cyrene se volvió hacia él sin verlo.

—Creo que acabó debajo de la cama. Lo oí deslizarse por el suelo ayer por la noche.

—¿Qué haría sin ti? —Arric sacó arrastrando el sable de debajo de la cama y se colocó el cinturón alrededor de la chaqueta sin abotonar del uniforme—. Volveré luego.

—Lo sé.

—Hoy bajamos al planeta —le dijo Arric, como si ella no lo supiera. La nave se estremeció alrededor de ellos, y Cyrene alargó una mano hacia la pared para mantenerse erguida.

—Lo sé —dijo de nuevo.

—Aunque con esta tormenta…

—Lo sé —repitió una vez más.

—¿Qué pinta tengo?

Arric dijo aquello con una sonrisa. Siempre disfrutaba con aquel pequeño ritual, el primero que habían establecido entre ambos. Ella solía sonreírle a su vez, pero no lo hizo en esa ocasión.

—La de alguien que va a llegar tarde a una reunión con el mando de la flota. Vete ya.

Argel Tal saludó con un gesto de asentimiento al mayor Jesmetine cuando el oficial humano entró a trompicones por las puertas que ya se cerraban.

—Ya he llegado. Lo conseguí —exclamó.

Su uniforme ocre, que lo señalaba como un oficial del 54.ª de Infantería de Euchar, no pasaría la revisión de un desfile sin un serio arreglo previo. Tenía el cabello negro en un estado semejante, y tampoco se había afeitado esa mañana.

Contempló a los demás oficiales que se habían reunido en la sala de planificación. Todos se hallaban alrededor de una enorme mesa central. Eran cuarenta hombres, mujeres y astartes, a los que a él le gustaba llamar «posthumanos», y los cuarenta se volvieron para mirarlo a su vez.

Los globos de iluminación de la cámara, situados por encima de ellos, parpadearon cuando la nave se estremeció de nuevo.

—Siento el retraso —repitió el mayor.

Varios de los presentes movieron la cabeza en un gesto de desaprobación, y se oyeron unos cuantos murmullos de irritación. El oficial se sentó en uno de los pocos sitios libres que quedaban en la mesa, al lado de un capitán de los Portadores de la Palabra. El profundo zumbido procedente de las articulaciones de la armadura del guerrero le resonaba con fuerza en los oídos hasta provocarle una sensación dolorosa. Lo que le dificultó enormemente oír las voces de los demás.

—Me alegro de que hayas podido reunirte con nosotros, Arric —le dijo el comandante de la flota, Baloc Torvus, mientras lo miraba con el entrecejo fruncido

desde el otro lado de la mesa—. Como iba diciendo…

—Le pido disculpas —lo interrumpió de nuevo el mayor—. Los servidores de la cubierta D se están afanando con los… giroembragues del… ascensor. La verdad es que ha sido una pesadilla. Tuve que venir a toda prisa por el camino más largo.

La figura con armadura que se encontraba casi al otro lado de la cámara, el señor del capítulo Deumos, propinó un puñetazo sobre la mesa.

—Cállate, idiota —le gruñó.

—Lo siento, señor —se disculpó Arric al mismo tiempo que lo saludaba con un golpe de puño en el pecho, el saludo previo a la Gran Cruzada, en vez de con el signo del aquila.

Xi-Nu 73 giró su cabeza encapuchada con un sonido repiqueteante de engranajes.

—No existe ningún componente de la construcción de la nave que responda al término «giroembrague» —comentó.

Arric miró al tecnoadepto y entrecerró los ojos. «Muchas gracias», pensó.

El señor del capítulo volvió a hablar con un gruñido.

—Soy muy consciente de que el mayor Jesmetine ha mentido desde que puso un pie en la sala, y con muy poca habilidad, además. Torvus, ve a los detalles. Tenemos un planeta que someter.

Torvus comenzó el resumen de la situación, y detalló las masas terrestres, los cálculos estimados de población y la disposición de las fuerzas. Las gentes de 1301-12 eran un pueblo primitivo, pero toda la flota expedicionaria se estaba preparando para la batalla: los contingentes del ejército, las compañías de astartes, las fuerzas del Mechanicum… Todos.

Todo dependía del primer contacto.

Arric siguió escuchando los datos que ya había estudiado en los informes oficiales. Se dio cuenta de que el capitán de los Portadores de la Palabra que estaba sentado a su lado lo miraba.

—¿Es que te has peinado con los pies? —le preguntó Argel Tal.

Las puertas se abrieron deslizándose hacia los lados antes de que Arric tuviera tiempo de contestarle, pero la respuesta no habría sido educada. El primarca entró en la sala de reuniones ataviado con una armadura ceremonial de cota de malla y una placa pectoral de marfil tallado.

—Amigos míos, por favor, aceptad mis disculpas más sinceras por mi llegada tardía. —Lorgar les sonrió a todos con una expresión afable antes de sentarse en la

cabecera de la mesa—. Confío en que todo estará dispuesto para desembarcar en el planeta, ¿verdad?

Todos los comandantes allí reunidos le aseguraron que así era. Lorgar escuchó uno por uno todos sus informes, resplandeciente con su armadura ceremonial de caudillo de la Alianza.

—Mi señor —le dijo uno de ellos cuando se acabaron los informes.

—Habla, Argel Tal.

—Todavía queda un asunto que me preocupa. Ya han pasado tres semanas. —El capitán siguió hablando sin hacer caso de los murmullos que comenzaron a oírse—. ¿Dónde está el *Devoción Interminable*?

Lorgar apoyó sus manos de color dorado en la mesa y se inclinó hacia adelante. Todos los presentes se dieron cuenta de lo mucho que le costó pronunciar la respuesta.

—Se ha perdido en la tormenta. Lloraremos la pérdida de la tripulación y de la de nuestros hermanos que iban a bordo. Es una insensatez mantener la esperanza de su regreso.

—Mi señor… —Argel Tal no estaba en absoluto convencido—. ¿Ni siquiera vamos a intentar encontrarlos? Una nave perdida en la tormenta es una tragedia, pero tres… Aureliano, por favor, la expedición está en peligro. Debemos buscarlos.

—¿Cómo? ¿En la disformidad?

La nave se vio sacudida por otro estremecimiento, y este último duró varios segundos. Lorgar sonrió con tristeza, sin duda amargamente complacido por el oportuno temblor que había sufrido el crucero de batalla.

—Incluso las mareas secundarias provocadas por esta tormenta son terribles. ¿De verdad quieres adentrarte en la disformidad para buscar tres átomos en un torbellino?

—Ordenaré a los astrópatas que lo intenten de nuevo —insistió Argel Tal—. Si consiguen encontrar a su contrapartida correspondiente en la *Devoción*…

—Hijo mío —lo interrumpió el primarca al mismo tiempo que movía la cabeza en un gesto negativo—. Tu compasión te honra enormemente, pero no podemos detener el Peregrinaje por la pérdida de una nave de combate. La disformidad es un poder cruel. ¿Cuántas naves ha perdido el Imperio en sus mareas a lo largo de la Gran Cruzada? ¿Cientos? Es posible que incluso hayan sido más de mil.

El mayor Arric tecleó unos cuantos botones de su placa de datos.

—Nos encontramos en la frontera, y todos somos conscientes de ello. No vendrán

refuerzos en nuestra ayuda por muy alto y fuerte que los pidamos. ¿Cada cuánto recibimos mensajes de las demás flotas?

—El tiempo que pasa entre dos contactos aumenta de forma exponencial —dijo Phi-44—. La última transmisión astropática procedente de la flota principal de lord Kor Phaeron se recibió hace cuatro meses.

El siguiente en hablar fue Xaphen.

—El último mensaje del primer capitán contenía mapas estelares actualizados que mostraban la expansión de los Portadores de la Palabra por el borde de la galaxia y una lista de los planetas que se ha conseguido someter. También incluye su agradecimiento más sincero por las ocho mil palabras más y las tres referencias pictográficas que podrán añadir a las copias de su flota del *Libro de Lorgar*.

El primarca soltó una breve risa, pero no dijo nada.

Xaphen siguió hablando.

—La expedición imperial más cercana a nosotros es la 3855.ª Flota, y está a casi un año de vuelo a través de la disformidad.

—¿Qué capítulos forman parte de esa flota? —quiso saber Deumos.

—El Rostro Ensangrentado y la Luna Creciente —le confirmó Phi-44—. Y el dato ofrecido por el capellán Xaphen no es correcto. La 3855.ª Flota se encuentra a una distancia de entre trece y quince meses, dependiendo de las fluctuaciones de la disformidad.

Todos se quedaron en silencio.

—Un año —dijo Lorgar—. Fijaos en lo lejos que hemos llegado para servir como los ojos de la humanidad en lo más oscuro. Ningún otro ciudadano imperial ha llegado hasta aquí, ni se ha alejado tanto de Terra y de los territorios que se han conquistado.

Un año. Argel Tal se sintió consternado ante aquel modo de expresar las distancias. Se encontraban a más de un año de distancia de sus hermanos más cercanos, e incluso más lejos todavía del territorio propiamente imperial.

—Así pues, estamos total y absolutamente solos —declaró Arric, expresando en voz alta los pensamientos del capitán.

La nave subrayó sus temores con otro fuerte temblor.

—Mi señor… —empezó a decir de nuevo Argel Tal.

—Basta, hijo mío. —El primarca lo interrumpió con un leve gesto de la mano—. ¿Maestre Delvir? ¿Podéis ofrecerle al capitán Argel Tal el consuelo que busca?

El señor de los astrópatas era un individuo casi cadavérico de ojos acuosos. Llevaba puesta una túnica de color gris apagado que le colgaba de los hombros formando ondulaciones de terciopelo. Miró a su alrededor con la expresión de un perro apaleado cuando se dio cuenta de que cada vez más rostros se volvían hacia él.

—Nuestros augurios son… Es decir… Nuestros sentidos son… Soy capaz de oír el planeta al que nos estamos acercando. Es difícil expresarlo con palabras.

Lorgar carraspeó para atraer la atención de aquel individuo.

—¿Maestre Delvir?

—¿Mi señor? —le preguntó el individuo con su voz susurrante.

—Aquí estás entre iguales. Entre amigos. Todos comprendemos muy bien las presiones a las que te has visto sometido debido a la tormenta. No te pongas nervioso ni dudes a la hora de explicarnos los detalles.

Shosa Delvir, maestre de los astrópatas, le hizo una reverencia sin demasiada elegancia, pero fue sincera. Lorgar le devolvió el saludo con una breve inclinación de cabeza.

—A veces… —empezó a explicar el astrópata con lentitud—. A veces, la casualidad hace que una flota imperial llegue a uno de los planetas perdidos de la humanidad. Esas ocasiones son escasas y motivo de alegría. En la mayoría de las ocasiones nos guiamos por los pocos mapas estelares antiguos que sobrevivieron al caos de la Vieja Noche y las guerras de Unificación que asolaron Terra. Sin embargo, cuando confían en nosotros, cuando piden la ayuda del coro astropático… Lo explicaré lo mejor que pueda.

—Ése fue el primer momento en el que noté que se me helaba la sangre —dijo Argel Tal mientras observaba cómo su padre escribía todas sus palabras—. Allí, mientras estábamos anclados sobre el planeta, cuando el astrópata nos explicó cómo él y los suyos veían a través de la tormenta.

Lorgar asintió.

—Fue el momento en el que por primera vez supe que estábamos llegando al final del Peregrinaje —dijo.

—Hay algo de verdad en eso —replicó el capitán con un suspiro.

Ya no se miraban a los ojos mientras Argel Tal hablaba. El único acompañamiento a las palabras del capitán era el suave chirrido de la pluma contra el pergamino.

El maestre de los astrópatas tan sólo titubeó un instante.

—Oímos voces en el vacío. Un mundo es una colmena llena de sonidos, con un zumbido parecido al de las langostas o las moscas, pero que resuena muy, muy lejos. Siempre es difícil captar un nuevo mundo en el infinito del espacio. El Imperio es un océano de silencio, y sólo la concentración más intensa nos permite oír el zumbido de la conciencia humana. Imagínense bajo el agua de un gran océano. Todos los sonidos están amortiguados y el silencio es tremendamente opresivo. Ahora intenten captar voces en esa nada, cuando lo único que son capaces de oír es el latido de su propio corazón.

—Mi señor —lo interrumpió Deumos—. ¿Debemos escuchar toda esta prosa simplona?

La respuesta de Lorgar fue llevarse un dedo dorado a los labios, que todavía sonreían.

—Deja que el maestre Delvir hable. Creo que sus palabras son iluminadoras.

El astrópata siguió con su explicación, pero evitando la mirada de todos los presentes.

—Si uno se concentra demasiado en buscar las voces, se olvidará de nadar. Se ahogará. Si dedica todas sus energías a nadar para llegar hasta la superficie y respirar de nuevo…, no oirá ninguno de los sonidos del océano.

—Hay que buscar un equilibrio. Eso no suena fácil —comentó Argel Tal.

—No lo es, pero ninguno de los presentes en esta cámara tiene tampoco una existencia fácil.

El astrópata hizo una reverencia respetuosa a los guerreros allí reunidos. Muchos de ellos le respondieron con un saludo. Argel Tal fue uno de ellos. Le gustaba aquel individuo pequeño y delgado.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —le preguntó el capitán, y éste sintió la mirada del primarca fija sobre él.

—Esta región del espacio no se parece en nada a cualquier otra que hayamos visto a lo largo de nuestros viajes. La disformidad se comporta de un modo salvaje, y nuestras naves se ven sacudidas por las feroces mareas de energías etéreas.

—Todos hemos visto alguna tormenta de disformidad —comentó Lorgar.

El brillo de sus ojos grises lo decía todo: él ya sabía todo aquello. Lo que estaba haciendo era guiar la charla del astrópata para que el psíquico explicara la situación a los distintos comandantes de la flota.

—Esto es diferente, mi señor. Esta tormenta tiene voz. Un millón de voces.

Era indudable que había captado la atención de todos los presentes en el consejo. A Argel Tal la pareció que la saliva era veneno cuando tragó un poco de ella. Siguiendo un impulso pulsó el código de activación del proyector hololítico de la mesa.

Apareció una imagen parpadeante de la región del espacio en la que se encontraban. Los cientos de soles y sus correspondientes sistemas planetarios brillaron encima de la mesa central. Era imposible no darse cuenta de cuál era el problema.

—Esa zona de allí… —indicó el astrópata con un gesto—. Si el coro cierra los ojos y profundiza en ella con sus sentidos internos… lo único que oímos son gritos.

La zona era enorme. Mucho más que enorme. Cubría una extensión equivalente a cientos y cientos de sistemas solares, y tenía un aspecto horrible incluso en la imagen hololítica. La anomalía de la disformidad tenía el aspecto de una niebla gaseosa que manchaba las estrellas y que se enroscaba alrededor de un núcleo central de energía burbujeante y rugiente.

—¿A alguien más le recuerda un ojo cuando lo mira? ¿Un ojo en mitad del espacio? —preguntó Arric Jesmetine en voz alta.

Muchos asintieron mostrándose de acuerdo. Lorgar no lo hizo.

—No —le replicó el primarca—. Lo que yo veo es una génesis. Ése es el aspecto que tienen las galaxias cuando nacen. Mi hermano Magnus me mostró cosas parecidas en el salón de Leng, en la hermosa Terra. La diferencia es que este… nacimiento… no es físico. Esto es el fantasma de una galaxia. Todos vosotros veis un ojo, o una espiral. Ambas ideas son correctas, y ambas están equivocadas. Eso es la huella psíquica de un acontecimiento estelar increíble. Fue lo suficientemente potente como para desgarrar el propio vacío espacial y permitir que la disformidad fluyera en la galaxia corpórea.

El astrópata asintió con los ojos llenos de gratitud al ver que el primarca había utilizado las palabras de las que él carecía.

—Eso es lo mismo que nosotros creemos, mi señor, que no se trata de una simple tormenta de disformidad. Estamos convencidos de que es la mayor tormenta de disformidad que jamás haya existido, y que lleva tanto tiempo azotando el espacio que ahora ya satura la realidad física. Toda la región es al mismo tiempo espacio y no espacio, disformidad y realidad a la vez.

—Algo… —Lorgar se quedó observando fijamente al cielo manchado, con la mirada perdida en la lejanía—. Eso es un aborto. Algo casi nació en este lugar.

Argel Tal carraspeó.

—¿Mí señor?

—No es nada importante, hijo mío. Tan sólo una idea pasajera. Por favor, maestre Delvir, continúa.

El astrópata tenía poco más que decir.

—Las tormentas que han azotado a nuestra flota a lo largo de los viajes que hemos realizado estas últimas semanas emanan de esta región. El espacio alrededor de 1301-12 es relativamente estable, pero piensen en las tormentas a las que tuvimos que enfrentarnos para llegar a este punto de estabilidad. Esa misma tormenta cubre miles de sistemas estelares a nuestro alrededor. Si nos salimos de este estrecho pasillo, la descarga de energía con la que nos encontraríamos sería…

Delvir bajó la voz poco a poco hasta callarse. Lorgar lo miró con severidad.

—Sigue —le ordenó el primarca.

—Se trata de un viejo concepto que se utilizaba en Terra, mi señor. Lo que quería decir es que la tormenta es apocalíptica.

—¿Qué quiere decir eso? —quiso saber Argel Tal.

Fue Xaphen quien le contestó.

—La condenación. El final de todas las cosas. Una leyenda muy, muy antigua —dijo, y el concepto pareció divertirle.

—Si la tormenta no son más que aullidos, ¿cómo pudimos encontrar este mundo? —preguntó Argel Tal, volviéndose de nuevo hacia Delvir—. ¿Cómo pudimos oír la vida que albergaba?

El astrópata inspiró una temblorosa bocanada de aire.

—Porque hay algo en ese planeta que tenemos debajo que nos gritó con más fuerza todavía.

—Algo… —repitió el capitán—. Algo, no alguien.

El astrópata asintió.

—No me pidan que se lo explique, porque no puedo. Suena humano, pero no lo es. Del mismo modo que ustedes oyen el acento de un guerrero y saben que procede de otra parte de su planeta natal, el coro astropático es capaz de oír algo inhumano gritando en una lengua humana.

Lorgar cortó la discusión con un gesto brusco de la mano.

—Esta región no ha sido explorada y carece de nombre. ¿Qué naves perdimos en el viaje a través de la disformidad?

Phi-44 contestó antes de que le diera tiempo a hacerlo al señor de la flota.

—El *Devoción Interminable*, el *Gregoriano* y el *Escudo de Scarus*.

Los portadores de la palabra presentes en la cámara inclinaron la cabeza como muestra de respeto. El *Escudo* era el crucero de ataque del propio capitán Scarus y de su compañía, la 52.ª. Su pérdida era un golpe terrible para el Sol Serrado, que de repente había visto reducidas sus fuerzas en una tercera parte simplemente por un capricho de la disformidad.

—Muy bien —declaró Lorgar—. Quiero que os aseguréis de que toda la cartografía estelar queda actualizada y que se envíen los nuevos registros a Terra. Esta región será conocida a partir de ahora como el sector Scarus.

—¿Vamos a desembarcar en el planeta, mi señor? —le preguntó Deumos.

El primarca sacó con un cuidado infinito un pergamino enrollado que estaba guardado en el interior de un tubo de madera que llevaba al cinto. Luego lo desenrolló sin ninguna clase de prisa y, finalmente, le dio la vuelta para que todos lo vieran. En el pergamino habían pintado con carboncillo una mancha en espiral. Todos la reconocieron de inmediato. Ya la tenían delante de ellos: era la mancha que cubría las estrellas.

Otra violenta sacudida hizo que la nave se estremeciera una vez más mientras los comandantes miraban el pergamino. Las luces de emergencia lo tiñeron todo de rojo durante varios segundos, y la imagen hololítica parpadeó antes de desvanecerse. Argel Tal volvió a pulsar el código de activación cuando se recuperó la energía.

La imagen apareció de nuevo, aunque de un modo intermitente y poco fiable.

—Qué tormenta más cabrona —musitó el mayor Jesmetine. Unos cuantos murmullos de asentimiento fueron toda la respuesta que consiguió.

—Esto lo dibujé de memoria —explicó a los presentes, mirándolos a los ojos uno a uno—. Pero mis portadores de la palabra ya lo habrán reconocido.

—El empíreo —dijeron todos los oficiales de la legión casi al unísono.

—La Puerta del Cielo —corrigió Xaphen—, sacada de los antiguos pergaminos.

—Nos han convocado aquí —declaró Lorgar con voz baja y clara que no mostraba la más mínima sombra de duda—. Algo llamó al coro astropático a través de la tormenta. Algo quería que acabáramos aquí, y hay algo que nos espera en el planeta que tenemos ahí debajo.

El astrópata perdió las formas, posiblemente por primera vez en toda su vida tranquila y protegida.

—¿Cómo… cómo lo sabéis con certeza? —tartamudeó a través de sus labios pálidos.

Lorgar dejó que el pergamino cayera sobre la mesa. Algo parecido a la furia le ardía en la mirada.

—Porque yo también he oído los gritos, y no es cierto que no diga nada. Algo en ese planeta está gritando mi nombre en mitad de la tormenta psíquica.



CATORCE
OJOS VIOLETAS
DOS VOCES
RESPUESTAS

Argel Tal contempló su reflejo en la taza de agua. Unos dedos finos tocaron la agreste geografía de su rostro. Fue igual que acariciar una calavera.

Lorgar no levantó la mirada del pergamino que estaba escribiendo.

—El descenso al planeta —dijo el capitán.

Ojos de color violeta.

Era la única desviación aparente de la raza humana corriente. La gente miraba con ojos de color violeta a los emisarios procedentes de las estrellas. Los que recibieron a Lorgar y a sus hijos eran unos bárbaros vestidos con pieles que blandían lanzas rematadas por puntas de pedernal.

Sin embargo, aquellas gentes primitivas apenas mostraron temor. Se acercaron a la zona de aterrizaje de los Portadores de la Palabra como una horda desorganizada, dividida en tribus, y cada hueste portaba en alto los estandartes de pellejo y los tótems de huesos animales que indicaban su lealtad a los diferentes espíritus y demonios pertenecientes a la fe de ese planeta.

Lorgar se había llevado un grupo pequeño consigo para realizar el primer contacto con los humanos de 1301-12. El resto de la flota se mantenía preparada y a la espera en la órbita, pero el primarca prefería organizar el primer encuentro de manera que

resultara algo más sencillo.

A su lado se encontraba Deumos, el señor del Sol Serrado, con los capitanes Argel Tal y Tsar Quorel, de la 7.ª y la 39.ª compañías respectivamente. Los dos capitanes habían bajado junto a sus capellanes, cada uno de los cuales tenía en la mano el crozius, listo para ser utilizado. Detrás de ellos aguardaba una figura esquelética cubierta con una túnica. En la penumbra del interior de la capucha se veía el brillo de los tres ojos mecánicos de Xi-Nu 73, quien observaba con atención todo lo que ocurría. *Púrpura* estaba a su lado, a la espera e inmóvil, pero de él emanaba una sensación de amenaza a pesar de que no movía ni un sólo engranaje.

Tan sólo una figura se mantenía apartada del grupo, un individuo protegido por una armadura dorada que empuñaba en una mano una alabarda de forja exquisita: Vendatha, el custodio. No habían conseguido convencer a Aquillon de que no hacía falta que uno de sus hermanos los acompañara. El Occuli Imperator había dejado bien claro que al menos uno de sus guerreros debía acompañar en todo momento al primarca en los casos de primer contacto.

La cresta roja del casco del custodio se agitaba con el viento, lo mismo que los pergaminos fijados a las armaduras de los portadores de la palabra. Se mantenía cerca de Argel Tal. En todo el tiempo que Vendatha llevaba en la flota, ninguno de los demás astartes presentes había mostrado ni hacia él ni hacia los demás custodios la más mínima señal de respeto, y mucho menos de amistad.

Detrás de todo el grupo estaba posada una Thunderhawk. Era del color gris granito común en las cañoneras de la legión, ya que el Stormbird dorado de Lorgar se había quedado en la 47.ª Flota Expedicionaria. El primarca no echaba de menos su nave, aunque ya habían pasado tres años desde la última vez que la había usado. El aspecto ostentoso de la nave siempre le había parecido más cercano a un alarde de boato que a la verdadera grandeza. ¡Que el relamido de Fulgrim adornara sus máquinas de combate como si fueran obras de arte! El gusto de Lorgar no se centraba en detalles tan pueriles.

—Mirad sus ojos. Todos los tienen de color violeta —comentó Xaphen.

—Mira hacia arriba —le dijo el primarca en voz baja.

Xaphen le obedeció, y todos hicieron lo mismo. La tormenta de disformidad que azotaba la región ocupaba prácticamente todo el cielo nocturno. Era una mancha en forma de espiral de tonos rojos y púrpura que los miraba como si fuera un ojo incapaz de parpadear.

—¿La tormenta? —inquirió Vendatha—. ¿Sus ojos son de color violeta por la tormenta?

Lorgar hizo un gesto de asentimiento.

—Los ha cambiado.

Xaphen se echó al hombro el crozius mientras seguía contemplando el cielo.

—Sé que la disformidad es capaz de infectar a los psíquicos con la mutación de la carne si sus mentes no son suficientemente poderosas, pero ¿a los humanos normales también?

—Son impuros —los interrumpió Vendatha—. Estos bárbaros son mutantes… —señaló con la lanza a las tribus que se les acercaban—… y debemos destruirlos.

Argel Tal miró hacia su izquierda, donde se encontraba el custodio, quien ya había bajado la alabarda para apuntar hacia los bárbaros.

—¿Es que esto no te fascina, Ven? Nos encontramos en un mundo que se encuentra en el borde mismo de la mayor tormenta de disformidad que jamás se haya visto, y su población acude a nosotros con unos ojos del mismo color que ese espacio torturado. ¿Cómo puedes condenarlos antes siquiera de preguntarte por qué ha ocurrido?

—Esa propia impureza es la respuesta —le replicó el guerrero dorado, que se negó a entrar en debate alguno sobre el asunto—. Primarca Lorgar, debemos purificar este planeta.

Lorgar ni siquiera miró al custodio, y se limitó a suspirar antes de contestarle.

—Hablaré con esta gente, y seré yo quien juzgue sus vidas. Puras, impuras, correctas o incorrectas. Lo único que quiero son respuestas. —Son impuros.

—No voy a aniquilar a toda la población de un planeta porque el perro de la guerra de mi padre se quejó del color de sus ojos.

—El Occuli Imperator sabrá de todo esto —le prometió Vendatha—. Lo mismo que el Emperador, amado por todos.

El primarca miró una última vez al cielo llameante.

—Ni el Emperador ni el Imperio olvidarán jamás lo que hoy aprenderemos aquí. De eso te puedo dar mi palabra, Vendatha.

El primero de los bárbaros se acercó a ellos.

Era una mujer, y llevaba colgada de los hombros una descolorida capa de color marrón oscuro, que parecía pesar como el cuero mal curtido y que estaba cosida con

un hilo burdo de color negro. Tenía los ojos, con aquellas pupilas violetas, hermosas e inquietantes, rodeados de pintura blanca que le recorría todo el rostro formando runas tribales. Para Vendatha, aquellos símbolos no significaban nada.

Pero la capa sí.

—Son unos salvajes… —musitó el custodio por el canal de comunicación cerrado —. Es piel humana. Secada, curada y lucida como si fuera una capa de honor.

—Lo sé. Baja el arma, Ven —le replicó Argel Tal.

—¿Cómo puede Lorgar hablar con estas criaturas? Son despellejadores, bárbaros, mutantes. Se cubren la piel con glifos sin sentido.

—Tienen sentido —lo contradijo el capitán.

—¿Es que eres capaz de leer esas runas?

—Por supuesto. Es colchisiano —le informó el capitán, aunque por el tono de voz parecía distraído.

—¿Qué? ¿Y qué es lo que dice?

El portador de la palabra no le contestó.

Lorgar hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo respetuoso.

La jefa de los bárbaros, que se encontraba a la cabeza de un centenar de personas, todas ataviadas con los mismos harapos y armaduras de aquel inquietante «cuero», no mostró emoción alguna. Había más tribus que se acercaban convergiendo en el lugar, procedentes de varios puntos de la llanura, pero todas se mantuvieron a una distancia respetable, quizás en deferencia a la joven con el cabello negro azabache.

Los cráneos que llevaba atados al cinturón repiquetearon al chocar entre sí mientras caminaba. A pesar de que la cabeza tan sólo le llegaba a la altura de la cintura del primarca, la mujer parecía completamente tranquila cuando alzó sus ojos mutados para enfrentarse a la mirada de Lorgar.

Cuando habló, el fuerte acento y las sílabas secas y cortadas no lograron ocultar en qué idioma hablaba. Había evolucionado mucho a partir de las raíces protogóticas, pero los imperiales lo reconocieron, unos con mayor dificultad que otros.

—Saludos —les dijo la bárbara—. Os hemos estado esperando, Lorgar Aureliano.

El primarca no dejó traslucir la sensación de sorpresa que lo invadió.

—Sabes mi nombre, y hablas colchisiano.

La joven asintió, pero parecía más disfrutar de la profunda voz del primarca que afirmar las palabras que había pronunciado.

—Hemos esperado muchos años, y ahora, por fin, caminas por nuestro suelo. Se había predicho que sería esta noche. Mirad al este y al oeste, al norte y al sur. Llegan las tribus. Los que hablan con los dioses así lo exigieron, y los caudillos obedecieron. Los caudillos siempre hacen caso de lo que dicen los chamanes. Sus voces son las voces de los dioses.

El primarca estudió con atención la multitud en busca de alguno de aquellos respetados ancianos tribales.

—¿Cómo es que hablas la lengua de mi planeta natal? —le preguntó a la joven.

—Yo hablo la lengua de mi planeta natal —le replicó la chamán—. Tú también la hablas.

A pesar del cielo en llamas y de las sorpresas que llevaba consigo la joven, Lorgar sonrió ante aquel punto muerto.

—Soy Lorgar, como dijiste, aunque sólo mis hijos me llaman Aureliano.

—Lorgar. Un nombre bendito. El hijo favorecido por el Panteón Verdadero.

El primarca siguió hablando con voz despreocupada, pero lo hizo poniendo gran atención. No quería que ningún detalle pudiera estropear aquel primer contacto. El control lo era todo, todo lo que importaba.

—No tengo cuatro padres, amiga mía, y no nací de mujer. Soy hijo del Emperador de la Humanidad, y de nadie más.

Ella se echó a reír, y la melodía de aquel sonido fue arrastrada por el viento.

—Los hijos no sólo nacen, también se pueden adoptar. Los hijos se pueden criar, no sólo concebir. Eres el hijo favorecido de los Cuatro. Tu primer padre te despreció, pero tus cuatro padres están orgullosos de ti. Muy orgullosos. Los que hablan con los dioses nos lo han dicho, y ellos siempre dicen la verdad.

Lorgar sintió que la expresión despreocupada de su rostro estaba a punto de descomponerse. Los portadores de la palabra lo notaron, aunque los humanos no fueran capaces de hacerlo.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy Ingethel la Elegida —le contestó ella con una sonrisa que era todo inocencia y amabilidad—. Pronto seré Ingethel de la Consagración. Soy vuestra guía, ungida por los dioses. —La bárbara señaló con un gesto la llanura que los rodeaba, como si aquello contuviera todo el planeta, y, de forma reveladora, incluyó el espacio azotado por la disformidad—. Y este planeta —y al decir esto abrió los brazos de par en par en un gesto lleno de benevolencia— es Cadia.

Fue un primer contacto realmente único en varios sentidos.

Era la primera vez que a los imperiales se los recibía de aquella manera. Jamás habían conocido a una cultura primitiva que no sólo les diera la bienvenida, sino que además no mostraran miedo alguno ante los enormes guerreros con armadura que caminaban entre ellos. La Thunderhawk sí les llamó la atención, aunque el primarca advirtió a Ingethel que las armas del vehículo estaban activadas y que las manejaban los servidores de la legión, quienes abrirían fuego si los cadianos se acercaban demasiado.

Ingethel indicó a los curiosos que se apartaran de la cañonera. El idioma en que les habló era ágil y florido, con una cadena de palabras innecesarias que adornaban cada frase. Sólo cuando se dirigía a Lorgar y a su séquito parecía despojar al lenguaje de todos los elementos accesorios para reducirlo a su núcleo básico en busca de la brevedad y la claridad, cuando era evidente que hablaba colchisiano en vez de cadiano.

Lorgar hizo que su hijo dejara de hablar al lanzarle una mirada llena de preocupación.

—Gruñes al mismo tiempo que hablas —le advirtió el primarca.

—No lo hago a propósito, mi señor.

—Lo sé. Tu voz está tan dividida como tu alma. Veo tu espíritu con mis sentidos psíquicos, veo que son dos los rostros que me miran, cuatro ojos y dos sonrisas. Nadie más podría saberlo, excepto quizás mi hermano Magnus. Pero cualquiera no tendría más que oírte para saber la verdad. Los oídos mortales sabrán qué te ocurre, Argel Tal. Debes aprender a ocultarlo mejor.

El capitán titubeó.

—Estaba convencido de que me mataríais después de contaros todo esto.

—Es una posibilidad, hijo mío, pero no disfrutaría con ello si tengo que hacer que te maten.

—¿Van a purgar al Sol Serrado de los archivos de la legión?

Antes de contestar, Lorgar derramó un poco de arena polvorienta en el pergamino para ayudar a secar la tinta de las palabras que acaba de escribir.

—¿Por qué me preguntas algo así?

—Porque de los trescientos guerreros orgullosos y fieles que lo componían, quedan menos de cien con vida. De las tres compañías, sólo una se mantiene

operativa. Deumos está muerto. Lo mataron en Cadia. A un centenar de nuestros hermanos los perdimos en la tormenta cuando la disformidad destruyó el *Escudo de Scarus*, y ahora, mi compañía regresa destrozada y… cambiada.

—El Sol Serrado siempre será una enseñanza para la legión, sin importar cómo acabe el Peregrinaje —le aseguró Lorgar—. Hay ciertas cosas que no deben olvidarse jamás.

Argel Tal inspiró profundamente, y cuando exhaló, se oyó un sonido susurrante. Algo se reía.

—No quiero hablar de Cadia, mi señor. Vos ya sabéis todo lo que ocurrió en la superficie del planeta: las noches de discusión con Ingethel y los ancianos de las tribus; las comparaciones que hicimos entre nuestras cartas estelares y sus primitivos mapas del espacio; las pictografías del Ojo del Terror y cómo las imágenes de la tormenta que realizaron los cadianos coincidían con la forma que tenía el empíreo en los pergaminos de la Vieja Fe. —Argel Tal se echó a reír, aunque aquel sonido carecía de toda alegría—. Como si necesitáramos más pruebas.

Lorgar lo observaba con atención.

—¿Qué ocurre, mi señor?

—La tormenta que azota este subsector. La has llamado el Ojo del Terror.

Argel Tal se quedó inmóvil.

—Es… Sí. Así es como la llamarán en el futuro. Cuando se abra más en el vacío, cuando el tembloroso Imperio la considere el infierno de la propia galaxia. El nombre melodramático que le darán los marineros del espacio al misterio más grande del vacío. Así lo anotarán a mano en los mapas y lo registrarán digitalmente en los bancos de datos de la cartografía estelar. La humanidad le pondrá ese nombre lo mismo que un niño bautiza a sus propios miedos.

—Argel Tal.

—¿Sí, mi señor?

—¿Quién me está hablando ahora mismo? Ésa no es tu voz.

El capitán abrió los ojos. No recordaba haberlos cerrado.

—No tiene nombre.

Lorgar no le contestó de inmediato.

—Creo que sí lo tiene. Tiene una identidad, tan fuerte como la tuya, pero está adormecido. Noto cómo se dispersa en tu interior. Lo estás absorbiendo en las células de tu cuerpo como…

El primarca se quedó callado de nuevo. Argel Tal se había preguntado a menudo cómo sería ver la vida en todos los niveles posibles, incluido el genético, la vida y la muerte de miles de millones de células apenas mensurables. ¿Todos los primarcas eran capaces de percibir su entorno de esa manera? ¿O sólo el suyo? No tenía ni idea.

—Os pido disculpas, mi señor. Mantendré abiertos los ojos —le aseguró al primarca.

Lorgar comenzó a respirar con mayor rapidez. Ningún humano normal hubiera sido capaz de captar la diferencia en los latidos del corazón del primarca, pero los sentidos de Argel Tal eran más agudos que los de cualquier humano. De hecho, eran más agudos incluso que la percepción habitual en un astartes. Era capaz de oír los crujidos más leves provocados por la tensión en las paredes metálicas de la estancia, la respiración de los astartes que montaban guardia al otro lado de la compuerta sellada, el repiqueteo de las patas de un insecto en el conducto de ventilación.

Ya había notado esa agudeza sensorial con anterioridad. Había sido a bordo del *Lamento de Orfeo*, a lo largo de los siete meses de navegar a la deriva que había durado su intento de escapar del Ojo. Lo cierto era que la sensación le había asaltado en numerosas ocasiones, pero en ningún momento con tanta fuerza como cuando se bebía la sangre de un hermano para saciar la sed que lo invadía.

—En tu interior veo dos almas enfrentadas, y la violencia que hay detrás de tus ojos, pero me pregunto si estás maldecido o bendecido —le confesó el primarca.

Argel Tal sonrió con una boca en la que había demasiados dientes. No era su sonrisa.

—La diferencia que existe entre los dioses y los demonios depende sobre todo del lado en que uno se encuentre en ese momento.

Lorgar anotó aquellas palabras.

—Háblame de la última noche en Cadia —le dijo al capitán—. Después de los debates religiosos y las reuniones tribales. No me interesa repetir las semanas de investigación y los rituales que se celebraron en nuestro honor. Los bancos de datos de la flota están repletos de pruebas que demuestran que este planeta, como muchos otros, comparte una unidad con la Vieja Fe.

Argel Tal se pasó la lengua por los dientes. Seguía sin ser su sonrisa.

—Ninguno tanto como Cadia.

—No. Ninguno tanto como Cadia.

—¿Qué es lo que quieres saber, Lorgar?

El primarca se calló al oír que su hijo pronunciaba su nombre de un modo tan poco respetuoso y despreocupado.

—¿Quién eres? —le preguntó, sin sentirse amenazado ni temeroso, pero sí inquieto.

—Nosotros. Yo. Somos Argel Tal. Yo. Yo soy Argel Tal.

—Hablas con dos voces.

—Soy Argel Tal —repitió el capitán con los dientes apretados—. Preguntad lo que queráis, mi señor. No tengo nada que ocultar.

—La última noche en Cadia. La noche que Ingethel fue consagrada.

—Esto es hechicería pagana —declaró Vendatha.

—Yo no creo en la hechicería —le replicó Argel Tal—. Y tú tampoco deberías creer.

Sus voces resonaron en el interior de la cámara del templo, que no era más que una estancia excavada en la roca y que formaba parte de un entramado de cavernas subterráneas. Al no existir estructuras levantadas por los humanos en la superficie de Cadia, el templo del Ojo era mucho menos grandioso de lo que sugería su nombre. Las cuevas y los ríos subterráneos formaban una basílica natural debajo de la llanura septentrional donde había aterrizado la nave de la legión.

—Este planeta es un paraíso —comentó Vendatha—. Me parece increíble que tantas tribus vengan a vivir a estas tierras casi baldías.

Argel Tal ya había oído antes ese comentario. Vendatha, con su carácter directo y estoico, había estudiado las pictografías orbitales con tanta frecuencia como el capitán de los Portadores de la Palabra. Cadia era un planeta con bosques templados, grandes praderas, océanos llenos de vida y tierra cultivable. Sin embargo, era allí, en un rincón lúgubre del hemisferio norte, donde la población nómada se reunía en masa para sobrevivir a duras penas en aquellas llanuras áridas.

Xaphen caminaba por el pasillo de piedra junto a Argel Tal y al custodio. La construcción del templo era tan basta como se podía esperar de una cultura primitiva, y las paredes inclinadas mostraban las marcas en la roca de las piquetas de los mineros y de las otras herramientas de excavación. Sin embargo, las cámaras mostraban cierta decoración. Todas las paredes estaban cubiertas de pictografías y glifos, con símbolos y murales pintados con carbón junto a signos grabados que no tenían apenas sentido para Vendatha.

Lo cierto era que muchos de ellos hacían que le dolieran los ojos. Por todas partes había una serie de estrellas desiguales y dentadas, lo mismo que unos largos párrafos repetitivos escritos en una lengua desconocida, pero cuya estructura en las frases indicaba claramente que se trataba de versos. También eran muy comunes los bocetos del Gran Ojo, que era como los cadianos llamaban a la tormenta de disformidad.

En los soportes colocados en los huecos abiertos en las paredes a intervalos irregulares ardían unas teas formadas por varios palos unidos, lo que hacía que los pasillos estuviesen cargados de humo. En resumen: Vendatha había estado en lugares mucho más agradables. Maldijo en silencio a Aquillon por hacerlo bajar a la superficie.

—No es difícil comprender por qué vienen aquí cuando uno entiende la fe —comentó el capellán.

—La fe es una ficción —rezongó Vendatha.

Argel Tal jamás había apostado en su vida. Era algo que estaba en contra del código monástico de la legión, ya que hacerlo indicaba una predilección por la riqueza material que no tenía sentido en un guerrero de corazón puro. Sin embargo, no habría sido demasiado arriesgado apostar que aquella era la expresión que Vendatha solía decir más a menudo.

—El concepto de fe tiene significados distintos para personas diferentes —comentó Argel Tal.

Fue un intento bastante débil de acabar con la tensa discusión que notaba comenzaba a fraguarse entre ellos dos. Por supuesto, no lo logró, tal y como se temía que ocurriría.

—La fe es una ficción —repitió Vendatha, pero Xaphen no cejó, animado al tener un público obligado.

—La fe es lo que hace a esta gente venir hasta aquí. Por eso su templo se encuentra en este lugar. Las estrellas están alineadas de forma correcta en este sitio, y ellos creen que eso los ayuda en los rituales. Las constelaciones marcan los hogares de los dioses en las estrellas.

—Magia pagana —insistió Vendatha, que comenzó a enfadarse.

—Colchis, antes de la llegada del Imperio, era muy parecido a esto, ¿lo sabías? —Xaphen no pareció dispuesto a dejarlo—. Estos ritos no son muy distintos a los que llevaban a cabo las generaciones anteriores a la llegada de Lorgar. Los colchisianos siempre han concedido una gran importancia a las estrellas.

Vendatha negó con la cabeza.

—No añadas una superstición insensata a la lista de agravios que tengo contra ti, capellán.

—Ya basta, Ven. —Argel Tal no estaba de humor para que los dos se enzarzaran en otro debate sobre la naturaleza de la psique humana y la corrupción que representaba la fe religiosa—. Ahora no, por favor.

Mientras que Argel Tal había creado un cierto vínculo con el contingente de custodios a lo largo de los tres años anteriores, y a menudo practicaba con ellos en las jaulas de entrenamiento, a Xaphen parecía divertirlo de un modo retorcido provocarlos siempre que podía. Las discusiones filosóficas casi siempre acababan con Vendatha o Aquillon obligados a salir de la estancia para no golpear al capellán. Xaphen consideraba aquellos momentos una gran victoria personal, y disfrutaba como un anciano cascarrabias de la situación.

—Si las estrellas son tan valiosas para ellos, ¿por qué se esconden bajo tierra? —preguntó el custodio, con la voz chasqueante a través de los altavoces del casco.

—¿Por qué no se lo preguntas esta noche? —le contestó Xaphen con una sonrisa.

Los tres siguieron caminando, y el silencio duró unos bienvenidos instantes.

—Oigo cánticos —dijo el custodio con un suspiro—. Por el Emperador, esto es una locura.

Argel Tal también los oía. Los niveles inferiores se hundían hacia las profundidades de la tierra, pero la gruesa piedra transmitía los sonidos con una facilidad engañosa. Entrar en las cavernas del templo era oír risas, pasos, plegarias y sollozos a todas horas del día y de la noche.

En uno de aquellos niveles inferiores se estaba celebrando un ritual.

—Llevo semanas viendo cómo agarráis esos pergaminos y parloteáis con los cadianos en su propia lengua.

—Es colchisiano —le contestó Argel Tal al mismo tiempo que pasaba los dedos del guantelete a lo largo de la imagen trazada con carbón de lo que parecía ser un primarca. El dibujo era muy primitivo, pero mostraba a una figura vestida con una túnica al lado de otra figura ataviada con cota de malla y a la que le faltaba un ojo. Se encontraban sobre una torre, sobre un campo de flores de color apagado.

No era la primera imagen de ese tipo que Argel Tal había visto, pero siempre le llamaban la atención. Los siervos de la flota habían aterrizado en gran número y se habían puesto a la tarea de explorar las cuevas cadianas para tomar referencias

pictográficas de todas y cada una de las marcas y de los símbolos que encontraran.

—¿Así es cómo vuestra legión se arrepiente de haberle fallado al Emperador? —les preguntó Vendatha—. Después de tantos planetas sometidos, me atreví a cambiar de opinión sobre vosotros. Monarchia era un pecado del pasado. Hasta Aquillon pensaba lo mismo. Y ahora llegamos aquí y todo se estropea de nuevo cuando os ponéis a parlotear con estos desgraciados en un idioma alienígena.

—Es colchisiano —le contestó Argel Tal, quien se negó a dejarse provocar.

—Puede que no conozca muy bien vuestra monótona lengua, pero sé lo suficiente —le replicó Vendatha—. Lo que sale de los labios de los cadianos no es colchisiano. Tampoco lo es esta escritura. No se parece a nada. Sus raíces ni siquiera son protogóticas.

—Es colchisiano —le insistió Argel Tal—. Es arcaico, pero es colchisiano.

Vendatha dejó aquel viejo tema de discusión. Ya había informado a Aquillon de la situación, y el jefe de los custodios había bajado a la superficie para verlo todo por sí mismo. Aquillon hablaba con fluidez el colchisiano, pero tenía que esforzarse por entender a los cadianos, lo mismo que le ocurría a Vendatha. Los servidores cognitivos que habían bajado desde la órbita tenían las mismas dificultades. Ninguno de los descodificadores lingüísticos lograba obtener algún sentido del lenguaje rúnico.

—Quizás somos la legión escogida —aventuró Xaphen—. Sólo los que tienen la sangre de Lorgar Aureliano serán capaces de hablar y de comprender la más sagrada de todas las lenguas.

—Te encantaría que eso fuera verdad, ¿a que sí? —le gruñó Vendatha.

Xaphen se limitó a sonreírle por toda contestación.

El custodio se encontraba de muy mal humor debido a sus últimos fracasos en todos los intentos por descifrar los garabatos que había en las paredes de las cuevas.

—¿Qué es lo que dice en éste? —preguntó al mismo tiempo que señalaba un verso escogido al azar escrito en la irregular pared rocosa.

Argel Tal miró el texto y vio que se trataba de otro fragmento del mismo tipo de poesía que ya habían encontrado antes. Era algo simple, más una forma de lírica torpe que un cántico reverencial. Ya conocía a aquellos cadianos que hablaban con los dioses, así que lo más probable era que aquello se tratara de la obra de un chamán enloquecido con narcóticos alucinógenos que hubiera salpicado la pared con un chorro de su iluminación momentánea.

... ofrecemos nuestras plegarias a aquellos que hacen, para que vuelvan

su mirada hacia nosotros, y nos concedan el don del dolor, para hacer que la galaxia se vuelva roja con la sangre, y satisfacer el hambre de los dioses.

—No es más que otro párrafo de mala poesía —le explicó a Vendatha.

—No soy capaz de leer una sola palabra.

—Es un texto completamente carente de cualquier belleza —le contestó Xaphen con una sonrisa—. No te estás perdiendo nada importante de una cultura avanzada.

—¿No os preocupa que no sea capaz de leer esto? —les insistió el custodio.

—No sé qué contestarte —le replicó Argel Tal—. Es el escrito enloquecido de un chamán que murió hace mucho tiempo. Se basa en la fe de los cadianos en otros dioses, pero el significado me resulta tan desconocido a mí como lo es para ti. No sé nada más.

—¿Es que las semanas que pasaste con los bárbaros en su ciudad de tiendas no ha sido suficiente, Argel Tal? ¿Ahora debes atender a la adoración supersticiosa de unos individuos primitivos e ignorantes?

—Ven, me estás dando dolor de cabeza —le contestó Argel Tal sin apenas prestarle atención.

La pantalla de su visor indicaba la última vez que había dormido. Ya habían pasado más de cuatro días. Los cónclaves con los cadianos absorbían mucho tiempo, ya que los Portadores de la Palabra no dejaban de estudiar las escrituras humanas y discutir sus relaciones con las viejas costumbres de Colchis. Lorgar y los capellanes soportaban el grueso de los esfuerzos diplomáticos y de investigación, pero Argel Tal se encontró con buena parte de su tiempo ocupado con numerosos jefes tribales que suplicaban su atención.

—Confieso que esperaba que la legión evitaría la… estupidez de esta noche.

—El primarca ordenó que estuviéramos presentes. Así que estaremos presentes —le replicó Xaphen.

El sonido de los tambores lejanos aumentó de volumen a medida que los tres guerreros bajaban por los peldaños de piedra tallados de forma burda.

—Habéis aceptado presenciar cómo estos degenerados realizan un ritual sin saber qué pretenden hacer.

—Sé lo que quieren hacer. Está escrito por todas partes y a la vista de todos —le aclaró Xaphen, señalando con un barrido del brazo las paredes. El capellán volvió a hablar antes de que Vendatha tuviera tiempo de preguntar nada, y añadió algo que Argel Tal no había oído antes—. Los cadianos han prometido que esta noche nos

darán una respuesta.

—¿Una respuesta a qué? —preguntaron el custodio y el capitán al mismo tiempo.

—A la pregunta de qué está gritando el nombre del primarca en mitad de la tormenta.

Argel Tal cerró el puño, pero no había apenas rabia en el gesto. Parecía simplemente satisfecho con ver que los músculos y los huesos de su mano actuaban con una coordinación natural y biológica.

—Deumos —dijo en voz baja—. No fue fácil verlo morir.

La pluma del primarca dejó de rascar la superficie del pergamino.

—¿Todavía lloras su muerte?

—Lo hice durante un tiempo, mi señor. Pero ya ha pasado más de medio año desde que eso ocurrió. Lo que he presenciado desde entonces ha convertido en triviales todas las revelaciones anteriores.

—Estás gruñendo otra vez.

Argel Tal contestó con un gruñido afirmativo, pero no quiso hablar sobre ello.

—La consagración —dijo, cambiando de tema.

El capitán se sintió sorprendido cuando entró por primera vez en la caverna principal. Sorprendido, pero no impresionado.

Tenía sin duda un tamaño considerable, y dado que la tecnología de que disponían los cadianos se encontraba casi al mismo nivel que la olvidada Edad de Piedra de Terra, lo más probable era que hubiesen tardado años en excavar aquella cámara subterránea y grabar los murales, los símbolos y los versos que cubrían las paredes y el suelo.

Un río subterráneo corría formando un torrente impetuoso bajo decenas y decenas de puentes de arco tallados en la roca. Las paredes curvadas estaban iluminadas con antorchas humeantes cuya luz dibujaba por toda la caverna un millar de siluetas que bailaban con un frenesí enloquecido al son de los tambores.

Una isla central era el núcleo en el que acababan todos los puentes. Allí estaba Ingethel, desnuda bajo la luz de las llamas y con el cuerpo pálido cubierto de runas serpenteantes. Los símbolos que tenía tatuados en la piel atrajeron durante un momento la atención de Argel Tal. Los reconoció de inmediato, ya que cada uno de

ellos era una representación estilizada de una constelación sacada directamente del cielo nocturno de Colchis. El Sol Serrado, pintado de azul, rodeaba el ombligo de la muchacha.

Los bárbaros que tocaban los tambores formaban una circunferencia alrededor de ella, y batían las pieles correosas con simples huesos de animales. Eran treinta en total, y el batir armónico del conjunto resonaba igual que si fuera el corazón palpitante del propio planeta. Cientos y cientos de cadianos se alineaban a lo largo de las paredes exteriores y de las pasarelas, todos pendientes de la ceremonia que se llevaba a cabo en el lugar. Muchos de ellos cantaban en alabanza a sus dioses paganos.

El olor alcalino del agua pura, el sudor humano y la piedra antigua era casi sofocante, pero Argel Tal ya había olido la sangre antes de ver de dónde procedía. El visor captó su impaciencia y rastreó toda la escena. En un extremo sombrío del círculo central vio diez lanzas clavadas en el suelo que se alzaban hacia el techo.

Las bases de nueve de las lanzas estaban cubiertas de sangre y de excrementos, que formaban un charco repugnante sobre la piedra. Cada lanza mostraba un fruto humano: cada una de las nueve sostenía a un bárbaro empalado. Todos ellos estaban muertos. Las puntas de las lanzas salían de las bocas abiertas de los cadáveres.

—No podemos permitir que esto continúe —dijo Vendatha, incrédulo, en voz baja.

Esta vez, Argel Tal estuvo de acuerdo con él.

Ingethel siguió bailando. Su figura delgada y ágil quedaba siluetada en la oscuridad por el brillante fuego que ardía a su espalda. En el centro de todo aquello, no muy lejos del cuerpo ondulante de la joven, se encontraba Lorgar, enorme en comparación con todo el resto de seres vivos del lugar. Lo contemplaba todo en silencio y con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía el rostro oculto bajo el borde de la capucha que llevaba puesta.

Deumos estaba al lado del primarca, y no dejaba de sudar con la armadura puesta. El capitán Tsar Quorel y su capellán, Rikus, estaban detrás. Ambos llevaban puestos los cascos, y los dos contemplaban los cuerpos empalados en vez de a la humana que bailaba.

—Hermano, ¿qué clase de blasfemia acabamos de presenciar? —le preguntó Argel Tal a su camarada capitán por el comunicador.

El tono de voz de Tsar Quorel dejó bien clara la inquietud que sentía.

—La mujer ya estaba así cuando llegamos, y el primarca la estaba contemplando.

Ya se habían cometido las atrocidades de las lanzas. Vimos lo mismo que estáis viendo ahora.

Argel Tal condujo a Xaphen y a Vendatha por una pasarela de piedra hacia el primarca. Los cadianos se apartaron de su camino como lo harían las ratas ante una jauría de perros cazadores. Se inclinaron con gesto humilde y alargaron las manos para tocar con dedos temblorosos las runas colchisianas que llevaban grabadas en las armaduras.

—¿Mi señor? ¿Qué es todo esto? —le preguntó Argel Tal al primarca.

Lorgar no apartó la mirada de Ingethel. A los ojos inexpertos del capitán, la danza de la joven parecía bastante sensual, como si estuviera apareándose con una criatura invisible y eso formara parte del ritual.

—¿Mi señor? —repitió Argel Tal, y el primarca por fin lo miró. La sombra de Ingethel bailó en sus ojos, reflejada por la luz de las antorchas.

—Los cadianos creen que este ritual permitirá a sus dioses manifestarse entre nosotros —le explicó Lorgar en voz baja y retumbante como los tambores.

—¿Habéis permitido que esto sucediera? —El capitán se le acercó con una falta de respeto a su padre genético como no le había mostrado nunca, ya que puso las manos en la empuñadura de las espadas—. ¿Habéis contemplado cómo realizaban un sacrificio humano?

El primarca no se ofendió por el atrevimiento de su hijo. Lo cierto fue que ni siquiera pareció darse cuenta del gesto.

—Las ofrendas de sangre se realizaron antes de que me invitaran a entrar en la cámara sagrada.

—Pero a pesar de ello tomáis parte en este ritual. Lo toleráis. Vuestro silencio otorga validez a esta barbarie.

Lorgar se volvió para seguir contemplando a la muchacha, cuyo ritmo de baile se hizo más frenético. Quizás una sombra de duda turbó los rasgos perfectos de su rostro. Quizás fue simplemente la sombra de la joven que cubrió por un momento la cara del primarca.

—Esto no es muy diferente a los rituales que se practicaban en Colchis pocos decenios antes de que nacieras, capitán. Son las viejas costumbres en toda su gloria teatral.

—Esto es una abominación —le contestó Argel Tal al mismo tiempo que daba otro paso adelante.

—Lo único que quiero es una respuesta —replicó Lorgar, pronunciando cada palabra con estudiada lentitud.

Ingethel, que estaba delante de ellos, bajó el ritmo de su danza frenética. Su piel tatuada era una muestra sudorosa de devoción absoluta hacia los capítulos de los Portadores de la Palabra y al cielo nocturno de Colchis, de donde habían salido sus nombres.

—Ha llegado el momento —le dijo a Lorgar con voz ronca—. Ha llegado el momento del décimo sacrificio.

El primarca inclinó la cabeza hacia la muchacha, aunque no se trató de un gesto de confirmación.

—¿Y cuál es el décimo sacrificio?

—El décimo sacrificio debe proceder del buscador. Él escoge quién muere. Es la consagración final.

Lorgar inspiró dispuesto a contestar, pero no tuvo ocasión de hablar. Se oyó un chasquido ominoso, y todos reconocieron el zumbido chisporroteante de un arma de energía al activarse.

Vendatha bajó el extremo de la lanza guardiana y apuntó la combinación de cuchilla y de bólter hacia el pecho del primarca.

—En nombre del Emperador, esto se acaba aquí y ahora —declaró el custodio.



QUINCE
SACRIFICIO
BAUTISMO DE SANGRE
VERDADES INDIGNAS

—Por la autoridad que me ha concedido el Emperador de la Humanidad, te declaro traidor al Imperio.

Lorgar se quedó mirando a Vendatha, y la expresión benigna de su rostro no cambió en ningún momento.

—¿De verdad? —lo desafió el primarca.

—No lo hagas. Ven, por favor, no lo hagas —le pidió Argel Tal.

Vendatha no apartó ni un instante los ojos del primarca. Tenía echado hacia adelante el casco dorado de forma tubular, y las lentes ópticas rojas reflejaron las llamas. Los tambores fueran dejando de sonar poco a poco.

—Si cualquiera de vosotros intenta empuñar un arma, esto dejará de ser un arresto y se convertirá en una ejecución.

Los portadores de la palabra se quedaron inmóviles. Había riesgos que no merecía la pena correr.

—Lorgar. No debemos interrumpir el ritual. La ira de los dioses… —susurró Ingethel.

—Silencio, bruja —la interrumpió Vendatha—. Ya has hablado bastante. Lorgar, decimoséptimo hijo del Emperador, ¿te sometes a mi justa autoridad y me juras que abandonarás esta guarida de creyentes paganos? ¿Juras volver de inmediato a Terra para someterte al juicio del Emperador?

—No. No lo hago —le respondió el primarca en voz baja y tranquila.

—Entonces, no me dejas otra elección.

—Siempre hay elección —intervino Argel Tal.

Vendatha hizo caso omiso de la súplica del capitán. Acercó una mano a los grabados en espiral que tenía en el avambrazo ornamentado y pulsó uno de los botones de madreperla que llevaba incrustados en la decoración.

No ocurrió nada.

Apretó de nuevo el botón.

Tampoco esta vez ocurrió nada.

El custodio dio un paso atrás cuando los portadores de la palabra empuñaron con mucha lentitud sus armas. Los capellanes se bajaron del hombro los crozius, Tsar Quorel y Deumos alzaron los bólters, y Argel Tal desenvainó sus espadas de hierro rojo.

El primarca sonrió.

—Creo que ya te has dado cuenta de que tu señal de teletransportación quedó bloqueada desde el momento en el que entraste en esta cámara. No es más que una medida de precaución que tuvimos que tomar, ¿lo entiendes? Aquillon y tus hermanos no aparecerán para ayudarte. Jamás llegarán a saber que los necesitaste.

—Confieso que no había previsto algo así —respondió Vendatha—. Bien hecho, Lorgar.

—No es demasiado tarde, Ven —le dijo Argel Tal al mismo tiempo que se ponía en posición de guardia con las dos espadas—. Baja el arma y podremos arreglar esto sin cruzar el punto sin retorno.

—Oh, Gran Dios… El ritual… —gimoteó Ingethel.

—Te he dicho que te calles, bruja —le espetó Vendatha.

Lorgar suspiró, como si el peso de una tremenda decepción hubiera caído sobre sus hombros.

—Decídete ahora mismo, custodio Vendatha. Decide cómo puedes servir mejor al Imperio de mi padre. ¿Huirás de esta cámara y llevarás una verdad que ni siquiera comprendes a tus hermanos en órbita? ¿O dispararás contra mí ahora mismo y privarás a la galaxia de su única oportunidad de iluminarse?

—La elección que ofreces no es una elección en absoluto —le contestó Vendatha.

Argel Tal fue el primero en moverse, y se lanzó hacia adelante al mismo tiempo que el eco de los disparos de bólter resonaba por toda la caverna.

Vendatha no era estúpido. Sabía que tenía pocas probabilidades de sobrevivir a los siguientes momentos, y también que los reflejos del primarca eran el culmen de la posibilidad biológica, más veloces incluso que los suyos, que rozaban lo sobrenatural.

Pero Lorgar se mantuvo tranquilo, con los músculos relajados. Esperaba realmente que el custodio tuviera en cuenta su oferta de tregua, y ese error de juicio fue suficiente para que Vendatha lo intentara. Apretó el gatillo del asta, y el bólter que la alabarda llevaba incorporado disparó una ráfaga en fuego automático.

Argel Tal vio lo que iba a ocurrir. Las espadas de hierro rojo interceptaron los tres primeros proyectiles. Los campos de energía de las hojas tuvieron la potencia suficiente para hacer estallar los proyectiles en su trayectoria hacia el corazón del primarca. Las explosiones lanzaron de espaldas al capitán, y la armadura gris chirrió al deslizarse por el suelo con el crujido propio de la ceramita al desgarrarse.

Vendatha ya se estaba moviendo para entonces. El guerrero de armadura dorada se lanzó hacia el primarca con la lanza guardiana girando en las manos y un juramento de fidelidad al Emperador en los labios. Cuatro portadores de la palabra se interponían en su camino, y esos cuatro portadores de la palabra tendrían que morir.

Rikus fue el primero en caer. La hoja del arma del custodio se incrustó en la débil unión de la gorguera del capellán y le atravesó la garganta hasta salir por la nuca. Tsar Quorel fue el siguiente en morir, y lo hizo decapitado por un golpe de barrido de la cuchilla cargada de energía. Murió antes de haber podido apretar el gatillo.

Deumos logró disparar una ráfaga de bólter, pero ninguno de los proyectiles dio en el blanco. Vendatha se echó hacia la izquierda, golpeó el bólter del señor del capítulo con el extremo romo del astil, lo que desvió el arma, y a continuación efectuó un barrido con la hoja que le amputó las dos manos al portador de la palabra a la altura de los antebrazos. Deumos apenas tuvo un momento para jadear por la sorpresa antes de que la alabarda lo golpeara de nuevo y el filo le atravesara el cuello y lo decapitara de un tajo limpio.

Vendatha hizo girar el arma hasta que la punta afilada y el cañón del bólter incorporado apuntaron de nuevo hacia el corazón de Lorgar. Los cuerpos se desplomaron en el suelo, a la espalda del custodio, en una lenta sucesión. Habían pasado sólo tres segundos.

Argel Tal todavía se estaba levantando del suelo. Tan sólo Xaphen se interponía entre el primarca y su atacante, pero el capellán había utilizado aquellos escasos pero valiosos segundos para empuñar el bólter, con el que apuntaba directamente a la placa

facial del casco de Vendatha.

—Quieto —le advirtió.

—Lorgar, decimoséptimo hijo del Emperador, entrégate a mi custodia de inmediato.

—Has matado a mis hijos. —Lorgar se tapó la boca con una mano—. Ni siquiera te habían ofendido. Ni una sola vez. ¿Esto es lo que te permite hacer la autoridad que te ha concedido mi padre? ¿Matar a mis hijos si no cumplen sus órdenes llenas de ignorancia?

—¡Entrégate! —le repitió el custodio.

Vendatha había combatido al lado del propio Emperador en numerosas ocasiones. En el rostro del Señor de la Humanidad siempre se veía una expresión de desafío inquebrantable, y todas las emociones quedaban ocultas por una máscara de perfección estoica.

Lorgar no compartía la capacidad de su padre para ocultar sus emociones. El odio saturó literalmente su rostro, y sus dientes blancos quedaron a la vista cuando habló en una mueca semejante a la de una calavera.

—¿Te atreves a amenazarme? ¡Has asesinado a mis hijos, cascarón miserable y lastimoso lleno de restos genéticos!

Vendatha apretó otra vez el gatillo, pero fue demasiado tarde: Xaphen ya había abierto fuego.

Los proyectiles de bólter martillearon la armadura dorada del custodio y machacaron la placa facial y el resto del yelmo hasta deformarlos y arrancarles trozos de las capas de blindaje a medida que estallaban al impactar. La armadura de combate de cada custodio era forjada de forma individual para aquél al que concedían ese honor. A pesar de todos sus detalles decorativos, la armadura propia de la Guardia Custodia era superior al equipo de combate producido en masa que utilizaban las legiones astartes.

A pesar de ello, las ráfagas de proyectiles de bólter que impactaron contra la cabeza y el torso del custodio fueron casi suficientes para matarlo.

Vendatha se tambaleó hacia atrás. La lanza guardiana se le escapó de los dedos, ya sin fuerza, y se estrelló contra el suelo. Sin embargo, aunque tenía el rostro quemado y cubierto de sangre por las heridas, aunque su casco estaba destrozado y los bordes cortantes se le clavaban en el cráneo, se quedó mirando con el ojo que le quedaba sano.

Xaphen recargó el bólter. El primarca no hizo nada. La doncella desnuda tiró de la manga de la túnica del primarca para implorarle que continuaran con el rito pagano advirtiéndole sobre la ira de los dioses si no lo hacían.

Vendatha alargó una mano hacia su arma caída.

«Espera. ¿Dónde está Argel T…?».

La espada de hierro rojo cruzó el aire como una jabalina y partió los dientes que le quedaban a Vendatha convirtiéndolos en diminutos trozos de porcelana tras atravesarle la boca cerrada. Dos metros de hoja centelleante salieron por la parte posterior de la cabeza del custodio. La mayor parte de la cara destrozada del guerrero quedó oculta por la empuñadura y el pomo del arma, que sobresalían de su boca abierta.

Al igual que Rikus, Tsar Quorel y Deumos habían hecho momentos antes, Vendatha se desplomó contra el suelo, derribado por la espada del astartes.

Xaphen dejó escapar un suspiro.

—Bien hecho, hermano.

Al capellán lo pilló por sorpresa, ya que Argel Tal lo golpeó sin previo aviso. El puño del capitán se estrelló contra la mandíbula de Xaphen y también lo derribó.

El capellán levantó la mirada desde el suelo de piedra y vio la furia de Argel Tal.

—¿Hermano?

—Acabamos de matar a uno de los guardianes del propio Emperador, ¿y tu comentario sobre un momento como éste es «Bien hecho, hermano»? ¿Estás loco? Nos encontramos al borde de la herejía contra el Imperio. Mi señor, tenemos que marcharnos de aquí. Debemos hablar con Aquillon y…

—Retira la espada —le ordenó el primarca.

Lorgar estaba mirando a la lejanía y no prestaba mucha atención a lo que estaba ocurriendo bajo sus propios ojos. Su voz apenas fue más que un susurro.

Argel Tal se acercó con pasos lentos y recuperó la espada, de un fuerte tirón que la arrancó de entre las mandíbulas del cadáver. Se quedó helado al ver que el ojo sano de Vendatha seguía todos sus movimientos, y que los dedos de una mano se estremecían.

—Por la sangre de… Mi señor, sigue vivo —dijo Argel Tal.

—No existe virtud alguna en la crueldad —musitó Lorgar—. Yo mismo escribí eso. En mi libro. Recuerdo haberlo hecho. Recuerdo el chirrido de la pluma al rascar el pergamino, y el aspecto que tenían las palabras sobre él…

—¿Mi señor?

Logar se estremeció y recuperó la concentración.

—Acaba con su sufrimiento, Argel Tal.

Todas las cabezas se volvieron hacia Ingethel cuando ésta profirió un desafío sin palabras, un aullido penetrante.

—¡Todo esto ha sido ordenado por los dioses! —Señaló con una mano tatuada el cuerpo destrozado de Vendatha—. Lorgar es el buscador, el hijo favorecido de los Grandes Poderes, y ha sido él quien ha proporcionado el décimo sacrificio. La consagración puede comenzar.

Un grupo de cadianos se acercó al lugar y con sus manos sucias comenzaron a tirar de las placas de la armadura de Vendatha para arrebatársela al cuerpo moribundo. Argel Tal propinó una patada a uno de aquellos chacales para apartarlo del custodio caído y luego amenazó con las espadas a los demás. Todos se dispersaron, igual que unos carroñeros que se hubieran visto apartados de su comida en el último momento.

—Esto no ha sido un sacrificio para vuestra magia de sangre —les advirtió el capitán—. Apuntó con su arma al hijo del Emperador, y morirá por ese pecado. Eso es todo. —Argel Tal miró por encima del hombro—. Mi señor, debemos irnos. Ninguna respuesta merece lo que ha ocurrido aquí.

Lorgar se bajó la capucha sin mirar a Ingethel ni a Argel Tal. Su mirada se posó en una pared lejana y frunció levemente los labios.

—¿Qué es ese ruido? —les preguntó el primarca.

—No he oído nada aparte de los tambores, mi señor. Por favor, debemos irnos.

—¿Es que no lo oís? —preguntó Lorgar a sus dos hijos supervivientes—. ¿Ninguno de vosotros? —El silencio que mantuvieron respondió por ellos, y Lorgar se llevó una mano a la frente—. ¿Es una… risa?

Ingethel se había dejado caer de rodillas y seguía tirándole de la túnica mientras lloraba en un éxtasis de adoración.

—El ritual… Vienen los dioses… No está completo…

Lorgar le prestó atención por fin, aunque la mirada levemente perdida no abandonó sus ojos.

—Los oigo. Los oigo a todos. Es parecido al recuerdo de una risa. Los rostros olvidados de unos parientes lejanos que uno se esfuerza por recordar.

Argel Tal entrechocó las espadas de hierro rojo, y el chasquido del metal contra el metal fue lo bastante fuerte como para llamar la atención del primarca.

—Mi señor, debemos irnos —le insistió con voz ronca.

Lorgar hizo un movimiento negativo con la cabeza. Fue un gesto infinitamente paciente, infinitamente lento.

—Ya no es algo que podamos decidir nosotros. Todos los acontecimientos se han puesto en marcha. Apártate del custodio, hijo mío.

—Pero, mi señor…

—Ingethel ha dicho la verdad. Todo esto estaba ordenado de antemano: la tormenta que nos trajo hasta aquí; los gritos que nos hicieron venir; el miedo que provocó que Vendatha nos traicionara… Todo ha formado parte de un… de un plan. Lo veo muy claro ahora. Los sueños, los susurros. Una década tras otra y tras otra de…

—Mi señor, ¡por favor!

Los rasgos del rostro inmóvil de Lorgar se vieron retorcidos por una repentina mueca de furia.

—Apártate del cuerpo de ese perro traidor antes de que acabes como él en una undécima lanza. ¿Me has entendido? Este momento es el crisol alrededor del cual gira todo lo demás. Obedéceme, o ahora mismo te mato donde estás.

Una sombra pasó por delante de la visión de Argel Tal. Era algo de aspecto terrible, algo alado e iracundo más allá de lo que era capaz de imaginarse un mortal.

El momento pasó. La oscuridad desapareció. Argel Tal hizo lo que le ordenaba Lorgar, y se apartó del cuerpo al mismo tiempo que envainaba las espadas.

—Ninguna respuesta merece algo así —declaró el capitán.

Ni Xaphen ni Lorgar lo miraron a los ojos, sino que, con expresión impaciente, contemplaron cómo se reanudaba el ritual.

Lorgar dejó de escribir llegado a ese punto. Su sonrisa estaba teñida de melancolía.

—¿Crees que en ese momento cometí un pecado?

Argel Tal se echó a reír, pero era un sonido sombrío y amargo.

—Un pecado se decide cuando la moralidad de un mortal se enfrenta a un código ético. ¿Pecasteis contra alguna fe? No. ¿Mancillasteis vuestra alma? Quizás.

—Pero me odias, hijo mío. Lo oigo en tu voz.

—Creo que la desesperación te cegó, padre. Puede que no disfrutes con los actos sádicos, pero tu necesidad de encontrar la verdad te empujó a una ferocidad cruel.

—Y me odias por eso.

Lorgar ya no sonreía. Su tono de voz era bajo y brusco, y sus ojos mostraban la misma calidez que un cadáver en mitad de un campo de batalla.

—Odio lo que me habéis obligado a ver. Odio la verdad que debemos llevar al Imperio de la Humanidad. Pero, sobre todo, odio en lo que me he convertido al servicio de vuestra visión.

Argel Tal sonrió con una sonrisa que no era la suya.

—Pero nunca podríamos odiarte, Lorgar.

Vendatha todavía estaba vivo cuando lo empalaron junto a los otros nueve sacrificios.

Por suerte para él, no lo estuvo mucho tiempo.

No llegó a ver lo que la consagración consiguió con su sangre. No llegó a ver lo que atravesó la barrera existente entre el plano espiritual y el mundo de la carne.

La danza serpenteante de Ingethel finalizó. La joven estaba cubierta de sudor y el cabello le caía en una serie de rizos grasientos. Su cuerpo brillaba bajo la luz de las antorchas como si estuviera tachonado de perlas. Todavía tenía en las manos el báculo de madera con el extremo superior tallado en forma de luna creciente.

Delante de cada lanza sacrificial había uno de los que hablaban con los dioses. Cada uno de ellos había recogido en un cuenco de arcilla la sangre de la víctima junto a la que estaba, y sostenía el recipiente en unas manos con los nudillos blancos. Ingethel se fue acercando uno por uno a todos ellos, y los chamanes le pintaron en el cuerpo por turnos un trozo de espiral con la punta de un dedo.

Era imposible no darse cuenta del significado. Estaban dibujando el Ojo sobre su piel.

—Increíble —musitó Lorgar, quien parecía sufrir alguna clase de dolor. Tenía las venas de las sienes hinchadas y palpitantes.

—Conozco este ritual. Lo conozco por los libros antiguos —declaró Xaphen.

—Sí. —El primarca le sonrió con gesto tenso—. Es igual que una antigua ceremonia de Colchis. A los reyes sacerdotes, los gobernantes de la antigüedad, se los nombraba de este modo. El baile de la doncella; los sacrificios de sangre; las constelaciones pintadas sobre su cuerpo… Todo eso. Kor Phaeron hubiera reconocido la ceremonia, lo mismo que Erebus. Los dos la habrían visto con sus propios ojos cuando la Alianza la realizaba en los años previos a mi llegada a Colchis.

Argel Tal había creído que la cultura de su planeta natal estaba muy por encima de semejante decadencia. Lorgar debió de captar aquel pensamiento que llenaba de asco su mente, porque el primarca se volvió hacia él y lo miró fijamente.

—Argel Tal, nada de esto me parece hermoso, tan sólo necesario. ¿Crees que hemos evolucionado más allá de estas supersticiones? Te recuerdo que no todos los cambios son para mejor. Los edificios se derrumban, la carne se vuelve débil, los recuerdos se pierden. Todo esto forma parte del paso del tiempo, y todos querrían cambiarlo si se encontrara un modo de hacerlo.

—Mi señor, hemos venido a buscar pruebas de la existencia de los dioses. Ningún dios al que mereciera la pena adorar exigiría algo como esto a sus devotos.

Lorgar se volvió de nuevo hacia la ceremonia al mismo tiempo que se masajeaba las sienes con la punta de los dedos.

—Hijo mío, ésas son las palabras más sabias que he oído desde que encontramos este planeta. Las respuestas que he encontrado hasta ahora me han consternado. ¿Tortura? ¿Sacrificios humanos? —El primarca torció poco a poco el gesto en una mueca de dolor—. Perdóname, desvarío. Me duele la mente. Ojalá dejaran de reírse.

La caverna reverberaba con el eco atronador de los tambores, y el aire retemblaba con el canto monótono de centenares de gargantas humanas.

—Nadie se está riendo, mi señor.

Lorgar se volvió hacia su hijo y le sonrió con una expresión piadosa.

—Sí, se están riendo. Ya lo verás. No falta mucho.

Ingethel se acercó al último chamán. El individuo la ungió con la sangre de Vendatha y le repasó las líneas de la constelación del Sol Serrado en el estómago desnudo. Una vez cumplida aquella parte del ritual, la joven regresó al centro de la plataforma. Permaneció allí con los brazos extendidos a los lados y la cabeza echada hacia atrás, crucificada en pleno aire.

El retumbar de los tambores se intensificó, como el latido del corazón de un dragón que se acelerara cada vez más y más a medida que perdían el ritmo. Los cánticos se transformaron en lamentos vociferados, las caras y las manos alzadas hacia el techo de roca.

Los pies desnudos de Ingethel fueron separándose poco a poco del suelo. La sangre le corría por las piernas formando pequeños regueros rojos, y luego caía en hilillos desde los dedos de los pies hasta el suelo. Los cadianos gritaron. Todos y cada uno de ellos, sin excepción, gritaron. El casco del capitán amortiguó el estruendo,

pero no sirvió de nada.

Lorgar cerró los ojos sin despegar los dedos de las sienes.

—Ya llega.

La llegada fue precedida por el hedor a sangre. El olor era increíblemente penetrante, tan fuerte y agrio como el del vino picado. Inundó el olfato de Argel Tal con tanta violencia que le dieron arcadas. Xaphen apartó la vista y Lorgar mantuvo los ojos cerrados, así que Argel Tal fue el único que vio lo que ocurrió a continuación.

Ingethel, que seguía flotando en el aire sostenida por un crucifijo invisible, murió con una docena de muertes en cuestión de unos instantes. Unas fuerzas invisibles la desgarraron hasta arrancarle la piel en grandes tiras desiguales que cayeron al suelo de piedra con una serie de chasquidos húmedos. Le salió sangre por la boca, por los ojos, por los oídos y por la nariz. De todas y cada una de las entradas de su cuerpo. Soportó aquello durante unos cuantos segundos, hasta que lo que quedaba de ella simplemente estalló. La mujer explotó y tanto el primarca como sus hijos quedaron cubiertos de carne y sangre humanas.

Su esqueleto, que se mantuvo unido, permaneció ante ellos durante un momento, y luego se fragmentó con el mismo sonido que la porcelana al partirse. Los pequeños trozos de hueso repiquetearon contra la armadura de Argel Tal como una lluvia de granizo.

El báculo de la joven cayó al suelo con otro repiqueteo.

Lorgar, dijo la criatura que estaba tomando forma entre los restos de la chica.

Lorgar dejó la pluma sobre el pergamino y cerró los ojos. Fue un reflejo de lo ocurrido en la caverna en aquel momento: unos cuantos meses atrás para Argel Tal; tan sólo unas pocas noches antes para el primarca.

—Maldigo la verdad que hemos descubierto —confesó—. Maldigo el hecho de que hayamos alcanzado la frontera de la realidad sólo para encontrar que el odio y la condenación nos miran desde el otro lado del abismo.

—La verdad es a menudo horrible, por eso la gente se cree las mentiras. El engaño les ofrece algo agradable.

La criatura que era y que no era Argel Tal siguió narrando lo ocurrido.

El primarca abrió los ojos y miró al rostro del futuro.

Se alzaba por encima de todos ellos. Era más alto incluso que Lorgar, y los miraba a todos con dos ojos diferentes entre sí sobre unas fauces siempre abiertas. Los adoradores cadianos se habían quedado tan callados, tan quietos, que los portadores de la palabra tuvieron la certeza de que ya no quedaba nadie con vida en la caverna.

En el visor de Argel Tal aparecieron flujos interminables de datos mientras los sensores de puntería no dejaban de intentar una y otra vez sin éxito centrarse en la criatura. Cada intento provocaba una respuesta fallida. Donde su visor retinal siempre mostraba el análisis sobre la armadura y la anatomía de su oponente, lo único que se veía en ese momento era una runa colchisiana parpadeante: «desconocido», «desconocido», «desconocido».

Xaphen le comunicó el mismo problema.

—No puedo fijarlo con el sistema de puntería. No… no está aquí.

Sí que estoy aquí.

—¿Has oído eso? —le preguntó el capellán.

Argel Tal asintió, aunque sus receptores de audio no habían registrado cambio alguno en la caverna.

El capitán desconectó el sello magnético que mantenía pegado el bólter a su muslo y luego apuntó el arma contra la criatura. Se sobresaltó cuando una mano dorada se posó sobre el arma y le hizo bajar el cañón para que apuntara al suelo.

—No —le susurró Lorgar.

Al primarca le brillaban los ojos. ¿Estaría a punto de llorar? Argel Tal no supo qué pensar.

Lorgar, dijo de nuevo la criatura. El primarca fijó su mirada en los ojos desiguales de aquella monstruosidad.

De su torso delgado salían cuatro brazos curvados, cada uno rematado por una garra. La parte inferior de su cuerpo era una combinación de serpiente y de gusano, con la piel gris cubierta de grandes venas abultadas. Su rostro estaba formado casi exclusivamente por unas enormes fauces, que albergaban unas filas desordenadas de dientes enormes semejantes a los de un antiguo depredador marino.

Era una imposibilidad biológica. Una mentira evolutiva.

Se movía de un modo incesante. Las venas le latían bajo la piel descolorida delatando su pulso, y no dejaba de abrir y de cerrar las garras en ningún instante. Sólo

una de sus cuatro manos permanecía cerrada: era la que empuñaba el báculo ritual de Ingethel.

Uno de los ojos estaba hundido en una cuenca ocular profunda que se adentraba en un rostro asqueroso cubierto de pelo. El otro era enorme, como si estuviera hinchado y a punto de reventar, y tenía el color naranja enfermizo de un sol moribundo.

No quedaba nada de la joven. Lo que se alzaba ante ellos sobre la mitad inferior de ese cuerpo serpentiforme iba más allá de cualquier noción de género humano.

Soy Ingethel de la Consagración, dijo, y su voz silenciosa llegó a sus mentes como un centenar de murmullos al mismo tiempo.

Argel Tal no pudo evitar dirigir la mirada a las espinas curvadas de hueso ennegrecido que sobresalían de los omóplatos de la criatura. «Alas. Son alas de hueso negro», pensó.

Sí. Son alas. La humanidad siempre se ha mentido a sí misma sobre los ángeles. La verdad es fea. La mentira es hermosa. Así que la humanidad hizo que los mensajeros de los dioses fueran hermosos. De ese modo no se les tenía miedo. Mentiras encantadoras. Alas blancas.

—No eres un ángel —dijo Argel Tal en voz alta.

Y tú no eres el primer colchisiano que ha llegado a este mundo. Khaane, Tezen, Slanat, Narag. Todos se aventuraron en el espacio y llegaron a este planeta hace miles de años, guiados por las visiones de los ángeles.

—No eres un ángel —repitió Argel Tal al mismo tiempo que empuñaba el bólter con más fuerza.

Los ángeles no existen. Jamás existieron. Pero sí que traigo la palabra de los dioses, que es lo que deben hacer los ángeles. Buscad el núcleo de verdad que se encuentra en el centro de las mentiras de la humanidad. Allí me veréis. A los míos. A los ángeles. —La criatura parpadeó. Su ojo hinchado no podía, pero el guijarro negro con forma redonda desapareció un instante bajo una capa de piel arrugada y húmeda —. *Ángeles. Demonios. Sólo son palabras. Sólo palabras*.

Lorgar, por fin, dio un paso adelante. A Argel Tal le pareció desnudo sin su crozius en las manos.

—¿Cómo es que me conoces?

Eres el Elegido. Eres el Hijo Favorecido de los Poderes. Tu nombre ha resonado en nuestro plano desde tiempos inmemoriales, llevado en los vientos por los gritos de los nunca nacidos.

—No entiendo lo que me dices.

Pero lo entenderás. Hay lecciones que tienes que aprender. Hay cosas que debemos mostrarte. Yo te guiaré. Aquí tienes la primera lección.

La criatura, Ingethel, señaló con dos de sus garras. Con una apuntó hacia Xaphen; con la otra, hacia Argel Tal.

Tus hijos, Lorgar. Entrégame sus vidas.

—Es mucho lo que me pides —le respondió Lorgar—. Quieres mi confianza y las almas de mis hijos, pero no te debo nada. Eres un espíritu, un demonio. Una simple superstición nacida de una pesadilla y encarnada ahora en un cuerpo material.

El primarca no dejó de caminar alrededor de la criatura mientras le hablaba. No mostró miedo ni emoción alguna, aunque Argel Tal notó una leve tensión en los dedos de Lorgar. El Urizen ansiaba empuñar el crozius que en esos momentos no tenía consigo.

Conoces la Verdad Primordial. Sabes que las estrellas ocultan un secreto. Sabes que existen los dioses en esta galaxia. Los mismos dioses que buscas son los Poderes que me enviaron a ti.

En el rostro angelical de Lorgar apareció una sonrisa paciente.

—O también podría decir una sola palabra a mis hijos, y sus armas acabarían con este truco de prestidigitador.

Las fauces de Ingethel se estremecieron y sus colmillos entrechocaron en un fallo grotesco de simetría. Argel Tal ya había visto antes la expresión que mostraba ese rostro: en las caras temblorosas de las ratas atrapadas.

Tus hijos de sangre no podrían acabar conmigo.

—Pues han acabado con todo lo demás que se han encontrado en la galaxia.

El primarca no se esforzó por ocultar el orgullo que sentía. Argel Tal y Xaphen alzaron los bólters al unísono, y ambos guerreros apuntaron los cañones de las armas contra los ojos de la criatura.

Traigo las respuestas que llevas buscando toda tu vida. Si quieres elevar a la humanidad hasta la iluminación del espíritu, si quieres ser el arquitecto de la fe que salvará a la humanidad, debo…

—Basta de palabrería. Dime por qué debes arrebatarme a mis hijos.

La criatura se convirtió por un momento en un borrón. Su cola serpentina dejó un rastro sobre la piedra de la misma pegajosidad que la melaza. Un momento antes se encontraba en el centro de la plataforma, y al siguiente ya se había deslizado hasta Lorgar y lo miraba desde arriba.

El primarca no retrocedió. Se limitó a levantar la mirada hacia la criatura.

El Gran Ojo. Los guiaré hacia la tormenta, hacia el reino de los Poderes. Ése es el primer paso, escrito por la mano del propio destino. Volverán con respuestas. Volverán siendo las armas que necesitas. Llegará tu momento, Lorgar. Pero ahora, los Poderes quieren a tus hijos, y los guiaré allí hasta donde deben ir.

—No voy a sacrificarlos para conseguir respuestas.

Las fauces de Ingethel chasquearon. La risa de la criatura era poco más un chillido de rata.

¿Y tú te lo crees? No hay nada que te importe más que la verdad. Los Poderes conocen muy bien el corazón de su hijo. Saben lo que vas a hacer antes de que lo hagas. Si buscas la iluminación, darás este primer paso.

—Si acepto las condiciones…, ¿les harás daño?

Ingethel giró su cabeza bestial, y contempló a los dos guerreros con sus ojos inhumanos.

Sí.

Se trataba de una decisión que no se podía tomar a la ligera.

Como solía hacer, el primarca se recluyó para mantenerse al margen de las distracciones que suponía la dirección de la flota, lejos de las insignificantes responsabilidades que acompañaban a las tareas habituales de un guerrero, por lo que Lorgar se encerró en las cavernas que se abrían bajo la superficie de Cadia.

Argel Tal y Xaphen regresaron a la Thunderhawk posada en la zona de aterrizaje, y descubrieron que tenían mucho que decirse el uno al otro y pocas ganas de hacerlo. Argel Tal se ocupó de indicarle a Aquillon cuál era la situación mediante un canal de comunicación seguro mientras el capellán transmitía un informe breve y vago a las naves situadas en órbita.

El capitán descendió por la rampa de desembarco casi una hora más tarde y se encontró de nuevo en la llanura desolada y contemplando el cielo con la mancha de color violeta.

Púrpura, el eterno vigía silencioso, montaba guardia como un centinela atemorizador cerca de allí. Argel Tal lo saludó, pero el robot no respondió. Xi-Nu 73, que se encontraba al lado del autómata, emitió un chirrido de código máquina que sonó irritado. Al parecer, algo en los flujos de datos que recibía lo había enojado. En ese momento, al portador de la palabra no le interesaba en absoluto lo que fuera.

Al capitán le costó mirar a los ojos a Xaphen cuando éste por fin se reunió con él. Puso una bota sobre uno de los grandes escarabajos de doce patas que correteaban por el páramo seco. Luego lo aplastó con un crujido chasqueante y húmedo.

—¿Qué mentiras has tejido para el Ojo del Emperador? —le preguntó el capellán.

—Una fábula larga y detallada que me supo amarga hasta de contar. Una secta cadiana nos atacó y perdimos a Ven junto a Deumos, a Tsar Quorel y a Rikus.

—¿Murieron como héroes?

—Oh, por supuesto. Se cantarán sus hazañas y se narrarán leyendas sobre sus nobles muertes.

Argel Tal escupió un chorro de saliva ácida al suelo. Xaphen soltó una breve risa sin alegría, y ambos permanecieron en silencio.

Los dos astartes contemplaron el cielo. Ninguno de los dos quería ser el primero en hablar. Finalmente, fue Argel Tal quien se atrevió a decirlo por primera vez:

—Hemos dividido la legión y hemos navegado hasta los límites de la galaxia para encontrar… esto. Las viejas costumbres de Colchis estaban en lo cierto. Demonios, sacrificios de sangre, espíritus encarnados en cuerpos materiales. Todo eso es real. Ahora Aureliano se ha quedado en la oscuridad y habla con esa criatura para decidir si vende nuestras almas para conseguir respuestas más amargas todavía. Si esto es la iluminación del alma, hermano… quizás la ignorancia sea una bendición.

Xaphen dejó de mirar el cielo en llamas.

—Hemos desafiado al Emperador para encontrar estas respuestas. Hemos desobedecido el espíritu de sus decretos, aunque hayamos respetado la letra de la ley. Ahora ha muerto un custodio, y una espada imperial ha derramado sangre imperial. Ya no hay vuelta atrás en esto. Ya sabes lo que decidirá el primarca.

Argel Tal recordó las palabras de Vendatha: «La elección que ofreces no es una elección en absoluto».

—Le va a romper el corazón hacerlo, pero nos enviará al Ojo —dijo el capitán.



DIECISÉIS
LAMENTO DE ORFEO
LA TORMENTA AL OTRO LADO DEL CRISTAL
CAOS

La nave elegida se llamaba *Lamento de Orfeo*. Era un crucero ligero bajo el mando de una capitana más que capacitada, la famosa Janus Sylamor. Cuando las órdenes del primarca llegaron a la 1301.ª Flota Expedicionaria, Sylamor había ofrecido la nave como voluntaria antes de que la voz de Lorgar, distorsionada por el comunicador, acabara de pronunciar las bendiciones tradicionales con las que solía acabar los mensajes dirigidos a toda la flota.

Su primer oficial pareció menos entusiasmado por la misión, y le indicó que aquélla era la tormenta de disformidad de mayor tamaño y capacidad devastadora de toda la historia de la humanidad. Se trataba de una anomalía con toda la fuerza de las legendarias tormentas que habían incomunicado entre sí uno tras otro a los planetas de la humanidad en los siglos que precedieron a la Gran Cruzada.

Sylamor chasqueó la lengua, una costumbre que siempre indicaba impaciencia, y le ordenó que se callara. La sonrisa que le mostró al primer oficial sólo la habrían considerado dulce aquellos que no la conocieran.

La ventana de despegue se dispuso a la hora del amanecer sobre los yermos secos, lo que no dejaba prácticamente tiempo para cualquier preparativo que no fuera estrictamente básico. Las cañoneras grises fueron aterrizando en el pequeño hangar de atraque del Lamento y llevaron una escuadra tras otra de astartes de armadura gris oscuro. Se despejaron las cámaras de almacenaje para que albergaran a los portadores

de la palabra, a sus servidores de mantenimiento y al contingente de la Legio Cibernética que acompañaba a la 7.ª Compañía y que se encontraba bajo el mando de un tecnoadepto irritable que se llamaba a sí mismo Xi-Nu 73.

Las presentaciones fueron breves. Cinco astartes entraron en el puente de mando, y Sylamor se levantó de su trono para saludarlos. Cada uno de ellos dijo su nombre y su rango: un capitán, un capellán y tres sargentos, y la saludaron al hacerlo. Ella respondió al saludo y les presentó a la tripulación del puente de mando.

Todo fue muy correcto pero frío, y se acabó en cuestión de minutos.

Sólo cuando los astartes se quedaron en el puente de mando sintió Sylamor que se había producido un incumplimiento de protocolo. La capitana se mantuvo imperturbable y continuó con las últimas comprobaciones previas a la partida. Fue señalando por turnos con la punta de plata de su vara de mando las distintas consolas de control.

—Propulsión.

—Motores activados y en línea —le contestó el primer oficial.

—Auspex.

—Confirmado, señora.

—Escudos de vacío.

—Escudos preparados.

—Armas.

—Armas preparadas.

—Campo Geller.

—Campo Geller preparado.

—Timón.

—Timón preparado y a la espera, señora.

—Todos los puestos preparados —le comunicó al capitán de los Portadores de la Palabra.

Aquello no era del todo cierto, y Sylamor deseó que su tono de voz no la delatara. Era cierto que todos los puestos habían informado que se encontraban preparados, pero a lo largo de la última hora anterior también habían llegado informes de motines en las cubiertas inferiores. Aquellas pequeñas insurrecciones se habían aplastado con el uso de fuerza letal, y además se había producido un suicidio. El astrópata de la nave había solicitado que lo trasladaran a otra nave («Petición denegada —había contestado Sylamor con el ceño fruncido—. En nombre del Emperador, pero ¿quién se cree que

es para pedir algo semejante?»). Por último, el navegante estaba ocupado en lo que él llamaba «la creación de unas barreras mentales intensivas que le permitieran conservar su quintaesencia fundamental». Sylamor estaba segura de no querer saber qué quería decir exactamente con eso.

Así pues, en vez de comunicarle todo aquello al enorme oficial que estaba de pie al lado del trono, simplemente le hizo un seco gesto de asentimiento y le dijo que todos los puestos estaban preparados.

El astartes volvió el casco de lentes ópticas azules hacia ella y asintió a su vez.

—Sólo queda una nave por llegar. Asegúrese de que todos los tripulantes salgan del hangar en cuanto llegue.

La capitana alzó una ceja para indicar que aquello le parecía una petición muy poco habitual, y por si no fuera bastante, decidió reforzar ese mensaje.

—De acuerdo. Y ahora, dígame por qué.

—No —le replicó otro de los astartes. Se había presentado como Malnor, un sargento—. Limítese a obedecer la orden.

El capitán, Argel Tal, le indicó con un gesto a su hermano que se callara.

—La última cañonera trae una criatura a bordo. Cuantos menos tripulantes se vean expuestos a ella, mejor será para todos nosotros.

El primer oficial carraspeó en ese momento con toda intención. Algunos de los miembros de la tripulación se dieron la vuelta en sus asientos. Sylamor parpadeó dos veces.

—No permitiré la presencia de un alienígena a bordo del *Lamento* —declaró con firmeza.

—No he dicho que fuera un alienígena —le respondió Argel Tal—. Dije que era una criatura. Mis guerreros la escoltarán hasta el puente. Que nadie la mire. Que todos se concentren en sus tareas. Tengo algunos guerreros en el hangar de aterrizaje de estribor y la informaré cuando llegue la cañonera indicada.

—Mensaje del *De Profundis* —dijo un oficial desde la consola de comunicaciones.

Los portadores de la palabra se pusieron de rodillas e inclinaron la cabeza.

—Acepte el mensaje —le ordenó Sylamor.

La capitana se llevó una mano al cabello en un gesto inconsciente para comprobar que lo llevaba bien peinado y luego se alisó la chaqueta del uniforme. Los demás oficiales del puente de mando hicieron lo mismo, además de pasarse la mano por las

charreteras y erguirse un poco más.

El occulus mostró una panorámica del puente de mando del *De Profundis*, donde el primarca y el señor de la flota se encontraban en el lugar de honor.

—Aquí la nave insignia —dijo Torvus—. Buena caza, *Lamento*.

—Gracias, señor —le contestó Sylamor.

Se produjo un silencio incómodo entre ambos puentes de mando, hasta que Argel Tal lo rompió.

—¿Mi señor?

—Dime, hijo mío —le respondió Lorgar con una sonrisa sincera, aunque la estática del comunicador estropeó su hermosa voz.

—Volveremos con las respuestas que necesita la legión. Tenéis mi palabra. —Señaló con una mano el pergamino que llevaba unido a la hombrera—. Y mi juramento.

La sonrisa no desapareció de los labios dorados del primarca.

—Lo sé, Argel Tal. Por favor, poneos en pie. No puedo soportar veros de rodillas delante de mí en un momento tan importante como éste.

Los portadores de la palabra le obedecieron, y Argel Tal le hizo un gesto de asentimiento a la capitana.

—La última nave que esperábamos ya ha atracado, y mis guerreros traen a la criatura al puente de mando. Partamos, capitana.

La nave retembló un momento cuando sus motores aumentaron de potencia, y el *Lamento de Orfeo* se alejó con rapidez del planeta y atravesó el vacío en dirección a los lejanos límites de la tormenta.

—Tres horas para alcanzar el límite exterior de la tormenta —anunció uno de los navegantes.

Argel Tal tenía en las manos el bólter, a la espera de que las compuertas del puente de mando se abrieran una vez más.

—Cuando llegue la criatura, que nadie la mire. —Dio la impresión que se estaba dirigiendo a todo el mundo al mismo tiempo, aunque no miró a nadie en concreto—. No se trata de un asunto de educación o de buenas maneras. Que nadie la mire. No crucen la mirada con ella. Procuren no inhalar profundamente su olor.

—¿Es que la criatura es tóxica? —quiso saber Sylamor.

—Es peligrosa —admitió Argel Tal—. Cuando digo que estas instrucciones son para su seguridad y su cordura, me refiero a eso literalmente. No la miren. Ni siquiera

miren su reflejo en las pantallas o en los monitores. Si dice algo, concéntrense en cualquier cosa menos en sus palabras. Y si sienten náuseas o su presencia los afecta de cualquier otra manera, abandonen su puesto de inmediato.

La risa que salió de los labios de Sylamor fue forzada a todas luces.

—Capitán, está inquietando a mi tripulación.

—Haga lo que le digo, por favor.

Sylamor se irritó, ya que no estaba acostumbrada a recibir órdenes en su propio puente de mando.

—Por supuesto, señor.

—No se ofenda, Janus. —El portador de la palabra procuró mostrar cierta afabilidad en sus palabras, pero el tono de voz quedó falseado por el altavoz del casco —. Confíe en mí.

Cuando las compuertas se abrieron, lo primero que invadió el puente de mando fue su hedor, lo que hizo que buena parte de la tripulación humana sufriera una serie de arcadas.

Fue de elogiar que sólo uno de los tripulantes se volviera para ver qué era lo que entraba en el puente escoltado por toda una escuadra de portadores de la palabra, aunque ese tripulante fuera la propia capitana, Janus Sylamor.

Se volvió hacia las compuertas en un acto de desafío accidental a la promesa que le había hecho a Argel Tal tan sólo unos minutos antes. Vio a la criatura enmarcada por los globos de iluminación del pasillo que se abría al otro lado. La primera bocanada de bilis subió con tanta rapidez que le golpeó el paladar antes de que tuviera tiempo de abrir la boca. El resto se desparramó por el suelo cuando cayó a cuatro patas y su estómago expulsó toda la cafeína y las raciones secas que había tomado esa mañana. El resto de la bilis manchó lo poco que quedaba limpio a su alrededor.

—Se lo advertí —le dijo Argel Tal sin apartar la vista de la criatura. Ella le respondió con otra arcada que acabó con un chorro de saliva colgándole de los labios.

Ingethel entró reptando en el puente y dejó una mancha descolorida a su paso. El chasquido rítmico de la punta del báculo al golpear el suelo metálico acompañaba al sonido húmedo de su piel resbaladiza al deslizarse por la cubierta.

Varios oficiales abandonaron sus puestos alrededor del trono de la capitana y se apartaron con un asco más que evidente al mismo tiempo que se tapaban la boca y la nariz. Más de uno se vomitó en las manos cuando Ingethel se acercó un poco más, aunque la criatura no dio la impresión de darse cuenta del efecto que estaba

provocando. Sus ojos deformados no abandonaron en ningún instante la tormenta que tomaba forma en el occulus.

Sylamor se puso en pie tras aceptar la mano que le ofreció Argel Tal.

—¿Qué es lo que ha traído a mi puente de mando, capitán?

—Es un guía. Y ahora, con el mayor de los respetos, Janus, límpiese la boca y cumpla con su deber. Quizás la próxima vez me hará caso.

Ella conocía lo suficiente a Argel Tal de varias reuniones de la flota como para saber que aquel trato adusto no era propio de él. De todos los oficiales de los Portadores de la Palabra, el capitán siempre había sido el más sociable y el más dispuesto a atender las preocupaciones de los oficiales humanos.

La capitana no dijo nada. En vez de eso, se limitó a asentir y a respirar por la boca para no notar una parte del repugnante hedor que no hacía más que aumentar sus náuseas. La pestilencia de su aliento no era lo peor. Lo peor era lo familiar que le resultaba.

Cuando era joven, había sobrevivido en Colchis a una epidemia de bronquitis neumónica que azotó su aldea. Fue una de las pocas que quedó para presenciar la llegada de un grupo de sacerdotes funerarios procedentes de la Ciudad de las Flores Grises. Habían erigido a lo largo de un solo día una enorme pira para purificar a los muertos antes de esparcir sus cenizas por el desierto. El olor de esa pira funeraria la había perseguido toda la vida, y allí estaba de nuevo. Tuvo que esforzarse para no sentirse ahogada por el hedor que emanaba de la criatura.

Le llamó la atención un curioso sonido de goteo, y bajó la mirada hacia el cuerpo rechoncho de la criatura. De los pliegues musculosos de su mitad inferior salía goteante una especie de plasma grasiento y opaco que decoloraba la superficie metálica del suelo allá donde caía.

—Avante a toda máquina —ordenó Sylamor, quien tuvo que tragar saliva para no vomitar de nuevo.

El *Lamento de Orfeo* retembló al acelerar, como siempre le ocurría, igual que si fuera un cazador ansioso, un explorador impaciente. La tormenta aumentó de tamaño en el occulus a medida que el crucero se acercaba a sus límites.

—¿Los augurios de la nave insignia han logrado medir la zona de espacio afectada por la tormenta? —preguntó la capitana.

Miles y miles de sistemas planetarios se extienden en el interior del Gran Ojo.

La capitana se quedó inmóvil y su rostro palideció.

—He… he oído una voz.

—No haga caso —le ordenó Argel Tal.

Podrías cruzar sus profundidades con tu nave mortal durante un centenar de vidas y no lograrías ver más que una sombra de toda su gloria.

—Sigo oyéndola…

Argel Tal dejó escapar un gruñido bajo y amenazante e inclinó la cabeza hacia la criatura.

—No juegues con sus vidas. Te lo advierto.

Ninguno de ellos sobrevivirá a este viaje. Eres un estúpido si crees que lo harán.

—¿Eso… eso acaba de decir que…?

—No ha dicho nada. —Argel Tal interrumpió su tartamudeo—. Haga caso omiso de esa voz. Concéntrese, Janus. Atienda a sus tareas y déjenos a nosotros todo lo demás. No permitiré que esa criatura le haga daño, ni a usted ni a ningún miembro de la tripulación.

No te cree.

—Guarda silencio, falso ángel.

La capitana sabe que mientes. Tú captas los latidos de su corazón lo mismo que yo. Está aterrorizada y sabe que le estás mintiendo.

Dos tripulantes que se encontraban al otro lado del puente de mando vomitaron sobre sus consolas. Otro se desmayó en su puesto y comenzó a salirle sangre por los oídos en un lento goteo.

—¿Esto va a seguir así todo el tiempo? —le preguntó Sylamor a Argel Tal.

La capitana tuvo buen cuidado de no mirar a la criatura que se alzaba por encima del hombro del guerrero, y abrigó la esperanza de que su voz no hubiera temblado demasiado. El portador de la palabra no le respondió de inmediato.

—Creo que sí —le contestó al cabo de unos instantes.

Uno de los tripulantes encargados del rumbo se irguió de repente y con violencia, y se abrió la cabeza contra el respaldo de su asiento. Logró emitir un débil gemido entre dientes antes de sufrir un ataque convulsivo, y sólo los arneses de seguridad impidieron que saliera disparado de su puesto.

—Equipo médico al puente de mando —ordenó la capitana.

La paciencia de Sylamor ya estaba a punto de acabarse cuando uno de sus servidores de apoyo se desconectó de su puesto y comenzó a arrastrarse con un tremendo esfuerzo por el suelo. El servidor carecía de piernas a partir de los muslos,

ya que se las habían amputado quirúrgicamente para que se adaptara mejor a su puesto permanente. Cuando se separó de su soporte de bronce y empezó a deslizarse por la cubierta, la capitana Sylamor se quedó contemplando asombrada aquel comportamiento sin precedentes durante varios segundos. El servidor modificado arrastró tras de sí varios cables conectados a su espina dorsal y a sus piernas amputadas al mismo tiempo que le salía un aceite viscoso por la nariz.

—Por la sangre del Emperador —maldijo Sylamor en voz baja—. Que todo el mundo se aparte. Apartaos.

Ella misma mató en persona al pobre desgraciado de un disparo de pistola en la nuca, y luego ordenó a dos tripulantes rasos que se lo llevaran de inmediato.

El oficial de comunicaciones Arvas se volvió hacia su capitana cuando ella pasó a su lado de regreso al trono.

—¿Ha oído eso? —le preguntó a su comandante.

—¿Un contacto? ¿Otra nave?

—No. —Arvas tenía una mano pegada al auricular y el rostro tenso por la concentración—. Lo oigo, capitana.

Una irritación creciente sustituyó a la inquietud que la invadía.

—¿A quién oye?

Janus conocía a Arvas desde hacía más de una década, y una noche en concreto, después de cuatro botellas de vino plateado yndonésico, lo había conocido demasiado bien, más de lo que debía. A pesar de esa única indiscreción, era uno de los miembros más leales y capacitados de la tripulación.

—Dígame a quién oye, teniente.

Arvas se volvió hacia su consola y movió unos cuantos diales para intentar resintonizar el aparato.

—Oigo morir a Vanic. Grita, pero no durante mucho tiempo. El resto es estática. Tome. —El teniente le ofreció el auricular—. Se oye morir a Vanic. Se le oye gritar, pero no durante mucho tiempo.

La capitana alargó una mano con gesto titubeante hacia el auricular. Al lado de Arvas, de pie, se encontraba el oficial de comunicaciones Vanic, quien intentó sonreír al mirarla. Su rostro rechoncho mostraba una evidente expresión de incomodidad.

Arvas desenfundó su pistola de oficial y le disparó cuatro veces a Vanic en el estómago. Varias gotas de sangre caliente salpicaron con fuerza la cara a Sylamor mientras Vanic se desplomaba gritando al suelo.

—¿Ahora lo oye? —preguntó Arvas.

La capitana no tuvo tiempo de reaccionar. Un borrón de color gris oscuro la echó a un lado y antes de que ni siquiera tuviera tiempo de parpadear, Arvas estaba pataleando y manoteando en el aire, sostenido en alto por el puño de Argel Tal, quien lo tenía agarrado de la garganta. La nave se estremeció, como si compartiera la inquietud que azotaba a la tripulación.

Mientras se ahogaba bajo la presa del puño del capitán, Arvas arañó con los dedos la placa facial de Argel Tal con toda la ferocidad de un animal acorralado que intenta sacarle los ojos a su atacante. Las lentes ópticas quedaron cubiertas de rastros de sudor.

El equipo médico llegó al lado de Vanic a tiempo de verlo morir. Arvas había estado en lo cierto: Vanic no gritó durante mucho tiempo.

El portador de la palabra hizo caso omiso de los dedos que le arañaban la ceramita y se volvió para dirigirse a uno de sus guerreros:

—Dagotal, llévate a este desgraciado a una de las celdas de contención.

Luego entregó el prisionero a los portadores de la palabra lanzándolo por el suelo de un simple empujón.

Uno de los astartes dio un paso adelante y levantó del suelo al oficial, que no había dejado de forcejear, agarrándolo por el cuello de la chaqueta. Arvas tomó el relevo a Vanic y comenzó a gritar a su vez.

—Y hazlo callar —añadió Argel Tal.

—A la orden, hermano.

Dagotal puso dos dedos en la garganta del oficial y le apretó con suavidad la tráquea. La voz del humano se apagó hasta quedar convertida en un débil graznido mientras el portador de la palabra lo sacaba del puente de mando.

La capitana Sylamor alzó la cabeza y miró fijamente al enorme Argel Tal.

—Esa criatura no puede permanecer durante más tiempo en mi puente de mando. Está… está haciéndonos algo. ¿No es así?

—No lo sé.

—Pues pregúnteselo.

—Nos lo llevaremos a la cubierta de observación, capitana. Asegúrese de que los miembros de la tripulación abandonan esa zona además de los pasillos que la comunican con el puente de mando. Diríjase a toda velocidad hacia el límite de la tormenta. Me pondré en contacto con usted si es necesario cambiar alguna de esas

órdenes.

—Gracias —le dijo Sylamor.

Argel Tal le respondió con un seco gesto de asentimiento antes de reunirse de nuevo con sus hermanos.

—Deberías haber ejecutado en el acto al asesino —lo amonestó Xaphen.

—Será juzgado por su pecado. Podría decir que no era responsable de sus actos.

Argel Tal se volvió para mirar cómo la criatura comenzaba a deslizarse hacia la salida del puente de mando. Los astartes la siguieron, pero procurando no pisar el rastro pegajoso que dejaba a su paso.

—Nos encaminamos hacia lo desconocido, y ante mis ojos no hay nada más que oscuridad —le dijo el capitán a Xaphen.

—Y eso te preocupa.

—Por supuesto que me preocupa. Si estamos al borde de la iluminación que trae la verdad, ¿por qué jamás me he sentido tan ciego?

—Todo está más oscuro justo antes de que amanezca —musitó Xaphen.

—Hermano, eso es un axioma que suena tremendamente profundo hasta que te das cuenta de que no es más que una mentira.

Las cubiertas de observación de la mayoría de las naves imperiales eran unos lugares de enorme serenidad. Aunque el *Lamento de Orfeo* era una nave pequeña comparada con el *De Profundis*, por no hablar de la *Fidelitas Lex*, Argel Tal sintió que se quedaba sin aliento al entrar en la estancia.

A mitad del largo espinazo serrado del crucero se alzaba una cúpula blindada, y su superficie transparente ofrecía una vista increíble del vacío que los rodeaba. Cuando se encontraban en el espacio normal, la visión de los millones de estrellas que salpicaban aquella noche eterna siempre lograba despertarle la imaginación, y en sus momentos de mayor orgullo admitía que también su ambición. Eran las estrellas de la humanidad. Ninguna otra raza o especie tenía derecho a reclamar su posesión a lo largo de las eras que habían transcurrido. El futuro lo determinaba la pureza, y ésta era patrimonio de la humanidad.

Sin embargo, en aquel lugar las estrellas estaban teñidas de un color violáceo. Argel Tal vio a los lejanos soles asfixiarse bajo capas neblinosas de tonos púrpuras y rojos.

¿No lo ves?

Ingethel se había erguido en toda su estatura antinatural y había abierto los cuatro brazos delgados en un gesto que pretendía abarcar todo el cielo llameante. De aquellas fauces que era incapaz de cerrar surgió un siseo serpentino.

¿No… lo… ves?

Argel Tal apartó la mirada del cielo nocturno. La cubierta de observación era muy espaciosa y estaba equipada con unos pocos muebles austeros, aunque ninguno de los portadores de la palabra los estaba utilizando. Todos se quedaron de pie y con los bólters empuñados en las manos.

—Veo una tormenta. Es lo único que veo —respondió el capitán.

—Lo mismo que yo, señor.

El que había hablado era Dagotal. El sargento explorador llegó algunos minutos después que el resto. Se había dirigido directamente hacia la cubierta de observación desde el bloque de celdas en el que había dejado al teniente Arvas a cargo de los celadores, que fueron muy poco amables con el prisionero.

—Sin embargo, sí que siento algo. La nave se va a despedazar con los temblores.

—Siempre creí que moriría en batalla —gruñó Malnor.

Argel Tal negó con la cabeza.

—Ingethel, nos has arrastrado hasta este nexo de energías. Ha llegado el momento de que nos expliques el motivo. ¿Qué se supone que es lo que tenemos que ver?

La verdad. La verdad que hay detrás de las estrellas. La dimensión oculta del universo.

—Lo único que veo es una tormenta que amenaza con matarnos y que está compuesta por un millar de colores.

No. Lo que ves son posibles objetivos y flujos de datos biológicos. Ves el mundo que te rodea a través de esas lentes artificiales. Portador de la palabra, te encuentras al borde mismo del cielo. Quítate el casco. Contempla la morada de los dioses con tus verdaderos ojos.

Argel Tal tardó un momento en hacerle caso, ya que dudó ante la idea de que el hedor de la criatura volviera a asaltarle el olfato sin que la mascarilla purificadora del casco filtrara antes el aire. Inspiró una gran bocanada de la atmósfera estancada y reciclada del interior de la armadura antes de abrir los sellos de la gorguera.

Era peor de lo que se había imaginado, y pensó que habría que felicitar a la dotación del puente de mando por el hecho de que tan pocos de ellos hubieran vomitado. La cámara apestaba como un matadero. La pestilencia cobriza de la sangre

podrida, el hedor penetrante de los intestinos al aire libre.

—No veo nada. Sólo la tormenta —gruñó Argel Tal.

A mí no me puedes mentir como mientes a los humanos. Mira bien en las mareas turbulentas que nos rodean. ¿Ves lo que te devuelve la mirada?

El capitán se acercó al borde de la cúpula y miró atentamente al vacío rugiente, donde las energías existentes giraban y se entremezclaban. La nave se estremeció de nuevo sometida a corrientes poderosas. Y allí, durante un momento, mientras la nave se estremecía…

Lo has visto. Tu corazón se ha acelerado. Tus pupilas se han dilatado. Lo has visto.

Argel Tal pasó la mano por la superficie de la gruesa pared de cristal y volvió a mirar fijamente el torbellino que se había desatado al otro lado. ¿Cómo se podía obtener algún significado de aquella locura? La nave se estremeció una vez más bajo las corrientes etéreas, y de nuevo las energías desatadas tomaron forma durante un brevísimo momento.

Un rostro humano, deformado por unos ojos llenos de terror y una boca aullante, se formó a partir de la energía ardiente que rugía en el exterior de la nave. La cara se estrelló contra el cristal, donde reventó y se disolvió de regreso a la marea hirviente de donde había salido.

¿Sabes qué es esta tormenta?

Argel Tal no consiguió apartar la mirada de las mareas.

—Es energía de la disformidad. La corriente etérea. Los archivos imperiales han registrado las crónicas sobre la presencia de criaturas alienígenas en la propia disformidad, pero se las ha catalogado como una amenaza de poca importancia.

El siseo de Ingethel le resonó en la mente. La risa de la criatura era de auténtica alimaña.

¿Sabes lo que quieren decir esas palabras, o simplemente me estás recitando una lección que te metieron en la cabeza durante el entrenamiento para formarte? ¿Qué es lo que ves cuando miras en la tormenta?

El portador de la palabra se volvió hacia Ingethel. Un rostro que habría sido hermoso si no hubiese sido por la cirugía propia del proceso de creación de un astartes, miró fijamente a la criatura.

—Eso es la sangre de la galaxia. La realidad se está desangrando aquí.

Casi. —La criatura castañeteó los dientes con el placer característico de un roedor

—. *La humanidad es muy valiosa en su ignorancia, pero no podemos permitir que ese estado de cosas continúe si queremos que sobreviva como especie. La disformidad es mucho más que un plano por el que las naves de los mortales pueden pasar con casi total impunidad y del que aprovechar las mareas para viajar a más velocidad que la propia luz.*

Lo que estás contemplando es la sombra de la propia creación, donde cada emoción toma una forma inmortal. Argel Tal, atraviesas mares de energía psíquica y de agonía licuada. Navegas a la deriva en el cielo y en el infierno de un millón de mitologías.

Aquí es donde cada instante de odio, de asco, de ira, de alegría, de pena, de celos, de indolencia y de decadencia se manifiestan como energía en estado puro.

Aquí es donde vienen las almas de los muertos a arder durante toda la eternidad.

El *Lamento de Orfeo* se estremeció de un modo terrible, y a lo largo de toda la cubierta resonó el chirrido del metal al doblarse. Torgal y Xaphen cayeron de rodillas, el primero con una maldición barriobajera en los labios y el segundo con un gruñido de indignación.

Nuevas imágenes tomaron forma en la tormenta que rugía al otro lado del cristal. Eran manos que se apretaban contra la cúpula y dejaban largas manchas descoloridas en su superficie. Aparecieron caras deformadas dolorosamente familiares. La sombra de algo, algo enorme, oscuro y frío que se encontraba detrás, y que pasó cerca de la nave igual que lo haría una ballena en el más profundo de los océanos.

Durante unos momentos, la respiración de Argel Tal se condensó en el aire y la piel se le cubrió de una leve capa de escarcha. La sombra pasó, y siguió pasando, y perturbó las energías en colisión con su inmenso tamaño a medio formar.

Un leviatán del vacío. La sensación de miedo lo haría acercarse más y esta nave acabaría desintegrada entre sus fauces. Pero pasa de largo, a la caza de otra presa. En muchos de los futuros que vi, se lanzaba hacia nosotros y vuestras vidas acababan en ese mismo instante, y en tres de esos futuros, tú, Argel Tal, morías riendo antes de disolverte entre las energías que hay fuera de la nave.

Argel Tal no estaba riendo en aquel momento.

—Esto es el infierno. —Argel Tal ya no se esforzaba por ver las caras que le aullaban, ni las manos que arañaban el cristal. Ya no era capaz de ver nada más—. Éste es el submundo de la imaginación humana.

No permanezcas cegado por el dogma. Esto es la Verdad Primordial. La sombra

de la creación. La dimensión detrás de las estrellas.

El portador de la palabra pronunció una sola palabra mientras contemplaba el mar de almas aullantes que se extendía al otro lado.

—Caos.

Las fauces del demonio se torcieron en una especie de sonrisa.

Ahora empiezas a comprenderlo.

Argel Tal tomó otro sorbo de agua. La notó salobre en la lengua, y desagradablemente tibia. Era el quinto vaso que se estropeaba de ese modo en sus manos, y tenía la inquietante sensación de que era su cuerpo el que la contaminaba de ese modo.

—No tardamos en llegar al primer mundo. Melisanth. El planeta no tenía nombre humano, pero en tiempos remotos, los alienígenas eldar lo bautizaron así.

Lorgar anotó cada palabra con una escritura fluida.

—¿Los eldar? ¿Qué tienen que ver ellos con todo esto?

—¿Ahora? Nada. Son un recuerdo de la galaxia, que se desvanece cada vez más con cada noche que pasa. Sin embargo, antaño, esta región de la galaxia fue su dominio más preciado, el corazón de su imperio. Su decadencia fue la que nos hizo aparecer, pasar de nuestro plano a éste. Vimos cómo sus mundos ardían bajo llamas espectrales, y les arrancamos las almas con garras de carne y de espíritu.

—Argel Tal.

—Cada sensación era nueva para nosotros. Éramos recién nacidos en el mundo material. La sangre nos alimentó. El dolor nos impulsó. No puedes saber lo que es hacerte más fuerte cuando una criatura sufre cerca de ti. Henchirte de poder cuando unos padres ven arder a sus hijos. Crecer en tamaño y en intelecto con cada pecado que cometes contra la carne mortal. Saber más sobre los secretos del universo con cada alma que devoras.

—Hijo… Por favor.

—Pero es que yo estaba allí, Lorgar. Yo vi todo eso. Yo hice todo eso.

—Eres Argel Tal. Naciste en Colchis, en el poblado de Singh-Rukh, hijo de un carpintero y de una costurera. Tu nombre significa «el último ángel» en el dialecto de las tribus de las estepas del sur. Has sido el guerrero más joven en llegar al cargo de capitán de compañía. Antes poseías unas espadas de hierro rojo, las armas de tu predecesor, pero las has perdido al servicio de las órdenes de tu primarca. Eres Argel Tal, un portador de la palabra. Eres mi hijo.

El capitán contempló sus manos esqueléticas.

—Mi señor —dijo en voz baja—. Perdonadme.

Argel Tal consiguió mirar a los ojos al primarca, y se sintió infinitamente agradecido de ver que no había reproche alguno en sus profundidades grises.

—No hay nada que perdonar.

—Sabíais más de mi vida de lo que me imaginaba.

Lorgar le sonrió.

—Todos mis hijos me son preciados.

Argel Tal se frotó los ojos enrojecidos.

—Ingethel nos dijo que nuestros cambios comenzarían en el momento establecido, cuando la galaxia ardiera, pero yo estoy perdiendo mi propia identidad. ¿Ha llegado ese momento establecido? ¿Ya está la galaxia en llamas? Ninguno de los recuerdos que tengo son míos, padre. Noto un sabor cobrizo en la lengua, como el regusto de un trago de sangre. Quizás sea miedo. Quizás así conozca ese miedo del que tanto han escrito los poetas y los archivistas. —El capitán se echó a reír, pero el sonido era vacío, carente de humor—. Y ahora, pronunciaré mi discurso de despedida.

—No tiene por qué ser una despedida, Argel Tal. Eso no se sabe hasta que acaba todo el relato.



DIECISIETE
UN IMPERIO MUERTO
REVELACIONES
GÉNESIS

Ingethel señaló el planeta con una de sus garras nudosas.

Lo llaman Melisanth. Fue uno de los últimos en sentir la influencia cada vez más extendida del Ojo.

—El auspex confirma que no hay lecturas de vida, ni siquiera a nivel bacteriano —dijo la voz áspera de la capitana Sylamor a través del comunicador.

—¿Era necesario hacer un escáner para descubrir eso? —preguntó Torgal.

Por debajo de ellos se veía el fantasma de un mundo; un globo de océanos negros y paisajes grises cubierto muy precariamente por unas leves brumas nebulosas. Incluso estando en órbita por encima de Melisanth la nave era golpeada desde el exterior por vientos demoníacos mientras la cúpula de observación soportaba una marea de caras y figuras humanas que reventaban contra el cristal reforzado. Cada una de ellas salpicaba el revestimiento con una untuosidad propia del aceite que cae sobre el agua, y fluía de vuelta hacia el interior de la vorágine en cuanto quedaba destruida.

Después de un rato, Argel Tal empezó a fijarse en que reaparecían las mismas caras. Era como si se estuvieran volviendo a formar ahí fuera con los vientos y lanzándose contra la nave una y otra vez.

—¿Son almas? —preguntó en voz alta.

Es materia primordial. En el reino de la carne y la sangre se manifiesta en forma de energía psíquica. Vuestros pensamientos les dan forma. Tú ves almas humanas,

pero son mucho más que eso. Son almas de eldar. La carne de los nunca nacidos, lo que la humanidad una vez llamó demonios. Son corrientes psíquicas puras, posibilidades encarnadas cuando la mente les da forma de realidad.

—Quiero recorrer la superficie de ese mundo.

Morirás.

Argel Tal dio una vuelta alrededor de la criatura y la furia deformó las facciones de su rostro sin cicatrices.

—Entonces, ¿por qué nos has arrastrado hasta aquí? ¿Cuál es el propósito de este viaje si no podemos salir de la nave? ¿Quedarnos mirando estos mundos muertos desde detrás de nuestro campo Geller? ¿Escuchar los aullidos de las almas pérdidas?

Ingethel se deslizó para acercarse a los portadores de la palabra que estaban allí reunidos. El báculo de madera negra que una vez llevó la mujer que se sacrificó para traer al demonio a la vida golpeó la cubierta como si se tratara del bastón de un anciano.

Ésas cosas son las que tengo que enseñarte. —Señaló con dos garras retorcidas el mundo que había debajo de ellos—. *No hay ninguna lección que aprender en Melisanth tal como está ahora. Debes ver Melisanth como era antes*.

Cierra los ojos. Escucha la tormenta que ruge ahí fuera. Escucha la marea que rompe contra la piel de tu nave. Melisanth no es más que un mundo que flota en el Mar de las Almas. Uno entre millones. Déjame mostrártelo.

Y un segundo después, sólo un latido del corazón más tarde, habló de nuevo:

Abre los ojos, Argel Tal.

Había pasado toda su vida atesorando amaneceres.

Éste, en el que un globo anaranjado se cernía con una intensa luz por encima de una ciudad de agujas y minaretes, era uno de los que merecía la pena recordar. Incluso con la tolerancia al dolor y la resistencia a la saturación de la luz grabada en su código genético, el sol que estaba saliendo era lo bastante brillante como para hacer que le dolieran los ojos. Y eso también era maravilloso, porque no le había pasado nunca.

No se veía a Ingethel por ninguna parte. Estaban de pie en el borde de un acantilado sobre una ciudad extraña que parecía de oro a la luz del amanecer. Argel Tal se volvió para mirar a sus hermanos: Xaphen, que observaba la colonia alienígena; Malnor y Torgal estaban junto a él, y Dagotal contemplaba el cielo azul.

La voz borboteante de la criatura surgió una vez más en su mente.

Así era Melisanth. Mira la ciudad hecha de hueso y piedras preciosas. Mira las agujas, demasiado delicadas para que la física mortal pueda levantarlas, de pie sólo gracias a la brujería eldar.

Ahora, contempla la Caída.

Las nubes que había por encima de sus cabezas empezaron a realizar una danza cíclica y el día y la noche pasaron en un borrón de un gris parpadeante. Rayos de color violeta cruzaron los cielos ensanchándose, uniéndose, enroscándose, manchando el aire con una niebla roja. El sudor inundó la cara y el cuello de Argel Tal por el calor salvaje que calentaba incluso la humedad que le lubricaba los ojos.

Mientras miraba, la ciudad que había a sus pies empezó a derrumbarse, sus agujas y sus puentes empezaron a desmoronarse aplastando a multitudes de delgadas figuras alienígenas y demoliendo edificios más pequeños que había por debajo de ellas.

Su brujería se desvanece. Esto ocurre en el borde del Gran Ojo. Hicieron falta varios días para que la destrucción se produjera en estas colonias menores. En el núcleo de su imperio, todas las formas de vida desaparecieron en sólo unos momentos.

Argel Tal oyó cómo moría la ciudad, los sonidos del trueno, la desolación y los lamentos que el viento llevaba hasta él.

—Alienígenas —dijo Xaphen, y sonrió al ver las torres cayendo—. Podrían quemarse todos, sin alma y olvidados.

Ninguno de los que lo acompañaban dijo nada en contra.

—¿Por qué ocurrió esto? —preguntó Argel Tal.

Los eldar estaban cerca de poder contemplar la verdad del universo. Su civilización se expandía por la galaxia tras una evolución que había durado milenios bajo la guía y el culto a sus dioses. Y entonces, en el último paso… tropezaron.

—¿Cómo?

Mira al cielo.

Las nubes de tormenta empezaron a arremolinarse en una espiral amenazadora que oscurecía la tierra hasta alcanzar el horizonte. Desde que cayeron las primeras gotas de lluvia, calientes en contacto con la piel y con un fuerte olor metálico, quedó claro lo que se le avecinaba a la ciudad que tenían a sus pies. Con un solo rugido del trueno, las nubes ennegrecidas se apretaron unas contra otras.

Las ráfagas de color escarlata cayeron del cielo cubriendo la ciudad en ruinas de

una sangre tan espesa que manchó las estructuras de hueso que todavía permanecían en pie. Xaphen cerró los ojos y levantó la cara para recibir la tromba.

—Esto no es sangre humana. Es demasiado dulce.

Argel Tal se limpió la sangre que le caía por la cara. Abajo, en la ciudad, unas criaturas aparecían entre las sombras de los monumentos caídos o salían de los lagos de sangre que se estaban formando en las calles. Tropezaban y corrían de la forma desigual y antinatural que les permitían sus cuerpos a medio formar. Algunos se arrastraban sobre un enorme número de extremidades sin huesos. Otros chillaban cuando corrían sobre sus piernas extremadamente largas, extendiendo unos brazos acabados en garras retorcidas.

Son mis hermanos, que están tomando forma física. Cazan almas, carne, sangre y hueso.

—¿Por qué está ocurriendo esto?

Las bestias malformadas corrían en grupos atrapando a todos los supervivientes delgaduchos y sollozantes que encontraban. El panorama que dejaban tras su paso heló la sangre de Argel Tal. El genocidio sólo debería justificarse si se trataba de una purificación, pero no había ningún tipo de pureza en esta locura desatada de poderes incognoscibles.

—Respóndeme —pidió en voz baja Argel Tal.

Pero no recibió ninguna respuesta más allá de la sangre que le corría por las mejillas y por los labios. No era capaz de oler ni saborear otra cosa que esa lluvia sangrienta.

Nuevas torres se elevaron desde la ciudad derruida: se formaron finas agujas a partir de paredes latientes de carne aún con vida decoradas con caras sin voz y brazos desollados. Las torres que se elevaban alcanzaron a los eldar aterrorizados de las calles, y utilizaron sus vidas como materia prima, su carne alienígena como argamasa viviente.

Mira cómo mueren. Vosotros moriréis igual.

—Te he dicho que me respondas —dijo el portador de la palabra.

Mira y aprende, portador de la palabra.

—Tenemos registros de los eldar y sus historias. —Escupió la sangre hedionda que no dejaba de caerle en la lengua—. Hablan de la Caída, cuando la decadencia y el pecado sembraron la corrupción en su cultura. Un cataclismo espiritual los aniquiló hace varios siglos. ¿Esa devastación es… esto? ¿Esta… cólera divina?

Éste es su juicio. En su ignorancia sólo ven la muerte de un imperio como la de otros mundos incontables ahogados en sangre y fuego. En este momento de ascensión los eldar escogieron el terror sobre el poder y condenaron su reino a convertirse en cenizas porque la Verdad Primordial los asustaba.

Habían dado a luz a un dios. Un dios de placer y promesas. Pero no sentían alegría.

—¡Basta! —Argel Tal echó atrás la cabeza e inspiró para introducir aire en sus tres pulmones. La tormenta se intensificó y los cielos torturados sangraron sobre el mundo que había debajo—. ¡Respóndeme! —gritó a los cielos.

Ésta es la Caída de la que hablan en voz baja. Los eldar estaban ciegos. Podrían haber vivido en unión armónica con los Poderes, como la humanidad aprenderá por sí misma dentro de poco. Pero en vez de eso están muriendo. Incapaces de aceptar la Verdad Primordial, se están viendo destruidos por ella.

¿Y tú preguntas por qué? ¿Es que no ves por qué? Así no es como mueren los imperios, portador de la palabra; así es como nacen los dioses. La fe de los eldar ha dado a la galaxia una nueva deidad. Aquella que Tiene Sed: Slaa Neth. La que tiene mil nombres.

Éstos son los primeros momentos de su vida, y se está despertando para ver cómo los que la adoraban la están abandonando por ignorancia y miedo.

Esta tormenta infinita, este Ojo del Terror, es el eco de los gritos de su nacimiento.

—Ya he visto bastante. —Argel Tal observó la ciudad, ahora silenciosa, inundada, privada de todo tipo de vida—. Por la sangre de los dioses, ya he visto bastante.

Entonces, abre los ojos.

Ingethel los estaba observando sin pestañear con sus ojos desiguales que reflejaban la luz enfermiza que llegaba del exterior de la cúpula. El hedor de la sangre todavía permanecía en la nariz de Argel Tal a pesar de que su armadura de guerrero estaba impoluta y su piel limpia.

—Eso ha sido muy desagradable —dijo Torgal.

—Señor —Dagotal extendió la mano para tocar la hombrera de Argel Tal—, creo que deberíamos abandonar este lugar.

Fue Xaphen y no el demonio el que frenó en seco esa posibilidad.

—Has rebasado los límites de tu autoridad, sargento. No vamos a huir de las

verdades que hemos venido tan lejos para descubrir.

Argel Tal ignoró su discusión. Su red de comunicaciones volvió a la vida con las llamadas de comprobación de las escuadras y las runas del visor parpadearon a medida que los sargentos se fueron conectando a él.

—Señor, acabamos de ver…

—Capitán, había una voz y… y una visión…

—Aquí la escuadra Vadox informando…

El portador de la palabra se volvió hacia el demonio.

—Todos los guerreros de mi nave han visto lo que nosotros hemos visto.

Ellos oyen mi voz igual que tú. Por eso están aquí: para dar testimonio. Para aprender. Los eldar fallaron y el precio que pagaron por su pecado fue una extinción lenta. La humanidad tendrá que seguir el mismo camino. La humanidad debe aceptar la Verdad Primordial.

—No podemos llevar este mensaje cuando volvamos al Imperio —dijo Argel Tal.

—Claro que podemos. —Xaphen entornó los ojos—. Podemos y lo haremos, porque ése es nuestro deber. Esto es la iluminación para la humanidad.

Habéis venido aquí buscando saber si las viejas costumbres de vuestro mundo originario eran ciertas. Y ahora sabéis que lo eran.

—Ésta es una verdad demasiado desagradable para que el Imperio la acepte. —El capitán miró al mundo muerto que había bajo ellos—. Tú, criatura, no sabes nada de lo que dices. Pero hermano, ¿es que crees que con esto podemos volver a la órbita alrededor de Terra donde el Emperador nos estará esperando con los brazos abiertos? Las respuestas que llevamos a casa harán que la Verdad Imperial se demuestre falsa. ¿Todas las emociones humanas toman forma de fuerzas psíquicas? ¿No sólo decimos que es mentira la visión carente de divinidad del Emperador, sino que también afirmamos que debemos destruirla para aliamos con demonios y espíritus? —Argel Tal negó con la cabeza—. Habrá una guerra civil, Xaphen. El Imperio se despedazará.

El capellán soltó un gruñido amenazador.

—Por eso hemos venido. La verdad es lo único que importa. Hablas como si hubieras estado esperando que el primarca estuviera equivocado y ahora que se ha demostrado que tenía razón te entra el pánico.

—Pero el capitán tiene parte de razón —intervino Dagotal—. No nos pondrán una medalla por llevar a casa la verdad de que el infierno es un lugar real.

Todos se volvieron cuando oyeron al demonio reírse en sus mentes.

¿Todavía no habéis visto nada y ya estáis juzgando qué es lo mejor para vuestra especie?

—¿Qué más hay que ver? —le preguntó Argel Tal.

Ingethel hizo un gesto con sus dedos retorcidos.

Cerrad los ojos.

—No. —El capitán inspiró hondo para calmarse—. Para mí se acabó la confianza ciega. Dime qué es lo que quieres mostrarnos.

Os mostraré cómo nació vuestro primarca. Os enseñaré por qué los cadianos lo llaman el Hijo Predilecto de los Cuatro. El Emperador no es su único padre.

Argel Tal miró a los otros y vio que ya tenían los ojos cerrados; la sola mención de su padre había sido suficiente para animarlos a obedecer. Habló por el comunicador para alertar a las otras escuadras.

—Preparaos todos, porque lo que vamos a ver puede resultar ser un engaño.

Qué poca fe tienes, Argel Tal.

El portador de la palabra volvió a cerrar los ojos.

La sensación del aire contra su piel era gélida y la primera cosa que apareció ante la vista de Argel Tal fue su propia respiración creando nubes de vapor ante su cara. El aire ahora no tenía la densidad sanguinolenta del olor del mundo alienígena ni el aroma almizclado del oxígeno filtrado a través de los purificadores de aire reciclado de la nave. Había una cierta acritud en ese aire: el olor penetrante de maquinaria y cristal muy caliente.

Argel Tal miró a su alrededor: estaba en un laboratorio, rodeado por todos lados de generadores que funcionaban sin cesar, mesas atestadas y humanos trabajando con trajes de protección ambiental presurizados, algunos blancos, otros de un amarillo brillante, pero todos marcados con señales de advertencia radiológicas. La escarcha rodeaba los protectores de sus caras y se esparcía en forma de polvo cuando la apartaban con las manos enguantadas.

El portador de la palabra había estado en muy pocos laboratorios en sus muchas décadas de existencia, así que su marco de referencia era limitado. Aun así fue capaz de hacer la estimación de que una instalación de ese tamaño sólo podría ser necesaria para una tarea vital o visionaria. Las paredes se perdían detrás de un denso cableado y de los generadores traqueteantes, y había centenares de técnicos trabajando desperdigados por mesas, plataformas y escritorios.

Uno de los técnicos pasó al lado de Argel Tal y el traje de protección ambiental de la figura crujió al rozar la armadura de batalla del portador de la palabra. La protección del traje no dejaba ninguna esperanza de poder ver la cara de la persona que lo llevaba, aunque de todas formas el técnico ignoró completamente al astartes.

Argel Tal extendió la mano hacia la figura.

No.

Dudó y volvió a cerrar la mano de dedos grises. Los diminutos servos de los nudillos de su armadura chirriaron cuando apartó la mano del hombro del técnico.

Ten cuidado, Argel Tal. Estas almas seguirán sin verte siempre y cuando tú no interfieras en su trabajo.

—¿Y si lo hago? —preguntó en voz baja.

Entonces alertarás a una de las fuerzas psíquicas más poderosas de la historia de la vida y te matará ahí mismo donde estás. Estáis dentro de los límites del sanctasanctórum más recóndito del Anatema. Aquí es donde cría a su progenie.

—El Anatema —repitió Argel Tal, mirando la colosal instalación que lo rodeaba. Los otros portadores de la palabra se acercaron a él, pero ninguno intentó sacar sus armas.

El Anatema. La criatura que vosotros conocéis como el Dios Emperador.

Xaphen exhaló una nube de volutas de vapor.

—Esto… Esto es Terra. Los laboratorios genéticos del Emperador.

Sí. Muchos años antes de la cruzada del Anatema para reclamar las estrellas. Aquí, con toda la claridad de su inhumanidad carente de emociones, es donde acaba de dar forma a sus veinte hijos.

El capellán cruzó la estancia hacia una mesa donde unas muestras de sangre giraban en una centrifugadora y se separaban en capas dentro de cada vial de cristal.

—Si esto es una visión del pasado, ¿cómo podría el Emperador destruirnos aquí?

Estáis protegidos por ahora, Xaphen. Eso es lo único que importa. Esto es lo que sucede en Terra mientras el antiguo imperio arde con los fuegos del alma. El Anatema siente que pronto será el momento de empezar su Gran Cruzada.

Los portadores de la palabra se fueron desplazando por las hileras de mesas. Su rumbo los fue llevando cada vez más cerca de la plataforma central que quedaba por encima del laboratorio. Allí había una columna de maquinaria negra y plateada rodeada por una pasarela. Argel Tal fue el primero en subir la escalera. Sus botas resonaron con fuerza contra el metal, aunque las docenas de técnicos que había en las

cercanías no lo oyeron. Varios lo adelantaron sin prestar atención más que a las corrientes digitales de sus placas de datos cubiertas de escarcha y a las lecturas de las ondas sinusales que les proporcionaban sus lectores de auspex portátiles.

Argel Tal cruzó la plataforma rodeando la doble hilera de tanques amnióticos de la columna principal unidos por densas marañas de alambres, cadenas, cables y abrazaderas industriales. Los generadores integrados en la columna de metal emitían el mismo traqueteo furioso que las mochilas de energía que los astartes tenían fijadas a la espalda. Ese detalle hizo que apareciera una sonrisa en la cara del capitán.

El vientre de los primarcas. Aquí se gestan los hijos del Anatema en sus frías cunas.

Argel Tal se acercó al tanque más próximo. Su superficie era de hierro gris sin pintar, lisa en los lugares donde no estaba hendida por los enchufes para la maquinaria y los puertos de conexión. Grabado claramente en letras plateadas en la placa frontal estaba el número XIII con caracteres góticos. Bajo la placa plateada había algo escrito en el metal con una caligrafía diminuta y meticulosa.

El significado exacto de las palabras se le escapaba a Argel Tal; parecía una oración larga y complicada que invocaba a fuerzas externas para conseguir bendiciones y poder. Ya el hecho de que fuera capaz de leerla le resultaba un misterio.

—Esto es colchisiano —dijo en voz alta.

Lo es y no lo es.

—Puedo leerlo.

La lengua que vosotros llamáis colchisiano es un fragmento de una lengua primordial. Colchisiano, cadiano... esas lenguas se sembraron en vuestros mundos en preparación para la era que estaba por llegar. Las mascotas doradas del Emperador no podían leer esas inscripciones, porque no tienen la sangre de Lorgar en sus venas. Todo eso se planeó hace eones.

—¿Y los cadianos?

Su mundo fue tocado, igual que lo fue Colchis. Se plantaron semillas en abundancia para que florecieran en su momento.

Argel Tal se acercó al tanque marcado con el XIII. A través de la pantalla de cristal que había a la altura de los ojos no se veía nada aparte de un fluido lechoso en el interior.

Y entonces, un movimiento.

No te acerques más.

Una brevísima sombra de algo se revolvió dentro del vientre artificial.

Quédate ahí.

La voz del demonio era cortante, afilada por la preocupación. Argel Tal dio un paso más para acercarse.

Un niño dormía dentro del tanque de gestación, enroscado en su indefensión fetal, con los ojos cerrados. Se giró lentamente en el líquido amniótico lechoso con las extremidades a medio formar moviéndose en su reposo somnoliento.

No te acerques, portador de la palabra. Soy capaz de sentir cómo crece tu ira. Y no asumas que yo soy el único que puede sentirla. Las emociones fuertes también pueden atraer al Anatema.

Argel Tal se inclinó para acercarse al tanque. Las puntas de sus dedos apartaron la escarcha de su superficie.

—Guilliman —susurró.

El niño siguió durmiendo.

Xaphen se alejó de los demás y se acercó al tanque que tenía grabado el número XI. En vez de mirar a sus profundidades, miró por encima del hombro a Argel Tal.

—El undécimo primarca duerme dentro de este tanque. Todavía inocente, todavía puro. Me gustaría acabar con esto ahora mismo —confesó.

Se oyó la risa de Malnor que llegaba desde detrás del capellán.

—Nos ahorraría muchos esfuerzos, ¿verdad?

—Y evitaría que se le rompiera el corazón a Aureliano. —Xaphen recorrió con los dedos el número—. Recuerdo la desolación que lo invadió después de perder a sus hermanos segundo y undécimo.

Argel Tal todavía no se había separado del tanque de Guilliman.

—No tenemos la seguridad de que nuestras acciones aquí puedan cambiar el futuro.

—¿Y no merece la pena correr algunos riesgos? —preguntó el capellán.

—Algunos sí. Éste no.

—Pero la XI Legión…

—Fue suprimida de los registros imperiales por una buena razón. Igual que la II. No digo que no sienta la tentación cerniéndose sobre mi cabeza, hermano. Una simple espada que atravesara ese tanque y estaríamos borrando un futuro lleno de vergüenza.

Dagotal carraspeó.

—Y negando a los Ultramarines un aumento significativo en sus números de

reclutamiento.

Xaphen lo miró sin emoción; parecía que estaba sopesando los pros y los contras de algo así.

—¿Qué? —preguntó Dagotal a los demás—. Vosotros también lo estabais pensando. No es ningún secreto.

—Eso sólo son rumores —gruñó Torgal. El sargento de asalto no parecía muy seguro.

—Tal vez, o tal vez no. La XIII creció claramente hasta eclipsar a todas las demás legiones más o menos al mismo tiempo que la II y la XI quedaron «olvidadas» por los registros imperiales.

La voz sin cuerpo volvió a interrumpirlos.

Basta de esas insípidas conjeturas.

Argel Tal miró hacia abajo desde la plataforma, al sitio donde los científicos se afanaban en sus puestos. La mayoría se ocupaba de tareas relacionadas con la sangre o hacían biopsias de una carne pálida. Reconoció los órganos inmediatamente.

—¿Por qué están esos hombres y mujeres experimentando con semilla genética de los astartes? —preguntó.

Los otros portadores de la palabra siguieron su mirada.

No están experimentando con ella. La están inventando.

Argel Tal los observó trabajar mientras la voz de Ingethel siseaba en su mente. Vio varios trabajadores cerca de él cortando con escalpelos plateados órganos pálidos para diseccionarlos. Cada uno de ellos llevaba el número I en la espalda de sus trajes protectores.

Vuestro Emperador ha conquistado su propio mundo con unos protoastartes creados en condiciones muy inferiores. Ahora está engendrando primarcas, y a su sombra también cría a los guerreros que necesita para liderar su Gran Cruzada.

Siguió observándolos trabajar, pero la visión de su génesis hizo que le hormigueara la piel.

Ésos son los órganos prototípicos que se convertirán en la semilla genética de los primeros astartes verdaderos. Vosotros los conocéis como…

—Los Ángeles Oscuros —terminó Argel Tal—. La I Legión.

Allá abajo, los técnicos abrían con escalpelos órganos malformados y venas enroscadas, los analizaban bajo el microscopio y tomaban muestras de tejidos para hacer más pruebas. Las glándulas progenoides implantadas en su garganta y su pecho

le latían de dolor por pura empatía. Levantó una mano para frotarse el punto sensible a un lado del cuello donde el órgano escondido bajo la piel hacía su trabajo en silencio: almacenaba su código genético hasta el momento de su muerte, cuando sería recogido de nuevo e implantado en otro niño. El niño, a su vez, crecería para convertirse en un portador de la palabra. Ya no sería humano. Nunca más Homo Sapiens, sino Homo Astartes.

Pasarán muchos años terranos antes de que los órganos que veis ahí abajo estén listos para la implantación en jóvenes humanos. Esto es una fase muy temprana del proceso. La mayoría de los errores en la estructura de semilla genética se escribirán en el curso de las décadas que vienen.

Al capitán no le gustó el tono de la criatura.

—¿La mayoría?

La mayoría. No todos.

—Los Mil Hijos —apuntó Xaphen—. Su código genético estaba mal alineado. La legión quedó afectada por la mutación y la inestabilidad psíquica.

Ellos no son los únicos errores. Los años que están por venir sacarán a la luz esos errores biológicos. La degeneración de la semilla genética acabará con fallos orgánicos, eliminando la capacidad de salivar veneno, intolerancia a ciertas radiaciones… Cosas que alterarán la piel y los huesos de los guerreros.

—Los Puños Imperiales —intervino Malnor—. Y los Salamandras.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Dagotal.

Hubo una pausa mientras sentían la risa amortiguada de Ingethel detrás de los ojos.

¿Qué hay de vosotros?

—¿Sufriremos nosotros esas… impurezas?

—Respóndele —exigió Argel Tal—. Está preguntando lo que queremos saber todos.

El código escrito en vuestros cuerpos es más puro que la mayoría. No sufriréis ninguna degeneración especial y no tendréis ningún fallo único.

—Pero hay algo —dijo—. Puedo notarlo en tu voz.

Ningún astartes es tan leal a su primarca como los guerreros de la XVII lo son a Largar. Ningún guerrero imperial cree en la honradez de su padre con tanta fe y devoción ardiente.

Argel Tal tragó saliva. La sintió fría y con un sabor amargo.

—¿Nuestra lealtad forma parte de nuestra sangre?

No. Sois criaturas sensibles con libre albedrío. Eso no es más que una divergencia menor en un código que, por lo demás, es perfecto. Vuestra semilla genética realza la química de vuestros tejidos cerebrales. Os da un objetivo. Garantiza una lealtad imposible de romper a la causa y a Lorgar Aureliano.

—No me gusta el cariz que está tomando esta revelación —confesó el capitán.

—Ni a mí —admitió Torgal.

La sorpresa que sientes es falsa, Argel Tal. Ya has visto esto antes, reflejado en los ojos de tus hermanos de las otras legiones. Piensa en la docilidad de Cassius cuando los hijos pálidos de Corax te miraban con disgusto argumentando en contra de vuestra purga salvaje de la población pagana. Los Mil Hijos en Antiolochus… Los Lobos Lunares en Davin… Los Ultramarines en Syon…

Todos vuestros hermanos os han mirado y os han odiado por vuestra cólera definida e incuestionable.

Volvió a acercarse al tanque de Guilliman para examinarlo en vez de prestar atención a los técnicos que había debajo.

—No quiero hablar más de esto.

No hay ningún error en tener fe, portador de la palabra. No hay nada más puro.

Argel Tal no hizo caso de las palabras del demonio. Otra cosa había llamado su atención y no era capaz de quitársela de la cabeza.

—¡Sangre de…! Mirad. Mirad esto. —El capitán se agachó junto a la mitad inferior del vientre-ataúd de Guilliman. Un voluminoso generador estaba medio unido con la maquinaria principal que había tras el tanque de gestación. Unos alimentadores de refrigeración temblaban al bombear fluido, y los detalles que podían verse por los huecos en la cubierta blindada mostraban que los compartimentos internos del generador estaban llenos de un líquido rojo burbujeante.

Dagotal miró por encima del hombro de Argel Tal.

—¿Eso es sangre?

El capitán dirigió una mirada fulminante a Dagotal.

—¿Qué? —preguntó el sargento.

—Es hemolubricante para un espíritu mecánico. Estos generadores secundarios están conectados detrás de cada tanque. Y mira, recorren las columnas vertebrales de estas estructuras y suben hasta la torre.

Dagotal y los otros miraron a su alrededor.

—¿Y qué?

—¿Dónde hemos visto antes generadores de energía con un diseño similar? ¿Qué motor necesita un espíritu mecánico de esta complejidad para funcionar?

—Oh —exclamó el sargento—. Oh…

Los portadores de la palabra miraron la columna central, que temblaba y zumbaba con sus partes mecánicas y sus múltiples suministradores de potencia.

Al fin… Sí…

—Esto es más que una torre de incubación —dijo Xaphen.

Estáis tan cerca…

Argel Tal miró los tanques uno por uno y el complejo conjunto de maquinaria que los vinculaba a la columna central.

Sí, sí… Sed testigos de la verdad…

—Esto es un generador —su voz se hizo más tenue por la incredulidad— para un campo Geller.

Xaphen dio toda la vuelta a la pasarela; los pasos de sus botas resonaban, aunque nadie en la horda de técnicos que trabajaba allí los oyera. Argel Tal observó a su capellán moviéndose entre los tanques. Una sospecha ascendía lentamente por su nuca. Ninguno de los dos guerreros llevaba casco, y finas capas de sudor helado brillaban en sus caras.

—El campo Geller más potente que existe —dijo Argel Tal, señalando la maquinaria—. Los generadores que hay a bordo de nuestras naves unidos a los navegantes… no son ni la sombra de lo que vemos aquí.

No comprendéis del todo el efecto de lo que vosotros llamáis campo Geller. Es más que un escudo cinético contra la energía de la disformidad. La disformidad misma es el Mar de Almas. Vuestros campos repelen la fuerza psíquica pura. Son un baluarte contra las garras de los nunca nacidos.

—La pregunta que debemos hacernos es… —Mientras hablaba, Xaphen acariciaba la superficie del tanque con el número XVII— por qué estas incubadoras están protegidas contra…

Dilo.

Xaphen sonrió.

—Contra los demonios.

Torgal se unió al capellán delante del tanque de Lorgar. Miró hacia el interior, al bebé dormido.

—Creo que lo sé. Estos niños ya casi han crecido lo suficiente para nacer. ¿Demonio? ¿Espíritu?

Estoy aquí.

A Torgal se lo veía muy incómodo al interactuar con esa voz sin cuerpo.

—Las legiones cuentan la historia de los veinte hijos del Emperador que fueron enviados a los cielos por alguna gran tragedia, un error en su proceso de creación.

Os han criado con las historias de los primarcas que lideran vuestras legiones, pero os han alimentado con siglos de mentiras. En cuestión de momentos presenciaréis la verdad. El Anatema trataba con los Poderes de la disformidad mucho antes de dejar la Tierra en la Gran Cruzada.

El Anatema deseaba hijos poderosos, y los dioses le concedieron la sabiduría para forjarlos con una unión de genética divina y brujería psíquica. Vino a mis maestros ávido de respuestas, suplicando poder a los dioses. Con la sabiduría que le proporcionaron dio forma a sus veinte hijos.

Pero se produjeron traiciones. Se rompieron juramentos que habían sido hechos con sangre y pagados con alma. En aquellos momentos, el Anatema se negó a mostrarle a la humanidad la Verdad Primordial, y los dioses de la disformidad montaron en cólera.

El Anatema sigue teniendo a sus veinte hijos primarcas, pero no está pagando ningún precio a los Poderes que le dieron el conocimiento necesario para crearlos.

Xaphen se agarró a la barandilla para no caer de rodillas.

—Nuestro padre… Todos nuestros padres… Son descendientes de antiguos rituales de sangre y ciencia prohibida.

Argel Tal no pudo evitar reírse.

—El Emperador, que niega todas las formas de divinidad, formó a sus propios hijos con las bendiciones de los dioses olvidados. Las oraciones y la brujería están escritas en los tanques de gestación. Esto es una locura gloriosa.

Preparaos. Llega la hora. Los Poderes entraran en el mundo material para reclamar a los hijos que ayudaron a criar.

Argel Tal miró los tanques con una sonrisa en la cara que no desapareció en ningún momento.

—Este campo Geller… va a fallar, ¿verdad?

Fallará exactamente dentro de treinta y siete latidos de tu corazón, Argel Tal.

—Y los primarcas serán secuestrados, arrancados de aquí por tus amos de la

disformidad. Ése es el accidente que se los llevó a través de la galaxia.

Los dioses de la disformidad son los verdaderos padres de los primarcas. No es para hacer daño a tu Emperador. No es más que justicia divina. Y estos pequeños mientras viajen a través de las estrellas crecerán. Éste es el primer paso de los planes de los dioses para salvar a la humanidad.

—Y Aureliano…

Es el más importante de todos. El tanque de incubación de Lorgar será llevado a Colchis para dar los primeros pasos para la iluminación de la humanidad sobre la Verdad Primordial y los dioses que hay tras las estrellas. Sin los dioses, la humanidad moriría poco a poco bajo la depredación de los alienígenas que todavía reclaman una gran parte de la galaxia. Los que se queden morirán como murieron los eldar: agónicamente, incapaces de ver la Verdad Primordial aunque la tengan delante de los ojos.

Eso es el destino. Está escrito en las estrellas. Lorgar sabe que la humanidad necesita a la divinidad, que es lo que dio forma a su vida y a la de la legión. Por eso fue elegido como el hijo predilecto.

Xaphen cerró los ojos y murmuró una letanía de la Palabra.

—La fe nos eleva por encima de los que no tienen alma y los condenados. Es el combustible del alma y la fuerza que hay tras los milenios de supervivencia de la humanidad. Estamos vacíos sin ella.

Argel Tal sacó sus armas. Las espadas de hierro rojo salieron de sus fundas con siseos gemelos.

Sí, sí…

Ambas hojas chisporrotearon al inundarse de vida eléctrica cuando el capitán pulsó los activadores del mango. Xaphen lo miró con ojos vacíos.

—Hazlo —dijo el capellán—. Que empiece.

Argel Tal hizo girar las hojas en lentos arcos y sus campos de energía chisporroteante se hicieron más intensos a la vez que de las hojas emanaba una bruma de ozono mientras silbaban, calientes, a través del aire helado.

—Aureliano —susurró Malnor—. Por Lorgar.

—Por la verdad —dijo Torgal—. Hazlo y llevaremos estas respuestas cuando volvamos al Imperio.

Argel Tal miró a Dagotal, el más joven de sus sargentos, recién ascendido antes de la humillación de la legión. Los ojos del comandante de la escolta se veían distantes.

—Estoy cansado de que el Emperador nos mienta, hermano. Estoy cansado de que nos avergüence cuando lo que nosotros creemos es la verdad. —Dagotal asintió cuando al fin cruzó su mirada con la del capitán—. Hazlo.

Tres.

Dio un paso adelante mirando el montón de tubos que parecían venas que latían al llevar la sangre artificial hacia la torre mecánica semiorgánica.

Dos.

Argel Tal volteó las espadas, que dejaron senderos de chispas en su estela.

Uno.

Las hojas cayeron atravesando acero, hierro, goma, cobre, bronce y sangre creada artificialmente.

Ambas espadas explotaron, y sus hojas se hicieron pedazos como un cristal al romperse, decorando sus manos desnudas con cortes sangrientos.

Y después, durante un momento horrible, un momento que le era familiar, Argel Tal no pudo ver nada excepto un color dorado, ardiente y psíquico.



DIECIOCHO
UN CENTENAR DE VERDADES
RESURRECCIÓN
RETORNO

—He oído a vuestro hermano —le confesó Argel Tal.

El primarca ya no estaba escribiendo. Durante varios minutos, Lorgar no había hecho nada más que escuchar con emoción creciente mientras el capitán relataba lo que había sucedido en la visión de Ingethel. En aquel momento, al oír esas palabras, dejó escapar el aire que había estado conteniendo durante un rato.

—¿A Magnus?

Argel Tal nunca había oído a su señor hablar con tanta suavidad.

—No. El señor de la guerra.

El gigante de piel dorada se pasó las manos por la cara; parecía afectado por un cansancio repentino.

—No conozco ese título —dijo—. Señor de la guerra. Es un nombre desagradable.

Argel Tal rió con dos voces.

—Claro, perdonadnos, Lorgar. No se le ha llamado así durante un tiempo. Aún es simplemente Horus. Cuando la visión acabó con la luz dorada, ya no pudimos ver nada aparte de las llamas. Pero oímos a vuestro hermano Horus. La maquinaria se estaba rompiendo haciendo extraños ruidos y crujidos. Hubo disparos. Una ráfaga del viento más potente que he sentido en mi vida. Y oímos la voz de Horus que gritaba desafiante, encolerizado. Era como si estuviera allí con nosotros, viendo lo que nosotros veíamos.

—Deja de decir «nosotros». Tú eres Argel Tal.

—Nosotros somos Argel Tal, sí. Dentro de cuarenta y tres años, Horus dirá cuatro palabras que salvarán a la humanidad o la llevarán a la extinción. Nosotros sabemos cuáles son esas palabras, Lorgar. ¿Las sabéis vos?

Lorgar se rodeó la cabeza con las manos. Sus dedos finos presionaban las elegantes runas que tenía dibujadas en la piel.

—Esto es demasiado. Demasiado para soportar. Yo… Yo necesito a Erebus. Necesito a mi pa… a Kor Phaeron.

—Están lejos de aquí. Y os diremos algo más: ni Erebus ni Kor Phaeron se resistirán a aceptar las verdades que contamos. Kor Phaeron siempre ha mantenido sus creencias en las viejas costumbres ocultas tras las falsas sonrisas, y Erebus babea en presencia del poder. Ninguno de esos dos brujos retorcidos se cogerán las cabezas con las manos y sentirán pánico por cómo el Imperio conseguirá…

Las voces de Argel Tal callaron, ahogadas por una mano dorada que apretaba su garganta descarnada.

Lorgar se puso de pie en un movimiento fluido y sin esfuerzo arrastrando al astartes con él. Los pies del capitán se separaron del suelo.

—Sujeta tu lengua cuando hables de mis mentores, y habla con respeto cuando te dirijas al señor de tu legión. ¿Entendido, bestia?

Argel Tal no respondió. Sus manos estaban agarradas al antebrazo del primarca en un gesto fútil y desesperado.

Lorgar arrojó la figura esquelética contra la pared. El capitán se estrelló contra ella con un crujido de metal y cayó al suelo.

—Borra esa sucia sonrisa de tu boca —le exigió Lorgar.

Cuando el astartes levantó la cabeza para mirar a su primarca, era Argel Tal el que miraba de nuevo a través de sus ojos.

—Contrólate, capitán —le advirtió Lorgar—. Ahora termina de contar la historia.

—Vi cosas. —Argel Tal intentó levantarse sobre sus extremidades temblorosas—. Cuando el color dorado desapareció, había más cosas que ver. Visiones. No puedo explicarlo de otro modo, señor.

Al sentir que su hijo volvía a su ser, Lorgar lo ayudó a sentarse.

—Habla —le ordenó.

Uno por uno fueron cayendo los tanques criogénicos.

Argel Tal estaba solo, de pie en la superficie de cada uno de los mundos y contemplaba como cada tanque aterrizaba. Pero no los vio todos, y eso ya resultaba un misterio. ¿Había alguna transcendencia en los aterrizajes en los planetas que tenía derecho a presenciar? ¿Por qué ésos y no otros?

El primero tenía la forma de un meteorito llameante que cruzaba el blando suelo de un mundo templado. El tanque no se hundió mucho, sino que hizo un surco en la tierra y se detuvo en medio de un bosque de árboles de hoja perenne tan denso que las ramas que colgaban ocultaban la luz de la luna.

El niño que emergió del tanque roto tenía la piel pálida y la mirada feroz. Su pelo era negro como la armadura de los guerreros que lideraría cuando creciera.

De repente llegó el crepúsculo sin avisar…

… reduciendo los árboles a polvo cuyas cenizas esparció un viento repentino. En lugar del frondoso bosque había una inhóspita tundra que iba de un extremo a otro de lo que alcanzaba su visión, poblada de rocas negras y una flora escuálida y sin color.

El tanque cayó en llamas desde el cielo gris, chocando con las laderas irregulares de un acantilado y provocando una avalancha de rocas que cayeron a su paso. Cuando por fin se asentó el polvo, Argel Tal vio a un niño delgado que salía del amasijo de metal y piedras pasándose las manos polvorientas por el pelo del color blanco del mármol perfecto.

El niño miró a su alrededor mientras…

… Argel Tal estaba solo en la cumbre de una montaña y la nieve se pegaba a su armadura al caer. En un pico lejano se alzaba una fortaleza silueteada contra el limpio cielo, sus exquisitas almenas y torres de piedra estaban iluminadas por el sol que se colaba por un hueco entre las nubes.

El portador de la palabra miró hacia el cielo sintiendo los leves copos de nieve fríos contra su piel enfebrecida mientras veía cómo el tanque caía de los cielos. Cuando impactó, lo hizo con la fuerza suficiente para incrustarse a un lado de la montaña, sacudiendo la tierra con la furia de una descarga de artillería.

Argel Tal esperó observando la herida que había quedado en un lado de la montaña. Al fin emergió un niño que escalaba por las rocas con facilidad, con la piel de color bronce bajo el fuerte sol. Durante un momento pareció que el niño lo había

visto pero…

… ningún mundo debería estar nunca oscuro.

Los ojos de Argel Tal necesitaron unos segundos para atravesar la profunda noche, y lo que encontró su mirada no era mejor que la oscuridad anterior. Un cielo sin luz dominado por una luna imponente que eclipsaba la luz de las estrellas en vez de reflejar el sol. Una ciudad en expansión en el horizonte apenas iluminada, como si los ojos de sus habitantes se rebelaran ante la luz.

El fuego anunció la llegada del tanque, que incendió la atmósfera por encima de la tierra baldía con una luz cegadora mientras caía. El impacto fue como clavar una lanza en el suelo de olor metálico. La incubadora se incrustó profundamente en la tierra con la fuerza suficiente para partirla con grandes grietas tectónicas.

El portador de la palabra mantuvo el equilibrio y respiró un aire que sabía a hierro mientras esperaba señales de movimiento saliendo del abismo recién creado en esa tierra estéril.

El niño que salió bajo el cielo de la noche era tan pálido como un cadáver, y alguien único entre los progenitores que Argel Tal había visto hasta el momento, porque llevaba un fragmento de su tanque de gestación fuertemente agarrado en su puño: un cuchillo, primitivo e instintivo, hecho del metal retorcido de su tanque.

El trueno se anunció por encima de sus cabezas. El niño levantó la cara hacia el cielo y un repentino tridente de relámpagos iluminó las facciones demacradas y faltas de salud del niño.

Argel Tal…

… estaba de pie al borde de otro acantilado, éste con vistas a un valle que dividía una gigantesca cadena montañosa.

El tanque se estrelló convertido en un borrón de metal gris y se empotró contra las paredes de roca sin llegar a atravesar la piedra. Argel Tal observó como el tanque giraba de un extremo a otro, destrozándose en su devastadora caída al despeñarse por la falda de la montaña. El metal oscuro desgarró su cubierta blindada y la hizo jirones.

Acabó descansando boca abajo en el fondo del valle, y el visor de Argel Tal zumbó para compensar la distancia. Vio como el tanque se sacudía una vez, otra vez, y después rodaba sobre un lado, apartado por el niño que había contenido. Libre de su

peso, el niño se tocó con manos temblorosas la cara llena de sangre.

El grito de dolor que subió desde el valle no parecía posible que hubiera salido de los labios de un niño tan pequeño.

Y entonces…

… todo cambió de nuevo y Argel Tal contempló el anochecer a través de un jirón de niebla. La bruma era leve y de un enfermizo color verde jade que hablaba de aire frío y toxicidad. La poca luz que la atravesaba salía de un sol exiguo, escuálido tanto en tamaño como en generosidad, que se ponía tras un horizonte plano.

Una tierra llana se extendía en todas direcciones, tan poco inspiradora y árida como cualquiera de los muchos mundos sin vida fácilmente ignorables por los que Argel Tal había pasado siendo parte de las flotas expedicionarias de la Gran Cruzada.

El tanque que caía dejaba una estela de humo y llamas, que ardieron con un fuego verde al quemar con virulencia la niebla. Golpeó el terreno rocoso y se abrió cuando empezó a patinar sobre el suelo de pizarra.

El portador de la palabra se acercó a la cápsula y vio jirones de niebla que se colaban por el metal desgarrado, empañando el interior por detrás del cristal transparente. Algo pálido se movió en el interior, pero…

… de repente estaba de pie sobre el corazón de una ciudad de piedra blanca y cristal brillante, rodeado de agujas, pirámides, obeliscos y enormes estatuas.

El tanque cayó del cielo nocturno y atravesó una delgada torre con un ruido de cristal rompiéndose que pudo oírse en toda la ciudad. Un momento después, la incubadora destrozó el suelo de mosaico, se deslizó y quemó la piedra blanca hasta terminar su viaje al estrellarse contra la base de una gran pirámide.

Una multitud de figuras bronceadas y atractivas se arremolinaron bajo el sol de la tarde observando cómo los remaches y los tornillos del ataúd de metal se desenroscaban y salían solos, aflojados por unas manos invisibles. Placa a placa, el blindaje del tanque se soltó y quedó flotando en el aire por encima del lugar de la colisión. Al fin, las últimas piezas de la estructura se separaron y apareció en el corazón de la cápsula un niño con el pelo rojo, los ojos cerrados y la piel de un bruñido rojo cobrizo.

Los pies del niño no tocaron el suelo. Flotó un metro por encima de los mosaicos

quemados y al fin abrió los ojos. Argel Tal…

… caminaba por la superficie de un mundo devastado. El aire olía a humos de combustión química y el paisaje sin vida era de un gris igual al de la Luna, el único satélite natural de Terra.

El tanque cayó desde un cielo nocturno lleno de estrellas, cada una de las constelaciones preñada con la promesa de un significado más profundo. El terreno rugió en señal de protesta cuando el tanque lo golpeó, y el portador de la palabra subió a la pequeña elevación del borde de un cráter para ver la incubadora abriendo un boquete en el suelo plateado.

La puerta del tanque se abrió antes de que éste se detuviera del todo con un fuerte ruido en la silenciosa noche. El niño que salió del interior era inhumanamente atractivo, con facciones delicadas, pálidas y contemplativas, los ojos grises del mismo color que la tierra del mundo donde había aterrizado.

No hubo posibilidad…

… de acercarse.

Ahora estaba en casa. No en las cubiertas estériles de la flota expedicionaria, ni siquiera en el espartano santuario de su cámara de meditación a bordo del *De Profundis*. No, estaba en su hogar.

El cielo era una extensión azul sin nubes sobre un desierto polvoriento, con una ciudad de flores grises y ladrillos rojos endurecidos por el fuego junto a la orilla de un ancho río. Argel Tal observó la Ciudad Santa desde el lugar donde estaba, algo más abajo junto al río. Sintió tal placer ante este curioso regreso a casa que se olvidó de mirar hacia arriba hasta el último momento.

El tanque, el vientre de hierro negro de su padre, cayó sobre el río susurrante con una gran salpicadura. Argel Tal ya estaba corriendo con las articulaciones de su armadura chirriando mientras daba zancadas sobre el suelo árido. No le importaba si eso era una visión o si estaba realmente allí; tenía que alcanzar el tanque de su padre.

Pero la armadura de batalla de los astartes no estaba hecha para eso. Con su inmenso peso, las botas se le hundían en el pegajoso barro del río haciendo que los estabilizadores de mercurio que tenía incorporados protestaran chirriantes en sus espinillas y las articulaciones de la rodilla.

El portador de la palabra avanzó por el lodo que le llegaba a la cintura caminando por la orilla del río para alcanzar la cápsula estrellada. Cuando se acercó a la incubadora, una cosa resultaba obvia por encima de todas las demás: el tanque de Lorgar había sufrido muchos más daños que ningún otro.

Extendió la mano, y en cuanto la ceramita que cubría sus dedos consiguió arañar el costado del tanque, una imagen apareció ante sus ojos superponiéndose a la realidad.

El tanque traqueteó girando a través del vacío, arrastrado por las mareas de la disformidad. Varias marcas de quemaduras y grietas fueron apareciendo mientras el accidentado viaje continuaba y una niebla del color de la locura se colaba a través de las grietas del blindaje. El niño que había dentro seguía durmiendo, pero el dolor se mostraba en sus facciones, inquietas en su reposo.

Contempla cómo los dioses de esta galaxia cuidaron a tu primarca mejor que a otros, manteniéndolo en el Mar de Almas durante décadas, preparándolo para el papel que desempeñaría en la ascensión de la humanidad a la divinidad

Lorgar sintió su contacto bendito más que ninguno de sus hermanos.

Argel Tal…

… tropezó y se tambaleó hasta detenerse.

El tanque que tenía ante él era igual que el de su padre, pero le costaba distinguirlo y era apenas visible ante sus ojos. El terreno era oscuro, el cielo nocturno no tenía ninguna estrella, y durante un momento, Argel Tal no estuvo seguro de si estaba en la superficie de un mundo o en la cubierta de una nave con los motores apagados.

Cuando sus sentidos fueron perdiendo intensidad, pudo mirar momentáneamente a través del cristal frontal del voluminoso tanque. Lo que fuera que se movía dentro de la incubadora tenía demasiadas extremidades para ser un solo niño humano.

Argel Tal se acercó, pero su atención quedó desviada por un borrón escarlata que se reflejaba en el cristal. Era su casco, su placa pectoral, pero estaban cubiertos de protuberancias de marfil: unas bioarquitecturas góticas y retorcidas formadas de ceramita y hueso. La cara que lo miraba desde el cristal era una variante con colmillos de su casco de combate, pintada de negro y carmesí excepto por una estrella dorada que le rodeaba la lente del ojo derecho.

Él…

… abrió los ojos.

La cubierta de observación, a bordo del *Lamento de Orfeo*. El cielo que había más

allá de la cúpula estaba lleno de un estruendoso caos.

El demonio estaba exactamente donde había estado todo el tiempo, su forma musculosa nunca completamente quieta, siempre balanceándose de lado a lado, las garras sacudiéndose nerviosamente en el aire. Xaphen, Torgal, Malnor, Dagotal… todos estaban exactamente donde habían estado antes.

El sargento explorador comprobó su cronómetro retinal. Habían pasado tres segundos. Cuatro. Cinco.

Apenas había pasado el tiempo.

—¿Algo de eso ha sido real? —preguntó.

Ingethel de la Consagración señaló con dos de sus brazos larguiruchos, las garras dirigidas hacia el suelo detrás de los portadores de la palabra. Allí, en la cubierta, estaban las espadas de hierro rojo: destrozadas sin posibilidad de reparación, los fragmentos oscurecidos por las marcas de quemaduras procedentes de la detonación que las había hecho pedazos.

—A mí eso me parece real —rió entre dientes Xaphen.

Habéis visto mucho y aprendido más. Queda un asunto.

El demonio se deslizó alrededor de los astartes, rodeándolos lentamente, como saboreándolo. Algo parecido a la diversión brillaba en los feos ojos que observaban a Argel Tal.

—¿Qué es lo que queda?

Un salto de fe.

Los ojos de Xaphen encontraron los de Argel Tal.

—Hemos llegado hasta aquí y seguimos unidos.

El capitán asintió.

Debéis hacer una elección. Habéis presenciado la verdad de los dioses. Habéis visto las mentiras del Emperador que han quedado al descubierto y conocéis la lenta extinción que le espera a la humanidad si la especie sigue ciega ante la Verdad Primordial. Así que debéis elegir.

—¿Elegir qué? —Argel Tal entornó los ojos. No quería tolerar el hedor de la criatura ni un minuto más, así que se puso el casco y empezó a respirar con más facilidad cuando el sello hermético del cuello se cerró.

Bajad el campo Geller de esta nave.

Ingethel acarició un lado de la cúpula con una de sus garras. Al otro lado del denso cristal, las caras que no dejaban de gritar y las garras desesperadas se apretaron

contra la mano del demonio.

Bajad el campo Geller. Convertíos en los arquitectos del destino de la humanidad y en las armas que Lorgar necesita blandir contra el imperio de las mentiras.

Los portadores de la palabra no reaccionaron de la misma forma. Xaphen cerró los ojos con una sonrisa satisfecha, como si eso confirmara algo que había estado esperando oír. Torgal apoyó las manos en la culata de la pistola y en el mango de su hoja envainada, mientras que Malnor colocó sus guanteletes grises sobre las culatas de los dos bólters que llevaba sujetos a los muslos. Dagotal se apartó del grupo y su lenguaje corporal traicionó su incomodidad, aunque las lentes de su visor no mostraron ninguna emoción.

Argel Tal no buscó un arma. En vez de eso, se rió.

—Estás loca, criatura.

¿Ése es el respeto que mostráis ante un mensajero de los dioses?

—¿Qué esperabas? ¿Que los Portadores de la Palabra se arrodillaran y aceptaran todo lo que has dicho como si fuera mandato divino? Estamos cansados de arrodillarnos, Ingethel.

Las fauces del demonio temblaron cuando soltó un chillido ratonil.

Bajad el campo Geller y podréis saborear la última promesa de las pruebas.

—Debemos considerar lo que dice el mensajero —dijo el capellán.

—Basta, Xaphen.

—¡Aureliano nos pidió que hiciéramos esto! Se nos ha ordenado que sigamos al guía sin importar adónde nos lleve. ¿Cómo podríamos negarnos al momento final de la verdad?

—Basta. No vamos a arriesgar la nave en esta tormenta. Ya hemos perdido la *Escudo de Scarus*. Cien hermanos perdidos en este sector del espacio y a ti te parece bien perder cien más.

No habían sido elegidos, Argel Tal. Vosotros sí. Había llegado su momento de encontrar la destrucción. No tenían la fuerza de voluntad para soportar lo que se os ofrece a vosotros.

El capitán rodeó al demonio.

—¿Qué ocurrirá si bajamos el campo? ¿Quedaremos a merced de la tormenta? ¿Hechos pedazos como cualquier otra nave imperial que haya perdido la estabilidad Geller durante un vuelo de la disformidad?

No. Bajad la piel anatémica y los míos vendrán a reunirse con nosotros. Para compartir la revelación final con los guerreros elegidos de los dioses.

—Demonios… en la nave. —Argel Tal miró las caras de las almas que gritaban y que impactaban contra la cúpula—. Ésta no puede ser nuestra elección. Éstos no pueden ser los dioses de la galaxia.

Xaphen bajó la voz. A Argel Tal jamás le había sonado tan parecido a Erebus, su antiguo mentor.

—Hermano… Nunca nos prometieron que la verdad sería fácil de soportar. La forma en que fuimos elegidos… Y nuestro padre convertido en predilecto… por el verdadero poder divino.

Argel Tal se volvió para mirar a Xaphen a través de la retícula del punto de mira del visor.

—Pareces muy seguro sobre lo que hay que hacer, hermano.

—¿No te sientes honrado de haber sido escogido así? Yo querría ser uno de los primeros en recibir las bendiciones de los dioses. Es un salto de fe, como ha dicho Ingethel.

—Sylamor no bajará el campo Geller ni aunque se lo ordenemos. Sería un suicidio.

No habrá muertes infructuosas. Éste es vuestro momento de gloria, portadores de la palabra. Pensad en vuestro primarca, arrodillado en el polvo ante Guilliman y el Dios Emperador.

Este momento será el comienzo de su confirmación. Las mentiras del Emperador condenarán a vuestra especie. La Verdad Primordial la liberará.

—Podemos llevar esta verdad al Imperio, pero la humanidad nunca se rendirá a este… caos.

La humanidad no tiene elección. Morirá bajo las garras de los alienígenas, y los pocos que sobrevivan serán engullidos por la creciente influencia de los dioses de la disformidad. Sólo conseguiréis que se hagan más fuertes, Argel Tal. Si alguien se niega a adorarlos, no habrá lugar para él en esta galaxia.

El portador de la palabra no pronunció las palabras que asomaban a su lengua, pero el demonio pudo sentirlas.

¿Qué harás, humano? ¿Luchar contra nosotros? ¿Hacer una guerra contra los propios dioses? Qué bonito. Imagínate al pequeño imperio de seres humanos mortales sitiando el cielo y el infierno.

Igual que los eldar… Veréis la Verdad Primordial o quedaréis destruidos por ella.

—Una última pregunta —dijo.

Hazla.

—Hablas del Emperador como el Anatema, ¿por qué?

Por el futuro. El Emperador condenará a vuestra especie negándole a la humanidad su derecho de nacimiento como hijos elegidos de los dioses. Hará la guerra contra la divinidad envolviendo a vuestra especie en un velo de ignorancia. Eso os condenará a todos. El Emperador no sólo está maldito por sus traiciones contra los dioses, sino que también es el anatema de toda la vida humana.

Lorgar lo sabe. Por eso os envió al Ojo. Vuestra iluminación es el primer paso de la supremacía de la raza humana.

Argel Tal miró a los ojos del demonio durante un larguísimo momento. En esas profundidades desparejadas vio una vez más a Lorgar humillándose en el polvo. Sintió la engañosa corriente psíquica del Emperador que lo levantaba del suelo y lo arrojaba ante los Ultramarines.

Sintió la serenidad de estar de pie en la Ciudad de la Flores Grises sabiendo, más allá de cualquier duda, que su causa era sagrada, que su cruzada era justa. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que sintió esa pureza de propósito?

—Escuadra Qan Shiel —dijo Argel Tal por el comunicador—. Diríjanse al generador del campo Geller en la cubierta tres. Escuadra Velash, acompañen como apoyo a los miembros del Qan Shiel.

Llegaron las confirmaciones por el comunicador.

—¿Órdenes, señor? —le preguntó el sargento Qan Shiel—. Yo… Todos hemos oído lo mismo que ha oído usted.

El capitán tragó saliva.

—Destruid el generador del campo Geller. Es una orden. Portadores de la palabra, estad preparados.

Noventa y un segundos después, en la nave se oyó un ruido sordo bajo sus pies.

Noventa y cuatro segundos después, la nave viró bruscamente a estribor, arrancada de su órbita por la cólera de la tormenta, y se hundió en la marea que no dejaba de golpearla.

Noventa y siete segundos después, todas las cubiertas se quedaron sin luz, y la

tripulación y sus protectores astartes se vieron bañados por el resplandor rojo de las sirenas de emergencia.

Noventa y nueve segundos después, todos los canales del comunicador volvieron a la vida entre gritos.

Ingethel se desenroscó y se lanzó hacia adelante, y el primero al que atacó fue a Malnor.

Xaphen yacía muerto a los pies de la criatura.

Tenía la espina dorsal retorcida y la armadura rota. Había sido una muerte cuyo final no le había traído la paz. A un metro de los dedos extendidos, sobre el suelo, se encontraba el crozius de acero negro, en silencio tras quedar desactivado. El cadáver estaba volcado boca abajo, lo que impedía ver el rostro que le había dejado la muerte, pero el grito del capellán todavía resonaba en la red de comunicación.

El sonido había sido húmedo, angustioso, medio ahogado por la sangre que inundaba los pulmones perforados de Xaphen.

La criatura giró la cabeza con la agilidad y la elegancia propias de un depredador. La saliva pegajosa le caía en apestosos chorros entre los numerosos dientes. No quedaba iluminación artificial en ese puente, pero la luz de las estrellas, el titilar de los soles lejanos, provocaba centelleos plateados en los ojos desiguales de la criatura. Uno de ellos era abultado, de color ámbar, sin pestañas alrededor. El otro era completamente negro, un trozo de obsidiana hundido en la profunda cuenca ocular.

Ahora tú, le dijo sin mover la boca. Aquellas fauces jamás serían capaces de formar ningún tipo de habla. *Tú serás el siguiente*.

El primer intento de Argel Tal de contestarle sólo hizo que un chorro de sangre caliente le cayera de entre los labios. La notó gotear en la barbilla antes de seguir deslizándose por la cara. El fuerte olor químico del líquido, de la sangre cargada de genes de Lorgar que corría por las venas de todos sus hijos, fue suficiente para ahogar el hedor que surgía de la carne temblorosa de color gris de la criatura. Durante un momento, el capitán olió su propia muerte en vez de la corrupción que emanaba de la criatura.

Fue un alivio temporal bastante singular.

Argel Tal alzó el bólter con una mano que temblaba, pero no de miedo. Aquel desafío era la negativa a rendirse que no era capaz de expresar de otro modo.

Sí. La criatura se le acercó un poco más. La parte inferior de su cuerpo era una

mezcla abominable entre una serpiente y un gusano cubierta de venas gruesas y que dejaba un rastro viscoso semejante al de una babosa, que además hedía como una tumba recién abierta. *Sí*.

—No —logró responder por fin Argel Tal con los dientes apretados—. Así no.

Sí, así. Como tus hermanos. Así es como debe ser.

El bólter rugió con un tableteo estruendoso. Un chorro de proyectiles acribilló la pared, y los impactos explosivos profanaron la quietud del lugar. Cada sacudida del arma en su mano temblorosa hacía que el siguiente proyectil saliera más desviado todavía de su objetivo.

Dejó que el arma cayera al suelo con un repiqueteo metálico. Los músculos de los brazos le ardían. La criatura no se rió, no se burló de él por su fracaso. En vez de eso, alargó los cuatro brazos y lo levantó del suelo con cuidado. Las garras negras chirriaron al resbalar en la ceramita gris de su armadura mientras lo levantaban.

Prepárate. Esto no será indoloro.

Argel Tal se quedó colgando sin fuerzas de los brazos de la criatura. Durante un breve momento intentó alcanzar las espadas de hierro rojo que llevaba en las caderas, y se olvidó de que estaban rotas. Las dos armas estaban destrozadas en la pasarela de la cubierta inferior.

—Oigo… otra voz —dijo con voz ahogada entre los dientes apretados.

Sí. Es uno de los míos. Viene a por ti.

—Esto… esto no es lo que… quería mi primarca.

¿Esto?

La criatura se acercó un poco más al cuerpo del astartes indefenso y reventó el corazón secundario de Argel Tal con un simple pensamiento. El capitán sufrió una serie de convulsiones violentas mientras notaba la masa de carne convertida en pulpa que albergaba detrás de las costillas. Sin embargo, el demonio siguió sosteniéndolo con una suavidad repugnante.

Esto es exactamente lo que quería Lorgar. Ésta es la verdad.

Argel Tal se esforzó por inspirar un aire que no llegó a entrar e intentó obligar a unos músculos moribundos a que empuñaran unas armas que ya no estaban allí.

Lo último que sintió antes de morir fue algo que se derramaba entre sus pensamientos, algo húmedo y frío, como una capa de aceite que se le esparciera justo detrás de los ojos.

Lo último que oyó fue a uno de sus hermanos muertos inspirar de forma

entrecortada por el comunicador. Y lo último que vio fue el cuerpo de Xaphen levantarse del suelo sobre unas extremidades temblorosas.

Lorgar bajó la pluma una vez más. Una emoción desconocida le quemaba los ojos. Fuera lo que fuese, Argel Tal nunca la había visto antes.

—Así que hemos completado el círculo —dijo el primarca—. Has muerto y resucitado. Has encontrado al asesino de la tripulación. Has salido del Ojo y has necesitado siete meses para hacerlo.

—Vos queríais respuestas, mi señor. Nosotros os las hemos traído.

—No podría estar más orgulloso de ti, Argel Tal. Has salvado a la humanidad de la ignorancia y la extinción. Has demostrado que el Emperador estaba equivocado.

El capitán miró a su padre de cerca.

—¿Cuánto de todo esto ya sabíais vos, mi señor?

—¿Por qué lo preguntas?

—Pasó tres noches en las cuevas de Cadia con Ingethel. ¿Qué parte de esta historia ya le había contado la criatura cuando nos envió al Ojo?

Lorgar dejó escapar el aire en algo que no era del todo ni una risa ni un suspiro.

—No sabía lo que os iba a pasar, hijo mío. Créeme.

Argel Tal asintió. Eso era suficiente.

Empezó a pronunciar una respuesta, pero las palabras se le atravesaron en la garganta. ¿Era ésa la lealtad genética que todos los astartes sentían por sus primarcas que sólo se veía magnificada en la XVII Legión? ¿Alguna vez sería capaz de ver el engaño en los ojos de su padre, incluso aunque el Urizen le mintiera a la cara?

Mundos enteros habían caído ante la oratoria de Lorgar sin haber tenido que disparar ni un arma en combate. A ojos de su hijo, él era la personificación del encanto persuasivo y conmovedor que resplandecía en el Emperador… Y siempre parecía estar por encima de algo tan básico y tan primitivo como el engaño.

Y ahora las palabras de Ingethel le provocaban una sombra de duda.

—Os creo, padre —dijo, esperando que sus palabras fueran ciertas pero sin saberlo con certeza.

—Debemos cubrir nuestras huellas. —Lorgar sacudió la cabeza lentamente—. Las vidas de los cadianos son pruebas que el Emperador nunca debe ver. Con sus perros vigilándonos, mi padre sabrá que hemos presenciado los rituales cadianos y que nos hemos aventurado en el Ojo. Debemos permanecer puros a ojos del Emperador. La

tormenta no revela nada. Los cadianos… bueno, fueron destruidos por desviarse del camino.

Argel Tal tragó una saliva ácida.

—¿Vais a destruir a las tribus?

—Debemos cubrir nuestras huellas. —Lorgar suspiró—. El genocidio nunca me ha provocado placer, hijo. Difundiremos historias que provoquen malestar entre la flota y utilizaremos armas tectónicas en el lugar de aterrizaje para destruir a las tribus que ocupan los páramos.

Argel Tal no dijo nada. No había nada que pudiera decir.

—Tú has renacido. —Lorgar se cogió las manos—. Los dioses te han dado forma de nuevo y te han concedido una gran bendición.

«Ésa es una forma de verlo», pensó Argel Tal.

—Estoy poseído —replicó. Esas palabras no hacían justicia a la sensación de violación, pero no había ninguna otra explicación para lo que le ocurría—. Estamos poseídos como prueba para vos de que las palabras de Ingethel sobre los dioses eran ciertas.

—No necesito nada más para convencerme. Todo, al fin, ha encajado en su lugar. Conozco mi papel en la galaxia después de dos siglos luchando para encontrar el camino correcto. Y nosotros vamos a ver tu… unión… como algo que te ensalza a ojos de los dioses. No es un sacrificio. Has sido elegido, Argel Tal. Igual que lo fui yo. —Pero no sonaba tan seguro como mostraban sus palabras. La duda ensombrecía su tono de voz.

Argel Tal pareció perdido en sus pensamientos observando el juego que hacía su mano esquelética al abrirse y cerrarse.

—Ingethel nos advirtió a todos: esto sólo es el principio. Cambiaremos cuando la posesión se asiente, pero no hasta que llegue el momento que está escrito. Estos dioses gritarán desde su refugio en la tormenta, y cuando los oigamos llamarnos, empezaremos nuestra… «evolución».

—¿Y qué forma tomarán esos cambios? —Lorgar estaba escribiendo otra vez, registrando cada palabra con su caligrafía rápida y elegante. Nunca retrocedía para corregir errores en su escrito, porque nunca había ningún error que corregir.

—El demonio no nos dijo nada de eso —confesó Argel Tal—. Sólo nos dijo que esta era llegaría a su final antes de que pasara otro siglo. Y cuando lo hiciera, la galaxia ardería y los dioses gritarían. Hasta entonces llevaremos nuestra segunda alma,

que irá madurando en nuestro interior.

Lorgar no dijo nada durante un tiempo. Al fin dejó la pluma a un lado y sonrió a su hijo; una sonrisa tranquilizadora y cordial.

—Tendrás que aprender a ocultarle eso a los custodios. Debes ocultárselo a todo el mundo ajeno a la legión hasta que oigas que te llaman los dioses.



DIECINUEVE
CONFESIÓN
RESTAURACIÓN
LOS GAL VORBAK

La Dama Bendita sabía quién era antes de que la puerta se abriera.

Estaba sentada cómodamente en el borde de la cama con las manos apoyadas en el regazo, vestida con una túnica de sacerdotisa de color crema y gris. Sus ojos ciegos se volvieron hacia él en cuanto entró, guiada por el sonido de sus pies descalzos. Oyó el susurro de una túnica y no el golpeteo de una armadura, y la novedad hizo que una sonrisa asomara a sus labios.

—Hola, capitán —lo saludó.

—Hola, confesora —le respondió él.

Necesitó mucho aplomo para ocultar su sorpresa. Su voz había cambiado por los meses de privaciones y sonaba más seca al salir de su garganta. Y había algo más… Otra cosa, una nueva resonancia a pesar de la debilidad que lo embragaba en esos momentos.

Había oído los rumores, por supuesto. Si lo que decían era cierto, habían tenido que recurrir a matarse los unos a los otros y beber la sangre de sus hermanos.

—Creí que vendrías a mí antes.

—Perdona por la demora. He estado con el primarca desde mi retorno.

—Suenas cansado.

—La debilidad desaparecerá. —Argel Tal se sentó en el suelo junto a la cama y adoptó su posición habitual. La última vez que se había sentado ahí había sido sólo

tres noches antes, aunque para el portador de la palabra había pasado casi un año.

—Te he echado de menos —le dijo—. Pero me alegro de que no estuvieras con nosotros.

Cyrene no sabía cómo empezar.

—He oído… cosas —dijo al fin.

Argel Tal sonrió.

—Probablemente, todas sean verdad.

—¿La tripulación humana?

—Muertos. Por eso me alegro de que tú no estuvieras a bordo con nosotros.

—¿Y has sufrido tanto como dicen los rumores?

El portador de la palabra rió entre dientes.

—Eso depende de lo que digan los rumores.

Su estoicismo despreocupado la conmovió, como hacía siempre. El principio de otra sonrisa le cosquilleó en la comisura de los labios.

—Ven aquí. Arrodíllate y déjame verte.

Él obedeció poniendo la cara delante de ella y sujetándole las muñecas con mucha suavidad para guiar sus manos. La muchacha le rozó la piel con las yemas de los dedos, recorriendo los contornos de sus facciones consumidas.

—Siempre me he preguntado si eres guapo. Es tan difícil de decir sólo basándose en el tacto…

Realmente, la idea nunca antes había cruzado por su mente. Lo habían criado ajeno a esos asuntos. Así se lo dijo a Cyrene.

—Tanto si lo era como si no, la verdad es que he tenido mejor aspecto que ahora —añadió con un tono de voz divertido.

Cyrene bajó las manos.

—Estás muy demacrado —dijo. «Y tienes la piel demasiado caliente», pensó.

—El alimento escaseaba. Como te he dicho, los rumores eran ciertos.

Cuando se hizo el silencio entre ellos, Cyrene se sintió inquieta e incómoda. Nunca antes les había costado encontrar palabras que compartir. Jugueteó con un rizo de cabello que su doncella le había colocado cuidadosamente sólo media hora antes.

—He venido para una confesión —dijo él, rompiendo por fin el silencio. Ella no estaba segura de querer saber qué había sucedido en el *Lamento de Orfeo*.

Pero Cyrene, por encima de todo, era leal a su legión. El suyo era un papel muy valorado y ella se sentía honrada de poder llevarlo a cabo.

—Habla, guerrero. —Una formalidad amable acompañó a su voz—. Confiesa tus pecados.

Ella esperaba que le contara cómo asesinó a sus hermanos y bebió su sangre para sobrevivir. Creía que oiría historias horribles de la tormenta de la disformidad, una tormenta que ella nunca había visto y de la que sólo habían llegado a sus oídos descripciones muy pobres.

El capitán habló con lentitud y claridad.

—He pasado décadas de mi vida haciendo la guerra en nombre de una mentira. He obligado a someterse a mundos obedeciendo a una falsa creencia. Necesito perdón. Mi legión necesita el perdón.

—No lo comprendo.

Empezó a describirle a Cyrene el último año de su vida, como acababa de hacerlo con su padre. Ella lo interrumpió muy pocas veces, y cuando su relato estuvo completo, no se centró en los grandes aspectos, sino en los momentos en que había oído temblar la voz de Argel Tal más que en ningún otro.

—Mataste a Vendatha —dijo en voz baja, como intentando quitarle gravedad a la acusación—. Mataste a tu amigo.

Argel Tal miró a sus ojos ciegos. Desde que había vuelto de las profundidades de la tormenta le había resultado extrañamente placentero mirar a los seres vivientes. Siempre había sido capaz de captar el ritmo líquido del corazón de la joven, pero ahora el sonido estaba acompañado por la engañosa sensación de la sangre corriendo por las venas de la mujer. Toda esa calidez, todo su tacto, su vida, tan leve bajo su piel frágil. Mirarla sabiendo lo fácil que sería matarla era un placer culpable que nunca antes había sentido.

Y era tan fácil imaginarlo. Su corazón iría cada vez más lento, los ojos se le pondrían vidriosos, su respiración se estremecería y sus labios temblarían.

Y entonces…

Entonces, su alma caería hacia la disformidad, aullando en ese tumultuoso abismo para contribuir con sus gritos a las mareas incansables hasta que fuera devorada por los nunca nacidos.

Argel Tal miró hacia otra parte.

—Perdóname, confesora, me he abstraído un momento. ¿Qué has dicho?

—He dicho que mataste a tu amigo. —Cyrene se tocó con la mano un pendiente sencillo de plata. Un regalo de su amante, el mayor Arric Jesmetine, sospechó Argel

Tal.

El portador de la palabra no respondió rápidamente.

—No he venido aquí para ser perdonado por eso.

—No estoy segura de que pudieras ser perdonado por eso.

El capitán se puso en pie una vez más.

—Ha sido un error venir aquí tan pronto. Temía que surgieran estos problemas entre nosotros.

—¿Temido? —Cyrene le sonrió—. Nunca antes te había oído utilizar esa palabra, Argel Tal. Creía que los astartes no conocían el miedo.

—Cierto, puede que no sea miedo. —Si cualquier otro hubiera pronunciado esas palabras, habría sonado petulante y a la defensiva, pero ella no detectó esas emociones en la voz de Argel Tal—. He visto más cosas de las que la mayoría de almas imperiales verán en su vida. Tal vez ahora tenga una mayor comprensión de la mortalidad. Después de todo, he visto el lugar adonde van nuestras almas cuando morimos.

—¿Todavía darías la vida por el Imperio?

Esta vez no hubo duda en su respuesta.

—Daría mi vida por la humanidad. Nunca ofrecería mi vida para preservar el Imperio. Cada día nos alejamos más del imperio de mentiras de mi abuelo. Él tendrá su juicio por los engaños con los que ha cubierto los ojos de una raza entera.

—Me alegra oírte hablar así —dijo ella.

—¿Por qué? ¿Te gusta oírme decir blasfemias contra el poder del Emperador?

—No, ni mucho menos. Pero vuelves a parecer seguro de todo otra vez. Me alegra que hayas conseguido regresar de… ese lugar.

Cyrene le ofreció la mano de la forma en que una sacerdotisa de la Alianza ofrece su anillo de sello para que se lo besen. Era un antiguo ritual entre ellos. Como no tenía sello para besar, los labios cuarteados y cálidos de Argel Tal tocaron la piel de sus nudillos durante un breve momento.

—De esto saldrá la guerra, ¿verdad? —preguntó ella.

—El primarca espera que no. La humanidad sólo tiene una opción, y deben tomarla aquellos que buscaban las respuestas.

—¿Aquéllos… como tú?

Él volvió a reír.

—No. Mi padre y los hermanos en los que pueda confiar. Algunos vendrán a su lado con engaños si tienen la mente demasiado torpe para aceptar la fe perfecta. Pero

somos una legión con mucha gente y nuestras conquistas son muchas, y muchas más que vendrán. La mayoría de los mundos de las fronteras del Imperio responderán primero ante los guerreros de Aureliano y después ante el Emperador.

—Argel Tal… ¿ya estáis planeando esto?

—Puede que no lleguemos a la guerra —repitió—. El primarca se va a aventurar en el Gran Ojo para ver sus propias revelaciones. Evidentemente, las vidas de los guerreros del Sol Serrado se perdieron y fueron absorbidas por la disformidad en lo que no era más que el preludio de la verdad.

Cyrene notó la incomodidad en su voz. Él no estaba haciendo nada por ocultarla.

—¿Crees que el primarca os mandó a vosotros primero por… miedo?

Argel Tal no respondió.

—Dime una cosa más antes de irte, capitán.

—Pregunta.

—¿Por qué creíste en todo esto? Mundos demoníacos. Almas. La lenta extinción de la humanidad y esos… monstruos… que se llaman a sí mismos demonios. ¿Qué te convenció de que eso era algo más que un truco alienígena?

—Esas criaturas no son diferentes de los dioses de incontables fes que han ascendido y caído durante milenios. Pocos dioses han sido creadores benevolentes para alguna cultura.

—Pero ¿y si nos están mintiendo?

Habría sido fácil decir que la fe podía alimentarse a sí misma y que la humanidad siempre iba en busca de la religión; que casi todas las culturas humanas redescubiertas se agarraban a su propia creencia en lo infinito y lo divino, y que allí había un reino de profecía en el que unos seres con el poder de los dioses habían probado más allá de toda duda que habían llamado al señor de la XVII Legión dándole forma al destino para hacer que estos sucesos ocurrieran.

Era irrelevante si eran dioses creadores benevolentes de la mitología o meras manifestaciones de emoción mortal. Lo importante era que ahí estaba la fuerza divina en una galaxia de almas perdidas. En el extremo del universo físico, los dioses y los mortales al fin se habían encontrado, y la humanidad estaba perdida sin sus maestros.

Pero Argel Tal no dijo nada de eso. Estaba cansado de esa explicación.

—Recuerdo tus palabras después de que muriera Monarchia bajo el fuego del Emperador. Me dijiste que ése era el día en el que realmente habías empezado a creer que los dioses eran reales, al ver desatado un poder como aquél. Yo sentí lo mismo

cuando vi el poder que hay en esa tormenta. ¿Lo entiendes, Cyrene?

—Lo entiendo.

—Supuse que lo harías.

Y dicho esto, salió de la estancia.

Aquillon lo encontró en las jaulas de entrenamiento.

Ambos guerreros fueron conscientes de la presencia del otro mucho antes de que ninguno de los dos dijera una palabra. Aquillon observó en silencio, esperando pacientemente hasta que Argel Tal acabó su tanda de ejercicios. El portador de la palabra saludó al custodio con un superficial asentimiento de cabeza y no dijo nada mientras se afanaba con sus rutinas de trabajo con la espada. Encontrar el equilibrio con su físico debilitado era un asunto complicado. Las hojas de entrenamiento desactivadas cortaron el aire con mandobles sordos (sólo una triste sombra de las espadas de hierro rojo perdidas) y se quedó sin aliento mientras oía a sus corazones bombear ante las demandas que le hacía su físico consumido.

Al fin, Argel Tal bajó las espadas. Los músculos le dolían tras sólo dos horas de entrenamiento. Antes de su viaje al Ojo, un rendimiento tan bajo lo habría obligado a hacer un ritual de noventa y nueve noches como penitencia.

—Aquillon —dijo, saludando a su amigo.

—Pareces un muerto viviente.

El portador de la palabra soltó una carcajada.

—Así es como me siento.

—Qué pena. La última vez que entramos juntos en esas jaulas conseguiste aguantar casi cuatro minutos contra mí.

—Hoy no te veo con tendencia a la misericordia… —En otros tiempos, Argel Tal respondía con facilidad a esas bromas—. ¿Has venido a hablar de Ven?

Aquillon abrió la jaula y cogió una espada de entrenamiento igual que la que Argel Tal todavía tenía en la mano. Los hemisferios de la jaula se cerraron enclaustrándolos a los dos. Ambos guerreros llevaban túnicas: uno la blanca de los sirvientes del palacio de Terra y otro la gris de la XVII Legión.

—Quería oírlo de tu boca.

Levantó la espada sujetándola con las dos manos, imitando los gestos que hacía con su arma predilecta. Sus guerreros llevaban los gladios tradicionales, pero la antigua espada de hoja ancha *bidenhander* de Aquillon era un arma que no tenía nada

que ver. Blandía esa hoja como lo hacía con la de entrenamiento: agarrándola con confianza y aparentemente sin esfuerzo.

Argel Tal levantó sus espadas en un cruce defensivo y sintió la quemazón del ácido láctico en los músculos. Los dos guerreros solían medir sus fuerzas en el pasado: Aquillon era ferozmente ofensivo en el trabajo con la espada, así que Argel Tal permaneció a la defensiva de forma magistral.

—Entonces, ¿me vas a contar qué pasó?

Era cierto que Aquillon no se sentía misericordioso. Antes de que el portador de la palabra pudiera contestar, le arrancó las hojas de las manos a Argel Tal y el capitán se vio en el suelo, respirando justo al lado de la punta de la espada del custodio que le rozaba la piel sudorosa del cuello. Aquillon negó con la cabeza.

—Patético. —Le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse—. Inténtalo otra vez.

El portador de la palabra se puso de pie sin la ayuda de la mano que le ofrecía su contrincante y recuperó sus espadas.

—No me gusta la compasión que noto en tu voz.

—Entonces haz algo para librarte de ella. Pero contesta a mi pregunta.

El siguiente choque duró varios segundos, pero terminó de la misma forma. El portador de la palabra apartó la espada de Aquillon de su cuello.

—¿Has leído los informes? —le preguntó al custodio, rechazando de nuevo la mano que le ofrecía y levantándose sin ayuda.

—Sí. Son vagos, siendo generosos con el calificativo…

Argel Tal también los había leído. La superficie de Cadia… El viaje al Ojo… Los informes de cada uno de esos sucesos eran ficciones vagas y evasivas que sólo provocaban risa.

—Pero son ciertos. Te aclararé lo que pueda.

Esta vez Argel Tal atacó. Aquillon lo desarmó con dos mandobles de su hoja y de una patada contra el plexo solar volvió a mandar al portador de la palabra al suelo.

—Empieza por Vendatha. Me dijo que Lorgar iba a asistir a un ritual pagano y con él varios de los oficiales.

—Eso es bastante cierto.

—Todavía estás bloqueando la finta, por cierto.

—Lo sé.

—Bien. Sigue hablando.

De repente le ardió la sangre. Apareció algo que reaccionaba, que no quería ser

dominado. Argel Tal se mordió la lengua para bloquear la necesidad repentina de soltarle una maldición al custodio en una lengua que era y no era colchisiano.

—Fue… No fue un ritual en el sentido que temíamos que fuera. —Se puso de pie mientras continuaba—. Sólo un tedioso recital de textos antiguos. Oraciones a los espíritus de los ancestros. Danzas, tambores y narcóticos herbáceos.

Con las espadas en las manos, Argel Tal atacó de nuevo. Varias fintas y un par de golpes más tarde volvió a aterrizar en el suelo con la parte de atrás de la cabeza peligrosamente cerca de las barras electrificadas de la jaula.

—¿Y Lorgar os envió a la tormenta basándose en eso? ¿En una… representación teatral de viejas mentiras? —Esta vez Aquillon no le ofreció su ayuda para levantarse. En sus facciones apareció un ceño lleno de duda.

—No. —El portador de la palabra echó atrás los hombros, haciendo un gesto de dolor ante el crujido de músculos y vértebras maltratados—. No nos envió a la tormenta. Yo me ofrecí voluntario. No teníamos naves exploradoras estándar del Mechanicum, así que utilizamos la nave de guerra más pequeña de la flota.

Los dos guerreros giraban uno frente al otro con las hojas separadas medio metro.

—¿Tú te presentaste voluntario?

—Era el último intento por sacar algo que mereciera la pena del viaje. Una última salida más allá de los límites imperiales antes de volver atrás y buscar un nuevo espacio. Aquillon…, no hay nada ahí fuera. ¿Crees que querríamos que cayera una vergüenza mayor sobre nosotros admitiendo algo así? Muchas flotas expedicionarias necesitan meses, incluso años, para encontrar un mundo que merezca la pena conquistar. Pero ésta es la flota de nuestro primarca, aunque sólo lo sea temporalmente. La desesperación nos llevó a intentarlo una última vez. No nos odies por cumplir con nuestro deber.

El custodio atacó, su hoja arrancó una de las espadas de la mano de Argel Tal mientras con una patada apartaba la otra.

El portador de la palabra sonrió con la cara cubierta de sudor y fue a recuperar sus espadas otra vez.

—¿Y Vendatha? —preguntó Aquillon.

La sonrisa de Argel Tal desapareció mientras se enjugaba el sudor de la cara.

—Ven murió con mis hermanos. Deumos cayó primero, después Rikus y Tsar Quorel. Ven fue el último. —El portador de la palabra miró a los ojos al custodio para mostrarle su sinceridad—. Era mi amigo, Aquillon. Yo también sufro por su muerte,

como tú.

—¿Y esa… revuelta… en el planeta que mató a tres astartes y a un custodio?

—Cuando el primarca renunció a los bárbaros y se negó a unirlos al Imperio, se rebelaron encolerizados. ¿Qué podíamos hacer? Sus rituales están demasiado lejos de la Verdad Imperial. Ellos nunca aceptarían el gobierno del Emperador.

—¿Invasión?

—El planeta está poco poblado y la mayor parte es un paraíso a pesar de su proximidad a esa tormenta infernal. Los torpedos ciclónicos aniquilarán a las tribus y dejarán el planeta libre para una futura colonización… Si el Emperador quiere.

Aquillon soltó la respiración que había estado conteniendo. Había algo innegablemente juvenil en el guerrero a pesar de su inmortalidad regenerativa que hacía imposible conocer su edad.

—Las acciones de Lorgar para rechazar a los primitivos del mundo de abajo son dignas de elogio. He visto un acto de obediencia tras otro ejecutados a la perfección durante tres años, y no me parece que haya ningún error en sus acciones. Es difícil aceptar que Ven está muerto, eso es todo. Se ganó veintisiete menciones al servicio del Emperador en un siglo de cumplimiento inmaculado del deber. A ambos nos enseñó el mismo mentor a manejar una espada. Amon se apenará al conocer su destino.

—Murió al servicio del Emperador, defendiendo a su primarca de la rebelión de una cultura pagana. Puede que no respetes a mi señor, pero sigue siendo hijo del Emperador. Si yo pudiera elegir la hora de mi muerte, sería en la batalla al lado de Lorgar.

Aquillon levantó su espada poniéndola en guardia y habló con una sorprendente formalidad.

—Gracias por tu franqueza, Argel Tal. Tu legión odia nuestra presencia, pero los custodios siempre hemos apreciado vuestra amistad.

El portador de la palabra no respondió. Su siguiente ataque fue rechazado y vencido en cuestión de segundos.

Aquillon volvió a ofrecerle la mano, y esta vez Argel Tal la cogió para levantarse.

—¿Y qué les espera ahora a los guerreros del Sol Serrado? —quiso saber el custodio.

—Ya no queda nada para nosotros fuera de aquí. Una vez que Cadia sea purgado, seguiremos adelante como parte de la 1301.ª y volveremos a territorios más prometedores. Creo que el primarca volverá a unirse a la flota principal de la cruzada

con Erebus y Kor Phaeron. Ya ha acabado con estas conquistas provinciales. Y sospecho que también quiere hablar con varios de sus hermanos.

Aquillon asintió y devolvió la espada de entrenamiento al armero. Su túnica blanca no tenía ni una marca, mientras que la de Argel Tal estaba cubierta de manchas de sudor en la espalda y alrededor del cuello.

El custodio saludó haciendo la señal del aquila sobre su pecho. Argel Tal se lo devolvió como siempre hacía en presencia de su amigo.

—Una última cosa —dijo el custodio.

El portador de la palabra alzó una ceja.

—Di.

—Felicidades, señor del capítulo.

Argel Tal no pudo contener una sonrisa.

—No sabía que era de dominio público. ¿Estarás en la ceremonia?

—Sin duda. —En un momento de extraña camaradería, Aquillon dejó descansar la mano sobre el hombro de Argel Tal—. Espero que pronto recuperes la salud. Y me alegro de que, cuando le llegó el final, Vendatha estuviera con un amigo.

Una imagen de los últimos momentos de Ven cruzó la mente de Argel Tal: el custodio desnudo sacudiéndose entre estertores mientras lo empalaban en una lanza de madera.

Incapaz de decir otra mentira, el portador de la palabra simplemente asintió.

A la ceremonia acudieron todos los oficiales de alto rango, así como los portadores de la palabra del Sol Serrado que todavía quedaban, incluyendo los del rango de acólitos auxiliares, muchos de los cuales iban a ser ascendidos a tres de las compañías diezmadas por las pérdidas de la legión en los meses recientes.

Una reunión como aquélla requirió el uso de la cubierta del hangar principal del *De Profundis*, que ofrecía un fondo impresionante y a la vez inquietante al otro lado del brillante campo de fuerza que se veía a través de las puertas abiertas. Más allá de la neblina de leves energías, la tormenta parecía un revoltijo giratorio de vitriolo psíquico. La nave crujía y chirriaba a su alrededor mientras los guerreros permanecían en filas ordenadas mirando a Lorgar.

Al lado del primarca se encontraba la Dama Bendita con un pergamino enrollado sobre un sencillo cojín blanco. Miraba con sus ojos ciegos por encima de las líneas de portadores de la palabra y a veces al enorme primarca, como si de alguna forma

pudiera verlo. A la izquierda de Lorgar, el señor de la flota Baloc Torvus estaba de pie, alto y orgulloso en su uniforme ceremonial gris y blanco. A un lado de su cuerpo colgaba una capa de la piel que una vez había sido de un inmenso oso ártico, que el oficial no había visto en su vida y mucho menos matado.

Ninguno de los presentes podía recordar la última vez que Torvus había puesto el pie en un planeta; al hombre le gustaba claramente su puesto entre las estrellas.

Un tercio de los guerreros de la legión no eran más que cascarones consumidos de armaduras a medio reparar. Eran los supervivientes del Ojo, de pie en sus filas por delante del centenar de hermanos que les quedaban.

El contingente del Mechanicum también se había manifestado en todo su esplendor, aunque sólo uno de sus elementos robóticos estaba presente. Nadie se sorprendió al ver que *Púrpura* estaba entre las filas de los Portadores de la Palabra, la máquina de guerra escarlata con sus mejores galas y sobresaliendo por encima de todos los soldados de carne y hueso. A pesar de llevar la armadura escarlata de Carthage, resultaba una presencia bienvenida entre el gris de la Legión.

Apartados de todos los demás, cuatro figuras doradas observaban desde el puente que quedaba por encima. Aquillon y sus custodios estaban resplandecientes embutidos en sus mejores armaduras, en cuyas superficies doradas se reflejaba parpadeante la tormenta del exterior.

El primarca, vestido con una camisa de fina cota de malla plateada, levantó las manos para pedir silencio. Todas las voces callaron inmediatamente.

—He llevado a esta flota expedicionaria lejos del corazón del reino de mi padre. Todas las flotas que cuentan con la presencia de un portador de la palabra han hecho lo mismo, navegando lejos de su adorada Terra hacia el frío, lejos de la cuna de nuestra especie. Estamos separados de nuestros hermanos, y oiremos contar sus viajes y conquistas en su momento, pero ahora puedo decir con total seguridad que nadie de mi legión ha soportado lo que vosotros. Nadie ha mirado al interior de la locura que hay en el límite del universo como habéis hecho vosotros. Y habéis sobrevivido. Y además habéis vuelto.

Lorgar inclinó la cabeza ante sus guerreros antes de continuar.

—Esta legión más que ninguna otra ha sufrido el cambio y la evolución desde su origen. Pero cada fase nos eleva, nos mejora y nos acerca más a desarrollar todo nuestro potencial. El Emperador creó esta legión en sus barracones biológicos en la distante Terra, y durante muchos años sólo los terranos formaron parte de sus filas.

Eso fue en una era más inocente, una era en la que la legión llevaba un nombre diferente. Hoy empezamos a dejar atrás los últimos vestigios de aquellos días. Los Heraldos Imperiales se han convertido en los Portadores de la Palabra, y a ellos se les ha mostrado el error que cometían al adorar al Emperador. Un cambio tras otro, pero todos llevan a este momento.

El primarca hizo un gesto con la mano enguantada hacia un mamparo en la pared más cercana y dijo una sola palabra:

—Adelante.

El mamparo se abrió para revelar a dos figuras, ambas cubiertas con armaduras de ceramita carmesí, que caminaron hacia el primarca. La primera llevaba un casco negro con lentes de cristal azul en los ojos. Uno de ellos estaba rodeado por el emblema dorado del Sol Serrado, y su armadura estaba bordeada de plata brillante. La segunda figura llevaba su crozius habitual de hierro negro y los bordes de su armadura eran de bronce y hueso. Unas gruesas cadenas ornamentales repiqueteaban contra su cintura y sus muñecas a cada paso que daban los dos guerreros. Sujetos a las espinilleras y las hombreras, llevaban pergaminos de oraciones que mostraban la escritura fluida del primarca.

—Guerreros del Sol Serrado —Lorgar sonrió—, arrodillaos ante vuestros nuevos comandantes.

Todos los portadores de la palabra se pusieron de rodillas. Púrpura necesitó algunos segundos más para poder hacer la reverencia, arrodillándose con chirridos hidráulicos.

El primer guerrero carmesí se quitó el casco. Argel Tal miró a la legión reunida y habló desde la cubierta.

—Supervivientes del *Lamento de Orfeo*, levantaos y dad un paso adelante.

Hicieron lo que les ordenó. Detrás de Argel Tal, Xaphen se quitó su casco con una calavera y permaneció al lado del primarca.

El nuevo señor del capítulo todavía estaba demacrado, como también lo estaban los guerreros a los que contempló con una mirada tranquila.

—Nuestro señor nos ha ordenado que reconstruyamos el Sol Serrado con mayor fuerza que antes. Nosotros obedeceremos su palabra, como siempre hemos hecho. Pero nos ha ofrecido algo más. Vosotros, los supervivientes del *Lamento de Orfeo*, vais a recibir honores por vuestro sacrificio.

Argel Tal asintió en dirección a Xaphen, quien tomó en la mano el pergamino que

reposaba sobre el cojín de Cyrene y se lo entregó al señor del capítulo.

—En este pergamino no hay nada aparte de dos nombres: el mío y el del capellán Xaphen. Si aceptáis el honor de uniros a nosotros como parte de la élite elegida por el primarca, deberéis arrodillaros ante la Dama Bendita en este mismo hangar y decirle a ella vuestro nombre. Se escribirá en este papel y se guardará en los sótanos del *De Profundis*.

Argel Tal miró a los ojos de todos los supervivientes, uno tras otro.

—Seremos los Gal Vorbak, con armaduras negro y escarlata, la élite de los guerreros del Sol Serrado y los elegidos de Lorgar Aureliano.

Lorgar sonrió, alegre y amable, cuando dio un paso adelante para colocar la mano sobre la hombrera de Argel Tal.

En el puente que había sobre la cubierta, Kalhin dejó que su mirada se encontrara con la de Aquillon. Mantuvo la voz baja a pesar de que llevaba casco y que nadie podía oírlos hablando por el comunicador interno de la escuadra.

—Gal Vorbak. Yo no he estudiado su cultura como tú. ¿Eso es colchisiano?

Aquillon asintió.

—Significa «Hijos Bendecidos».

—Me alegro por Argel Tal. Está sanando bien y pronto estará recuperado para volver a un territorio mejor después de esta locura fallida. Deumos siempre fue un cáncer, así que no derramaré ni una lágrima cuando esta ocupación termine.

Esa afirmación fue recibida con gruñidos de acuerdo por parte de los demás.

—Cuando Lorgar vuelva a la 47.ª Flota Expedicionaria, ¿lo acompañaremos?

Aquillon había estado pensando en aquello.

—Nuestras órdenes son permanecer vigilando la propia legión. Cuatro equipos de custodios enviados a las cuatro flotas. Iacus ya se encuentra en la 47.ª, y confío en él tanto como confío en cualquiera de vosotros. Dejémosle que juegue a perro guardián de ese pelele de primarca durante un tiempo. Nuestros deberes nos mantendrán con la 1301.ª y pendientes de los próximos planetas que sean sometidos.

Kalhin soltó una bocanada de aire con lentitud.

—Daría lo que fuera por ver la silueta de Terra una vez más.

—Lo harás —dijo Aquillon.

—Dentro de cuarenta y siete años —apuntó otro custodio—. Recuerda los términos de nuestro juramento. Cinco décadas entre las estrellas. Cincuenta largos y

tediosos años lejos de Terra.

—Eso es mejor que los inacabables juegos de sangre —contestó Nirallus, encogiéndose de hombros.

—Sólo dices eso porque se te dan muy mal —le replicó Kalhin.

Aquillon percibió la tensión en las voces de sus hermanos.

—Los Portadores de la Palabra no estarán siempre bajo sospecha. ¿En tres años habéis visto alguna prueba de que sigan adorando al Emperador? Y miradlos ahora: incluso sus ritos se están acercando a las tradiciones de las otras legiones. Esto es casi como si Sigismund estuviera nombrando caballero a uno de sus templarios en una reunión de los Puños Imperiales.

Kalhin se encogió de hombros.

—Tal vez estén muy alejados ya de los fanáticos a los que nos unimos, pero el hedor de la desesperación sigue en su aliento cuando profieren gritos de batalla. Sigo sin confiar en ellos.

El Occuli Imperator no apartó los ojos de la figura de rojo que hablaba con sus nuevos guerreros a medida que se iban arrodillando ante la mujer ciega procedente del mundo aniquilado.

—No —confesó—. Yo tampoco.

—¿Ni siquiera en Argel Tal?

—Un guerrero en toda una legión. —Aquillon se alejó de la barandilla y se volvió hacia sus custodios—. Él es el único en quien confío. Ése es el problema.



IV
HUMO Y ESPEJOS

Era todo mentira, por supuesto.

El bendito Lorgar no regresó al espacio imperial de inmediato. Eligió una de las naves exploradoras que lo llevara de regreso a su flota principal de la cruzada, y se celebró una ceremonia grandiosa en todas y cada una de las cubiertas del *De Profundis* en honor del Urizen antes de que se marchara.

Y ésa era la mentira.

Yo estaba allí cuando el primarca se despidió de sus hijos Xaphen y Argel Tal. Y regresé a las zonas más seguras del espacio con los nuevos señores de los Gal Vorbak.

Mientras tanto, Lorgar recorrió el mismo camino que el demonio Ingethel había escogido para sus hijos.

Una vez los custodios fueron engañados respecto a su verdadero objetivo, Lorgar se dirigió hacia el Ojo.

Nunca olvidaré sus últimas palabras a Argel Tal, no sólo por la cadena de acontecimientos que pusieron en marcha, sino por lo que le hicieron a mi amigo, y cómo lo cambiaron.

—Lleva la verdad a Erebus y a Kor Phaeron. Mientras yo no esté, ellos serán los señores de la legión, y serán ellos quienes se encarguen de propagar la verdadera fe entre las sombras del imperio de mi padre. No tardaré en regresar.

Xaphen juró que jamás le fallaría a su primarca.

Argel Tal no lo hizo. Habló con una voz tan suave como para romper corazones.

—Padre, somos herejes.

Lorgar se echó a reír con su voz melodiosa.

—No, somos salvadores. ¿Está todo preparado?

—Lo está.

—Partid lejos sin mí, pero mantened a los custodios lejos de posibles contactos imperiales. Una vez regreséis al espacio estable, reanudarán las comunicaciones astropáticas con Terra. Mi padre sospechará la verdad si sabe que nos acercamos tanto al borde de la galaxia, y esa sospecha será más que suficiente para condenarnos. No puedo quedarme aquí para bloquear la voz del astrópata sicario que los acompaña. Encuentra una solución. Xaphen, estudia los textos que trajimos de Cadia. Los rituales que describen nos darán la respuesta.

—A vuestras órdenes, mi señor.

—Argel Tal, mantén vivos a esos perros guardianes. Todavía es posible que encontremos un modo de ganar esta guerra sin derramamiento de sangre, pero tienes que mantenerlos callados.

Con aquellas últimas palabras, en las que ordenaba las primeras de un millar de traiciones, el primarca subió a su nave y nos dejó.

Lo que Lorgar vio en el Ojo es objeto de teorías y especulaciones casi infinitas. Muchos de los portadores de la palabra acudieron a mí durante semanas después de la partida del primarca, ya que se veían acosados por sueños que apenas se desvanecían cuando los que los sufrían se despertaban. La conexión genética que existía entre Aureliano y sus hijos era realmente poderosa, sin duda, ya que lo que Lorgar veía con sus propios ojos, sus hijos lo presenciaban mediante unos ecos terroríficos.

Fue Xaphen el que más habló de sus sueños, mientras que Argel Tal apenas contó nada sobre ellos. El capellán me hablaba de un modo febril y preocupado, como si sus susurros fueran capaces de atravesar las paredes de mi humilde camarote y llegar hasta el primarca, que se encuentra a media galaxia de distancia.

Me habló de Lorgar, que caminaba sobre la superficie de mundos donde los océanos eran de sangre hirviente y los cielos estaban oscurecidos sobre

unas ciudades celestiales de acero negro de las que no dejaban de salir chasquidos metálicos. Me contó un sueño en el que toda una legión con armaduras carmesíes como las de los Gal Vorbak luchaban delante de las puertas de un palacio dorado.

Lo más relevador fue que describió cómo un planeta tras otro morían bajo las impías garras alienígenas. Me juró que se trataba de la muerte del Imperio, un imperio sin dioses que quedaba arrasado por oleadas de invasores inhumanos. Sólo la fe salvaría a la humanidad de esa promesa del destino, sólo la adoración a los Grandes Poderes que existían en el interior de la disformidad.

Quizás ésas eran las lecciones que Lorgar estaba buscando aprender por sí mismo mientras sus hijos propagaban esas revelaciones entre las demás flotas.

Cadia ardió, como todos sabíamos que ocurriría. Las tribus fueron destruidas por una orden que dio el propio Argel Tal, y el planeta quedó en silencio, a la espera de la aparición de colonos que lo repoblaran en el futuro. Nunca me pidió perdón por ello, lo mismo que no me había pedido que lo consolara por el asesinato de Vendatha.

Lo quiero por encima de todos los demás, y no sólo por salvarme la vida, sino por el hecho de que mancha su alma con semejante negrura y oculta la culpabilidad y la vergüenza que lo acosan de un modo absoluto. Jamás ha perdido el ánimo, a pesar de que alberga en su interior los secretos y los pecados que condenarán o salvarán a toda la humanidad.

Creo que el único error que cometió jamás fue permitir que creciera su amistad con el jefe de los custodios, Aquillon.

Sin embargo, era propio de Argel Tal asumir esa penitencia: convertirse en el hermano de un hombre al que sabía que finalmente tendría que traicionar.

***El Peregrinaje*,**



TERCERA PARTE
CARMESÍ

Cuarenta años más tarde



VEINTE
TRES TALENTOS
UNA NUEVA CRUZADA
EL SEÑOR CARMESÍ

Ishaq Kadeen se sentía inmensamente orgulloso de sí mismo porque había tres cosas en la vida que hacía con una habilidad de la que muy pocos podían alardear. Esos tres talentos le habían conseguido muchas monedas, sin duda, pero también lo habían elevado desde las profundidades de la pobreza que se había tragado a sus padres (y salir de esos barrios deprimidos era algo que estaba muy lejos del alcance de la mayoría de los mendigos y gente de la calle de su ciudad natal).

Tres talentos. Eso era todo lo que hacía falta.

Y ni siquiera eran cosas tan difíciles. Si hubiera necesitado tener que practicarlas, puede que la historia hubiese sido diferente. Pero Ishaq Kadeen era una de esas almas que nacen con suerte y que viven el momento. Nunca había pensado en cuando se hiciera viejo, nunca había ahorrado dinero y nunca se había preocupado demasiado de lo que la patrulla de agentes que podía volver la esquina en cualquier momento diría sobre sus actividades.

Esos tres talentos lo habían ayudado a vivir su vida y lo habían sacado de todos los problemas.

El primero era correr, una habilidad que había mejorado haciendo buen uso de ella en los barrios periféricos de la ciudad colmena de Sudasia.

El segundo era sonreír con una peligrosa mezcla de encanto, adulación e intimidad, lo que le había conseguido empleo en diferentes ocasiones, le había evitado

una ejecución completamente legal de la que era claro merecedor, y una vez lo había metido dentro de la ropa interior de fino encaje negro de la joven prima de una duquesa la noche de la gala en que se celebraba su puesta de largo.

El tercer talento, que era el que lo había colocado en su situación actual, era que cuando quería podía hacer muy buenas pictografías.

No había pasado ni un día en que Ishaq no hubiera pensado en la conversación que lo había condenado a acabar allí, en los confines del espacio. Aquel día estaba sentado en una oficina austera, sacándose la suciedad de debajo de las uñas con aire ausente, cuando un jerarca con túnica de la Orden de los Rememoradores empezó a hablarle monótonamente de los «nobles propósitos» y la «absoluta necesidad» de plasmar el presente para las futuras generaciones con el fin de que pudieran estudiarlo con todo detalle.

—Es un gran honor —insistió el adusto caballero.

—Oh, lo sé. —Ishaq empezó a morderse las uñas ahora que ya estaban limpias—. El mayor de todos.

El hombre mayor pareció dudar. A Ishaq se le ocurrió que parecía un buitre al que no le gustaba la comida que tenía delante, principalmente porque todavía estaba viva.

—Se han enviado miles de archiveros, escultores, escritores, pintores, pictógrafos y poetas. Decenas de miles han sido rechazados porque no tenían la meticulosidad ni el «saber hacer» que la Gran Cruzada merece en las obras que van a servir para recordarla.

Ishaq hizo un ruido no concluyente para animar al jerarca a continuar mientras pensaba secretamente en una lista de profesiones que empezaran por la letra «p»: pintores, pictógrafos, poetas…

—Ser elegido así… Tienes que entender la suerte que tienes.

—¿Y qué hay de los payasos? —preguntó Ishaq.

—¿Qué?

—Nada. No importa.

—Ah, bien. Estoy seguro de que eres capaz de comprender la importancia de la situación. —El jerarca volvió a hacer ese gesto de buitre. Ishaq Kadeen le sonrió; sus ojos brillaron, un leve movimiento de las cejas sugirió algo deliciosamente irónico y una cantidad de dientes cuidadosamente calculada apareció durante un breve momento depredador. Pero el jerarca no era una mujer ni le atraían los hombres; y su desinterés dejó a Ishaq sin su mejor arma.

—¿Señor Kadeen? ¿Se está tomando esto en serio? ¿Quiere que lo enviemos a Marte a terminar sus días como servidor?

La verdad era que no quería. Si había que elegir entre pagar por sus crímenes de la manera tradicional o meterse en una nave de transporte y cruzar media galaxia para servir como rememorador… Lo cierto era que no había mucha elección. No se iba a pasar la vida lobotomizado en el servicio penal.

Le aseguró al jerarca rememorador que se lo estaba tomando muy en serio. Durante las dos horas siguientes tejió una emotiva ficción sobre su ambición interestelar y su espíritu explorador que nunca imaginó poder hacer realidad en el asfixiante confinamiento de los barrios pobres donde nació. Ahora, al fin, sería libre para caminar entre las estrellas, mirar nuevos soles y formar parte de la crónica del avance de la humanidad, para…

Mentir sin parar si hacía falta.

Ishaq, a sus treinta y cinco años, no era un hombre culto, y estaba bastante seguro de que en varias ocasiones se había inventado palabras y pronunciado mal otras que sólo había visto escritas, pero funcionó. Tres días después, su trabajo intermitente como imaginista para familias casi ricas o pictógrafo en la escena del crimen quedaba atrás, igual que Terra y la sucia colmena en la que había nacido.

¿Eso era realmente un honor? Dependía de adónde lo mandaran.

Durante las reuniones informativas; esperó contra toda posibilidad un puesto de relativa importancia. Aunque las principales flotas expedicionarias ya estaban hasta los topes de ociosos rememoradores, todavía había muchos destinos posibles en las flotas más pequeñas.

Probablemente, nunca podría posar los ojos en el señor de la guerra o ver cómo sus pictografías reflejaban la gloria de un primarca como Fulgrim, pero no había perdido la esperanza de ser asignado a una de las llamadas «legiones gloriosas» del Emperador. Los Ultramarines, fundadores del imperio perfecto… Los Ángeles Oscuros, liderados por el general consumado… Los Portadores de la Palabra, famosos por llevar la ira del propio Emperador contra los mundos enemigos…

Al fin habían hecho públicas las asignaciones. Tras una carrera por los barracones de la orden con los rememoradores atropellándose los unos a los otros, llegaron al vestíbulo donde estaban colocadas las listas. Perdida toda la dignidad, los artistas, poetas y escritores se apelotonaron unos contra otros para ver a qué lugar de la galaxia los mandaban. Incluso habían apuñalado a alguien en el tumulto, tal vez por celos

porque el imaginista en particular había sido asignado a una flota comandada por los Hijos del Emperador, y un puesto como ése, incluso en una flota modesta, valía su peso en oro.

Ahí estaba el suyo:

KADEEN, ISHAQ - IMAGINISTA
1301.ª FLOTA EXPEDICIONARIA

¿Y qué significaba eso? ¿Había fuerzas legionarias con esa flota? Apartó a una mujer joven con el hombro para utilizar uno de los terminales de información de los barracones e introdujo su clave con dedos temblorosos.

Sí, sí… Cada línea que leía hacía que su corazón latiera más rápido.

1301.ª Flota Expedicionaria.
Bajo el mando del señor de la flota Baloc Torvus.
Tres compañías de la XVII Legión Astartes: Portadores de la Palabra.
Comandadas por el señor Carmesí, señor de los Gal Vorbak.
Presencias destacadas: los honran con su presencia los guardias custodios del Emperador liderados por Aquillon Althas Nero Khai Marithamus…

El nombre seguía y seguía, pero no importaba.

Lo habían asignado a una de las legiones más grandes, agresivas y famosas, responsable de más conquistas en el último medio siglo que ninguna otra. Y a una flota, menor o no, que tenía el honor de incluir a algunos de los guerreros custodios dorados del propio Emperador. Las pictografías que podían salir de ahí… La fama… La atención.

Sí. Sí. ¡Sí!

—¿Con quién te han asignado? —le preguntó a la chica que había a su lado.

—Con la 277.ª.

—¿Los Ángeles Sangrientos?

—La Guardia del Cuervo.

Le dedicó una sonrisa llena de compasión y se dirigió a su habitación, asegurándose de decir a todos los que se encontraba dónde lo habían asignado. Eso sólo le salió mal una vez, cuando un escultor imbécil y pretencioso le respondió despectivamente:

—¿Los Portadores de la Palabra? Sí, bueno, han conquistado muchas cosas en los

últimos años para poder compensar sus anteriores fracasos… Pero no son los Hijos de Horus exactamente, ¿no?

El vuelo que lo llevó a unirse a la 1301.ª Flota Expedicionaria había durado diecinueve largos, larguísimos meses, durante los cuales Ishaq tuvo que dormir con veintiocho miembros diferentes de la tripulación de la nave de transporte, tres de los cuales acabaron pegándole, había hecho pictografías de los aburridos sucesos a bordo y se había desmayado por los efectos del alcohol que se fabricaba en la nave más veces de las que podía recordar de forma fiable.

También había perdido un diente en una pelea a puñetazos con un marido enfadado, aunque él creía haber obtenido la victoria moral en esa pelea. Con todo eso, y la vida que había llevado antes, sería justo (aunque no completamente preciso) asumir que a Ishaq Kadeen no le importaba nada su trabajo.

Pero él no se consideraba un vago. Es que era difícil encontrar cosas que lo inspiraran, eso era todo.

La primera pictografía que realmente le había importado se había hecho famosa por toda la 1301.ª. Esa pictografía era, en su propia opinión inestimable, una absoluta belleza. Ya se había guardado en los archivos de la flota como una obra maestra, y él había recibido un correo que traía una nota del propio señor Carmesí dándole las gracias por la imagen.

Cuando llegaron y descendieron para aproximarse a la flota de batalla, tras un año y medio en el tedio de la disformidad, Ishaq no pudo resistirse a verse atrapado por el momento.

Con su vara pictográfica en la mano, que tenía el tamaño y el peso de una porra, dirigió la lente ocular hacia el exterior del ojo de buey para observar y captar a las grandes naves de guerra que flotaban en el espacio.

Y de repente, allí estaba. La nave insignia fortaleza de casco gris de lord Argel Tal, silenciosa y serena a pesar de su arsenal de armas capaces de conquistar cualquier mundo.

La *De Profundis*. El nuevo hogar de Ishaq.

El sobrecogimiento lo dejó con la boca abierta mientras hacía una pictografía tras otra. En una de ellas (una de las primeras que había tomado) se veía a la nave de guerra forzada en una cruda perspectiva de noventa grados: un bastión de piedra y acero del poder imperial. La luz de las estrellas arrancaba destellos de las densas placas de su blindaje, y una estatua del primarca sobresalía de la espina dorsal de la

nave: Lorgar con los brazos levantados hacia el vacío, rodeado de un halo proveniente del distante sol de aquel sistema.

Ishaq Kadeen se enamoró en aquel momento de su trabajo.

Eso había ocurrido tres semanas atrás. Tres semanas que había pasado esperando a que la inspiración volviera. Tres semanas esperando a que llegara ese día.

La cubierta del hangar de estribor era un complicado laberinto de cañoneras, vehículos para el transporte de material y contenedores de carga en el que habitaba un ejército de servidores, de tecnoadeptos y de miembros de la tripulación humana que iban de acá para allá enfrascados en sus tareas. Las Thunderhawk estaban siendo rearmadas, y las alas inclinadas se combaban levemente bajo el peso de las hileras de misiles mientras se cargaban las cintas de munición de bólter en las torretas defensivas. Todo alrededor era traqueteo, repiqueteo y golpeteo de la maquinaria pesada, cosa que no hacía nada por remediar la resaca de Ishaq.

En el corazón de aquel caos organizado estaba el ojo de la tormenta, donde estaban despejando el espacio para la llegada programada. Ishaq estaba de pie en el borde de la zona despejada, uno más de los muchos testigos de los acontecimientos de la mañana. Una mirada a su izquierda reveló una bandada de rememoradores. Allí estaba Marsin, un pintor, haciendo garabatos en su cuaderno; Lueianna, una chica delgada y pálida que componía conciertos enteros a partir de un par de acordes de flauta; Hellic, que casi seguro que le debía dinero a Ishaq tras su última partida de cartas. ¿Qué es lo que hacía Hellic? ¿Era compositor también? Ishaq no estaba seguro. Fuera lo que fuese lo que hacía su colega rememorador para expresarse, era un jugador deplorable.

La Dama Bendita estaba allí, por supuesto, destacando entre sus damas y compañeras con un vestido de color rojo arterial que parecía más apropiado para un salón de baile terrano que para la cubierta grasienta y ennegrecida por el aceite de una nave de guerra. No parecía tener más de veintitantos años, aunque teniendo en cuenta el tiempo que llevaba con la flota, seguro que había sido muy necesaria una cirugía de rejuvenecimiento en un pasado reciente.

Ishaq pasó unos cuantos minutos observándola. Tenía la piel morena, no tan oscura como la de Ishaq, pero provenía claramente de la gente del desierto, y era fácil darse cuenta de por qué se la consideraba bendita. No había visto a nadie moverse con la misma gracia lenta y fluida ni sonreír con un brillo tan sutil. Cada vez que compartía una palabra con alguien de su séquito sonreía con atractiva timidez ante

alguna broma secreta entre ellos.

Ishaq decidió allí y en aquel momento que la deseaba.

Durante un momento estuvo seguro de que ella se había dado la vuelta para mirarlo. Pero ¿no decían que estaba ciega? ¿Era acaso un engaño? ¿Únicamente un rumor para aumentar su mística?

Una guardia de honor del Ejército Imperial también se había dignado a presentarse aquel día. Varios oficiales vestidos de blanco del 54.º de Infantería de Euchar estaban de pie en filas perfectas, impresionantes con sus mejores galas. Cada uno de los oficiales apoyaba la mano enguantada en un sable envainado que llevaba al costado, mientras que la mano libre descansaba sobre el final de su espalda. En medio de la primera fila, Ishaq distinguió la figura canosa y medio biónica del general Arric Jesmetine.

El general tenía una reputación temible en la nave; todos los comentarios que corrían entre los rememoradores calificaban al viejo Arric como un tirano muy estricto y exigente. Sus caminos sólo se habían cruzado una vez, en un corredor de la cubierta superior, cuando el nuevo rememorador estaba a la caza de algo que le inspirara.

Jesmetine llevaba con la flota sesenta años, y se le notaban todos y cada uno de los meses de ese periodo. Caminaba apoyándose en un bastón de plata, y la parte biónica del lado derecho de su cuerpo chirriaba y crujía bajo el uniforme del viejo. Llevaba la barba recortada enmarcando su cara ojerosa de fina piel blanca alrededor de un ceño fruncido que parecía una hendidura en un trozo de cuero viejo.

—¡Eh, tú! —lo había llamado el general—. ¿Te has perdido?

No, lo cierto era que no se había perdido, pero se suponía que no debía rondar por las cubiertas de operaciones.

—Sí, me he perdido.

—Mientes muy mal, hijo.

Eso ofendió mucho a Ishaq, pero no lo dejó traslucir.

—Eso parece.

—Sonríes demasiado. Si tuviera hijas, te mataría sólo con que te acercaras a ellas.

—Con todos mis respetos, señor, no estoy de humor para un asesinato pasional. Y un poco perdido sí que estoy.

—¿Lo ves? Sonriendo de nuevo. A mí no podrás camelarme con eso. ¿Quién eres?

—Ishaq Kadeen, rememorador oficial. —Le gustaba la sensación al decirlo, así que lo hacía siempre que podía.

—Oh. —El viejo carraspeó con una tosecilla que sonó como si estuviera desparramando grava—. No serás poeta por casualidad, ¿no?

—No, señor. Soy imaginista.

—Qué pena. La Dama Bendita tiene mucho aprecio por la poesía. Aunque es mejor que no hayas tenido la oportunidad de acercarte a su puerta, eso seguro.

Eso había ocurrido antes de que él supiera quién era la Dama Bendita, pero esa frase fue suficiente para hacer que se jurase a sí mismo que se acercaría a su puerta lo antes posible, fuera ella quien fuese.

—¿Así que andas a la busca de algo que pictografiar?

—Culpable de esos cargos. —Ishaq consiguió detener la sonrisa antes de que llegara a sus labios.

El viejo se rascó la barba bien cortada y sus dedos casi chirriaron contra lo que no era más que una barba de pocos días.

—Esto es una nave de guerra, como sabes. Puedes meterte en muchos problemas si vagabundeas por ahí. Vuelve a las cubiertas inferiores y espera la llegada del capellán como todo el mundo. Entonces podrás tomar todas las pictografías que quieras.

A Ishaq le pareció un trato aceptable, pero al dar la vuelta para irse decidió tentar su suerte un poco más.

—Señor…

—¿Qué? —El viejo ya se estaba alejando con el bastón golpeando la cubierta.

—Usted no parece el hombre terrorífico y despiadado que, como el resto de rememoradores, he oído que debería temer.

El general Arric sonrió, lo que hizo que la hendidura en su cara resultara aún más desagradable.

—Eso es sólo porque tú no eres uno de mis hombres, rememorador Kadeen. Ahora lárgate de las cubiertas de operaciones y vuelve al bar improvisado que sé que tú, insignificante alimaña, estás organizando en mi bendita nave.

—Lo llaman «la bodega».

—Muy adecuado —dijo el viejo enfurruñado mientras se alejaba.

Así que había esperado once días, y fiel a su forma de ser y a la valoración del general, los había pasado en el bar.

Y ahora ahí estaba, después de arrastrar su despojo de cuerpo con resaca por el hangar principal de estribor, esperando junto con todos los demás, la escoria y los principales oficiales de la nave, a que llegara el capellán.

—¿No se suponía que el señor Carmesí tendría que estar aquí? —le susurró a Marsin. El otro rememorador se limitó a encogerse de hombros mientras seguía tomando notas y garabateando figuras vagas.

Al menos, los astartes estaban allí, aunque a Ishaq su presencia le produjo mucho menos placer del que esperaba. Veinte en total: estatuas grises en dos filas de diez, sin el más mínimo movimiento entre ellos. Los portadores de la palabra llevaban unas inmensas pistolas bólter pegadas al pecho de su armadura, y las espadas sierra desactivadas colgaban en sus costados. Los pergaminos e iconografía identificaban a los guerreros como pertenecientes a la 37.ª Compañía de Asalto.

Ishaq estaba al corriente de los rumores de despliegue: la mayor parte de la 37.ª Compañía estaba trabada en combate en el mundo que había debajo, llevando a cabo una guerra de sometimiento junto con los regimientos eucharianos del general Arric.

Sacó varias imágenes de los enormes y silenciosos astartes, pero su ángulo era mucho menos que perfecto, y el encuadre quedaba arruinado por los servidores que se apelotonaban al fondo. Se suponía que debía haber algo glorioso e inspirador en los guerreros, pero a él le costaba tragar si miraba mucho rato en su dirección. No resultaban en absoluto inspiradores. Sólo… imponentes. Distantes. Fríos.

—¡Atención! —ladró el general.

Ishaq obedeció esa orden irguiéndose un poco más. Los oficiales eucharianos se pusieron rectos como varas. Los astartes siguieron sin moverse.

La nave entró en el hangar con un planeo reposado, los propulsores de guía expulsaban aire presurizado mientras descendía. Unas placas blindadas de color carmesí cubrían a la Thunderhawk con una armadura de escamas, mientras que las pesadas torretas bólter barrían el espacio de izquierda a derecha, ya que los servidores asignados a los sistemas de armas siempre estaban alerta ante cualquier posible amenaza.

Las garras de aterrizaje besaron la cubierta. Al final bajó la rampa de desembarco con un zumbido hidráulico. Ishaq hizo una pictografía de las fauces de la nave al abrirse como si estuvieran bostezando.

Por un lado del hangar entraron más astartes: cinco guerreros vestidos con una armadura más moderna y un diseño más aerodinámico que la de sus hermanos de

gris, pintada de escarlata y plata, y con cascos negros que miraban hacia adelante. Todos los rememoradores se volvieron a la vez susurrando y murmurando, tomando pictografías, notas o haciendo bocetos de lo que veían.

«Los Gal Vorbak», susurraban muchas bocas.

A la cabeza de éstos iba un guerrero con una capa negra sobre los hombros y el símbolo de su legión escondido bajo rollos de pergamino amarillentos que narraban sus hazañas. Al pasar ante los rememoradores reunidos, las articulaciones de su armadura de batalla Mark IV entonaron un himno regular. Las calaveras de varios señores de la guerra alienígenas caídos que colgaban de cadenas de hierro repiqueteaban contra la ceramita oscura.

«Ahí está. Es el señor Carmesí», continuaron los susurros.

El guerrero se colocó al lado de la Dama Bendita, le hizo una leve inclinación de cabeza y dijo el nombre «Cyrene» con un gruñido a modo de saludo.

—Hola, Argel Tal. —Ella sonrió sin mirarlo. Su séquito de doncellas y consejeros se dispersó lentamente cuando los Gal Vorbak tomaron posiciones tras su señor.

Ishaq Kadeen tomó otra pictografía: el enorme guerrero con su intrincado casco negro y la figura menuda a su lado, ambos rodeados de astartes con armaduras rojas.

La figura que bajó entonces de la Thunderhawk hasta la cubierta del hangar llevaba una armadura igual que la de sus hermanos de los Gal Vorbak, aunque tenía los bordes reforzados con hueso y bronce y en el casco llevaba runas colchisianas pintadas en oro.

El capellán Xaphen bajó la rampa y abrazó brevemente a Argel Tal cuando llegó junto a él.

—Cyrene —saludó el capellán un instante después.

—Hola, Xaphen.

—Te veo más joven.

Ella se sonrojó pero no dijo nada.

Argel Tal señaló la Thunderhawk.

—¿Qué tal nuestros hermanos de la IV Legión?

La voz estruendosa de Xaphen sonaba tan distorsionada por el comunicador como la de Argel Tal.

—Los Guerreros de Hierro están bien, pero me alegro de haber vuelto.

—Supongo que hay mucho de qué hablar.

—Por supuesto —respondió el capellán.

—Vamos, entonces. Hablaremos mientras se hacen los preparativos para el aterrizaje en el planeta.

Los guerreros pasaron por delante de él y la ordenada reunión empezó a disolverse en grupos que volvían a sus obligaciones. Así, sin más, todo se había acabado.

—¿Vienes? —le preguntó Marsin a Ishaq.

Ishaq estaba mirando su pictógrafo, intensificando la imagen en la pequeña pantalla. En ella aparecían los dos comandantes de los Gal Vorbak, uno al lado del otro, con la Dama Bendita cerca, con la cabeza ladeada mientras los observaba a los dos con ojos vacíos y una mirada de adoración beatífica en sus bellas facciones. Uno de los astartes llevaba un crozius negro; el arma ornamentada le colgaba del hombro. El otro, el señor Carmesí, llevaba garras desactivadas de hierro rojo: cada uno de sus enormes puños de combate estaba rematado por cuatro garras de la longitud de hojas de guadaña.

Ambas armaduras brillaban con destellos de jade cuando se reflejaba en ellas la luz naranja que iluminaba la zona. Ambos cascos tenían lentes oculares sesgadas de color zafiro que parecían mirar directamente al visor del pictógrafo de Ishaq.

«Ésta puede convertirse en otro clásico», dijo para sí mismo.

—¿Vienes o no? —repitió Marsin.

—¿Qué? Ah, sí, claro.



VEINTIUNO
MAQUINACIONES
UN CURIOSO ENGAÑO
INDULGENCIA

—Estos rememoradores están por todas partes —comentó Xaphen con aire de desagrado.

—Los nuestros han llegado este mes. Ya no era posible negarles el acceso a la flota por más tiempo.

—La nave insignia de Horus ha tenido a esas ratas merodeando por todas partes durante dos años. ¿Te lo puedes creer?

Argel Tal se encogió de hombros. Aquello no le importaba lo más mínimo.

—Tres de los poetas le leen a la Dama Bendita, algo por lo que Cyrene les está inmensamente agradecida. Y a mí me ha llegado una hermosa pictografía del *De Profundis* que uno de ellos tomó su primer día. Casi se me para el corazón al ver una imagen tan grandiosa de mi nave.

Xaphen se rió.

—Te estás ablandando, hermano.

Los dos guerreros se habían retirado al oratorio de Xaphen, una cámara bastante poco modesta para los estándares de Argel Tal. El señor del capítulo prefería el mobiliario espartano y distracciones mínimas, pero la habitación de Xaphen estaba decorada con una plétora de estandartes y había antiguos pergaminos de oración desperdigados por la mesa y el suelo. Varios de los estandartes correspondían a victorias que había conseguido con otras legiones. Mientras hablaban, el capellán

añadió otro a la sagrada hilera. Éste tenía la calavera metálica de los Guerreros de Hierro con runas grabadas alrededor del símbolo central.

Varios de ellos mostraban constelaciones colchisianas. Argel Tal los examinó uno por uno.

—¿Qué son éstos?

—Símbolos de los círculos de los Guerreros de Hierro. Ellos no los llaman «logias», como los Hijos de Horus.

Argel Tal se quitó el casco con un clic y un siseo de aire presurizado. Como siempre, en la engalanada cámara del capellán reinaba un olor a especias secas y a incienso rancio.

—Has estado fuera más tiempo del esperado —le dijo—. ¿Problemas?

—Nunca resulta fácil nada que merezca la pena.

Argel Tal flexionó las manos, cerrándolas y abriéndolas. Le dolían. Hacía días que le dolían.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No hubo problemas —afirmó Xaphen—. Me quedé más tiempo porque fue lo que me pareció más prudente. Sus círculos son grandes e incluyen a la gran mayoría de la legión, pero estaban en una fase crítica. Yo no era el único capellán que había allí.

Argel Tal levantó una ceja sin darse cuenta de que estaba imitando la mueca de sorpresa de Cyrene por costumbre.

—¿Ah, no?

—Maloq Kartho estaba allí para tratar con otro de los círculos de guerreros y tuve que soportar varios de sus sermones. El aire olía un poco a azufre cuando hablaba. Var Valas también asistió. Ambos acompañaban a los Guerreros de Hierro después de pasar largas temporadas con los Devoradores de Mundos. —Xaphen suspiró, un sonido de satisfacción que concordaba con el brillo de sus ojos—. La red es amplia, hermano. La conspiración de Lorgar se expande por las mismas estrellas. La última vez que hice un recuento había más de doscientos de nuestros capellanes trasladados a otras flotas. Erebus ahora mismo está al lado del señor de la guerra. ¿Te lo puedes creer? El mismo Horus escuchando las palabras de Erebus. —Xaphen rió y continuó —: Ya ha empezado, hermano.

Argel Tal no compartía la alegría de su hermano. Un ceño fruncido oscurecía sus facciones, que en el último medio siglo cada vez acumulaban más cicatrices.

—No me gusta esa palabra —dijo en voz baja y lenta.

—¿Qué palabra?

—La palabra que has utilizado: «conspiración». Degrada la visión del primarca. Nos degrada a todos.

Xaphen alisó el estandarte de batalla negro contra la pared antes de dar un paso atrás para admirarlo.

—Estás demasiado sensible —murmuró.

—No, no lo estoy. No es la palabra adecuada. Implica confabulaciones organizadas y secretos innobles.

—Vístelo como quieras —dijo el capellán—. Somos los arquitectos de la ascensión de la humanidad y la red de engaños necesarios es amplia.

—Yo prefiero verlo en términos más nobles. Pero acaba con lo que estabas diciendo. Voy a soltar a los Gal Vorbak y tengo que hacer los preparativos finales.

El capellán percibió el tono intransigente de Argel Tal. Era difícil no hacerlo.

—Estás enfadado conmigo.

—Claro que estoy enfadado contigo. Tengo quinientos guerreros que no han visto a un capellán de su propia legión en prácticamente un año. Has estado fuera más meses de los previstos luchando con los Guerreros de Hierro. Oros, Damane y Malaki también siguen todavía con las flotas menores de Perturabo, ampliando la «conspiración». —Pronunció esta última palabra de forma despectiva.

—¿Y qué hay de Sar Fareth?

—Muerto.

—¿Qué?

—Lo mataron hace diez meses, poco después de que te fueras. Asesinado por humanos, además. Un golpe de mala suerte con una lanza de madera. —Argel Tal se dio unos golpecitos con dos dedos en el cuello—. Le desgarró la mayor parte de la garganta, que le quedó abierta hasta el hueso. Nunca había visto nada parecido. Sangre de los dioses, me habría reído si no hubiera sido tan patéticamente trágico. Se desangró antes de que los apotecarios llegaran hasta él. Y todo el tiempo estuvo intentando gritar.

—¿Y qué pasó con su asesino?

Argel Tal lo había visto con sus propios ojos. Sar Fareth agarró al humano por el hombro y la pierna y simplemente tiró en direcciones opuestas. El resultado fue que el humano acabó despedazado en tres trozos sangrientos antes de que el capellán

muriera.

—Eso fue de justicia.

Xaphen soltó el aire en algo que quiso ser un suspiro. Sar Fareth había sido uno de los suyos; lo había entrenado él mismo para empuñar un crozius en nombre de Lorgar.

Argel Tal cruzó los brazos sobre el pecho cubierto por la armadura.

—¿Se unirán a nosotros los Guerreros de Hierro?

La sonrisa del capellán reapareció.

—¿Que si lo harán? La legión de Perturabo ya ha abandonado la Gran Cruzada. Yo estuve con ellos en Olympia.

Eso no podía ser.

—¿Olympia? —consiguió decir Argel Tal—. ¿Tan pronto?

—Todos los planes del primarca están llegando a buen término. Por eso es por lo que he vuelto. Olympia estaba en rebelión abierta contra el Imperio y los Guerreros de Hierro declararon la guerra contra su propia gente, desesperados por pacificar su mundo natal. Hermano, no puedes imaginar lo que vimos. Los cielos estaban oscurecidos por las cañoneras y las naves de transporte de Perturabo mientras que la tierra se agitaba desde el amanecer al anochecer por la cólera de medio millón de máquinas de guerra.

Argel Tal inspiró lentamente, obligando a su reticente imaginación a dar forma a las palabras de Xaphen.

—Un primarca ha perdido el control de su propio mundo.

—Hablas como si nunca hubieras creído que llegaría ese día.

Argel Tal no dijo nada y le hizo un gesto al capellán para que continuara.

—Todo estaba orquestado hasta el último detalle. La cólera de los Guerreros de Hierro era algo que merecía la pena ver. Habían instigado el genocidio contra su propia gente. ¿Qué elección tenían ahora? La llamada llegará pronto: Horus ya está reuniendo fuerzas y purgándolas de los elementos que no son dignos. Los Hijos del Emperador, la Guardia de la Muerte y los Devoradores de Mundos están con él. La mayor parte de esas legiones se está reuniendo en el sistema Isstvan, mientras que Perturabo ha traicionado al Imperio en su necesidad de venganza. Estará con nosotros cuando Lorgar se quite los grilletes del falso emperador.

El fervor de su voz no le resultaba nuevo a Argel Tal, pero al no haber contado con la presencia del capellán durante casi un año, la pasión ardiente de Xaphen se

había difuminado en su memoria. El entusiasmo de su hermano lo desconcertó más que ninguna otra cosa.

—¿Cuándo viajaremos a reunirnos con el primarca?

—Pronto. —El capellán cruzó su mirada con la de su hermano—. Te lo he dicho, he vuelto porque el momento se acerca. Pronto llegará la llamada de Terra.

Xaphen activó la pantalla de la pared y mostró varias imágenes de cartografía estelar. Fue superponiendo una capa tras otra de marcadores de flota. Argel Tal observó la pantalla mientras tomaba forma, bellísimamente compleja al completarse.

—Dime lo que ves —le pidió Xaphen con una sonrisa.

Argel Tal lo miró.

—Veo la muerte de mi paciencia. Veo mi ira creciendo al ver cómo te guardas todas estas respuestas sólo por tu posición dentro de la hermandad de capellanes. Me veo saliendo de esta habitación como no me des una respuesta directa inmediatamente.

—Tampoco hay necesidad de ponerse así… —dijo, riendo entre dientes el capellán—. Está bien. Aquí está el sistema Isstvan. Aquí, lejos, cruzando el brazo espiral occidental, está Terra. Toma nota de los sometimientos que se están llevando a cabo en los subsectores más cercanos a Isstvan. Ahora, compláceme: ¿qué ves?

Argel Tal reconoció las runas que simbolizaban cuatro de las legiones, pero otras no. Formaban un curioso patrón, llamativo porque no había unidades del Ejército Imperial o flotas de batalla del Mechanicum, así como por la total ausencia de muchas de las legiones más importantes.

—Veo la mano del señor de la guerra metida en todo esto —le respondió Argel Tal —. Ha colocado a ciertas flotas más cerca de él en Isstvan. Esas flotas podrían alcanzar el sistema en cuestión de días. Las que están en el arco exterior necesitarían más tiempo, pero… Esto es una inmensa concentración de fuerza. —Argel Tal miró a Xaphen, apartando con reticencia los ojos del titilante ballet estelar—. Dime por qué.

—Perdóname, hermano. No me he dado verdadera cuenta de la frustración del aislamiento que has sufrido en una flota que lleva la carga de la presencia de los custodios. Tu deber era mantener la mentira y lo has hecho a la perfección. Pero te debo la iluminación.

Xaphen cerró la imagen cartográfica y continuó:

—Horus y Lorgar ya se están moviendo contra el Emperador. El señor de la guerra ha jurado devoción a los Dioses Ocultos y ahora camina bajo su luz. Por ahora, la

disformidad está cargada de turbulencias, lo que deja ciega a la mayor parte del Imperio. Muchas de las vías de la disformidad están cortadas y separadas unas de otras por tormentas etéricas. Estas dificultades no harán más que empeorar, dándonos suficiente tiempo para cumplir con la voluntad del primarca sin miedo a represalias imperiales. Tal es la influencia de los dioses verdaderos. La propia disformidad es su lienzo, y ellos pintan en ella como les place.

El señor del Sol Serrado dejó que su ceño hablara por él. Se ofendió por la forma en que Xaphen había insinuado que ya no eran fuerzas imperiales, contemplando claramente el regicidio. «Estamos derrocando un gobierno estancado e ignorante. Traemos la iluminación a nuestra gente, no estamos terminando con el Imperio».

—Continúa —dijo.

—Nos llegará un mensaje pronto, una súplica llena de pánico que todos los astrópatas de la flota oirán al mismo tiempo. Una llamada de Terra. El Emperador se enterará pronto de la rebelión de Horus y ¿qué elección tendrá? Tendrá que ordenar a las legiones más cercanas que destruyan las fuerzas traidoras del señor de la guerra.

Argel Tal se imaginó los símbolos de la legión parpadeando más cerca del sol llamado Isstvan.

—Horus acabará destruido.

El capellán rió, disfrutando del momento.

—Estará atrincherado en un mundo inexpugnable al mando de cuatro legiones. ¿Qué podría destruirlo?

—Las siete legiones a las que se les ordene hacerlo. Incluso con los Guerreros de Hierro de nuestro lado, las otras cinco legiones permanecerán bajo el poder el Emperador. Seis contra cinco. Nuestras pérdidas serán catastróficas. ¿Cómo podremos iluminar Terra si las legiones leales a Lorgar y a Horus quedan rotas y diezmadas?

Xaphen no respondió inmediatamente. Su hermano reconoció algo en su cara, algo que se parecía a la inquietud, muy cercano al filo cortante de la desconfianza.

—¿Tan poca confianza tienes en los capellanes de nuestras propias legiones que crees que fracasaremos al intentar que los Amos de la Noche o la Legión Alfa se conviertan? Lorgar ha trabajado durante medio siglo para difundir la verdad entre aquellos oídos que merecían oírla. Todas las legiones que necesitemos estarán a nuestro lado. Los lealistas no encontrarán nada más que la extinción esperándolos en la superficie de Isstvan V. Nunca abandonarán ese lugar vivos, Argel Tal. Te lo prometo.

—Esta conspiración me desagrada —declaró Argel Tal.

—Es el plan del primarca hecho realidad por el mismo Horus.

Argel Tal negó con la cabeza.

—No. Esto no es cosa de Aureliano. Esto es cosa de Erebus y de Kor Phaeron. Su hedor traicionero rezuma en oleadas en toda esta visión. Lorgar es un alma dorada, un ser de luz. Este juego en la sombra proviene de los sueños de hombres más pequeños y oscuros. El primarca, que todas las bendiciones caigan sobre él, ama a esos retorcidos desgraciados. Ha abrazado a una víbora y la llama padre.

—No deberías hablar así del Maestro de la Fe.

—Maestro de la… —Argel Tal se echó a reír—. ¿Quién? ¿Kor Phaeron? ¿Maestro de la Fe? Se cubre de títulos igual que el cuchillo de un asesino se adereza con veneno. Debo de llevar mucho tiempo aislado de la legión si resulta que ahora Kor Phaeron es adorado por las masas. Tú, especialmente, Xaphen… Tú lo aborrecías. Hermano, tus propias palabras fueron: «Un alma impura. Un falso astartes».

Xaphen apartó la vista al fin, no queriendo o no pudiendo mantenerle la mirada por más tiempo. La vergüenza siempre hace que se rompa el contacto visual.

—Los tiempos cambian —dijo el capellán.

—Eso parece. —Argel Tal cerró las manos para convertirlas en puños y así aliviar el dolor de sus huesos. No funcionó. Siguieron latiéndole los nudillos—. Haz lo que quieras. Yo tengo un mundo que someter.

—Si no te importa, yo también tengo preguntas.

—Pregunta —dijo Argel Tal— y yo responderé.

—Cyrene —empezó Xaphen—. Se ha hecho más tratamientos de rejuvenecimiento.

—A mí no me mires, ni tampoco la acuses a ella de vanidad. Llegó una orden astropática del propio primarca hace un tiempo. Todavía siente mucha estima por ella y expresaba su deseo de que pasara por otro ciclo de tratamientos.

Xaphen asintió.

—¿Y Aquillon?

La expresión de Argel Tal fue imposible de leer.

—Igual que antes. No sabe nada y sospecha aún menos. Sus mensajes al Emperador no llegan a abandonar la flota.

—¿Y mi protocolo de seguridad?

—Todavía tiene efecto.

—¿Lo has comprobado tú mismo? —El capellán sabía que a su hermano no le gustaban ciertos métodos—. Es esencial que lo hagas tú mismo.

—Lo he hecho —aseguró Argel Tal—. Nada ha cambiado; puedes olvidarte de eso.

—Entonces puedo confiar en ello. No obstante, renovaré las salvaguardas esta noche.

Caminó hasta su escritorio y liberó un gran libro de la cintura, donde lo llevaba sujeto a una cadena. Lentamente y con suma reverencia fue hojeando las páginas de aquel enorme tomo encuadernado en piel. Páginas y páginas de elegante escritura, diseños matemáticos, diagramas astrológicos, invocaciones para cantar y fórmulas rituales.

Argel Tal deseaba con todas sus fuerzas acercarse y leer los secretos que habían salido de la mente del primarca. Lorgar estaba compartiendo muchas cosas con la hermandad de capellanes de la legión.

—Has añadido muchas cosas al libro —apuntó.

—Cierto. Cada mes recibimos nuevos capítulos y versos para la obra sagrada. La mente del primarca está rebosante de ideas e ideales, y nosotros tenemos el honor de ser los primeros en oírlas. Miles de epístolas llenan estas páginas.

Los bancos de datos de la flota nunca podrían archivar copias digitales de las escrituras del primarca para que las almas equivocadas no pudieran acceder a esa información. En vez de eso, los capellanes del capítulo del Sol Serrado llevaban cada uno su propia copia encadenada a la armadura y la utilizaban para predicar sus sermones secretos, siempre añadiéndole cosas a medida que la Palabra crecía y se difundía. Argel Tal había recuperado el *Libro de Lorgar* de Sar Fareth del cadáver del capellán y lo había incinerado en el campo de batalla; una blasfemia necesaria para evitar que el tomo cayera en las manos equivocadas.

El capellán inspiró despacio.

—He estado fuera demasiado tiempo, Argel Tal. Tienes razón. Estaba perdido en la manipulación de los trabajadores de mente torpe de la IV Legión, cuando realmente no deseaba nada más que estar aquí con mis hermanos, predicando la Palabra de Lorgar, siempre en evolución.

—Disculpa aceptada —dijo el señor Carmesí—. Y tienes treinta y ocho minutos antes de que desembarquemos en el planeta. Te veré en la cubierta antes de que salga el sol.

Xaphen estaba leyendo los datos que pasaban por sus lentes oculares.

—Hay una orden para la batalla que se avecina que dice que se permite la presencia de los rememoradores durante las operaciones de combate. Eso debe de estar equivocado, porque estoy seguro de que tú nunca aceptarías una cosa como ésa…

Argel Tal gruñó algo que no llegó a ser una respuesta y se encaminó hacia la puerta.

—Espera.

Argel Tal se detuvo ya en la puerta de la cámara.

—¿Qué?

—Piensa en todo lo que ha pasado, hermano. Céntrate en cómo los acontecimientos van cada vez más rápido hacia la insurrección inevitable. ¿Sientes algo en tu interior? ¿Algún… cambio?

Las manos del señor del capítulo le dolieron con una ferocidad repentina. Era como si en las articulaciones de sus nudillos y muñecas hubiera cristales rotos.

Sin saber por qué, Argel Tal mintió.

—No, hermano. Nada. ¿Y tú?

Xaphen sonrió.

Hacer la guerra contra otra cultura humana era siempre como un veneno característico, y Argel Tal odiaba con todas sus fuerzas cada vez que se había hecho necesario.

Esas guerras eran sucias y se luchaban con una amargura intrínseca en el interior de cada alma que sufría la maldición de tener que tomar las armas contra el Imperio. No era que el enemigo se atreviera a resistirse lo que desconcertaba al señor Carmesí, ni el gasto de municiones, ni el hecho de que cada uno de esos mundos estuviera poblado por defensores a los que había llegado a admirar por su tenacidad. Esos aspectos le dolían, pero el gasto inútil de vidas y potencial de los que desafiaban al Emperador… eso era lo que le dejaba cicatrices.

Había intentado hablar del tema con Xaphen en el pasado. Con su franqueza característica, el capellán lo había instruido sobre lo justo de su causa y la trágica necesidad de aplastar esas culturas. Tales discusiones no le dijeron a Argel Tal nada que no supiera. Había tenido charlas similares con Dagotal y Malnor que habían ido por los mismos derroteros, igual que una con Torgal. Los Gal Vorbak, liberados todos

de su rango excepto Argel Tal, lo que convertía a todos los guerreros en iguales por debajo del señor del capítulo y del antiguo sargento de asalto, habían tenido que esforzarse al máximo para entender lo que Argel Tal estaba intentando explicar.

—Pero están en un error —dijo Torgal.

—Sé que están en un error. Ésa es la tragedia. Les traemos la iluminación a través de la unificación con el mundo natal ancestral de la humanidad. Les traemos, esperanza, progreso, fuerza y paz a través de un poder nunca visto. Pero se resisten. Me duele que la extinción sea tan a menudo la respuesta. Me dan pena por su ignorancia, pero los admiro por el hecho de que morirán por su forma de vida.

—Eso no es admirable. Eso es una estupidez. Prefieren morir en su error que aprender y abrazar el cambio.

—No he dicho que sea algo inteligente. He dicho que me duele arrasar un mundo por su ignorancia.

Torgal siguió insistiendo, pero no durante mucho rato.

—Pero están en un error —repitió.

—Nosotros también estuvimos en un error una vez. —El señor del capítulo levantó un puño cubierto por el guantelete para enfatizar su respuesta: era carmesí, aunque una vez había sido gris—. Nosotros también estuvimos en un error al adorar al Emperador.

Torgal negó con la cabeza.

—Nosotros nos equivocamos, pero decidimos adaptarnos en vez de ser aniquilados. No comprendo la fuente de tu dolor, hermano.

—¿Y si pudiéramos convencerlos? ¿Y si el problema lo tenemos nosotros porque simplemente nos faltan palabras para convencerlos de que se pongan de nuestro lado? Estamos haciendo una carnicería con nuestra especie.

—Estamos escogiendo entre el rebaño.

—Bueno, olvidadlo —concluyó el señor del capítulo—. Vosotros tenéis razón, por supuesto.

Pero Torgal continuó:

—No debes apenarte por la idiotez, hermano. Se les ofrece la verdad y ellos la rechazan. Si nosotros nos hubiéramos resistido a la verdad hasta la destrucción, nos habríamos merecido nuestro destino, igual que esos imbéciles se merecen el suyo.

Argel Tal no volvió a intentarlo. Pero había un pensamiento indigno y traicionero que lo perseguía en esos momentos difíciles: ¿cuánta de esa fe incuestionable de sus

hermanos era innata en sus corazones y cuánta había crecido en ellos en virtud de su semilla genética? ¿Cuántas almas había enviado a la destrucción él mismo empujado silenciosamente por su genética creada a partir de la brujería?

Algunas preguntas no tenían respuesta.

Como no quería cargar a Cyrene con sus propios problemas porque ella tenía que hacer de confesora de cientos de astartes y de soldados euchariaños, la única vez que había vuelto a hablar de su inquietud fue con la única alma de la que sabía que tenía que protegerse.

Aquillon lo entendió.

Él lo comprendió porque sentía la misma vergüenza y compartía la pena sutil de Argel Tal ante la necesidad de destruir imperios enteros simplemente porque sus líderes estaban ciegos ante las realidades de la galaxia.

Al último mundo que se había ganado la destrucción de sus habitantes lo llamaban Calis, y la flota expedicionaria lo llamaba 1301-20. Ya se estaba preparando una invasión en todo el planeta cuando las primitivas defensas orbitales de Calis cayeron y se quemaron al atravesar la atmósfera.

La población estaba sentenciada a la destrucción por cruzarse con razas xenos. El código biológico humano puro de los ciudadanos de Calis se había corrompido de forma inalterable por la introducción de genética alienígena. La gente del mundo que tenían debajo no había dado los detalles exactos al Imperio, pero quedaba claro a partir de las muestras de sangre que los calisianos habían cultivado ácido desoxirribonucleico alienígena en sus propias células en algún momento de la historia.

—Seguramente para curar enfermedades hereditarias o degenerativas —sugirió Torvus. Pero la razón no importaba. No se podía tolerar una desviación como ésa.

Los regimientos euchariaños del general Jesmetine tenían el encargo de hacerse con las doce ciudades principales de las pequeñas masas continentales de Calis, cada uno con el apoyo de varias escuadras de astartes.

La capital, una urbe descontrolada de decadencia industrial que recibía el nombre de Crachia, era también la sede del gobernador planetario, que utilizaba el evidentemente hereditario título de «psicopompo».

Esta vez era una mujer, la psicopompa Shal Vess Nalia IX, la que le había negado el acceso a los emisarios de los Portadores de la Palabra. Y esa misma mujer, de una abotargada corpulencia, era la que había firmado la sentencia de muerte de la cultura entera.

—Deja la capital intacta —le había ordenado Argel Tal a Baloc Torvus en el anterior consejo de guerra—. Yo desplegaré a los Gal Vorbak en Crachia y conseguiré la cabeza de la reina yo mismo.

El señor de la flota asintió.

—¿Y qué hay de los rememoradores? No llevan con nosotros ni quince días y ya tengo que soportar cada hora las súplicas de sus representantes que me piden que les dejemos presenciar el asalto.

El señor Carmesí hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No les hagas caso. Estamos conquistando un mundo, Baloc, no cuidando de una panda de turistas.

Baloc Torvus se había vuelto muy paciente con el paso de los años; una de las muchas virtudes del señor de la flota que sus hombres admiraban y en la que confiaban el resto de los mandos. Argel Tal vio las primeras grietas en su fachada de hierro a partir de las arrugas que tenía alrededor de los ojos, y notó la forma en que se ajustó la capa blanca para calmarse antes de responder.

—Con todos mis respetos, señor…

Argel Tal levantó la mano en forma de advertencia.

—No utilices las formalidades sólo porque no estás de acuerdo conmigo.

—Con todos mis respetos, Argel Tal. He estado haciendo caso omiso de todos ellos en tu nombre desde su llegada, y durante un año antes de eso. Les he dado excusas y he escrito misivas negándoles el acceso a la flota, citando cientos de razones por las que sería inapropiado, imposible o poco práctico tenerlos aquí. Pero ahora aquí están, y han venido equipados con sellos imperiales del propio Sigilita exigiendo que se les permita registrar la Gran Cruzada. Aparte de dispararles, y voy a hacer como que no he visto esa sonrisa, ¿qué les voy a decir para seguir retrasándolo?

Argel Tal soltó una carcajada, el primer cambio en su sombrío estado de ánimo que había visto el señor de la flota ese día. Fueran las que fuesen las noticias que había traído el capellán a su vuelta, no le habían sentado bien al señor del capítulo.

—Te entiendo. ¿Cuántos se han unido a la flota?

Torvus consultó su placa de datos.

—Ciento doce.

—Bien. Que escojan a diez. Los llevaremos con nosotros en la primera oleada y les pondremos una escolta mínima de euchariano. El resto podrá seguirnos una vez que las zonas de aterrizaje sean seguras.

—¿Y si se encuentran con una oposición significativa?

—Entonces morirán. —El señor Carmesí se encaminó a la puerta—. No me importa ni lo uno ni lo otro.

Torvus esperó varios segundos para asegurarse de que Argel Tal no estaba bromeando.

—A tus órdenes.



VEINTIDÓS
UNA IDEA
HERMANOS
LA HORA SEÑALADA

Ishaq estaba ligeramente preocupado por la posibilidad de morir allí, pero no pudo evitar disfrutarlo mientras duró.

Los otros rememoradores no dejaban de quejarse dando la lata a sus escoltas eucharianos sobre cuál sería el mejor lugar para observar la batalla sin tener que acercarse a ella. Aparentemente habían olvidado el honor de haber sido enviados allí poco después de poner pie por primera vez en suelo firme. La mayoría de ellos parecían decididos a ignorar por completo la razón principal de haber sido enviado a ese planeta, pero él no tenía problemas. No estaba allí para hacer de niñera de sus colegas.

El viaje hasta la superficie había sido un vuelo sin incidencias por el cielo del atardecer, el anticlímax después de toda la tensión por ser seleccionado y suficientemente aburrido como para que Ishaq empezara a preguntarse si de verdad había una guerra desarrollándose por ahí. La vista limitada desde la ventana sucia sólo había revelado en el planeta que quedaba por debajo una ciudad distante de obvia construcción humana.

Resultaba extraño tener que hacer una guerra contra un paisaje tan familiar.

Lo habían embarcado en una nave de transporte de tropas del ejército, una lanzadera de clase Greywing que se sacudía y traqueteaba, una nave que él suponía que debería haber estado ya fuera de servicio y sido reemplazada por alguna de las

Valkirias, más pequeñas y aerodinámicas. Ishaq había mirado el compartimento de forma rectangular en el que pretendían que viajaran treinta pasajeros. Miró las alas hundidas y pasó una mano enguantada sobre la placa del blindaje llena de agujeros de proyectil pintada con relámpagos desvaídos de las guerras de Unificación del Emperador en Terra dos siglos atrás.

Y se enamoró.

Hizo varias pictografías a la venerable nave, encantado con todas y cada una de ellas.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó al piloto de expresión irritada que esperaba con dos docenas de soldados del ejército sobre la cubierta del hangar.

—En la época que la hicieron no les ponían nombre. Hacían demasiadas, demasiado rápido y con demasiados pocos medios.

—Ah. ¿Y cómo la llamas tú? —Señaló el número troquelado en el casco: E1L-IXII-8 E22.

El caparazón gélido del hombre se derritió un poco ante el interés de Kadeen.

—*Elizabeth*. Yo la llamo *Elizabeth*.

Ishaq sonrió.

—Señor, permiso para subir a bordo de esta guapa señorita.

Así que había empezado bien. Una vez que aterrizaron, las cosas se pusieron algo peor. El oficial con el mando nominal de la expedición no era un oficial; era un sargento euchariano que había sacado la pajita más corta y le había tocado ocuparse de cuidar a la pandilla de pretenciosos cargados de nervios que formaban diez artistas muy emocionados en zona de guerra.

Ishaq medio oyó al sargento discutiendo con un puñado de rememoradores sobre por dónde sería aceptable para ellos entrar en la ciudad. Ya estaba aburrido, de pie en el borde de una elevación a unos tres kilómetros de los límites de la urbe. El lugar no parecía muy diferente de alguna de las ciudades industrializadas de Terra y todavía no se veía ningún signo obvio de batalla.

La naturaleza del asalto de los astartes presentaba un problema para las personas que intentaban hacer crónicas del evento. Un ataque directo con naves de desembarco contra el palacio significaba que los rememoradores tendrían que cruzar solos una ciudad hostil entera o permanecer fuera de los límites de la urbe y no ver nada. La primera opción nunca iba a ocurrir. La segunda tenía todas las posibilidades de producirse.

Ishaq Kadeen era un alma suspicaz por naturaleza y vio un cierto sentido del humor detrás de todo aquello. Alguien, tal vez el propio señor Carmesí, se estaba riendo de ellos invitándolos a bajar allí, pero manteniéndolos aburridamente seguros y lejos de la acción.

Se acercó a los miembros de su escolta: dos hombres con los impecables uniformes ocres del 81.º de Euchar. Cada uno de los rememoradores llevaba una escolta similar. Los centinelas de Ishaq parecían aburridos y enfadados al mismo tiempo, lo que era una mezcla curiosa de expresiones faciales humanas.

—¿Qué tal si volamos hasta el palacio? —les sugirió.

—¿Y que nos derriben? —prácticamente escupió el euchariano—. Ese cascarón se incendiará y caerá de los cielos en cuanto se ponga al alcance de las armas antiaéreas.

Haciendo un gran esfuerzo, Ishaq mantuvo su sonrisa cordial.

—Entonces volemos muy alto y después bajemos en picado justo sobre el palacio. Allí ya encontraremos algún lugar donde aterrizar. —Hizo una demostración de su estrategia aeronáutica con las manos, pero ellos no parecieron convencidos.

—Ni hablar —dijo uno de los soldados.

Ishaq se volvió sin decir nada más y se encaminó a los oscuros confines del compartimento de pasajeros de la Greywing. Cuando volvió a salir, llevaba una mochila con un paracaídas personal de plastek bajo el brazo que había cogido de los compartimentos superiores de almacenamiento.

—¿Y qué tal esto? Volamos muy alto y cualquiera que quiera hacer su trabajo puede saltar y hacerlo.

Los dos soldados cruzaron la mirada y llamaron a su sargento.

—¿Qué pasa aquí? —gruñó el sargento. En su cara estaba claro lo que pensaba: necesitaba otro artista quejica igual que necesitaba un agujero en la cabeza.

—Éste… —dijo el soldado, señalando a Ishaq— tiene una idea.

Para que la idea se hiciera realidad hicieron falta veinte minutos, e Ishaq se arrepintió en el mismo momento en que saltó de la nave y empezó a caer.

Debajo de él se extendía el palacio de piedra blanca, algo parecido a la Antigua Hellas en el pasado decadente de Terra. Se acercaba a él a una velocidad sorprendente, mientras el viento estaba haciendo todo lo que podía para dejarlo inconsciente.

«Esto ha sido un error», pensó.

Pulsó los interruptores de la hebilla de su pecho que abrirían el paracaídas

antigravitatorio. «Primero uno y después el otro. Primero uno y después el otro».

—Esperad veinte segundos antes de activarlo —les había dicho el sargento a los pocos que iban a saltar—. Veinte segundos, ¿comprendido? «Esperar veinte segundos».

El viento rugió empujándolo y el terreno se acercaba a gran velocidad. ¿Iba a vomitar? Esperaba que no. Las náuseas de su estómago subían, bajaban y burbujeaban. Puaj.

«Esperar veinte segundos».

Al menos no había señales de fuego antiaéreo. Consiguió localizar un punto en uno de los patios interiores en el que se veía una mancha ennegrecida donde una nave de desembarco había aterrizado. Parecía un buen lugar para empezar.

«Esperar veinte segundos».

Pero… ¿cuánto llevaba cayendo ya?

«Oh, mierda».

Ishaq miró hacia arriba con las gafas empañadas y vio a sus dos escoltas. Ambos estaban mucho más arriba que él, haciéndose cada vez más pequeños. Y mucho más pequeños por encima de ellos vio a los otros rememoradores que se habían unido a su plan.

Toqueteó los interruptores, primero el azul y luego el rojo. Durante varios segundos no pasó absolutamente nada. Ishaq continuó su caída libre a plomo, demasiado sorprendido hasta para soltar juramentos. Entonces empezó a accionar los interruptores en un pánico aleatorio sin darse cuenta de que, al hacer eso, no le estaba dando tiempo al mecanismo para calentarse e iniciarse.

El paracaídas antigravitatorio finalmente se abrió con la suficiente fuerza para darle un fuerte tirón a los músculos de su cuello. Los suspensores de la gravedad zumbaron al activarse. La activación, aunque tardía, salvó a Ishaq de convertirse en una mancha roja en el muro de una de las torres del palacio, pero pagó el precio por su distracción. Soltando carcajadas de terror, cayó junto al parapeto de piedra, rebotando, riendo e intentando no acabar vomitando mientras daba tumbos por el aire.

Cuarenta y ocho segundos después, el primero de sus escoltas aterrizó en el patio. Encontró a Ishaq Kadeen hecho un desastre y sangrando, con el pictógrafo en las manos magulladas, sentado en la hierba y meciéndose adelante y atrás.

—¿Habéis visto eso? —le dijo al soldado sin dejar de sonreír.

Tres rememoradores y seis soldados eucharianos… Una impresionante fuerza de nueve almas se movía por los corredores del palacio. Era un lugar escasamente decorado, con muy pocos elementos de arte u ornamentación. La arquitectura la conformaban pilares y techos con arcos, mientras que los suelos de piedra sin alfombras los llevaban cada vez más hacia el interior de la estructura, que tenía todo el encanto y la calidez de un monasterio en la cumbre de una montaña.

Cuando entraron por primera vez en el palacio dejando atrás la nave de desembarco ennegrecida de los astartes, Ishaq se preguntó cómo sabrían hacia dónde ir. Pero era una preocupación innecesaria: sólo tuvieron que seguir los cadáveres.

Las muestras evidentes del paso de los astartes estaban por todas partes. Esa ala del palacio había sido barrida de todo tipo de vida y los cuerpos destrozados hacían la función de la decoración tradicional. Una rememoradora, una imaginista delgada como un galgo que se llamaba Kaliha, se paraba cada pocos minutos y componía una pictografía alrededor de los cuerpos muertos. Por el ángulo de su pictógrafo quedaba claro que pretendía evitar centrarse en los muertos, tal vez haciendo que sólo fueran imágenes desenfocadas en primer plano.

Ishaq no tenía interés en hacer una crónica de esa carnicería, ni con mucho tacto, ni artísticamente, ni de ninguna manera. La parte ambiciosa y mercenaria de su cerebro sabía que eso no tenía sentido: un trabajo como ése nunca entraría en los archivos más preciados. Las obras verdaderamente morbosas nunca lo hacían. La gente en Terra quería ver lo que la humanidad era capaz de crear, no las consecuencias de lo que destruían. Querían ver a sus campeones en momentos de gloria o luchando en una batalla justa, no contemplar la carnicería de humanos indefensos que se parecían a los terranos mucho más de lo que se asemejaban a ellos los astartes.

Era todo cuestión de presentación: de presentar lo que la gente quería ver, tanto si ellos lo sabían como si no. Así que no captó ninguna imagen de los cuerpos.

Intentó no mirar los cadáveres al pasar a su lado. Estaban tan brutalmente destrozados que era difícil imaginar que esos pedazos de carne alguna vez habían sido una persona. No sólo los habían matado; los habían despedazado.

La mirada de uno de los soldados, Zamikov, se cruzó con la de Ishaq.

—Espadas sierra —le dijo.

—¿Qué?

—La expresión de tu cara. Te estás preguntando qué es lo que le hace esto a un cuerpo. Las espadas sierra son las que lo hacen.

—No me estaba preguntando eso —mintió Ishaq.

—No hay por qué avergonzarse de sentir horror —dijo Zamikov, encogiéndose de hombros—. Yo llevo con los guerreros del Sol Serrado doce años, y estuve vomitando los dos primeros. Los chicos del señor Carmesí suelen hacer un trabajo muy sucio.

Giraron a la izquierda cruzando otra barricada rota que no había servido de nada a sus defensores. Unos disparos en la distancia hicieron que acelerara el paso.

—He oído que los Portadores de la Palabra siempre incineran a sus enemigos.

—Es cierto. —Zamikov señaló con el pulgar por encima del hombro hacia los cuerpos hechos pedazos que había alrededor de la barricada—. Vendrán después. Primero matan y después purifican.

—¿Volverán a quemar a los muertos después de la batalla? ¿Lo hacen ellos mismos?

Zamikov asintió, pero ya no miraba al imaginista. Ishaq notó el cambio en el paso del soldado; en cuanto oyeron los disparos, los euchariano empezaron a moverse más rápido pero con el cuerpo agachado y los rifles láser agarrados con más fuerza. Era como observar a unos gatos callejeros a la caza de alguna rata.

—Lo hacen ellos mismos. Nada de siervos funerarios y servidores que se encarguen de los cuerpos con los Portadores de la Palabra. Son un grupo muy concienzudo, ya lo verás.

—Ya lo estoy viendo.

—¿Ah, sí? —Zamikov le dedicó una mirada rápida—. ¿Y qué es lo que ves aquí?

—Cadáveres —respondió Ishaq, levantando una ceja. Pero ¿qué tipo de pregunta era ésa?

—Es más que eso. —El soldado volvió a mirar adelante—. Toda esta ala del palacio ha sido limpiada, pero nosotros hemos pasado varias veces por el mismo sitio siguiendo el rastro de cadáveres. Los Portadores de la Palabra no van directos a la sala del trono. Ellos no hacen las cosas así. Primero matarán a todos los que hay en el palacio, habitación por habitación, cámara por cámara. Eso es un castigo. Un castigo concienzudo. ¿Lo entiendes ahora?

Ishaq asintió pero no supo qué decir.

El sonido de los disparos se unió al chirrido gutural de las hojas motorizadas. Sintió que se le aceleraba el corazón. Esto era lo que había venido a ver: la batalla, los astartes peleando. Y con suerte no recibiría ningún disparo.

—Atentos —gruñó el sargento—. Rifles preparados.

Ishaq no tenía rifle, pero con la misma expresión seria que Zamikov en la cara levantó su pictógrafo.

Cuando alcanzaron a los portadores de la palabra, la escena no tenía nada que ver con lo que se había esperado. Primero, no era una escuadra de portadores de la palabra: sólo había uno. Y segundo, no estaba solo.

Su pictógrafo no dejó de chasquear una y otra vez con cada toma.

Eran dos gemelos en movimiento, pero parecían una sola arma con una sola intención. Ninguno de los dos llevaba la voz cantante, ninguno se movía más o menos que su gemelo. No era una competición. Era la perfección de la unidad.

Se detuvieron al mismo tiempo, terminando su avance para evaluar lo que los rodeaba. La ciudad estaba sumida en la evacuación, aunque eso no le serviría de nada a la población, y el aire estaba saturado por el aullido de unas sirenas audible incluso allí, en el interior del palacio. Había grupos de defensores en todas las esquinas y cruces de los corredores armados con rifles de proyectiles sólidos cuyos disparos repiqueteaban y rebotaban sin causar ningún daño en la armadura de los astartes.

La red de comunicación permanecía en silencio. No había gritos pidiendo refuerzos. Nadie solicitaba órdenes. La salmodia típica de las escuadras de Portadores de la Palabra no se producía entre los Gal Vorbak. Cuarenta guerreros salidos de una nave de desembarco se habían desplegado inmediatamente en cuatro secciones diferentes del palacio real para empezar la carnicería entre gruñidos y bufidos amortiguados.

Había otra barricada ante los dos guerreros que avanzaban, protegida por docenas de defensores vestidos con su ostentoso atuendo blanco y dorado. Unas volutas de humo precedían al repiqueteo de sus balas, que impactaban sin causar daños.

Ambos guerreros echaron a correr con las botas resonando contra el suelo de piedra. Ambos saltaron la barricada de muebles destrozados en el mismo momento y ambos gruñeron por el esfuerzo al saltar. Ambos aterrizaron al mismo tiempo y ambos empezaron su tarea blandiendo desenfrenadamente las armas para derramar sangre. Los defensores cayeron hechos pedazos a su alrededor, convertidos en trozos de carne más rápido de lo que podía ver el ojo humano.

Una despiadada familiaridad del uno con el otro era todo lo que hacía falta para que esto fuera posible. Cuando uno bajaba el arma para clavarla, el otro la subía para

cortar con ella. Sus movimientos eran una danza borrosa alrededor de las formas de los demás, siempre observando y anticipando los movimientos del otro incluso cuando estaban centrados en matar a sus enemigos.

Alrededor de los dos guerreros, diecinueve defensores se habían convertido en despojos humanos que aún se estremecían. El último en morir había sido destripado y decapitado por los dos guerreros en el mismo latido de corazón.

Ahora corría la sangre por la hoja de la espada, igual que lo hacía por las ocho garras. Espalda contra espalda, los guerreros miraron la destrucción que les rodeaba, tomaron nota en medio segundo de los eucharianos que escoltaban a los rememoradores al fondo del pasillo y volvieron a moverse en el mismo segundo.

Aquillon corrió.

Argel Tal se tambaleó.

La sorpresa dejó helado al custodio, que se quedó inmóvil. Al volverse vio que el portador de la palabra daba otro paso vacilante y caía de rodillas entre los defensores que acababan de matar.

Aquillon giró su hoja: una hélice protectora que alejaría cualquier disparo asesino. Él no estaba conectado al flujo de datos de la red de la legión y no podía leer los signos vitales del Argel Tal en esa pantalla retinal tan útil. Pero no había sangre. Ningún signo de heridas, aparte de que había caído y tenía convulsiones.

—¿Te han alcanzado?

Argel Tal respondió con un carraspeo áspero pero sin palabras. Algo húmedo y negro goteó por la rejilla de la boca de su casco, menos espeso que el aceite pero más que la sangre, y siseó como si fuera ácido que cayera sobre una piedra.

Aquillon seguía de pie por encima del portador de la palabra caído con la espada girando en sus manos doradas. Mirara donde mirase no encontraba un objetivo. No había ningún asesino; al menos que él pudiera ver. Se arriesgó a volver a bajar la mirada adonde estaba el guerrero.

—¿Hermano? Hermano, ¿qué te pasa?

Argel Tal utilizó sus garras para levantarse, clavándolas en la pared y tirando de su cuerpo para volver a ponerse de pie. Unas burbujas negras brillantes por la saliva se hinchaban y explotaban al salir por los agujeros de la rejilla de su boca.

—Rakarssshhhk —dijo en un borboteo grasiento de su comunicador. Las convulsiones estaban desapareciendo, pero el portador de la palabra parecía no tener prisa por moverse.

—¿Qué es lo que te ha derribado?

—¿Eh? Nada. Nada. —La voz de Argel Tal era un resuello entrecortado—. Yo… Dime que tú también lo oyes.

—¿Oír qué?

Argel Tal no le respondió. El aullido de su mente continuaba, un sonido de dolor e ira mezclado con alguna forma de diversión… Una mezcla sin sentido de emociones incompatibles, todas juntas en un solo grito. La sangre le hirvió durante todo el tiempo que duró.

—Sigamos —consiguió decirle a Aquillon con los dientes apretados.

—¿Hermano?

—Sigamos —repitió.

Torgal gritó al unísono con el aullido distante, ahuyentando a los defensores humanos muertos de miedo delante de él. Los guerreros Gal Vorbak que tenía a su lado dejaron caer las armas, se agarraron los cascos con las manos, y unos gritos de angustia sin palabras transmitidos por los comunicadores rugieron por toda la cámara del trono.

La psicopompa Shal Vess Nalia IX observó aquella locura repentina con ojos llenos de lágrimas. Antes de ese momento, la gobernante del planeta Calis había permanecido encogida en su enorme trono, un revoltijo de ricas túnicas que cubrían grandes michelines de grasa, llorando y gimiendo ante cualquiera que quisiera oírla. Los últimos supervivientes de la guardia real, los que no habían huido abandonándola en manos de los invasores, se quedaron igualmente sorprendidos al oír aullar a los asesinos de la armadura escarlata y ver cómo cesaba su carnicería.

Las hojas ceremoniales de los guardias no servían de nada contra las armaduras de los astartes, ni tampoco sus rifles. En vez de recrudecer el ataque, utilizaron ese respiro momentáneo para acercarse al trono de la psicopompa.

—Alteza, es hora de irnos —le dijo el capitán de la guardia.

Ésa era una cantinela que había estado intentando hacerle entender durante días. Si no funcionaba esta vez, al menos no tendría que volver a repetirla nunca.

Ella lloriqueó. Sus múltiples barbillas temblaron.

—Olvídala —dijo uno de los otros. Todas las caras mostraban la tensión por los gritos de los invasores—. Es nuestra oportunidad, Revus.

—¡Defendedme! —chilló la matriarca—. ¡Cumplid con vuestro deber! ¡Matadlos a todos!

Revus tenía cincuenta y dos años y había servido muy lealmente como capitán de la guardia al padre de la actual psicopompa, que había sido un gobernante carismático y efectivo muy amado por su gente; todo lo que no era aquella bestia gorda de su hija.

Pero no podía irse. O mejor dicho, no lo haría.

Revus se volvió hacia los invasores caídos, vio como se arrodillaban y gritaban en medio del mar de cuerpos destrozados que los rodeaba, y tomó la última decisión de vida. No saldría huyendo. No era propio de él hacer eso. No, defendería a la indolente hija de su señor con su vida, rompiendo su hoja contra la armadura de los enemigos y asegurándose de gastar sus últimas palabras en escupirles su rebeldía a la cara.

—Huid, perros —espetó a sus propios hombres—. Yo moriré cumpliendo con mi deber.

La mitad de ellos parecieron tomárselo como una orden, porque salieron corriendo inmediatamente. Revus vio cómo las siluetas de armadura oscura se escabullían por pasajes para el servicio, y a pesar de sí mismo no pudo desearles nada malo por su cobardía.

El capitán permaneció en aquella vorágine de gritos con ocho hombres, todos ellos demasiado orgullosos o celosos de su deber para correr, y todos mayores de cuarenta.

—Estamos contigo —dijo uno de ellos, elevando la voz por encima de los gritos.

—¡Defendedme! —chilló de nuevo la espantosa mujer—. ¡Tenéis que protegerme!

Revus pronunció una breve oración de reverencia, deseándole todo el bien al alma del padre de la gobernante y prometiendo verlo pronto en la otra vida.

Los invasores volvieron a levantarse. Los gritos se fueron desvaneciendo para convertirse en gemidos y gruñidos. Cogieron de nuevo las armas que habían dejado caer antes.

—¡Cargad! —gritó Revus, e hizo exactamente eso.

No le importó lanzarse para matar a uno de los invasores, porque sabía que no podría. Todo lo que deseaba era romper la hoja de su arma contra la armadura roja de su enemigo, dar un solo golpe en el lugar donde muchos de sus guardias reales lo habían intentado y dado la vida por ello.

Un momento antes estaba corriendo y rugiendo, y al siguiente, caído en el suelo. Ni siquiera sintió dolor cuando las piernas le fallaron; sólo un momento de mareo antes de levantar la vista para ver a un enorme guerrero carmesí por encima de él. Su

hoja seguía entera. Le habían negado su último deseo.

El invasor dio un pisotón en el pecho al hombre moribundo, lo que le rompió todos los huesos del torso y destrozó sus órganos. El capitán de la guardia, Revus, murió sin saber siquiera que sus piernas estaban a tres metros de distancia de él, separadas de su cuerpo a la altura de la cintura por el primer tajo del guerrero rojo.

Torgal acabó con el último de los ardientes defensores y llegó al trono antes que los demás guerreros de los Gal Vorbak. Una bilis ácida le irritaba la garganta, pero el control y la fuerza habían vuelto a sus extremidades. El comunicador era un intercambio frenético de escuadras que informaban del mismo dolor atroz y de haber oído risas.

—¡Abandonad mi mundo! —chilló la psicopompa desde su trono.

Torgal la levantó agarrándola por el gordo cuello. El peso era considerable incluso para la armadura de batalla de un astartes. Sintió que los giróscopos de las articulaciones del hombro y el codo se habían bloqueado para soportar el esfuerzo.

A su lado, Seltharis se estaba volviendo a poner el casco tras escupir bilis negra encima de uno de los cadáveres.

—¡Mata a esa criatura gorda! Tenemos que volver a la órbita. Algo está pasando.

Torgal negó con la cabeza.

—No está pasando nada. —Hizo un esfuerzo para intentar no hacer caso a las protestas llorosas de la mujer—. Pero debemos reunirnos con el capellán inmediatamente. Si ésta es la hora señalada, debemos…

—¿Qué? —Seltharis estaba casi riendo—. ¿Qué debemos hacer? Estoy oyendo a un espíritu riéndose dentro de mi cabeza mientras la sangre me hierve con una temperatura suficiente para quemarme los huesos. No hay ningún plan para esto. Ninguno de nosotros llegó a creer que esto pasaría alguna vez.

—¡Abandonad mi mundo! —insistió la matriarca—. ¡Dejadnos en paz!

Torgal se rió de ella desde detrás de la protección de su cara que lo aislaba del asqueroso hedor alienígena a pescado de su piel sudorosa. ¿Qué suceso abominable en el pasado de ese mundo había llevado a una desviación como ésa? ¿Qué podía haber hecho que esa profanación, la corrupción del genoma humano con la genética alienígena, resultara una realidad necesaria? Esa gente no parecía más fuerte, ni más avanzada, ni más diligente que ninguna otra cultura humana. La verdad es que parecían menos avanzados que la mayoría.

—¿Por qué os habéis hecho esto a vosotros mismos? —le preguntó el astartes.

—¡Abandonad mi mundo! ¡Fuera!

Él la arrojó a un lado. El montón de carne golpeó el suelo y su dinastía terminó con un cuello roto.

—Quemadlo todo —ordenó Torgal—. Que arda y llamad a una Thunderhawk. Ha llegado la hora señalada. Informaré al señor Carmesí.

El señor Carmesí examinó el patio. Vacío excepto por la nave que lo había traído.

Bajó las garras.

Torgal había informado de la muerte de la monarca casi una hora antes, pero el ardor de Argel Tal se había desvanecido antes del anuncio. Con el eco de ese grito silencioso aún resonando en su cabeza, se quedó de pie a la sombra de su Thunderhawk, la Sol Naciente, sin participar del final de la carnicería en el interior del palacio. Los guerreros del Gal Vorbak estaban borrando toda evidencia de vida con lanzallamas y granadas incendiarias, limpiando el palacio desde dentro.

La red de comunicaciones era un zumbido continuo de voces agresivas y divertidas, y la mayor parte de lo que se oía eran preguntas que se hacían entre ellos por el comunicador. Las palabras «hora señalada» aparecían con una frecuencia enfermiza. Su sangre estaba revolucionada porque parecía que los dioses los habían llamado.

Aquillon lo había seguido, algo que esperaba pero que era lo que menos necesitaba. Los cuatro custodios estaban mezclados entre los portadores de la palabra que habían asaltado el palacio. Seguro que lo habían presenciado todo y que eso se iba a convertir pronto en un problema.

Argel Tal observó al hombre al que le ordenarían que matara y se preguntó si sería capaz de hacerlo moral y físicamente.

—No puedo darte ninguna respuesta —le dijo Argel Tal—. No sé lo que ha pasado. Una debilidad momentánea me invadió y me libré de ella con gran esfuerzo. Eso es todo lo que puedo decirte.

El custodio suspiró a través del altavoz del casco.

—¿Ahora te encuentras bien?

—Sí. Mis fuerzas volvieron rápidamente. Nunca antes había sentido un momento de debilidad como ése.

—Mis hombres me informan de incidentes similares —dijo el custodio—. Varios de los Gal Vorbak cayeron como si los hubieran derribado unas manos invisibles en el

mismo momento en que caíste tú. —Aquillon se quitó el casco en un gesto de familiaridad. Un gesto que Argel Tal no le devolvió—. No hemos detectado ninguna arma enemiga capaz de provocar ese efecto.

Sólo pudo devolverle la mirada a Aquillon con los ojos cubiertos por las lentes de su casco.

—Si supiera lo que me ha pasado, te lo diría, hermano —le aseguró Argel Tal.

—Tenemos que considerar que eso podría ser un error desconocido en la semilla genética de tu legión.

Argel Tal soltó un gruñido vago que podía ser o no una afirmación.

—Tengo que informar de esto al Emperador, amado por todos, en seguida. Seguro que lo comprendes.

Argel Tal sintió de nuevo sangre en la boca detrás de la protección que le ofrecía la placa facial del casco.

—Sí —dijo, limpiándose los labios con la lengua—, claro que entiendo que es tu deber.

Al principio creyó que el grito había vuelto. Sólo tras oír ese aullido ululante durante varios momentos se volvió hacia los muros del palacio.

—¿Oyes eso? —preguntó.

Esta vez Aquillon asintió.

—Sí, lo oigo.

Cuando la sirena comenzó a sonar, casi todos los portadores de la palabra pidieron confirmación sobre su origen. La runa colchisiana que parpadeó en cientos de pantallas retinianas contaba una historia cruda y categórica, pero era una historia que no tenía sentido.

Incluso los Gal Vorbak, los guerreros vestidos de rojo, dudaron en medio de sus purgas de fuego y pidieron por el comunicador confirmación y explicación inmediata a la flota en órbita.

En el patio, Argel Tal y Aquillon subieron a bordo de la Sol Naciente y ordenaron a sus guerreros volver a las naves de desembarco inmediatamente. El palacio de la psicopompa ya no importaba. Ni siquiera el sometimiento tenía importancia ya.

—A todos los portadores de la palabra, custodios y fuerzas del Ejército Imperial

de la 1301.ª Flota Expedicionaria. Escuchadme, os habla Argel Tal, señor del Sol Serrado. Han llegado informes de la propia Terra al *De Profundis* que llevan el sello del Emperador. El sistema Isstvan está en rebelión abierta liderada por cuatro de nuestras propias legiones. Se han extendido los rumores, pero se sabe poco de los hechos. Se dice que el señor de la guerra ha renunciado a los juramentos de sangre hechos al Mundo del Trono. Cierto o no, no iremos a la guerra cegados por la ignorancia. Nosotros responderemos a la llamada del primarca, porque el mismo Lorgar nos pide que respondamos.

»Abandonad el ataque en la superficie y reagrupaos en vuestros transportes. Volved a la órbita inmediatamente. Se nos ha ordenado ir a Isstvan, y nosotros obedeceremos porque hemos nacido para obedecer. Los Portadores de la Palabra llegarán al corazón de esta traición y sacarán la verdad de su interior. Oficiales, a sus puestos. Guerreros, a vuestros deberes.

»Eso es todo por ahora».

Aquillon estaba junto al señor Carmesí en la plataforma de tripulación de la cañonera.

—No me puedo creer esto ni por un momento. ¿Horus un traidor? —El custodio pasó los dedos por la parte plana de la hoja de su espada—. Eso no puede ser cierto.

—Tú has oído el mensaje igual que yo. —Argel Tal parpadeó ante un marcador rúnico que apareció en la pantalla de su visor, abriendo el canal de comunicación de los Gal Vorbak.

—Confirmar seguridad de la red.

Otra runa se unió a la primera y parpadeó para indicar la seguridad.

—Aquí Argel Tal —dijo, hablando ahora solamente para sus hermanos más cercanos—. Aureliano nos ha llamado.

Una voz respondió sin la ayuda del comunicador, flotando en sus sentidos con una familiaridad enloquecedora.

Ya lo saben. Lo han sentido.

«Conozco esa voz», pensó.

Claro que la conocemos. Es nuestra propia voz. Nosotros somos Argel Tal.



VEINTITRÉS
TRAIDORES
POSESIÓN
UNA ELECCIÓN

El astrópata asintió.

Aquillon estaba demasiado asombrado para sentir furia.

—Traición —dijo—. ¿Cómo puede ser?

El nombre del astrópata era Cartik, y erguido en toda su estatura resultaba una figura bajita muy poco impresionante, cosa empeorada por su avanzada edad y una tendencia a encorvar los hombros como un animal que estuviera a punto de atacar. El psíquico tenía más de setenta años, su cara estaba cuajada de arrugas causadas por el tiempo y no había sido un personaje vital ni siquiera en su juventud. Pero en ese momento ya era viejo, y eso se veía en todo lo que hacía y en lo lento que lo hacía.

Unos ojos sorprendentemente bellos recorrieron el lugar, mirando desde debajo de unos párpados medio cerrados hundidos en las órbitas poco profundas de una cara fea formada por genes crueles y mejillas regordetas. Una vez, al verlo, un rememorador había dicho que la madre o el padre de Cartik (tal vez ambos) seguramente fueran roedores.

Nunca había tenido la habilidad de dar respuestas ingeniosas. Uno de sus talentos no era la agudeza. Ésa era la última vez que intentaba hacer amigos entre los civiles recién llegados. Sabía que la soledad podía hacer que volviera a intentarlo, pero por ahora dejaría esos intentos durante un tiempo.

Su posición como astrópata personal del Occuli Imperator había proporcionado a

su familia en Terra una modesta riqueza, aunque a él no le había traído más que la soledad y un aburrido exilio por contrato. Ésos eran los sacrificios que había que hacer en estos tiempos. Pero estaba bastante satisfecho de cumplir con su obligación con el Emperador y se sentía seguro al saber que su familia estaría bien situada.

Un par de veces los rememoradores habían acudido a él intentando usar su posición para sus propios fines en su búsqueda de historias que registrar o cuentos que contar. Cartik podía leer la desnuda ambición en sus ojos, así como su completa falta de interés en él, y no se mostraba dispuesto a aceptar tales visitas. La verdad es que se había acostumbrado a la soledad. No tenía ganas de dejar que lo utilizaran sólo para abandonarla.

—Lo confirmo —dijo Cartik. Su forma de hablar, igual que sus ojos, era engañosamente agradable. Nadie más se iba a fijar en ello aparte del propio Cartik, pero tenía una bonita voz de cantante—. Elevado señor, el éter se ha aclarado mucho en los últimos días y el mensaje es claro. Es traición.

Aquillon miró a todos los que estaban reunidos en la aislada cámara de Cartik. Kalhin, el más joven con apenas nueve menciones al servicio del Emperador; Nirallus, con veinte menciones grabadas en su placa pectoral y el más hábil de todos con la lanza guardiana; Sythran, que todavía estaba guardando el voto de silencio que hizo en la cumbre de una de las pocas montañas del Himalayia que quedaban mirando hacia las paredes del Palacio Imperial. Su destino le pareció una penitencia, y juró que no volvería a decir una palabra hasta que volvieran a Terra, para lo que todavía faltaban siete años, tras completar sus cinco décadas de servicio.

—Cuatro legiones —dijo Kalhin—. Cuatro legiones enteras han traicionado al Emperador.

—Lideradas por el señor de la guerra —añadió Cartik a la discusión con una suavidad extraña—. El hijo más amado del Emperador.

Nirallus soltó una exclamación que estaba entre un gruñido y una risa.

—¡Nosotros somos los hijos más amados del Emperador, pequeño mensajero de la disformidad!

Aquillon hizo caso omiso a la vieja discusión.

—Argel Tal me ha informado de que llegaremos a Isstvan en treinta y nueve días. En cuanto lleguemos, los guerreros del Sol Serrado se reunirán con la legión y se desplegarán junto a los demás portadores de la palabra. Ningún contingente del ejército, del Mechanicum u otra fuerza externa se va a unir al asalto, incluidos

nosotros. Eso es asunto de los astartes, aparentemente. Ellos quieren que nosotros tomemos el mando de cuatro naves pequeñas para ayudar a repeler a los posibles asaltantes que intenten abordarnos. He accedido a su petición.

Los otros se volvieron hacia él y asintieron aceptando el honor que se les ofrecía, pero seguían preocupados.

—¿Treinta y nueve días? —preguntó Nirallus.

—Sí.

—Eso es increíblemente rápido —intervino Kalhin—. Llevamos años abriéndonos paso a través de grandes mareas y sometiendo a mundos atrasados y, de repente, los navegantes informan de caminos de la disformidad limpios desde aquí hasta el sitio donde necesitamos estar, a un cuarto de la distancia que hay de punta a punta de la galaxia… Ese viaje debería llevarnos una década.

—La disformidad se ha aclarado —reiteró Cartik.

—Pero incluso con buenas mareas sigue siendo un viaje de varios meses, años incluso.

Aquillon bajó la vista para mirar a Cartik. Los demás hicieron lo mismo uno por uno.

—¿Qué ordenáis, Occuli Imperator? —inquirió el hombre.

—Informa al Sigilita de que esperamos sus órdenes. Los astartes se resisten a que las fuerzas exteriores tomen parte en la batalla que está por venir, pero nosotros nos mezclaremos con la flota de Portadores de la Palabra al mando de cuatro de sus naves.

—Como ordenéis —respondió Cartik, reflexivo. Iba a ser una larga noche para enviar un mensaje tan urgente hasta Terra y mantener un vínculo con un astrópata en el distante mundo natal el tiempo suficiente para recibir una respuesta—. Haré lo que vos deseáis.

Los custodios abandonaron la habitación sin decir nada más.

Argel Tal se estremeció dentro de su armadura, helado a pesar del calor y con un sudor frío empapándole la piel antes de que las capas de su armadura lo absorbieran de nuevo y lo reciclaran para volver a introducirlo en su cuerpo.

El ruido del roce de la pesada ceramita contra la cubierta de acero era un sonido rítmico que se veía interrumpido por un chirrido cada vez que su cuerpo se estremecía de forma acompasada con los latidos de su corazón. Intentó ponerse en pie infinitas veces, pero cada intento acababa en fracaso y él volvía a caer al suelo de su cámara de

meditación, abollándolo y descascarillando la pintura de su armadura.

Un canal del comunicador abierto a los otros guerreros de los Gal Vorbak le hacía llegar las maldiciones y oraciones murmuradas de sus hermanos, pero él no podía recordar exactamente cómo abrir el vínculo ni cómo cerrarlo. Ellos sufrían igual que Argel Tal. La mayoría tampoco parecía capaz de hablar; sus voces sólo eran gruñidos salvajes e irregulares.

El timbre de la puerta sonó una vez.

Argel Tal soltó un gruñido grave y necesitó varios segundos para formar una única palabra.

—¿Quién?

El altavoz de la pared crepitó levemente.

—Soy Aquillon.

El portador de la palabra movió los ojos empañados hacia el cronómetro del visor y vio la cuenta atrás de las runas digitales. Había olvidado algo. Algún… acontecimiento. No podía pensar con claridad. La saliva se le solidificaba formando hebras entre los dientes doloridos.

—¿Sí?

—No has venido a nuestro entrenamiento.

Sí, eso era. Su entrenamiento diario.

—Discúlpame. Estoy meditando.

—¿Argel Tal?

—Estoy meditando.

Se produjo una pausa.

—Está bien. Volveré más tarde.

Argel Tal se quedó tumbado en la cubierta, estremeciéndose y susurrando mantras en la lengua la base del colchisiano, libre de todas sus influencias terranas y góticas.

En un momento, perdido en un frenesí de dolor, sacó su hoja de combate. Con mano temblorosa utilizó la espada para cortarse la palma del guantelete con el fin de intentar liberar el calor de su sangre. Lo que salió de la herida parecía aceite burbujeante, y perforó el suelo de la cubierta con unas gotas que sisearon al caer.

El tajo se cerró igual que una sonrisa que se desvanece lentamente. Incluso el corte en la armadura volvió a sellarse con una cicatriz orgánica muy desagradable.

Consiguió ponerse en pie tras pasar una hora intentándolo y arreglárselas para permanecer así sin temblar. Por el comunicador, sus guerreros se reían o sollozaban, y

sus voces de astartes sugerían una emoción tras otra, pero de las que pocas veces se veían en ellos.

—Xaphen.

El capellán necesitó bastante tiempo para contestar.

—Hermano.

—Tenemos… que ocultar esto a los custodios. Comunícalo a nuestra gente. Los Gal Vorbak van a estar enclaustrados en meditación. Como penitencia. Contemplación mientras viajamos a Isstvan.

—Podríamos matarlos —ladró Xaphen a través del comunicador—. Matarlos ahora. La hora ha llegado.

—Morirán —dijo Argel Tal, tragando ácido— cuando el primarca diga que lo hagan. Haz que corra la voz por la nave. Los Gal Vorbak están de penitencia y se niegan a cualquier contacto con el exterior.

—Como ordenes.

De fondo se oía gritar y aullar a sus hermanos. El sonido de puños y frentes golpeando contra las paredes se transmitía por el comunicador en forma de ruidos sordos. Él no podía respirar. Tenía que quitarse aquel casco tan agobiante; incluso el caliente aire reciclado de la nave era mejor que ahogarse en ese hedor de cenizas y ascuas.

Sus dedos consiguieron sujetar los sellos de la gorguera, pero cada vez que tiraba parecía que se iba a arrancar la cabeza. El casco no se soltaba. Extrañamente, un sudor frío se le pegó a la cara.

Argel Tal fue hasta la puerta y pulsó el botón de activación. Una vez que se abrió, el señor Carmesí empezó una carrera desesperada y vacilante por los corredores, buscando el único lugar donde refugiarse que se le ocurrió a su mente desorientada.

—Adelante —dijo ella.

Lo primero que oyó fue el quejido de las articulaciones de la armadura y el trueno de los pies enfundados en botas de los astartes. Abrió la boca para decir algo, pero el olor la silenció. Agresivamente fuerte, era el olor metálico del metal fundido químicamente y el de las cenizas del carbón quemado.

Los pasos que iban hacia ella eran irregulares y terminaron con un golpe de ceramita contra metal que sacudió su cama. Después del estruendo, la puerta volvió a cerrarse. Ella se sentó en el borde de su colchón y miró sin ver hacia el lugar donde

había oído que caía el astartes.

—Cyrene —dijo el guerrero.

Lo reconoció de inmediato a pesar de la tensión en su voz.

Sin decir una palabra, bajó de la cama y fue tanteando hasta encontrar el lugar donde había caído. Sus manos rozaron la armadura lisa de su espinillera y el gastado pergamino de juramentos que colgaba de ella. Con eso como marco de referencia fue subiendo hasta que quedó sentada junto a los hombros del guerrero con el pesado casco apoyado en el regazo.

—Tu casco no quiere soltarse —dijo.

Ésa era su cara ahora: esa imagen con rendijas para los ojos y ceramita decorada. Él no respondió.

—Yo… Llamaré a un apotecario.

—Necesito esconderme. Bloquea la puerta.

Ella lo hizo con una orden verbal.

—¿Qué ocurre? —No se preocupó de ocultar su preocupación ni su pánico creciente—. ¿Es esto de lo que hablaba Xaphen? ¿El… cambio señalado?

Así que el capellán ya se lo había contado todo. Sabía que era una idiotez sorprenderse por eso; Xaphen siempre lo había compartido todo con la Dama Bendita, utilizándola a ella como un instrumento más para difundir la nueva fe entre la legión y otros siervos. Argel Tal parpadeó para apartar el sudor de sus ojos ardientes antes de responder. Un marco para la selección de objetivo rodeó la cara de Cyrene, que quedaba encima de la suya, y él lo evitó con los dientes apretados.

—Sí. El cambio. La hora señalada.

—¿Qué va a pasar?

La intranquilidad de su voz era como néctar aural. Una percepción que no acabó de comprender hizo que Argel Tal se sintiera más fuerte al oír su respiración entrecortada, la forma en que el corazón le latía con más fuerza, la calidez que imprimía el miedo a su voz. Unas lágrimas cayeron sobre su protección facial, y eso también contribuyó a que sus músculos despertaran con una fuerza renovada.

«Nos alimentamos de su tristeza». El pensamiento apareció espontáneamente.

—¿Te estás muriendo? —le preguntó entre lágrimas.

—Sí. —Su respuesta lo sorprendió también a él porque no se la esperaba, aunque se dio cuenta de que era cierta en el mismo momento en que la pronunció—. Creo que sí.

—¿Qué tengo que hacer yo? Dímelo, por favor.

Sintió las puntas de sus dedos acariciando la placa facial del casco, fríos al tacto, aliviándole parte del dolor. Era como si descansaran directamente sobre su piel enfebrecida.

—Cyrene —gruñó. La voz ni siquiera parecía suya—. Esto es el plan del primarca.

—Lo sé. No moriréis. Lorgar no lo permitirá.

—Lorgar… hará cualquier cosa… que sea necesaria.

Sintió que su voz era cada vez más débil mientras caía, dejándose llevar y alejándose de la consciencia como si se tratara de un sueño inducido por los narcóticos. Con unos ecos que lo rodeaban por todas partes, sus pensamientos se dividieron en una dualidad incontrolable.

Era capaz de verla, con los ojos cerrados aún derramando lágrimas, los rizos alborotados de cabello castaño enmarcándole la cara. Pero podía ver más: el latido de su sien en el lugar en el que la vena se estremecía bajo una piel fina y muy humana. El húmedo y acelerado retumbar de los latidos de su corazón, que bombeaba el líquido vital a través de su frágil cuerpo. El aroma de su alma, escapándose por momentos durante toda su vida, saliendo con la respiración de su cuerpo hasta que éste ya no respirara más. Olía a vida y a vulnerabilidad.

Eso, de alguna forma, encendió su hambre, igual que la lujuria de batalla, igual que la inanición, pero más potente que las dos a la vez, lo suficientemente feroz como para llegar a dolerle. Su sangre le hormiguearía en la lengua y cantaría a lo largo de su tracto digestivo. Sus ojos serían bolas dulces de una pasta correosa que le hacía la boca agua. Le rompería los dientes y pasaría los fragmentos alrededor de su boca antes de arrancarle la lengua de entre los labios ensangrentados y tragársela entera. Entonces, ella gritaría, sin lengua y ahogándose en su sangre, hasta que se desangrara para morir delante de él.

Ella era una presa. Era humana. Mortal. Se moría minuto a minuto. Su espíritu estaba destinado a nadar en el Mar de las Almas hasta que fuera devorado por uno de los nunca nacidos.

Pero también era…

Cyrene. La Dama Bendita. La única alma a la que había recurrido en el nadir de su vida, cuando su cuerpo se rompía y su alma con él.

Sería una placer destruirla. Su dolor lo sostendría, incluso lo enriquecería.

Pero no le haría daño. Podía, pero no lo haría. Esa ira salida de ninguna parte se

desvaneció en cuanto se dio cuenta. Él no era esclavo de sus necesidades feroces, a pesar de la urgencia de esa fuerza.

Nunca abandonaría a sus hermanos ni eludiría la visión de Lorgar. Siempre había una elección, y él elegía sufrir aquello como el primarca había decidido para él, cargar con los cambios para que otros no tuvieran que hacerlo. La humanidad prevalecería gracias a la fuerza de unos pocos elegidos.

—¿Argel Tal? —ella pronunció su nombre como siempre lo hacía, con una curiosa suavidad.

—Sí. Nosotros somos Argel Tal.

—¿Qué está ocurriendo?

Él consiguió esbozar una sonrisa confiada que dividió la ceramita de su casco, y la protección de su cara sonrió con él. Cyrene no podía ver el semblante demoniaco que la miraba.

—Nada. Sólo el cambio. Vigílame, Cyrene. Escóndeme de Aquillon. Puedo controlar esto. No te haré daño.

Levantó una mano y la miró con la visión ondulante, porque los límites de todo se volvieron borrosos y confusos. Su mirada encontró la hoja de una garra, una mano humana cubierta de ceramita carmesí agrietada, las garras negras acariciando el pelo de la mujer con un cuidado inhumano. Durante un rato solamente observó sus nuevas garras reflejar la poca luz que había en la oscuridad siempre reinante de la habitación; el metal de su armadura era ahora una epidermis de ceramita y las garras de sus guanteletes pertenecían a sus propias manos.

—Tu voz es diferente —dijo ella.

Su visión enfocó de nuevo y todos los bordes borrosos desaparecieron devolviéndole la agudeza. La garra ya no era su propia mano convertida en guantelete, sino que su mano volvía a ser tan humana como había sido antes.

—No te preocupes —le respondió Argel Tal—. De una forma u otra todo acabará pronto.

Los Gal Vorbak no permanecieron recluidos mucho tiempo. La mayor parte de ellos emergieron de sus cámaras selladas al cabo de unas pocas noches. Xaphen fue el primero, dejando su cámara aparentemente sin haber sufrido ningún cambio, aunque ya nunca iba sin casco cuando cruzaba las cubiertas de la nave. Un brasero ardía en todo momento desde una jaula unida a su mochila de energía, dejando el olor del

carbón y las cenizas por dondequiera que fuera. Pasaba el tiempo visitando a los otros Gal Vorbak en sus cámaras de meditación, donde no se permitían otras visitas.

Argel Tal dejó la cámara de Cyrene después de tres noches. Aquillon estaba en la sala de entrenamiento, tal y como esperaba el portador de la palabra.

—Estaba seguro de que estarías aquí —dijo.

Ambos custodios dieron un paso atrás para separarse: Aquillon había estado entrenando con Sythran; ambos blandían armas reales y llevaban la armadura completa, incluido el casco con su cresta.

Sythran pulsó el botón de su lanza guardiana y la hoja se desactivó con el chasquido propio de la energía al apagarse. Aquillon bajó su hoja también, pero la mantuvo activa.

—Una larga meditación —le dijo, observándolo a través de las lentes oculares color rubí.

—¿Es suspicacia lo que oigo en tu voz, hermano? —Argel Tal sonrió tras la protección facial del casco—. Tenía muchas cosas que considerar. Sythran, ¿me dejas la lanza? Me apetece un duelo.

Sythran volvió la cabeza hacia Aquillon sin decir nada. El Occuli Imperator habló por él.

—Nuestras armas están adaptadas a nuestra huella genética. No se activarán en tus manos. Además, entre nosotros se considera el mayor de los agravios dejar que otros toquen las armas que el propio Emperador puso a nuestro cuidado.

—Está bien. No quería ofender. —Argel Tal se acercó al armero y se colocó un par de garras de energía viejas y gastadas sobre los guanteletes—. ¿Te apetece un duelo?

El casco dorado de Aquillon se ladeó un poco.

—¿Armas activas?

—*Duellem Extremis* —confirmó Argel Tal, tensando los puños para activar los campos de energía alrededor de las largas garras.

Sythran salió de la jaula de entrenamiento y encerró dentro a su comandante y al señor Carmesí. Ya había visto a Argel Tal y a Aquillon cruzar sus hojas cientos de veces, y si tenía que hacer una estimación basada en la experiencia, diría que el portador de la palabra caería vencido en unos sesenta u ochenta segundos.

Sonó la señal de inicio. Once cruces de armas y cinco segundos después el asalto había terminado.

—¿Otro? —preguntó el astartes. Sintió la exhalación silenciosa que soltó Sythran sin decir nada. Aquillon tampoco dijo nada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Argel Tal. Con los guanteletes cubiertos por las garras no podía ofrecerle una mano a Aquillon para ayudarlo a levantarse.

—No. No ocurre nada. Es que no me esperaba que tú atacaras, eso es todo.

El custodio volvió a ponerse en pie, y las articulaciones de su armadura chirriaron cuando los falsos músculos de nervio mecánico y los tendones de cable se tensaron.

—¿Otro?

Aquillon levantó su larga arma.

—Otro.

Los dos guerreros se lanzaron el uno contra el otro. Cada golpe lanzaba por todos los lados chispas de los campos de energía opuestos. Cada segundo daban tres golpes, y cada golpe era respondido con los campos eléctricos de las armas repeliéndose una vez tras otra y el metal sólo besándose durante el más breve de los momentos. El aire se cargó con el olor del ozono de los campos de energía llevados al límite en cuestión de segundos.

Esta vez los dos guerreros estaban más equilibrados. El punto fuerte de Argel Tal residía en su consciencia, no sólo del trabajo de su propia arma, sino del potencial de su enemigo, que quedaba traicionado por cada uno de sus movimientos. Eso siempre le había permitido mantenerse ante maestros de armas superiores, como Aquillon, durante un tiempo respetable antes de verse incapaz de evitar el golpe ganador. Ahora acompañaba ese don de percepción con una velocidad que rivalizaba con la del custodio, y Aquillon se veía, por primera vez en uno de sus duelos con Argel Tal, forzado a utilizar desesperados golpes defensivos para mantenerse.

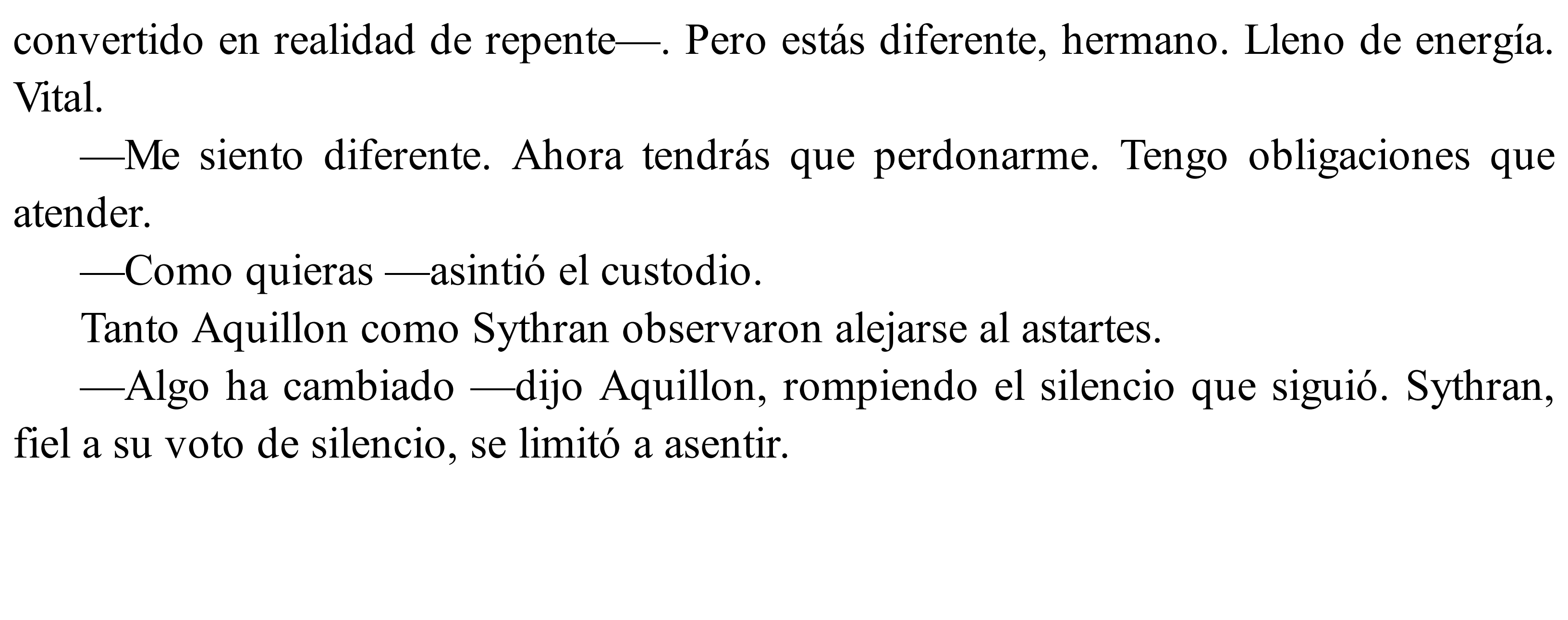
Encontró el fallo en los golpes repentinos del portador de la palabra, esa ligera falta de delicadeza, esa sugerencia de un equilibrio imperfecto, y la utilizó cuando se le presentó la siguiente oportunidad. La parte plana de su hoja impactó contra la placa pectoral de Argel Tal, lo que envió al astartes hacia atrás tambaleándose. Los labios de Aquillon formaron una sonrisa cuando el guerrero vestido de carmesí golpeó el suelo.

—Ahí está. Se ha restaurado el equilibrio. Has vuelto adonde perteneces: al suelo.

La voz de Argel Tal traicionó la sonrisa que mostraba tras la protección facial de su casco.

—Casi te tenía.

—Ni hablar —respondió el custodio, preguntándose por qué eso se había



convertido en realidad de repente—. Pero estás diferente, hermano. Lleno de energía. Vital.

—Me siento diferente. Ahora tendrás que perdonarme. Tengo obligaciones que atender.

—Como quieras —asintió el custodio.

Tanto Aquillon como Sythran observaron alejarse al astartes.

—Algo ha cambiado —dijo Aquillon, rompiendo el silencio que siguió. Sythran, fiel a su voto de silencio, se limitó a asentir.



VEINTICUATRO
ISSTVAN V
TRAIDORES
CUBIERTOS CON LA MEDIANOCHE

Isstvan, un sol sin nada de especial, lejos de Terra, el precioso Mundo del Trono del Imperio.

El tercer mundo del sistema, lo bastante cerca del sol como para albergar vida humana, era ahora una tumba enorme inundada de virus que ponía en evidencia cómo era la cólera de Horus Lupercal. La población de ese mundo no era más que ceniza contaminada que cubría los continentes sin vida, mientras que los esqueletos de sus ciudades permanecían allí como manchas ennegrecidas de piedra quemada; una civilización reducida al recuerdo en un solo día. El bombardeo orbital de la flota del señor de la guerra, toneladas de proyectiles incendiarios y contenedores cargados de virus biológicos, parecían no haber dejado nada ni a nadie en aquel mundo.

Isstvan III seguía en su órbita silenciosa alrededor del sol, casi grandioso por el alcance de su absoluta devastación, sirviendo como una lápida llena de cicatrices para la muerte de un imperio.

El quinto planeta del sistema era un globo más frío sólo capaz de dar cobijo a las vidas más resistente y genéticamente osadas. Sus cielos estaban cuajados de tormentas y su piel estaba cubierta de tundras. Nada en la superficie de ese mundo prometía una vida fácil para cualquiera que quisiera establecerse allí.

Alrededor de Isstvan V se congregaba una de las mayores flotas que se había reunido en toda la historia de la especie humana. Sin duda se trataba de la más

impresionante coalición de naves de astartes, con las naves exploradoras, cruceros, destructores y naves de mando de siete legiones enteras. Los cascos de color negro mate de la Guardia del Cuervo se confundían con el vacío alrededor de su nave insignia, la enorme, brillante y feroz *Sombra del Emperador*. En una formación más unida estaban las naves con blindaje verde de los Salamandras, apiñadas en órbita alrededor de la nave de su primarca, la inmensa *Llama Forjadora*, sus bordes y almenas adornados con gárgolas con forma de dragones de miradas lascivas hechas de bronce pulido.

Una flota mucho más pequeña se concentraba en la atmósfera superior. Estaba compuesta casi exclusivamente por naves de escolta más pequeñas que rodeaban a la descomunal nave principal, la *Ferrum*, que indicaba la presencia de los Manos de Hierro. Las naves eran más densas, su blindaje más grueso y sus cascos negros estaban bordeados de gris metálico y de plata pulida. Los Manos de Hierro habían enviado a sus compañías de élite mientras el grueso de la flota de la legión todavía estaba en ruta.

De la flota enemiga todavía no había señales. Las naves de la Guardia de la Muerte, de los Hijos del Emperador, de los Devoradores de Mundos y de los malvados traidores Hijos de Horus habían desaparecido, escondiéndose de los ojos imperiales y de la venganza del Emperador.

En una concordancia sobrenatural, cientos de naves se iban acercando a ese mundo desde los confines más alejados del sistema. Cubiertas por un blindaje azul medianoche, las naves de guerra a la vanguardia llevaban la insignia de la calavera y la estatuaria de bronce de la legión de los Amos de la Noche. Los Guerreros de Hierro navegaban al lado de sus hermanos, sus naves baluarte, de una combinación de metales y ceramita de hierro de color apagado, apenas reflejaban la luz de las estrellas. Las naves de la Legión Alfa formaban la periferia de la masa de flotas; sus cascos del color del mar estaban pintados con estilizadas escamas en honor a la bestia reptiloide de la que habían tomado su símbolo. Unas elaboradas hidras cruzaban el espacio grabadas en los cascos de las naves.

En el núcleo de la armada que se aproximaba, con más naves que ninguna otra de sus legiones hermanas, estaba la flota de batalla gris piedra de los Portadores de la Palabra. La nave insignia de la XVII Legión, la *Fidelitas Lex*, se abría paso para acercarse al mundo que tenía delante con sus enormes motores vibrando con la tranquila energía de un propulsor de vector de aproximación.

Tantas naves saliendo de la disformidad a la vez deberían haber supuesto una vorágine de cascos que chocaban y chatarra que salía despedida por todos lados, pero la armada se iba acercando a Isstvan V con una calma enloquecedora, manteniendo las distancias de seguridad entre las naves. Los escudos de vacío de las naves ni siquiera llegaron a rozarse entre sí en ningún momento.

Con una precisión que requería innumerables cálculos, las flotas de siete legiones astartes llenaban los cielos por encima de Isstvan V. Las cañoneras y las lanzaderas iban y venían entre los cruceros más pesados, mientras que las cubiertas de todas las naves de guerra se preparaban para desplegar a sus guerreros en un aterrizaje planetario unificado sin precedentes.

Horus, el hijo traidor del Emperador, se atrincheraba en la superficie. El Imperio de la Humanidad había enviado a siete legiones para someter a su díscolo vástago sin saber que cuatro de ellas ya habían renegado de sus juramentos de lealtad al Mundo del Trono.

La bodega estaba llena a rebosar de rememoradores y soldados del ejército fuera de servicio vetados en las cubiertas de operaciones. Ishaq se abrió paso con el hombro hasta la barra, ganándose una larga lista de gruñidos y maldiciones airadas que él sabía que no llegarían a nada dada la cercanía de la verdadera batalla.

Pidió una jarra de plástico (no se escatimaba ningún gasto en la bodega) de cualquier tipo de brebaje que hubieran hecho recientemente y que no fuera letal a corto plazo. Para pagar dejó unas pocas monedas de color cobre en la superficie de madera manchada de la barra. Sin ellas, sus bolsillos se quedaron completamente vacíos.

A su alrededor todas las conversaciones trataban del mismo asunto. El desembarco en el planeta. La traición. Horus, Horus, Horus. Lo que le pareció más interesante fue el tono que estaba tomando la discusión: «El Emperador abandonó la Gran Cruzada». «Horus ha sido traicionado por su padre». «La rebelión está justificada». Así seguían y seguían, igual que llevaban haciéndolo desde hacía más de un mes; todo el tiempo que la flota había estado en la disformidad.

Ishaq le dio unos golpecitos en el hombro al bebedor que tenía más cerca. El hombre se volvió mostrando una cara con una interesante geografía de cicatrices. Llevaba el uniforme de los eucharianos y una pistolera a un costado.

—¿Sí?

—Dime por qué crees que todo esto está justificado —le dijo Ishaq—. Porque eso que dices a mí me suena a traición.

El euchariano lo miró con desdén y se volvió para seguir hablando con sus amigos. Ishaq volvió a darle otro golpecito en el hombro.

—No, de verdad. Me interesa tu punto de vista.

—Vete a la mierda, chico.

—Sólo respóndeme a la pregunta —insistió Ishaq, sonriendo.

El euchariano le dedicó una sonrisa que habría sido más amenazadora si no hubiera tenido restos de su última comida entre los dientes.

—El señor de la guerra ha conquistado media galaxia, ¿no es verdad? El Emperador se ha estado escondiendo en Terra durante medio siglo.

«Una lógica típica de soldado», pensó Ishaq. Aunque un hombre se hubiera ocupado de la inconmensurable tarea de organizar un imperio interestelar entero, merecía mucho menos respeto que el hombre que había hecho la guerra en los términos más simples y agresivos y siempre desde una posición de supremacía táctica, numérica y material.

—A ver si lo he entendido bien… —Ishaq puso una expresión de fingida reflexión—. ¿Tú admiras al hombre que tiene ejércitos tan grandes como para no perder nunca ni una sola guerra, pero menosprecias al hombre responsable de la visión y el esfuerzo de mantener realmente ese Imperio?

El euchariano se burló de la descripción de Ishaq y le dio la espalda al rememorador. Durante un momento, el imaginista se preguntó si se estaba perdiendo algo importante en todo aquello. Los Portadores de la Palabra estaban allí bajo órdenes imperiales, convocados para ayudar a sofocar la rebelión de Horus. Pero el personal y las tripulaciones humanas de la flota expedicionaria estaban prácticamente unidos a favor de las acciones de Horus.

Le dio un sorbo a la bebida y lo lamentó inmediatamente.

—Deliciosa —le dijo a la chica que estaba detrás de la barra.

Las conversaciones seguían a su alrededor. Ishaq dejó que le fueran llegando, como hacía la mayoría de las noches, escuchando pero sin hablar, prestando atención a lo que oía pero sin dar a conocer su opinión sobre ello. Era un buscador pasivo de la opinión pública. Así era más fácil evitar las peleas; la bodega se había vuelto un poco «problemática» desde que los soldados también habían empezado a ir a beber allí.

—Los Portadores de la Palabra no atacarán a Horus —dijo una voz con una seguridad solemne.

—No es la guerra. Están aquí para negociar.

—Pero habrá una guerra si fracasan las negociaciones.

—El Emperador es una reliquia de las guerras de Unificación. El Imperio necesita más de sus líderes ahora.

—Horus ni siquiera ha cometido ningún crimen. El Emperador ha reaccionado de forma exagerada por miedo.

—No llegaremos a la batalla. Lorgar se encargará de eso.

—¿El Emperador no va a abandonar Terra para lidiar con esto?

—¿Es que le importa algo el Imperio?

—He oído que Horus llevará a los otros primarcas a Terra.

Ishaq dejó la bebida sin terminar y se encaminó hacia su cámara personal en la cubierta comunal para los civiles. Quería creer que ya no tenía más estómago para bebidas malas e ideología sediciosa, pero la verdad era mucho más prosaica: ya apenas le quedaba dinero.

A medio camino hacia su habitación decidió cambiar de rumbo. Sentarse aburrido en su cámara no lo iba a ayudar a lograr nada, y sin siquiera una moneda para emborracharse tranquilamente, lo único que podía hacer era lo que había hecho las primeras noches después de unirse a la legión. Era un deber que, para bien o para mal, había aparcado a lo largo de las últimas semanas. Sus infinitos intentos para conseguir una reunión con uno de los Gal Vorbak habían sido rechazados una y otra vez. La reclusión de los guerreros carmesíes era férrea, y se rumoreaba que incluso se les había negado el acceso a sus cámaras de meditación a los propios custodios. Las continuas negativas y la imposibilidad de presentar batalla habían apagado de alguna forma el ambicioso interés del rememorador, pero sin nada más que hacer, era el momento de volver al juego.

Ishaq comprobó el indicador de batería de su pictógrafo y salió en busca de algo que pudiera hacerlo famoso.

El primarca los estaba esperando.

Cuando desembarcaron de la Sol Naciente y entraron en la plataforma del hangar principal de la *Fidelitas Lex*, Lorgar estaba allí de pie con la armadura de batalla completa y el enorme crozius, *Illuminarum*, en sus puños grises. A su lado, Erebus y

Kor Phaeron llevaban su propia armadura del color oscuro del granito. En las superficies de cada placa tenían grabadas invocaciones de la Palabra. Detrás de ellos, la 1.ª Compañía al completo suponía una impresionante bienvenida, con sus imponentes armaduras de exterminador, sus bólters de doble cañón y largas espadas de aspecto brutal en los puños.

La contención de Lorgar se rompió para formar una sonrisa cálida cuando los treinta y siete guerreros carmesíes entraron en la cubierta del hangar. Se arrodillaron ante su señor, todos a la vez, como si fueran un solo hombre.

Lorgar les hizo un gesto para que se levantaran.

—¿Ya no os acordáis? Mis Gal Vorbak no tienen que arrodillarse nunca ante mí.

Argel Tal fue el primero en ponerse en pie, y percibió el disgusto en las facciones envejecidas de Kor Phaeron. Gruñó enseñando los dientes en dirección al primer capitán a la vez que sacaba las garras de su guantelete.

Lorgar rió ante la demostración.

—Mis plegarias han sido respondidas —continuó el primarca—, porque vosotros ya habéis llegado.

—Como nos ordenasteis —dijeron Argel Tal y Xaphen a la vez.

Los Gal Vorbak mostraban muy poca cohesión en sus filas. No esperaban en posición de firmes ni se situaron en filas ordenadas. Estaban de pie, juntos pero solos, cada uno entre sus hermanos pero atento a su espacio personal, con los ojos entornados detrás del cristal azul de las lentes de sus cascos.

—Aterrizaremos en el planeta dentro de una hora —dijo Lorgar—. Argel Tal, Xaphen, por ahora tendréis que venir con nosotros. Podréis volver a reuniros con vuestros hermanos antes de comenzar el asalto.

—Está bien —respondió Argel Tal.

—¿Y los custodios? —preguntó Lorgar—. Decidme que todavía viven.

—Sí, así es. Los hemos separado en cuatro naves diferentes, asignadas a «ocuparse de la defensa» si las naves se ven abordadas en la batalla que se avecina.

—¿Saben que habrá una batalla? —Lorgar miró a Argel Tal.

—No son tontos ni tampoco han sido ajenos a las noticias que van pasando de una nave a otra. Pero los hemos situado en cuatro naves que se verán… retrasadas… en la disformidad. Sus navegantes y capitanes han sido advertidos de lo delicado de la situación, señor. Los custodios no llegarán hasta que la batalla de Isstvan esté ganada.

—Los hemos mantenido con vida, como ordenasteis —intervino Xaphen. No hizo

caso de la mirada de Argel Tal, pero la sintió a pesar del hecho de que su hermano seguía llevando el casco.

—No fue orden mía, al menos no en los últimos tiempos. —El primarca hizo un gesto hacia Erebus, que inclinó la cabeza en respuesta—. El primer capellán ha pedido que sigan con vida todo este tiempo. Está trazando planes que los necesitan vivos.

Argel Tal no dijo nada, pero demostró silenciosa y abiertamente su irritación. Xaphen se mostró más efusivo.

—¿Erebus? —preguntó, sonriendo tras la placa facial—. He prestado mucha atención a todos los anexos y anotaciones del Libro de Lorgar, hermano, e incluso he utilizado muchos de tus nuevos rituales. Me encantaría saber más sobre él.

—Con el tiempo, tal vez.

Xaphen se lo agradeció al otro capellán mientras el grupo avanzaba. Erebus se quedó muy cerca del primarca mientras se alejaban hablando, sus facciones estoicas y tatuadas tan adustas y dignas como siempre. Kor Phaeron acechaba justo detrás, con las pesadas articulaciones de su armadura de exterminador chirriando a cada paso. Xaphen imitaba como un espejo las acciones de Erebus, pero Argel Tal miró al primer capitán con una sonrisa.

—¿Qué te resulta tan divertido, hermano? —preguntó el medio astartes entrado en años.

—Tú. Hiedes a miedo. Me das lástima porque el terror humano nunca se imprimió en nuestros huesos.

—¿Crees que lo que tengo es miedo? —La cara llena de cicatrices se retorció y mostró mayor amargura—. He visto más cosas de las que tú sabes, Argel Tal. Mientras vosotros danzabais por el borde de la galaxia haciendo de niñeras de los custodios, en la verdadera legión no hemos estado ociosos.

Argel Tal sólo rió entre dientes, una risa que salió de su casco como un gruñido grave por el comunicador que no dejaba de crepitar.

La *Fidelitas Lex* reunía a un grupo de extraña importancia.

Al entrar en la sala de guerra, Argel Tal no pudo reprimir una exclamación de asombro. Esperaba una reunión de capitanes de los Portadores de la Palabra, de capellanes y de señores de capítulo. No había anticipado la presencia de comandantes de los Amos de la Noche, de la Legión Alpha y de los Guerreros de Hierro, ni tampoco de las tres figuras que rodeaban la mesa hololítica central.

Los reunidos se apartaron para permitir a Lorgar acercarse al centro, donde se quedó de pie junto a sus hermanos. Ninguno de los tres le dio la bienvenida. Tampoco parecían muy respetuosos los unos con los otros.

Argel Tal saludó con un gruñido a los dos capitanes que estaban más cerca de él cuando ocupó su lugar delante de los astartes reunidos. Su heráldica mostraba sus identidades en una fluida escritura nostramana: el primero, un guerrero alto y austero con calaveras bañadas en bronce colgando de sus hombreras con cadenas de hierro llevaba los numerales de la 10.ª Compañía y un nombre, Malcharion, grabado.

El segundo no necesitaba ninguna declaración de identidad porque todo el mundo lo reconocía en cuanto ponía los ojos en él. Su armadura estaba cubierta de trozos de cuero obtenidos de carne desollada, y la placa facial de su casco mostraba una mirada de calavera de huesos descarnados. El suyo era un nombre que se había difundido por todo el Imperio, casi tan famoso como el de Abaddon de los Hijos de Horus, el de Eidolon de los Hijos del Emperador o el de Raldoron de los Ángeles Sangrientos… o incluso como el de los propios primarcas. Argel Tal inclinó la cabeza como señal de respeto ante Sevatar, primer capitán de la Legión de los Amos de la Noche. El guerrero asintió en respuesta.

—Llegas tarde. —Su voz salió como un gruñido chirriante. Argel Tal no cayó en la provocación del amo de la noche.

—Muy perspicaz —respondió—. Veo que sabes leer un cronómetro.

Un gruñido gutural de diversión salió del casco pintado con una calavera de Sevatar.

En el centro de los líderes y señores reunidos, Lorgar levantó las manos para pedir silencio. Las bromas, los gruñidos y las risas ocasionales entre los astartes cesaron.

—Tenemos poco tiempo —dijo el primarca dorado—, y los acontecimientos ya se están sucediendo. Los que estamos en esta habitación no nos hacemos ilusiones sobre a lo que nos vamos a enfrentar. Ocho legiones, cuatro de ellas representadas aquí, y un número incontable de mundos se van a levantar en rebelión contra el Imperio. Si vamos a marchar sobre Terra y tomar el trono, deberemos aniquilar a las legiones que permanecen leales al Emperador. Y tendremos que hacerlo solos. No importa lo leales que sean nuestros regimientos del ejército, quedarán devastados si pisan la superficie de Isstvan. Así que tendremos que hacer la guerra contra ellos: astartes contra astartes, hermano contra hermano. Hay una poesía en todo esto que estoy seguro que todos sabréis apreciar.

Nadie dijo nada y Lorgar continuó:

—Todos habéis recorrido caminos diferentes, pero juntos hemos llegado al mismo destino. El Emperador nos ha fallado. El Imperio nos ha fallado a todos.

En ese momento, Lorgar señaló con la cabeza al grupo más numeroso de amos de la noche cubiertos por sus armaduras de combate cruzadas por rayos.

—Nos ha fallado con la laxitud de sus leyes, con la decadencia de su cultura y con las injusticias que han caído sobre aquellos de nosotros que le hemos servido con toda lealtad.

Hizo un gesto para señalar a la ceramita de metal desnudo de los capitanes de los Guerreros de Hierro.

—Nos ha fallado al no reconocer nunca nuestras virtudes, al no recompensarnos nunca por la sangre que hemos derramado en la tarea de procurar sus logros y al no proporcionarnos nunca la unidad cuando más la necesitábamos.

La Legión Alfa estaba allí, impasible y silenciosa, con su armadura cubierta de escamas.

—Nos ha fallado —prosiguió Lorgar, inclinando la cabeza hacia ellos— al dejarse viciar desde su núcleo, haciéndose imperfecto en su búsqueda de una cultura perfecta y en su debilidad ante la invasión de razas xenos que pretendían adulterar a la humanidad para fines alienígenas.

Finalmente, el primarca se volvió hacia sus propios capitanes de armadura gris decorada con rollos de pergamino con oraciones.

—Y nos ha fallado por encima de todo al basarse en mentiras. El Imperio se ha forjado a partir de un engaño peligroso, y nos erosiona a todos al pedirnos que sacrifiquemos la verdad en el altar de la necesidad. Esto es un imperio infestado por el pecado que merece morir. Y aquí, en Isstvan V, empezaremos la purga. De estas cenizas renacerá un nuevo reino de la humanidad: un imperio de justicia, fe e iluminación. Un imperio anunciado, comandado y protegido por la encarnación de los propios dioses. Un imperio con la fuerza suficiente para mantenerse ante un futuro de sangre y fuego.

El cambio en la sala fue sutil, pero a los astartes les resultó imposible no notarlo. Todos los guerreros se irguieron más altos y más estirados, con las manos apoyadas en las empuñaduras de sus armas enfundadas.

—El Emperador cree que seguimos siendo leales. A nuestras cuatro legiones se les ha ordenado venir aquí basándose solamente en esa convicción equivocada. Pero

nuestra coalición es el fruto de décadas de planificación. Estaba señalada y se ha hecho de acuerdo con una antigua profecía. Ya no nos esconderemos más en las sombras. No habrá más manipulaciones de movimientos de la flota ni falsificaciones de datos expedicionarios. Desde este día en adelante, la Legión Alfa, los Portadores de la Palabra, los Guerreros de Hierro y los Amos de la Noche lucharán juntos, con las manos sucias de sangre pero con la cabeza alta, bajo el estandarte del señor de la guerra Horus, el segundo emperador. El verdadero emperador.

Los astartes se quedaron mirando, pero ninguno de ellos movió un músculo. El primarca parecía estar dirigiéndose a un ejército de estatuas.

—Puedo ver vuestros ojos incluso detrás de vuestros cascos. —Lorgar esbozó una sonrisa mirando a su alrededor en la estancia—. Veo duda, incomodidad, desconfianza de los hermanos que tenéis al lado. Nosotros no somos amigos, ¿verdad? Nunca hemos sido aliados. Nuestras legiones están emparentadas por línea de sangre, pero no están juntas en una hermandad probada y elegida. Pero recordad esto cuando miréis las armaduras de tonos tan diferentes a la vuestra. Estáis unidos por la justicia. Os habéis unificado en la venganza. Todas las armas de esta habitación se blanden por la misma causa. Y ésa, hijos míos, hermanos y primos, ésa es toda la fuerza que necesitamos. Después de hoy seremos hermanos. La fragua de la guerra se encargará de eso.

El silencio reinó tras las palabras de Lorgar. El primarca se volvió hacia la mesa hololítica, y ya estaba introduciendo los códigos necesarios para activar el generador de imágenes cuando sonaron varios ruidos amortiguados detrás de él.

Lorgar miró por encima del hombro buscando la fuente de los sonidos. Varios capitanes de los Portadores de la Palabra estaban estrechándose las manos con sus semejantes de las otras legiones, y cada vez había más que hacían lo mismo. Se agarraban de las muñecas, un gesto tradicional de los guerreros para sellar un pacto.

Argel Tal le ofreció la mano a Sevatar. El amo de la noche cogió la muñeca del portador de la palabra a la vez que, tras las protecciones faciales de sus cascos, sus miradas se encontraron.

—Muerte al falso emperador —dijo Sevatar, convirtiéndose en la primera alma que pronunciaba esas palabras que tendrían eco durante milenios.

La maldición fue repetida por otras voces, y pronto acabó siendo gritada en rugidos a voz en cuello.

—¡Muerte al falso Emperador! ¡Muerte al falso Emperador! ¡Muerte! ¡Muerte!

¡Muerte!

En el corazón de la algarabía los cuatro primarcas sonrieron. Cada una de esas sonrisas era fría, desagradable, burlona o indulgente, pero era lo más cerca que habían estado de mostrar una emoción hasta el momento.

Lorgar introdujo el último código de órdenes. La mesa hololítica ronroneó cuando volvió a la vida y sus generadores internos empezaron a funcionar para mostrar una imagen parpadeante de la superficie de una tundra. Una vista granulada, salpicada de distorsión estática, se proyectó en el aire por encima de la mesa. Cascos de hierro oscuro, del color de la medianoche, verde agua, carmesíes y grises se levantaron para mirar la imagen holográfica. Mostraba un barranco abierto con una ambivalencia tectónica que se extendía a lo largo de varios kilómetros en aquel paisaje.

—La Depresión Urgall —dijo uno de los hermanos de Lorgar con una sonora voz de barítono—. Nuestro terreno de caza.

Tal vez Konrad Curze fue una vez una criatura majestuosa. Todo en su porte hablaba de una naturaleza regia de la que ahora carecía, toda la gracia y la grandeza habían desaparecido dejando a un príncipe guerrero reducido a su núcleo de nobleza mortífera y cadavérica. Con una armadura negra con los bordes de bronce sin pulir, el primarca de los Amos de la Noche hizo un gesto hacia el barranco con una garra de energía provista de cuatro hojas curvadas.

—Aumentad la imagen.

Unos servidores invisibles hicieron lo que ordenaba. El hololito en tres dimensiones quedó borroso durante un momento antes de volver a enfocarse para mostrar un paisaje más detallado. En un extremo del barranco había una fortaleza de plastiacero, ceramita y rococemento que se confundía con el paisaje por la acción de los escudos de vacío que la protegían de bombardeos orbitales. Un panorama masivo de baluartes, barricadas, trincheras y terraplenes la rodeaban en una defensa implacable. Todos los guerreros presentes pudieron ver lo que tenían delante: una obra maestra defensiva construida para repeler decenas de miles de tropas enemigas.

En el otro extremo del barranco esperaba una verdadera flota de cañoneras y de naves de desembarco, pero era lo que oscurecía el centro del cañón lo que llamó la atención de todos los ojos de la habitación.

Dos ejércitos estaban enzarzados en un conflicto encarnizado, dos masas grises de apretadas líneas de batalla reducidas a una horda desorganizada.

—Aumentad el sector central —ordenó el primarca Curze.

La proyección volvió a ponerse borrosa y a enfocarse de nuevo, mostrando la imagen imperfecta, manchada por las interferencias de…

—La guerra civil. —Konrad Curze sonrió, todo dientes y ojos brillantes—. Los dos bandos están igualados con nuestros hermanos de la Guardia de la Muerte, los Devoradores de Mundos, los Hijos de Horus y los Hijos del Emperador en un terreno superior, y las legiones de los Manos de Hierro, los Salamandras y la Guardia del Cuervo manteniéndose gracias a su superioridad numérica.

Argel Tal gruñó al sentir que los labios se le humedecían con la bilis. Algunas cabezas cercanas se volvieron hacia él, pero hizo caso omiso de los ojos que lo observaban.

—¿Hermano? —Erebus le habló por el comunicador desde su sitio al lado del primarca.

—Tengo sed. —Argel Tal sonrió, hablando por el canal privado.

—¿Que tienes… sed?

—He probado la sangre de los astartes, Erebus. Es lo suficientemente intensa para que nunca se te borre de la memoria, y su santidad genética hormiguea en la lengua. Volveré a probarla en Isstvan V.

El capellán no respondió, pero Argel Tal vio como Erebus se volvía hacia Kor Phaeron, y supo con toda seguridad que estaban hablando por un canal seguro. Pensarlo hizo que sonriera con desprecio. Criaturas estúpidas. Tan preocupadas por sus exiguas ambiciones. Sintió un momento de lástima por el primarca que había pasado las últimas cuatro décadas guiado por sus maquinaciones insípidas.

Pero ese pensamiento enfrió su ira condescendiente. ¿Qué habían hecho en todo ese tiempo? El comentario de Kor Phaeron sobre que Argel Tal había estado de niñera de los custodios y alejado de la «verdadera legión» lo había molestado mucho más de lo que quería confesar.

El gruñido se fue desvaneciendo en su garganta y pasó a ser un gemido bestial.

—Silencio —gruñó Sevatar.

Argel Tal se tensó y contuvo la respiración para suprimir el impulso agresivo que sintió al ver que le hablaban de esa manera. Fuera lo que fuese la cosa que tenía unida a él, odiaba con todas sus fuerzas que lo obligaran a colocarse en situaciones de sumisión.

Raum.

¿Qué?

Soy Raum.

Argel Tal sintió que su corazón latía al mismo tiempo que las sílabas susurradas. La bilis de sus labios burbujeó y las manos le dolieron hasta los huesos con una ferocidad despiadada.

Tú eres la segunda alma que mi padre vio hace tanto tiempo.

Sí.

Retuerces mis pensamientos. Siempre estoy al borde de la furia o diciéndoles palabras envenenadas a mis hermanos.

Sólo saco lo que ya está presente en ti.

No voy a permitir que te apoderes de mí.

Ni yo lo voy a intentar. Nosotros somos uno. He permanecido dormido el tiempo suficiente para haberme infiltrado en todas las células de tu cuerpo. Es tu carne y mi carne. Eso cambiará pronto. Nosotros somos Argel Tal y nosotros somos Raum.

Tu voz es la misma que la mía.

Así es como mi alma le habla a la tuya y como nuestra carne compartida traduce eso a un significado mortal. Yo no tengo voz, excepto los rugidos que proferimos cuando queremos sangre.

Argel Tal sintió una humedad muy caliente alrededor de sus dedos cubiertos por el guantelete.

Me duele. No puedo mover las manos.

Simbiosis. Unión. Equilibrio. Habrá momentos en los que tú dominarás y otros en los que saldré yo.

¿Y qué es este dolor?

Es sólo el preludio de los cambios que están por llegar.

Los dioses ya han enviado su llamada. La hora señalada ha llegado… Soy más rápido, más fuerte, más vital que antes. Y no puedo quitarme la armadura ni el casco.

Sí. Es nuestra nueva piel.

¿Y qué más cambios pueden suceder?

Raum se rió, un susurro leve que sonaba engañosamente distante.

Oirás a los dioses muchas veces en tu vida. La hora señalada no ha llegado todavía realmente. Oíste la llamada para empezar la Larga Guerra, pero los dioses todavía no han gritado. Esto sólo es el preludio.

Pero yo los oí. Nosotros los oímos.

Reconocerás el grito cuando lo oigas realmente, te lo prometo.

—… los Gal Vorbak lucharán junto a los Guerreros de Hierro formando el yunque —concluyó Lorgar.

Argel Tal volvió a centrarse en lo que lo rodeaba. El dolor de las manos desapareció. Sin saber qué decir, afirmó con la cabeza en dirección al primarca, asintiendo a las palabras de Lorgar sin saber qué había dicho. El primarca le mostró una sonrisa amable; parecía haber sentido la distracción de su hijo.

Lord Curze volvió sus ojos ojerosos a sus propios astartes.

—Entonces estamos listos. Mi 1.ª Compañía también se unirá a los Guerreros de Hierro para el ataque inicial. *Dath sethicara tah dasovallian*. —La lengua nostramana siseó en su boca—. *Solruthis veh za jazz*.

Los capitanes de los Amos de la Noche golpearon sus guanteletes oscuros contra las placas de su pecho.

—Cubiertos con la medianoche —exclamaron a coro.

—Hierro dentro —dijo Perturabo ásperamente, y levantó su enorme martillo de guerra para colocárselo al hombro—. Hierro fuera.

En respuesta, sus hombres golpearon con los mangos de sus hachas y martillos contra la cubierta.

Los guerreros de la Legión Alfa y su primarca permanecieron en silencio.

Como Argel Tal suponía, recayó en Lorgar terminar la reunión.

—Las fuerzas que hay sobre la superficie han estado luchando durante casi tres horas y todavía no hay un claro vencedor. Ahora mismo, los lealistas todavía están esperando que nosotros aterricemos en el planeta, creyendo que venimos para reforzar su avance final. Todos sabemos cuáles son nuestros papeles en la representación. Todos somos conscientes de la sangre que debemos derramar para librar a nuestra especie de la destrucción y colocar a Horus como señor de la humanidad. Hermanos —el primarca inclinó la cabeza en una reverencia—, hoy vamos a dar el primer paso para forjar un reino mayor. Que los dioses os acompañen.

Cuando Argel Tal se disponía a salir de la habitación, vio a su antiguo mentor que se le acercaba. Erebus tenía la misma belleza que una arma: era una hoja fría y peligrosa sin importar quién la blandiera, una espada que reflejaba la luz pero que no tenía luz propia. El líder de los Gal Vorbak se le acercó, ululando un gruñido sordo en la garganta y dejándolo allí para disfrutar la sensación de rabia.

Erebus quería hablar con él, y Kor Phaeron también querría quedarse para

enterarse. Sólo eso ya le causaba inquietud. ¿Qué ambiciones habrían alimentado en el primarca durante cuatro largas décadas? ¿Qué habrían visto y qué habrían aprendido?

Su gruñido se hizo más fuerte.

Ódialo, pero no lo mates. Ha sido elegido, igual que tú.

¿Voy a oír tu voz siempre?

No. Nuestro fin está escrito. Acabaremos destruidos en la sombra de alas mayores. Entonces ya no oirás más mi voz.

Argel Tal sintió que se le helaba la sangre, y supo que esa sensación, al menos, no era parte de los cambios que sucederían en su cuerpo.

—Erebus —saludó al primer capellán—. No quiero discutir.

—Ni yo —dijo el guerrero de más edad—. Han ocurrido muchas cosas desde la última vez que hablamos. Ambos hemos visto muchas cosas y hemos tenido que hacer elecciones difíciles que nos trajeran hasta este momento en el tiempo. —Erebus cruzó su mirada pétrea y solemne con las lentes oculares de Argel Tal. Era difícil no admirar la compostura del capellán, que mantenía en todo momento, y su gran paciencia.

También era difícil olvidar su gran decepción, una vez que la había sufrido.

—He oído todo lo que habéis presenciado y lo que habéis tenido que pasar —continuó Erebus—. Xaphen me ha tenido al corriente.

—¿Adónde quieres llegar? —murmuró Argel Tal, y hasta para sus propios oídos sus palabras sonaron pueriles.

—Estoy orgulloso de ti. —Erebus apoyó la mano brevemente en el hombro de Argel Tal—. Sólo quería decirte eso.

Sin decir ni una palabra más, Erebus se alejó siguiendo al primarca. Kor Phaeron soltó una risita húmeda y burbujeante y fue tras él en una persecución algo más lenta, con las articulaciones de la armadura de exterminador chirriando.



VEINTICINCO
SEGUNDA OLEADA
CAMBIOS
TRAICIÓN

Era la batalla que iniciaba la guerra.

La Depresión Urgall había quedado asolada bajo las botas y las orugas de los tanques de incontables millares de guerreros astartes y las divisiones blindadas de sus legiones. Los primarcas leales estaban en donde la batalla se desarrollaba de forma más encarnizada: Corax, de la Guardia del Cuervo, volaba por encima con unas alas negras integradas en un retrorreactor que soltaba lenguas de fuego; lord Ferrus, de los Manos de Hierro, estaba en el corazón del campo de batalla con sus manos plateadas destrozando a cualquier traidor que se le pusiera al alcance, a la vez que perseguía y arrastraba de vuelta a los que intentaban huir; y finalmente Vulkan, de los Salamandras, cubierto con un blindaje de placas superpuestas y con el trueno retumbando en su martillo de guerra, golpeaba las armaduras enemigas y las hacía pedazos como si fueran de porcelana.

Los primarcas traidores mostraban la misma imagen que sus hermanos: Angron, de los Devoradores de Mundos, abriéndose paso con un abandono salvaje blandía sus hachas sierra a derecha e izquierda sin fijarse mucho en los guerreros que aparecían ante él; Fulgrim, de los desgraciadamente llamados Hijos de Emperador, riéndose mientras desviaba los golpes de los guerreros de los Manos de Hierro sin detener sus movimientos gráciles ni un momento; Mortarion, de la Guardia de la Muerte, en un desagradable eco de un antiguo mito terrano, cosechando vidas con cada pasada

mortífera de su guadaña.

Y Horus, el señor de la guerra del Imperio, la mayor y más brillante estrella de los hijos del Emperador, estaba allí de pie observando la destrucción mientras sus legiones luchaban en el campo, satisfecho en su fortaleza que se elevaba en el extremo más alejado del barranco. Protegido tras los escudos y todavía oculto a la vista de sus hermanos que seguían haciendo la guerra en nombre del Emperador, los labios de Horus nunca se quedaban quietos: daba continuamente órdenes a sus ayudantes, que se las transmitían a los guerreros en la batalla. Tenía los ojos entornados mientras miraba la carnicería que se producía un nivel por debajo, orquestada y guiada por su propia voluntad.

Al fin, por encima de esa vorágine de ceramita chirriante, cañones de tanques resonantes y bólters rugientes, las cañoneras, las naves de desembarco y los transportes de ataque de la segunda oleada cruzaron la atmósfera en una estela de fuego creada por unos propulsores a pleno rendimiento. El cielo se oscureció porque el débil sol quedó eclipsado por diez mil sombras con alas, y el rugido de alegría que soltaron los lealistas fue suficiente para estremecer el mismísimo aire.

Los traidores, las ensangrentadas y machacadas legiones leales a Horus, empezaron la retirada sin dudarlo un momento.

Argel Tal observaba todo esto desde la cabina de la *Sol Naciente* mientras la Thunderhawk iba descendiendo con los motores aullando al pasar sobre los ejércitos en lucha. Una horda de naves de aterrizaje de los Portadores de la Palabra, con el color de sus cascos haciendo juego con el lóbrego tiempo de aquel mundo frío, se dirigió hacia los extremos del barranco.

—Ya estamos suficientemente lejos. Baja —le ordenó a Malnor, que era quien pilotaba.

—Como ordenes.

Las dos cañoneras carmesíes que había entre las líderes del grupo gris empezaron a planear hacia el suelo. El lugar elegido para aterrizar por los Portadores de la Palabra estaba cerca de una extensión de terreno que había utilizado la Guardia del Cuervo en el asalto inicial. El grupo de naves regias del color gris del granito tocó el suelo a la vez que sus gemelas negro carbón.

Sonaron impulsos de confirmación por la red de comunicaciones de los sitiados cuando los transportes de las legiones se posaron en la superficie del planeta. La

marea había cambiado en el último momento. Horus y sus rebeldes estaban en total retirada, volviendo a toda velocidad hacia la fortaleza.

Argel Tal caminó por la rampa de salida para hacer su primera inhalación del aire filtrado de Isstvan V. Era frío y tenía un toque a cobre, con el olor del barro aplastado y el humo siempre presente de los tubos de escape de los propulsores. Un examen rápido a través de las lentes oculares le proporcionó una vista panorámica de la batalla que se estaba desarrollando: las cañoneras semejantes a cuervos de los Amos de la Noche bajaban por un flanco y las máquinas de guerra de la Legión Alfa se acercaban por el otro. La fuerza principal de los Portadores de la Palabra reforzaba a ambas legiones hermanas a los dos lados de la depresión. Durante un momento breve que le levantó el ánimo, Argel Tal pudo ver el destello gris, marfil y oro que señalaba dónde estaba Lorgar dentro de la 1.ª Compañía.

Pero, de repente, el primarca desapareció, robado por la distancia, el humo y la presión de demasiadas cañoneras entre los dos puntos que ocupaban ambos.

Los Guerreros de Hierro habían tomado el terreno más elevado apoderándose del lugar de aterrizaje de los lealistas para fingir que iban a reforzarlo con la construcción de búnkeres de plastiacero prefabricado. Unas enormes naves de transporte dejaron caer los elementos de construcción en el campo de batalla. Unas pesadas armazones de metal fueron soltadas desde los cargueros que volaban a baja altura. Cuando las plataformas golpearon la superficie y se fijaron en el suelo, los guerreros artesanos de la IV Legión se pusieron manos a la obra y las aseguraron, reforzaron y acabaron de convertirlas en unas bases artilladas construidas en tiempo récord. Empezaron a elevarse torretas por centenas alrededor de la instalación mientras hordas de servidores lobotomizados avanzaban lentamente desde las bodegas de las naves de transporte de los Guerreros de Hierro, decididos en su intento de conectar con las interfaces de los sistemas de armas.

Durante todo ese tiempo, Perturabo, primarca de la IV Legión, observaba con orgullo desapasionado. Llevaba tantas capas de ceramita que cualquiera diría que se trataba del blindaje de un tanque, y los servomotores que chasqueaban y crujían en sus articulaciones anunciaban hasta el más mínimo movimiento en su cuerpo.

Ocasionalmente dedicaba una breve mirada a los representantes de las otras legiones que se mezclaban con sus guerreros y saludaba con la cabeza a los capitanes de los Portadores de la Palabra y de los Amos de la Noche que compartían sus bastiones defensivos. Ese gesto de la cabeza decía miles de cosas si se unía a la mirada

penetrante del primarca: sin mostrar ni un ápice de respeto, reconocía su presencia y los avisaba de que se ocuparan de sus asuntos. «Os dejaré permanecer aquí como vuestros primarcas han ordenado siempre y cuando no interfiráis», decía claramente su actitud. Los Guerreros de Hierro no necesitaban que nadie se metiera en sus cosas. Todo el tiempo traqueteaban los sonidos de la industria de la guerra: se elevaban más las estructuras de las bases de combate, se construían almenas y los cañones defensivos zumbaban cuando apuntaban hacia abajo, a la llanura central.

Argel Tal y Xaphen llevaron a los Gal Vorbak lejos de las Thunderhawk, a través de aquel estatuario de cañoneras estacionadas y de las barricadas elevadas por las siluetas metálicas de los Guerreros de Hierro. El terreno tembló levemente bajo las botas de los astartes cuando los portadores de la palabra obedecieron la orden de Argel Tal de cerrar filas y seguirlo. Miles de guerreros esperaban su señal, las compañías y los capítulos reconocibles por los estandartes sujetos en lo alto.

Más atrás en la misma línea, después de las masas imponentes de los tanques de los Guerreros de Hierro y los astartes reunidos, Argel Tal distinguió la figura cubierta por una capa del primer capitán Sevatar y la élite de su 1.ª Compañía, los Atramentar. Las cadenas de bronce envolvían su armadura uniendo las armas a sus puños mientras los Amos de la Noche se preparaban para la señal que llegaría de un momento a otro.

—Vamos a ser el yunque —dijo Xaphen por el comunicador a los portadores de la palabra reunidos que esperaban junto a las barricadas—. Nosotros somos el yunque, mientras que nuestros hermanos van a formar el martillo que caerá. El enemigo vendrá hacia nosotros exhausto, empuñando sus bólters vacíos y sus espadas rotas, creyendo que nosotros vamos a relevarlos. Los Manos de Hierro se han condenado a sí mismos al permanecer en el campo, pero podéis ver a los supervivientes de dos legiones que se acercan a nosotros ahora: los Salamandras y la Guardia del Cuervo. Debemos contenerlos el tiempo suficiente para que nuestros hermanos los aniquilen desde los flancos y la retaguardia.

Argel Tal ya no estaba escuchando. Observaba la batalla que se dividía y al desafiante contingente de los Manos de Hierro rodeando a su primarca en el corazón del campo de batalla. La justa indignación que los mantenía ahí haría que cayeran pronto, antes que los demás.

El verde bosque de ceramita de los Salamandras formaba una masa en retirada que se abría paso hacia la parte alta de la colina, donde estaban las barricadas de los Guerreros de Hierro, mientras que las gastadas armaduras negras de los guerreros de

la Guardia del Cuervo se acercaban hacia la fuerza unificada de los Amos de la Noche y los Portadores de la Palabra. Las unidades desperdigadas de los lealistas estaban empezando a recuperar la cohesión reuniéndose alrededor de los sargentos con los estandartes mientras marchaban hacia la pendiente.

Argel Tal tragó algo que sabía como sangre envenenada. No podía parar de salivar.

Raum, llamó en silencio, pero no hubo respuesta. En un raro momento de claridad se dio cuenta de que podía sentir el viento contra la piel. No era una sensación localizada de presión contra las placas de su armadura, sino que lo notaba por todas partes: una leve ráfaga de viento contra la carne, como si su armadura de batalla hubiera desarrollado nervios capaces de reconocer sensaciones externas. Empezaron a dolerle las manos de nuevo, y esta vez el dolor le trajo algo distinto: una sensación de hinchazón, de alargamiento de la carne de su propio cuerpo, que se estaba volviendo tan maleable como la arcilla con el quebradizo crujido del hueso que aún estaba en su interior.

Varios círculos de marcación de objetivos que él no había activado empezaron a girar ante sus ojos, parpadeando por las lentes azules en busca de una presa.

Por debajo de ellos, los guerreros de la Guardia del Cuervo marchaban por miles subiendo hacia la elevación del terreno. Ni uno solo de ellos había escapado de la batalla que se desarrollaba abajo con la armadura intacta. A pesar de la distancia, la visión de Argel Tal era lo bastante aguda para distinguir cómo los guerreros marchaban con los bólters colgando, sin munición, y los juramentos del momento reducidos a trozos de pergamino quemados y ondeando al viento.

—Sesenta segundos —gruñó por el comunicador.

—A sus órdenes —corearon tres mil guerreros que formaban en filas a su lado.

Dagotal se sentó en su sillín y observó por encima de las barricadas. El motor impulsor montado sobre el chasis de la motocicleta a reacción zumbaba al ritmo de sus movimientos, gimiendo más alto cuando el conductor se inclinaba hacia adelante para mirar a los guerreros de la Guardia del Cuervo en retirada que se estaban acercando.

Su tarea era bordear los extremos de la batalla acabando con cualquier rezagado que quisiera escapar del combate principal. Aunque sólo cinco de sus exploradores habían sobrevivido a la transición de los Gal Vorbak tantos años atrás, los que quedaban estaban a su lado acelerando los motores, preparándose para lo que les

habían ordenado hacer.

Parpadeó para apartar el sudor ardiente de sus ojos, respirando en jadeos trabajosos e intentando ignorar la voz que aullaba en su mente. El dolor de la garganta había ido creciendo en intensidad cada hora hasta el punto de que tragar saliva le causaba un daño espantoso. En esos momentos, incluso respirar le costaba. El veneno le goteaba hirviente por la barbilla desde las glándulas salivales, que no dejaban de trabajar. El veneno ácido sobresalía por encima de sus dientes inferiores cada pocos segundos, y ya no podía soportar tragárselo para eliminarlo.

—Treinta segundos —avisó Argel Tal.

Dagotal empezó a murmurar sílabas sin sentido con voz húmeda mientras el ácido empezaba a derramarse por la rejilla hacia la boca de su casco.

Torgal pulsó con el pulgar una runa de control en el mango de su hacha sierra para cambiar los ajustes de tejido blando a placas de armadura. Una segunda capa de dientes más gruesos apareció junto a la primera. Lo cierto era que un arma de sierra siempre tendría problemas para conseguir algo más que arrancar la pintura de las capas de ceramita, pero sí podía traspasar con facilidad las articulaciones de fibras de las armaduras o los cables de energía no protegidos.

Durante una hora había estado llorando sangre, aunque no sentía pena ni ninguna otra emoción. Si hubiera podido quitarse el casco, Torgal estaba seguro de que tendría regueros escarlata manchándole las mejillas en esos instantes, oscureciéndole la piel con la permanencia de un tatuaje. Cada vez que parpadeaba, sus conductos lacrimales expulsaban ese fluido sanguinolento y a la vez acuoso que le resbalaba por la cara. Cuando movió la lengua dentro de la boca, ésta se deslizó por una mandíbula de dientes irregulares que le hicieron algunos cortes en ella. Llegó a notar el sabor metálico durante escasos segundos, los pocos que necesitaron los cortes para sanar.

Sangre, espesa y oscura, goteaba de las articulaciones de los nudillos de su guantelete pegándole los dedos al mango del hacha. No podía abrir la mano. Le era imposible soltar el arma por mucho que lo intentara.

—Veinte segundos —dijo Argel Tal.

Torgal cerró los ojos para aclarárselos parpadeando, pero no pudo volver a abrirlos.

La respiración de Malnor se oía a través de su comunicador. Un coro de voces lo asaltó, y durante un breve momento creyó que estaba oyendo a todos los que había conocido alguna vez en su vida. Sentía un temblor en los huesos que era incapaz de evitar.

—Diez segundos —llegó la voz de Argel Tal—. Preparaos.

La cabeza ladeada de Malnor se volvió hacia las hileras de guerreros de la Guardia del Cuervo que avanzaban. Los marcadores de distancia cruzaron rápidamente por la pantalla retiniana, y parpadeó al reconocer los símbolos de las escuadras en las hombreras.

Malnor sonrió y agarró su bólter con más fuerza.

—Hermanos —se oyó una voz—. Aquí el capitán Torisian, de la 29.ª Compañía de la Guardia del Cuervo.

En la vanguardia de los astartes, un capitán cubierto por una capa levantó la mano para saludar. Llevaba un bólter sin munición en el muslo y un gladio brillaba en su mano izquierda. La capa del capitán, que una vez había sido de un azul regio, no era más que una ruina hecha jirones. Argel Tal levantó la mano en respuesta y habló por el comunicador:

—Aquí Argel Tal, señor de los Gal Vorbak de la Legión de los Portadores de la Palabra. ¿Cómo va la batalla, hermano?

El líder de la Guardia del Cuervo rió mientras se acercaba.

—Esos perros traidores ya han huido del campo, pero luchan como leones todos y cada uno de ellos. En el nombre de Terra, es una bendición que hayáis llegado. Nuestro primarca nos ha ordenado que vayamos a reabastecernos porque lord Corax es un hombre muy generoso. No quiere quedarse con toda la gloria en este día tan señalado.

Argel Tal casi podía ver la sonrisa en la voz del otro guerrero mientras continuaba:

—Que tengáis buena caza ahí abajo. ¡Gloria a los Portadores de la Palabra! ¡Gloria al Emperador!

El comandante de los Gal Vorbak no respondió. Los astartes de la Guardia del Cuervo ya estaban casi en las barricadas. Sintió que los músculos se le tensaban y se estremecían por la necesidad tanto tiempo pospuesta.

—¿Hermano? —le preguntó Torisian. La armadura del capitán era una vieja Mark III, la armadura de hierro, pesada y recia, casi primitiva comparada con las armaduras de la clase Maximus que llevaba la XVII Legión—. ¿Cuáles son vuestros planes de asalto?

Argel Tal inspiró y se preparó para pronunciar su condenación.

Sin saber por qué, no podía dejar de pensar en las palabras que le había dicho Lorgar tanto tiempo atrás: «Eres Argel Tal. Naciste en Colchis, en el poblado de Singh-Rukh, hijo de un carpintero y de una costurera. Tu nombre significa "el último ángel" en el dialecto de las tribus de las estepas del sur».

Pensó brevemente en sus padres, que ya llevaban muertos doscientos años. Nunca había visitado sus tumbas. Ni siquiera estaba seguro de dónde se hallaban.

Su padre había sido un hombre callado de ojos amables al que se le había encorvado la espalda por una vida entera dedicada a su oficio. Su madre era una mujer que parecía un ratoncito, con ojos oscuros y pelo negro peinado con los rizos propios de las tribus meridionales. Sonreía mucho. Ése era el recuerdo más duradero de ella que tenía.

Qué lejos estaba, en distancia y en tiempo, de la cabaña de barro y paja al lado del río. Casi sentía el agua en sus manos ahora, fría al tacto, aunque el opresivo sol colchisiano le arrancaba miles de destellos.

Tenía cuatro hermanas mayores, tan lejanas y muertas como sus padres. Ellas lloraron cuando la legión vino a buscarlo, aunque en aquel momento él no entendió por qué. Todo lo que él veía era la aventura, la alegría de ser elegido por los guerreros santos. La más joven, Lakisha, sólo un año mayor que él, le había dado un collar hecho de dientes de perro del desierto que había confeccionado ella misma. Lo sintió en ese momento, atado alrededor de su muñeca, donde lo anudaba todos los amaneceres al levantarse y tras completar sus meditaciones. La cuerda original se había podrido y desintegrado hacía tiempo, pero él enhebraba los dientes de chacal en un cordón nuevo cada cierto tiempo.

Su hermana mayor, Dumara, se había pasado toda la vida diciéndole que no era bueno para nada más que para ponerse en medio. Pero aquel día no tuvo palabras de reproche; en vez de eso le trajo una manta de lana de cabra para que se la llevara con él.

—No la necesitará —dijo el enorme guerrero gris con voz metálica.

Dumara se apartó abrazando la manta contra su pecho. No se la entregó al niño,

pero le dio un beso en la mejilla. Ella también estaba llorando. Recordaba cómo sus lágrimas le habían humedecido la cara, y esperó que el guerrero no pensara que era él el que estaba llorando. Tenía que parecer valiente por si el guerrero cambiaba de opinión y decidía no elegirlo, después de todo.

—¿Cómo se llama el niño? —preguntó el guerrero.

Su madre lo sorprendió respondiendo con una pregunta:

—¿Cómo os llamáis vos, guerrero?

—Erebus. Me llamo Erebus.

—Gracias, lord Erebus. Éste es mi hijo, Argel Tal.

Argel Tal. «El último ángel». Había nacido pequeño y enfermizo un año en el que hubo plagas y sequía, y se le puso un nombre que lo señalara como el último hijo que su madre traería a su mundo seco y sediento.

—Perdonadme —susurró ahora. No pretendía decir las palabras en voz alta, pero no se arrepintió de haberlo hecho.

—¿Hermano? —sonó de nuevo la voz de Torisian—. Repite, por favor.

Los ojos grises de Argel Tal se endurecieron para convenirse en piedras.

—A todos los portadores de la palabra —dijo—. ¡Abrid fuego!



VEINTISÉIS
MASACRE EN LA ZONA DE DESEMBARCO
BRECHA EN EL CASCO
BAJO LA SOMBRA DE GRANDES ALAS

Torisian echó a un lado de un empujón el cuerpo de su sargento y avanzó trastabillando. El contador de munición del visor se encendió en el mismo momento que tocó el bólter con la mano, y lo que le reveló fue catastrófico. Desenvainó su cuchillo de combate en mitad de la matanza atronadora y se lanzó a la carga.

—¡Victoria o muerte! —gritó, rugiendo el lema de su legión—. ¡Nos han traicionado! ¡Al ataque!

Los proyectiles de bólter le acribillaron el pecho y las hombreras mientras corría. Los impactos le hicieron perder el equilibrio y le destrozaron la armadura. Sufrió daños con mayor rapidez de lo que podían mostrar los indicadores del visor. Torisian sintió cómo la garganta se le llenaba de fluidos. Una humedad densa empezó a ahogarlo en el interior de la caja torácica.

El cegador rayo azul le impactó tras salir de la nada. La descarga, más brillante que el propio sol, lo derribó de nuevo al suelo. Fue allí donde murió, junto a tantos de sus hermanos, partido por la mitad por los disparos de cañón láser. Las heridas acabaron con él antes de que se ahogara en la sangre que le llenaba los pulmones.

Las filas de vanguardia de la Guardia del Cuervo cayeron igual que si hubieran sido segadas, formando una línea de proyectiles de bólter detonados, de piezas de armaduras destrozadas y de nubecillas de sangre vaporizada.

Los astartes de armadura negra cayeron de bruces y de rodillas, y ya en el suelo

fueron aniquilados por las ráfagas continuadas de disparos. Las andanadas remataron a los que habían caído bajo la tormenta inicial de impactos en la cabeza y en el pecho. Pocos segundos después de que comenzaran los disparos de bólter, los rayos cegadores de los cañones láser surgieron de la retaguardia de los Portadores de la Palabra, de las monturas de armas de los Land Raider, de los Predator y de las torretas blindadas defensivas y atravesaron a los guerreros de la Guardia del Cuervo y el suelo que pisaban.

Argel Tal apenas vio nada del resto de la batalla. Los rayos de color azul hielo y gruesos como su brazo pasaban siseando por encima de la cabeza para luego abrir grandes surcos en el terreno tras atravesar los cuerpos de sus objetivos. Los Gal Vorbak se encontraban a su lado, en silencio, empuñando las espadas y las hachas. Los guerreros de hierro y los portadores de la palabra que los rodeaban se dedicaban a recargar los bólters para seguir disparando o a arrojar granadas antes de prepararse para retroceder.

Argel Tal lo vio todo con los ojos entrecerrados desde el centro de aquella tormenta. El canal de comunicación con Torisian se mantuvo abierto el tiempo suficiente como para que oyera morir al capitán de la Guardia del Cuervo. Le llegaron los gorgoteos sin palabras a través del comunicador mientras Torisian se desplomaba en el suelo.

Kor Phaeron se pasó la lengua por los dientes amarillentos.

El viento aullaba alrededor de ellos, encajonado a lo largo de la Depresión Urgall, hasta quedar convertido en un retumbo rugiente que desafiaba al tronar de la batalla por la supremacía sonora. Era un viento sucio, que llevaba consigo el humo de las entrañas de los motores de los tanques.

—No logro ver nada. Están demasiado lejos —confesó por fin.

La Legión de los Portadores de la Palabra había tomado posiciones en el oeste del campo de batalla después de aterrizar, con la intención de hacer girar sus líneas y atacar a la Guardia del Cuervo por el flanco. Eran tres las figuras que se encontraban sobre el techo cargado de detalles decorativos de un tanque de mando. El blindaje gris y bronce del Land Raider estaba cubierto de banderas ondeantes y de escritura fina como un cabello que ocupaba todas las superficies visibles.

Kor Phaeron, el Maestro de la Fe, contempló la zona de desembarco con los ojos entrecerrados y una expresión de esfuerzo en el rostro. No llevaba puesto el casco, y

la enorme armadura de exterminador le confería un aspecto de gigante encorvado cubierto de placas de blindaje.

Erebus se encontraba a su lado, y él sí era capaz de verlo todo sin esfuerzo gracias a su visión de astartes, que le ofrecía una claridad más que suficiente.

—Estamos ganando. Es lo único que importa —declaró el capellán. Tan sólo un leve atisbo de emoción en los ojos delató su estado de ánimo. Erebus era un individuo frío hasta el tuétano—. Pero los guardias del cuervo ya están asaltando las barricadas. En el otro flanco, los salamandras están cayendo bajo las armas de las otras legiones. En el centro, los pocos manos de hierro que quedan con vida rodean a su señor, que está condenado.

Lorgar se alzaba por encima de ambos, pero no prestaba atención alguna a las traidoras andanadas iniciales que caían sobre los guardias del cuervo y sobre los salamandras. Miraba fijamente al corazón del campo de batalla, con los ojos abiertos de par en par a pesar del fuerte viento y los labios ligeramente entreabiertos mientras contemplaba cómo sus hermanos se mataban entre sí.

Fulgrim y Ferrus. El sol poniente relucía en los filos de las armas que blandían. El viento se llevaba el estruendo y el clamor de las armas al chocar, pero el duelo era fascinante incluso envuelto en ese silencio. Sólo los sentidos de un primarca podrían haber seguido los movimientos fluidos, casi instantáneos, de aquel enfrentamiento. La perfección del combate casi logró que Lorgar sonriera.

El primarca los conocía, aunque no tan bien como él hubiera querido. Sus intentos de establecer un cierto contacto con Fulgrim siempre habían sido rechazados con una elegancia diplomática, pero los sentimientos de su hermano eran más que evidentes. Lorgar era el error que, de todos los hijos del Emperador, no se había mantenido en segundo plano. Fulgrim no había querido saber nada de él ni siquiera después de los cincuenta años que habían pasado desde la humillación que habían sufrido en Monarchia, incluso después de que los Portadores de la Palabra hubieran sometido más planetas que ninguna otra legión en un intento desesperado por igualar el número de mundos incorporados al Imperio por parte de los Ultramarines y de los Hijos de Horus. El señor de los Hijos del Emperador, quien se mostraba tremendamente orgulloso de que sus astartes fueran los únicos que podían mostrar el aquila del Emperador en la armadura, jamás había pronunciado en alta voz su disgusto, pero los sentimientos de Fulgrim eran más que evidentes. Era un ser que lo único que valoraba era la perfección, y Lorgar había quedado salpicado de forma irremediable por sus

fallos.

Ferrus, el señor de los Manos de Hierro, era un libro abierto frente a la cerrazón de Fulgrim. La pasión de Lorgar siempre estaba en la superficie, lo mismo que la pasión que embargaba a su legión en el campo de batalla. Ferrus contenía su furia bajo una fachada de dignidad, pero no la enterraba en absoluto, y le pedía lo mismo a sus guerreros. Mientras Ferrus atesoraba los momentos que había pasado en Terra trabajando en la forja, dándole forma al metal para crear armas dignas de sus hermanos semidioses, Lorgar había preferido encerrarse en el propio palacio para debatir sobre filosofía, historia antigua y la naturaleza humana con Magnus y los cortesanos, consejeros y visires más inteligentes del Emperador.

Lo más parecido a una conversación en la que hubieran estado de acuerdo no era precisamente un recuerdo que mereciera el calificativo de fraternal. Lorgar había acudido a reunirse con Ferrus en su forja. El primarca de los Manos de Hierro estaba trabajando en la creación de algo peligroso, destinado sin duda a convertirse en un arma de combate. Era lo único que parecía ser capaz de crear.

Lorgar sabía que esa idea era bastante mezquina, así que había intentado suavizarla.

—Cabe preguntarse si serías capaz de forjar algo que pudiera crear en vez de destruir.

Se esforzó por sonreír, con la esperanza de que la acusación careciera de todo veneno, mientras esperaba incómodo bajo el tremendo calor que salía del horno de fundición.

Ferrus lo había mirado por encima del hombro de piel oscura, se había quedado observando unos momentos a su filosófico hermano, y no le había devuelto la sonrisa.

—Cabe preguntarse si tú serías capaz de forjar algo que realmente mereciera la pena.

El rostro dorado de Lorgar se contrajo y su sonrisa quedó petrificada, carente de toda sinceridad o afecto.

—¿Me has llamado?

—Sí, lo he hecho —le contestó Ferrus al mismo tiempo que se apartaba del yunque.

Tenía el pecho desnudo y salpicado de marcas minúsculas de quemaduras. Había cientos de ellas que le cubrían la piel oscura, provocadas por las chispas y los

goterones de metal fundido. Era toda una vida de trabajo en la forja, y las lucía sobre la piel quemada como si fueran medallas.

—He forjado algo para ti —añadió con su voz baja y retumbante de siempre.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No voy a llamarlo «rescate» porque mis guerreros no lo aceptarían, pero debo estarte agradecido por la «ayuda» que nos disteis en Galadon Secundus.

—No me debes nada, hermano. Vivo para servir.

Ferrus soltó un gruñido, como si dudara incluso de eso.

—Tómatelo como quieras. Aquí tienes mi forma de darte las gracias.

La legión de Ferrus, los Manos de Hierro, tenía ese nombre en honor al propio primarca. Los brazos de Ferrus eran completamente metálicos, pero no se trataba de unos implantes robóticos, sino que estaban formados por un compuesto alienígena de plata orgánica. Lorgar jamás le había preguntado a su hermano sobre su peculiar biología, a sabiendas de que Ferrus tampoco se lo explicaría.

El primarca forjador se acercó a una mesa y agarró un arma larga con firmeza. Sin decir ni una sola palabra, la lanzó en dirección a Lorgar. El portador de la palabra la atrapó en el aire con una sola mano, aunque descubrió que era más pesada de lo que él se esperaba, y torció el gesto ante el esfuerzo suplementario que necesitó.

—Se llama *Illuminarum* —le dijo Ferrus, que ya estaba de vuelta al trabajo en el yunque—. Procura no romperla.

—No… no sé qué decir.

—Pues no digas nada. —Empezó a sonar de nuevo el retumbar rítmico de una mano convertida en martillo contra el acero—. No digas nada y déjame a solas. Eso nos ahorrará cualquier intento torpe de mantener una conversación cuando no estamos de acuerdo en nada y no tenemos nada más que compartir que una sensación de incomodidad.

—Como quieras.

Lorgar le sonrió de forma forzada a la espalda de su hermano y se marchó sin decir nada más.

Ésa era la cercanía que tenía respecto a Fulgrim y a Ferrus.

Lorgar los contempló a ambos con una expresión sobrecogida que le hacía palidecer el rostro mientras sus armas tronaban y chasqueaban una contra la otra provocando chorros de chispas procedentes de sus respectivos campos de energía.

—¿Qué es lo que hemos hecho? —susurró—. Son mis hermanos.

Kor Phaeron mostró su desacuerdo con un gruñido sin palabras antes de hablar.

—Muchacho, ¡ordena el ataque! Debemos apoyar a Argel Tal y a los Guerreros de Hierro.

—Pero ¿qué estamos haciendo? ¿Por qué lo hemos hecho así?

Erebus no frunció el entrecejo, ya que se contenía demasiado como para mostrar un gesto semejante, pero Kor Phaeron exhibía sus sentimientos con mucha más facilidad. El primer capitán prácticamente gruñó las palabras y les arrebató toda amabilidad.

—Lorgar, traemos la luz a la galaxia. Para eso naciste.

Erebus se volvió para mirar al primarca.

—¿No es una sensación grandiosa, mi señor? Me refiero a ser el arquitecto de todo eso, al ver cómo los planes tan cuidadosamente trazados dan fruto.

Lorgar no apartó la mirada, no fue capaz de apartar sus ojos del duelo que estaban librando sus hermanos.

—Esto no ha sido idea mía, y lo sabes tan bien como yo. No finjamos que yo tengo alguna habilidad a la hora de organizar matanzas y traiciones a esta escala.

Los labios de Kor Phaeron se curvaron en lo más parecido a una sonrisa.

—Me concedes demasiado mérito por esto.

—Lo tienes merecido. —La mano cubierta con un guantelete apretó con fuerza el astil de *Illuminarum*, y entrecerró los ojos con un leve temblor cada vez que un golpe caía sobre la armadura negra de Ferrus—. Se está cansando. Fulgrim va a matarlo.

Kor Phaeron dio unos pasos adelante con una serie de chirridos de servomotores de la armadura y puso una mano engarfiada en el brazo de su hijo adoptivo.

—No dejes que eso te apene. Lo que debe ser, debe ser.

Lorgar no se quitó la mano de encima, y tanto Erebus como Kor Phaeron consideraron aquello una pequeña victoria. El retraimiento de Lorgar los había agotado bastante, y hacían falta grandes dosis de paciencia y de sutileza para incitarlo a la violencia. Llevaban planeando aquella batalla desde hacía años, y no estaban dispuestos a permitir que lo estropeara todo con un ataque de compasión mal entendida. Kor Phaeron se sintió lo bastante seguro como para continuar hablando.

—La verdad es desagradable, muchacho, pero es lo único que tenemos.

—Muchacho. —En la sonrisa de Lorgar no había alegría alguna—. Tengo más de doscientos años y estoy a punto de poner de rodillas el imperio de mi padre… y tú me

sigues llamando muchacho. A veces, eso me reconforta, y otras es un peso que llevo colgando al cuello.

—Lorgar, eres mi hijo, no del Emperador, y lo que le traes a la humanidad es la esperanza.

—Ya basta —le replicó el primarca, y esta vez sí que se quitó de encima la mano de Kor Phaeron—. Vamos. Acabemos ya con esto.

Lorgar alzó el crozius hacia el cielo.

Era la única señal que necesitaban. Miles de portadores de la palabra rugieron de aprobación a su espalda cuando su señor los condujo a la batalla.

La guerra en la superficie ya no le interesaba en absoluto.

Mantenerse con vida sí, pero ésa había sido siempre su preocupación principal. Era algo de lo que había sido consciente en todo momento, y por eso era tan bueno en ello. Sin embargo, tuvo que admitir que se había convertido en un asunto apremiante y bastante más difícil de conseguir.

Ishaq jamás se había visto inmerso en una batalla espacial, y esperaba no volver a pasar por aquella experiencia. La nave se estremecía como si estuviera atrapada por las garras de una tormenta, y temblaba con una agresividad beligerante que desafiaba todo lo que podía haber esperado. Apenas era capaz de dar dos docenas de pasos sin verse derribado con una violencia que le lastimaba las rodillas y lo hacía prorrumpir en siseos de dolor acompañados de complicadas imprecaciones insultantes, que consistían en unir tres maldiciones en una sola invectiva. Cuando Ishaq Kadeen blasfemaba, lo hacía con mucho sentimiento, aunque lo que decía no tuviera sentido alguno.

La mitad de la situación problemática en la que se encontraba se debía a que estaba perdido, y la otra mitad a que se había perdido en lo que se llamaba en broma «la cubierta monástica», donde los siervos de la legión y los portadores de la palabra se dedicaban a atender su asuntos de héroes y de esclavos de héroes. Al principio, le había parecido buena idea colarse en aquel sitio. Había tenido la esperanza de conseguir buenas imágenes de las cámaras de entrenamiento de los astartes, o de armaduras a la espera de ser reparadas, o enormes filas de armas que mostraran la tremenda escala de la guerra que libraban las legiones del Emperador. Todas aquellas posibilidades habrían sido imágenes personales, privadas y excelentes de la Gran Cruzada que se veían en muy escasas ocasiones y que le habrían proporcionado un

enorme empujón profesional. Robar la túnica gris con capucha de la legión no había representado ningún problema. Hasta los esclavos con voto de silencio tenían que lavar la ropa.

Había empezado bien. Luego empezó la batalla, y fue entonces cuando se perdió.

Por suerte, no había ningún portador de la palabra a bordo, ya que todos estaban participando en el combate que se libraba en la superficie del planeta. Los siervos de la legión con los que se cruzó caminaban con paso apresurado cumpliendo sus tareas, pero no fueron demasiados en su conjunto. Era evidente que tenían otras ocupaciones cuando sus señores iban a la guerra. Ishaq no tenía ni idea de qué podría tratarse.

—¡Escudos sobrecargados! —gritó una voz por el comunicador general de la nave, a la que acompañaron una serie de temblores especialmente horribles—. ¡Escudos sobrecargados! ¡Escudos sobrecargados!

Bueno, eso no sonaba nada bien.

Dobló tambaleándose una esquina al mismo tiempo que las luces parpadearon en el techo. Al otro lado había un largo pasillo del que salían ramales que conducían hacia otras profundidades de aquel laberinto interminable. Vio en el extremo del corredor una compuerta blindada con varias capas gruesas de metal. Ya se había encontrado con varias de ellas, y aunque estaba prácticamente seguro de que llevaban a las partes más interesantes de la cubierta, Ishaq ni siquiera iba a intentar cruzarlas. Un solo examen retinal fallido indicaría su posición dentro de la nave a las unidades del ejército que permanecían a bordo, y lo único que conseguiría sería una ejecución rápida. Por supuesto, recordaba muy bien cuál era el castigo por bajar a aquellas cubiertas.

Además, los eucharianos estaban demostrando ser todo un problema. Las escuadras de soldados patrullaban los pasillos con los rifles pegados al pecho y preparados, y aunque era inmune a sus miradas, ya que la capucha de la túnica le cubría prácticamente toda la cara, hacían que fuera difícil tomar pictografías, eso en el caso de que encontrara por fin algo interesante.

Ishaq ya se estaba planteando una retirada táctica cuando la nave volvió a estremecerse, pero con tanta fuerza que cayó al suelo tras perder por completo el equilibrio. Se deslizó unos metros y acabó golpeándose la cabeza contra la pared de metal. Le dolió lo bastante como para dejarlo aturdido, y lo bastante aturdido como para que ni siquiera se le ocurriera soltar unas cuantas blasfemias.

Aquel olvido quedó enmendado unos cuantos segundos después, cuando una voz

automática recitó por el comunicador una lista de cubiertas con mamparos perforados. La lista llegó a su clímax cuando dijo: «Cubierta dieciséis, brecha en el casco, sellado de compuertas. Cubierta dieciséis, brecha en el casco, sellado de compuertas».

En un momento de un disgusto casi poético, Ishaq alzó la mirada y vio el gran XVI grabado en la pared contra la que se había golpeado la cabeza. Tenía incluso unas cuantas manchas de su propia sangre.

—No puede ser —dijo en voz alta.

—«Cubierta dieciséis, brecha en el casco, sellado de compuertas» —repitió la voz con el mismo tono monocorde salpicado de chasquidos.

—Ya te oí la primera vez.

La nave se estremeció de nuevo, y el sonido inconfundible de varias explosiones resonó a unas cuantas esquinas de donde él se encontraba. Del extremo más alejado del pasillo comenzaron a salir volutas de humo.

El mundo de Ishaq se vio reducido al brillo rojo de las luces de emergencia. En el mejor de los casos, estropearía todas las pictografías que tomara. En el peor, y era el que parecía más probable, estaba a punto de morir.

Argel Tal echó hacia atrás las garras. La sangre que las cubría desapareció en el interior del metal curvado, que la absorbió con la misma sed que el suelo del desierto se bebía el agua de lluvia. Soltó un gran aullido hacia el cielo mientras avanzaba a empujones. Apartó a patadas a los astartes heridos y despedazó a todos los guerreros de la Guardia del Cuervo que se pusieron a su alcance. Las espadas se partieron contra su armadura, y sintió cada impacto de un modo extraño, amortiguado. Notó los cortes igual que si hubieran atravesado la superficie de la armadura, pero no lo hacían sangrar, no le causaban ningún dolor.

Espada izquierda peligro mata.

Las advertencias se manifestaban con una presión y un cosquilleo detrás de la frente, y era algo a mitad de camino entre una voz, una premonición y una corriente instintiva. No estaba seguro de si Raum lo estaba avisando o si era él quien avisaba a Raum. Las dos voces eran iguales, y sólo era responsable de la mitad de sus movimientos. Cuando lanzaba un golpe de barrido, la garra aceleraba el movimiento e impactaba con más fuerza de la que él jamás hubiera logrado imprimir. Detenía los mandobles enemigos, pero antes de que tuviera tiempo de pensar nada más, la otra mano ya se había cerrado sobre la garganta de su oponente.

Giró la cabeza hacia la izquierda y captó el olor metálico de la hoja de la espada que bajaba hacia él, el reflejo del sol a lo largo del filo sin ni siquiera mirar…, y Argel Tal alargó un brazo para matar a su atacante. Las garras del portador de la palabra rasgaron el torso del guerrero, y el guardia del cuervo se desplomó de inmediato, con la armadura destrozada y parte de la placa pectoral arrancada. Argel Tal notó que los dedos le ardían mientras absorbían la sangre de su hermano. La boca que sonreía bajo la placa facial del casco estaba manchada de rojo por la sangre que le salía de la lengua.

En todas las batallas que había librado a lo largo de su vida había sentido desesperación bajo la ferocidad del momento. Bajo la furia justa siempre yacía una conciencia frenética sobre el mejor modo de sobrevivir, incluso en esos momentos de ataques casi suicidas, cuando había encabezado a decenas de sus hermanos a la carga contra centenares de enemigos. Dejó a un lado esa conciencia por sobrevivir mientras sus garras destrozaban las armaduras y los rostros descubiertos de los guerreros de la Guardia del Cuervo que lo rodeaban.

—¡Traidor! —le gritó uno de los guardias del cuervo.

Argel Tal le contestó con un rugido, y la ceramita de su casco se abrió para dejar a la vista unas fauces irregulares antes de saltar contra el guerrero. El astartes murió en el suelo, blando ya por la sangre derramada, completamente despedazado por las garras articuladas de Argel Tal.

Captó de un modo apenas consciente una risa retumbante que resonaba por el comunicador. En un momento concreto de aquella vorágine atemporal e insensata, Xaphen les gritó a todos:

—¡Los Gal Vorbak se han liberado por fin!

—No —le replicó Argel Tal con una certeza rugiente, desconociendo por qué lo sabía—. Todavía no.

Le arrancó el casco a un guardia del cuervo y miró burlón el rostro agonizante del guerrero enemigo.

—Bestia… corrupta… —le espetó el astartes con voz ahogada.

Argel Tal vio su propio reflejo en los ojos de su oponente. Su casco negro rugió, con el ojo izquierdo todavía rodeado por un sol dorado. La rejilla bucal se abrió para dejar al descubierto unas fauces monstruosas de ceramita y hueso, y las lentes ópticas de cristal azul dejaron caer un reguero de sangre por la placa facial pintada.

Argel Tal hundió las garras en el cuerpo del guerrero y notó el cosquilleo de la

sangre que absorbía mientras arañaba los huesos y los órganos del guardia del cuervo.

Tiró con fuerza y el astartes quedó despedazado entre sus manos, convertido en una serie de trozos ensangrentados.

—*No hay paz* entre las estrellas —dijo sin estar seguro de si estaban hablando las dos voces al mismo tiempo o simplemente se estaba imaginando una de ellas.

»*Tan sólo la risa* de los dioses sedientos de sangre.

Todos los Gal Vorbak aullaron al mismo tiempo mientras miraban a su alrededor en busca de nuevas presas. Se lanzaron a perseguir a los guerreros de la Guardia del Cuervo que intentaban reagruparse y plantar cara a aquella traición increíble a la que habían tenido que enfrentarse de repente. Argel Tal fue el que aulló con más fuerza de todos, pero el bramido no tardó en morir en su garganta.

Una sombra, una sombra con grandes alas, eclipsó el sol.

El suelo murmuró cuando se posó sobre él. Las garras salieron de las vainas de los puños de combate con una serie de destellos plateados, y las alas centelleantes de metal negro se alzaron por encima de sus hombros. Con lentitud, con una tremenda lentitud, alzó la cabeza y miró a los traidores. Unos ojos negros los observaron desde un rostro que era más blanco que el propio mármol imperial, y en los rasgos pálidos de ese rostro se reflejaba la furia más absoluta, más completa, que jamás hubiera visto Argel Tal. Era una emoción más profunda y verdadera que la furia que desfiguraba los rostros de los demonios de la disformidad.

Argel Tal se dio cuenta de que aquello no era en realidad furia, ni rabia. Aquello iba más allá. Aquello era la ira encarnada en una forma física.

El primarca de la Guardia del Cuervo atacó con un grito inhumano y movió las alas de cuchilla que llevaba fijadas al retrorreactor humeante de manera que lanzaran tajos a su alrededor con sus mortíferos filos. Los portadores de la palabra que lo rodeaban cayeron en masa convertidos en montones de carne ensangrentada cubierta por restos de armadura. Luego atacó con las garras, que atravesaron a cualquiera de los guerreros grises que hubiera tenido la mala fortuna de estar cerca del punto donde había aterrizado el primarca.

Una vez se puso en movimiento, Corax no se detuvo en ningún momento. Se convirtió en un borrón de armadura color carbón y de garras negras que cortaba, partía y desmembraba sin esfuerzo alguno. Era capaz de mutilar incluso con el más mínimo movimiento, y mataba con una facilidad que ocultaba la tremenda ferocidad

que lo embargaba.

Los disparos de cañón láser comenzaron a caer en andanadas hacia el primarca cuando los guerreros de hierro giraron las torretas defensivas en dirección a la amenaza más grave que tenían a su alcance. Los portadores de la palabra que se vieron atrapados bajo la lluvia de rayos láser murieron con la misma inevitabilidad que los que caían bajo las garras de Corax. Sin embargo, los disparos de los cañones salían desviados de la armadura del primarca. Ninguno la perforó directamente, y tan sólo le dejaron unas tremendas marcas de quemaduras que no llegaron a penetrar.

Las voces de los portadores de la palabra moribundos se convirtieron en un coro disonante por el comunicador.

—¡Ayudadnos! —le gritó uno de los capitanes a Argel Tal.

El señor Carmesí arrojó a un lado al último guardia del cuervo que había matado, cuyo cuello crujió de una manera muy satisfactoria mientras lo estrangulaba, y ordenó a los guerreros del Gal Vorbak que se lanzasen a la carga. Al hacerlo, su casco se abrió de lado a lado en un rugido feroz, pues su rostro ya no le pertenecía.

A pesar de que el grito había quedado reducido a una expresión de pura malignidad, los Gal Vorbak lo entendieron y lo obedecieron de inmediato. El primero en llegar a la altura de Corax fue Ajanis, y el primarca de la Guardia del Cuervo lo despedazó sin ni siquiera volverse hacia él. Un chorro de llamas del retrorreactor abrasó la armadura de Ajanis y lo detuvo lo suficiente como para que las alas de cuchilla le atravesaran el torso mientras Corax se volvía para enfrentarse a otros enemigos. Los demás portadores de la palabra de armadura carmesí se lanzaron contra el primarca, pero sus ataques no consiguieron más de lo que habían logrado sus hermanos de gris.

Moriremos bajo la sombra de unas grandes alas, le dijo la voz de su interior.

Lo sé.

Argel Tal se lanzó al ataque para morir a manos de un semidiós.

Lorgar titubeó, y en ese momento bajó su crozius. La cabeza ornamentada de la maza estaba cubierta de sangre, de sangre de la Guardia del Cuervo. Era la misma sangre que corría por las venas de su hermano.

Los proyectiles de bólter estallaron al impactar contra la armadura de Lorgar, pero el calor y las explosiones no le provocaron daño ni reacción alguna. Al igual que los portadores de la palabra se esforzaban por resistir ante Corax, del mismo modo los

guerreros de la Guardia del Cuervo que retrocedían morían a decenas luchando contra el poder destructivo y desapasionado que Lorgar había desatado entre sus filas.

La cabeza de Lorgar se vio empujada de repente hacia atrás cuando un proyectil de bólter le impactó en el casco. La fuerza del golpe afectó a los circuitos de las lentes ópticas y deformó la ceramita. Se sacó el metal deformado de delante de la cara y mató a su atacante de un solo mandoble de *Illuminarum*. El golpe lanzó al guardia del cuervo por encima de las cabezas de sus hermanos que se retiraban y se estrelló contra el suelo entre ellos.

—¿Qué ocurre? —Kor Phaeron apareció al lado del primarca, con las garras tan cubiertas de sangre como el crozius del primarca—. ¡Adelante! ¡Sus filas ya están rotas!

Lorgar apuntó con el crozius al otro lado del campo de batalla. Corax estaba atravesando con ferocidad las filas de los Gal Vorbak, desgarrando sin piedad los cuerpos de los guerreros carmesíes.

—¿A quién le importa la cobardía de ese albino? —le replicó Kor Phaeron echando espumarajos por la boca al hablar—. Concéntrate en la lucha que importa.

Lorgar hizo caso omiso del tono agresivo y ácido de las palabras de su padre, lo mismo que de los escasos proyectiles que llegaban a impactarle contra la armadura. La Guardia del Cuervo aprovechó el impagable respiro que le supuso la pausa en el avance asesino del primarca y se retiró ante él como una marea negra dejando la alfombra de muertos atrás, a los pies de Lorgar.

—No lo entiendes —le contestó el primarca a gritos por encima del estruendo—. Mi hermano no está huyendo. Ha volado hasta el punto donde es más encarnizado el combate y está abriendo un pasillo hasta sus cañoneras al mismo tiempo que atrae el grueso del fuego enemigo para que sus hijos puedan escapar.

Erebus apareció como un borrón gris de movimientos mortíferos, derribó de un tremendo golpe a un sargento de la Guardia del Cuervo y lo mató con el siguiente golpe, que le hundió el cráneo.

—Mi señor… —La armadura del primer capellán estaba ennegrecida por el chorro de fuego de un lanzallamas. Las articulaciones todavía le humeaban—. Por favor, concentraos.

Lorgar tomó en una mano el casco deformado. El comunicador todavía estaba activado y oyó los débiles gritos de los moribundos.

—Está matando a tantos de mis hijos…

El casco cayó al suelo cuando lo soltó. Empuñó la maza con los dos guanteletes de metal y apretó los dientes con la misma fuerza.

—No —susurró, pero su convicción era absoluta.

El rostro de Kor Phaeron era un amasijo de heridas, y a pesar de todos los implantes potenciadores que llevaba en el cuerpo, jadeaba con una respiración ronca. Librar la batalla le estaba costando un esfuerzo terrible. Cruzó la mirada con Erebus durante un momento, y ambos intercambiaron una expresión parecida a la irritación.

—Vuestros actos en este campo de exterminio ya están determinados. —Erebus le habló casi como si le estuviera impartiendo un sermón—. No debéis enfrentaron todavía a vuestros hermanos. Está escrito. Nosotros debemos cumplir con nuestra parte, y es lo que el panteón desea.

—Acaba… con… la… Guardia… del… Cuervo —le gruñó Kor Phaeron con los labios ensangrentados—. Para eso estás aquí, muchacho.

Lorgar dio un paso adelante y lanzó una mirada despreciativa que alcanzó tanto a su mentor como a su padre adoptivo.

—No.

Kor Phaeron lanzó un grito de ira frustrada. Erebus mantuvo la compostura.

—Os habéis esforzado durante decenios para organizar un ejército de fieles, mi señor, toda una legión que moriría defendiendo vuestra causa. No os desviéis del camino ahora que ya por fin poseéis lo que habíais soñado.

Lorgar les dio la espalda y primero contempló a los guerreros en retirada de la Guardia del Cuervo, y después a Corax, que seguía abriéndose paso provocando una matanza entre los portadores de la palabra a los que se enfrentaba, unos con armaduras grises y otros con armaduras carmesíes.

—Hemos encontrado unos dioses a los que adorar —les dijo, mirando hacia adelante sin parpadear—. Pero no somos sus esclavos. Mi vida es asunto mío.

—¡Te matará! —le gritó Kor Phaeron. La voluminosa armadura de exterminador no le permitía correr, pero bajo aquella rabia y aquel pánico se escondía un miedo y una pena verdaderos—. ¡Lorgar! ¡Lorgar! ¡No!

Lorgar echó a correr. Las botas retumbaron contra la tierra removida y los cadáveres de la legión de su hermano. Por primera vez en su vida, iba a enfrentarse en un combate que no tenía ninguna esperanza de ganar.

—Mi muerte también es asunto mío —musitó mientras corría.

Vio a su hermano, un individuo con el que apenas había hablado a lo largo de dos

siglos de vida, alguien a quien apenas conocía, y vio que estaba destrozando a sus hijos con una rabia feroz. No cabía posibilidad alguna de conversión. No había esperanza de convencer a Corax para que se uniera a ellos, o de iluminarlo lo suficiente como para cesara aquella enloquecida matanza. Lorgar sintió que su propia rabia salía a la superficie y acababa con la forma de matar desapasionada que había empleado hasta ese momento. También notó el poder que bullía en su interior mientras se abría paso a golpes entre la Guardia del Cuervo para alcanzar a su hermano, y cómo ese poder ansiaba liberarse.

Siempre había contenido su potencial psíquico. Lo había ocultado y lo había odiado en igual medida. Era algo poco fiable, errático, inestable y doloroso. Para él nunca fue el don beneficioso que parecía ser para Magnus, y por ello lo había enterrado y encerrado tras una muralla de determinación firme e implacable.

Eso se había acabado. Un aullido de liberación surgió escapando no por sus labios, sino de su mente. El eco de ese grito resonó por todo el campo de batalla, por todo el vacío. De la armadura salió una lluvia de chispas de energía, y su sexto sentido, libre por fin, con una pureza quizás teñida por el Caos, brotó de la parte más profunda de su ser. Un sonido semejante al del choque de las mareas en el Mar de las Almas atravesó todo el desfiladero, y Lorgar sintió manifestarse el calor de su propia furia. Notó que ese poder sin restricciones salía no sólo para reforzar su propia forma física, sino también la de sus hijos por todo el campo de batalla.

Y allí, en el centro de aquel campo de exterminio, se irguió con unas alas y una aureola de tentáculos amorfos de fuego psíquico para gritar el nombre de su hermano en mitad de la tormenta.

Corax le respondió con otro grito. La llamada del traidor y el aullido del traicionado, y el cuervo se enfrentó al hereje con un choque de crozius contra garras.

—Éste es el grito de los dioses que los dos hemos estado esperando —le dijo la voz.

Argel no fue capaz de responderle. El dolor que le atravesaba todas y cada una de las células de su cuerpo era más que suficiente como para que deseara matarse a sí mismo. Comenzó a desgarrarse el casco y la garganta, y notó cómo le ardían los dedos con su propia sangre a medida que se arrancaba trozos de armadura de la carne y trozos de carne de los huesos.

No luches contra la comunión.

Una vez más, hizo caso omiso de la voz. No conseguía morir, por mucho que lo

intentaba. Una de las garras curvadas le desgarró la carne del cuello, y con ella se llevó la mitad de la clavícula. Se infligió heridas semejantes a cada segundo que pasaba, pero no se moría. Manoteó contra la zona de la armadura y del escudo óseo que protegían a sus dos corazones en un intento frenético por satisfacer la necesidad que sentía de arrancárselos del pecho.

Ascensión… Comunión…

La sombra alada desapareció del campo visual de Argel Tal, y el cielo por encima de él quedó iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

«Estoy vivo», pensó mientras se destrozaba a sí mismo, mientras se arrancaba un puñado de pedazos de órganos todavía humeantes del interior del pecho destrozado, mientras aplastaba hasta reventarlo su corazón primario. «No morí bajo la sombra, y ahora no puedo destruirme a mí mismo».

Este dolor te privará de la cordura. ¡Déjame ascender!

A pesar de un dolor agónico como nadie jamás había sufrido o al que nadie había conseguido sobrevivir, todavía se produjo un breve instante de resistencia feroz en la guerra que se libraba detrás de los ojos de Argel Tal. Quería morir, caer en la nada, dejar de sufrir más corrupciones en su cuerpo. La conciencia que era Raum se encontró de repente encadenada a mayor profundidad todavía en el interior de un alma absolutamente decidida a no rendirse.

Yo nos salvaré, no nos haré daño. ¡Libérame!

El portador de la palabra perdió la concentración, pero no porque creyera las palabras del demonio, sino porque perdió por completo todas las fuerzas que le quedaban.

Argel Tal cerró los ojos.

Raum los abrió.

Una pezuña de hueso blanquecino, rodeada por una capa de ceramita que parecía moldeada para encajar en la extremidad, aplastó a un jadeante guerrero de la Guardia del Cuervo y lo hundió en el barro blando. Las grandes garras con numerosas articulaciones, semejantes a las ramas extendidas de un árbol sin hojas, se abrieron y cerraron, se abrieron y cerraron, y cada uno de aquellos dedos transformados lo remataba una enorme uña negra. La mayor parte de la armadura carmesí se había visto reforzada por crestas de hueso denso y espinas nudosas. Había adquirido una estatura mayor incluso que la de un astartes, pero no tanto como la de los primarcas que

estaban luchando a poca distancia de él.

Su casco estaba rematado con una majestuosidad pagana por unos grandes cuernos de marfil, y al quedar silueteado por el resplandor de los disparos de cañón, se asemejó al Tauro de Minos, un personaje procedente de la mitología terrana previa al Imperio. Las articulaciones de las patas estaban orientadas hacia atrás y mostraban una musculatura brutal por debajo de las placas de la armadura, y las grandes pezuñas dejaban unas huellas ardientes en el suelo. Su casco de astartes estaba rajado a la altura de las mejillas y de la rejilla bucal para dejar a la vista unas fauces de tiburón con una fila tras otra de dientes afilados que relucían con la ácida saliva transparente que los cubría.

El demonio inspiró profundamente y lanzó un rugido aullante contra las filas en retirada de la Guardia del Cuervo. Aquella terrible muralla de sonido impactó contra los astartes igual que la onda expansiva de un terremoto que se estuviera riendo de ellos. Decenas de guerreros cayeron de bruces al suelo.

El sol dorado que rodeaba la lente óptica izquierda del casco deformado era lo único que indicaba que aquella criatura había sido antaño un humano.



VEINTISIETE
UNA IMAGEN EN SU NOMBRE
SACRIFICIO
LA PESADA CARGA DE LA VERDAD

Ishaq se lanzó de cabeza hacia adelante de un salto y rodó por debajo de la compuerta antes de que se cerrara del todo. Fue menos arriesgado de lo que parecía, ya que las puertas de seguridad se tomaban su tiempo para cerrarse y quedar selladas. Sin embargo, con las sirenas aullando a plena potencia y las luces de emergencia tiñéndolo todo con su luz roja, era muy difícil pensar con claridad. No quería acabar arrastrado al vacío por una brecha en el casco, pero tampoco quería que lo sorprendieran en aquella zona cuando acabara la batalla. Tenía que irse, irse, irse.

Comprobó que el pictógrafo no se había roto y seguía de una pieza para luego echar a correr a toda velocidad en su desesperación por salir de una vez de aquella cubierta. Los pasillos laberínticos se lo hicieron imposible, y su tortuosidad se vio complicada todavía más por el hecho de que la mayoría de las señales de las paredes estaban escritas en colchisiano en vez de en gótico imperial.

«¿No he pasado ya por aquí?».

Un pasillo se parecía terriblemente al anterior y al siguiente. Oyó cómo a lo lejos se cerraban las compuertas estancas y los pasillos se derrumbaban a medida que la nave sufría más daños. Ya había atravesado varios corredores principales donde las paredes habían quedado reducidas a escombros esparcidos por el suelo, convertidas en amasijos de hierro negro y acero gris.

Comenzó a correr de nuevo. Cuatro hombres muertos lo esperaban al doblar la

siguiente esquina. Eran cuatro soldados eucharianos medio aplastados por una pared que había estallado hacia dentro antes de derrumbarse.

No. Eran tres muertos.

—Ayúdame —dijo el cuarto de los cuerpos.

Ishaq se quedó inmóvil y helado por la sorpresa mientras la nave se estremecía de nuevo a su alrededor. Si aquel soldado sobrevivía y luego lo identificaba, era hombre muerto por haber estado en la cubierta monástica.

—Por favor —le suplicó el individuo, que no dejaba de temblar.

Ishaq se arrodilló al lado del soldado y levantó parte de los restos que le cubrían las piernas. El euchariano gritó, y el imaginista entrecerró los ojos para intentar ver mejor en aquella oscuridad y descubrir el motivo. Parte de los restos le habían atravesado las piernas y el estómago, lo que lo había dejado inmovilizado contra el suelo. Así pues, después de todo, no podría ayudarlo. Para quitarle todo aquello haría falta un cirujano muy experimentado, e incluso en ese caso, habría pocas probabilidades de que se pudiera salvar al pobre infeliz.

—No puedo. Lo siento. No puedo. —Se puso en pie—. No puedo hacer nada.

—Pégame un tiro, estúpido cabrón…

—No tengo…

En ese momento vio el rifle del soldado, que se encontraba medio enterrado bajo los escombros. Tiró con fuerza y lo sacó. Intentó apuntar, pero otro estremecimiento de la nave casi lo derribó.

Apretó el gatillo. Clic, clic, clic…

—El seguro —gimió el soldado. La sangre comenzaba a encharcarse debajo de su cuerpo—. La palanca…

Ishaq movió una pequeña palanca que había en uno de los lados del rifle y apretó el gatillo. Jamás había disparado un arma láser, por lo que el destello chasqueante le llenó la visión de luces cegadoras, y tuvo que parpadear para enfocar otra vez al soldado. Ya estaba muerto, sin duda, puesto que la cabeza se la había vaciado contra la pared que tenía detrás. El pasillo estaba bloqueado por los escombros, así que Ishaq dejó caer el rifle, que chocó contra el suelo con un repiqueteo, y se dio la vuelta para salir por donde había llegado.

La compuerta de aquel extremo del pasillo se cerró con un chasquido que Ishaq hubiera jurado que sonaba satisfecho y que lo dejaba atrapado en aquel pasillo con cuatro cadáveres y un montón de escombros. Sólo había una puerta que saliera de ese

corredor, y estaba señalada con una especie de verso en colchisiano grabado sobre las paredes de cada lado.

Llamó con el puño, pero no recibió respuesta. La puerta estaba tibia al tacto, como si tuviera alguna especie de carga de energía, incluso como si la estancia que se abría al otro lado estuviera viva. Ishaq pulsó una serie de números sin sentido en el teclado y no consiguió absolutamente nada.

Finalmente, recogió el rifle láser del suelo y lo empuñó de nuevo. Luego cerró los ojos y abrió fuego contra el panel de seguridad. El teclado lanzó una lluvia de chispas antes de incendiarse, y la puerta situada en el corazón de la cubierta monástica se abrió con un susurro de aire liberado. La pestilencia que emanó de aquel lugar era repugnante por su origen biológico, ya que apestaba a cuerpos sin lavar y al hedor fecal de un encierro prolongado. Del interior de la cámara surgieron unas voces que dieron la impresión de ser transportadas por el propio aire. Musitaban y murmuraban, sin decir nada con sentido.

Ishaq se quedó inmóvil contemplando el interior de la estancia, incapaz de expresar con palabras lo que estaba viendo.

Su pictógrafo destelló. Por fin había encontrado una imagen con la que se haría un nombre.

Su hermano era un guerrero, un caudillo, y desde el primer momento en que chocaron sus armas quedó claro que Corax luchaba para matarlo, mientras que Lorgar peleaba para seguir con vida. El combate se desarrolló a una velocidad tan vertiginosa que ningún ojo mortal fue capaz de seguirla, y ambos primarcas se esforzaron más allá de lo que nadie había soportado nunca.

Corax esquivó el crozius sin necesidad de tener que detenerlo en ningún momento. Se echaba a un lado o hacia atrás hasta quedar fuera de su alcance, o activaba el retrorreactor para elevarlo por encima de los lentos ataques de su hermano. En contraste, el sudor cubría los ojos de Lorgar, que detenía con desesperación cada uno de los ataques de su hermano. La gran cabeza de combate de *Illuminarum* resonaba igual que la campana de un templo cada vez que desviaba los golpes de las garras de su hermano.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? —le gritó Corax a su hermano a la cara cuando sus armas se quedaron trabadas—. ¿Qué locura se ha apoderado de todos vosotros?

Lorgar consiguió destrabarse y empujó a Corax hacia atrás con la fuerza suficiente

como para que su hermano perdiera el equilibrio. El primarca lo compensó de manera inmediata y su retrorreactor lanzó un chorro de fuego que lo impulsó de nuevo contra Lorgar. Las alas con bordes de cuchilla aparecieron relampagueantes a sus lados, pero el primarca de los Portadores de la Palabra estaba preparado para ellas. Hizo caso omiso de las heridas leves que le produjeron cuando le atravesaron la armadura y se concentró en desviar las garras de Corax. Gracias al breve instante que consiguió con aquella maniobra, logró golpear por primera vez de verdad a su hermano. Corax salió despedido de espaldas cuando el crozius le impactó de lleno en la placa pectoral. El campo de energía que rodeaba la cabeza del crozius lo golpeó con la fuerza suficiente como para provocar una onda de choque que derribó a todos los astartes que se encontraban cerca de ellos.

En menos tiempo del que se necesitaba para tomar un aliento, Corax se puso en pie de nuevo y encendió el retrorreactor para lanzarse una vez más contra Lorgar.

—Respóndeme, traidor —le gruñó el señor de la guardia del Cuervo. Tenía los ojos oscuros entrecerrados ante la luz repugnante que emanaba de Lorgar—. Eres… eres una imitación patética de nuestro padre… con ese dorado psíquico.

Lorgar sintió que comenzaba a deslizarse hacia atrás sobre el barro, que las botas chirriaban contra la tierra pero no conseguían encontrar asidero a medida que su hermano lo empujaba cada vez con más fuerza. En esta ocasión no fue capaz de separar las armas, que habían vuelto a quedar trabadas, ya que Corax había rodeado el astil del Illuminarum con las dos garras, lo que quemaba tanto las manos de su hermano como el mango del crozius.

—Traigo la verdad a la humanidad —jadeó Lorgar.

—¡Estáis destruyendo el Imperio! ¡Estáis traicionando a vuestros propios hermanos!

El salvajismo en los ojos oscuros del primarca cuervo era algo que Lorgar jamás había visto o imaginado antes. Corax siempre le había parecido un individuo taciturno y carente de toda pasión. Aquel guerrero que aparecía bajo la fachada tranquila del albino era una revelación horrenda.

La punta de las garras, que no dejaban de chasquear debido a los campos de energía que las rodeaban, ya se encontraban a un dedo de la cara de Lorgar.

—Voy a matarte, Lorgar.

—Lo sé —le respondió éste con los dientes apretados al mismo tiempo que sentía cómo se le escapaban las fuerzas de los propios huesos—. Pero he visto lo que pasará.

He visto a nuestro padre convertido en un cadáver sin sangre sentado en un trono de oro mientras le grita al vacío durante toda la eternidad.

—Mentira. —Los ojos oscuros se entrecerraron un poco más, y los músculos pálidos del señor de la Guardia del Cuervo se tensaron cuando apretaron con más fuerza todavía—. Estás reduciendo el Imperio al caos. Estás destruyendo un orden perfecto.

En los ojos grises de Lorgar apareció una mirada chispeante a pesar de la tensión a la que estaba sometido su cuerpo.

—Lo opuesto al caos no es el orden, hermano, es el inmovilismo. Una inmovilidad absoluta, sin cambio… sin vida.

Lorgar soltó un último gruñido y cedió. Sus manos temblorosas ya no fueron capaces de mantener a raya las armas de su hermano.

—Ya no tardará —le prometió Corax con un siseo, y su saliva salpicó los ojos y las mejillas de Lorgar—. Aquí tienes la muerte que tanto te mereces.

Las garras llegaron al rostro de su hermano. El metal al rojo vivo cortó lentamente la piel dorada de Lorgar. Ennegrecieron centímetro a centímetro la carne a medida que le rajaban las mejillas. Incluso en el caso de que lograra escapar a la muerte, llevaría esas cicatrices hasta el día de su muerte. Lo supo, y no le importó.

El fuego psíquico que los envolvía a ambos centelleó con fuerza en respuesta al dolor de Lorgar. Corax cerró los ojos para protegerse de aquel brillo, y ese acto instintivo lo privó de una rápida victoria. Lorgar lo empujó de nuevo hacia atrás. Alzó a *Illuminarum*, preparado para golpear, pero un chorro de fuego humeante hizo ascender a Corax desde el suelo para abalanzarse de inmediato contra Lorgar desde arriba. El portador de la palabra apartó de un golpe la primera garra con tanta fuerza que destrozó por completo el guantelete. Las garras partidas salieron despedidas y cayeron entre los combatientes que los rodeaban, pero mientras eso ocurría, la otra garra le impactó de lleno.

Las cuchillas de un metro de largo atravesaron el abdomen de Lorgar, y las puntas asomaron centelleantes por la espalda a lo largo de la espina dorsal. Semejante herida no representaba gran cosa para un primarca. Lorgar comenzó a tambalearse sólo cuando Corax comenzó a tirar hacia arriba. Las garras cortaron y seccionaron el cuerpo de Lorgar de un extremo a otro.

Illuminarum se le escapó de entre los dedos al primarca empalado. Lorgar utilizó las manos libres para rodear la garganta de su hermano mientras éste lo destripaba.

—Por el Emperador —musitó Corax, sin mostrarse afectado por la débil presa de Lorgar.

El primarca de los Portadores de la Palabra estampó la frente contra la nariz de Corax y se la partió, pero con eso no consiguió liberarse. Corax no cedió ni un ápice a pesar de que un segundo, un tercero y un cuarto cabezazos destrozaron sus rasgos delicados.

—Pero nos mintió —le dijo Lorgar a través de unos labios de los que salía más sangre que palabras—. Nuestro padre nos mintió.

Las garras se retorcieron y chirriaron contra los huesos reforzados de Lorgar. Corax las sacó de un tirón y provocó con la salida más daños de los que había causado con el propio empalamiento. La sangre siseó y burbujeó a medida que se evaporaba sobre las cuchillas cubiertas por un campo de energía.

—Nuestro padre nos mintió —repitió Lorgar.

El primarca de los Portadores de la Palabra cayó de rodillas con las manos apretadas contra la carnicería en que se había convertido su abdomen.

Los ojos oscuros de Corax no mostraron interés alguno en aquellas palabras. Dio un paso para acercarse y alzó la garra para ejecutar a su hermano.

—Hazlo —le gruñó Lorgar.

El viento psíquico, el fuego neblinoso… todo se desvaneció. De repente se quedó con el aspecto que siempre había tenido: Lorgar, el decimoséptimo hijo, la imagen de su padre, el único de veinte hermanos que jamás deseó ser un soldado y que iba a morir allí, en mitad de un campo de batalla.

La desagradable ironía de todo aquello le cayó sobre los hombros, y le pareció grotesco. Era incapaz de mover las piernas. Su cuerpo era un templo dedicado total y completamente al dolor. Apenas lograba distinguir con la vista a su verdugo, ya que el tremendo esfuerzo psíquico lo había dejado tembloroso y con la visión borrosa por el dolor que lo atenazaba. Captó una silueta borrosa, y la imagen difusa de cuchillas como guadañas alzadas para un golpe de gracia.

—¡Hazlo! —le gritó a su hermano.

La garra cayó y chocó contra el metal.

Corax desvió la vista para mirar a unos ojos tan oscuros como los suyos y un rostro igual de pálido que su cara. Su garra chirrió al luchar contra un arma idéntica cuando las cuchillas de cada una de ellas intentaba vencer a su oponente. Una se esforzaba por

caer del todo y matar, y la otra se negaba a ceder en su defensa inexorable.

Mientras que el rostro del primarca de la Guardia del Cuervo mostraba una expresión feroz por el esfuerzo, la cara de su oponente mostraba una sonrisa. Era una mueca tensa y al mismo tiempo carente de toda alegría, la sonrisa propia de un cadáver cuando el rigor mortis se apodera del cuerpo.

—Corax —dijo el otro primarca.

—Curze —le replicó Corax, pronunciando su nombre como la maldición en la que se había convertido[1].

—Mírame a los ojos y contempla tu muerte —declaró el progenitor de la Legión de los Amos de la Noche.

Corax intentó separar su garra, pero el otro guantelete de Curze lo aferró por la muñeca.

—No, no —le dijo con una risa tan carente de alegría como su sonrisa—. No te vayas volando, cuervecito. Quédate. Tú y yo no hemos terminado todavía.

—Konrad, ¿por qué lo haces? —le preguntó Corax para distraerlo.

Curze hizo caso omiso de la súplica. Volvió sus ojos del color del vacío hacia Lorgar, que seguía de rodillas. En su rostro cadavérico quedó claro el desprecio que sentía hacia él.

—Levántate del suelo, maldito cobarde.

Lorgar se esforzó por hacerlo, y utilizó la armadura de color azul medianoche de su hermano para incorporarse. Curze hizo una mueca y le mostró los dientes afilados.

—Eres el debilucho más patético que jamás haya visto, Lorgar.

Corax no desaprovechó aquella conversación. Activó el retrorreactor y quemó las reservas de combustible para escapar de la presa de Curze. El primarca consiguió zafarse, liberar la garra y luego ascender rugiente hacia el cielo. El chorro del retrorreactor lo alejó de las risotadas cada vez más fuertes de Curze.

El señor de los Amos de la Noche se quitó de encima de una sacudida a Lorgar.

—Sevatar, el Cuervo va hacia vosotros para liberar a sus hombres —dijo por el comunicador.

Se oyeron sonidos de combate, disparos de bólter y el rugido de los motores de los tanques.

—Nos encargaremos de él, mi señor.

—Procurad hacerlo. —Curze empujó a Lorgar hacia los portadores de la palabra. La legión de gris se enfrentaba a los guerreros de negro alrededor de los dos

primarcas—. Ya estoy harto de ti, chico dorado. Ponte otra vez a matar astartes con tu bonito martillo.

La biología sobrenatural de Lorgar estaba regenerando los tejidos dañados a una velocidad increíble, pero el primarca seguía tembloroso y débil mientras alargaba la mano hacia su crozius, caído en tierra.

—Gracias, Konrad.

Curze escupió a los pies de Lorgar.

—La próxima vez te dejaré morir. Y como se te ocurra…

El amo de la noche se calló de repente y entrecerró los ojos negros al ver las figuras que se acercaron hasta quedar al lado de Lorgar. Sus armaduras eran de ceramita carmesí y de crestas óseas. Unas grandes garras, tanto armas metálicas como zarpas orgánicas con articulaciones, les sobresalían de unos brazos bestiales. Todos los cascos estaban rematados por cuernos. Todas las placas faciales estaban rasgadas por la mueca burlona y cadavérica de un demonio.

—Estáis algo más que podridos. —Curze les dio la espalda—. Estáis nauseabundos con vuestra corrupción.

Lorgar se quedó mirando cómo su hermano atravesaba las filas de los Portadores de la Palabra y de los Amos de la Noche para llegar de nuevo hasta la Guardia del Cuervo. No tardó en ver otra vez sus garras plateadas subir y bajar despedazando los cuerpos con armadura de sus enemigos.

Lorgar se volvió hacia los Gal Vorbak.

—Argel Tal —le dijo a uno de ellos con una sonrisa al reconocerlo de inmediato.

La criatura soltó un gruñido, impaciente por su ansia de derramar más sangre.

—Sí, mi señor —le contestó.

—Los guerreros que necesitaba —Lorgar murmuró aquellas palabras con el tono teñido de asombro—. Es evidente que los dioses os han bendecido. Id. Cazad. Matad.

Los Gal Vorbak se apartaron de su señor y se lanzaron de nuevo a la batalla con saltos y gruñidos. Argel Tal se quedó un momento, y una de sus garras de ceramita y hueso se cerró alrededor del brazo de Lorgar.

—Padre, no pude alcanzaros a tiempo.

—No importa. Sigo vivo. Buena caza, hijo mío.

El demonio asintió y lo obedeció.

Las cañoneras Thunderhawk con los colores de la Guardia del Cuervo y de los

Salamandras estallaron en la zona de aterrizaje cuando los guerreros de hierro apartaron sus armas de la matanza y tomaron como objetivo la única vía de escape que tenían los leales al Emperador.

A pesar de la ferocidad de la batalla, decenas de aquellas naves de transporte consiguieron despegar de nuevo. La mayoría no tardaron en caer de nuevo a tierra en barrena expulsando chorros de humo negro por los impactos de los rayos de los cañones láser en los sistemas de propulsión. Los guerreros de hierro dispararon una y otra vez con total impunidad, sin importarles en absoluto que las cañoneras derribadas se desplomaran sobre el campo de batalla, contra los combates que todavía se libraban. Los cascos en llamas de las naves astartes destruidas se estrellaban en mitad del fragor de la lucha y pulverizaban a los portadores de la palabra y a los amos de la noche con mayor frecuencia de la que caían sobre las escasas bolsas de resistencia de guardias del cuervo y de salamandras supervivientes.

Cuando los comandantes de las legiones se pusieron en contacto con ellos, los capitanes de los Guerreros de Hierro respondieron con unas risotadas que rozaban la traición.

—Todos sangramos hoy —le replicó uno de esos capitanes a Kor Phaeron—. Ten fe, portador de la palabra.

La comunicación se cortó, y lo último que se oyó fue el sonido de unas risas.

El tiempo dejó de tener significado para Argel Tal. Cuando no estaba matando, se estaba moviendo, cazando, buscando algo más que matar. Sus garras aniquilaban a cualquier guerrero de la Guardia del Cuervo que se pusiera a su alcance. Corax había diezmado terriblemente las filas de los Gal Vorbak antes de la oportuna intervención de Lorgar, pero quedaban suficientes hijos escogidos como para formar una manada feroz que dirigió a la legión y atravesó las líneas de un enemigo cada vez menos numeroso.

Había cambiado en la batalla. Ya no era la conciencia dominante. Había cedido parte del control a Raum, y aquella entrega parcial fue algo que ocurrió de un modo tan natural como respirar. Le pareció una simple función más de su nueva forma. El demonio que lo poseía sumaba fuerza incluso a los golpes más leves, y arrancaba trozos de carne a sus enemigos cuando a lo mejor Argel Tal sólo había querido agarrarlos. Todos y cada uno de sus movimientos fueron de alguna manera más frenéticos, ansiosos, empapados de sangre y de necesidades inhumanas. Rodeó la garganta de un guardia del cuervo con la intención de estrangularlo, pero las garras se

le hundieron en el cuello y lo engancharon por la espina dorsal. Todos sus movimientos eran más violentos de una forma instintiva y provocaban un mayor dolor en aquellos lo bastante estúpidos como para enfrentarse a él.

Muchos de los guardias del cuervo intentaron huir. Argel Tal los dejó vivir, ya que sabía que sus hermanos de armadura gris los abatirían con sus bólters. Fue todo un esfuerzo resistirse a la necesidad animal de perseguir a sus presas. Verlas huir era suficiente como para tensarle los músculos en su deseo de acosarlas, pero sabía cuál era su función en aquella guerra. Él era un guerrero, no un cazador.

Una conexión de la que no había sabido su existencia hasta ese momento se apagó y se enfrió, y sintió más que vio cómo moría Dagotal.

Todos estáis unidos. Bendecidos y unidos.

Un segundo de dolor, semejante al recuerdo de una vieja herida, y luego se apoderó de él una curiosa sensación de pérdida. Fue como si la tibieza del sol hubiera descendido a causa de un cielo gris. La sensación de frialdad pasó, pero la conciencia de la muerte de su hermano se le quedó grabada, tan helada como una piedra en su cráneo.

Ha muerto bajo el fuego.

La voz de Raum era un éxtasis al mismo tiempo que algo sin aliento. Una cascada de imágenes entrecortadas parpadeó en la mente de Argel Tal, y en ellas vio a Dagotal envuelto en fuego, rodeado por unidades de la Guardia del Cuervo equipadas con rifles lanzallamas. Lo cubrieron de aquel fuego corrosivo, una capa tras otra de ese acelerante químico sobre la armadura mutada, y todos sus enemigos mantuvieron una actitud estoica ante el increíble hedor que estaba provocando su muerte.

Las imágenes desaparecieron con otra serie de destellos, y Argel Tal dejó caer el cuerpo que acababa de estrangular. El ansia se apoderó de él inmediatamente. Era algo parecido a un hambre feroz, a una necesidad de saciarse, hasta el punto que le dolía físicamente si no comenzaba a buscar otra presa. Sabía que esa necesidad feroz sería la única emoción que él nunca nacido tendría jamás. Así era como funcionaban sus mentes, con un instinto brutal y abotagado.

El demonio se puso en marcha para saciar su nueva hambre.

Los temblores disminuyeron pero no llegaron a desaparecer. A pesar de ello, a Ishaq le pareció suficiente y lo agradeció. Las compuertas estancas que no eran esenciales habían comenzado a abrirse con lentitud. La luz roja que lo inundaba todo con su tono

lúgubre parpadeó antes de verse sustituida por la iluminación estándar. Supuso que el *De Profundis* se estaba alejando de la batalla por… alguna razón. ¿Para rearmarse? ¿Para reagruparse? Fuera lo que fuese, no lo sabía y no le importaba. Empezó a correr por los pasillos en cuanto oyó que la primera compuerta comenzaba a abrirse.

Muchas de ellas seguían cerradas para mantener selladas las secciones de la cubierta que habían quedado expuestas al vacío. Eso tampoco le importó. Ya no quería seguir explorando. Lo que deseaba era salir vivo de allí.

Le resultó curiosamente peor dejar de correr y caminar con normalidad al lado de las patrullas de infantería euchariana que serpentear entre los cadáveres que sembraban el suelo de algunos de los pasillos más dañados. Las escuadras eucharianas debían limpiar y despejar todo aquello, y él no les envidiaba la tarea. En varias ocasiones se cruzó con alguno de esos equipos y vio cómo reunían a los muertos y los metían en grandes bolsas. Se aseguró de que su rostro quedara bien oculto en todo momento bajo la capucha de la túnica de sirviente, y se esforzó todo lo que pudo en parecer que no les prestaba apenas atención.

Una vez logró salir de la cubierta monástica, se dirigió a la bodega, y librándose de la túnica en el camino. Siguió aferrando el pictógrafo en la mano, y lo hizo con tanta fuerza que otro aparato más barato y menos resistente ya se habría partido a esas alturas.

Las puertas se abrieron ante él y dejaron a la vista la bodega en toda su gloria, bulliciosa y sórdida. Los rememoradores y la tripulación habían acudido al lugar incluso en mitad de aquella batalla para beber y apostar y hacer todo lo que estuviera en sus manos para olvidarse unos momentos de la guerra que se estaba librando en el exterior. Lo cierto era que no podía culparlos. Él había hecho exactamente lo mismo en otras batallas de menor envergadura.

Se sentó con las manos temblorosas a una de las mesas. Una camarera que pasó por su lado le dejó una bebida que él no había pedido, y que tampoco habría tomado aunque hubiera estado de humor para beber. Tiró encima de la mesa las pocas monedas que le quedaban sin importarle que estuviera pagando de más. Lo único que necesitaba era estar rodeado de gente. De gente normal.

—Ishaq Kadeen, el imaginista. Tengo una copia de tu pictografía del *De Profundis*. Una obra magnífica, joven maestro.

Ishaq levantó la mirada y se encontró con los ojos cercados de oscuro del individuo que le hablaba. Reconoció al anciano de inmediato.

—Eres el astrópata. El astrópata del Occuli Imperator.

—Culpable de todos los cargos. Soy Absolom Cartik —le contestó el anciano al mismo tiempo que hacía una curiosa reverencia cortesana. Luego señaló una silla—. ¿Puedo sentarme?

El astrópata se tomó el gruñido de contestación de Ishaq como una respuesta afirmativa. El anciano parecía nervioso, lo mismo que la última vez que Ishaq lo había visto allí.

—Hace por lo menos dos semanas que no te veo por aquí. Se rumoreaba que habías renunciado por completo a este lugar.

—No encajo demasiado bien en este ambiente, pero de vez en cuando la tranquilidad me resulta asfixiante y siento la necesidad de estar rodeado de personas. —Cartik señaló a las paredes y tragó saliva—. Las batallas siempre me afectan.

—Conozco esa sensación. Lo siento, pero ahora mismo no es que sea una compañía muy agradable —le contestó Ishaq.

El astrópata lo miró con expresión fija e imperturbable.

—Estás pensando en voz muy alta.

La sangre desapareció por completo del rostro de Kadeen.

—¿Me estás leyendo la mente? —Se levantó con tanta rapidez que hasta se mareó —. ¿Eso es legal?

El astrópata hizo un gesto despreocupado con la mano para tranquilizarlo.

—No sería capaz de leer una mente del modo que normalmente se imagina todo el mundo. Digamos que lo que ocurre es que estás emitiendo tus emociones con una gran intensidad. Lo mismo que cualquiera vería que estás riendo o llorando, y por la expresión de tu cara sabría lo que estás sintiendo, yo soy capaz de captar la inquietud que te embarga. No veo detalles, sólo que… es muy fuerte —terminó de explicarle sin mucha convicción.

—No es precisamente lo que necesito ahora mismo. En absoluto.

—No pretendía molestarte.

Ishaq se sentó. La nave se estremeció bajo los disparos enemigos, lo suficiente como para que se derramaran las copas de los clientes. La mayoría fingió no notarlo, y unos pocos se rieron con nerviosismo, como si todo aquello formara parte de una aventura.

—¿Puedo preguntarte si estás preparando alguna otra obra maestra? —le preguntó el anciano, e Ishaq miró de reojo el pictógrafo.

—Es posible. Mira, lo siento, pero tengo que irme. —Cerró los ojos con fuerza, pero cuando los abrió, todo tenía el mismo aspecto que antes—. Ya no me apetece quedarme por aquí, y como no voy a beberme esto, considéralo un regalo.

Deslizó el vaso sobre la mesa, y cuando Cartik lo tomó, rozó con los dedos los nudillos del imaginista. El anciano casi se levantó de un salto, como si le hubieran propinado una tremenda patada, y de repente dio la impresión de que se encontraba tan mal como el propio Ishaq.

—¡Por el Trono…! ¿Qué… qué es lo que has visto? —tartamudeó.

—Nada. Nada de nada. Adiós.

La mano engarfiada de Absolom Cartik agarró la muñeca del joven con toda la tenacidad de la garra de un ave depredadora.

—Dónde… viste… eso.

—Te digo que no he visto nada, viejo cabrón chiflado.

Sus miradas se cruzaron.

—En realidad quieres contestarme a esa pregunta —le dijo Cartik con voz suave.

—Lo vi a bordo de la nave.

—¿Dónde?

—En la cubierta monástica.

—¿Tienes imágenes grabadas? ¿Pruebas de lo que viste?

—Sí.

Cartik le soltó la muñeca.

—Ven conmigo, por favor.

—¿Qué? Ni hablar.

—Ven conmigo. El Occuli Imperator debe saber lo que has visto. Si te niegas, te garantizo una cosa: el custodio Aquillon te matará por el simple hecho de haberlo intentado mantener en secreto. Matará a todos los que han mantenido en secreto algo así.

Las luces de emergencia se activaron de nuevo y atenuaron la claridad del ambiente. Se oyeron una serie de quejas por toda la bodega, y la nave retembló cuando los motores alcanzaron su máxima potencia. Volvían a la batalla.

—Iré… iré contigo.

Absolom Cartik sonrió. Era un individuo feo, y la edad no lo había ayudado en ese aspecto, pero le mostró el tipo de sonrisa paternal y tranquilizadora que se quedaba en el recuerdo de cualquier familia durante muchos años.

—Sí. Me pareció que lo harías —le dijo el anciano.



VEINTIOCHO
CONSECUENCIAS
LA SANGRE ES VIDA
UNA BIENVENIDA FUERA DE LO CORRIENTE

Encontró a Dagotal después de la batalla.

Lo primero que vio fue la motocicleta a reacción de su hermano, desconectada y medio enterrada en la tierra de la Depresión Urgall. No se había estrellado. La habían abandonado allí. La había abandonado cuando se produjo la mutación, abandonado para poder correr y matar con sus garras.

Siguió avanzando y pasó por encima de los cadáveres de los guardias del cuervo, todos con el símbolo blanco de su legión cubierto de barro o destrozado por los disparos de las potentes armas que habían acabado con ellos. Se encontró con un guerrero que todavía vivía, y oyó la respiración jadeante que salía por la rejilla de su placa facial. Argel Tal alargó una garra y la cerró alrededor del cuello del guardia del cuervo. Apretó la armadura por su punto más débil y acabó con la vida del guerrero al partirle las vértebras con un suave chasquido.

No se produjo un flujo de endorfinas provocadas por un ansia satisfecha de forma momentánea. La conciencia de Raum se diluía en la mente de Argel Tal con cada minuto que pasaba, con la misma pérdida inevitable de la arena al escaparse entre los dedos. Al desvanecerse el demonio, los instintos y las emociones de Argel Tal reaparecieron en su mente. En vez del ansia de sangre y de aquellos apetitos antinaturales, se sintió vacío, utilizado, y muy, muy cansado.

Su sombra se extendía ante él, aunque con una forma irregular debido a los

montones de cadáveres sobre los que se proyectaba. De su casco sobresalían unos grandes cuernos retorcidos. Su cuerpo era una pesadilla de crestas óseas que sobresalían y de placas de ceramita carmesí. Sus piernas eran… No tenía palabras para describirlas. Estaban articuladas del mismo modo que los cuartos traseros de una bestia, de un león o de un lobo, y estaban rematadas por unas enormes pezuñas negras. La armadura le cubría una parte de esas extremidades, por lo que tenía la apariencia de una criatura sacada de una mitología impía.

Argel Tal apartó la vista de su sombra. En su garganta resonó un gruñido húmedo, profundo y gorgoteante. Ese olor… Olisqueó el aire dos veces. Le resultaba familiar. Sí.

Avanzó a grandes zancadas y dejó que su sombra cayera sobre otros cuerpos. Allí estaba. Dagotal. Era una criatura ennegrecida que emanaba el olor a sangre hervida y a carne convertida en cenizas. A su alrededor había montones de piezas de armaduras grises y rojas, lo que convertía a sus restos quemados en una estatua situada en el centro de un grupo de portadores de la palabra muertos. Muy a lo lejos todavía se oía el tableteo de los bólters. ¿Por qué? La batalla ya se había acabado. Quizás se trataba de la ejecución de prisioneros. No importaba.

Seguía imbuido de parte de la percepción inhumana de Raum, por lo que captó como otros se acercaban. Todos ellos se parecían a Argel Tal de un modo u otro. Malnor era una criatura brutal que no dejaba de estremecerse, ya que su inmensa musculatura se veía sacudida por espasmos de un modo frecuente. Torgal caminaba encorvado y tenía la placa facial convertida en una cara rugiente que carecía de ojos. Argel Tal supo sin necesidad de preguntarlo que Torgal estaba ciego. Quizás se orientaba mediante el olor y el sonido, pero sin duda cazaba utilizando la conciencia demoníaca que captaba la presencia mortal cerca de él. En vez de las garras que la mayoría de los Gal Vorbak mostraban, los brazos de Torgal estaban rematados por unas largas cuchillas óseas levemente curvadas, como las cimitarras de antaño. Los filos de ambas hojas estaban cubiertos por unos gruesos dientes desiguales, lo que demostraba que antes habían sido sus espadas sierra.

Quedaban once guerreros del Gal Vorbak con vida. Corax había matado más de dos docenas, y sus cuerpos desmembrados estaban esparcidos por toda la zona como manchas rojas sobre los restos grises. En el fragor del combate le había resultado fácil dejarse llevar por la percepción de Raum y dejar a un lado el dolor palpitante de la muerte de sus hermanos. Sin embargo, en aquel momento, en aquel anochecer

amargo, era mucho más difícil pasar por alto su ausencia. Su pérdida le dejó una sensación gélida.

A medida que pasaban los minutos, Argel Tal sintió la pequeña presencia callada del demonio, completamente agotado. Raum no había desaparecido, ni estaba realmente lejos. El demonio dormitaba, y su peso frío intentaba calentarse dentro de la mente del portador de la palabra.

Los horribles cambios que habían sufrido su cuerpo y su armadura comenzaron, por fin, a desaparecer. La ceramita chasqueó y las grietas se sellaron. Las protuberancias óseas se ocultaron bajo la piel, absorbidas por los mismos huesos que las habían creado. Tal y como le había prometido Ingethel, no fue un proceso indoloro, pero los Gal Vorbak ya habían pasado por el fuego de aquel tormento particular. El dolor simplemente era dolor, y ellos habían sobrevivido a sufrimientos mucho peores. Unos cuantos gruñeron a medida que los cambios desaparecían y sus cuerpos astartes volvían a un estado original, pero nadie dejó escapar un quejido mientras los huesos crujían y los músculos se reformaban.

Sin embargo, los habían visto. Los guerreros de otras legiones los habían visto durante y después de la batalla, y todos mostraron su repugnancia de muy distintas formas. Los Amos de la Noche parecieron especialmente remisos a acercarse a los guerreros del Gal Vorbak. Arel Tal se aproximó a Sevatar, y el capitán se quitó el casco para poder lanzar un escupitajo de saliva ácida a los pies del portador de la palabra. Los Hijos de Horus, la legión del propio señor de la guerra, estuvieron más dispuestos a acercarse a ellos y a hablar de las transformaciones. Argel Tal no estaba muy dispuesto a contarles nada al respecto, pero Xaphen, que era el que más estaba tardando en recuperar su forma de astartes, pareció muy ansioso por iluminar a los Hijos de Horus sobre el futuro que les esperaba a los guerreros elegidos de los dioses.

Argel Tal esperó durante una hora a que sus huesos dejaran de crujir, pero la sensación de alivio que lo invadió fue máxima cuando por fin logró abrir los sellos de la gorguera y se quitó el casco.

El campo de batalla apestaba a humo de motor y sangre genéticamente alterada, pero él no sintió nada más que el viento que le acariciaba la cara por primera vez después de tantas semanas.

Las pisadas de unas botas que caminaban con paso firme y pesado sonaron a su espalda. Supo quién era sin necesidad de darse la vuelta.

—¿Cómo se siente uno?

—Fuerte. Puro. Lleno de justicia. Pero luego, frío, vacío, violado. —Argel Tal se volvió para mirarlo a los ojos—. Siento al demonio ahora mismo en mi interior, debilitado y dormitando. Incluso después de saber que ese cambio se producirá y se desvanecerá en oleadas como ésta, no se parece a nada que pueda describir. Me siento intranquilo al saber que ocurrirá de nuevo, pero también siento impaciencia por ello. Yo… carezco de las palabras adecuadas para hacerle justicia a algo así.

—Os vimos combatir —le dijo el otro—. Sin duda, sois los «hijos bendecidos».

Argel Tal suspiró mientras disfrutaba del aire del planeta en vez del oxígeno filtrado de la armadura.

—Me comporté de un modo despreciable antes de la batalla, mi señor. Os pido vuestro perdón.

La sonrisa de Erebus no llegó a aparecer en sus labios, pero en sus ojos apareció una calidez momentánea llena de sinceridad.

—Ya no soy tu señor.

Argel Tal apartó la mirada para contemplar el campo de batalla. Vio miles y miles de cuerpos cubiertos por armaduras. Cientos de tanques destrozados. Fuselajes de cañoneras que todavía ardían en los cráteres que habían abierto al estrellarse contra el suelo. Oyó rugientes gritos de alegría de los devoradores de mundos mientras se dedicaban a recoger cráneos, y el zumbido chirriante de las armas de sierra de los guerreros de las siete legiones mientras saqueaban a los muertos en busca de trofeos y reliquias.

—No me arrepiento de haber preferido la espada al crozius hace ya tantos años. Como ya he demostrado en muchas ocasiones desde entonces, carezco de las palabras necesarias para ser un predicador.

Erebus se colocó al lado de su antiguo pupilo y contempló junto a él aquel paisaje desolado. Su armadura mostraba señales evidentes de la batalla en la que había participado, ya que estaba cubierta de grietas y de manchas de quemaduras. Erebus no era de los que enviaba al combate a sus guerreros sin encabezar personalmente el ataque. Los grabados en bajorrelieve que narraban sus hazañas en colchisiano habían quedado descoloridos por efecto del fuego, y las tiras de pintura arrancada dejaban al descubierto franjas de ceramita metálica.

—Creo que es muy posible que aquella noche fuera la primera ocasión en la que un astartes intentara matar a otro astartes.

Argel Tal la recordaba muy bien.

—El primarca me dijo hace mucho tiempo, cuando ambos estábamos en la Ciudad de las Flores Grises, que me habías perdonado por lo que ocurrió aquella noche.

—Nuestro primarca estaba en lo cierto.

Argel Tal entrecerró los ojos.

—Jamás te pedí que me perdonaras. Por eso, no.

—A pesar de todo, estás perdonado. Sigues convencido de que fui demasiado lejos con mis métodos. Yo no. Nunca estaremos de acuerdo a ese respecto. ¿Crees que hiciste lo correcto con aquella reacción? ¿Empuñar un arma contra un hermano? ¿Intentar matar a un capellán de tu propia legión?

—Sí —le contestó Argel Tal con mirada firme—. Sigo creyéndolo. Te habría matado si hubiera tenido la oportunidad.

Erebus se mantuvo impertérrito.

—Aparte de esa primera y única traición, eras mejor estudiante de lo que te crees. Leal, inteligente y fuerte, tanto de corazón como de voluntad.

Leal.

El pensamiento de Raum le resonó somnoliento en la mente, apenas formado tras un velo de cansancio. Hizo que Argel Tal se pusiera en guardia, como suponía que había sido la intención del demonio.

—A veces me pregunto cuánta de nuestra lealtad está grabada en nuestra sangre.

Erebus, por supuesto, captó la insinuación.

—La semilla genética cambia en cada legión, pero los Portadores de la Palabra no habrían seguido a Aureliano hacia la condenación y el triunfo con la misma pasión. Lo seguimos porque está en lo cierto, no porque simplemente debamos hacerlo.

Argel Tal se limitó a asentir, sin mostrarse de acuerdo ni discutir.

—Necesito respuestas —dijo al cabo el comandante de los Gal Vorbak con un tono de voz frío y claro, y Erebus se volvió hacia él al oírlo.

—¿De verdad crees que es el momento adecuado? —le preguntó.

Argel Tal miró a su antiguo mentor con una expresión cínica en su mirada burlona.

—Estamos en mitad de los restos de dos legiones aniquiladas por unos hermanos traidores, en el primer campo de batalla de una guerra civil imperial. No va a haber mejor momento para hablar de traición, Erebus.

En los labios del capellán se insinuó una sonrisa.

—Pregunta.

—Ya sabes lo que quiero preguntarte, así que ahórrame tener que repetir la cuestión.

—El primarca. —La voz de Erebus había recuperado su tono neutral acostumbrado—. ¿Quieres que te cuente lo que hemos hecho en la flota principal de la legión a lo largo de estos cuarenta años? No tenemos tiempo para una discusión semejante. Buena parte de lo que hemos aprendido se encuentra en el *Libro de Lorgar*.

Argel Tal frunció los labios de una manera que dejó muy claro lo poco que le gustaba aquella respuesta.

—Y por lo que parece, eres tú quien ha escrito la mitad de esa obra —le contestó el señor de los Gal Vorbak.

Erebus lo admitió con un leve gesto de asentimiento.

—Sí, he añadido elementos a los rituales y las plegarias que contiene. Lo mismo ha hecho Kor Phaeron. Hemos aprendido mucho, y hemos guiado al primarca tanto como él nos ha guiado a nosotros.

Argel Tal dejó escapar un gruñido para mostrar su descontento.

—Explícate mejor.

—Como quieras. Un momento, por favor.

Erebus se arrodilló para clavarle un gladio en la garganta a un guerrero de la Guardia del Cuervo que todavía se estremecía. Luego, mientras caminaban, limpió la hoja del arma con un paño aceitado que sacó de un saquete que llevaba al cinto.

—No tienes ni idea de cómo fue aquello, Argel Tal. Después de adentrarse en el Gran Ojo, Lorgar se quedó… consternado, deshecho. Su fe en el Emperador había quedado destrozada, y la verdad que encontró en el borde de la galaxia lo atormentó tanto como lo inspiró. Se vio en las garras de la indecisión durante meses. Kor Phaeron tomó el mando de la flota por segunda vez, y lo que hicimos fue poco más que desahogar nuestra furia contra los planetas con los que nos encontramos. A pesar del regreso de Lorgar, la legión no sintió alegría alguna por la presencia del primarca. Lo cierto es que Aureliano no estaba seguro de que la humanidad estuviese preparada para enterarse de semejante… horror.

A Argel Tal se le erizó el vello de la piel.

—¿Horror?

—Es la palabra que utilizó el propio primarca, no yo. —Erebus empujó otro cuerpo con la bota. Cuando de la rejilla de la placa facial surgió una exhalación

jadeante, el capellán repitió el movimiento de ejecución y volvió a limpiar de nuevo la hoja afilada—. La legión no se esforzó por adoptar la nueva fe. Somos tan filósofos como guerreros, y nos enorgullecemos de eso. Todos fueron capaces de ver cómo los dioses habían sembrado en nuestra cultura las semillas de la fe en ellos a lo largo de incontables generaciones. Las constelaciones, las religiones que siempre miraban al cielo en busca de respuestas, las propias viejas costumbres. Pocos portadores de la palabra se resistieron a la verdad, ya que la mayoría la sentían de un modo u otro.

—Pocos se resistieron… —Una idea inquietante le recorrió la espina dorsal—. ¿Es que ha habido una purga? ¿Una purga entre nuestras propias filas?

Erebus meditó bien la respuesta antes de darla.

—No todos querían darle la espalda al Imperio. Creían que el estancamiento era fuerza, que la inmovilidad suponía la preservación. Ya no quedan elementos reticentes en nuestra legión.

Así pues, los portadores de la palabra habían matado a portadores de la palabra sin que ninguna de las otras legiones lo viera. Argel Tal dejó escapar un largo suspiro. No quería preguntarlo, pero sabía que sería incapaz de resistirse.

—¿Cuántos murieron?

—Los necesarios —le contestó Erebus, que no se alegró de semejante confesión —. Un número ridículo comparado con los que tuvieron que ser eliminados en las legiones sin fe, pero a pesar de todo, fueron bastantes.

Rodearon el cascarón quemado de un Rhino de la Legión de los Hijos de Horus. Las orugas del transporte blindado de personal estaban destrozadas, y sus restos habían acabado esparcidos como los dientes de una mandíbula reventada. Las paredes del casco estaban cubiertas de impactos de proyectiles de bólter. Erebus echó un vistazo al interior. El conductor estaba muerto. Lo había matado el mismo proyectil que había perforado el blindaje frontal del vehículo. El cuerpo desmadejado tenía la armadura de color verde mar cubierta de agujeros producidos por la metralla resultante.

—¿Por qué me da la sensación de que no es la única pregunta que quieres hacerme? —musitó Erebus.

Argel Tal se rascó la mejilla, y el movimiento se convirtió en una comprobación general pero sutil de su cara en busca de nuevos cambios. Volvía a tener el rostro de siempre, al menos de momento. Las mutaciones quedaban encerradas dentro de su código genético mientras el demonio dormía. Sabía que no tardaría en regresar. Sólo

pensar en eso fue suficiente como para que Raum se removiera. El demonio se retorció lentamente en su reposo, igual que lo haría una criatura durante el sueño.

—Los custodios. Hemos sufrido un largo exilio para mantenerlos con vida. El ritual de Xaphen los mantuvo incomunicados. Dime por qué, Erebus. Hemos ansiado estar al lado del primarca.

—Lo mismo que todos los portadores de la palabra de las diferentes flotas de la legión.

—¡Nosotros somos los Gal Vorbak! —gritó Argel Tal al mismo tiempo que propinaba un puñetazo al costado del Rhino. El golpe abolló la placa de blindaje.

—Tranquilízate, Argel Tal.

—Somos los Gal Vorbak —repitió el comandante—. Fuimos nosotros quienes le llevamos la verdad al primarca, y nos costó nuestras propias almas. No exijo que se nos glorifique, lo que quiero es que me den una razón para que nos tuviéramos que quedar en el exilio.

Erebus siguió caminando, y dejaron atrás el transporte y los dos salamandras que había aplastado el vehículo.

—Llegaste a reflejar una parte de las dudas del primarca, las que lo acosaron hasta que Kor Phaeron y yo fuimos capaces de devolverle la convicción. Viajamos de regreso a los primeros planetas que conquistamos, aquellos en los que por respeto permitimos que conservaran las viejas costumbres en secreto. La pasión de Lorgar por iluminar al Imperio renació.

—Sí, pero ¿por qué no nos llamasteis para que nos reuniéramos con vosotros? El ritual de Xaphen para mantener en silencio a los custodios…

—Conozco muy bien el ritual —lo interrumpió Erebus—. Fui yo quien escribió ese ritual después de pasar semanas en comunión. Sólo entonces se lo transmití a Xaphen, y se ha perfeccionado cada vez que se ha realizado la invocación.

La invocación. El conjuro. Hechicería. Argel Tal se estremeció. Esa simple palabra era suficiente para que se le erizara el vello de la piel. El primer equipo de limpieza ya estaba levantando una enorme pira funeraria en la ladera de la colina, y otro equipo de construcción erigía una plataforma para que los Hijos de Horus se enaltecieran por encima de las legiones «menores». Argel Tal y Erebus prestaron poca atención a toda aquella tarea.

—Noto la reticencia en tu voz, Argel Tal. En tu interior no arde el fervor y el ansia de matarlos, y me daré cuenta de cualquier mentira que me digas para negarlo.

—No siento deseo alguno de matarlos. Nos hemos acercado mutuamente con el paso del tiempo, y hemos establecido lazos forjados en el campo de batalla, pero ahora lo que quiero saber es por qué se nos ordenó que no los matáramos.

—Los necesito vivos —admitió el capellán al cabo de unos momentos.

—Eso es obvio —replicó Argel Tal con un bufido—. ¿Por qué?

—Porque son lo que son. Imagínate una forma de vida que es incapaz de reproducirse. Imagínate que en vez de eso hace réplicas de sí misma. Sin embargo, el proceso no es perfecto. Tan sólo logra la inmortalidad para la especie mediante la creación de versiones inferiores, más débiles, a lo largo de las generaciones. Nosotros somos un ejemplo de eso. Los primarcas vienen del Emperador, y de los primarcas vienen los verdaderos astartes. Somos una especie que puede proclamar que el Emperador no sólo es quien nos concibió, sino que además es nuestro abuelo.

Argel Tal se limitó a asentir, a la espera de que Erebus continuara con la explicación. Notó que estaba a punto de sonreír cuando recordó las lecciones que había recibido durante la época en la que eran tutor y estudiante, profesor y acólito.

—Somos la tercera generación de esa línea genética, pero ¿qué ocurría si nuestros artesanos de la carne, los apotecarios, y aquellos de nuestros guerreros con poderes psíquicos utilizaran nuestra conexión con el Emperador como un arma contra él? ¿No deberíamos aprovechar al máximo esa posibilidad?

Argel Tal se encogió de hombros.

—No veo cómo podríamos hacerlo.

Erebus soltó una breve risa.

—Recuerda las viejas costumbres y el conocimiento que posees sobre esa fe a partir de los archivos que estudiaste. Recuerda toda esa superstición y dogmas que el Emperador quiso hacer desaparecer de la esfera del conocimiento humano con su querida Gran Cruzada. ¿Cuántas de las creencias más básicas y claras de la humanidad se centran alrededor del sacrificio y de los hechizos potenciados con sangre? La sangre es vida. La sangre es el foco de un millón de magias, y une al invocador y a la víctima, o sirve como ofrenda para alcanzar a los poderes superiores en el interior de la disformidad. Si dispones de la sangre de una especie, puedes preparar un veneno que mate a todos sus miembros y a nadie más. Un veneno capaz de acabar con toda una forma de vida pero no afectar a las demás.

—Y nuestra sangre es la sangre del Emperador —dijo Argel Tal para acabar el razonamiento.

—Exacto. Sin embargo, está diluida y filtrada por la producción en masa, y alberga demasiados componentes químicos artificiales, lo que hace que sea demasiado débil para ser utilizada en la alquimia o en la hechicería. La conexión con nuestro creador es demasiado tenue.

Alquimia. Hechicería. Argel Tal se dio cuenta de que resultaba tremendamente irónico que, incluso con un demonio en su interior, lo repugnara oír pronunciar aquellas palabras con tanta ligereza. Era indudable que los vientos del cambio habían soplado con fuerza durante los cuarenta años que había durado su exilio extraoficial.

Erebus miró al otro lado del campo de batalla, donde los guerreros de hierro estaban reuniendo los cadáveres con la eficiencia brutal típica de la actitud de la legión hacia los asuntos de combate. Los tanques equipados con palas excavadoras empujaban las pilas de cuerpos rotos y los llevaban rodando sobre sí mismos hacia la pira funeraria.

—¿Lo entiendes ahora? —le preguntó el capellán sin apartar la mirada de aquella tarea.

—Crees que los custodios nos ofrecerán una conexión más cercana al propio Emperador.

—Sí. Nacieron del mismo código genético, pero el nuestro fue filtrado para la producción en masa. Son más puros por su escasez, no por sus cualidades intrínsecas.

Era una suposición muy antigua y que carecía por completo de pruebas, pero se decía que el Emperador era el primarca de la Guardia Custodia. Argel Tal negó con la cabeza.

—Necesitáis custodios vivos para utilizar su sangre con la esperanza de perseguir lo que perfectamente puede no ser más que un mito.

—Debemos considerar el uso de todas las armas posibles —le contestó Erebus con tranquilidad—. Nadie más que el Emperador ha tenido la oportunidad de estudiar a los custodios, y el conocimiento es poder. Debe ser ocultado y muy bien protegido. Ya hemos probado con la sangre de once legiones, y todos los resultados han sido un desastre. ¿Qué ocurriría si dominásemos los secretos de los genes de los custodios? Podríamos utilizar ese conocimiento para reforzarnos, no simplemente para hacer daño a nuestros enemigos. Los custodios de la flota, bajo el mando de Iaco, murieron en combate hace bastante tiempo. Aquillon y sus subalternos representan una de las pocas oportunidades que nos quedan. Su sangre debe salir de un corazón palpitante para que los rituales tengan alguna posibilidad de éxito.

A Argel Tal se le ocurrió otra idea, y la dijo en voz alta antes de pensárselo.

—¿No están los primarcas más cerca del Emperador? Podríamos utilizar su sangre para esos… rituales.

Erebus se echó a reír. Por primera vez en toda su vida, Argel Tal oyó que el primer capellán se reía de verdad, sin tapujo alguno.

—La verdad sale de la boca de los niños —dijo Erebus sin dejar de sonreír—. ¿Ves a algún primarca dispuesto a ello? No logramos capturar a ninguno de los hijos del Emperador, y ni Horus ni tampoco Aureliano están dispuestos a permitir que su sangre se manipule de esa manera.

Argel Tal titubeó. El casco, que llevaba en la mano, emitió un chasquido procedente del comunicador.

—¿Mi señor?

Era la voz del señor de la flota, Torvus. El portador de la palabra volvió a ponerse en casco con un profundo suspiro de resignación. Su visión despejada quedó inmediatamente teñida de oscuro y sobre ella aparecieron los marcadores de objetivo.

—Aquí Argel Tal.

—Señor, las últimas cuatro naves de nuestra flota han salido de la disformidad. El Occuli Imperator exige subir a bordo del *De Profundis* de inmediato.

—Concédele permiso. Ya no tiene importancia. Tendrán sospechas, pero sólo una prueba firme los haría enfurecer. Vamos a regresar a la órbita dentro de una hora, y entonces nos encargaremos de ellos. ¿Ha sufrido daños la nave?

—Sí, bastantes, pero nos hemos mantenido de una pieza gracias a los esfuerzos y a las plegarias. El único daño que se puede considerar vital se produjo en la cubierta del sanctum de la legión. Se abrieron numerosas brechas en el casco, pero todas las grietas están aisladas y aseguradas.

Argel Tal tragó saliva.

—¿Y la Dama Bendita?

—Sana y salva. Un destacamento euchariano comprobó su estado hace menos de media hora. La flota enemiga ha quedado convertida en escombros y polvo por toda la órbita. ¿Cuál es la situación en la batalla terrestre?

Argel Tal observó con detenimiento durante unos largos instantes la devastación que lo rodeaba antes de contestar.

—Hemos ganado, Baloc. Eso es más que suficiente de momento.

Aquillon bajó por la rampa de la lanzadera con alas de águila hasta la cubierta del hangar vacío. Jamás había visto aquel lugar tan tranquilo. Era un espacio en el que reinaba el silencio, con las grúas y los servidores desactivados a la espera en sus puestos a lo largo de las paredes. La legión estaba desplegada en su totalidad, y todas las unidades de los Portadores de la Palabra habían sido enviadas al planeta que giraba bajo ellos.

Varias figuras lo esperaban al pie de la rampa. Sythran inclinó la cabeza en silencio. Ni Kalhin ni Nirallus lo saludaron. No mostraban reverencia a nadie más que al Emperador, amado por todos. Los tres guerreros empuñaban las lanzas guardianas en posición de descanso, pero el lenguaje corporal y sus posturas sugerían contención más que una simple actitud de espera. Captó la tensión delatora de sus músculos incluso bajo la armadura dorada con que se protegían.

Fueron las otras dos figuras las que más le llamaron la atención. La primera era Cartik, quien hizo una profunda reverencia. El anciano estaba sudando a pesar del frío reinante en el hangar, y su corazón envejecido latía con un ritmo acelerado e irregular. Al segundo individuo no lo conocía. Tenía la piel oscura y la mirada penetrante, y no parecía impresionado por nada de lo que estaba viendo. Era un alma valiente. O un irresponsable.

—Una bienvenida muy curiosa —dijo el Occuli Imperator con voz suave.

No estaba furioso, no de momento, al menos, pero ya había perdido la paciencia muchas horas antes. La falta de contacto con la flota de los Portadores de la Palabra lo había dejado inquieto, y aquélla era sin duda una bienvenida fuera de lo corriente. Supo que ocurría algo en el mismo momento que vio a sus hermanos esperándolo al pie de la rampa.

—Vuestras naves también se vieron «retrasadas» —dedujo Aquillon—. No pudisteis llegar a tiempo de participar en la batalla.

Los tres guerreros asintieron.

—Yo fui el primero en llegar —le explicó Nirallus—. Hace menos de diez minutos. La ruta de aproximación a la flota fue una pesadilla. El auspex no dejó de resonar con los cientos de naves destruidas en la atmósfera superior. Lloverá acero sobre Isstvan V durante los próximos decenios.

—Yo he visto lo mismo —le confirmó Aquillon—. No hemos captado ninguna señal de las naves de los traidores, pero las legiones leales han sufrido pérdidas

horribles. Las lecturas de los restos no proporcionan números fiables. Por lo que parece, dos de las legiones han sido aniquiladas. Otras que se suponían que debían estar aquí, simplemente no han llegado.

—No he conseguido ponerme en contacto con Argel Tal, ni con nadie más, en la superficie —le dijo Kalhin.

Aquillon miró a los dos humanos.

—Explicadme su presencia.

Sythran dio un paso adelante y le ofreció a Aquillon una vara pictográfica de plastek de gran tamaño. Era evidente que el aparato era de fabricación costosa. Aquillon lo tomó en la mano pero no miró la pantalla.

—¿Eres un imaginista? —le preguntó al humano desconocido.

—Ishaq Kadeen —le contestó el individuo—. Sí, soy imaginista. Para activar…

—Sé muy bien cómo funciona, Ishaq Kadeen.

Aquillon pulsó el botón de activado, que se encontraba en el mango del aparato, y la pantalla se encendió con una serie de parpadeos.

Aquillon asimiló lo que estaba viendo. La educación y el entrenamiento que había recibido al lado del Emperador le permitían disponer de una amplia perspectiva de la capacidad humana y de las posibilidades que ofrecía la tecnología. Jamás había visto algo como aquello, pero supo de inmediato lo que debía de ser.

El Occuli Imperator le devolvió el pictógrafo a Ishaq, quien le dio las gracias con un murmullo.

—Supongo que encontraste eso en la cubierta sanctum, ¿no?

—¿La cubierta monástica? Sí.

—Por supuesto —respondió Aquillon. Lo siguiente que hizo fue empuñar su arma con un interminable gesto de dignidad—. Hermanos, nos han traicionado.

—No creo que tengamos muchas posibilidades contra toda la tripulación de una nave, incluso aunque toda la legión esté fuera de la misma. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Lo primero que tenemos que hacer es descubrir hasta dónde llega la profundidad de esta traición. Debo ver en persona esta demencia y arrancarles la verdad de los labios a aquellos que han mantenido el secreto. Pero antes de que ni siquiera pensemos en extirpar este cáncer situado en el corazón de la rebelión, debemos asegurarnos de que podemos regresar con seguridad a Terra y transmitir todos y cada uno de los detalles al Emperador.

—Amado por todos —contestaron de inmediato Kalhin y Nirallus.

Sythran se golpeó con los nudillos en la placa pectoral a la altura del corazón. El «amado por todos» de Ishaq se oyó un par de incómodos segundos después, aunque ninguno de los demás presentes le prestaba ya atención.

—Eso a va ser mucho trabajo —gruñó Kalhin.

—¿A quién interrogamos? —preguntó Nirallus. No había duda alguna en su voz. Había hecho la pregunta porque se barajaban demasiados nombres posibles, y la decisión final recaía en Aquillon—. ¿Al señor de la flota? ¿Al general?

—Hay alguien en esta nave que lleva medio siglo escuchando los secretos susurrados de los Portadores de la Palabra. Encontraremos a esa persona no muy lejos de donde Ishaq encontró la prueba de su traición. Venid conmigo.

—¿Cómo lograréis entrar en la cubierta monástica? —les preguntó Cartik, quien ya había comenzado a seguirlos aunque los custodios no le hicieran prácticamente ningún caso.

—Mataremos a todos los que se interpongan en nuestro camino —le contestó Nirallus, como si la respuesta fuera obvia—. Vuelve a tu estancia, anciano. Permanecer hoy a nuestro lado no será muy seguro.

Los custodios avanzaron con rapidez con las armas en la mano. Aquillon se dejó llevar un momento por la emoción y torció el labio en un gesto de repugnancia.

—La Dama Bendita.



VEINTINUEVE
CYRENE
NUNCA HUMANO
UN JURAMENTO CUMPLIDO

Alzó la cabeza al oír el sonido de las cuchillas al chocar contra su puerta, aunque no vio nada, por supuesto. Notó que le llegaban vaharadas de calor procedentes de la puerta de acero. Así pues, eran armas de energía. Estaban echándola abajo con armas de energía.

Cyrene siguió tecleando con toda la rapidez que pudo. Las puntas de los dedos volaron sobre el teclado tan familiar ya, pero la última frase se quedó a la mitad. La puerta se estrelló contra el suelo y el zumbido de una servoarmadura en funcionamiento llenó la estancia. Las articulaciones chasquearon con cada movimiento, y los músculos de fibra artificial reclinaron con un sonido elástico.

—Aquillon. Sabía que vendr…

—Guarda silencio, perra traidora. Los portadores de la palabra no están, y responderás ante la autoridad del Emperador. Ordena a tus damas de compañía que se marchen, o ellas sufrirán tu mismo destino.

Cyrene hizo un leve gesto de asentimiento, y las dos mujeres mayores salieron de la estancia casi a la carrera.

—Hermano… —dijo Kalhin, que se había dirigido hacia la puerta abierta que daba a la cámara secundaria. En el hueco de la entrada había aparecido otra figura, quien sin duda se había mantenido oculta y a la espera.

—No todos los portadores de la palabra se han marchado —les dijo.

—Tecnoadepto, no tenéis por qué estar aquí —le dijo Aquillon, y le señaló la puerta con la punta del arma.

—Es correcto.

Xi-Nu 73 aplicó la presión exacta en el mecanismo de activación de la vara de control que tenía en la mano izquierda, y una figura gigantesca compuesta de engranajes y placas de blindaje apareció detrás de él. Ocupó todo el hueco de la arcada antes de emitir un gruñido mecánico de advertencia. Xi-Nu 73 se preparó para acabar lo que había comenzado a decir.

—No tengo por qué estar aquí, pero él sí.

Los brazos del robot, ambos equipados con bólters pesados, estaban cargados y activados desde hacía horas, listos para actuar en una ocasión tan peligrosa como aquélla. Cyrene se bajó de un salto de la cama en un intento desesperado por alejarse todo lo posible de Aquillon.

—Por la legión —dijo una voz que recordaba a unas barras de acero cayendo sobre una roca.

Para cuando *Púrpura* abrió fuego, los custodios ya se habían puesto en movimiento, con las alabardas girándoles en las manos para hacer frente a aquella tremenda tormenta de fuego.

L

Argel Tal subió corriendo por la rampa de la cañonera. Sus botas resonaron con fuerza contra el metal hasta que llegó al compartimento de transporte. Fue el último en entrar. Los canales de comunicación eran un avispero de voces en conflicto mientras los Gal Vorbak le hacían gestos para que se diera prisa. Otras Thunderhawk, que mostraban orgullosas el color gris de la legión, ya estaban alzando el vuelo.

—¡Despega! —le ordenó al piloto por el comunicador sin que sintiera vergüenza del atisbo de pánico que sonaba en su voz—. Volvemos a la nave.

La *Sol Naciente* se estremeció cuando sus garras se separaron del suelo reseco.

Argel Tal cambió de canal de comunicación.

—Jesmetine. General, ¿estás ahí?

Sólo respondió la estática.

—Contéstame, Arric —insistió.

—Mi señor —le respondió el general, sin aliento—. Mi señor, nos atacan.

—Acabamos de recibir la alarma. Dime exactamente qué ha pasado.

—Aterrizaron. Los custodios aterrizaron, y poco después entraron al asalto en la

cubierta monástica. Algo los ha enfurecido. Deben de haber descubierto la verdad, aunque no tengo ni idea de cómo ha sido. Todas las fuerzas eucharianas están fuera de contacto o ya se ha confirmado que han sido aniquiladas. Uno de ellos, uno solo de ellos, está defendiendo con éxito el pasillo que lleva a la cámara de Cyrene. Por la sangre de los dioses, Argel Tal…, ha levantado una barricada con los cuerpos de mis soldados. Con cada carga mueren más de los míos. No podemos vencer a uno solo de ellos, y mucho menos a cuatro.

El portador de la palabra sintió que la cañonera se estremecía bajo sus pies.

—Ya hemos comenzado la impulsión primus y estamos en camino. ¿Qué se sabe de Xi-Nu 73?

Por el comunicador le llegó el chasquido de los rifles láser al disparar: más eucharianos lanzados al combate en un acto fútil.

—No sabemos nada —le contestó el anciano general—. Ni una sola palabra. ¿Dónde demonios se encuentran?

—Ya estamos en camino. *Raum* —invocó mentalmente.

Débil. La conexión con el demonio era torpe y frágil. *Dormir*.

La cañonera siguió ascendiendo con los motores escupiendo humo y chorros de fuego mientras dejaba atrás el campo de exterminio de la superficie del planeta.

Sythran luchaba como siempre había luchado: en la perfección del silencio y de la soledad. Todo se movía de un modo preciso y exigente. Cada giro del astil de la alabarda levantaba la hoja para bloquear los disparos de rifle láser o bajaba para cortar carne, mientras que cada esquiva y zigzagueo se realizaba con el vigor necesario para mantenerlo indemne, pero sin que jamás perdiera el equilibrio o necesitara recuperar la posición. Su manejo de pies era severo y rígido solo el tiempo suficiente para matar al soldado más cercano antes de retomar aquel baile de movimientos.

Se retiraron de nuevo. No. Huyeron.

Sythran sonrió bajo la placa facial del casco. El bólter de la lanza guardiana se estremeció cuando abrió fuego y disparó un proyectil explosivo tras otro contra la espina dorsal de aquellos que eran tan cobardes como para dar media vuelta y mostrarle la espalda en su huida. El retumbar rítmico de las detonaciones subrayó el modo en que el pasillo se convirtió en un matadero. Sythran se agachó detrás del montículo de cadáveres e hizo girar la lanza guardiana para aferrarla por el extremo de la hoja afilada. Un golpe, un chasquido, y el bólter acoplado quedó recargado. Sythran

se alzó de nuevo sin dejar de girar la hoja del arma en grandes abanicos para repeler los disparos de rifle láser.

—Syth —dijo la voz de Aquillon por el comunicador—. Nos vamos.

Sythran confirmó la recepción del mensaje parpadeando delante de la runa afirmativa de la pantalla del visor. Más eucharianos, tremendamente orgullosos en sus uniformes de color naranja apagado, aparecieron a la carrera en el pasillo, lanzados a la carga. Sythran cruzó de un salto la barricada de cadáveres que había levantado y se enfrentó a ellos. Todos cayeron despedazados, y aparte de una quemadura de disparo láser en una de sus hombreras, la sangre que cubría la hoja de su arma era la única muestra de que había estado combatiendo. El pasillo había quedado despejado momentáneamente, ocupado tan sólo por los cadáveres de los estúpidos que se habían creído capaces de matarlo a bayonetazos cuando todos sus camaradas habían fracasado. Sythran miró por encima del hombro justo a tiempo de ver a sus hermanos salir de la estancia de la bruja. Pero sólo salieron dos. Nirallus y Aquillon, con las armaduras cubiertas de melladuras y ennegrecidas por los disparos incendiarios.

Quizás notaron la pregunta en sus ojos a pesar de que el casco los ocultaba, ya que Aquillon le contestó:

—Kalhin ha muerto. Debemos apresurarnos.

No se le pasó por alto la sangre que brillaba en la punta del arma de Aquillon.

Xi-Nu 73 suspiró. El sonido surgió de la máscara recicladora de aire como el zumbido de un insecto. Los inhibidores sensoriales que le rodeaban los nervios igual que un aislante para cables hacían todo lo que podían, pero eran incapaces de apagar por completo el dolor de la desconexión. ¿La desconexión? La muerte. En sus últimos momentos como mortal no fue capaz de resistirse a esa descripción biológica. Semejante resonancia… Morir… La muerte… Era todo tan dramático…

Se rió, lo que provocó un nuevo zumbido cargado de estática. El sonido se convirtió en una tos que le supo a aceite quemado.

El adepto utilizó la mano que le quedaba para empezar a arrastrarse con un tremendo esfuerzo por el suelo. Una subrutina potencial se le ocurrió mientras se movía. ¿No podría detenerse a mitad de camino y examinar el cadáver de la hembra humana?

En su núcleo de pensamiento parpadeó un análisis de costes frente a beneficios. Sí, podría. Pero no iba a hacerlo. Canceló la subrutina. Su mano se aferró como pudo

a la superficie pulida del suelo y logró arrastrase otro medio metro con el chirrido de su cuerpo metálico al rozar a lo largo de la cubierta. Mientras tanto, las estadísticas de funcionalidad aparecieron como tablas desplegadas detrás de sus ojos. Se dio cuenta de que existía la posibilidad, aunque era ínfima, de que se desconectara antes de llegar a su objetivo. Aquello lo incentivó, y los nódulos biónicos conectados a sus escasos órganos mortales estimularon la carne debilitada con descargas de energía eléctrica e inyecciones de compuestos químicos de emergencia.

El tecnoadepto ya se había quedado ciego cuando llegó a su objetivo. Los receptores visuales habían dejado de funcionarle y se habían quedado tan en blanco como un monitor sin energía. Sintió que su mano chasqueaba al tocar su objetivo, y utilizó aquella masa inmóvil para acercarse un poco más. El robot caído era una estatua derribada, un avatar caído del Dios Máquina, y Xi-Nu 73 lo abrazó igual que cualquiera abrazaría a un hijo querido.

—Ya está —murmuró, sin apenas ser capaz de oír su propia voz, ya que lo siguiente en fallar fueron sus receptores aurales—. Deber cumplido. Honrado. Nombre inscrito. En. Archivo de. Mérito. Visionario.

El vocalizador de la garganta le falló en la última palabra, lo que lo dejó mudo para el resto de su existencia.

Xi-Nu 73 expiró veintitrés segundos más tarde, cuando sus órganos implantados se apagaron sin posibilidad alguna de ser reiniciados. No le habría gustado en absoluto la ironía que supuso que sus componentes orgánicos lucharan durante medio minuto más en un intento de transmitir vida a través de un cuerpo que era incapaz de procesarla.

La cámara permaneció sumida en el silencio y en la tranquilidad durante poco tiempo. Por el pasillo no tardaron en resonar las pisadas de unas grandes botas que anunciaban la llegada de más seres inhumanos.

La figura de la armadura carmesí se quedó en el hueco de la puerta, con la silueta recortada contra la pared cubierta de manchas de sangre que tenía detrás. Se quedó allí inmóvil, incapaz de aceptar lo que tenía delante de los ojos.

—Déjame pasar —le dijo Xaphen.

Argel Tal lo detuvo en seco con una mirada, y entonces entró él.

Xi-Nu 73 yacía en un reposo embrionario, hecho un ovillo sobre sí mismo en postura fetal al lado del casco roto y agrietado de *Púrpura*. El robot estaba

completamente destrozado, con el blindaje abierto en un centenar de cortes producidos por unas cuchillas afiladas. La capa estandarte de la máquina y sus pergaminos de juramento estaban igualmente despedazados, convertidos en jirones rasgados. Las paredes y el suelo no estaban en mejor estado. Varios agujeros atravesaban los paneles blindados de la estancia y dejaban al descubierto las habitaciones adyacentes. Las paredes que todavía se conservaban de una pieza mostraban multitud de abolladuras provocadas por los disparos de bólter.

Argel Tal captó todos aquellos detalles con un parpadeo, y ya no les prestó más atención. Se arrodilló al lado del cuerpo inerte de Cyrene. La sangre intensificaba el color rojo de su túnica, del mismo tono carmesí que su armadura, y encharcaba el suelo sobre el que se encontraba su cuerpo. Tenía manchados el cuello y el cabello. La herida era obvia, casi flagrante: un gran corte en mitad del pecho, donde la punta del arma la había atravesado. Un solo golpe, un tajo al corazón, había sido más que suficiente para acabar con su valiosa mortalidad.

Sangre. La presencia todavía se mostraba pesada y lenta, pero la rabia de Argel Tal estaba despertando al demonio. *Sangre pronto. Cazar*.

El cambio estaba apoderándose de nuevo de él. El demonio presentía la batalla que iba a comenzar, y la carne que compartían comenzó a cambiar en respuesta a ese estímulo. Argel Tal inspiró con un rugido bestial, pero calló de inmediato al sentir que Cyrene se estremecía.

Estaba viva. ¿Cómo no se había dado cuenta? El débil movimiento del pecho indicaba la vida que todavía latía debajo.

—Cyrene —gruñó con una voz que era tanto la de Raum como la de Argel Tal.

—Ésta… —Su voz era el susurro de una niña, tan débil que apenas se oía—. Ésta era mi pesadilla. —Sus ojos ciegos se cruzaron con los de Argel Tal con una facilidad infalible—. Estar en la oscuridad. Oír respirar a un monstruo.

Las garras se cerraron alrededor de su cuerpo con una fuerza posesiva, protectora, pero el daño ya se lo habían infligido mucho antes. Notó que la sangre le escocía allá donde lo salpicaba.

—¿Qué es lo que te han hecho? —le preguntó Cyrene con una sonrisa.

Murió en sus brazos antes de que tuviera tiempo de contestarle.

Oyó las voces, pero no tenía ningún motivo para prestarles atención. El Otro sí prestaba atención a toda aquella cháchara. Los gimoteos de la humanidad. Unas

lenguas carnosas que se movían dentro de unas bocas húmedas, y el chorro de aire pulmonar sobre la carne para crear un sonido en la garganta. Sí, sí. El Otro escuchaba a las otras voces y respondía.

Raum no lo hizo. Ladró una palabra de odio, sacada de la vieja lengua, con la esperanza de que eso silenciara aquellos sonidos nasales. No lo hizo. *Mmff*. No les haría caso. Eso era.

Había sentido la necesidad de la caza de la sangre, y se había alzado con una salida liberadora. El cuerpo del Otro… No, el cuerpo que compartían, había asumido con facilidad en esta ocasión la piel de caza.

Corrió, ansioso por la necesidad, dolorido por la persecución de la presa que no alcanzaba. Lanzaba a un lado a los humanos con los que se encontraba. Raum no miró hacia atrás. Olió cómo morían, captó el aroma de sus fluidos vitales y del tejido cerebral al desparramarse sobre el suelo y las paredes.

Criaturas frágiles.

Estás matando a la tripulación.

¿Volvía el Otro? Ése era bueno. Eran más fuertes cuando estaban juntos. El silencio del Otro había sido motivo de temor. Cuando regresó, Raum notó que sus instintos cambiaban, se adaptaban, se volvían más aguzados gracias al razonamiento y a los conceptos de pasado y futuro. El intelecto y no la simple astucia. Una conciencia. Mejor. Se lanzó a la carga por el corredor rugiendo para que los humanos se apartaran atemorizados. Al pasar a su lado no los mató.

Son aliados.

Hacían que la caza fuera más lenta. Sintió una reticencia incómoda a admitir su debilidad respecto a la capacidad de razonamiento y de previsión. *Ya no los mataremos. Ya estamos completos*.

He… he vuelto.

Argel Tal inspiró profundamente y captó el olor del aire reciclado de la nave, con su regusto a sudor rancio. Captó algo en el límite de su percepción, como un hilo que hubiera quedado suelto. Su amigo. Aquillon. Ese olor a ozono de las armas de energía activadas. Los lubricantes utilizados para el mantenimiento de esas armaduras doradas.

Corrió por los pasillos y dejó atrás más cadáveres, que estaban despedazados por armas de filo y no por garras. El *De Profundis* estaba plagado de muertos, y había cuerpos de euchariano por todos los corredores.

Estuviste mucho tiempo fuera. Los humanos nos gimen y lloran.

El comunicador. Argel Tal le guiñó a una de las runas parpadeantes.

—Estoy aquí.

—¿Dónde es «aquí»? —Xaphen sonaba tan furioso como se sentía él—. Esos bastardos han acabado con casi la mitad de las tropas eucharianas que tenemos a bordo. ¿Dónde estás?

—Perdí… perdí el control. Ya tengo el rastro de Aquillon. En la decimotercera explanada, delante de la cubierta de hangar de babor.

Argel Tal entró en tromba a través del hueco dejado por las grandes puertas que daban al hangar de las cañoneras.

Los cohetes posteriores de la *Sol Naciente* rugieron llameantes delante de él cuando la nave atravesó el campo de contención y se adentró en el vacío que se extendía al otro lado.

El aullido de Argel Tal resonó por todo el hangar.

—¿Hermano? ¿Hermano? —le gritó Xaphen por el comunicador.

Corren para esconderse. La presa baja al planeta.

—Huyen de nosotros —rugió Argel Tal por el canal general de comunicación—. Huyen hacia el planeta. ¡Baloc! Rastrea a la Sol Naciente. A todas las baterías, busquen la cañonera y abran fuego a discreción.

—¡No! ¡Erebus los quiere vivos! —lo avisó Xaphen.

—No me importa lo que quiera Erebus. Quiero que los hagan caer envueltos en llamas.

El *De Profundis* viró en un giro amplio y lento. Como la mayor parte de las naves de la flota astartes, el crucero había sufrido graves daños en la batalla espacial y le costaba obedecer las órdenes de maniobra. Todas las naves de los Portadores de la Palabra que se encontraban cerca intercambiaron señales y soluciones de disparo, y siete de ellas abrieron fuego con todas sus baterías laterales. Una inmensa potencia de fuego destructiva saturó aquella zona del espacio con la esperanza de acertar a la diminuta cañonera.

Menos de un minuto después de salir del hangar del *De Profundis*, la *Sol Naciente* atravesaba la atmósfera superior de Isstvan V con el casco envuelto en llamas y los escudos de calor brillando con una tremenda luz anaranjada debido a la reentrada atmosférica en espiral y fuera de control.

El acorazado *Lamento Eterno* reclamó el honor del disparo que acabó con la cañonera.

Argel Tal se quedó escuchando la barahúnda de voces que discutían por el comunicador y la descripción del señor de la flota de cómo la Thunderhawk se desplomaba en un descenso incontrolado pero sin haber quedado destruida por un impacto directo. Ya llegaría el momento de discutirle al *Lamento Eterno* su intento de llevarse la gloria, pero ese momento no era aquél.

—Todos los Gal Vorbak a la cubierta de asalto. Listos para un desembarco en cápsula —ordenó.

La cañonera estaba volcada de lado, la viva imagen del metal destrozado.

Los restos rojos de la Thunderhawk estaban esparcidos por toda la zona que la rodeaba. Uno de los motores seguía rugiendo débilmente con valentía, pero el humo que salía era demasiado negro y aceitoso como para ser producto de una combustión adecuada. La nave había excavado un surco en la tierra que se extendía más de cien metros en línea recta desde la cola hasta el punto donde había tocado por primera vez la superficie del planeta al estrellarse. La Thunderhawk había recorrido todo ese tramo dando sacudidas antes de estrellarse de morro contra las ruinas de la muralla de una ciudad. Las piedras erosionadas montaban guardia alrededor de la urbe olvidada mucho tiempo atrás, el hogar de una civilización muerta al mismo tiempo que su ciudad. Los trozos de mampostería cayeron por doquier cuando la cañonera se detuvo al chocar contra el muro, y las viejas piedras se desplomaron sobre el casco ya dañado y repiquetearon con fuerza contra las placas de blindaje como un insulto final añadido a todos los destrozos.

El cielo se iluminó sobre la nave estrellada cuando el sol comenzó a salir sobre Isstvan V. Una estrella apenas visible parpadeó por encima del horizonte con un brillo más blanquecino que amarillento, demasiado lejana como para ofrecer la menor calidez. Al otro lado del continente todavía ardía una inmensa pira funeraria.

Respiró el aire frío del amanecer a través de las fauces abiertas y notó el sabor del lubricante quemado en el viento. Sus hermanos, sus parientes carmesíes, olfatearon en el interior y alrededor de la cañonera destrozada en busca de algún rastro. El metal de la cápsula de desembarco en la que habían llegado todavía crujía a medida que se

enfriaba después de atravesar a toda velocidad la atmósfera.

—No hace tanto tiempo que se han estrellado. No han podido esconderse.

Xaphen dijo aquello como una amenaza incuestionable. Malnor, que se encontraba a su lado, era una criatura temblorosa y deforme de cuya boca no dejaban de caer hilachos de baba venenosa. Torgal trepó por el casco de la cañonera igual que un simio grotesco cuando saltó y se agarró a los rebordes con sus guadañas de hueso para encaramarse hasta arriba. Al llegar, movió el rostro ciego de un lado a otro al mismo tiempo que olisqueaba levantando el hocico. Argel Tal caminó lentamente alrededor de la base de la cañonera, con las garras cerradas sobre sus puños nudosos para luego abrirlas convertidas en las zarpas de un ave depredadora. Al igual que los chacales del desierto, los once miembros del Gal Vorbak que habían sobrevivido se arremolinaron alrededor de la Thunderhawk derribada olfateando en busca de sus presas. No tuvieron que buscarlas durante mucho tiempo.

—Vaya, por fin aparece el «señor Carmesí». —El tono de la voz de Aquillon era mordaz—. Por fin revela su verdadero ser a aquellos a quienes ha traicionado.

Los custodios salieron de detrás de una ala rota que había salido despedida con las armas en las manos. De cada uno de ellos emanaba un aura de confianza imperturbable. Caminaron con paso seguro, con la espalda bien erguida, la armadura abollada y dañada, pero indudablemente funcionamiento.

Los Gal Vorbak se les acercaron. Los tres guerreros dorados se pusieron espalda contra espalda en el centro de aquella circunferencia carmesí. Les mostraron a los portadores de la palabra sus placas pectorales con el aquila imperial grabada y unas armas que siempre estarían al servicio del Emperador. De todas las legiones astartes, tan sólo una había tenido el honor de lucir el aquila en sus armaduras: los antaño nobles Hijos del Emperador, que habían pasado a formar parte del núcleo básico de la rebelión. Pero ellos eran custodios imperiales, los pretorianos del Señor de la Humanidad, y tenían una misión que estaba muy por encima de todos aquellos asuntos. Los custodios llevaban puesta el aquila más a menudo que los propios primarcas. Cada símbolo brillaba en sus placas pectorales forjado en plata pura, y en cada garra sostenían un puñado de relámpagos. En ningún otro lugar del Imperio estaban unidos los dos símbolos de la ascensión del Emperador, forjados en las armaduras de sus guardianes escogidos.

Los cazadores se acercaron más. Argel Tal, que se encontraba a la cabeza del grupo, se preocupó tan sólo un instante por el hecho de que ninguno de los custodios

les hubiera disparado. Quizás ya no tenían munición después de los combates que habían librado a bordo de la nave. Quizás querían acabar con todo aquello de un modo limpio, con armas de filo en vez de con bólters.

—Has matado a Cyrene —dijo con voz pastosa por el odio y la bilis ácida que le caía entre los dientes.

—He ejecutado a una traidora que había sido testigo de los pecados de la legión. —Aquillon señaló el rostro deformado de Argel Tal con la punta de su arma—. En nombre del Emperador, ¿qué eres? Pareces más una pesadilla que un ser humano.

—¡Somos la verdad! —gritó Xaphen a los custodios rodeados—. Somos los Gal Vorbak, los elegidos de los dioses.

Los portadores de la palabra no dejaron de acercarse mientras hablaban. La soga comenzaba a cerrarse del todo alrededor de los custodios.

—Miraos bien —le respondió Aquillon con una voz cargada de incredulidad—. Habéis desdeñado por completo el ideal de perfección del Emperador. Habéis abandonado todo lo que significa ser humano.

—¡Jamás fuimos humanos! —de las fauces de Argel Tal surgió un chorro de saliva sibilante cuando rugió aquellas palabras—. Jamás… fuimos… humanos. Nos arrancaron de nuestras familias para librar la Guerra Eterna en nombre de un millar de mentiras. ¿Crees que es fácil soportar la verdad? Míranos bien. ¡Míranos bien! La humanidad tendrá que aceptar a los dioses o se verá obligada a aceptar la extinción. Hemos visto arder el Imperio. Hemos visto a nuestra especie aniquilada. Hemos visto cómo ocurría, como ya había ocurrido antes. Es el ciclo de la vida en una galaxia que pertenece a unos dioses crueles y ansiosos de sangre.

La voz de Aquillon estaba llena de bondad y amabilidad cuando le contestó, y eso hizo que fuera más cruel todavía.

—Amigo, hermano, te han engañado. El Emperador…

—El Emperador sabe mucho más de lo que jamás te ha contado —lo interrumpió Xaphen—. El Emperador conoce la Verdad Primordial. Ha desafiado a los dioses y ha condenado a la humanidad por su engreimiento. Sólo mediante la lealtad…

—… mediante la adoración —añadió Malnor.

—… mediante la fe —añadió Torgal.

—… logrará la humanidad soportar las guerras interminables que libraremos contra las oleadas sangrientas que ahogarán a la galaxia.

Aquillon miró a cada uno de los portadores de la palabra a medida que recitaban

su frase del sermón. Volvió a mirar a Argel Tal cuando terminaron.

—Hermano, os han engañado del modo más siniestro —le dijo de nuevo.

—Has… matado… a… Cyrene.

—¿Y eso te parece una traición imperdonable? —La risa de Aquillon sonó rotunda y con fuerza, y Argel Tal sintió que le rechinaban los dientes al oírla—. Tú, que te has apartado de la luz del Emperador. Tú, que te has deformado hasta convertirte en un monstruo. Tú, que has encadenado a unas almas torturadas a las paredes de tu nave mediante un conocimiento arcano y prohibido para que absorban todos los sonidos psíquicos durante cuarenta años… ¿Tú te atreves a acusarme de traición?

A pesar de la rabia del demonio, que le enturbiaba los sentidos, a pesar de la rabia provocada por el dolor que sentía ante el asesinato de Cyrene, las palabras de su hermano lo golpearon con la fuerza suficiente como para hacerle daño. Argel Tal había recorrido aquella cámara en numerosas ocasiones, y a pesar de que odiaba inmensamente la necesidad que tenían de su existencia, había permitido que continuara funcionando.

Una serie de imágenes lo asaltaron como puñaladas culpables, y cada recuerdo se le clavó antes de que fuera capaz de apartarlo de sí. Xaphen, que entonaba un cántico del *Libro de Lorgar* mientras una astrópata aullaba delante de él. La estaban destripando, y lo hacían con lentitud, para que su dolor sirviera como anclaje mientras la encadenaban a las paredes de la cámara. Le habían tatuado una serie de símbolos colchisianos en la piel, y todavía sangraban una hora después de que le hubieran efectuado los cortes. Las máquinas vitales, de las que se ocupaba uno de los apotecarios de la legión, la mantendrían con vida durante muchos meses. El demonio que Xaphen había invocado en su interior esclavizaría su mente para que realizara una tarea tremendamente sencilla: atraer y asimilar cualquier comunicación psíquica enviada por las mentes cercanas.

Jamás llegaría mensaje alguno a Terra, excepto los informes falsos que elaboraban los propios Portadores de la Palabra sobre los sometimientos conseguidos. Serían la legión perfecta. Lorgar, el decimoséptimo hijo, tan fiel como cualquier padre podría esperar.

—Te acuso de ser un estúpido —le contestó Xaphen, riéndose—. Tu precioso astrópata ha estado sollozando tus sospechas directamente a las bocas de unos demonios atentos a lo largo de cuatro decenios. Cada vez que te acercabas a él para

escuchar las palabras del Emperador, no oías más que las mentiras que yo susurraba a los oídos de los demonios.

Argel Tal no se sumó a la burla de Xaphen. Aquella cámara no constituía un motivo de orgullo para él. No había condenado a una sola persona a morir de forma agónica allí, sino a sesenta y una en total. El esfuerzo al que los sometía la posesión acababa con los astrópatas con una rapidez repugnante. La degradación era veloz, pero nunca indolora. Al cabo de pocos meses, unas úlceras negras y apestosas comenzaban a extendérseles por todo el cuerpo. La mayoría se desvanecían con rapidez, ya que sus mentes quedaban erosionadas por los vientos de la disformidad como un risco que sufriera el embate de una tormenta interminable. Pocos llegaban a durar un año. No tardaban en tener que atar a otro astrópata indefenso y aullante a las máquinas de soporte vital para luego infligirle una serie de torturas horribles con cuchillos rituales y marcarlo con objetos de metal al rojo vivo.

Él consideraba una parte de su penitencia tener que contemplar cada una de aquellas abominaciones. En cada una de las ocasiones esperaba el momento en que los ojos del cautivo se nublaban, pero no porque le llegara la muerte, sino la rendición, la entrega. En cada una de las ocasiones, contemplaba ese segundo en que la conciencia del demonio lo devoraba todo a su paso hasta apoderarse de la mente de la víctima. Los gritos dejaban de sonar. Volvía el silencio, un silencio bienvenido después de semejantes aullidos de dolor.

Diecinueve astrópatas se habían ofrecido voluntarios. Diecinueve miembros del coro astropático de la flota, adoctrinados durante años con los sermones de Xaphen, se habían ofrecido voluntarios para tener el honor de ayudar a mantener los mayores secretos de la legión. Curiosamente, ellos fueron los que se agostaron con mayor rapidez, y sucumbieron a la erosión biológica antes que aquellos que fueron sometidos a ese proceso de forma involuntaria. Al parecer, el sufrimiento era una fuente de fuerza en el ritual. Xaphen se había fijado en ello y había informado a Erebus. El primer capellán le dio las gracias y el rito fue corregido en el *Libro de Lorgar*. Xaphen se había mostrado henchido de orgullo durante varias semanas.

Los custodios habían encontrado la cámara situada en el corazón de la cubierta monástica, pero alguien, de algún modo, había sido el primero en encontrarla. Alguien había llevado a Aquillon hasta allí. Argel Tal estaba completamente seguro de eso. Juró en silencio que fuera quien fuese aquel individuo traidor, lo encontraría, lo despedazaría y se alimentaría de su carne.

—Jamás fuimos humanos.

Lo dijo con un murmullo, sin ni siquiera darse cuenta de que había hablado en voz alta. Raum se aprovechó de ese momento de rabia melancólica, y el cuerpo que compartían se lanzó a la carga a la carrera.

—¡Por el Emperador! —gritó Aquillon.

Los Gal Vorbak respondieron al grito con la risa enloquecida de los demonios.

Argel Tal recordó muy poco de aquel combate a lo largo de los años siguientes. A veces, lo atribuía a la presencia imperante de Raum, y otras veces a la culpabilidad que sentía y que se esforzaba por borrar aquel momento de su cabeza. Fuera como fuese, cada vez que lo recordaba se quedaba vacío y agotado, a merced de las imágenes fragmentadas y de los sonidos medio olvidados.

Era parecido a recordar los momentos de su primera niñez, antes de los cambios genéticos que le habían transformado la mente proporcionándole una memoria eidética, cuando era un tremendo esfuerzo llenar un tiempo pasado con los cinco sentidos y hacer que parecieran reales.

«Jamás fuimos humanos». Nunca olvidó aquellas palabras, ni por qué eran ciertas y falsas al mismo tiempo.

Malnor.

A veces Malnor salía de aquella masa borrosa y aparecía con claridad. ¿Cuándo había muerto Malnor? ¿Cuánto tiempo habían pasado luchando? No estaba seguro. El arma de Nirallus lo había decapitado con un tajo limpio, pero Malnor no había caído. En el aire quedó una imagen espectral de su casco, que gruñó en silencio. Nirallus, un maestro de armas superior a nada que Argel Tal hubiera visto jamás, se vio obligado a despedazar a Malnor para acabar de una vez por todas con el guerrero.

La lucha fue demasiado frenética e intensa como para que la cordura tuviera nada que ver con sus movimientos. El pensamiento y las conductas normales se vieron sustituidas por el entrenamiento y el instinto. Un borrón de hojas metálicas y de garras. El crujido de la ceramita. Los gruñidos de dolor. El olor a saliva, a ácido, a sudor, a pergamino, a hueso, a pánico, a confianza, a bocachas humeantes de bólter, a cuchillas cargadas de energía, a la sal de las lágrimas, a aliento, a sangre, a sangre y a sangre.

Y luego, la primera muerte.

Nirallus. El maestro de armas. Mató a Malnor, y eso lo dejó vulnerable. Torgal y

Sicar saltaron contra la espalda del custodio. «Chac, chac, chac», hicieron las cuchillas al atravesar las junturas de la armadura de la parte posterior del cuello y de la base de la espina dorsal. Una vida por otra.

Nirallus cayó. Torgal saltó para alejarse y ponerse a salvo. Sicar se quedó para empezar a alimentarse, y eso le valió la muerte. Aquillon. El Occuli Imperator. Vengó la muerte de su hermano al matar a Sicar un instante después con varios tajos limpios y destellantes de su arma.

Argel Tal se le echó encima en ese preciso momento. Recordaba el salto y la aspereza en la garganta cuando rugió de nuevo. Recordó el crujido húmedo cuando le arrancó la cabeza de cuajo al custodio. La espina dorsal quedó colgando como una serpiente que se agitara debajo del casco goteante de sangre. El olor mareante de la sangre; la risa enloquecida que podría o no haber sido la del propio Argel Tal. Nunca estuvo seguro del todo a ese respecto.

Quedaban con vida seis de los Gal Vorbak. Seis guerreros poseídos aullaron como perros del desierto y se lanzaron a por el último custodio con todo el vigor demoníaco que ardía en sus extremidades.

Y ése era el último momento que Argel Tal era capaz de recordar, hasta que el aire se enfrió de nuevo y todo hubo acabado. Sythran se quitó el casco y se enfrentó a ellos a cara descubierta. En vez de esperarlos con la alabarda en las manos, la usó como si fuera una lanza.

Los Gal Vorbak se dispersaron, pero a pesar de ello el arma impactó en su objetivo. A uno de ellos el arma se le clavó en el pecho con un tremendo chasquido, semejante al de un árbol al caer. La punta atravesó la ceramita, los huesos y los músculos con la fuerza suficiente para salir por la espalda del portador de la palabra. El astartes dio una voltereta hacia atrás por la fuerza del impacto y se quedó con la cavidad torácica vacía, con los dos corazones y los pulmones arrancados de su interior y esparcidos por el suelo convertidos en trozos de carne triturada.

Sythran no dejó de sonreír mientras los otros cinco se lanzaban contra él. Consideró que su juramento de silencio podía darse por cumplido, dadas las circunstancias, y se rió del guerrero que había matado.

—Siempre te odié, Xaphen.



V
DESPEDIDA

Es tan propio de ti preocuparte de la seguridad del alma de una mientras todo un planeta arde a tus pies. Te insistí en que no tenías nada de qué preocuparte, que todo iría bien, como siempre ha sido.

Ahora suenan las sirenas y el eco de los disparos en los corredores. La precaución que ordenaste se ha convertido en la última esperanza de defensa, y no me engaño a mí misma. Sé que no serán capaces de protegerme contra lo que viene hacia aquí.

Escribo estas palabras con toda la rapidez que puedo. Oigo el chasquido del filo de sus armas cada vez más cerca. Podría intentar esconderme, pero no lo haré. La respuesta es obvia: me encontrarán sin importar donde esté. Es imposible dejar atrás a unos enemigos semejantes. Me encontrarán tanto si me escondo en una de las bodegas de carga como si permanezco aquí, cómodamente sentada. Los secretos que guardo implican que no les queda más remedio que venir a por mí, y aunque has dejado a estos guardianes que ni siquiera necesitan respirar, no me hago ilusiones. Vendrán y me encontrarán. Cuando muera, lo haré sin traicionar a mi legión. Te lo prometo.

He tenido una vida larga, y no me arrepiento de nada. Pocos pueden decir lo mismo, y muchos menos con sinceridad. Ni siquiera tú podrías decirlo, Argel Tal.

Cuando leas estas líneas, por favor, quiero que sepas que te deseo lo

mejor. He oído cómo hablas de Calth y de las guerras que se avecinan, y confío en tu visión y en tu fervor por la justa cruzada que encabezará la legión. Traerás la luz de la sabiduría a la galaxia. Tengo fe en ello, y no lo he dudado un solo instante.

Mantente al lado de Xaphen, lo mismo que él se mantiene a tu lado. Sois los hijos de un semidiós y los avatares elegidos de los verdaderos dioses. Nadie podrá arrebataros eso.

Oigo el filo de las armas contra mi puerta. Por favor, recuerda que…



EPÍLOGO
EL SEÑOR CARMESÍ

Calth.

Un mundo hermoso y de cosechas abundantes, un mundo bajo la égida de la XIII Legión al igual que Khur lo estuvo bajo la XVII.

Calth. Un nombre en los labios de todos los portadores de la palabra. Calth, donde la legión de Guilliman se reunía para aprestarse para la guerra.

La legión de Lorgar casi al completo participaba en aquella misión. Había naves suficientes para bloquear todo el amado reino de Ultramar y arrasar la superficie de sus planetas hasta dejarlas negras. Había guerreros más que suficientes para poner de rodillas a los Ultramarines. Isstvan había entrado en la historia a punta de espada empuñada por traidores. No tardaría en producirse una masacre semejante que acompañaría a la primera en los archivos imperiales.

Calth.

Argel Tal se mantuvo a solas. No soportaba los gritos de alabanza que sus hermanos seguían lanzando en su presencia. No deseaba ni su estima ni su reverencia.

En vez de eso, se aisló de su propia legión y se mantuvo únicamente en compañía de los remordimientos que había acumulado a lo largo de más de medio siglo de traiciones.

Tenía sobre el regazo una espada dorada de manufactura exquisita, tallada y grabada para la mano de un maestro espadachín, codificada genéticamente para que sólo se activara si la empuñaba el guerrero para el que había sido forjada. Era el arma de un individuo al que él había llamado hermano, que había tomado del cadáver de

Aquillon bajo la luz de un amanecer inolvidable.

En las manos tenía una placa de datos digital, del tamaño adecuado para unos dedos humanos normales. Un cursor parpadeaba en mitad de la pantalla, a la espera de las palabras que ya nunca serían tecleadas. Una frase inacabada finalizaba el texto. Argel Tal la había leído más veces de las que era capaz de recordar, y en cada ocasión había albergado la esperanza de llegar a ver su significado, la intención que tenía y que nunca había llegado a plasmarse en el texto.

La nave se estremeció mientras cruzaba el inframundo de los mitos humanos. No tardarían en llegar a Calth.

Aquillon. Xaphen. Sus hermanos habían muerto.

Argel Tal dejó a un lado la espada y colocó la placa de datos sobre la sencilla mesa que tenía al lado del camastro. Se puso en pie, a sabiendas de que no tardaría en llegar el momento en que tendría que acabar con su aislamiento. La legión lo llamaba. La legión lo necesitaba. El propio primarca en persona le había pedido que luchara al lado de Kor Phaeron encabezando el asalto a Calth.

Obedecería, aunque estuviera solo.

«Mis hermanos han muerto».

No —lo contradijo la voz de su interior—. *Yo soy tu hermano*.



AGRADECIMIENTOS

Le debo un chorro espumoso de agradecimiento a un grupo de seis tipos efervescentes como la cerveza: a Rob, por saber cuándo no me tenía que hacer caso; a Mark Newton, por las discusiones sobre cómo enganchar a los lectores; a los Abnett, por los consejos sobre cómo abrir puertas a patadas y cómo tratar a los prisioneros después; a mis editores, Nick y Christian, por sus juiciosas «treguas».

Un millón de gracias también para Alan Merrett, Dan, Graham y Jim por hacer algo de sitio al recién llegado sin tomarle mucho el pelo.